

Selecta

El día que me
QUIERAS

LOS COLLINWOOD 1



Victoria Magno

El día que me quieras

Los Collinwood 1

Victoria Magno

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Nota editorial

Selecta es un sello editorial que no tiene fronteras, por eso, en esta novela, que está escrita por una autora latina, más precisamente de Chile (y que reside en México desde los nueve años), es posible que te encuentres con términos o expresiones que puedan resultarte desconocidos.

Lo que queremos destacar de esta manera es la diversidad y riqueza que existe en el habla hispana.

Esperamos que puedan darle una oportunidad. Y ante la duda, el *Diccionario de la lengua española* siempre está disponible para consultas.

*Para mis hijas, mi motor, mi fuerza,
mi vida entera. ¡Las amo, mis niñas!*

*El día que me quieras, los sotos escondidos
resonarán arpegios nunca jamás oídos.
Éxtasis de tus ojos, todas las primaveras
que hubo y habrá en el mundo serán cuando me quieras.*

Amado Nervo

Prefacio

Kent, Gran Bretaña, 1848.

—¡Chad, Chad, ayúdame!

Richard se tensó al escuchar aquel grito. Dejó caer el lápiz con el que estaba revisando las cuentas y se puso de pie.

—Señor, no... —Su tutor, el anciano señor Fegan, le dedicó una mirada de preocupación—. La última vez, el conde estuvo cerca de matarlo.

—Déjalo que se haga el héroe, a él le gusta que lo golpeen. —Harold, su hermano mayor y segundo hijo de la familia Collinwood, parecía satisfecho con el grito desesperado del hermano primogénito—. Y a padre le hace falta un poco de ejercicio, comienza a ponerse obeso.

Richard apretó los puños, deseaba hacer desaparecer esa sonrisa del rostro de su hermano con un buen puñetazo, pero Alex lo necesitaba.

—Richard, no puede salvar a su hermano todo el tiempo —dijo el profesor, ignorando el comentario mordaz de Harold—. Se lo suplico, no vaya esta vez...

—Debo hacerlo —Richard contestó al tiempo que salía disparado de la habitación.

Corrió por el largo pasillo que comunicaba con las escalinatas principales del castillo y torció a la izquierda, hacia el ala derecha de la enorme mansión, directo a los aposentos de su padre.

Y allí, al pie de la escalinata de la torre más alta del castillo de Collinwood Hall, los vio. Ronald Collinwood, conde de Hendingham, golpeaba salvajemente a su primogénito y heredero, Alexander.

—¡Chad! —Los ojos rasgados de su hermano se fijaron en él, el azul intenso de sus iris brillante por las lágrimas.

—¿No me has entendido, estúpido? —farfulló su padre, notoriamente ebrio tras una larga noche fuera de casa, como era habitual—. ¡Deja de pedir auxilio, nadie va a salvarte!

—¡Padre, no! —Richard se abalanzó sobre su padre, impidiéndole que abofeteara a su hermano.

Alex se hizo un ovillo en el suelo y comenzó a sollozar. Su llanto le partió el corazón a Richard. Aunque Alex fuese su hermano mayor, era un niño en su interior. Un niño inocente y puro, como ninguna otra persona que jamás hubiese conocido, y la persona que menos merecía un trato como el que su padre le prodigaba.

—¿Otra vez osas entrometerte, Richard? —espetó su padre, agarrándolo por el pelo—. ¡Eres tan estúpido como tu hermano mayor!

—¡Ya basta! —El chico apretó los dientes, aguantándose las lágrimas de dolor cuando la mano de su padre se apartó y se llevó con él un mechón rubio de su pelo—. ¡No lo llames así!

Una bofetada fue la respuesta del conde de Hendingham. Su padre lo había golpeado desde que tenía memoria, pero en cada ocasión lucía tan imponente como un oso. Ronald Collinwood era el hombre más fornido que Richard había visto jamás.

Con una estatura superior al metro ochenta y un cuerpo macizo que un leñador envidiaría, su padre podía hacerle saltar lágrimas golpe tras golpe sin siquiera resollar. Sus musculosos brazos debían ser fruto de años de utilizar a su familia como sacos de boxeo, suponía el chico, pues su padre no hacía otra cosa más que beber y jugar a las cartas en los lugares de mala muerte a donde iba a perderse cada noche.

Richard había heredado muchas cosas de su padre: su estatura (que se vislumbraba, sería como la de este), su fuerza, incluso su pelo rubio y el color azul de los ojos, mas no su negro corazón.

El chico se irguió, a pesar de que su estatura a sus catorce años no era mucha en comparación con la de su padre, y esperó lo que vendría después...

El puño de su progenitor dio certero en su estómago, provocando que el muchacho se doblara en dos por el dolor.

Enseguida vino otro golpe, esta vez en la mandíbula. Richard se tambaleó, vio luces alrededor, pero no desistió. No le daría el placer a su padre de verlo acobardarse.

—¿Te haces el fuerte conmigo, Richard? Tú no me engañas, eres un estúpido de corazón blando, igual que tu madre. Esa zorra no tuvo el valor para terminar lo que había hecho y me condenó a cargar con un primogénito idiota.

—¡No lo llames así! —Richard escupió sangre—. ¡Alex es mucha mejor persona que tú!

—¿Te atreves a contestarme otra vez? —Su padre alargó el brazo una vez más, dispuesto a cogerlo por el cuello, pero Richard lo esquivó.

El conde gruñó, furioso, pero Richard era mucho más rápido que él. Utilizando su tamaño y velocidad a su favor, consiguió evitar la paliza que su padre esperaba darle.

No obstante, su escape provocó que el mal genio de su padre saliera a tomar el control de la situación y ocasionó que la furia del conde se acrecentara.

—¡Ven aquí, maldita rata almizclera, te voy a hacer desear no haber nacido!

Los ojos de su padre brillaban con maldad un segundo antes de que Richard comprendiera lo que iba a hacer.

Miró a su hermano mayor de pie en un rincón, sollozando.

—¡Alex, corre! —le advirtió con un grito desesperado. Pero ya era tarde. Su padre había cogido a Alex por el cuello y lo zarandeaba ante él.

—¡Ven aquí, Richard, o me ocuparé de que sea tu adorado hermano quien pague por ti tu desobediencia!

Richard no lo dudó. Dejando caer los brazos a los costados, se aproximó a su padre, quien lo recibió con una sonora bofetada que le hizo ver luces.

El chico apretó los dientes, pensando en la nueva cicatriz que adornaría su cuerpo. Debería encontrar una manera de cubrir la herida para que nadie la notara. Algo cada día más complicado. Ya era bastante difícil esconder las marcas en el cuerpo, para encima tener que encontrar la manera de esconder las de la cara.

—Richard, date prisa. —Su padre lo tomó por la solapa de la camisa y lo alzó en el aire como si fuera un saco de plumas—. Ahora te arrepentirás por haberme desafiado.

—No... padre... —farfulló Alex.

Richard observó con ternura los ojos rasgados de su hermano mayor, colmados de lágrimas. Le costaba hablar, su lengua continuamente le entorpecía las palabras. Pero para Richard eran las palabras más bellas que escuchaba en esa casa, por lo general invadida por el odio, los gritos de desprecio y el sonido de los golpes.

—No hagas daño a Chad —suplicó Alex, sin dejar de llorar.

Richard sintió una punzada de dolor en el corazón. A Alex le costaba un infierno pronunciar su nombre, por eso lo llamaba Chad. Y, para él, era mucho mejor que su propio nombre, solo porque él lo pronunciaba lleno de cariño. Sí, podía ser que su hermano no fuera el tipo más brillante del mundo para muchas cosas, pero era inteligente a su manera, listo como ningún otro. Y tenía el espíritu más noble y el corazón más puro que podía existir sobre la faz de la Tierra.

—Está bien, Alex. —Richard tragó saliva, e intentó sonreír—. Papá y yo iremos a jugar al cuarto aburrido de arriba. —Así había decidido llamar al sitio donde su padre solía darle las palizas. No porque el conde, como él solía llamar a su padre, se cuidara de mantener las apariencias a los ojos de los sirvientes, eso no le preocupaba en absoluto, sino porque era allí donde mantenía su variado arsenal de varas, látigos y otros artefactos con los que solía apalear a sus hijos cuando se cansaba de usar los puños.

—¡Deja de llorar como una niña, te voy a hacer hombre a palos! —gruñó su padre, arrastrándolo con él escaleras arriba.

Richard se limpió las lágrimas con el dorso de la manga. No había notado que lloraba. No se preocupaba por él, sino por Alex. El pobre parecía tan asustado...

—¡No! ¡Chad...! —Su hermano sollozó, y su ronco gemido le partió el corazón.

Richard miró hacia atrás por encima del hombro al caminar por la curva de la escalera, preocupado de que su hermano intentara seguirlos.

Sintió un alivio enorme al ver de pie al lado de su hermano a otra persona, Lee. Él lo abrazaba y consolaba con el cariño que un padre debía otorgar a sus hijos.

Un padre de verdad.

No como la bestia que lo arrastraba escaleras arriba.

Lee Xing era un hombre honorable y ejemplar que, a pesar de ser fiel a su empleador, no apoyaba el trato que prodigaba a sus hijos. Había llegado unos años atrás junto a su padre después

de uno de sus viajes por sus propiedades en la India. El conde y él se habían conocido por casualidad, cuando Lee lo defendió de unos bandidos que intentaron asaltarlo en las atestadas calles de Bombay. Al notar la utilidad que un hombre como él podría tener en su vida, Ronald Collinwood decidió llevarlo consigo a Inglaterra para que le sirviera como escolta y protección. El conde de Hendingham se había ganado el odio de sus semejantes no solo en su hogar, sino en buena parte de Inglaterra, por lo que los encuentros con la muerte no eran tan casuales, como había sido ese intento de atraco.

Lee, inteligente y sumamente eficiente, lo había mantenido a salvo hasta entonces, ganándose el aprecio del conde. Sin embargo, Lee nunca demostró retribuir ese sentimiento, a diferencia de cuando se encontraba al lado de Richard y Alex, dos de los hijos del conde.

Silencioso en sus modos, pocas veces se notaba su presencia, por excepción de cuando se metían directamente con él. Era en esos raros momentos (ya no comunes, después de haber aprendido la lección) en que el demonio dragón que llevaba guardado en su interior, como él solía decir, salía a flote. Y hacía pagar a sus oponentes sus ofensas de tal modo que ninguno deseaba volver a meterse con él.

Richard muchas veces creyó que en realidad llevaba un dragón dentro, al ver la manera en que ese diminuto hombre propinaba tremendas palizas a sus contrincantes, sin importar que estos fueran más grandes y superiores en número.

Karate, él así solía llamarlo, y a Richard le fascinaba. Esos golpes certeros y movimientos fluidos parecían producto de la magia. Según lo que le contó Lee, lo había aprendido desde niño en su natal China, una enseñanza transmitida por su abuelo y su padre, y le había servido para defenderse en sus viajes por el mundo, incluida la India, donde conoció a su padre. Y para suerte de Richard, su buen amigo se había propuesto transmitirle esa enseñanza a él.

Lee le había enseñado algunos golpes para defenderse, pero ponía mayor énfasis en los movimientos que servían contra atacantes más grandes, utilizando su propio peso y fuerza en su contra, como ventaja para sí mismo. Pero Richard habría estado loco si hubiera intentado utilizarlos contra su padre. Eso no ocasionaría más que prolongar su sufrimiento.

Su padre era un hombre vengativo y con el ego demasiado elevado como para permitir que su hijo respondiera a la paliza. Sin duda lo mataría sin importarle las consecuencias. Y luego seguiría con Alex...

No, Richard no era tonto.

Y Lee lo sabía. Por ello nunca intervenía cuando su padre le ponía la mano encima.

Sin embargo, Lee jamás permitía que el conde le hiciera daño a Alex.

Y algo en la mirada de Lee, algo en su postura y determinación, impedía que incluso un hombre mitad bestia como su padre (si no es que era ya un completo salvaje), se atreviera a pasar por encima de él.

Lee rodeó por los hombros a su hermano y lo llevó consigo, donde no pudiera ver aquello que tanto lo alteraba. Richard hizo un leve gesto de agradecimiento con la cabeza que el hombre captó

y contestó con uno similar.

Todo ese infierno terminaría algún día, le juró a su hermano mayor en silencio.

Ningún invierno es eterno.

Y el suyo terminaría cuando consiguiera escapar de las garras de su padre junto a su hermano, para llevarlo consigo a un lugar donde nunca, jamás, volviera a tener que soportar una vida de golpes.

Capítulo 1

Nueva York, Estados Unidos, 1860.

—¡Richard! ¡Richard, abre de una vez, te escucho allí dentro! —El repetido golpe en la puerta provocó risas femeninas.

—¡Estoy ocupado aquí! Vuelve en una hora...

—O mañana —dijo la voz femenina.

Jack, del otro lado del pasillo, emitió un suspiro cansino.

—¡Richard, termina de una vez! La gente quiere verte y felicitarte por tu victoria.

—¡Jack, estoy en medio de mi festejo privado!, ¿quieres largarte? —Se oyeron más risas femeninas, acompañadas del sonido de muebles golpeando contra el suelo y cosas al caerse.

—Tus festejos privados pueden esperar para después. Hay gente importante allá fuera, gente que está dispuesta a invertir su plata en ti y en el negocio, ¡y quieren verte! —rugió Jack, golpeando con más fuerza la madera—. ¡Así que haz el favor de subirte los pantalones y salir a acompañarme!

—Tú eres el de los tratos de negocios, yo solo me encargo de dar los golpes.

—No me vengas con sensiblerías de humildad ahora, que no te quedan en absoluto, Richard Collinwood. —La voz de Jack se mezcló con el sonido de jadeos y gritos provenientes del interior de la habitación—. ¡Richard, ya basta! ¡Hablo en serio! Eres tan dueño de este negocio como yo y es tu cara la que quieren ver... ¡y no voy a seguir discutiendo con una maldita puerta!

—¡Entonces lárgate!

—¡Sal ahora mismo, si no quieres que llame a Lee para que te saque de allí de una sola patada!

—¡Lee está de viaje!

—¡Le diré que te has metido con una mujerzuela otra vez y te partirá el culo!

—¡No lo harías!

—¡Lo haré!

Se escuchó un grito de mujer y el sonido de pasos y muebles cayéndose. Un minuto más tarde la puerta se abrió, y por ella apareció Richard a medio vestir, muy despeinado y con marcas de pintura de labios por toda la cara y el cuello.

—Hombre, eres un desastre. —Jack le lanzó una toalla a la cara—. Límpiate antes de hablar con los inversores.

—Eres un cobarde, ¿por qué siempre tienes que meter en esto a Lee?

—Tu padre es el único que te hace entrar en razón. Y él odia cuando te estás revolcando con esas mujerzuelas, me dará las gracias por haberte sacado de allí antes de que te contagiaras de algo.

Richard no hizo ningún ademán para desmentir a su amigo. Desde su llegada a Nueva York, casi diez años atrás, le había dicho a todo aquel que preguntara que Lee era su padre, a pesar de la obvia diferencia física entre ambos. Jack, su mejor amigo y socio de negocios, sabía la verdad, pues estaba al tanto de su pasado. Era la única persona en Nueva York que poseía ese conocimiento, además del mismo Lee y de su hermano Alex. Sin embargo, Jack era el que más firmemente solía recordarle quién era su supuesto padre, aunado a la amenaza de Lee de que iría a partirle la cara si lo llegaba a ver con otra mujer del bajo mundo.

Lee había visto morir a muchos hombres perdidos por los deseos carnales que conducían a enfermedades con finales horripilantes como para permitir que su hijo adoptivo terminara como uno de ellos. Antes le cortaría las pelotas.

—No era una mujerzuela. Es una de esas herederas en busca de aventuras. —Richard sonrió triunfal—. Me la encontré en mi camerino cuando entré en este, ¿cómo habrá conseguido eludir la seguridad?

Jack detuvo en seco el frenético andar para encarar a su amigo.

—¿Te refieres a una de esas chicas que vinieron a buscarte ayer al club?

Richard asintió.

—Me refiero a las dos, para ser exactos —contestó, con una sonrisa pícaro.

—Eres un maldito con demasiada mala suerte... —Jack le dio un golpe de amigo en el brazo, poniéndose en marcha una vez más, seguido de cerca por Richard—. Bien, el juego terminó, ahora pongámonos serios. Presta atención. —Jack lo detuvo antes de llegar a la puerta que dividía la zona de las habitaciones privadas del resto del club—. Los hombres que esperan del otro lado querrán invertir en el club y en las peleas. Debes demostrarles que estás en excelente condición física y mental, para ello intenta portarte relajado y estar atento a lo que digan. Y por lo que más quieras, no vayas a salir con alguna idiotez, como la última vez.

Richard inspiró hondo. Jack y él se habían conocido en las calles, poco tiempo después de llegar a Nueva York. Ambos eran dependientes de un pequeño almacén, donde se encargaban de toda clase de tareas, desde limpiar los pisos hasta llevar las compras de los muelles al establecimiento donde trabajaban. En más de una ocasión se toparon con bandidos que intentaron robarles lo que traían, y ambos pelearon codo a codo, defendiendo lo que podían. Fue así como su amistad se forjó y continuó cuando, un par de años más tarde, Richard entró en las peleas clandestinas con Jack como su compañero. Él se encargaba de las apuestas, mientras que Richard hacía lo propio con los puños. Los años de maltrato de su padre le dieron una resistencia increíble, y las enseñanzas otorgadas por Lee lo dotaron de agilidad y golpes certeros, que muy pronto lo convirtieron en campeón.

Jack, un buen inversor y previsor de los negocios, supo emplear con creces el dinero, y ambos se hicieron dueños de un club de juego. Hacía casi un año que habían abierto, y prácticamente habían duplicado lo invertido inicialmente. Sin embargo, ambos sabían que el triunfo, en buena parte, se debía a la creciente fama de Richard, quien atraía a hombres curiosos de distintas partes de la ciudad y del país para conocer al famoso Richard Collinwood, el dueño de *los Nudillos de acero*, como lo habían apodado.

Inversores llegaban en tropel tras cada victoria y, con ellos, sus miles de dólares.

No obstante, Richard comenzaba a hastiarse de ese estilo de vida. Deseaba darle a Alex algo mejor que una existencia tras las cuatro paredes de su cuarto, pues su hermano era constantemente molestado por la cantidad de gente que transitaba por las calles de la ciudad. Quería comprar una casa en el campo, un rancho donde pudiera envejecer en paz al lado de vacas y caballos, y donde Alex pudiera correr por los campos sin temor a encontrarse con nadie que lo molestara o insultara.

Quería que Alex fuera feliz, y en esa atestada y sucia ciudad, sin duda no lo era.

—No me estás prestando atención —Jack interrumpió el hilo de sus pensamientos.

—Eh... sí.

—No has oído ni una palabra de lo que dije.

—No me necesitas para esto, tú eres el cerebro aquí.

—Aunque me gusta la idea de ser más inteligente que tú, la verdad es que no lo soy. Tú eres el que tiene estudios de Matemáticas y Contabilidad, y los conocimientos de un rey. Te necesito, Richard.

Sí, era cierto. Las lecciones que su padre había pagado para darle una educación de primera durante el tiempo que vivió bajo su techo, en ese momento le servían con creces. En un mundo colmado de hombres que ni siquiera conocían el alfabeto, sus capacidades valían como el oro. Como se dice, en ciudad de ciegos, el tuerto es rey...

Y aunque sentía abominación hacia todo lo que proviniera de su padre, tenía que reconocer que en más de una ocasión esos conocimientos lo habían salvado de ser embaucado y lo habían llevado a triunfar en el mundo de los negocios.

Y es que Richard poseía un hambre insaciable de instrucción, que con los años había ido alimentando con todo lo que cayera en sus manos, asistiendo a bibliotecas y hablando con eruditos. Incluso había emprendido un par de viajes para informarse más acerca de temas que llamaban su atención. Y la idea que centraba su interés hacía años eran los cafetales.

El café era una sustancia que se bebía por todo el mundo. Era una sustancia maravillosa, deliciosa, aromática y que, a diferencia del alcohol, no embrutecía a un hombre al grado de volverlo una bestia. Tal como le había sucedido a su padre...

Los puños y el club de juegos eran solo un medio para conseguir algo más grande algún día. Si su sueño se cumplía, algún día no poseería solo vacas y caballos en su rancho, sino que tendría una plantación de café. Sin embargo, por el momento, tenía que seguir firme en la realidad y

necesitaba de los inversores, tal como su mejor amigo le había recordado.

—Bien, hagámoslo de una vez —dijo Richard.

—De acuerdo, pero ten presente que debes ser amable. Estos hombres te admiran. No los insultes nuevamente.

Una sonrisa apareció en los labios de Richard. No podía evitar que ese montón de ricachones adictos a los placeres como el alcohol y el juego le recordaran a su padre. En más de una ocasión los había insultado y mandado a largarse, además de informarles dónde podían meterse sus millones.

—Richard...

—Ya, ya, entiendo —espetó Richard, emitiendo una especie de gruñido—. Te explico la parte de los números y me guardo la parte de mandarlos a...

—Richard...

—Entiendo —repitió, abriendo por sí mismo la puerta y entrando al club.

Nada más atravesar la puerta, Richard se dio cuenta de lo difícil que sería aquello.

El lugar estaba a rebosar de magnates de barriga pronunciada y enormes bigotes, que con un vaso de licor en una mano y un cigarro en la otra, lo saludaron.

Fue como volver a ver a su padre repetido un millar de veces.

—Mierda.

—Contrólate —le advirtió Jack, en voz baja, antes de adelantarse hacia sus invitados—. Señores, bienvenidos sean. Aquí tienen en persona, frente a frente, al famoso Richard Collinwood.

Hubo varios aplausos. Richard sonrió al recordar la exposición de focas del zoológico de Nueva York a la que llevó a Alex, eran muy similares a esos fofos hombres que le dedicaban su atención.

—¡Nudillos de acero, al fin te conozco! —Un hombre particularmente gordo, de tez muy rosada y cabello rubio se acercó a saludarlo—. Me has hecho ganar una fortuna esta noche.

—Te luciste sin duda —lo alabó otro, uno de tez cerúlea y calva pronunciada—. Ese golpe final a la mandíbula fue épico.

Richard asintió, manteniendo los labios bien apretados mientras estrechaba las manos de los hombres que le iban saliendo al paso.

La puerta se abrió en ese momento y por ella entró Alex. Lucía asustado y desorientado.

—Chad... —sollozó al verlo, corriendo hacia él.

—¡Qué demonios!, ¿quién dejó entrar a este loco? —chilló uno de los hombres-foca.

—Cuida tu boca, bola de cebo. —Richard le lanzó una mirada amenazante, rodeando a su hermano con un brazo, en un gesto protector.

—Es su hermano. —Jack se colocó de intermediario—. Se pone muy nervioso cuando se trata de él.

—¿Qué hace un tipo como él en las calles? —chilló como cerdo el primero que se había dirigido a Richard—. Debería estar encerrado en un manicomio.

Richard se tensó, sentía la imperiosa necesidad de asestar un buen puñetazo a ese tipo en la cara para callarlo, pero eso solo asustaría a Alex. Nunca dejaba que su hermano presenciara sus peleas, solo hacían que los malos recuerdos afloraran.

Y él no sería como su padre, resolviendo todos sus asuntos con los puños.

—Apártenlo de mi vista de inmediato —continuó el cerdo—, sáquenlo de aquí enseguida...

Se escuchó un fuerte puñetazo seguido del golpe sordo de un cuerpo caer al piso.

Richard soltó una carcajada al ver a Jack sobando sus nudillos, tras haber noqueado al gordo hablador de un solo golpe.

—Inaudito —gritó otro de los hombres, asustado y ofendido—. Nos vamos de aquí.

—¡Se están tardando en salir de mi propiedad! ¡Fuera! —rugió Jack.

—Eso estuvo bastante impresionante —le dijo Richard, todavía abrazando a su hermano para que no viera nada, mientras un par de guardias de seguridad arrastraban al hombre noqueado fuera del establecimiento—. Deberías ser tú quien porte el apodo de los nudillos de acero.

—Déjate de tonterías, tú eres el de la habilidad. Yo solo me enoja si molestan a Alex. —Jack se miró la mano—. Iré por un poco de hielo para esto. No sé cómo puedes hacerlo todas las noches.

—No son todas las noches, además llevo puestos los guantes.

—Buena idea, lo pensaré para la próxima. —Jack se volvió hacia Alex—. ¿Estás bien, amigo?

Alex movió la cabeza en forma negativa sin abrir los ojos tras las manos, donde se había mantenido oculto.

—Ey, amigo, mira lo que tengo para ti. —Jack sacó un paquete de dulces del bolsillo que había comprado esa tarde para Alex—. Son tus favoritos.

—Jack, no dormiré si le das eso —replicó Richard, siempre protector con su hermano.

—No te comportes como una madre enojona, a Alex le gusta, ¿verdad que sí, amigo? Pero no puedo darte tu obsequio si no abres los ojos...

Alex apartó las manos con las que se cubría los ojos y miró las golosinas, dedicándole a Jack una sonrisa de oreja a oreja.

—*Graciad*, Jack.

—Cuando quieras, amigo. —Jack sonrió encantado, abrazando a Alex—. Ahora me voy, tengo que ponerle hielo a esto. —Señaló su mano, bastante hinchada y amoratada—. O tal vez un yeso —bromeó, alejándose por el pasillo.

Richard condujo a su hermano de vuelta a las habitaciones privadas y lo recostó en su cama.

Lee había salido de viaje hacía un mes. Eran pocos los trabajos que su supuesto padre podía conseguir, entre ellos el de cargador en un barco mercante. Y a pesar de que Richard le había aclarado en más de una ocasión que no necesitaba trabajar o que podía hacerlo en el club, Lee era demasiado orgulloso para aceptar aquello que, para él, era caridad, por lo que continuaba buscando sus propios medios para conseguir dinero.

Sin embargo, cada vez que se embarcaba y se alejaba de Alex, su hermano solía despertar en

medio de la noche, intranquilo y acosado por las pesadillas.

—*Golosinad*. —Alex se llevó un par a la boca y ofreció a Richard una para él.

Richard la comió con gusto, mientras ayudaba a su hermano a arrojarse.

—Trata de volver a dormir, Alex.

—No puedo... Él sale en la *odcuridad*. —No necesitaba más explicación. Richard sabía a quién se refería: su padre. El mismo hombre que lo acosaba también a él en sus pesadillas.

—Me quedaré contigo hasta que te duermas, tranquilo. —Richard pasó las manos por sus cabellos rubios en una tierna caricia—. No permitiré que nadie te lastime, Alex.

—Chad bueno, ¿eres mi amigo, verdad?

—Soy más que tu amigo, Alex, soy tu hermano. —Un pensamiento se atragantó en su garganta—. Pero sí, soy tu amigo.

Hermano no era sinónimo de amigo. Richard lo sabía muy bien.

De lo contrario, él no tendría que estar ocultándose...

—Te ves muy tranquilo para lo que te espera —siseó su padre, arrastrándolo hasta la habitación oculta en la torre más alta del castillo que había pertenecido a su familia por incontables generaciones. Un lugar que muchos envidiaban por su historia y belleza arquitectónica, pero que para él resultaba ser solo un sitio lúgubre y terrorífico. El hogar de su padre.

Richard no contestó. Había aprendido que lo mejor era guardar silencio. Mientras más hablara, más se acrecentaría la furia de su padre. Y por el olor a alcohol en su aliento sabía que era mejor no hacerlo enojar más. Adormecido por el alcohol, solía olvidarse del dolor de sus propios músculos al usarlos para golpear.

Nada más cerrar la puerta de la torre, su padre le ordenó que se quitara la camisa y lo ató al poste, tan bien conocido ya por él. Enseguida eligió uno de los látigos y comenzó a propinarle los azotes. Richard apretó los dientes con los ojos llenos de lágrimas, sentía la carne desgarrándose con cada golpe.

—¿No lloras hoy, Richard? —se burló su padre, propinándole un azote más que le hizo aullar de dolor.

No lloraría. No le daría ese gusto...

—Parece que al fin comienzas a hacerte hombre —rió con gusto su padre, alejándose de él.

Richard alzó la cabeza, sudoroso y tembloroso, sintiendo cómo el cuerpo apenas le respondía, con la esperanza de que el castigo hubiese terminado por ese día...

Entonces lo vio. El castigo no había terminado...

Apenas comenzaba.

Su padre había cogido un bastón de hierro ardiente que había calentado al fuego de la chimenea. Al alzarlo, Richard notó que era uno de los hierros con el símbolo de su familia, el de los condes

de Hendingham, con los que se solía marcar a los caballos de cría de su padre como los mejores de Gran Bretaña. Honor avalado por generaciones de cría de la mejor estirpe y reconocido incluso por la reina Victoria y el príncipe Alberto.

Sin embargo, por el brillo en los ojos de su padre, Richard estuvo seguro de que el actual conde planeaba dejar la marca de su familia en otro ejemplar que no pertenecía a sus cuadas.

—Veamos si no lloras ahora...

Richard observó, con ojos agrandados por el terror, el hierro candente que se acercaba a su pecho.

—¡No! ¡Padre, no...! —Se retorció en las amarras, incapaz de soltarse del poste.

El siseo de la carne al quemarse no fue nada comparado con el olor de su propia piel, abrasada por el más desgarrador dolor que había sentido.

Richard gritó a todo pulmón, retorciéndose bajo el candente hierro. La risa de su padre reverberaba en sus oídos.

—¡Te odio! —rugió el niño, incapaz de contener por más tiempo el sosiego—. ¡Te odio como nunca odiaré a nadie y no descansaré hasta verte muerto!

—En ese caso, será mejor que te mate ahora —lo amenazó su padre, sin dejar de reír.

Richard palideció aún más al observar que alzaba un nuevo un hierro del fuego, esta vez con la intención de plantárselo en la cara.

De pronto, su padre trastabilló y se llevó una mano al pecho. Algo iba mal.

Ronald Collinwood soltó un monumental aullido y cayó de rodillas a sus pies.

Richard se contorsionó, intentando zafarse de su amarre, incapaz de creer lo que veía ante él.

Su padre yacía tirado en el piso, aferrándose con fuerza a la camisa, tenía el rostro enrojecido y se contorsionaba por el dolor, sus ojos estaban fijos sobre él. Sus labios apretados en una mueca silenciosa...

—¿Padre...? —Richard lo movió con la punta de la bota, la única parte de su cuerpo capaz de alcanzarle.

Su padre no respondió.

El alivio lo atravesó de golpe. ¿Estaba muerto?

—¡Padre! —repitió Richard, volviendo a golpearlo con la punta de la bota.

Su padre abrió los ojos y clavó sus enrojecidos globos oculares sobre su rostro, con la más aterradora de las miradas...

—¡Nooo...! —Richard se despertó de golpe, tan rápido que se dio un buen porrazo con la cama de arriba.

Sudando frío y con el cuerpo convulsionado por temblores incontrolables, le costó un par de minutos percatarse de dónde se encontraba.

Miró alrededor, adaptando sus ojos a las siluetas que lo rodeaban iluminadas escasamente en la penumbra. Un cuarto sencillo, muebles de madera hechos a mano, nada elegante, todo funcional: una mesa, tres sillas, una estufa con los restos de la cena que aguardaban para el desayuno en una olla bastante chamuscada por el uso.

Sus ojos viajaron de inmediato al otro extremo de la habitación, donde se hallaba un camastro junto a la ventana, Alex dormía tranquilamente en él.

Richard soltó un suspiro de alivio al ver a su hermano a salvo. Y sí, al saber que él también estaba salvo.

Habían transcurrido más de diez años desde ese día, pero el rostro de su padre mientras sufría un ataque al corazón continuaba grabado en su mente a fuego, igual que la marca que él le había dejado en la piel.

Ese día lo perseguiría hasta su muerte, estaba seguro.

Era la maldición de su padre. La maldición que nunca dejaría de perseguirlo, por más lejos que huyera de él y de su pasado...

—¿Estás bien? —Una cabeza se asomó desde la cama de arriba.

—Mierda, no hagas eso —siseó Richard, ocultando el sobresalto que Lee le había ocasionado. Aunque sabía que era en vano, el hombre lo conocía tan bien como si fuera su propio padre, un buen padre.

Sin embargo, Richard tenía su orgullo y no quería demostrar abiertamente que todavía podía asustarse.

Una cosa era que él fuera conocido en todo Nueva York por sus nervios de acero y la capacidad de ocultar el miedo, pero Richard sabía la verdad, sabía que en el fondo continuaba siendo ese niño temeroso que había crecido aterrorizado por los golpes de su padre, quien lo convirtió en una roca con una máscara inamovible que le ocultaba al mundo sus emociones, y, al mismo tiempo, en el peor de los cobardes.

No temía morir. Eso jamás. Gracias a ello había sobrevivido en los barrios bajos de Nueva York tras huir de casa con Alex y Lee como única compañía. Había vivido demasiado tiempo agachando la cabeza y, cuando tuvo la oportunidad, no temió dejar emerger el demonio que llevaba dentro, del mismo modo que su padre lo hacía con él.

Fue así como llamó la atención de un organizador de peleas callejeras y pronto su nombre estuvo entre las apuestas.

Había vivido de enfrentamiento en enfrentamiento, de trabajo en trabajo, sin temer poner su vida en peligro. Fue así como llegó a ser reconocido, como se convirtió en un hombre respetado, como por fin pudo darle un techo a su hermano y protegerlo como se había prometido.

Tras el ataque al corazón, Ronald Collinwood había quedado postrado en una cama, con la mitad del cuerpo inutilizado. Harold, su hermano mayor, segundo en nacimiento, regresó enseguida de Oxford con la intención de hacer valer sus derechos como heredero, posición que había asumido con demasiada antelación pues su padre nunca destituyó a Alexander de tal título.

Fue entonces cuando el verdadero peligro llegó para Alex, proveniente de su propio hermano. Harold tenía un alma tan negra como su progenitor y no dudó en hacer lo que fuera por terminar con la vida de su hermano mayor con tal de hacerse con el título y las propiedades.

Richard sabía que tenía que hacer algo para salvar a Alex y Lee estuvo de acuerdo.

Los tres escaparon durante la noche y huyeron a América. Se establecieron en Nueva York donde, poco a poco, habían conseguido prosperar.

—¿Cuándo llegaste, Lee? —Richard quiso saber—. No te escuché entrar. —Como si importara. Lee tenía una maldita forma de caminar que ni siquiera un murciélago con el oído más sensible habría sido capaz de oírlo.

—Anoche, bastante tarde. —Lee le dedicó una severa mirada—. Traigo noticias.

—¿Qué noticias?

—Pueden esperar. Deberías intentar dormir de nuevo —le sugirió Lee—. Mañana tienes una pelea importante.

—Lo sé. —Richard no necesitaba que se lo recordara. Su rival sería uno de los más afamados peleadores de la nación. Le llamaban al enfrentamiento América contra Europa, como si dos hombres en sí reflejaran la personalidad de dos continentes enteros.

Ni hablar de la cantidad de gente que un enfrentamiento así atraería. La mayoría americanos, obviamente. Y estaba seguro de que la peor parte se la llevaría él, hablando de los ánimos del público. En cuanto a golpes, él no perdía. Jamás.

—¿Necesitas que prepare café? —le preguntó Lee—. Se ve que necesitarás un poco.

—No es necesario. Ya me encargo yo. —Richard buscó las cerillas para encender una linterna.

—¿Cuánto tiempo planeas seguir haciendo esto? —cuestionó Lee, arrebatándole la caja con cerillas para hacerlo él.

—¿Te refieres a pelear? Un par de años más y entonces habré reunido lo suficiente para sacar adelante mi propio rancho. Aunque no decido todavía si me iré a Texas o elegiré algo más al oeste para criar caballos, aprendí bastante cuando vivía con mi padre... —La sola mención de su padre le hizo sentir amarga la boca.

—Asumía que estabas interesado en las plantaciones de café.

—Lo estoy, pero todavía no estoy preparado para tener una. Al contrario del café, sé de caballos más allá de los libros. Joshua Brown fue el mejor entrenador de caballos de Inglaterra, y aprendí todo cuanto pude de él durante el tiempo que trabajó en los establos de mi padre, hasta su muerte. Sin duda, será un buen modo de comenzar mientras decidimos nuestra estrategia.

—Tal vez podríamos decidirla desde ahora. Marcharnos a un lugar donde podamos asentarnos definitivamente, ¿no lo has pensado?

—Sí, claro que sí... —Alzó la mirada, molesto—. ¿Por qué lo preguntas? ¿A qué viene todo esto?

—Por nada.

—Lee, sé que cuando quieres decirme algo importante, das rodeos. Y sabes que lo odio, así que

si tienes algo que decir, solo escúpelos.

Lee se sentó en una de las sillas y lo miró a los ojos.

—Tu hermano ha impuesto una orden de captura contra ti.

Richard estuvo cerca de tirar la cafetera.

—¿Qué?

—Harold quiere capturarte. Ha enviado inspectores privados y cazadores de fortuna a lo largo y a lo ancho del mundo para dar contigo.

—Maldito hijo de... —Richard se contuvo, echando un ojo a la cama donde todavía dormía Alex—. ¿Y con qué cargos?

—Te acusa de haber secuestrado a Alex y de, posiblemente, haberlo asesinado.

—¡Será hijo de puta! —Richard golpeó la mesa, provocando que las tazas martillearan—. ¡Si fue él el quien intentó asesinarlo! ¡De haber llegado yo un instante más tarde, Alex ahora estaría muerto!

—Harold te acusa de haber intentado asesinarlo el día que huiste, llevándote a Alex consigo.

—Eso es verdad —Richard espetó—. Pero si lo hice, fue para evitar que matara a Alex, fue en defensa propia.

—Yo lo sé, pero la cuestión es que no te van a creer. Harold es quien ahora da la cara en nombre de la familia...

El color abandonó el rostro de Richard.

—¿A qué te refieres?

—Tu padre ha muerto, Richard.

Richard tragó saliva. Así que al fin los estragos del infarto habían terminado por llevarse al viejo maldito al otro mundo. Sin duda su padre se aferró demasiado tiempo a la vida, a pesar de ser incapaz de arreglar los pecados cometidos a lo largo de su camino en la tierra y, en especial, dentro del seno de su familia.

Con su muerte, las cosas se complicarían más para todos...

—En este momento, lo único que separa a Harold del título y de la herencia son tú y Alex — continuó diciéndole Lee, hablando con tono grave y preocupado—. Y tu hermano no descansará hasta haberlos quitado de en medio. Tu padre fue inteligente al refugiarse en un hospital privado, con un ejército custodiándolo día y noche todos estos años. Harold se vio en libertad de gastar la herencia, mas no de conseguir poner fin a la vida de su padre. Por lo que me enteré, el dinero se ha agotado, así que irá tras las propiedades que legalmente le pertenecen a Alex, así como el título. Ahora que Ronald ha muerto, es necesario dar con Alex para obtener lo que desea.

—Han pasado muchos años, ¿cómo es que no nos han dado por muertos?

—No lo sé con exactitud, pero hay un rumor de que existe un testigo, una persona cuya identidad no ha sido revelada, que vela por los intereses de Alex y ha dado fe de que sigue con vida.

—¿Ni idea de quién pueda ser?

—No, Richard. Aunque se asegura que es un lord de la cámara, muy allegado al príncipe Alberto. —Lee bebió un sorbo de café—. Como seguro imaginas, eso ha provocado la ira de tu hermano. El plan de Harold es claro como el agua, intentará acusarte de lo que él intentó hacer para llegar a Alex y deshacerse de ti al mismo tiempo. Y una vez que lo consiga, Alex quedará bajo su resguardo... Y Dios sabe cuánto tardará en quitarlo de en medio y, sin ti para impedirlo, no habrá nadie que lo detenga.

—Nunca permitiré que ese hijo de puta ponga las manos sobre Alex otra vez... —Richard concluyó, apretando con fuerza la taza de café en su mano—. Antes regreso del infierno.

—Debemos irnos de aquí, Richard. Harold ha enviado gente por todo el mundo, ha ofrecido una recompensa que haría rico al que la gane y tentaría a cualquier hombre. No tardarán en rastrearte hasta este lugar. Ahora eres conocido...

Richard suspiró. Era cierto. Lee le había advertido en varias ocasiones sobre la mala idea que era dejar de permanecer en el anonimato, pero Richard tenía que ganarse la vida de algún modo, y por Dios que estaba cansado de hacerla de cargador en los buques pesqueros por una mísera paga que ni para la renta le alcanzaba.

—Tendremos que esperar y ver qué sucede. Tengo varios amigos que me apoyarán.

—¿Qué vas a hacer con la orden de captura que ha emitido tu hermano? Es un asunto oficial, si la policía se entera...

—Nada.

—No puedes sencillamente ignorarla. Harold ha enviado a la policía a buscarte. Ha ofrecido una recompensa por tu cabeza... ¡Te acusa de secuestrar a tu propio hermano! ¡De asesinarlo!

—Ya lo entendí. Como sé que en este país la ley es tan real como las hadas o los duendes, sé que nadie hará nada.

—Richard, la ley juega del lado de quien mejor lo recompense, tu hermano tiene los recursos para comprarla, tú no.

—Soy rico.

—No tanto como Harold.

—¿No has dicho que su fortuna se ha terminado?

—Se ha casado. —Fue hasta su bolso de viaje y sacó un periódico que le tendió.

Richard vio, en la primera plana, la imagen de su hermano acompañado de una elegante dama. Los años habían transformado a su hermano en un ser de rostro frío y anguloso, demasiado pálido para su gusto. Era idéntico a su padre.

—Se casó con una heredera —le explicó Lee—. Una americana.

—Me compadezco de ella.

—No lo hagas. —Lee se acercó y plantó el índice en el rostro de la joven—. Por lo que sé, esa mujer es el mismo demonio. Su familia tiene fama de despiadada, y ella no se queda atrás. Cazó a tu hermano por el título y no cesarán de buscarte hasta que él lo haya obtenido.

—Tengo amigos, muchos... Ellos no me entregarán.

—El dinero compra muchas enemistades, Richard. En cuanto el rumor de la recompensa se corra entre la gente, no dudes que te entregarán antes de que el gallo cante tres veces.

—Eres chino, ¿cómo es que eres tan cristiano?

—No me cambies el tema, Richard. Y mi madre era católica, igual que yo, ya te lo dije.

—Bien, no sé... Lee, ¿qué quieres que haga? No puedo abandonar así nada más. La gente asumirá que soy un cobarde.

—No importa lo que ellos piensen, solo lo que tú pienses de ti mismo, lo que tú seas... Eres un buen hombre, Richard, lo has sacrificado todo para mantener a Alex a salvo. ¿Por qué no habrías de sacrificar también esto? ¿Por qué te empeñas en continuar en esta ciudad, a sabiendas de que te podrían arrestar en cualquier momento y llevar a Alex de vuelta con su hermano? Harold no dudará en matarlo en cuanto lo tenga en sus garras, lo sabes.

Richard frunció el ceño. Era cierto.

Harold no desistiría hasta obtener lo que deseaba. Había esperado demasiados años a que su padre muriera. El viejo se había mantenido con vida por más tiempo del que nadie creyó posible. Y si Harold estaba tan desesperado, no cesaría en su empeño por terminar con el obstáculo que le impedía cumplir con su meta, pero Richard estaba decidido a defender la vida de su hermano.

—Sé lo que piensas. Es injusto que ahora que tienes una vida, debas abandonarla por culpa de Harold, otra vez... —Lee suspiró—. Tu hermano es un hombre...

—Desalmado.

—Exacto. —Lee asintió—. No parará hasta haber conseguido quedarse con todo lo que él asume como suyo.

—Supongo que tienes razón —convino Richard, decidiéndose—. Nos marcharemos.

—Bien... ¿Cuándo?

—Después de esta pelea.

—Preferiría que fuera ahora mismo.

—Nos marcharemos mañana, después de la pelea. Está decidido, no voy a quedar como un cobarde. —Se puso de pie—. Debo hablar con Jack y explicarle todo.

—Yo me haré cargo de Alex.

—Bien... —Richard miró a su hermano, profundamente dormido. Tal vez, después de todo, la idea de marcharse no sería tan mala. Al fin podría darle a Alex la vida que se merecía. Se había partido el lomo por años para hacerlo.

—¿A dónde vas? —preguntó Lee al notar que se ponía el abrigo y se dirigía a la puerta.

—Si vamos a marcharnos, necesitaré mis ahorros.

—A Jack no le gustará enterarse de que su mejor amigo deja el negocio.

Richard sonrió. Jack era su mejor amigo, le dolería dejarlo. Sin embargo, debía pensar primero en su hermano.

La fortuna que Richard había adquirido con ayuda de su mejor amigo, podría utilizarla para realizar el sueño que se había planteado tantos años atrás, cuando acababa de huir de casa.

Deseaba asentarse en un lugar tranquilo, cultivar la tierra, casarse y tener hijos. Hijos que lo amaran y respetaran como padre, a los que nunca les pondría una mano encima...

—Tendrá que hacerse a la idea. Desde un principio sabía que nuestra sociedad no sería para siempre... —Se calló al notar que Alex se removía—. En fin, será mejor que me ponga en marcha antes de que Alex despierte y me vea. Hará un berrinche y no me dejará ir.

—Ve con Dios.

Richard sonrió para sus adentros. Un chino católico, eso era raro, pero era un buen hombre, sin duda alguna.

Al atravesar la puerta, Richard respiró profundamente, como si al fin sintiera que era liberado de un peso que no sabía que cargaba sobre los hombros.

Por primera vez desde que tenía uso de razón, haría algo que realmente quería.

Por primera vez sería libre.

Por primera vez podría ser feliz.

Pronto terminaría el tercer round. Richard, sobre el ring, hacía un juego de pies para distraer a su enemigo. Se había llevado un chasco con su rival. Enseguida se dio cuenta de que podría haberlo derribado a los dos minutos de un buen derechazo, sin embargo, se abstuvo de hacerlo. Incluso le permitió darle un buen par de puñetazos. Debía brindar cierto espectáculo al público o de lo contrario se aburrirían. Nadie gozaba de una pelea que terminaba a los dos minutos de comenzar.

Notó por el rabillo del ojo a un par de guardias de seguridad del club entrando en la zona privada desde donde Jack observaba la pelea. Algo pareció alterarlo. Richard se tensó y su distracción le costó un derechazo que por poco lo tumba.

Se escucharon gritos en contra y ovaciones en el público.

Richard se puso en guardia y asestó dos buenos golpes a su contrincante antes de terminar con un gancho a la mandíbula que noqueó a su contrincante.

La campana sonó y fue declarado ganador.

Richard no esperó a atender las llamadas de las mujeres que se habían colado para verlo ni a los fanáticos que se amontonaban para felicitarlo. Era tradición que permitiera acercarse a su público, Jack decía que era importante para crear una imagen afamada, digna de reconocimiento. El reconocimiento conducía a la fortuna y al éxito. Sin embargo, nada de eso era importante en ese momento. Corrió escaleras arriba, hasta la oficina de Jack. Se encontró a su amigo ante la puerta, que ya le salía al encuentro.

—Richard, debes irte ahora mismo —le advirtió—. La gente de tu hermano está aquí y han acudido a la policía. Pronto tendrás a toda la ciudad persiguiéndote.

Media hora más tarde, ocultos en un camarote de un barco tripulado por unos amigos de Lee,

Richard se despedía de su mejor amigo.

—No puedo creer que no vaya a volver a ver tu culo en esta ciudad —le dijo su amigo, ocultando el dolor que sentía—. Las chicas extrañarán a su «reloj de arena».

—Deja de llamarme así. No es gracioso.

—El día que vea que no te escabulles de las redes de una mujer, igual que la arena en un reloj de arena, dejaré de llamarte así.

—En ese caso, me has condenado para siempre —se mofó Richard—. Cuídate bien, amigo mío.

—Lo haré, y también al negocio. En cuanto consiga un nuevo socio, te enviaré tu parte. No debes dudar de eso.

—No lo hago. Confío plenamente en ti, eres como mi hermano... hablando en el buen sentido, claro. Un hermano que no encomendaría a medio Nueva York cortarte la cabeza. —Sonrió, levantando la mano en señal de amistad.

Jack la estrechó, antes de envolverlo en un fuerte abrazo.

—Lo sé, un hermano que daría la vida para proteger a su hermano. —Jack sonrió, y Richard notó que tenía los ojos humedecidos por las lágrimas—. Cuida a Alex y a Lee, te necesitan.

—Lo haré.

—Y no olvides escribir cuando hayas decidido establecerte. Tal vez vaya de visita algún día, cuando me canse del juego y del alcohol.

—Me temo que nunca te volveré a ver, si ese es el caso —bromeó Richard. Y ambos se echaron a reír.

Jack se apartó y dejó a su mejor amigo partir. El mejor amigo que podría haber deseado en la vida.

Richard, apoyado sobre la barandilla, observaba el océano iluminado por la luna llena. No tenía idea de qué hacer. Si Harold había enviado cazadores tras él, podrían encontrarlo en cualquier parte de Estados Unidos. Comenzaba a dudar que Texas fuera una buena opción. Por remota que fuera la tierra, si alguien se sentía determinado a encontrarlo, podría suceder.

Y por Dios que no quería vivir toda la vida cuidándose las espaldas de su maldito hermano.

Notó la presencia de otro hombre acercándose por el pasillo.

—Buenas noches —lo saludó el recién llegado, haciendo un gesto con el sombrero.

—Buenas —Richard contestó, notando el sombrero de vaquero, los pantalones gastados de mezclilla, las botas... Todo en él gritaba que era un hombre de un lugar muy diferente de donde había vivido hasta entonces. Y por un momento lo envidió.

—¿También va a México? —le preguntó el hombre, encendiendo un cigarrillo. La tenue luz iluminó su rostro de tez morena, dejando al descubierto unos rasgos delicados y a la vez masculinos, como si hubiesen sido cincelados en su cara.

Ese hombre debía descender de los nativos americanos.

—¿México? —Richard arqueó una ceja—. ¿Es allí a donde va este barco?

La verdad es que habían abordado tan deprisa que ni siquiera se habían planteado el destino. Había dejado a Lee a cargo de eso.

—A varios puertos, en realidad —contestó el extraño, dando una calada a su cigarrillo—, finaliza el recorrido en el puerto de Veracruz, antes de volver a Nueva York.

—Oh, ya... Pues no lo sé, en realidad. —Y aunque lo supiera, no se lo diría. Ese hombre bien podría ser uno de los espías de su hermano—. Supongo que planearemos en el camino.

—Yo voy a México —contó el desconocido, sin esperar a que Richard le preguntara—. No hay tierra más bella en este mundo, sin duda.

—Ya...

—Debería ir algún día a conocer por allá. En especial Veracruz, es un sitio hermoso.

—No lo sé, soy más partidario de vivir en lugares donde la gente habla tu mismo idioma.

—La lengua es una barrera de poca importancia, si la meta es más grande. —Él apagó el cigarro lanzándolo al agua—. Si he de cumplir el sueño de mi vida, sin duda no me detendría por el idioma.

Sus palabras chocaron a Richard. Era imposible que él conociera sus pensamientos...

—Tengo pensado viajar al oeste —soltó él, a la defensiva.

—Me parece bien, si lo tiene decidido. México era solo una sugerencia para un viajero ávido de aventuras. —El hombre se despidió con un gesto de cabeza y se alejó por el pasillo.

Richard permaneció observándolo hasta que su silueta se fundió con la oscuridad del barco.

¿De dónde demonios había venido todo eso?

Aguardó unos minutos, en espera de si algo extraño sucedía. Tal vez realmente había espías en el barco, a pesar de que Lee le había asegurado que era un barco de mercancías de un amigo de confianza, sin otros tripulantes más que ellos.

Cuando finalmente Richard se decidió a dejar pasar el asunto como una simple coincidencia, volvió al camarote, encontrándose a Lee quien lo esperaba despierto.

—¿Qué ocurre? —Richard le preguntó, nervioso—. ¿Está bien Alex?

—Sin duda... Es solo que no puedo dormir. No puedo dejar de pensar.

—¿En qué cosa?

—En el sitio a donde iremos.

—¿A dónde iremos? —Richard sintió deseos de soltar una palabrota. No quería seguir centrado en ese tema—. Creí que ya lo habías decidido antes de embarcarnos, ¿a dónde demonios se supone que vamos, si no es así?

—Richard, eres un hombre ya, no soy yo quien toma esa decisión, sino tú. —Lee suspiró cansinamente—. Teníamos que escapar sin levantar sospechas. Este barco nos llevará a nuestro destino, sin duda. Bajaremos en algún puerto mercante y de allí tomaremos el camino hacia el sitio que tú escojas. Pero eso, hijo, has de decidirlo tú.

—Bueno, en realidad no lo he pensado con claridad... —Richard se dejó caer en una silla—.

Texas, supongo... Ya veremos en el camino.

Richard observó que Lee se quedaba rígido. Pocas veces lo contradecía, pero esta seguramente sería una de esas ocasiones.

—¿Tienes alguna sugerencia al respecto? —Richard alzó una mano, como haría un orador para ceder la palabra—. Soy todo oídos.

Lee lo miró a los ojos. Su tono había sido un tanto sarcástico, pero la verdad es que Richard hablaba con total honestidad. Su completa confianza estaba puesta en Lee. Si no hubiera sido por ese hombre, él no estaría vivo. Había sido él quien curó sus heridas tras la última brutal paliza de su padre, cuando todo el mundo estaba demasiado ocupado en mantener con vida al conde infartado. No había podido hacer nada para remitir la cicatriz del hierro de su padre, pero había aliviado el dolor de la quemadura e impedido que se infectara.

Fue gracias a él que consiguieron salir a salvo del castillo la noche que Richard por poco mata a golpes a Harold, tras descubrir a su hermano a punto de asesinar a Alex con una espada, para luego alegar que había sido el mismo Alex quien accidentalmente se había herido de muerte. Fue gracias a Lee, a sus contactos en el puerto y a los diversos navíos, que consiguieron escapar sin dejar rastro y llegaron a Estados Unidos de América. Gracias a sus enseñanzas, Richard fue capaz de sobrevivir en ese mundo hostil que los recibió. Lee había sido un hombre de mundo antes de llegar a trabajar con su padre. Sabía de armas y le enseñó a usarlas tan bien como los puños.

En una ciudad como Nueva York, donde alguien te puede dar un balazo con la misma facilidad con que se respira el aire, era mejor saber protegerse y mantener a salvo a los suyos. Lee solía repetirle: «Saber disparar una bala de forma certera más rápido que tu oponente te salvará la vida en más de una ocasión», o: «No todos los oponentes tienen la honorabilidad para dar la cara y enfrentarte como se debe. Por ello nunca debes dejar de ser precavido. Ni la patada más rápida o el puño más potente pueden detener una bala». O bien: «Una mente fría piensa mejor que una nublada por el enojo», la enseñanza más grande y efectiva para él. Cuando uno debía pelear para vivir, mantener la mente fría cuando la furia amenazaba con ofuscar su concentración era tan necesario como respirar.

La furia te podía llevar al desastre o, en su caso, el orgullo. A Richard, el orgullo realmente podía nublarle la mente en ocasiones. Y Lee no cesaba de recordarle sus enseñanzas, bajándole también los humos cuando debía.

Gracias a ello, había conseguido salir victorioso en las peleas. No se dejaba llevar por el ardor de la furia, como sus contrincantes. Asestaba hábilmente el golpe en el momento exacto y ganaba. Se había jurado no volver a permitir que nadie lo doblegara. Había conseguido convertirse en un hombre temido. Lo sabía. Y eso era orgullo. Lee se lo había repetido innumerables veces. El orgullo podía destruirlo tanto como una mente invadida por la furia.

Sí, los consejos de Lee eran invaluable. Nunca demeritaría lo valiosos que eran para él. Sin duda los tomaría en cuenta en esta ocasión, como siempre lo hacía en todo lo demás.

—México —dijo Lee, obligándolo a dejar a un lado sus pensamientos.

—¿México? —Richard frunció el ceño—. ¿Qué hay en México que a todos parece interesarles tanto?

—¿A qué te refieres?

—Nada... Me topé con un tipo que me comentó algo al respecto... no importa. —Hizo un gesto con la mano para restarle importancia—. Solo dime lo que piensas, ¿quieres?

—No es Estados Unidos, no habrá personas persiguiéndote. Ni siquiera hablan nuestro idioma.

—Exacto. Para el caso mejor nos vamos a la India.

—No hay colonias inglesas en México. Es un país libre, enorme y de gente agradable, fiel... En su mayoría. Es un país libre de los estigmas que nos persiguen aquí... —Agachó la vista y Richard comprendió a lo que se refería su amigo.

En Estados Unidos, Lee había conseguido escasos trabajos y todos mal pagados. Lo consideraban inferior por su raza; lo mismo habría sucedido en Europa, de no ser porque era un empleado de confianza de su padre.

—Bien, México será —suspiró, echando un vistazo al camastro donde Alex comenzaba a removerse. Pronto despertaría—. Ahora será mejor irnos a dormir antes de que Alex despierte. Se emocionará mucho cuando le demos la noticia y seguramente no volveremos a dormir en todo lo que queda del viaje.

Capítulo 2

Veracruz, México, 1860.

El sonido de las notas del violín se mezclaba con el trino de los pájaros, anunciando un nuevo amanecer. Lupita Lobos bajó el instrumento y miró al cielo, buscando en el espacio infinito sobre su cabeza a la persona que sabía ya no yacía más que en la tumba a sus pies. Sus ojos bajaron hasta posarse en el nombre escrito sobre la lápida:

Joseph Ahanu Hamilton, amado hijo y hermano.

—Feliz cumpleaños, Ahanu —dijo con voz clara y firme, dejando a un lado el dolor que amenazaba con quebrarle la voz.

Odiaba llorar, y más odiaba que Ahanu la viera llorar. Porque, si de algo estaba segura, era de la vida después de la muerte. Él podía verla, aunque ella, por alguna razón que era incapaz de comprender todavía, no había podido verlo hasta entonces... Había sido capaz de ver a los muertos desde que tenía memoria. Sin embargo, era incapaz de ver a Ahanu por más intentos que había hecho.

Las campanas de la iglesia del pueblo llamando a misa la sacaron de su ensimismamiento. Tomó las flores silvestres que había dejado de lado y las colocó sobre su lápida. Emitió un vago suspiro, trazando las letras del nombre escrito en la lápida con la yema de los dedos.

—Hasta pronto, mi amor —susurró, lanzándole un beso volado antes de ponerse de pie.

Con destreza y rapidez, guardó una vez más el violín en el estuche. Ahanu siempre había gozado con su música, no podía fallarle el día de su cumpleaños. Por ello se había dirigido a su tumba antes del amanecer, con la intención de tocarle un par de melodías a solas, antes de que el barullo de la gente del pueblo los interrumpiera.

A paso rápido se encaminó afuera del cementerio, donde la aguardaba su caballo. Al verla, el potro negro como la noche emitió un sonoro relincho, como si le reclamara por su ausencia.

—Calma Áak'ab, no he tardado tanto como para que te estés quejando así —le dijo, acercándose para palmearlo en el cuello—. Vamos a casa, amigo.

—¡Lupita! ¡Ey, Lupita, espera...!

Lupita se giró en redondo. Una joven de piel morena y cabello muy negro corría hacia ella, llevando un enorme ramo de flores en las manos.

—Hola, Danielle —la saludó Lupita, acercándose a la chica antes de que la pobre tropezara. Iba tan cargada que no entendía cómo podía ver algo más allá de su nariz, con la cantidad de flores que llevaba encima.

—Lupita, sabía que te encontraría aquí —musitó la chica, dándole un caluroso abrazo a pesar de las flores que cargaba consigo—. Te he traído algo, es de parte de mi hermano.

Lupita tragó saliva ocultando el impacto que esas palabras habían tenido en ella, a pesar de que las había escuchado con anterioridad.

Ahanu, en vida, había pedido a su hermana que cuidase de Lupita en los detalles que él no podría otorgarle por sí mismo, si su vida terrenal terminaba. Y su hermana había cumplido puntualmente con cada uno de ellos.

Con manos temblorosas, Lupita aceptó el ramo de flores que Danielle le ofrecía, ocultando el dolor tras una vaga sonrisa.

—Son hermosas, Danielle, gracias... Pero te he dicho que no es necesario que sigas haciendo esto, deberías dejarlas en la tumba, junto a las otras.

Danielle abrazó el resto de las flores, las que iban destinadas a la tumba de su hermano.

—Ni hablar, mi hermano me mataría si no cumplo con mi palabra. Tómalo como un regalo de su parte, porque es lo que son. Él querría dártelas el día de hoy...

Lupita agachó la vista, ocultando las lágrimas que luchaban por salir de sus ojos. El día del cumpleaños de Ahanu, tres años atrás, se habían comprometido.

—Gracias, Danielle... Yo, em... —carraspeó, intentando dejar atrás el nudo que tenía en la garganta—. Debo irme ya, mi abuela me está esperando. Se supone que debía llegar temprano a casa con las hierbas que me encargó.

—Por supuesto, no te preocupes por mí. —Danielle sonrió, comprendiendo el sentir de su amiga—. Nos vemos otro día, ¿de acuerdo? Pasaré a verte a El Janto.

—Muy bien, será agradable verte por allí, mi madre no deja de preguntarme por ti —Lupita se despidió, subiendo al lomo del caballo después de haber acomodado las flores y el estuche del violín en las alforjas—. Nos vemos pronto, Danielle.

—Adiós, Lupita. —Una sonrisa teñida de tristeza apareció en el rostro de la joven al despedirse de Lupita, observándola alejarse del cementerio a todo galope—. No se ve bien, Ahanu... —musitó, hablando al viento que comenzaba a soplar con fuerza a su alrededor—. Han pasado tres años y tu recuerdo sigue tan vivo en su corazón como el día en el que partiste. Deberías mandarle a alguien, hermano. Alguien que reemplace tu lugar en su corazón. Nadie debería vivir con esa clase de dolor y tú más que nadie, que la amaste tanto, debes saberlo...

Lupita bajó de un salto del caballo, sin esperar a que se detuviera completamente, corrió a la cocina y entró en la casa por la puerta trasera.

—¡Abuela, ya estoy aquí! Te he traído las hierbas que me encargaste.

—Gracias m'ija. —La anciana, de pie frente al fogón de la cocina, se volvió para recibirla—. Has tardado muy poco, ¿pudiste encontrarlas a todas? —le preguntó, dirigiéndole una mirada sorprendida.

—Ha sido fácil, después de buscar lo mismo mil veces, uno aprende a conseguirlo en los lugares estratégicos donde la madre naturaleza lo esconde... ¿Qué estás cocinando? —preguntó la joven, dejando a un lado el montón de hierbas, junto a las flores que Danielle le había dado, para acercarse a la olla que su abuela tenía sobre el fuego.

—Un poco de chocolate para el desayuno.

—Mmm, qué rico. —Lupita aspiró el aroma, cerrando los ojos con deleite.

—Aparta el rostro de allí o te quemarás la nariz otra vez, muchacha —su abuela le dijo con una sonrisa llena de cariño, batiendo la leche con el molinillo hasta hacer subir la espuma achocolatada—. Siéntate, m'ija, ahorita te sirvo un poco.

—Está bien, puedo hacerlo yo. —Lupita tomó un par de tazas de la estantería de la vajilla y llenó ambas hasta al tope con la cuchara—. ¿Quieres un pan dulce?

—Ya lo tengo aquí. —Su abuela sonrió con picardía, dejando al descubierto un par de conchas calientitas frente a ella.

Lupita sonrió con gusto y se sentó a la mesa junto a su abuela, comenzando el deleite de un desayuno como solo su abuela podía darle.

—Te has encontrado con Dani en el camino —le dijo su abuela de repente. Era una afirmación, no una pregunta.

—Sí, ¿cómo lo sabes? ¿Te lo han dicho los espíritus? —Lupita le preguntó en tono jocosos, aunque hablaba muy en serio. Desde que tenía uso de razón, recordaba haber visto a su abuela hablar con toda clase de espíritus.

—Ví las flores. —Su abuela señaló el ramo de flores silvestres que Danielle le había regalado—. No estoy ciega... todavía.

—Ves mejor que un águila, abuela. No comiences con tus habladurías de que estás vieja, porque nadie te cree. Tú nos sobrevivirás a todos.

—Alcanzaré a ver a mis bisnietos, no me quejo por eso —afirmó la anciana con orgullo, posando la mano en un manojito de cartas que tenía a un lado de la mesa, envueltas en un paño negro.

—¿Eso sí te lo dijeron los espíritus?

—Por supuesto —contestó con sencillez la anciana—. Y me han dicho otra cosa. ¿Te gustaría oírlo?

—¿Es una broma? Siempre quiero saber lo que te dicen los muertos.

—Me han dicho que pronto tú te casarás.

Lupita se atragantó con la leche y tosió repetidamente antes de conseguir respirar una vez más con regularidad.

—Abue, creo que esta vez tus cartas te han fallado.

—Te he dicho que no fueron las cartas, sino los espíritus.

—Quien haya sido, te mintió —afirmó Lupita con cierto enfado, limpiándose el rostro con la servilleta de tela que tenía en su regazo—. Yo nunca me casaré, y por consiguiente, no tendré hijos, así que también te han mentido con la idea de que serás bisabuela. A menos que tenga un hermano cuya existencia desconozca, eso jamás será posible.

—Yo solo te repito lo que me han dicho los espíritus, y ellos nunca mienten —su abuela le dijo, señalándola con un dedo—. Tú te vas a enamorar y a casar en menos de un año.

—Imposible.

—¿Por qué te rehúas a creer en lo inevitable? Eres joven y hermosa, tienes toda una vida por delante. Mereces conocer el amor y formar una familia, ¿no era ese tu sueño antes de que Ahanu muriera? ¿No deseabas tener tantos hijos como estrellas en el cielo, de manera que nunca más te sintieras sola?

Lupita suspiró, dejando a un lado la pieza de pan que se llevaba a la boca.

—Eso fue hace mucho tiempo, Abue. Ahora que Ahanu está muerto, me doy cuenta de lo fantásica que fui al llegar a creer algún día en una felicidad tan efímera... e imposible.

—¿Efímero algo que nunca ha sucedido? No puedes hablar así cuando tu vida ni siquiera ha comenzado, Lupita.

—Me refiero a que fui una tonta al creer que algún día podría ser feliz. Al concebir ideas tan altas, llenas de fantasía y de una felicidad de cuento de hadas, cuando la realidad es que la vida no es así, y nunca lo será. —Su voz estaba llena de amargura—. Ahanu está muerto, nuestro futuro murió con él, así como todas esas ideas que alguna vez tuve sobre una vida perfecta.

—El mundo puede ser una mierda, hija, pero el amor nunca muere. Ahanu puede haber muerto, pero sigue vivo en tu recuerdo, en tu corazón. —La anciana posó una mano en su mejilla, en una caricia llena de afecto—. Y él querría que fueras feliz, que revivieras tus sueños, que los cumplieras, que volvieras a dar tu corazón y amaras una vez más.

—¿Él querría que realizara nuestros sueños con otro hombre? ¡Eso es ridículo!

—Ridículo es que asumas que tu vida ha terminado cuando no has cumplido ni los diecinueve años. Que un corazón joven es incapaz de volver a amar. Pero, más todavía, que asumas que el hombre al que amabas, un espíritu tan noble como el de Ahanu, deseara que te quedaras sola y amargada por el resto de tu vida.

—Abuela, eso no tiene sentido... Yo... —suspiró, llevándose ambas manos al rostro, intentando calmar el ímpetu que solía hacerla estallar. No le gustaba enfadarse con su abuela—. Sencillamente no lo creo, ¿de acuerdo?

—Él me lo dijo.

El color se esfumó del rostro de Lupita.

—¿Quién...?

—Ahanu me lo dijo.

—¿Quieres decir que él vino... a ti? —Su voz estaba teñida de dolor y algo de resentimiento—.

¿Él habló contigo?

La anciana asintió, mirándola fijamente.

—Desea que seas feliz. Te tiene un regalo especial ahora mismo...

—No. —Lupita se puso de pie, intentando ocultar el dolor que sentía. Desde el día en el que Ahanu murió, había intentado contactarlo, hablar con él, conseguir cualquier pista de su existencia, cualquier mensaje que él pudiera darle; pero por más intentos que había hecho, todo había sido inútil. Ahanu se había esfumado de su vida.

Lupita podía estar rodeada día y noche por espíritus, escucharlos cada vez que se concentraba en ello, incluso podía comunicarse con algunos. Sin embargo, nunca había visto u oído a Ahanu. En ese momento se enteraba de que él venía a charlar con su abuela, como una comadre invitada a tomar el té y comentar los chismes del más allá, dejándola a ella relegada en el olvido. Era indignante.

—Disculpa, Abue, debo darme prisa. —Lupita se puso de pie. Necesitaba salir de allí—. Prometí a papá ayudarle con el nuevo potro.

—Tu padre se ha marchado ya.

—¿Qué has dicho? —El color se esfumó aún más del rostro de Lupita—. ¿A dónde ha ido?

—Se ha marchado al puerto.

—¿Al puerto? —Lupita dejó caer la taza, que se hizo añicos contra la losa del piso—. ¿Pero cómo han permitido que se marchara? ¡Lleva recuperándose menos de una semana!

—Sabes cómo es tu padre, terco como mula, pero feroz como lobo —la abuela Lupe asintió con orgullo—. Es igual a tu abuelo, que en paz descansa. No temas, hija, Zalo sabe cuidarse solo. No en vano es mi hijo.

—Abuela, ser feroz como un lobo no lo protegió de la bala de ese condenado García la última vez. —Lupita apoyó ambas manos en puños sobre la mesa—. No puedo permitir que él esté solo.

—Él no te quería a su lado, Lupita.

—¿Qué...?

—Ha ido a vender el potro y sabía que tú te opondrías.

—¡No! ¿Pero por qué ha hecho eso...?

—Sabes la respuesta a esa pregunta, m'ija. Es la única forma de conseguir el dinero para salvar a El Janto. Tu padre está desesperado, hará lo que sea necesario para salvar de la ruina al rancho.

Lupita inspiró hondo, intentando calmarse. Hacía mucho tiempo que tenían problemas en el rancho, lo sabía bien. Pero ese potro significaba todo un logro en el tema de cruce de razas. Sus crías valdrían muchísimo dinero. Perderlo sería un gran detrimento a la labor que habían logrado en varios años.

Años de arduo trabajo y dedicación, cuyos frutos apenas comenzaban a ser visibles. Y el mayor logro había sido ese potro...Sin embargo, comprendía a su padre. No podía perder El Janto. Era todo cuanto tenían.

—¿A quién va a venderlo?

—No me ha dicho. Al parecer es un comprador que lo ha contactado desde la Ciudad de México. Ha acordado encontrarse con él en el puerto, lo llevarán en barco a Europa.

—¿Europa?

—Es lo que tu padre me ha explicado, pero tenía tanta prisa por largarse antes de que tú volvieras, que apenas tuvo tiempo de decir nada. —La anciana se encogió de hombros—. Tendrás que preguntárselo tú misma, porque vas a ir, ¿no es verdad? Como si no te conociera, muchacha, no intentes disimular ante mí.

Lupita sonrió, sabiéndose descubierta. No sabía si no podía disimular ante su abuela o si sencillamente le leía el pensamiento, pero jamás había sido capaz de ocultarle nada.

—Me conoces demasiado bien, Abue.

—Anda, m'ija, date prisa —le dijo la anciana, poniendo una bolsa en sus manos—. Es agua y comida para el camino. Será mejor que te vayas antes de que tu madre te vea. A Calita no le hará gracia que su única hija ande por los caminos sola, como un bandolero.

—Te quiero, Abue. —Lupita la besó en la mejilla y corrió a la puerta.

—Y yo a ti, m'ija. Que Dios te acompañe. —La anciana sonrió cuando la puerta se cerró, guardándose para sus adentros el mayor de sus secretos contado por los espíritus que no dejaban de rondarla.

Capítulo 3

Richard había terminado de instalar a Alex y a Lee en el hotel, cuando salió a la calle con la intención de buscar comunicarse con alguna persona y, de paso, algo que comer. No había hallado a una sola persona que hablara inglés, no tenía idea de cómo conseguiría comunicarse con esa gente para comprar un par de platos de sopa caliente. Mucho menos sabía cómo lograría informarse de un terreno del que hacerse propietario legalmente. Comenzaba a pensar que había sido una completa idiotez viajar a ese país.

Pero él nunca se había prestado a lamentaciones. No miraba atrás. Lo hecho, hecho estaba. Así pues, se ajustó el sombrero y comenzó a caminar por las calles del puerto de Veracruz, decidido a obtener lo que había salido a buscar. Y debía comenzar por la comida.

Iba a cruzar la calle cuando un caballo le salió al paso. Una joven lo montaba con singular presteza. Se quedó boquiabierto al verla, era muy hermosa, de tez morena y larga cabellera negra que el viento ondeaba en su carrera.

Sin embargo, no fue su extraordinaria belleza lo que llamó tanto su atención, sino el hecho de que aquella joven poseía una descomunal pericia al montar al equino. Por un momento, Richard se sintió transportado en el tiempo directo a la época donde las legendarias amazonas transitaban libremente por los parajes, esas grandiosas guerreras dotadas de una abrumadora belleza y habilidad con sus monturas, así como con las armas.

Ella ni siquiera se volvió a verlo. Algo extraño. Desde su llegada, podía notar la mirada de todas las mujeres del lugar sobre él. Quizá fuera su cabello de un rubio tan claro que resultaba extraño entre tanta gente morena, o sus ojos azules, que bien sabía, por el efecto que habían tenido en su padre, podían resultar un tanto aterradores. Sin embargo, ella ni siquiera se volvió a verlo. Y eso le picó un poco el orgullo, tuvo que admitir.

Se encontró siguiéndola con la vista y, pronto, por las calles. Gracias al cielo no se detuvo muy lejos, de lo contrario, estando él a pie y ella sobre ese grandioso caballo, le habría costado bastante trabajo seguirle el rastro.

La joven se detuvo unos metros más adelante y comenzó a caminar entre la gente, llevando a su caballo sujeto por las riendas, hasta llegar al sitio donde un hombre de edad mediana aguardaba junto a una carreta sencilla y un par de caballos. Uno de ellos llamó bastante su atención, era un animal hermoso, de piel lustrosa de un color rojizo precioso y ondeantes crines de tono caoba.

Richard se acercó con lentitud, observando de hito en hito a la joven y al hombre, quienes hablaban en voz baja. Se detuvo a escuchar lo que decían, aparentando estudiar detenidamente la variedad de frutas que ofrecía una anciana mujer en su puesto ambulante. Por desgracia, cada una de sus palabras era en español, y no consiguió comprender ni la menor parte, pues ambos se cuidaron de no levantar la voz ni hacer gestos que llamaran la atención.

Lupita, todavía con las riendas de su caballo en la mano, observaba, con profundo dolor, la tristeza reflejada en el rostro de su padre, tan clara como ver los nubarrones en el cielo, amenazando con una pronta tormenta.

—Papá, este es el mejor caballo de nuestras caballerizas, ¿estás seguro de que quieres venderlo?

—Es por el bien del rancho, Lupita. Es la única venta que he tenido este año. De continuar así, perderemos las tierras.

Lupita suspiró largamente y asintió con la cabeza, dedicándole a su padre una mirada llena de tristeza.

—Lo siento tanto, papá. Sé lo mucho que Chak significa para ti. —«Y para mí», pensó.

Lupita había estado al lado de su padre día tras día, ayudándolo a conseguir la mejor descendencia de los caballos de cría del rancho El Janto, fruto de una mezcla de caballos pura sangre y andaluces con los hermosos mustangs, obsequio de bodas de su adorado Ahanu...

Un velo de tristeza la invadió al recordar su nombre. Si tan solo Ahanu hubiera podido ver los hermosos ejemplares que habían nacido de los corceles que él se dedicó a criar durante toda su vida... Pero la injusticia lo había arrebatado de este mundo y de sus brazos antes de que pudieran llegar al altar.

La maldita injusticia de los hombres, que en ese momento amenazaba a su padre y a todo por lo que había luchado su vida entera. Su padre tenía razón; de no pagar las deudas, perderían el rancho. El banco los habría esperado de no ser por culpa de los García. Esos ricos terratenientes eran unos malditos hijos del demonio. Desde que pusieron a El Janto en la mira, se determinaron a arrebatarse sus tierras a su familia, junto con todo cuanto era suyo.

«¡Qué se pudran en el infierno!», pensó Lupita.

Zalo, orgulloso como era, jamás habría permitido que un montón de ricos sin escrúpulos le arrebataran su rancho. Ella tampoco. Preferiría estar muerta antes de tolerar que un montón de ricos de culo blando, que nunca se habían ensuciado con su propia tierra, se atrevieran a destruir la vida de su padre y su familia.

—M'ija, ya que estás aquí, ve a llevarle a doña Cata el encargo de tu abuela mientras yo espero al comprador —le pidió su padre, devolviéndola al momento presente. Lupita no pasó por alto que Zalo no mencionara el nombre del comprador.

—¿Quién te ha ofrecido una oferta por Chak?

—No lo conoces. Es un extranjero.

—En el puerto abundan los extranjeros, ¿estás seguro que es de fiar?

—No tengo opciones en este momento para ponerme remilgoso. Es él o nadie, y en este momento, me urge el dinero.

—Pero, papá...

—Ya está decidido.

—Bien. —Ella frunció el ceño—. Pero no te dejaré solo.

—Estaré bien sin tu cuidado por unos minutos, m'ija —le dijo su padre, conciliadoramente—. Anda, toma los menjurjes de tu abuela y llévalos con doña Cata, que ella los ha de necesitar. Ya comienza a llegar la gente al mercado y sus clientes estarán esperando los productos de tu abuela.

—No son menjurjes, son lociones, papá, lociones curativas.

—Como sea, menjurjes, lociones, son cosas de mujeres de las que yo nada sé.

—Tú usas el de canela para los pies.

—Solo porque tu abuela me lo pide.

—¿Cuándo te ha pedido eso la abuela? Eres tú quien siempre...

—Bueno, Lupita, vete ya que se hace tarde —la interrumpió su padre, ocultando, con el ala del sombrero, un ligero rubor que había aparecido en sus mejillas.

Lupita, con desgano, ató las riendas de su yegua en la carreta de su padre y tomó la canasta que él había mantenido resguardada del polvo y del sol bajo una manta.

—No seas confiado, papá —le advirtió. Aunque no era necesario. Zalo le había enseñado a ser como una víbora, siempre atenta a los movimientos de los otros y lista para lanzar la mordida.

—Hasta donde yo sé, los años no me han hecho idiota todavía, m'ija, así que vete tranquila. No me moveré de aquí, podrás encontrarme cuando termines con doña Cata y entonces hablaremos de tu castigo por venir al puerto tú sola, otra vez —añadió en un gruñido que a ella le puso los pelos de punta. Lupita apretó los labios—. Oh, sí, no estoy ignorando eso. —Su padre le dirigió una mirada severa—. Así que la próxima vez, antes de venir a vigilar a tu viejo, recuerda conseguir a alguien que te acompañe. —La señaló con un dedo, tocando la punta de su nariz, como una niña pequeña—. Sabes perfectamente que ni a tu madre ni a mí nos gusta que salgas del rancho tú sola, y mucho menos por distancias tan largas.

—Bien, hablaremos luego. —Lupita tomó el cesto con enojo y se alejó de su padre para dirigirse al mercado, que ya era un hervidero de gente.

Notó que el sitio donde doña Cata se solía colocar en el mercado se encontraba todavía vacío, por lo que Lupita comenzó a pasearse por los demás puestos, observando distraídamente las mercancías, demasiado nerviosa como para realmente concentrarse en lo que veía.

—Hola, Lupita, ¿cómo le va? —le preguntó una voz masculina cuando ella se detuvo a observar unas hermosas chalinas tejidas con distintos tonos de azul.

Lupita se giró haciendo un gesto con la cabeza a modo de saludo a medida que intentaba, a toda velocidad, pero de la forma más disimulada que consiguió, recordar quién era el hombre delante de ella. Tenía una memoria horrible para los nombres.

Notó el delantal manchado de polvo blanco y el paño rojo en el cuello y lo relacionó con la

panadería. Era joven, por lo que no debía ser el dueño, don Pancracio. Debía ser su hijo... ¿Cómo demonios se llamaba?

—Hermoso día, ¿no es verdad? —Lupita le sonrió, luchando para salir del apuro.

—Creo que va a llover —contestó el hombre, sin dejar de verla con esa sonrisa fija que a ella comenzaba a provocarle escalofríos.

Había visto una sonrisa así años atrás, en un hombre que había muerto electrocutado al hacer un experimento fallido con una máquina que generaba electricidad.

—Oh, sí... Me gusta la lluvia, es refrescante. —«Siempre y cuando no te caiga un rayo encima», pensó ella—. En fin... Si me disculpa, se me hace tarde. Ha sido un placer verlo nuevamente, señor... —¿hijo del panadero? No, seguro que no—. Amable señor —concluyó, decidida a emprender la retirada.

—Lupita, ¿me permite acompañarla? En un lugar con tanta gente, una dama como usted puede sufrir cualquier inconveniente. Permítame tomarla del brazo y abrirle camino, le serviré de escudo contra lo que sea que pueda importunarla —sugirió él, interponiéndose en su camino y acercándose más de lo que ella podía soportar.

No le gustaba cuando la gente hacía eso. La hacían sentirse atrapada y deseosa de darles un buen golpe para apartarlos; y ella era una dama. Su madre no la había enviado a estudiar al mejor colegio de señoritas en la capital para nada.

—Creo que no es una buena idea, estimado señor. Mi padre me espera y, como usted comprenderá, es mi deber reunirme con él enseguida.

—Lo comprendo. Será otro día, entonces —insistió él, sin dar ni un paso atrás—. Tal vez podríamos dar un paseo bajo la lluvia algún día.

—No —soltó, dejando a un lado la cortesía—. Se lo agradezco mucho, pero la verdad es que yo no paseo —añadió, buscando corregir un poco el daño que pudo ocasionarle con su tono duro, reflejado con claridad en esa sonrisa destrozada en el rostro del hombre, que ya lucía derretida como una vela antes de apagarse—. No es mi intención ofenderlo, buen... —¿señor hijo del panadero?— caballero. Me gusta la soledad, ¿comprende?

—Sí, comprendo. —La hosquedad en su tono de voz puso en alerta a Lupita. No era el primer hombre al que rechazaba y, sin duda, no sería el último que se enojaría por ello—. Esperaba que a estas alturas hubiera cambiado de parecer.

Lupita arqueó una ceja, aguardando lo que fuera que ese hombre tenía la intención de decir.

—Joseph Hamilton lleva muerto tres años. ¿No cree que va siendo hora de que deje de guardarle luto a su prometido?

Lupita apretó los puños, necesitó todo su autocontrol para no soltarle un buen puntapié a ese hombre entrometido y grosero.

—Eso a usted no le incumbe.

—No ha sido mi intención ofenderla, Lupita. Es solo que la gente habla de usted... La llaman solitaria, y los extranjeros que llegan a verla se preguntan por qué una mujer tan bella como usted

está sola, habiendo tantos hombres deseosos de estar a su lado. La mayoría asume que la han abandonado... después de haber sido deshonrada. Ninguna dama es tan hermosa y está soltera así nada más. Es claro que pensarán mal de usted, se hará una reputación que no querrá...

—Como le dije, eso no es de su incumbencia.

—Lo siento, Lupita, hablé de más... Siempre lo hago...

—Entonces, le sugiero que mejor cierre la boca y deje de hacerlo —espetó ella.

El hijo del panadero pareció debatirse entre decir o no algo más, por lo que Lupita tomó la iniciativa de dar por finalizado ese encuentro.

—Si me disculpa, señor, debo irme. Que tenga un buen día —dijo, alejándose de él antes de ceder a la tentación de volver sobre sus pasos y darle la bofetada que se tenía merecida.

¡Maldito hijo de... panadero! ¿Cómo demonios se llamaba? Le preguntaría a Danielle la próxima vez que la viera. Seguro que ella sabría su nombre, pues conocía todos los nombres. No tenía idea de cómo su amiga podía recordar a tantas personas, sin duda tenía una memoria prodigiosa. Y en cuanto lo supiera, lo pondría en la lista negra que guardaba junto al amuleto repelente de malas compañías que le había hecho su abuela. Haría eso o terminaría cortándole la lengua la próxima vez que lo viera.

Regresó al puesto, todavía vacío, de doña Cata y se detuvo a esperarla allí. Odiaba que la gente se retrasara y más cuando su padre la necesitaba. Buscó su reloj de bolsillo para darse una idea del tiempo transcurrido, si doña Cata no aparecía en quince minutos, se marcharía.

—¡Lupita, qué sorpresa!

Lupita estuvo cerca de tirar el cesto con los menjurjes de su abuela al escuchar esa voz.

A ese hombre sí que lo reconocía. Cómo no hacerlo, si prácticamente la había acosado desde que tuvo edad de vestirse de largo. Y eso que el hombre le llevaba más de treinta años de ventaja.

—Bien, don Octavio. —Lupita hizo el esfuerzo de sonreír al verlo—. ¿Cómo le va a usted?

—Bastante bien, ahora que la veo. —El hombre, vestido en un elegante traje claro, se quitó el sombrero al saludarla—. Está cada día más hermosa, Lupita, si es que eso es posible.

Ella sonrió de forma cortés por una fracción de segundo antes de tomar su habitual camino.

—Disculpe, debo marcharme.

—Pero, Lupita, no se vaya tan pronto. ¿No le gustaría pasar a tomar un café?

—Es usted muy amable, pero estoy ocupada. Mi padre... —ella enmudeció de repente, apartando la mirada del hombre delante de ella para fijarlos en una figura mezclada entre la gente. Estaba muy lejos, pero era él. Sabía que era él...

Ahanu le sonrió antes de darse la media vuelta y comenzar a alejarse entre la multitud. Lupita lo siguió, sin reparar en el hombre que había apartado de su camino de un empujón o en la gente que atropellaba al abrirse paso. De pronto, chocó, y a poco estuvo de tirar el cesto con las lociones de su abuela. Por una fracción de segundo, supuso que se había tropezado con un muro, hasta percatarse de que en realidad era un hombre.

Su mirada vagó desde su torso hasta su rostro, era tan alto que ella no podía verlo claramente

por los destellos del sol que le daban justo en la cara.

—Discúlpeme, caballero —dijo con voz entrecortada, buscando a su alrededor a Ahanu, pero fue en vano. Él ya no estaba. Había desaparecido... Lo había esperado desde hacía tres años, desde el día de su muerte, y lo había perdido nuevamente.

—¿Se encuentra usted bien? —escuchó al hombre a su lado preguntarle en inglés.

Y por primera vez reparó en él.

Era alto, de cabello de un rubio casi blanco y grandes ojos azul zafiro. Con la ropa sucia y la barba crecida, además de esos rasgos toscos poco familiares para ella, resultaba un poco aterrador a la vista. En un principio se le vino a la mente uno de esos rudos vikingos que había visto en las ilustraciones de los libros en el colegio, sucios y llenos de sangre en las crecidas barbas y las melenas que les llegaban casi a la cintura. Sin embargo, era muy apuesto. Aterrador y hermoso a la vez. Igual que Ahanu...

Solo que el hombre que tenía enfrente era todo lo contrario a Ahanu: había luz donde debía haber oscuridad, cabello claro, ojos claros, piel tostada por el sol, pero obviamente pálida... Era un blanco. Como los que habían asesinado a Ahanu.

—¿Te encuentras bien, jovencita?

Ella lo ignoró a propósito, ¿jovencita? ¿Quién se creía él? No debía de tener más de veinticinco años. Un maldito oso de veinticinco años.

—Debo irme —le dijo con voz seca, dándose la media vuelta para regresar por su camino.

Y para su mala suerte, ese hombre extraño empezó a seguirla de cerca. ¿Qué tenía ese día que todos los hombres del mercado parecían dispuestos a seguirla? La próxima vez haría caso a su abuela y se ataría una serpiente al cuello antes de salir de casa.

—Espere, señorita. No se vaya tan rápido. —Él caminó a su lado, hablándole en inglés—. Perdone mi atrevimiento, pero me gustaría compartir unas palabras con usted.

Ella se encogió de hombros y negó con la cabeza, aparentando no entender una palabra.

Él sonrió, como si se esperara aquello, aunque no lo hizo desistir en su intento de permanecer a su lado.

—¿Podría ayudarme diciéndome dónde puedo encontrar una persona que hable mi idioma? —le preguntó el hombre, y ella dudó por un momento en contestarle. Hablaba inglés. Lo hacía muy bien. Era el idioma en el que su padre le había hablado desde que era una niña recién nacida. Sin embargo, eso supondría tener que trabar una conversación con él... Y algo le decía que no debía hacerlo, porque presentía que todo su mundo cambiaría si lo hacía... No sabía qué, pero sus presentimientos no solían fallarle, y nunca dejaba de hacerles caso.

Alguien pasó por su lado, empujándola en su apresurada carrera. Lupita trastabilló y fue a caer directo en los brazos del extranjero, que la detuvo con bastante agilidad antes de que ella terminara aterrizando contra un puesto de vajillas de barro.

—¡Ten cuidado, animal! —escuchó gritar al extranjero, pero apenas lo notó. Habría jurado ver a Ahanu correr entre la gente. ¿Había sido él quien la empujó?

—¿Se encuentra bien, señorita? —le preguntó el hombre, ayudándola a ponerse en pie.

Lupita asintió, incapaz de prestarle atención. Su mente y sus ojos aún estaban perdidos entre la multitud, buscando cualquier rastro de...

Notó que el hombre se agachaba, fue entonces que cayó en la cuenta de que había perdido el cesto con las lociones de su abuela. Él las estaba reuniendo y colocando todas en su sitio.

—Ha sido una torpeza de mi parte, por favor no se moleste en hacer eso, ya puedo yo... — Lupita le dijo en vano, pues sabía que no le entendía. Se agachó delante de él y comenzó a reunir los frascos tan rápido como le era posible, deseando alejarse de ese extraño.

Sus manos se tocaron cuando ambos tomaron al mismo tiempo el último frasco. Ella no pudo evitar sentir la chispa de una corriente eléctrica que nació del contacto con su piel, y que recorrió todo su cuerpo. Sus ojos se alzaron y descubrieron los de él, fijos sobre ella. Era obvio que él había sentido exactamente lo mismo...

El hombre, en lugar de retirar la mano, tomó con más fuerza la de ella, ahondando con ese gesto la fuerte energía que fluía entre ellos.

—Vaya que eres hermosa... —le dijo en un susurro bajo e intenso—. Sin duda eres la mujer más hermosa que he visto por estos rumbos. Y por qué mentir, eres la mujer más hermosa que he visto en la vida.

Lupita se estremeció y zafó su mano de su agarre, poniéndose de pie de forma tan apresurada que cerca estuvo de volver a tirar el cesto con los frascos.

—¿Cómo es posible que un ángel como tú se encuentre en este infierno? —preguntó él, alzando una mano con la intención de volver a tocarla.

Lupita se apartó antes de que él pudiera conseguirlo, dedicándole una mirada de advertencia.

—Gracias por su ayuda —le dijo con voz firme, al tiempo que se volvía para alejarse de él.

Sin embargo, él no se dio por eludido y la siguió una vez más.

—De todos los lugares del mundo, has tenido que nacer aquí, hablar una lengua de la que no entiendo una palabra.

Ella hizo un esfuerzo por ignorarlo, y continuó su camino. Él la siguió, sin dejar de hablar.

—Y lo peor de todo, es que tú no puedes entender lo que yo te estoy diciendo. Porque si así fuera, sabrías lo mucho que me has impactado, porque entonces comprenderías que estoy intentando hacerme ver a tus ojos como el hombre de tus sueños, pequeña ángel morena. Te pediría que me acompañases a un lugar apartado junto a la playa, donde pudiera recitarte los versos más hermosos y ganarme el deleite de un beso proveniente de tus labios, o tal vez dos. Y quién sabe, quizá algún detalle más...

—¡No se le ocurra decirlo! —le gritó Lupita en inglés, dejando al hombre mudo por el asombro.

—¿Es que... tú? —Él se rascó la cabeza de una forma bastante cómica, recordándole a un viejo mono—. Pero tú no entiendes una palabra de lo que digo, ¿verdad?

—He entendido cada palabra que ha dicho —Lupita lo encaró, hablando en perfecto inglés—.

Es solo que intentaba ser considerada con usted y hacerle pasar por alto lo idiota que ha sido, sin mencionar lo patéticas que me han parecido las sandeces que ha dicho.

Capítulo 4

El hombre enarcó las cejas y abrió la boca antes de volverla a cerrar, sin articular palabra.

—Ahora usted actúa como un maldito pez, boqueando por encontrar alguna idea inteligente que decir. —Ella sonrió, mordaz—. Ahórrese la molestia. No estoy interesada, señor.

—No intentaba decir algo inteligente...

—Eso es obvio.

—Es decir... —Él la siguió, interrumpiendo su camino—. No intentaba decir algo listo... Intentaba expresarme... ¡Me sorprendió que pudiera entenderme! —gruñó, molesto por su propia estupidez al tomarlo desprevenido—. Usted no parece... Es decir, ¿cómo es que habla tan bien el inglés?

—¿Es que por ser morena y vivir en México debo ser incapaz de hablar su idioma?

—No, no me refiero a eso... Es que usted es mexicana, ¿no es así? Y aquí hablan español.

—También hablo español, por supuesto.

—¿Y cómo aprendió a hablar tan bien el inglés?

—Eso no es de su incumbencia.

—¡Lupita, allí estás! —Doña Cata, abriéndose paso entre la gente, se acercó a ellos, llevando en una abultada bolsa todo lo necesario para poner su puesto en el mercado—. Qué bueno que te veo, m'ija. Estaba preocupada de que tu abuelita no pudiera tenerme lista la crema para las várices de doña Candelaria. Mira que ahora que está encinta, no deja de quejarse de que cada vez tiene las venas más saltadas... Oh, ¿y quién es este caballero? —preguntó al reparar al fin en el hombre a su lado. Y no era de extrañar, la pobre mujer estaba tan ciega como un topo—. Parece un oso —musitó la anciana, ajustándose las gafas tan gruesas como los fondos de una botella y que le hacían ver unos ojos enormes.

—No tengo idea de quién es —contestó Lupita, dándole la espalda al hombre—. ¿Necesita ayuda con eso? —Señaló la bolsa.

—Por favor, déjeme llevar eso por usted. —El hombre rubio tras ella se adelantó a coger la bolsa, antes de que pudiera hacerlo Lupita, y cargó con ella y con las demás cosas que la anciana llevaba consigo, en un improvisado carrito.

—¡Me está robando! —chilló la anciana, golpeando al extraño con la única bolsa que él no le había arrebatado aún.

El hombre pegó un grito, llevándose una mano al sitio donde la anciana le había pegado.

—¡Dios, ¿qué lleva allí?, ¿piedras?

—No, cocos —contestó Lupita en inglés.

—Eso no me hace sentir mejor.

—¿Y por qué habría de hacerlo? Sin duda deben sentirse como piedras.

—Me refiero a que... —él suspiró—. ¿De dónde saca cocos una mujer como ella, de todos modos? —gruñó, sobándose el brazo.

—Estamos en Veracruz, hay cocos por todas partes. —Lupita revoleó los ojos—. Pero si te interesa conseguir el origen de esos en específico, doña Gema suele regalárselos a doña Cata cada vez que viene aquí. —Lupita señaló a una dependiente de fruta que en ese momento observaba la escena con ojos abiertos como platos, tan intrigada como ella se sentía con las novelas románticas que leía a escondidas por las noches.

—¡Lupita, llama a la guardia, yo me encargo de él! —gritó la anciana, alzando una vez más la bolsa llena de cocos cuando el hombre hizo ademán de volver a tomar las bolsas.

—No, cálmese, doña Cata, él está ayudándola. —Lupita no pudo evitar sonreír al notar que el hombre se apartaba de la trayectoria del brazo de la anciana. Un hombre como él, de su tamaño y altura, bien podría haberla detenido por la fuerza o haber arremetido contra ella, pero él no lo hizo. Eso llamó su atención.

Eran raros los hombres que permitían que el ego y su orgullo masculino fuesen aplastados por una ancianita, sin soltar por lo menos una palabrota. No conocía a ninguno, con la excepción de su padre, que aún considerarían la idea de ayudarla.

—¿Qué has dicho, Lupita? —gritó la anciana y Lupita se acercó a hablarle al oído, subiendo el tono de voz. La pobre mujer también era medio sorda.

—He dicho que él... —se giró hacia el hombre, hablándole en inglés—. ¿Cómo te llamas?

Richard abrió la boca para contestar, pero se lo pensó mejor. Ya había tenido que dejar un lugar por usar su nombre verdadero. Lo sabio sería utilizar un nombre falso mientras se encontrase en esa tierra. Aunque fuera poco probable que su hermano lo hallara en ese lugar apartado del mundo, siempre existía la posibilidad.

—Y ahí está el pez de nuevo. —Lupita de cruzó de brazos y arqueó una ceja—. O usted es un gran mentiroso o sencillamente no fue dotado con la elocuencia mínima para un ser humano.

—Sin duda no con la que posee una arpía.

Los ojos de Lupita se estrecharon, amenazadores.

—Chad —dijo Richard, sin esperar a una respuesta de su parte—. Chad Collin.

Le pareció la mejor opción. Ya lo había meditado en el camino. Chad, como lo llamaba su hermano, por lo que Alex no tendría problemas con ello, y Collin en referencia a su apellido. Si lo cambiaba en su totalidad, dudaba conseguir reaccionar de forma natural si alguien lo llamaba por su nombre falso. Tenía la idea de que alguien lo llamaría por su nombre y él pasaría de largo, dando por hecho que le hablaban a otra persona.

—Doña Cata, él es Chad Collin —explicó Lupita—, y no la quiere robar, solo intenta ayudarla —Lupita le expuso de forma apresurada a la anciana—. Ha dicho que quiere llevar las cosas por usted a su puesto, para que usted no cargue.

—Oh, pero qué amable. —La conmoción en el rostro de la mujer dio paso a una amplia sonrisa—. Agradécele por mí, por favor, Lupita.

Lupita sonrió y asintió, volviéndose al extranjero.

—Dice que gracias —prácticamente escupió las palabras, dedicándole una sonrisa no tan amable, sino bastante forzada... y falsa.

—Me parece que ha dicho más que eso.

—¿Ah sí? ¿Y por qué no se lo preguntas directamente?

—No hablo español.

—Mala idea, considerando que vienes a una tierra donde se habla español.

—Oye, ¿qué te he hecho para que me trates de forma tan descortés?

—¿Además de llamarme ángel morena?

—¿Y eso qué tiene de malo? ¡Tú me has llamado pez, y eso sin duda es algo muy malo!

Ella sonrió a su pesar.

—Anda, date prisa en poner esas cosas por allá, doña Cata te está esperando —le dijo Lupita, señalando un sitio vacío en el mercado.

Avanzaron entre la gente hasta llegar al lugar donde la anciana ya se estaba instalando, pasaba la escoba para limpiar el suelo antes de colocar su mercancía.

Richard dejó las cosas en el suelo y, al notar que Lupita la ayudaba a la anciana a colocar sus productos en el improvisado puesto, decidió hacer lo mismo.

—No tienes que ayudar —replicó Lupita, obviamente molesta con su presencia—. Ya podemos arreglarnos solas.

—Dile que es muy amable en ayudarnos —la interrumpió doña Cata, dedicándole al hombre una encantadora sonrisa.

Lupita apretó los labios y él rio cuando ella tradujo las palabras de la anciana.

—Tal parece que no te puedes deshacer de mí, por más que lo quieras, hermosa ángel morena... —Richard repitió el seudónimo que a ella tanto le había molestado—. Por cierto, ¿cómo te llamas?

—No le digo mi nombre a extraños.

—Pero si ya nos conocemos.

—¡Por supuesto que no!

—Te he dicho mi nombre.

—Eso no implica que te conozca.

—Vamos, dime tu nombre —insistió él, dedicándole su sonrisa más encantadora.

—No quiero.

—Lupita, ¿puedes darme las medicinas de tu abuela? —pidió la anciana.

—¿Lupita? —Él sonrió, triunfal—. ¿Es tu nombre?

Lupita respiró hondo, y por un momento él estuvo seguro de que intentaba no lanzarle el cuchillo con el que en ese momento cortaba la cuerda que envolvía los frascos que llevaba con ella.

—Guadalupe es mi nombre —ella contestó, de mala gana, pero contestó al fin—. Lupita es como todos me llaman, un sobrenombre.

—Guadalupe... —Él pareció saborear la palabra.

—Por favor, llámame Lupita.

—¿Es así como te llaman tus amigos?

—No, es así como todos me llaman. Solo mi madre me llama Guadalupe cuando se enoja conmigo. —Bufó, soplando un mechón de cabello que le había caído en el rostro—. Lo odio.

Él sonrió, algo había en ella que le resultaba divertido... y encantador.

—Creo que es bonito.

—Sí, claro —refunfuñó ella de mal humor—. Como sea, gracias por tu ayuda. Puedes marcharte ya —le dijo con una sonrisa falsa, prácticamente arrebatándole la escoba de las manos.

—Ey, ¿por qué tanta prisa? ¿Es que tienes que emprender vuelo ahora mismo? —bromeó él, señalando la escoba.

—Eres un idiota —masculló Lupita, aunque él notó que se esforzaba por no reír.

—Solo era un chiste.

—No es gracioso, ¡anda, vete! —Lo echó con la escoba, como quien echa a un perro.

—Es que no quiero marcharme.

—Si pretendes continuar con tu absurdo monólogo de hace un momento, te aviso que no hace falta. No tendrás ningún avance.

—¿Quieres decir que no me darás una oportunidad?

—Absolutamente no.

—¿Es que no te gusto?

—¿Gustarme? —Ella se volvió, entre sorprendida y molesta por su pregunta—. ¿Es que tienes cinco años? ¿Qué clase de hombre pregunta algo así?

—Solo intento conseguir que me hables y parece que hacerte enojar es el único modo de hacerlo.

Ella apretó los labios.

—¿Ahora te ha comido la lengua el gato?

—Solo intentaba controlarme. —Ella le dirigió una mirada llena de cólera—. Si fuera hombre, te daría una paliza ahora mismo.

—Si te hace sentir mejor, te dejaría golpearme.

—Dije que si fuera hombre te daría una paliza ahora. Lo puedo hacer después.

—¿Y por qué no ahora mismo?

—Porque soy una dama y no voy a dar un espectáculo frente a toda la gente de la ciudad y con

mi padre a menos de cien metros de distancia.

—¿Tu padre? —Él siguió la vista de su dedo y por primera vez ella notó que estaba señalando a su padre, de pie junto al comprador de caballos con el que había acordado la cita.

Ya había llegado y ella todavía seguía allí, donde no podía ayudarlo.

—Mierda...

—Vaya boquita para una dama.

Ella frunció el ceño.

—Olvidé que tú puedes entenderme. —Pareció turbada por una fracción de segundo—. Aunque no me importa, si eso te hace desistir, considérame la peor de las mal habladas de Veracruz —aclaró, y volviéndose hacia la anciana, dijo en español—: Me tengo que ir, doña Cata. Aquí está todo lo que le encargó a la abuela Lupe, por favor, anótelo en su cuenta. —Le entregó la cesta con las cosas de su abuela, antes de correr al lado de su padre.

—Muy bien, m'ija. —La anciana la observó alejarse a toda carrera.

Richard hizo un gesto con la mano para despedirse de la anciana y siguió a la joven, que se abría paso entre la gente con la velocidad y agilidad de una gacela.

Llegaron ante un par de hombres que hablaban a viva voz. Uno era alto, elegante, de amplio bigote gris y escaso cabello.

El otro hombre, aunque poseía las ropas de un hombre trabajador, no lucía menos gallardo. Su estatura era un poco más baja, aunque su porte le otorgaba una distinción que no se compraba ni con el atuendo más elegante. De tez morena, su rostro resaltaba nobleza, sabiduría y una entereza tan firme como la mirada con la que enfrentaba al hombre ante él.

Lo reconoció enseguida. Era el padre de Lupita.

—Papá, ya estoy aquí —Lupita se dirigió a este último en un murmullo, cogiéndolo del brazo.

Richard se sorprendió de que le hablara en inglés, pero no tanto como que el hombre le respondiera del mismo modo, cuando hacía un segundo había estado discutiendo en español.

—Lupita, te pedí que te quedaras con doña Cata.

—¿Qué está haciendo este tipo aquí? —Lupita espetó, dirigiéndole al hombre ante ellos una mirada asesina.

—Eso no te interesa, Lupita. Espérame con doña Cata.

—Papá, no voy a dejarte solo con este hombre. No después de lo que hizo la última vez. —Ella no dejaba de ver al hombre ante ellos, dirigiéndole una profunda mirada de odio.

—Sé cuidarme solo, hija. No te quiero aquí, y mucho menos si se arman los balazos.

—¿Se arman los balazos? —Richard no comprendió ese concepto, pero asumió que no sería bueno.

—Zalo, deja de farfullar tonterías que no entiendo —reclamó el hombre ante la pareja de padre e hija—. He venido aquí a hacer un trato contigo y espero que lo cumplas. No querrás que tu familia pague tu testarudez... —Los ojos oscuros del desconocido se posaron con malicia sobre el cuerpo de Lupita.

Richard no comprendió lo que él dijo, pero le bastó esa mirada para sentirse obligado a intervenir.

No estaba pensando, estaba dejando que la furia le calentara la cabeza, igual que un loco, como tantas veces Lee la había advertido. Pero por primera vez le importó una mierda. Nadie miraría a esa joven de esa manera.

—Cuide sus palabras ante la dama —gruñó Richard, colocándose delante de Lupita.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Lupita sonó entre enojada y sorprendida.

—Buenas tardes, caballero —Richard se dirigió al hombre al lado de Lupita, su padre, por lo que había entendido—. Acabo de conocer a su hija en el mercado y me he sentido en la obligación de intervenir. Si necesita a alguien que lo apoye, cuente conmigo. No me conoce, pero he de decirle que no soy la clase de hombre que permite que se cometa una injusticia y se queda observando de brazos cruzados —dijo a Zalo en inglés, sabiendo que lo comprendería.

Los ojos negros de Zalo se posaron sobre él. Richard notó sus rasgos toscos, su mandíbula cuadrada, su nariz alzada y ligeramente aguileña.

Había visto a muchas personas de piel oscura en México, pero pocos con esos rasgos.

Parecía poseer una tesitura única en su porte, un emblema de nobleza, integridad y fuerza difíciles de encontrar. Era esa grandeza lo que le había heredado a su hija. En ese momento lo veía.

—¿Qué estás haciendo...? —Lupita le habló, obligándolo a centrarse en la discusión una vez más.

—Agradezco su intervención, caballero —Zalo la interrumpió, dirigiéndose a él en inglés. Richard notó sus ojos estudiándolo, como si de alguna forma él fuera capaz de verlo más allá de la fachada, como si escrutara su misma alma—. No obstante, me temo que este es un tema en el que no querrá mezclarse. Podría salir mal parado.

—No le temo a los bravucones. —Richard le dirigió una adusta mirada al hombre de pie ante ellos—. Tenga fe en mí, señor, que no me echaré atrás si he de defender un asunto de justicia.

—¿Eras un *sheriff* o algo parecido en tu tierra? —preguntó Lupita, su voz teñida de desconfianza.

—No, solo no me gusta la clase de personas como la de este. —Señaló al tipo delante de ellos, que no dejaba de gritar improperios en español.

No se necesitaba ningún traductor para comprender que le estaba diciendo por dónde irse.

—En ese caso, hay algo que podría hacer por nosotros, joven. —Zalo tomó la palabra—. Podría cuidar a mi hija mientras yo termino de discutir con este caballero.

—¡Papá, no iré a ningún lado! —rezongó Lupita—. Este tipo te dio un balazo por la espalda la última vez que vino a amenazarte...

—¡Cuidado!

Richard, con los sentidos agudizados tras una vida de tener que verse con los golpes, notó cómo el hombre sacaba su arma de la funda, harto de que no se le prestara atención. Sin detenerse a

pensarlo dos veces, Richard se abalanzó sobre él y le asestó un potente puñetazo en la mandíbula.

El hombre cayó de espaldas, noqueado. Lupita se quedó muda por el asombro, observaba tras los protectores brazos de su padre aquella escena. Zalo también había notado el arma y, antes de protegerse a sí mismo, había abrazado a su hija con la intención de usar su propio cuerpo como escudo contra las balas, al mismo tiempo que llevaba su mano libre a la funda donde mantenía su arma.

—¡Alto allí o te mueres! —Richard sacó sus dos Colt de las fundas y las apuntó a los dos matones que aparecieron de entre la gente, dispuestos a vengar a su jefe.

Era la única frase que sabía en español y gracias al cielo que ellos parecieron entenderla, o tal vez las Colt en sus manos eran un idioma universal.

Se escucharon varios gritos. Las mujeres, tomando a sus hijos de las manos, corrieron lejos del lugar mientras algunos hombres se abrían paso entre la multitud a empujones, dispuestos a huir, mientras que la mayoría se quedaba allí, rodeando la escena como espectadores.

Zalo se colocó al lado de Richard, con sus dos armas en mano. Lupita había tomado la escopeta de la alforja de su caballo y ya apuntaba a los extraños.

Con cuidado, los dos tipos ayudaron a su jefe a levantarse. Al verse superados en número y con tantos testigos, era claro que la bravuconería se había esfumado de sus rostros.

—Vámonos de aquí. —El hombre herido escupió las palabras, junto a un salivazo lleno de sangre—. Más tarde le haremos pagar a estos indios lo que se merecen.

Richard observó fijamente a los hombres alejarse hasta perderse entre la multitud antes de acercarse a Lupita y a su padre.

—Gracias por su ayuda, joven —Zalo se dirigió a él en inglés, tendiéndole una mano que Richard no dudó en estrechar—. Gonzalo Lobos, a su servicio. Pero por favor, llámame Zalo.

—Chad Collin. —Richard se tensó al notar algo raro en los ojos del hombre, como si consiguiera notar que era mentira lo que acababa de decir. Sin embargo, el hombre no dijo nada al respecto y Richard decidió pasar por alto ese detalle.

—Chad, te agradezco que apoyaras a mi hija en este momento, y a mí también. —Zalo le dedicó una sonrisa afable—. Eres un hombre como no he conocido muchos, por desgracia.

—Papá, ¿qué quería García contigo? —Lupita se adelantó a preguntarle, incapaz de esperar más tiempo.

—Amenazarme, qué más —contestó Zalo, tras una larga pausa, al darse cuenta de que su hija no desistiría y solo conseguiría preocuparla más con su silencio. Lupita no era de las que dejaban pasar las cosas—. Ese desgraciado ahuyentó al comprador del Chak.

—¿Que hizo qué cosa?

—Disculpen... ¿Qué es el Chak? —Richard preguntó, movido por la curiosidad.

—El caballo rojo. —Lupita señaló al hermoso caballo que había llamado su atención—. Papá venía a venderlo cuando ese desgraciado... ¿Por qué te estoy contando esto? —Ella se interrumpió de repente, poniendo los brazos en jarra—. No te conocemos.

—¡Lupita! —la reprendió su padre.

—Es la verdad —replicó ella—. Chad, lo siento, pero este es un asunto familiar.

—Chad nos ha ayudado y creo que se ha ganado el derecho de saber el motivo por el que puso en riesgo su vida, ¿no crees, hija? —replicó Zalo.

—Papá, ¿te acuerdas de lo que te dije sobre ser demasiado confiado?

—Soy confiado con la gente que es digna de mi confianza. —Zalo le dirigió a Richard una mirada que a él lo hizo estremecer. Era como si fuera capaz de leer su alma. Y eso podía ser aterrador.

—No es mi intención entrometerme, solo intentaba ayudar —dijo Richard, obviamente ofendido por el comportamiento de Lupita.

Ella exhaló, haciendo volar el mechón de cabello de su rostro. Era claro que estaba exagerando. Después de todo, Chad los había ayudado. Era un desconocido, pero un buen hombre. Su padre no se equivocaba al juzgar a las personas, tenía una especie de don particular para hacerlo. Y ella misma debía admitir que, aunque le resultaba molesto y arrogante, era una buena persona.

—García es el hombre más rico de Veracruz —le explicó rápidamente—. Su hacienda colinda con El Janto, nuestro rancho, y ese tipo ha decidido quitarnos nuestra tierra. Nos ha robado y destruido las plantaciones por años. Para obligarnos a vender, nos ha orillado a endeudarnos y ahora no podemos pagar. La venta de ese caballo significaba el último rayo de esperanza. — Señaló al caballo rojo—. Y ahora se ha perdido —contó Lupita a toda velocidad, quitándole a su padre el trabajo de tener que hacer el resumen de su situación.

Richard comprendió enseguida a lo que se refería. Conocía muy bien a la clase de gente como ese García. Muchos tipos ricos habían intentado quitarlo de en medio cuando inició su negocio, al lado de Jack. No obstante, fue su pericia y determinación lo que los hizo mantenerse a flote y dar la cara a esos malnacidos que se creían que, por tener los bolsillos llenos de billetes, podrían comprarse el mundo y tratar a todos los demás como si fueran esclavos a su disposición.

—Es un caballo grandioso el que tiene allí. —Richard se encaminó hacia el sitio donde se encontraba el animal, atado a uno de los postes de la carreta—. ¿Cómo dijo que se llamaba?

—Chak —contestó Zalo, quien lo había seguido de cerca, al igual que Lupita.

Richard notó que ella no dejaba de mirar en derredor con preocupación, como si esperara que en cualquier momento apareciera otro de sus atacantes.

Richard deseaba protegerla. De algún modo, quería apartar todas las preocupaciones de ese rostro, esos ojos oscuros que no debían de mirar más que al cielo para ver las estrellas, llenos de ilusión, y no con miedo y furia a sus semejantes.

—Es el primer potro engendrado de nuestra propia raza —le explicó Zalo.

—Es el potro más hermoso de toda la región —comentó Lupita, acariciando el lomo del animal con sumo afecto.

—Sin duda es una belleza... —dijo Richard sin dejar de mirarla. Alzó la mano para acariciarlo,

pero el caballo se portó esquivo.

—No te conoce, debes ganarte su confianza —le explicó Zalo, y por un momento él dudó si se refería al caballo.

Sus ojos no se habían despegado de Lupita, quien a su vez mantenía la mirada fija en el caballo, sus labios apretados en una fina línea, mostrando su molestia.

Zalo alzó la mano exactamente de la misma forma que lo había hecho él, solo que con un resultado opuesto; el potro fue a su encuentro, buscando la caricia.

—Eso, Chak. Buen chico. —Sonrió el hombre, sin dejar de acariciarlo.

—Chak, un nombre peculiar —opinó Richard, acariciándolo también pues se había ganado la confianza del animal, siguiendo los consejos de Zalo—. Nunca antes lo había escuchado.

—Es rojo en maya, la lengua de mi abuela —explicó Lupita—, y de mi padre. —Miró a Zalo con el orgullo reflejado en sus hermosos ojos oscuros.

—¿Maya? —Richard había escuchado algo acerca de los mayas al llegar al puerto, pero no comprendía exactamente a qué se referían.

—Fueron de los primeros pobladores de estas tierras —le explicó Zalo—. Mucho antes de la llegada de los conquistadores, por supuesto.

—Papá, debemos ir a casa. —Lupita se aproximó al hombre, palpando con preocupación el hombro de su padre—. Es tarde y debes descansar. Además, mamá y la abuela se preocuparán por nosotros.

Richard notó por primera vez el vendaje asomando bajo la camisa del hombre. Estaba herido. De ahí sus movimientos lentos y la escasa movilidad de uno de sus brazos.

—Es verdad —Zalo asintió—. Bien, mi estimado amigo, nos despedimos. Una vez más, gracias por su ayuda.

—Espere, señor Lobos, me gustaría comprarle este caballo —dijo Richard antes de que el hombre pudiera terminar de despedirse.

Los ojos de Zalo se agrandaron por la sorpresa.

—Acabo de llegar a la ciudad y necesitaré un caballo para moverme. Debo confesar que usted se me apareció como caído del cielo. Al igual que su hija, por supuesto —añadió, dirigiéndole a Lupita una sonrisa que a ella le hizo fruncir el ceño.

—Me temo que no puede hacer eso, señor Collin —Lupita prácticamente gruñó.

—Le aseguro que será un placer.

—Me refiero a que este caballo vale una fortuna —añadió ella, sin darle la oportunidad de replicar—. Como le ha explicado mi padre, es el primero de una nueva raza. Con él, estamos vendiendo más de diez años de trabajo y dedicación. Sin mencionar que es un caballo excepcional, único en el mundo.

—Lo comprendo. —Richard le dedicó una mirada severa—. Y estoy dispuesto a pagar el mismo precio que el hombre con el que habían hecho el trato.

—Señor Collin, no podemos aceptar... —Zalo intentó intervenir, pero Richard estaba decidido.

—Llámeme Chad, por favor, e insisto. Es más, le duplicaré el precio.

—¡No puede hacer eso! —Lupita se escandalizó.

—Triplico. Y como siga replicando, seguiré subiendo el monto. —Richard no tenía idea de por qué dijo eso, pero le pareció divertida la expresión de sorpresa que puso esa joven en su hermoso rostro. Sin duda habría pagado cuatro veces más por volver a verla pasmada como en ese momento.

—No... no puede...

—¿Ahora quién parece un pez? —musitó él, provocando que la sorpresa mudara al enojo en el rostro de Lupita.

—¿Disculpe? —Zalo arqueó una ceja, interviniendo en la conversación que parecía haber surgido entre ellos.

—Una broma entre su hija y yo, señor. Del todo respetuosa, por supuesto. —Richard se sintió en la necesidad de aclarar—. Y bien, señor Lobos, ¿tenemos un trato? —le preguntó, alargando la mano.

Zalo lo estudió por un par de segundos que a él le parecieron eternos antes de estrechar su mano y con ello cerrar el trato.

—Con una condición, hijo —pidió Zalo—. Dos en realidad. Primero, que me llames Zalo, y segunda, que aceptes venir a cenar a mi casa. Sin duda mi mujer querrá conocer al hombre que ha bajado del cielo para salvarnos en nuestro momento de necesidad.

—Le aseguro que no vengo del cielo, pero me sentiré honrado de acompañarlo a usted y a su encantadora familia.

—¿Ya tienes dónde quedarte? —le preguntó Zalo, preocupado por él.

—Estamos hospedados en el motel que se encuentra a dos calles. —Señaló una dirección a su espalda.

—¿Estamos? —preguntó Lupita, arqueando una ceja.

—Mi padre y mi hermano están en la ciudad conmigo. Nos quedaremos en el motel hasta que consiga un sitio más cómodo. Tengo planeado hacerme de algunas tierras y plantar café.

—¿Sabes algo del café? —preguntó Lupita, atenta a sus palabras.

—¿Te interesa?

—Nosotros cultivamos café... No con mucho éxito hasta ahora —añadió, casi en un gruñido.

—He estado estudiando bastante la idea los últimos años, por lo que he investigado profundamente sobre el tema —contó Richard—. También hice unos viajes en mi juventud a algunas plantaciones cafetaleras en la India.

—En ese caso debes ser un erudito en el tema —comentó ella, hablando más para sí misma que para él.

—No diría eso. —Él se encogió de hombros.

—No seas modesto, es claro que sabes del tema... Tal vez podrías ir a dar una vuelta por nuestros cafetales y, no sé, darnos un par de recomendaciones... Claro, si tienes tiempo —dijo

ella, como quien no quiere la cosa.

—Será un honor. —Richard se encontró sonriendo de oreja a oreja antes de darse cuenta.

—Gracias, señor Collin —contestó ella con aspereza, era obvio que no le gustaba pedir ayuda.

—Bien, me gustaría escuchar esa charla sin duda —Zalo intervino por primera vez. Richard se volvió a verlo, el hombre parecía encantado con su conversación—. Hijo, te esperamos en El Janto el día que tú quieras, a tu padre y hermano también. Nuestra casa es su casa.

—Se lo agradezco, señor Lobos... Zalo —se corrigió ante el gesto del hombre—. Estaré en su casa mañana mismo. Sobre el dinero para el caballo...

—Puedes pagarme después, en el rancho —le dijo Zalo, poniendo las riendas de Chak en sus manos.

—Ni hablar. No puedo permitir... —Pero Zalo ya se alejaba hacia la carreta.

—Anda, acéptalo, mi padre no se va a echar atrás —le comentó Lupita, quien para su sorpresa, se había quedado a su lado—. Confía en ti. No te puedo explicar cómo, pero sabe reconocer a las personas con solo verlas a los ojos y ha visto algo en ti que te hace digno de su confianza... Aunque podrías tomar un barco y largarte de aquí en menos de un parpadeo —gruñó Lupita—. Pero ni siquiera lo pienses, o te maldeciré de tal forma que tus bisnietos seguirán pagando por tu crimen.

Richard soltó una carcajada ante tal advertencia, pero ella lo miró ceñuda, dejando muy en claro que hablaba en serio.

—No me iré de aquí, puedes confiar en mí, Lupita —le afirmó Richard, quien por algún motivo se sentía necesitado de su aprobación.

Ella pareció estudiarlo por un par de segundos antes de asentir.

—Ya veremos... —musitó, sonriendo ligeramente—. Además, no es como si no te fuéramos a encontrar si no pagas. Eres el único hombre con apariencia de oso polar por aquí.

—Primero pez, ahora oso. —Richard bufó—. Sin duda, eres todo un encanto, mujer.

—Sin duda —contestó ella, despidiéndose de él con una sonrisa zalamera.

Lupita se dirigió hacia la carreta para subirse por la rueda, pero, antes de darse cuenta, se vio cargada por Chad, quien la sujetaba por la cintura para ayudarla.

Se sorprendió enormemente, pues mientras dejaban las abarrotadas calles del puerto de Veracruz, sus manos parecieron quedarse grabadas a fuego sobre su piel, a pesar de que él ya la había soltado mucho tiempo atrás...

Capítulo 5

—¡Muy bien, la última ronda y nos vamos! —gritó Lupita, tomando la piedrita con su marca y lanzándola sobre la tierra con experiencia.

La piedra voló y rebotó hasta caer en la casilla número ocho.

—¡No! —gritaron a coro los chicos que iban perdiendo.

—¡Lloren, perdedores! —Lupita rio como una niña, al tiempo que se levantaba las faldas y saltaba de un cuadro al otro, cuidando de no pisar las rayas y sin perder el equilibrio, alzó la piedrita del suelo y dio media vuelta, para regresar con la misma habilidad al punto de inicio.

—¡Eso, Lupita, muy bien! —la felicitaron las chicas a coro, al tiempo que los niños lanzaban gritos frustrados.

—¡No se vale, nunca pierdes! —refunfuñó uno de los niños que iba perdiendo.

—Eso es porque soy muy buena. —Lupita sonrió, poniendo los brazos en las caderas—. Y puedo enseñarte, Leo, si tú quieres aprender de la mejor.

El morro en el rostro del niño mudó para adoptar una enorme sonrisa.

—¡Sí, Lupita, enséñame! —gritó, corriendo a su lado para tomar la piedrita que Lupita le ofrecía.

Un par de jinetes se acercaron a todo galope, levantando volutas de polvo a su paso.

Lupita y los niños saludaron con la mano al reconocerlos, se trataba de un par de chicos de la localidad, conocidos por todos ellos.

—Buen día, Lupita —la saludó Juan, quitándose el sombrero—. ¿Cómo te va?

—Déjate de zalamerías, Juan, y baja de allí. Vamos a darle una lección a estos niños de cómo se debe jugar a la rayuela. —Lupita alzó al pequeño en brazos y lo llenó de besos, a lo que él respondió con vivas carcajadas.

—Condenado afortunado chamaco —masculló el otro jinete, bajando de su montura—. ¿Y no tienes besos para tu mejor amigo, Lupita?

—Su mejor amigo soy yo, Luis —replicó Juan, adelantándose a su amigo para llegar antes al lado de la joven.

—Parecen un par de simios en celo, déjense de tonterías y pónganse a jugar —los reprendió Lupita—. Tomen una piedra y comencemos. Haremos equipos, chicos contra chicas.

—Pero ellos son más —se quejó una niña de larga cabellera negra—. Nos sacarán ventaja.

—Las chicas somos mejores, Laurita —le explicó Lupita—, así que tenemos que darles ventaja a los hombres, que son tan burros.

—No... —Un coro de voces apagaron sus palabras, acompañadas de risas de las niñas.

De pronto escucharon el trote de un caballo y, al alzar la vista, vieron por el camino la familiar silueta de Chak, acompañada por la de una carreta tirada por un par de mulas.

Y el entendimiento llegó rápido como un rayo a Lupita.

—¡Demonios! —gruñó, corriendo a coger su sombrero del sitio donde lo había dejado.

—¿Pasa algo, Lupita? —le preguntó Luis, atento a los extraños que iban llegando al rancho.

—Se me olvidó completamente que hoy venía el gringo —chilló ella, subiendo a su yegua.

—Lupita, ¿dónde estás? —Se escuchó el grito de su madre, desde la casa grande.

—¡Mierda, la comida! ¡Se me olvidó por completo!

—¿Qué es mierda? —preguntó Leo, el niño pequeño al que Lupita había llenado de besos hacía un momento.

—Miércoles... —Lupita le dirigió una rápida sonrisa—. Dije miércoles, Leo. Me tengo que ir, ¡adiós, niños!

—¿Y nosotros qué? —Luis le gritó—. ¿No te vas a despedir de tus mejores amigos?

—Dije niños, ¿no es así? —Lupita le dirigió una sonrisa que lo derritió a pesar de que estaba teñida de sarcasmo—. ¡Adiós, niños! A todos ustedes —se despidió, saliendo a la carrera en dirección a la casa grande.

Richard se sorprendió de la belleza del paisaje de Veracruz. Era un lugar espléndido. Verde por todas partes, árboles, arbustos, prados... Nada tenía que extrañar del verde paraje de Inglaterra estando en un lugar como este, con un clima magnífico, soleado y con un cielo azul.

La gente salió a recibirlos al llegar ante una gran casona estilo colonial. Era muy hermosa, hecha de piedra y ladrillo, con acabados de madera. Las flores crecían por doquier e inundaban la vista con sus vibrantes colores, acompañadas por el trino de las numerosas jaulas de canarios que decoraban cada rincón de la fachada.

Un criado de aspecto amable se acercó al caballo de Richard y lo tomó por las riendas, mientras un par de niños hacían lo propio con las mulas de la carreta que había rentado para su familia. Richard bajó del caballo y ayudó a Alex a hacer lo mismo de la carreta donde había viajado al lado de Lee. Este, por su parte, sentado todavía en el pescante de la carreta rentada, observaba con evidente fascinación en derredor.

—¿Te gusta? —le cuestionó Richard.

—Sería más que feliz de morir en esta tierra —contestó Lee, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Comencemos pensando en vivir en ella, ¿te parece? —sugirió Richard—. Pienso pedirle consejos a Zalo, tal vez pueda recomendarnos algunas tierras donde asentarnos.

—¡Chad Collin, qué alegría verte! —Zalo salió a recibirlos, acompañado de su familia.

—Zalo, un gusto verlo de nuevo. —Richard se acercó a saludarlo y hacer las debidas presentaciones—. Él es mi hermano, Alex —había decidido no cambiarle el nombre a su hermano mayor, no quería confundirlo en exceso—, y mi padre, Leonard.

—Padre adoptivo, obviamente. —Lee estrechó la mano que Zalo le ofrecía, después de saludar a Alex.

—Un padre es un padre, no importa de dónde provenga la sangre —dijo Zalo con una sonrisa solemne en el rostro—. Es un placer conocerlos a ambos. Ahora, permítanme presentarles a mi familia —dijo, volviéndose hacia las mujeres que lo acompañaban—. Ellas son las mujeres de mi vida, mi esposa Carolina.

—Llámenme Cala, por favor —saludó la mujer a su lado, una hermosa dama de tez bronceada por el sol y cabello caoba alzado en un alto moño. Sus ojos, de un castaño claro, relucían como el ámbar bajo la luz.

Sin duda, en una época debió ser una beldad, ya que todavía la belleza no se decidía a abandonarla. Richard estuvo seguro de que Lupita debió heredar de ella su hermoso rostro y figura.

—Ya conocen a mi hija, Lupita —continuó Zalo la presentación—, y ella es mi madre, Lupe.

La anciana de cabellos oscuros se adelantó para saludarlos con un abrazo. Richard estuvo seguro, nada más con verla, que aquella mujer era especial. Lo que fuera que vio en Zalo al momento de conocerlo, toda esa magnitud y nobleza residía en esa mujer. Del mismo modo como debía residir la energía en el sol, la vida en el agua o la fuerza en la tierra. No tenía idea de cómo, pero lo sabía. Y algo le hizo saber que también Lee lo notaba.

Su padre adoptivo saludó a la anciana con la reverencia que reservaba únicamente para las personas de una solemnidad inalcanzable para la mayoría de los miembros de la raza humana.

—Tú eres bonita. —Richard se percató hasta ese momento de que Alex se había acercado a Lupita y jugueteaba con los mechones negros de su cabello.

—Alex, no hagas eso...

—No lo reprendas, no ha hecho nada malo. —Para sorpresa de Richard, Lupita tomó la mano de su hermano y comenzó a hablarle con palabras dulces y amables. Ninguna chica antes le había hablado a su hermano. No como a un igual, al menos.

—Eres muy amable, Alex. ¿Te gustan los dulces de coco? Mi papá hace los mejores de Veracruz.

—*Me gudtan las golodinad.*

—Creo que la abuela Lupe tiene algunas en la cocina. Vamos, te voy a enseñar el lugar secreto donde las guarda.

Richard, boquiabierto, observó cómo Lupita llevaba a su hermano al interior de la casa, claramente más cómoda en su compañía de lo que se había mostrado con él. Inaudito.

—Si no te casas con ella, eres un idiota —le dijo Lee en chino, su lengua natal que le había enseñado a Richard para evitar que otros los entendieran—, y cierra la boca de una vez, antes de

que se te meta alguna mosca.

Richard pasó por alto el comentario de Lee y se volvió hacia Zalo y su familia.

—Es un placer conocerlas a todas, estamos muy agradecidos de que nos hayan invitado a su hogar.

—El placer es nuestro, se lo aseguro —contestó la anciana Lupe—. Mi nuera no habla inglés, pero es lo que habría dicho. —La abuela estrechó la mano de la mujer a su lado—. Por favor, vamos adentro. Tenemos preparada un agua de horchata deliciosa para ustedes, los refrescará.

Entraron en la casa, donde se acomodaron en el comedor. Enseguida Cala y Lupita se dirigieron a la cocina, dejando a la abuela Lupe atendiendo a los invitados con ayuda de Zalo.

—Es muy guapo, ¿no lo crees, Lupita? —le preguntó su madre, nada más estuvieron a solas en la cocina.

—Si te gustan los osos polares. —Ella se encogió de hombros, concentrada en su trabajo, revolviendo la olla con mole.

—Puede que le falte una manita de gato, pero sin duda es apuesto —comentó Cala, picando el tomate para el pescado—. Tu padre dijo que ustedes dos no dejaban de comerse con los ojos mientras discutían en el mercado.

—¿Qué...? —Lupita abrió los ojos como platos, eso no se lo había esperado—. ¡Eso no es cierto!

—No tienes que sentirte apenada si te atrae un hombre, hija. No hay nada malo en eso —le dijo con una sonrisa, mientras le apuntaba con el cuchillo y provocaba una combinación que resultaba escalofriante.

—Claro que lo hay —gruñó Lupita, bajando la mirada de vuelta a la olla.

Cala dejó de lado el cuchillo y se giró hacia su hija, colocando las manos en las caderas de un modo bastante familiar.

—Lupita, Ahanu lleva muerto más de dos años. Es tiempo de que comiences a pensar en retomar tu vida.

—Tres años, mamá. Ahanu lleva tres años muerto —aclaró Lupita, sin dejar su trabajo—. Y no, no lo haré. Mi vida era Ahanu y sin él... Sin él no tengo nada.

—No seas tonta, nos tienes a todos nosotros. —Su madre la tomó por los hombros y la obligó a girarse para verla a la cara—. Nos tienes a tu familia, que te amamos, y te tienes a ti misma. —Ahuecó una mano en su mejilla, en un gesto lleno de cariño—. Mereces ser feliz, hija.

—Soy feliz. Pero ser feliz no implica tener que conseguir un marido.

—¿Y qué hay de los hijos? Siempre quisiste tener hijos, te encantan los niños.

—Hay muchos niños en la hacienda, no necesito un hijo propio.

—No es lo mismo, hija...

—Entonces lo tendré por mi cuenta. —Lupita se encogió de hombros—. Sé bien que no se necesita un marido para tener un hijo.

—¡Dios me salve, Lupita! —Su madre volvió a poner los brazos en jarra—. ¿De dónde has

sacado esas ideas? ¡Tú solo saldrás de esta casa vestida de blanco, ¿me has oído?!

—Bien, tengo una blusa blanca y una falda a juego. Puedo irme ahora mismo.

—¿Sabes a lo que me refiero! Ninguna hija mía tendrá hijos fuera del matrimonio.

—Soy tu única hija, mamá. —Lupita revoleó los ojos, cogiendo la jarra de agua de Jamaica y un vaso limpio de la encimera.

—Con mayor razón. Antes te refundo en un convento que permitir que le provoques esa vergüenza a tu padre.

—Si ha sido papá quien me lo ha sugerido —comentó Lupita, sirviéndose un poco de agua.

—¡Ahora sí que lo cuelgo de los cojones!

—¡Mamá! —A Lupita por poco se le cayó el vaso por la sorpresa de escuchar a su madre hablando de tal forma. A diferencia de ella, Carolina Lobos era una dama en toda la extensión de la palabra y jamás soltaba palabrotas.

—Óyeme bien, Lupita, no sé qué ideas locas tenga tu padre, pero no vas a deshonorar a tu familia. Te vas a casar con un buen hombre y tendrás los hijos que quieras después, ¡no antes y sin marido!

—Es mi vida, mamá, y yo decidiré...

—¿Por qué gritan tanto?, se escuchan sus gritos hasta afuera. —Lupe entró en ese momento, luciendo un ceño bastante molesto.

—Esta niña, que sigue con sus ideas locas —Cala se quejó—. Ahora quiere tener hijos sin tener marido.

—Oh, pues ese gringuito sería un muy buen semental, ¿no te parece? —Lupe enarcó las cejas, esbozando una sonrisa pícaro.

—¡Abuela Lupe! —chilló Cala, al mismo tiempo que Lupita, quien en ese momento bebía un vaso de agua, se atragantó con el líquido y escupió, rociando a su madre de arriba abajo con el contenido completo de su boca.

—Ahora parece que te fuiste a hacer una limpia con sangre de gallina a Catemaco. —Lupe chasqueó la lengua, negando con la cabeza—. Mejor vete a cambiar de ropa, m'ija.

—Un día de estos vas a terminar por hacerme perder los nervios, Lupita —siseó Cala, dirigiéndole a su hija una mirada airada antes de alejarse del lugar con rápidas zancadas.

Lupita se rio por lo bajo, girándose para quedar frente a las ollas y no a su madre, quien despedía más humo que el carbón de la estufa.

Después de terminar la comida, Richard acompañó a Zalo a las caballerizas a echarle un ojo a su nueva adquisición y a hablar un poco de los consejos que ambos esperaban obtener el uno del otro para el futuro de sus tierras.

Alex, demasiado entretenido con la distinta gama de dulces que la abuela Lupe le dio, estaba muy ocupado como para acompañarlo, por lo que Lee decidió quedarse con él y las mujeres en la

casa, otorgándoles así privacidad total.

Luego de echarles un ojo a los caballos, Zalo lo llevó hasta su oficina donde firmarían los papeles correspondientes para la compra legal de Chak.

—Bien, creo que el trato ha quedado saldado. —Zalo tomó una pluma y se la tendió a Richard, junto con los documentos del contrato—. Por favor, pon tu firma aquí.

—Zalo, antes de eso, me gustaría preguntarle respecto a lo que sucedió ayer en el puerto. ¿Qué tanto peligro corre el rancho por culpa de esos García?

Zalo suspiró y le dirigió una mirada llena de pesar y cansancio.

—M'ijo, ese es un tema del que no quieres formar parte.

—Quiero, porque me interesa. Y ahora que los he conocido, sencillamente no puedo dejar de tenerlo en la cabeza.

—Chad, me temo que contar con unos vecinos sin escrúpulos y con el ego del tamaño de Júpiter no le viene bien a nadie, sin hablar de los inconvenientes por los que tenemos que pasar la mayoría de la gente de campo.

—Por favor, explíqueme cuáles son esos inconvenientes.

—El Janto pasa por una mala racha. Nuestras cosechas han sido continuamente saqueadas, nuestras reses robadas y los clientes para nuestros ejemplares de cría se han esfumado.

—Los García. —Richard se tornó pensativo.

—Me temo que el hecho de estar en cama convaleciente ha empeorado las cosas.

—¿A qué se refiere?

—Sufrí un «accidente». —Se palmeó el hombro, y los ojos de Richard se posaron en la venda que lo cubría bajo su ropa—. Me dispararon por la espalda mientras volvía del campo. Me temo que eso provocó que todo se fuera a pique. Lupita ha ayudado en todo lo que ha podido, pero si las cosas siguen igual...

—Zalo, déjeme ayudarle.

—Hijo, te agradezco tus buenas intenciones, pero dudo que haya algo que hacer más allá de todo lo que has hecho por nosotros. Sin duda, la compra del caballo nos va a sacar del apuro.

—Pero quiero hacer más. Si me quedara y llevara los números... Soy muy bueno con la contabilidad, también con las negociaciones y no me echo atrás ante las amenazas.

—Te lo agradezco, Chad, pero ahora no tengo medios para pagar a una persona como tú. Y sin duda necesito un capataz que...

—Seré su capataz —Richard lo interrumpió—. Ni siquiera debe pagarme. Quiero aprender todo lo respectivo al manejo de un rancho, y sin duda usted es la mejor persona para enseñarme.

—No podría hacerte trabajar gratis, Chad, eso va contra todas mis creencias.

—No trabajaré gratis, lo haré a cambio de conocimiento. No hay nada más valioso que el conocimiento. —Richard cada vez se sentía más entusiasmado con la idea—. Lee... Mi padre —se corrigió—, siempre lo dice.

—Es un hombre sabio, tu padre.

—Sin duda —Richard asintió—. Entonces, ¿qué me dice? ¿Acepta el trato? —Le tendió la mano.

—Hijo, sin duda entiendo que quieras ayudar, pero no veo que puedas sacar gran ventaja de esto.

—Ese es mi problema y estoy dispuesto a arriesgarme. Pero lo más importante, usted no tiene nada que perder, ¿no es verdad?

Zalo tomó aire, indeciso.

—Una semana. Póngame a prueba una semana —insistió Richard—. Si no le agrada mi trabajo, puede echarme a patadas de aquí.

—¿Estás bromeando? En una semana no aprenderás ni los nombres de los caballos. No, señor, si te quedas, será para siempre. Si dudo no es por ti, es porque realmente creo que debes tener una paga... pero por ahora no veo de dónde voy a sacarla.

—Podría darme hospedaje y comida para mí y mi familia, si eso lo deja con la conciencia tranquila.

—Hago eso con todos mis trabajadores.

—Bien, ya lo tengo. Puede enseñarme español. —Richard palmeó con alegría—. No he conseguido comunicarme como un ser civilizado con una sola persona desde que llegué, además de usted y su hija. Si me enseña español, me habrá salvado la vida. Considero que eso vale más que cualquier paga que pueda darme con oro.

Zalo se lo pensó por lo que a Richard le pareció una eternidad antes de asentir.

—Me parece muy bien, cerremos el trato entonces. —Zalo le tendió la mano y Richard se dio prisa en estrecharla—. Y mejor aún, será mi hija quien te enseñe español. Ella acudió a un internado muy elegante en la capital cuando era niña. No tendrás mejor maestra que mi Lupita.

La sonrisa de Richard se ensanchó de oreja a oreja al oír esas palabras.

—De eso no tengo ni la menor duda, Zalo.

Capítulo 6

—Familia, tengo algo que anunciar —Zalo dijo cuando todos terminaban de cenar—. Lupita, hija, deja eso por favor. Es importante que todos me escuchen.

Lupita, quien ya se había puesto de pie para ayudar a la criada a recoger los platos de la mesa, volvió a tomar asiento.

—El señor Chad Collin se va a quedar a trabajar con nosotros.

—¿Qué cosa? —Lupita dio gracias por estar sentada, o habría tirado al suelo los platos que todavía llevaba en las manos—. ¡Él no puede quedarse aquí!

Richard, que todavía gozaba del pollo que quedaba en su plato (su tercera ración), no pudo evitar indignarse por la respuesta de la joven. No entendió una palabra de lo que dijo, pero era claro que no fue algo positivo.

—Lupita, por Dios, tus modales —la reprendió Cala, lanzándole un disimulado puntapié por debajo de la mesa que, por mala suerte, le dio a Zalo.

—Papá, no podemos pagarle... —Lupita siguió quejándose, pero su padre no estaba de humor para discutir.

—Es una decisión que ya está tomada. —El tono en la voz de Zalo hizo que Lupita cerrara la boca. Sabía que cuando su padre hablaba así, era mejor no replicar. Él era el dueño del rancho y él tomaba las decisiones definitivas.

—Siéntanse bienvenidos en nuestro hogar —Calita se dirigió a sus invitados, y Zalo, todavía sobándose en el sitio donde su mujer le había dado el puntapié, estuvo contento en traducir sus palabras.

—Deseo ayudar en todo cuanto pueda para sacar a El Janto adelante. —Richard sintió la necesidad de aclarar a doña Cala y la abuela Lupe. A Lupita le iba bien enojarse, parecía ser su estado habitual.

—Estamos seguras de que hará un estupendo trabajo —contestó Cala, una vez que Zalo le hubo traducido lo que le dijo.

Durante toda la cena, Zalo y Lupita habían tenido que hacer de traductores, y en ocasiones la abuela Lupe, aunque la anciana solía ser demasiado literal, al grado de distorsionar bastante las conversaciones. Como cuando Richard halagó el pollo de Cala, la abuela Lupe le dijo a su nuera que Richard estaba encantado con sus pechugas. Cala se atragantó con el sorbo de café que se

llevaba a los labios en ese momento y comenzó a toser repetidamente, mientras Zalo se daba prisa en aclarar las palabras de su invitado, en medio de las carcajadas de Lupita, quien lejos de preocuparse, estaba a punto de caerse de la silla por la risa.

—Lupita, haz el favor de llevar a los caballeros a la cabaña del capataz y ordena a los empleados que dispongan de todo lo que necesiten nuestros invitados.

—Sí, padre —masculló Lupita, de mala gana.

—Es usted muy amable, Zalo —le dijo Richard—. Mi hermano y mi padre podrán acomodarse con tranquilidad; sin embargo, yo tengo que regresar a la ciudad. Debo devolver el carro rentado y tomar nuestras cosas del motel.

—Eso puede esperar a mañana. —Zalo hizo un gesto con la mano para restarle importancia—. Aquí tenemos todo lo necesario, no vale la pena hacer un viaje tan largo a estas horas. Para cuando vuelva al rancho, será de mañana.

—Y Lupita puede acompañarlo —añadió Cala, después de pedirle a su hija que repitiera en español lo que los hombres acababan de decir.

—Mamá dice que yo... ¿Qué cosa? —Lupita exclamó todavía en inglés, a media traducción para Richard—. Mamá, ¿por qué tengo que ir con él? —replicó en español.

—Es nuestro invitado y tú conoces bien la región. Podrías enseñarle el pueblo y los lugares, sin mencionar que harías bien en hacerle de traductora. No tengo idea de cómo este pobre hombre ha podido comunicarse con la gente hasta ahora.

—Igual que los monos, supongo, a gritos y golpes.

—¡Lupita!

—Mamá, ¿dónde quedó tu instinto sobreprotector con el que siempre me fastidias? ¡Es un hombre y apenas lo conocemos! ¿De verdad quieres que viaje sola con él?

—Tu padre dice que es un buen hombre y yo lo respaldo. Solo míralo con su padre y su hermano, es claro que es un ser humano de buen corazón, trabajador y de fiar. Además, es muy educado —concluyó, satisfecha con sus propias palabras—. Irás con él, te hará bien aprender un poco de modales.

—No quiero, tengo mucho que hacer en el rancho.

—Tú ayudarás al caballero a socializar con la gente de la región y se acabó la discusión. —Su madre alzó el dedo, apuntándole al rostro de la manera que Lupita tanto odiaba—. Es nuestro deber como anfitriones el velar por nuestro invitado, ayudarle a hacer amigos y adaptarse a esta tierra. ¿Cómo te sentirías tú si estuvieras en sus zapatos, sin conocer a nadie ni hablar el idioma del lugar? —Lupita suspiró, sabía que su madre tenía razón—. Nadie va a decir que mi hija no es atenta.

—Nadie dice eso —refunfuñó Lupita, sabiendo que estaba haciendo un papelón, pero continuando con su negativa. No quería estar a solas con Chad. Él la ponía nerviosa... Y no le gustaba sentirse así. No se había sentido de ese modo desde que Ahanu vivía...

—Tu madre tiene razón, Lupita —intervino Zalo—. Te lo iba a comentar más tarde, pero parte

del trato que he tenido con nuestro invitado implica que tú le des clases de español.

—¡Qué! —Lupita palideció—. ¡No, jamás!

—Eres una chica bien educada, estudiaste en la capital. Nadie mejor que tú para enseñarle —convino su madre.

—¡No, no y no! —Lupita golpeó con el puño la mesa—. Tengo demasiadas cosas que hacer en el rancho, para encima tener que hacer de maestra del gringo.

—Lupita, es una orden. —La voz de su padre fue rotunda. Lupita cerró la boca y se arrellanó en el asiento, sabiendo que no había nada que hacer para cambiar de opinión a su padre—. Además, es una buena forma de ayudarme con el rancho.

—No veo cómo...

—Si el señor Collin conoce nuestro idioma, podrá comunicarse con los trabajadores del rancho —su padre la interrumpió, sin darle tiempo de replicar—. Mientras antes lo consiga, mejor. Serás mucho más útil con esta tarea, hija mía, que poniéndome al borde de los nervios cada vez que desapareces en el monte, intentando alejar a los maleantes de nuestras tierras.

—¡Es necesario mantener a esos pelmazos fuera de nuestra propiedad y de nuestras cosechas! Bastante daño nos han hecho...

—Ese será el trabajo del señor Collin en adelante —sentenció su padre—. Y el tuyo será quedarte en casa, como le corresponde a una dama.

—¡Pero yo no quiero...!

—¡Es necesario que tú te mantengas con bien! —rugió Zalo—. ¿No te das cuenta de que eres todo en mi vida, hija? Tú eres mi más grande tesoro, Lupita. ¡Tú! Me importa un carajo lo que le pase a la cosecha o si pierdo al rancho. Todo lo material se puede recuperar en la vida, hija. Pero si llego a perderte a ti... —Zalo negó con la cabeza, dedicándole una mirada llena de amor y preocupación que le atravesó el alma—. Quiero protegerte, hija, ¿es tan grave mi crimen que no puedes perdonarme?

—Papá, no digas eso... —Lupita sintió deseos de ir a abrazarlo, pero entonces recordó que no estaban a solas.

Sus invitados se miraban entre ellos con ojos curiosos. No entendían una palabra, pero debían suponer que estaban discutiendo. Los gritos que acompañan a una discusión son un idioma universal.

—Entiendo que quieras protegerme, papá —continuó ella, intentando razonar con Zalo—, pero ya no soy una niña y sé defenderme. Tú me enseñaste bien...

—Hija, es porque precisamente ya no eres una niña, que me preocupó más por ti —Zalo la interrumpió—. Existen hombres con un grado de maldad en su corazón del que ni siquiera eres capaz de imaginar. Hombres en cuyas manos, una chica ingenua como tú, sería destrozada en vida... Hay cosas mucho peores que la muerte, hija.

—Papá...

—Voy a protegerte y es mi palabra final —él sentenció, golpeando la mesa—. Puedes seguir

ayudándome en el rancho, siempre y cuando te acompañe Chad.

—¡Pero yo puedo cuidarme sola!

—He dicho. —Zalo se puso de pie—. Ahora, haz lo que te he ordenado y lleva a nuestros invitados a su cabaña.

Lupita se puso de pie, furiosa y se dirigió a los hombres en inglés.

—Por favor, acompañenme. Los conduciré a la cabaña donde se alojarán.

—Buenas noches... —Richard no sabía muy bien qué decir. Era claro que la discusión había sido iniciada por su lugar allí, pero también lo era que ellos no deseaban su participación en ella ni que él entendiera lo que se habían dicho. Tal vez lo mejor sería simplemente ignorarlo y hacer como si nada hubiese pasado—. Doña Cala, la comida ha estado fabulosa. Una vez más, le agradezco humildemente su gentileza.

—¿Qué ha dicho? —Cala, sonriente, le preguntó a su hija, que seguía de pie a su lado.

—Dijo que le gustaron tus piernas —contestó Lupita, provocando que su madre perdiera el color del rostro.

—Tus piernas de gallina —Zalo se apuró en aclararle a su esposa, pero fue peor.

Cala soltó un gritito, poniéndose tan blanca que parecía al borde del desmayo.

—Las de la cazuela, mi amor —Zalo aclaró antes de que su mujer se desmayara—, se refiere a la comida, Calita. Te está agradeciendo por tu comida... ¡Lupita, no bromees con tu madre!

—Lo siento. —Lupita forzó una sonrisa y miró a los hombres, ya de pie del otro lado de la mesa—. ¿Nos vamos? —preguntó en inglés.

—Me da miedo la *odcuridad*—musitó Alex, mirando con temor hacia fuera.

—Tranquilo, llevaremos lámparas y yo te daré la mano todo el tiempo —le dijo Lupita, tomando su mano para llevarlo con ella hacia la puerta.

—Gracias por todo —Lee hizo una reverencia—. Ha sido una velada encantadora.

Lupita sonrió. Ese hombre era demasiado bueno o sencillamente no había tenido muchas buenas veladas en su vida. Como fuera, hizo la misma reverencia para contestar a su gesto, y tanto sus padres como su abuela no dudaron en responder de la misma forma.

Al llegar a la cabaña, y tras ayudar a las criadas a colocar sábanas y mantas nuevas en las camas, y dejar luces para que Alex no tuviera miedo, Lupita se despidió de sus invitados.

—Espero que estén cómodos. Si llegan a necesitar algo más, solo toquen esa campana y alguna criada vendrá a ver qué desean. —Señaló una campana que colgaba del pórtico.

—Se lo agradezco mucho, señorita. —Lee hizo una nueva reverencia.

—Lupita, espera —Richard la acompañó afuera y cerró la puerta a sus espaldas.

Lupita tragó saliva, era raro estar con él frente a frente, en medio de la oscuridad. Algo en él encendía una parte de su interior que había estado dormida por demasiado tiempo. Era una sensación que nunca admitiría abiertamente...

—¿Qué pasa? —preguntó, intentando aparentar naturalidad y no dejar ver la fuerte inquietud que su cercanía le provocaba.

—¿Qué fue todo eso del comedor? —cuestionó él, yendo directo al grano—. ¿Tan mal te parece que me quede aquí y le eche una mano a tu padre?

Ella entrecerró los ojos, dirigiéndole una mirada gélida.

—Lo que yo piense no tiene importancia. Es mi padre quien toma las decisiones aquí y él ha decidido que tú le agradas. Así que no te preocupes, no hay nada que yo pueda decir o hacer para alejarte de aquí.

—No he venido a molestarte, Lupita. Todo cuanto deseo es ayudar a tu familia y aprender algo del manejo de la tierra. Creo que es un trato justo.

Ella esquivó su mirada. Había algo en esos intensos ojos azules que la ponían de nervios.

—Te veré mañana al amanecer —le dijo, dándose la vuelta para alejarse—. Te espero en los establos a las seis en punto. Y más te vale que llegues a la hora, ¡detesto esperar!

—¿Existe algo que no detestes?

—Bastantes «algos», en realidad. Pero cuando tú estás cerca, no puedo recordar ninguno. — Ella se volvió, dedicándole una sonrisa mordaz—. Buenas noches.

—Buenas noches, señorita—dijo la última palabra en español, provocando que ella se volviera, con la sorpresa reflejada en sus oscuros ojos.

Una sonrisa vagó por sus labios. Una sonrisa sincera en esta ocasión. Richard se sorprendió al seguirla con la mirada, mientras ella se alejaba por el camino.

La imagen de la sonrisa de Lupita grabada en lo más profundo de su mente...

Capítulo 7

Lupita esperaba sentada en el restaurante. Un mesero se acercó a ella, le sirvió un café con leche y dejó una buena cantidad de espuma en la cima del vaso. A Lupita le rugió el estómago, moría de hambre, sin embargo se sentía culpable de comer algo. Ya de por sí estar sentada sin hacer nada más que tomar un café con leche caliente la hacía sentir como una completa perezosa. En especial sabiendo que ella debía quedarse en ese lugar sin hacer nada, mientras Chad terminaba de cargar la carreta.

Esa mañana, ambos habían partido muy temprano del rancho. Lupita condujo su carreta, mientras Chad hacía lo propio con la carreta rentada. Llegaron al puerto a buena hora de la mañana y, como habían acordado, Lupita ayudó a Chad a comunicarse con los encargados de la renta de carretas y del motel para devolver el vehículo rentado y para saldar la deuda por su estadía en el hospedaje.

No obstante, nada más había terminado su participación en la conversación, Chad se rehusó a que ella le ayudara a cargar las maletas y los baúles en la carreta. En lugar de eso, la había enviado al restaurante a esperarlo, mientras él se hacía cargo del trabajo pesado. ¡Como si ella fuese una maldita muñeca de porcelana que pudiera romperse por cargar con un par de baúles!

Fue un trato sumamente cortés, Lupita lo admitía, y no pudo evitar sentirse admirada por él. Nunca hubiese imaginado que Chad fuese todo un caballero. Incluso le dio dinero para pagar lo que consumiera, acompañado con la orden de no moverse de su mesa hasta que él volviera por ella. Aunque era precisamente eso lo que a ella le molestaba, ¿quién se creía ese hombre para venir a darle órdenes? Además, no podía dejar de sentirse culpable por dejarlo con toda la carga del trabajo, mientras ella aguardaba allí, cómodamente sentada, zampándose un buen desayuno mientras Chad sudaba la gota gorda cargando la carreta y sin haber probado bocado. Suponía que los mozos del motel le ayudarían a cargar los baúles a la carreta, sin embargo eso no le quitaba por completo el cargo de conciencia. Tal vez pudiera encargar un par de quesadillas para llevarle...

La silla a su lado se movió y un hombre vestido con un elegante traje a rayas se sentó a su lado, rompiendo el hilo de sus pensamientos.

Lupita se irguió, molesta por la intromisión. Al alzar la vista, se percató de que se trataba de Hugo García. Y entonces se puso furiosa.

—¡Lárguese de aquí enseguida! —siseó—. Esta mesa está ocupada.

—No se enoje, Lupita —él sonrió, tomando un trozo del panecillo que le habían servido junto al café—. Aunque debo decirle que usted se ve más bella enojada, eso me gusta.

—Me importa un rábano lo que le guste o no, ¡le dije que se marchara!

—¿Qué hace tan solita por estos lugares? —Él se acercó más—. ¿Su papá le da permiso para alejarse tanto del rancho?

—Eso no le importa. Se lo repetiré una última vez, lárguese de aquí o lo echaré con mis propias manos.

Él rio entre dientes, acercándose tanto a ella que Lupita pudo percibir su asquerosa colonia en la punta de la nariz.

—Me encantará que lo intente... —El hombre se quedó a media frase al sentir el frío del acero en la garganta.

Lupita, con una agilidad sorprendente, había sacado una navaja de doble filo que mantenía presionada con mano firme contra su cuello.

—Lárguese de aquí o le rebano el gaznate como la gallina cobarde que es.

El hombre tragó saliva sonoramente, provocando que su manzana de Adán subiera y bajara compulsivamente, lacerando la piel de su cuello contra el afilado cuchillo.

—No se atrevería...

—Usted y los malditos puercos de su familia le metieron una bala a mi padre por la espalda, ¿realmente duda que no será un placer para mí hacerlo?

El hombre se puso de pie y dio un par de pasos atrás, trastabillando con una de las sillas de la mesa de junto.

—Vas a pagar por esto, bruja... —Se quedó callado cuando una mano lo sujetó por el cuello y lo hizo volverse.

Chad se sentía furioso. No había entendido una palabra de lo que dijo ese hombre, pero no hacían falta traducciones para dejar claro que no había sido algo amable o respetuoso.

—¿Cómo has llamado a la dama? —siseó Richard, agarrándolo por el cuello de la camisa.

—¡No te metas en esto, gringo! —espetó el hombre, empujando a Richard con los dos brazos, mas Richard ni siquiera se movió.

—Si te vuelves a acercar a ella, te vuelo la tapa de los sesos. —Richard lo soltó de golpe, provocando que el hombre se tambaleara antes de recuperar el equilibrio, llevándose un par de sillas de paso.

—Él no habla inglés, Chad, no te entiende una palabra —le dijo Lupita.

—Bien, entonces que entienda esto. —Richard le asestó un puñetazo en la mandíbula, mandándolo contra el suelo—. ¿Crees que le quedó claro el mensaje?

—¡Pero qué es lo que te pasa! —chilló Hugo, sobándose la mandíbula, que comenzaba a hincharse.

—Ey, Hugo, ¿recuerdas que dijiste que no existiría un hombre con cojones para tomar el puesto

de capataz de El Janto, después de lo que tu familia le hizo al último? —Lupita, con los brazos en las caderas, le dedicó una sonrisa mordaz al hombre que luchaba por ponerse de pie con ayuda de un par de camareros—. Pues estás ante él, pedazo de escoria. ¿Qué dices a eso?

El hombre, rojo de rabia, se llevó una mano a la mandíbula adolorida.

—Dile a tu padre y a toda su prole que los Lobos no nos vamos a ninguna parte. —Lupita clavó con fuerza la navaja en la mesa, la misma con la que lo había amenazado hace un momento—. Si quiere guerra, guerra tendrá.

—No dudes en que se lo haré saber —gruñó el hombre, levantando su sombrero del suelo—. ¡Tú y tu familia pagarán por esto, malditos indios...! ¡Ah! —El hombre soltó un grito digno de una soprano cuando el filo de una navaja le rozó el cuello, clavando la tela de su camisa contra el poste que se hallaba tras él.

—Repíte eso si te atreves. —Lupita ya tenía una segunda navaja en su mano, dispuesta a lanzarla si el hombre abría la boca.

Hugo García tironeó la camisa hasta hacerla jirones y salió a la carrera del lugar, gritando improperios en el camino y toda clase de amenazas que iban dirigidas contra los Lobos y el rancho, así como contra su nuevo capataz.

—Creo que mejor nos vamos. —Richard se volvió a Lupita, notando las miradas de todos los comensales puesta sobre ellos.

Ella pasó por su lado y sacó con un solo y ágil movimiento el cuchillo del poste, antes de dirigirse a la calle.

Richard tomó un par de billetes y los lanzó sobre la mesa.

—Perdone por las molestias —dijo a nadie en particular, haciendo un gesto con la mano hacia el sombrero, antes de seguir a Lupita por la calle.

Encontró a la muchacha ya encaramada sobre la carreta, colocándose el sombrero para protegerse del sol, que ya comenzaba a calar.

—Bien, eso fue... interesante —comentó él, sentándose a su lado y tomando las riendas.

—Sin duda.

—Me preguntaba...

—¿Dónde aprendí a lanzar cuchillos? Mi padre me enseñó. También a disparar, tengo excelente puntería —contestó ella, con una sonrisa de satisfacción—. Puedo enseñarte, si no sabes usar un arma como se debe.

—En realidad me preguntaba dónde guardas los cuchillos.

Ella soltó una risita, negando con la cabeza.

—Eso nunca lo sabrás. Es un secreto.

—Creo que es un secreto que me gustaría conocer...

—Sigue soñando, vaquero. —Ella alzó la nariz y abrió su sombrilla, formando una pared entre ambos.

—Ese hombre del restaurante... ¿quién era?

—Uno de los García —Lupita contestó con notable enojo en la voz—. La familia que nos ha hecho la vida imposible desde que llegaron aquí.

—¿Y qué buscaba contigo?

Lupita entrecerró los ojos, creyó notar cierto tono de celos en su voz, pero lo ignoró.

—Lo de siempre, molestar. —Ella soltó un bufido poco femenino—. Esa familia de bestias no sabe hacer otra cosa. Los García han estado amenazando a mi familia desde que su padre se hizo del rancho vecino al Janto; quieren nuestra tierra y echarnos de allí.

—¿Por qué?

—No hay razón. Solo lo quieren, y no se detendrán hasta obtener lo que desean. Siempre hacen lo mismo, y hasta ahora les ha funcionado con todos, menos con nosotros. Los Lobos somos más duros de lo que esos pedazos de cucaracha se esperaban. Y no pueden con eso.

—A ellos les debe matar de rabia toparse finalmente con una pared. Sin embargo, hay que ser cuidadosos. Esa clase de gente, acostumbrada a tener siempre lo que quiere, no suele reaccionar bien cuando se cruzan con personas que no hacen lo que ellos desean. —Richard lo decía por experiencia propia. Su padre fue un ejemplo bastante firme como para recordarlo toda la vida.

—Es verdad, a ellos les molesta que no caigamos temblando de terror por sus amenazas. No obstante, no es el único motivo que tienen para intentar alejarnos —explicó Lupita—. Mi padre tiene los mejores caballos y la mejor tierra. Y a los García no les gusta la competencia. Ya ha echado a todos los otros rancheros de la zona, solo nosotros hemos resistido a sus amenazas y sus trampas...

—Lo supuse cuando vi a ese tipo amenazándolos en el puerto el día que nos conocimos. Además de que me dejaste clara la situación.

—Así es. Han estado destruyendo y robando nuestras cosechas, aterran a nuestros empleados y roban nuestro ganado. Apenas conseguimos sobrevivir.

—Me admira la fortaleza de tu padre y la tuya, por supuesto —añadió, buscando complacerla—. Cualquiera otro hombre ya habría desistido tras tales inconvenientes.

—Papá ama su rancho, es como otro hijo para él. Desde joven, tuvo el sueño de poseer su propia tierra y criar a sus caballos. Él siempre ha sentido una conexión especial con ellos, ¿sabes? Es como si pudiera comunicarse con los animales, hablarles y escucharlos... No sé cómo explicarlo, suena como una locura, pero es verdad.

Richard le sonrió, atento a cada una de sus palabras. Esa chica podía ser encantadora si dejaba a un lado su papel de persona abominable. Lupita contestó con una sonrisa igual, omitiendo la expresión fascinada de su rostro.

—Si tú lo dices, debe ser así —dijo Richard, sin dejar de observarla—. ¿Y qué hacía tu padre antes de tener el rancho?

—Era peón de un hacendado del norte. Se encargaba de cuidar sus cuerdas, pero lo odiaba.

—¿Por qué? Es de suponer que si le agradan tanto los caballos, sería un trabajo ameno para él.

—Su patrón era un hombre cruel, ¿sabes? Uno de esos que solo usan a los animales para

hacerse de dinero. Le importaba una mierda lo que fuera de ellos... Perdón, quiero decir que no tenía corazón. —Chad sonrió, quitándola del apuro por haber soltado una palabrota—. Papá soportó muchas cosas, pero la gota que lo colmó fue el día en que el tipo le ordenó matar a uno de los caballos que papá había criado desde potrillo. Mi padre lo compró y se lo llevó consigo. Decidió partir en busca de nuevos horizontes, y junto con su mejor amigo llegaron a Veracruz. Mi abuela era originaria de aquí, por lo que los acompañó y entre los tres consiguieron reunir el dinero necesario para emprender un negocio. Aquí conoció a mamá y se casaron, con el tiempo reunieron lo suficiente para comprar la tierra y fundar El Janto. Desde entonces han vivido aquí. Y el caballo que no mató, aquel que rescató y por el que inició su nueva vida, fue el primer caballo de nuestros establos, el abuelo de los que ahora nos llevan a casa.

—Debió ser un excelente animal.

—Sin duda, un pura sangre al que querían matar solo por haberse roto un ligamento en una carrera. Papá lo curó, le dio una segunda oportunidad y Janto se la regresó con creces.

—¿Janto...? ¿Es decir que tu padre nombró el rancho en honor al potro que rescató?

—Ya no era un potro, pero así es.

—¿Y qué fue de su mejor amigo?

—Continúan siendo amigos y socios, son como hermanos, en realidad. Joe maneja la tienda en el pueblo, es a él a quien le vendemos la mayoría de nuestras mercancías, y él se encarga de distribuir las por todo el país. Te lo presentaré cuando vayamos al pueblo.

—Será un placer conocerlo.

Lupita sonrió.

—Seguro que sí, él es la única persona, además de nosotros, que habla inglés. Así que podrás sentirte a tus anchas con él. Solo que no te atrevas a decir nada de su bigote o te dejará de hablar por un mes. Es muy sensible al respecto.

—¿Es en serio?

—Oh, sin duda. Lo tiene como torcido a causa de...

—Me refiero a que habla inglés.

—Ah, sí, claro que sí. Él y papá lo han hablado desde que nacieron. Ellos se conocen de toda la vida, ¿sabes? Sus padres vivían en la misma aldea, en Texas.

—¿Texas? Asumí que tu padre era mexicano.

—Lo es, por supuesto.

—Pero acabas de decir que nació en Texas. Eso significa que es americano.

—Todos somos americanos, ¿no se llama así este continente?

—Me refiero a que si tu padre es estadounidense.

—¡Claro que no! Texas era de México, ¿no lo sabías?

—Oh, sí... Ahora recuerdo... Algo había escuchado. Hubo una guerra hace poco, ¿no es así?

—Sí. Texas se separó de México y luego formó parte de Estados Unidos.

—¿Y por qué tu padre terminó aquí... en esta tierra, y no en Estados Unidos?

—No sé qué tanto tiempo viviste allá, pero por lo que sé, la gente no es muy amistosa con los que no son de su raza. A mi abuelo no lo querían en sus tierras, a pesar de que habían pertenecido a su familia desde hacía muchísimos años. La mayoría de los suyos murieron, pero él estaba casado con la abuela Lupe y tenía ya a mi padre, por lo que decidieron mudarse a México. Este país no será un paraíso, pero al menos te permiten vivir en paz, de forma relativa...

—¿Y qué hay de tu abuela? ¿También era de Texas? ¿Es por eso que habla inglés?

—Aprendió inglés por mi abuelo, pero ella nació en Veracruz, como te dije antes. La abuela Lupe es una sanadora. Su familia desciende directamente de los antiguos mayas y se siente comprometida con la herencia que le ha sido transmitida, por lo que hizo varios viajes en busca de la sabiduría del universo... ¿Por qué pones esa cara?

—¿Sabiduría del universo? —repitió él, sarcástico.

—Sí, así es. Y algún día yo haré el mismo viaje.

—Seguro.

—No lo digas así, tengo toda la intención de hacerlo. Si no fuera por los García y sus entrometidas narices, hace mucho que habría partido.

—¿Podemos dejar a un lado tus planes de viaje y continuar con la historia? —preguntó él, molesto.

—No hay mucho que contar, la abuela conoció a mi abuelo en uno de esos viajes, mientras visitaba un poblado comanche. Su mejor amiga, una india comanche, iba a casarse con el padre de Joe, un pionero de una aldea cercana, y el mejor amigo de mi abuelo. Fue así como se conocieron mis abuelos, en la boda de sus mejores amigos. Se enamoraron, se casaron, y se quedaron a vivir en Texas hasta que la represión de los blancos los obligó a abandonar sus tierras. En ese tiempo, el ejército comenzó a echar a toda la gente india de sus tierras, los llevaban amontonados a zonas horribles, sin comida ni abrigo, hacinados como ganado... —Ella negó con la cabeza, en una mezcla de rabia y tristeza—. Mis abuelos tenían raíces latinas, por lo que también los echaron. Y a la familia de Joe, por ser en parte comanche.

—Lo siento mucho, Lupita...

—No lo sientas. No me sucedió a mí... Aunque eso no significa que me sienta menos enojada por ello.

—No fue justo para tu familia. —Chad posó una mano sobre la suya—. ¿Es por ello que te importa tanto que no le suceda otra vez lo mismo a tu padre?

—Nadie tiene derecho a echarte de tu propio hogar. Nadie.

Richard la miró con el rostro sereno.

—Los García no volverán a meterse con ustedes, te lo aseguro.

—¿Y tú cómo podrías asegurar eso? Ellos tienen dinero y gente en el poder, tú no, tampoco nosotros... Están acostumbrados a hacer lo que se les da la gana, sin importarles a quién se llevan entre las patas.

—Ya no lo harán, Lupita. Ahora que estoy aquí, no permitiré que esa gente le haga daño a tu

familia, ni a ti.

Ella sonrió, era claro que no le creía.

—Ya veremos.

Chad detuvo la carreta y se volvió hacia ella, tomando sus manos entre las suyas.

—Tienes mi palabra, Lupita. —Él aumentó la fuerza con la que sostenía su mano, mirándola fijamente—. Me convertiré en comida de gusanos antes de permitir que alguien te dañe.

Por un momento, Lupita sintió que le faltaba el aire. Solo podía mirar esos ojos tan intensos y azules frente a su rostro, incapaz de apartar la vista.

Richard se acercó lentamente a su rostro, el calor de su aliento mezclándose con el de ella, pero antes de darle la oportunidad de besarla, Lupita apartó el rostro y se alejó de él.

—Deberías volver a poner en marcha los caballos —le pidió, intentando hacer que su voz sonara firme, no temblorosa como ella se sentía después de ese intenso momento—. Papá se preocupará si llegamos demasiado tarde al rancho.

Chad asintió y fijó la vista en el camino, azuzando a los caballos para ponerlos en marcha una vez más.

—¿Y qué hay de ti? —preguntó Lupita, tras un momento de silencio que le pareció eterno.

No le gustaba tener que hablar con él, pero tenía que conseguir sacarle algo de su pasado. Se lo había propuesto antes de iniciar el viaje y hasta ese momento no había tenido la oportunidad. Si el muy ladino había intentado besarla, era su problema. Lo mejor que podía hacer era actuar con naturalidad y aparentar que no había pasado nada.

Siempre le funcionaba con los pocos amigos que tenía y que, dejándose llevar por absurdas ideas románticas, habían intentado hacerlo. Ella los rechazaba con cortesía y aparentaba que nada había sucedido, y todo seguía igual entre ellos. En cuanto a aquellos que no eran sus amigos, se habían llevado una cicatriz, recuerdo de sus cuchillos.

Con Chad... Bien, no lo podía poner como un amigo, pero definitivamente no quería ofenderlo, ni herirlo. Si bien no le agradaba del todo, podía ser que realmente fuera útil en el rancho. Quizá consiguiera espantar a los García o permitir que los dejaran en paz. Y si lo hería con un rechazo, podría provocar que se fuera, y eso no era lo mejor para la familia en ese momento.

Así pues, forzó una sonrisa e intentó ser amable con él. Aunque realmente hubiera deseado patearlo fuera de la carreta y hacerlo volver al rancho a pie el resto del camino.

—¿De mí? —Chad enarcó una ceja, sin mucho ánimo de entablar conversación después de ese penoso momento.

Nunca una mujer lo había rechazado. Y aunque ella intentaba aparentar naturalidad y que nada había sucedido, era obvio que se había dado cuenta de su intención.

—Sí, te he contado toda mi vida, prácticamente —ella dijo, molesta—. ¿Qué hay de ti?

Richard notó que lucía enojada, como si se viera forzada a entablar conversación con él.

—En realidad, me has contado sobre tu familia. De ti no sé nada.

—No me des la vuelta a la pregunta, ¿qué hacías antes de venir aquí?

—Era boxeador.

Ella se echó a reír.

—¿Qué tiene de gracioso?

—No te ves como un boxeador.

—¿Y cómo se supone que son ellos?

—No lo sé... ¿Brutos y salvajes?

—¿Eso quiere decir que me veo inteligente y civilizado para ti?

—Ligeramente. —Ella alzó la nariz—. Aunque ahora entiendo por qué usaste los puños en lugar de sacar tu Colt. ¿Sabes que esa cosa puede disparar, verdad?

—Muy graciosa. A diferencia de ti, no me gustaría matar a nadie si puedo evitarlo.

—Yo no maté a García.

—Te vi apuntar a su cuello. Pudiste cercenarle la yugular.

—Créeme, de haber querido, lo habría matado. Cuando yo tiro, no fallo. Sea un cuchillo o un arma. Y puedo probártelo cuando quieras.

—Bien, haremos una prueba. Y el que pierda, tendrá que darle al otro algo.

—¿Cómo una apuesta?

—Exacto.

—No, no me gustan las apuestas.

—¿Tienes miedo?

—¿De ti? —espetó, dedicándole una mirada altiva—. Jamás.

—Entonces, qué te parece si estipulamos las reglas. Digamos... El que pierda besa al otro. Lupita lo fulminó con la mirada.

—¿Te crees muy listo, no es verdad? Olvídalo, no hay trato.

Él soltó una carcajada.

—Bien, ¿qué te gustaría entonces?

—Cuando pierdas, te pondrás uno de mis vestidos y darás una vuelta alrededor de la casa grande gritando: «Soy la reina de Inglaterra».

La sonrisa se borró del rostro de Richard al verla a la cara.

—Oh, sí, señor, sé que no eres gringo. ¿Por qué no solo dices que eres inglés, en lugar de dejar que todo el mundo te llame gringo?

—¿Cómo lo sabes?

—Tienes acento de Londres.

—Pero hace años que vivo en Nueva York... Creí que no se notaba.

—Tenía una amiga de Londres en el colegio, tenía tu mismo acento.

—Vaya... Qué coincidencia. Prácticamente me sentía el único inglés en este país —él bromeó.

—No eres tan especial. —Ella se encogió de hombros—. ¿Y bien, cerramos el trato?

—Sí, claro, yo iré vestido de mujer si tú me besas.

—¿Vas a seguir con ese juego absurdo?

—¿Absurdo? ¡Eres tú quien me quiere vestir de mujer!

—¿No se supone que las apuestas son para arriesgar algo valioso?

—Eso sería como arriesgar mi hombría.

—Por favor, no voy a caparte por ponerte un vestido. Además, ¿los escoceses no usan faldas?

—Soy inglés, no escocés.

—Es lo mismo, para el caso. Gritarás como una mujer.

—No, no gritaré como mujer. Eso es imposible —sonrió socarronamente.

—Tanto como que yo te bese, señor.

—Bien, saldemos la apuesta, entonces. Yo me vestiré de mujer, si pierdo, pero tú me besarás, si tú pierdes.

—¡Que no lo haré!

—¿Tanto miedo te da besarme? —le preguntó, dedicándole una mirada tan intensa que la hizo estremecer.

Ella apartó la mirada, ocultando el rubor que se había encendido en sus mejillas.

—No te tengo miedo. Besarte sería como besar a una alfombra... o a un oso polar. Eres tan peludo como uno.

—¿Es eso un sí?

—Sí, es un sí —espetó ella—. Pero he de advertirte que yo no pierdo. Jamás.

—Bien, quedo advertido. —Sonrió él, y con ello le provocó a Lupita que se le revolvieran las entrañas como si un millón de mariposas hubieran decidido migrar a su interior.

Se escuchó un chasquido y la carreta se dobló de lado, provocando que Lupita fuera a aterrizar entre los brazos de Richard.

—¿No puedes esperar para ese beso, no es verdad?

—¡Quítame las manos de encima!

—Si lo hago, caerás al fango —le dijo él, con una sonrisa socarrona—. Nos hemos atorado en el lodo.

—Eres un maldito genio. No lo hubiera adivinado ni un millón de años.

—Cuida esa lengua, señorita. No quiero tener que ponerte sobre mis piernas y darte una palmada en el trasero.

—Ya quiero ver que lo intentes. Me encantaría probar el filo de mis cuchillos en tu carne.

Richard rio y la ayudó a acomodarse en su asiento antes de bajar de un salto de la carreta para ver el daño que había sufrido la rueda.

—Parece que la estructura está bien, aguantará hasta llegar a casa. Ahora el asunto es sacar esta cosa de este embrollo.

—Necesitaremos una rama grande para hacer una palanca.

—Dudo que encontremos algo tan grande... —Richard comenzó a quitarse la camisa.

—¿Qué estás haciendo? —Lupita entornó los ojos, sin poder apartar la mirada de esos pectorales perfectos.

—Tendré que levantar la carreta para sacarla del agujero y no quiero ensuciarme —explicó él, como si fuera la cosa más lógica—. En cuanto te dé la señal, haz avanzar a los caballos.

—¡No! Es peligroso...

—Confía en mí, dará resultado.

—¿Has hecho antes algo así?

—No.

—Chad, no creo que funcione. —Lo miró por primera vez preocupada por él—. No bromeo, esto es peligroso.

—Estaré bien, Lupita. Por favor, haz lo que te pido.

—¿No deberíamos al menos descargar al carreta?

—No, tardaremos más si lo hacemos. Vamos, haz de una vez lo que te digo o estaremos aquí todo el día.

—Bien... —Ella saltó de la carreta y tomó las bridas de ambos caballos—. Pero si te partes el cuello, no me culpes.

—No lo haré, estaré muerto.

—Eso no es impedimento.

—¿Qué?

—Nada. Solo haz la estupidez que vas a hacer.

—Gracias por el voto de confianza.

—Cuando quieras.

Richard soltó un resoplido y se dirigió a la parte trasera de la carreta, donde se encontraba la rueda estancada. Con cuidado, se colocó bajo la carreta y se acomodó de tal forma que el marco de la estructura cuadrara con sus hombros. Soltó un par de resoplidos y entonces, para sorpresa de Lupita, alzó la carreta.

—¡Ahora! —gritó.

Lupita azuzó los caballos, apurándolos a avanzar.

La rueda estaba atascada y no cedía. Lupita tiró con fuerza, mientras escuchaba gruñir a Richard atrás.

—¡Vamos, chicos, antes de que se rompa el cuello el señor cara de oso!

Los caballos se esforzaron por salir del atasco y al fin la rueda cedió. Se escuchó un grito ahogado y Lupita corrió hacia la parte trasera de la carreta, preocupada por Chad.

—¿Estás bien? Oh, Dios... —Lupita se mordió el labio para no reír al verlo recostado de espaldas contra el fango—. ¿Te caíste?

—No, solo quería estudiar de cerca la vida de los renacuajos—espetó él, sarcástico, poniéndose de pie.

—No seas tonto, los renacuajos no viven en el lodo —dijo Lupita, cubriendo su sonrisa con una mano.

Él, notablemente enojado, intentó ponerse de pie, pero al hacerlo las manos se le enredaron con

la maleza esparcida en el fango, lo que le hizo perder el equilibrio. Chad resbaló y fue a darse de bruces contra el lodo.

Lupita soltó una sonora carcajada que ninguna mano fue capaz de opacar.

Él, furioso, alzó la vista y escupió un par de hojas llenas de tierra.

—Gracias por la ayuda. —Richard le dedicaba una mirada airada bajo una capa de ramas y tierra mojada, que hacían resaltar el azul intenso de sus ojos.

Lupita lo cogió del brazo y lo ayudó a levantarse, sin dejar de reír.

—No te enojés tanto, las mujeres de por aquí dicen que el lodo de estas tierras tiene propiedades magníficas para la piel —le hizo saber Lupita, sin aguantarse más la risa y soltándose a reír en su cara.

—¿Ah, sí? ¿Por qué no pruebas un poco? —Richard tomó un puñado de lodo de su torso y se lo embarró en la mejilla y retrocedió, seguro de que iba a comenzar a soltarle toda la sarta de improperios que conociera, pero ella comenzó a reír con más fuerza.

—Ay, mis costillas... —ella se quejó entre risas, doblándose con una mano en el costado—. Me voy a hacer pipí...—añadió en español, para que él no lo entendiera.

Richard comenzó a reír también, contagiado por su risa.

—Será mejor que te limpies eso. —Lupita buscó entre sus cosas y sacó un par de lienzos con los que había envuelto el desayuno que había llevado para compartir con Chad esa mañana—. La gente de por aquí podría confundirte con un monstruo y darte un tiro.

Ella se quedó callada de pronto. Sus ojos se achicaron y la sonrisa se borró por completo de su rostro.

—¿Qué sucede...? —Richard se quedó sin palabras al sentir el tacto de la mano de Lupita sobre su pecho.

—¿Quién te hizo esto?

Richard bajó la vista, aunque no era necesario. Sabía perfectamente lo que vería allí.

Lo había visto ante el espejo infinidad de veces, desde hacía doce años. Desde el día en que su padre grabó esa marca en su piel con el hierro candente.

Richard tragó saliva y se apartó. Tomó la camisa, que había quedado relegada en el pescante y se la colocó encima, a pesar de la suciedad.

—Chad... ¿qué te sucedió? —Lupita había llegado a su lado. Su mirada preocupada y a la vez vulnerable de alguna manera lo hicieron sentir furioso. Ella quería ayudarlo y a la vez se sentía temerosa de que la apartara.

¡Qué asco! Él no era la clase de hombre que despertaba lástima, y menos en ella... No con ella...

—No es nada —gruñó, cogiéndola por la cintura y alzándola sobre el asiento, antes de que ella pudiera negarse—. Vamos a casa.

—Chad...

—He dicho que no es nada —gruñó, subió a su lado y tomó las riendas.

Lupita lo miró de reojo, apretando los labios.

—¿Qué? —espetó él, azuzando a los caballos.

—Solo quería decirte que eres muy fuerte. —Ella alzó la nariz—. Realmente dudaba que pudieras conseguir liberar la carreta de esa forma.

—Gracias... supongo.

—Es un halago.

—No lo parece.

—Eres fuerte. En realidad, no te ves tan fuerte, con la camisa puesta, al menos.

Una sonrisa se asomó en los labios de Richard.

—¿Así que debo asumir que te gustó lo que viste bajo la camisa?

Lupita frunció el ceño y le dedicó una mirada airada, a pesar de que el rubor había teñido sus mejillas.

—No dije eso. Solo quería aclarar que no te ves tan fuerte.

—Solía usar mis músculos para vivir.

—Ah, sí, sí, un boxeador... Eso no es un verdadero trabajo.

—¿Cómo que no es un verdadero trabajo?

—No, no lo es. Ganarte la vida golpeando a otros no es un modo de vida.

—Hay muchos hombres que rebatirían tus fundamentos, jovencita.

—Y yo les contestaría de buena gana.

—Además, si te interesa saberlo, por muchos años fui cargador en varios barcos navieros.

—¿Y cuándo exactamente, fuiste capataz de un rancho? —Ella le dirigió una mirada fría.

—Esta es mi primera vez. ¿Hay algún problema con eso?

—No uno que vaya a discutir contigo —siseó, volvió a abrir su quitasol y volteó la mirada al sitio contrario al que Richard se encontraba—. Pero papá va a escucharme cuando llegue a casa.

Capítulo 8

—¡No, no, no!, deja que coma la gallina gorda, Killer. —Lupita se interpuso entre el gallo y las gallinas—. Tú ya has comido bastante por hoy. No querrás ponerte gordo, a ninguna chica impresiona un marido barrigón.

—¿Ahora le hablas a las gallinas?

Lupita alzó la vista del puñado de maíz que cogía del cuenco en ese momento y fijó sus oscuros ojos en el hombre que tenía enfrente.

—¿Quién eres tú?

Él se rio, esbozando una sonrisa socarrona que reconoció enseguida.

—¿Chad? —Lupita frunció el ceño.

—En persona. —Chad sonrió, dejando al descubierto una elegante sonrisa digna de un caballero, como los que solía imaginar Lupita al leer en las novelas que Danielle le prestaba.

Se había afeitado y hecho un corte de cabello; ya, sin toda esa maraña de pelos cubriéndole la cara, sin duda parecía otra persona. Tenía la nariz alargada y afilada, elegante, en armonía con su ancha mandíbula y sus pómulos altos. Sus labios eran llenos, ligeramente coloreados. Tenía la tez clara, algo teñida por los rayos del sol, seguramente gracias a los años que pasó viajando en los barcos, como él le había contado el día anterior.

En definitiva, era apuesto. No tenía la belleza masculina de las novelas que leía, pero sin duda tenía una belleza similar a las ilustraciones de príncipes medievales que Lupita recordaba, con ojos vivaces velados bajo un ceño profundo. Caballeros que eran capaces de levantar espadas tan anchas como un brazo y tan pesadas como ellos para batirse en duelo contra temibles dragones y toda clase de villanos, sin detenerse a pensarlo dos veces.

Lupita se obligó a apartar la mirada y concentrarse en las gallinas. Dios, a veces permitía que su imaginación fuera demasiado lejos. En especial cuando se encontraba cerca de Chad...

—¿Te encuentras bien? —le preguntó él, hablando en un tono ligeramente socarrón—. Te has sonrojado mucho.

—Estoy bien —contestó Lupita a la carrera, respirando hondo para intentar disipar el calor que sentía expandirse por todo su cuerpo.

—Tal vez no deberías estar tanto tiempo bajo el sol, ¿cuánto rato llevas allí dentro? —Chad abrió la puerta del gallinero y se acercó a ella. Le sorprendió notar lo guapa que estaba, incluso

con el delantal, los zancos de madera y el trapo descolorido atado sobre su cabeza que cubría su hermoso cabello azabache; lucía hermosa.

—Estoy bien, por favor sal de aquí. —Lupita apenas alzó la vista, pero en la fracción de segundo que sus ojos se toparon, fue como si una descarga eléctrica le hubiera dado de lleno en el pecho.

—No he venido por voluntad propia a pisar caca de gallina, te lo aseguro —le dijo Chad, apartando la vista. No deseaba que Lupita notara el gran impacto que le ocasionaba. Siempre había sido seguro de sí mismo, las damas no le habían ocasionado ningún problema en el pasado, jamás se había quedado con la mente en blanco o insomne por llevar a una mujer en su mente todo el tiempo. Y no conseguía entender por qué sucedía justamente con esa joven que claramente no estaba interesada en él.

Antes de continuar por ese hilo de pensamientos, Chad volvió a hablar, para continuar con el tema original que lo había conducido ahí.

—Tu padre me ha enviado a buscarte —le explicó—. Ha dicho que me enseñarías el rancho.

—Ah, eso... —Lupita masculló de mala gana, sin dejar de prestar atención a las gallinas que estaban a sus pies picoteando los granos de maíz que acababa de lanzarles.

Se sentía furiosa con su padre, y más aún con Chad.

En cuanto había llegado a casa, la noche anterior, había interrogado a su padre sobre la destreza de su nuevo capataz, quien nunca antes había realizado tal labor. Ante lo cual Zalo se mostró hermético. No despediría a Chad Collin por su falta de experiencia, de la que estaba al tanto, como se enteró Lupita la noche anterior. Y sería ella quien se dedicaría a enseñarle las labores básicas del rancho, presentarle a los trabajadores y, de paso, impartirle unas lecciones de español.

Lupita había salido furiosa de casa y decidió terminantemente que odiaba a Chad Collin. Por su culpa, su padre se estaba portando como un idiota, ¡y ella nunca antes había pensado eso de su papá!

No podía dejar de imaginar en las consecuencias que el buen corazón de su padre traería sobre ellos. Zalo perdería el rancho, sin duda, y todo por esa tonta lealtad que sentía hacia personas que él clasificaba de «honorables y nobles». Porque eso era Chad Collin para Zalo, un hombre honorable y noble que merecía toda su confianza. ¡A pesar de que lo conocía hacía dos minutos! Y tal era su grado de idealismo que lo ponía sobre su propia hija. ¡Y la llamaba a ella ingenua!

—¿Te encuentras bien? —Chad arqueó una ceja, acercándose un paso más a ella—. Luces como si te hubieras tragado algo en mal estado. —Posó una mano sobre su hombro.

—¡No te acerques!

—Ey, solo quería ayudarte...

—¡No es por eso, es que...! ¡Sal de aquí! —Lupita pegó un gritito cuando el gallo a su lado comenzó a aletear y cacarear, amenazador, y se abalanzó sobre Chad.

—¡Qué demonios...! —Chad gruñó, apartándose justo antes de que el gallo le diera un picotazo

en la pierna.

—¡Killer, basta! —Lupita gritó, pero fue en vano, el animal continuó intentando atacar al hombre, que corría por el gallinero esquivando el veloz pico del animal.

—¡Maldito gallo...! —Chad gruñó cuando el gallo le dio con el espolón en el brazo.

—¡Sal de aquí, Chad! —Lupita intentó intervenir entre ellos—. A Killer no le gustan los hombres.

—¿Killer? —espetó Chad—. Buen nombre para un maldito asesino.

—Se cree un gallo de pelea, ¿qué esperabas? ¡Ahora sal!

Richard no se lo pensó dos veces, corrió fuera del gallinero y cerró la puerta de malla un segundo antes de que el pico del feroz animal se estrellara contra esta.

—¡Animal del infierno! —gruñó Chad, echándole una mirada asesina al gallo que no dejaba de cacarear ante la puerta—. ¿Qué hace un animal así de agresivo viviendo en el rancho? ¡Deberían convertirlo en caldo!

—Mantiene a raya a los depredadores, que son muchos. Hace un excelente trabajo —le explicó Lupita.

—Ese no es motivo para mantener a un gallo así, podría herir a alguien, sacarle un ojo...

—Solo ataca a los hombres que entran en su terreno. Te advertí que no te acercaras.

—No voy a actuar para complacer a un gallo —siseó Chad—. Si no aprende buenos modales, le daré una lección la próxima vez. ¡Ningún animal va a decirme lo que tengo que hacer!

—No entres al gallinero y punto —sentenció ella, con calma, dirigiéndose a la puerta.

El gallo cacareó con furia, aleteando furioso contra la malla cuando Lupita la abrió para salir del gallinero.

—¡Vuelve a intentar picotearme y estás muerto! —rugió Chad, ayudando a Lupita a cerrar la puerta tras ella antes de que el animal escapara del gallinero.

Lupita exclamó exasperada.

—Tiene el cerebro del tamaño de un cacahuete, no aprende nada.

—Ya veremos...

—Hablaba con Killer. —Lupita le dedicó una sonrisa sarcástica, quitándose el delantal.

—Ja, ja, muy graciosa —espetó él, ayudándola a quitarse el nudo del delantal del cuello.

—¿Ya has desayunado? —le preguntó Lupita, con una sonrisa radiante que le hizo disipar el enojo enseguida.

—Aún no. Acabo de salir del despacho de tu padre, me dijo que viniera a buscarte.

—En ese caso, compartiré mi almuerzo contigo. Otra vez. —Ella sonrió de forma socarrona, se quitó el trapo de la cabeza y dejó suelta su hermosa melena negra.

Richard tuvo que obligarse a apartar la vista de ese sedoso cabello o terminaría enterrando los dedos en su pelo y atrayéndola...

—Iré a ensillar los caballos. —Richard carraspeó con fuerza, deseando encontrar en los establos una cubeta con agua helada que poder echarse encima.

—Muy bien, nos encontraremos allá. —Lupita le dio la espalda, inconsciente del efecto que provocaba sobre él, mientras se quitaba los zancos para ponerse las botas.

Unos minutos más tarde, cada uno sobre el lomo de su caballo, transitaban por los senderos de El Janto.

Lupita le explicó todo cuanto sabía sobre los cafetales, así como el manejo del ganado que yacía pastando plácidamente en sus campos. Rodearon los linderos del rancho, buscando cualquier abertura en las cercas que pudiera provocar la fuga de uno de los animales. Como le explicó Lupita, la mayor parte de lo que iba mal en el rancho era ocasionado por sus indeseables vecinos.

En todo momento, se debía reparar al instante la cerca que les habían roto o algún animal se podría fugar o lastimar seriamente. Y para sorpresa de Richard, Lupita le dio una demostración bastante eficaz de cómo debía hacerse.

—Y para cuando termines, el alambre debe estar completamente tensado y los postes firmes como para soportar la embestida de un toro, ¿lo ves? —le explicó Lupita, terminando de enrollar el alambre de púas—. Deberías reemplazar el poste en un par de días. Tendrás que pedirle a Pánfilo que te haga uno nuevo. ¿Recuerdas quién es, verdad?

—Sí, Lupita, me lo presentaste hace una hora.

—Bien, no sabía si los golpes del boxeo te habían dejado mal el cerebro, solo quería asegurarme. —Ella sonrió burlonamente.

—¿Puedes dejar tus comentarios de desprecio para otro momento y continuar con tu explicación?

—No te enojés, era una broma. —Puso los ojos en blanco—. Como te decía, se lo debes encargar a Pánfilo. Él es el mejor con la madera, por lo que es a quien siempre le encargamos esa labor. Pero, por ahora, este poste viejo soportará bien. ¿Te ha quedado todo claro?

—Me ha quedado muy claro.

—Excelente. —Ella se quitó los guantes y se sacudió las manos.

—Continuemos nuestro recorrido. —La muchacha volvió a montar sobre su yegua y él hizo lo mismo sobre su caballo.

Lupita lo llevó hacia los cafetales, que para él resultaron ser bastante impresionantes. Habían hecho un excelente trabajo con las plantas, a pesar de la escasa mano de obra y pocos recursos. La cosecha sería magnífica, sin duda, por lo que alcanzó a ver a primera vista y a la distancia, ya que Lupita no se detuvo, continuó el recorrido por los linderos del rancho explicándole lo que debía hacer en el lugar.

—Maldición, otra vez... —Se enojó ella, detuvo su montura cerca de un claro y bajó de un salto del lomo de su yegua. Richard comprendió enseguida la causa de su molestia. La cerca, en ese lugar, había sido completamente derribada, postes y todo, dejando un sendero de libre tránsito hacia el otro lado de la barda.

—Terreno de los García, supongo —masculló él, bajando del caballo para inspeccionar el

lugar.

—Tú qué crees —exclamó furiosa, pateando los postes arrancados de raíz—. Bien, Chad, te ha llegado la hora.

—¿Vas a matarme? —preguntó él, sonriendo burlón.

—Ya quisiera. Pero no. —Sonrió, mordaz—. Vas a tener que demostrar que sirves para algo más que para dar golpes, cerebro de puré. —Ella tomó el alambre de su alforja y las pinzas—. Vas a ayudarme a poner esta cerca.

—¿Cómo me has llamado?

—No te va a doler aprender algo útil para variar.

—Yo sé muchas cosas útiles. —Puso los brazos en jarra, plantándose ante ella—. ¿Y me has llamado cerebro de puré?

—Golpear a otros no es un trabajo útil. Es un pasatiempo que te dejará idiota, con un cerebro de puré —aclaró.

—¡Yo no tengo el cerebro de puré! Nadie llegó a golpearme tanto como para hacerme daño, mucho menos para convertir mi cerebro en una masa deforme.

—Eso tendré que verlo para creerlo —ella comentó—. Es más útil utilizar esos músculos para darle con un martillo al poste que a la mandíbula de otro hombre. Y sin duda, no terminarás con los nudillos fracturados.

—Si no fueras mujer...

—¿Qué? ¿Harías algo para mostrar que no sabes usar más que los puños?

—Tienes una lengua demasiado venenosa, jovencita —siseó él, acercándose tanto a ella que Lupita pudo percibir la calidez de su aliento sobre su rostro.

—Si no te gusta, puedes marcharte por donde viniste.

—¿Es ese tu plan? ¿Echarme de aquí? —Él sonrió—. Lo siento, *Morenita*. Con insultarme no conseguirás nada. Le he dado mi palabra a tu padre y haré todo cuanto esté en mi mano para ayudarlo.

—No te necesitamos aquí... —Le plantó el índice en el pecho. Chad, en un movimiento ágil que ella no se esperaba, tomó su mano, impidiéndole que continuara clavándole el dedo.

—Lo siento. Te guste o no, me quedaré aquí. Voy a pelear por salvar El Janto, con o sin tu aprobación.

Ella lo miró a los ojos, eran dos carbones encendidos de furia.

—¿Por qué? —le preguntó, intentando en vano apartar la mano, pues él la mantenía sujeta firmemente contra su pecho—. Este no es tu rancho, ¿por qué te interesaría salvarlo?

Él la miró fijamente, descorriendo por primera vez el velo con el que mantenía oculta sus emociones. Y Lupita se estremeció ante lo que vio en esos pozos azules...

—Nunca podría encontrar las palabras adecuadas para expresar por qué he de quedarme...

—¿A qué te refieres...? —Lupita no pudo decir más. Él se había inclinado y posado su mano libre sobre su mejilla, y antes de que pudiera hacer nada, sus labios estaban sobre los suyos.

Capítulo 9

Lupita percibió la calidez de esos labios apoderándose de los suyos con un estremecimiento mezcla de placer y de terror. No había besado a nadie desde Ahanu..

Se tensó cuando los imponentes brazos de Chad la rodearon, atrayéndola contra su cuerpo. Las manos de Lupita se posaron sobre su pecho, firme y cálido como roca volcánica, en un intento de mantener las distancias, mas fue en vano, él no estaba dispuesto a dejarla ir. De alguna forma, ella tampoco deseaba que se lo permitiera.

Con un suspiro aterrado, se dejó llevar por ese beso. Chad era tierno y a la vez voraz, como si deseara demostrarle en ese solo instante todo lo que llevaba guardado en su interior.

Aprovechó el momento en que ella abrió los labios para tomar aire, pues ya había profundizado ese beso, saboreándola intensamente, deleitándose con la cercanía que había anhelado desde el mismo instante en el que había conocido a esa chica enojona y de risa alegre. Nunca, en toda su vida, apreció un instante más exquisito como el tener a Lupita Lobos entre sus brazos. De ser por él, habría grabado ese momento eternamente.

Se escuchó el sonido de una rama al romperse, cuyo eco hizo alzar el vuelo a las aves que descansaban en las copas de los árboles. Entonces Lupita recobró la compostura, como si aquello hubiera sido la alarma que necesitaba para detener esa locura.

Lupita se apartó bruscamente y, sin detenerse a mirar atrás, montó sobre su caballo y partió al galope lejos de allí, dejando solo a Chad en ese claro, completamente confundido.

Unas horas más tarde, Chad la encontró en un sitio apartado cerca del lago. Una cabaña un tanto derruida era el único recuerdo de la civilización en ese paraje natural, de una belleza que a Chad dejó sin aliento.

Lupita, de pie sobre un tronco cortado, lanzaba cuchillos a un blanco colgado sobre una roca. Chad notó con asombro que todas las navajas habían dado exactamente en el centro.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó Lupita, girándose hacia él con un cuchillo en la mano, deteniendo su lanzamiento al notar su presencia en el lugar.

—He venido a verte —contestó Chad, dando otro paso hacia ella, a pesar de que, por la mirada que Lupita le dedicó, supo que estaba poniendo en riesgo su cuello.

—Yo no quiero verte —espetó ella, volviéndose una vez más hacia el trozo de madera pintado y lanzando el cuchillo que dio justo en el blanco, como los otros—. Vete de aquí, Chad.

—No lo haré. —Él avanzó otro paso—. No hasta que hablemos...

Ella se giró hacia él y bajó del tronco de un salto, sin dejar de mirarlo a los ojos.

—¿Quién te dijo dónde encontrarme? —le preguntó, avanzando hacia la roca para tomar sus cuchillos.

—Tu abuela. Me ha pedido que te traiga el almuerzo. —Él alzó una bolsa de lona que había llevado sin que ella la notara.

—No debiste venir aquí —Lupita le dijo, sin mirarlo—. Este lugar es privado.

—La casa de tus abuelos, lo sé. Nadie viene por aquí desde que murió tu abuelo, excepto tú. Te sientes conectada a su espíritu en este lugar. —Chad se acercó a ella—. La abuela Lupe me lo contó.

—A mi abuela se le va la lengua demasiado en algunas ocasiones —comentó Lupita, sin alzar la mirada de los cuchillos que se forzaba por quitar del blanco.

Los había lanzado con tanta fuerza que le estaba costando un enorme trabajo quitarlos.

Chad posó una mano sobre la suya, apretando el mango del cuchillo con ella.

—Lupita, tenemos que hablar sobre lo que sucedió...

Ella se apartó, decidiéndose por fin a mirarlo a los ojos.

—No hay nada que hablar. Fue un error... No volverá a suceder.

Por un momento creyó percibir algo semejante al dolor en los ojos de Richard al escuchar sus palabras. Pero fue solo una fracción de segundo, porque al instante siguiente él había vuelto a adoptar esa especie de máscara imperturbable.

Él tomó el mango del cuchillo que todavía yacía atascado en el blanco y lo quitó de la madera con facilidad. La punta estaba un poco doblada, se había encajado con tanta fuerza en el blanco de madera que lo había traspasado e incluso había tocado la roca sobre la que estaba colgado.

—Veo que no bromeabas con respecto a que eras una excelente lanzadora de cuchillos —comentó, jugueteando con el cuchillo en la mano.

Lupita frunció el ceño, sin comprender a dónde iba. ¿Es que no había escuchado lo que ella le acababa de decir?

—¿Qué te parece si realizamos esa competencia de tiro que habíamos acordado? —le preguntó, esbozando una sonrisa ladeada que a ella le dejó claro que estaba tramando algo—. No puedo aguardar por ganar la apuesta.

—No me ganarías ni en un millón de años.

—Ponme a prueba. —Él se encogió de hombros.

—No lo haré. Tú ya me has besado y no has hecho nada por mí, por lo que soy yo quien sale perdiendo. —Lo apuntó con un dedo acusador—. Porque te voy a ganar, de eso no tengo ninguna duda.

—En ese caso, ¿qué te gustaría que te diera a cambio de tu beso?

—¡Yo no te besé! Tú me besaste...

—Y tú me regresaste el beso...

—¡No lo hice!

—Puedes negarlo en voz alta todo lo que quieras, pero conoces la verdad y la voz de tu conciencia no te permitirá mentirte en la fragilidad de la noche.

—¿Qué? ¡Yo tengo la conciencia tranquila!

—Si es así, ¿por qué no me miras a los ojos al hablar?

—Porque... Yo... no quiero... mirarte —admitió, jugueteando con el cuchillo en su mano.

Chad posó una mano en su barbilla y la levantó, obligándola a mirarlo a la cara.

—No hay nada de malo en un beso, Lupita. —Con una ternura infinita acarició su mejilla—. No hay nada de malo en dejarte llevar por lo que dicta el corazón...

Los ojos de ella se llenaron de lágrimas.

—Mi corazón no tiene nada que decir. —Ella se apartó de él—. Tú me besaste sin mi permiso...

—Intentaré detenerme para pedirte permiso la próxima vez —bromeó, encogiéndose de hombros.

—Estoy hablando en serio, no habrá una próxima vez.

—¿Y qué hay si te gano en la apuesta? —Señaló el blanco en la roca.

—No ganarás, además, ya has obtenido tu recompensa. Eso no es justo.

—Bien, entonces dime qué tengo que hacer para que quedemos a mano.

Ella sonrió, y Chad se arrepintió enseguida por preguntar.

—Acordamos que usarías un vestido y gritarías como mujer...

—Oh, no —sentenció él, poniendo los brazos en jarra—. Ni hablar.

—¿Eres un hombre sin palabra? Ese era el acuerdo.

—Si lo hago, ¿estaremos a mano?

Ella se cruzó de brazos y lo miró con una sonrisa socarrona.

—Podría ser.

Él se acercó a ella y la abrazó, antes de permitirle alejarse.

—¿Y entonces podremos realizar una vez más la apuesta, y me permitirás besarte?

—¡Chad, ya basta! No voy a besarte otra vez, ¿entiendes? Nunca...

Chad se le acercó, dedicándole una mirada llena de preocupación y de algo más que ella no quería ver en sus ojos. Algo que no había visto desde que Ahanu vivía...

—¿Qué es lo que sucede, Lupita? —le cuestionó Chad, su voz teñida de emoción—. Yo sé que te atraigo, ¿qué es lo que te detiene...?

Ella se apartó, negando firmemente con la cabeza.

—Eso no volverá a suceder, Chad. No vuelvas a intentarlo o... le diré a mi padre que te eche de aquí —le dijo con voz temblorosa, sus ojos nublados por las lágrimas.

—Lupita, por favor, habla conmigo... Sé que...

—Tú no sabes nada... —Ella negó con la cabeza—. Solo mantente lejos de mí... Por favor... —prácticamente le suplicó, alejándose de él.

Chad la observó partir incapaz de decir nada para detenerla. ¿Qué era lo que pasaba por la cabeza de esa joven? Habría jurado que se estaba debatiendo consigo misma. Estaba seguro de que ella deseaba besarle tanto como él a ella... Entonces, ¿por qué no le permitía acercarse?

Capítulo 10

Los siguientes días transcurrieron con demasiada normalidad para Richard. Zalo reemplazó a Lupita en la labor de conducirlo por las inmediaciones del rancho. Una idea del propio Zalo. Junto a Lee, se ocuparon de conocer la zona que estaría a cargo de la vigilancia de su «padre», la zona norte, mientras que el lado sur estaría bajo la supervisión de Richard.

Lupita lo saludaba con normalidad y actuaba como si nada hubiese ocurrido entre ellos. Los desayunos en las mañanas los tomaban al lado de la familia, en la cocina de la casa grande, sin embargo, ella no se dignaba ni siquiera a mirarlo.

Durante las lecciones de español, Lupita se mostraba sumamente seria y profesional. Como buena maestra, no se dejaba distraer por sus intentos de entablar conversación, y como las clases las llevaban a cabo en la mesa del comedor de la casa, doña Calita estaba presente como chaperona, argumentando que a ella le vendría bien aprender algo nuevo.

Si no hacía algo, Richard estaba seguro de que no podría volver a hablar con Lupita; por lo que esa noche, Richard esperó a que las luces de la casa se apagaran por completo antes de decidirse a poner en práctica su plan.

Un plan que para un hombre orgulloso como él significaba un duro golpe. Pero si quería volver a tener la atención de Lupita, tendría que hacerse cargo de ese tema de una vez por todas.

Lupita había cerrado los ojos cuando escuchó un sonido peculiar proveniente de afuera. Era un sonido semejante al que haría un gato que había sido atrapado por una ratonera, pero más agudo... Extraño.

Lupita se puso de pie y se dirigió a la ventana para buscar al desafortunado animal. Y lo que vio afuera la dejó sin aliento.

Chad, vestido con un extraño traje de chaqueta oscura, montaba sobre su potro llevando una especie de instrumento extraño entre las manos. El sonido lo producía él al soplar por una especie de vaina que inflaba una bolsa, conectada a otras vainas.

Él la vio y la saludó con un gesto de la mano, y fue entonces que ella notó que llevaba puesta... ¡una falda!

—¿Qué estás haciendo? —le gritó Lupita, al borde de la risa.

—Cumpló mi palabra —contestó él, haciendo una inclinación solemne con la cabeza—. Mi deuda ha quedado saldada.

—No estás gritando...

—Mujer, tocar la antigua gaita de mi madre en el uniforme que no me he puesto desde que era un crío es más de lo que haría por cualquier persona. ¿No puedes dejar pasar la oportunidad de humillarme por completo y conformarte con lo que te ofrezco?

Lupita sonrió y asintió, haciendo una venia sumamente elegante.

—Te ves estupendo, como todo un guerrero escocés. Sin duda, escucharte gritar como una soprano atolondrada a mitad de la noche rompería el cuadro tan magistral que has pintado. Escuchar la melodía de tu gaita ya ha sido bastante tortura para todos.

—¿Es que nunca puedo complacerte sin recibir tus críticas, dama mía?

Ella rio, negando con la cabeza.

—Me has complacido más de lo que las palabras o mis gestos pueden llegar a demostrar. Eres un hombre de palabra, Chad Collin. Esta noche te has ganado mi respeto.

—Inaudito. Un hombre se presta a la vergüenza y la deshonra tras la más terrible de las humillaciones para ganar el respeto de su amada. Si tan solo pudiera saber si he ganado tu perdón, mi dulce joven de tez morena, he de decirte que todo este episodio humillante ha valido la pena.

—Lo has ganado con creces, caballero —contestó ella, forzándose por esbozar una sonrisa.

¡Qué ridiculez! Ni siquiera con Ahanu se sintió tan vulnerable... Nunca antes le faltó el aire ni se le aflojaron los miembros.

—Has de saber, mi dulce dama, que cualquier vergüenza que pude haber sufrido valió la pena por la gracia de escucharte pronunciar esas palabras.

Lupita soltó una carcajada que a él le inundó de alegría el corazón. No había nada más hermoso que el sonido de su risa.

—Hasta mañana, valiente caballero.

—Valiente o falto de cordura —respondió él, con sorna.

—Cualquier caballero cuyo honor ha sido restituido ha de ser llamado valiente —contestó ella, alzando la nariz con orgullo—. Así pues, buenas noches, valiente caballero.

—Buenas noche, imponente dama de gran corazón y magistral belleza, a cuyos pies me postro con total humildad.

Lupita rio, negando con la cabeza, intentando aparentar naturalidad.

—Ya basta, Chad, si sigues hablando así vas a provocar que mi padre te meta un plomazo entre las cejas. No es bien visto que un hombre venga a alterar a una dama a medianoche.

—Si he de ganar haber visto una vez más tu dulce rostro, bien vale la pena.

Ella sonrió, y esta vez ni siquiera la noche pudo ocultar el rubor de sus mejillas.

—Buenas noches, Chad.

—Lupita, espera... Me preguntaba si de casualidad tú podrías venir conmigo a dar el recorrido por el rancho. —Chad acercó su montura a su ventana, de forma que ella pudiera escucharlo bien, sin tener que alzar tanto la voz—. Debo reunirme con los trabajadores de las cafetaleras y creo que me vendría bien tu ayuda.

Ella pareció pensárselo, pero terminó por asentir.

—Bien... Supongo que es una buena idea. En la temporada de cosecha trabajan muchos niños y mujeres, y no quiero que tú los puedas asustar con tu enorme apariencia de oso polar.

—Siempre tan amable, mi dulce dama —dijo él, sarcástico.

—Podrías llevar la falda, si te apetece. —Ella sonrió, irónica.

—Será mejor que te hayas grabado bien en la memoria este momento, porque no volverá a ocurrir, señorita.

—Había supuesto que estabas interesado en ganar esa apuesta... —Ella arqueó las cejas, esbozando una sonrisa socarrona.

—Lo estoy, te lo aseguro.

—Si insistes en competir conmigo, terminarás usando esa falda todos los días, señor. —Ella lo apuntó con un dedo acusador—. Te vendría bien declararte escocés de una vez por todas, no vaya a ser que se imaginen cosas que no son...

Richard envolvió su dedo con su mano, usándolo como ancla para acercarse a ella sin que Lupita pudiera retroceder.

—Te aseguro, dama mía, que con tal de ganar otro de tus besos, no perderé. A menos que...

—¿A menos que qué...? —ella musitó, percibiendo la calidez de su aliento sobre sus labios.

—Que me concedas el placer de dármelo gratis...

Lupita apartó la cabeza, ocultando la ofuscación que su cercanía le provocaba con una sonrisa.

—Mis favores no están a la venta, señor, y no son algo que pueda ganar de forma alguna. El asunto de la apuesta ha sido una tontería infantil que debemos dejar en el pasado y concentrarnos en lo importante, que es salvar el rancho. Si por alguna razón has pensado que podrías ganar el aprecio de mi padre y hacerte así de sus tierras, ganándose el cariño de su hija pueblerina e ignorante, estás muy equivocado.

—Lupita, nunca he pretendido...

—No serías el primero, Chad. —Ella lo miró, sus ojos reflejaban algo muy diferente a lo que había visto en un principio. Desprecio...—. Y sin duda, si te vas de aquí, no serás el último. Muchos han intentado hacerse de las tierras de mi padre. Los García han intentado de todo, incluso ganarse mi mano para obtener gratis estas tierras. Y no le daré la oportunidad a nadie de hacerse del rancho de mi padre creyendo que puede engañar a la hija. No soy tonta ni inculta, y lo que sea que estés intentando, no te funcionará.

—Lupita, te aseguro que no...

—Has llegado de la nada, Chad. No tienes nada, y has dejado claro que deseas hacerte de un rancho. Pues no lo conseguirás conmigo.

—Lupita, te aseguro que no necesito del rancho de tu padre para hacer nada. Yo poseo lo suficiente para comprar mis propias tierras. —Él se apartó, la furia manando de sus ojos—. Si me he acercado a ti, ha sido con sincera intención... Pero tienes razón. Si piensas eso de mí, lo mejor será que dejemos todo esto en el olvido y nos concentremos en el rancho.

—Bien, no has dicho nada más inteligente desde que te he conocido. —Ella se cruzó de brazos, dirigiéndole una mirada altiva que intentaba ocultar su decepción.

—Hasta mañana, entonces. —Él se alejó de la ventana y salió al galope, lejos de ella.

Lupita permaneció observándolo en silencio, incapaz de pensar con claridad. Cientos de emociones la embargaban. Sabía que Chad decía la verdad. En muchas ocasiones la habían puesto como un premio que había que ganar. Sin embargo, Chad no pertenecía a ese grupo... Algo en él le hacía saber que no lo hacía. Pero... ¿y si se equivocaba? Apenas lo conocía... En el corto tiempo que llevaba de conocerlo, había puesto su mundo de cabeza.

Tal vez mereciera el beneficio de la duda, aunque ello conllevara tener que soportar que el aire le faltara y el estómago le diera vueltas cada vez que estaba cerca de él. ¡Y cómo odiaba sentirse así! Era admitir que Ahanu comenzaba a relegarse a un segundo plano de su vida, de su pasado, para dejar lugar a un nuevo presente, un nuevo futuro sin él...

La mañana siguiente transcurrió con normalidad. Lupita continuó enseñándole a Chad los alrededores de El Janto. Ambos se mantuvieron en un silencio cordial, sin hablar más que lo necesario.

Lupita lo condujo a la zona de los cafetales, le presentó a los encargados del personal destinado para recoger a mano los granos de café. La muchacha bajó del caballo y lo ató a un poste. Chad la imitó, observando con detenimiento todo a su alrededor.

—Te presentaré a Juan Bartolomeo, el encargado de los recolectores —le dijo Lupita, conduciéndolo hasta un hombre de edad avanzada que iba ataviado con un amplio sombrero de ala ancha y sencilla ropa blanca de lino—. Don Juan, este es Chad Collin, el nuevo capataz. Mi padre ya le habló de él...

—Oh, sí, el gringuito. —El anciano saludó a Chad con un fuerte apretón de manos—. Bienvenido, joven, espero que se sienta cómodo en El Janto. Cualquier cosa que necesite, no dude en decírmelo. Para eso estamos.

—Muchas gracias, don Juan —contestó Chad en un español forzado.

—Lo has hecho bien. —Lupita le sonrió, llevándolo hasta el sitio donde se reunían varios trabajadores.

—Tengo una excelente maestra —respondió él, encogiéndose de hombros.

—Se te dan bien los idiomas, no intentes hacerte el humilde —ella bromeó, tomando una canastita de un montón y entregándosela.

Al pasar, al igual que en los campos, Lupita saludaba a cada persona por su nombre, manteniendo un trato cordial con cada mujer, hombre, anciano o niño en el lugar. Era increíble. Todos parecían apreciarla.

—¿Esto para qué es?

—Vamos a recolectar café.

—¿Quieres decir...?

—Sí, no hay mejor forma de conocer el trabajo que haciéndolo. —Ella tomó otra canasta y un par de sacos—. Vamos, quiero que conozcas a la gente.

Lo condujo hasta las filas de la plantación, donde cientos de arbustos de café eran atendidos por recolectores de todas las edades, en la mayoría mujeres, ancianos y niños.

—La recolección la llevamos a cabo de septiembre a enero, pero los meses más importantes son noviembre, diciembre y enero —le explicó Lupita—. Toma tu cesta así y colócala alrededor de tu cintura, de este modo. —Le entregó un saco y lo ayudó a acomodarse la canasta y un sombrero—. Es para que no te vaya a hacer daño el sol.

Chad sonrió, intentando aparentar que su cercanía no le afectaba, que no deseaba rodearla y estrecharla contra su cuerpo, que sus labios no le resultaban tentadores...

—Ya estás listo. —Ella sonrió, señalando las plantas—. Comencemos.

—¿Qué vamos a hacer?

—Vamos a recolectar granos de café. Debes escoger los granos rojos, los verdes no los toques, no están maduros y no servirán de nada. Y podrías dañar a la planta. ¿Lo ves? —le explicó ella, enseñándole los granos que había recolectado—. Es sencillo, pero es un trabajo que toma bastante tiempo por el detalle de la selectividad que requiere. Por lo general, las mujeres mayores y los niños se encargan de esto.

—¿Los niños no van a la escuela?

—Mi padre los obliga, si no van, no hay trabajo. En otros lugares, no lo sé, en realidad. Pero aquí, en El Janto, mi padre tiene una escuela en el rancho para los hijos de los trabajadores. La maestra es una amiga mía, Danielle. La conocerás pronto —ella le contó mientras tomaba el saco—. Una vez que tengas lleno el cesto, vacías el contenido en el saco, ¿comprendes?

—Sí, es sencillo, pero bastante arduo, como has dicho —contestó él, observando en derredor—. Noto que todas las matas están protegidas del sol —comentó Chad, concentrándose en los detalles de la plantación.

Ella asintió, observando en derredor también.

—Son plantas de sombra, tienen que estarlo. Tenemos plátano, higueras, chalahuite y algunos cedros para crear el ambiente adecuado. Con insectos mantenemos las plagas a raya, las arañas aquí son muy valiosas, así que no se te ocurra destruir una telaraña. Los hongos nos han ocasionado problemas, aunque también han ayudado a matar la broca. El problema es la roya, ha sido una lata, pero gracias a un poco de sol la hemos desaparecido. Son buenas plantas, como ves. —Ella sonrió, continuando con su trabajo en la planta siguiente.

Chad intentó imitarla, pero se dio un latigazo con una rama que lo hizo lanzar un improperio que, en oídos de alguien menos habituado a las palabrotas, le hubiera ocasionado un sonrojo. En lugar de eso, Lupita se rio y se acercó a ayudarlo.

—Tienes que bajar la rama, es correosa, no temas, no se rompe —le explicó, bajando la rama con bastante facilidad y soltura—. Recuerda que solo debes coger los frutos maduros, los

llamamos cerezas, porque parecen cerezas, ¿lo ves? Los verdes no los cojas, recuérdalo.

—Sí, ya te entendí, no tienes que repetirlo una tercera vez. —Bufó él, cogiendo las cerezas de la planta.

Sus manos se encontraron y por una fracción de segundo las dejaron unidas, antes de que ella se apartara.

—Te mostraré a dónde llevamos los granos después de recolectarlos. —Ella se dirigió a una zona donde varios trabajadores se encaminaban, cargando con sus sacos llenos de granos.

Los hombres se encargaban de llevar los sacos de las mujeres y de los niños en mulas, que aguardaban para evitarles esa pesada carga a los empleados. Lupita lo condujo hasta una especie de cabaña sin paredes donde varios trabajadores se encargaban de ir apilando los sacos que las mulas llevaban. Otros abrían los mismos sacos y los vaciaban en una especie de máquina con un embudo cuadrangular de metal con una rueda a un costado. Por el embudo se dejaban caer las semillas, mientras un operario daba vuelta a una rueda que hacía trabajar la máquina. Bajo una especie de molinillo, las semillas salían divididas hacia dos caminos que iban a dar a dos enormes recipientes diferentes.

—Como ves, con un poco de agua, se pone a despulpar en el beneficiadero —le explicó Lupita—. Esta máquina quita la pulpa y la cáscara. La cáscara la amontonamos por allá, la cosa roja que viste antes. Nos sirve como abono para los mismos cafetales. Y la otra es la semilla. —Le mostró una cosa verde y babosa—. Esto debemos dejarlo reposar en agua y luego lavarlo con agua limpia. Entonces lo ponemos al sol unos cuatro días, moviéndolo constantemente con esos rastrillos —señaló un par de hombres rastrillando una enorme placa de cemento donde dejaban las semillas— para que sequen. Y luego las empaquetamos en sacos de henequén y están listos para mandar al mercado.

Richard estudió todo con detenimiento, paseándose por las inmediaciones sin soltar palabra.

Exasperada, Lupita se acercó a él, parecía tener una opinión, pero no la compartía.

—Es nuestra plantación muy inferior a lo que has visto en otras partes del mundo, ¿es eso? —le soltó de lleno.

—¿Qué? ¡No! ¡Claro que no!

—¿Entonces? —Ella estudió su mirada—. ¿Qué estás pensando?

—Creo que todo esto es excelente. Han hecho una labor magnífica... Sin embargo, creo que podríamos mejorarlo.

—¿Tienes alguna idea?

—Miles... Creo que podríamos hacer tanto con este lugar. Las plantas están en excelente estado, podríamos hacerlo crecer, plantar más...

Ella sonrió, contenta con su entusiasmo.

Notó las miradas de los trabajadores fijas sobre ellos y, carraspeando con fuerza, se obligó a borrar su sonrisa y ponerse seria una vez más.

—¿Te parece que lo discutamos mientras almorzamos? —le preguntó—. Muero de hambre.

—No he traído nada...

—Pero yo sí. —Ella sonrió, alzando la nariz—. Sin duda, sin mí te morirías de hambre, Chad Collin.

Él rio y la siguió hasta el sitio donde habían dejado a sus caballos. Montaron en ellos y partieron montaña arriba, hasta un claro que Lupita parecía conocer bien. Un lugar precioso, teñido de verde por doquier con vista a todo el rancho y el lago.

—¿Almorzamos?—ella preguntó, bajando de su montura.

Richard asintió y bajó también. La ayudó a sacar la bolsa de su alforja, y juntos se acomodaron sobre un tronco caído. Lupita sacó un par de rollos envueltos en hoja de maíz y un recipiente y los acomodó sobre una roca ante ellos.

—Buena mesa provisional, ¿eh? —lo cuestionó con una sonrisa, alargándole una taza con café.

—Asumo que no es tu primera vez aquí —contestó él, aceptando con gratitud la taza de café que ella le ofreció.

—Así es. Me encanta este lugar. —Lo miró fijamente.

—¿Qué? ¿Tengo sucia la cara...? —preguntó Chad, pasándose el pañuelo por la frente.

Cuando estaba cerca de ella, sentía que sudaba como un puerco. ¿Por qué siempre hacía más calor cuando estaba Lupita cerca? Ella sonrió, negando con la cabeza.

—No, tontito. Quiero saber si te ha gustado el café, es de nuestra nueva cosecha.

—Oh, ya. —Él sonrió a su vez—. Es magnífico, sin duda.

Ella asintió, complacida.

—Lo sé. Quería ver si estábamos en el mismo camino para convertir esta plantación en la mejor, a partir de que ya es excelente.

—De eso no tengas duda, dama mía.

—No empieces otra vez con eso...

—Lo siento. —Él frunció el ceño—. Si te molesta, no lo volveré a hacer.

—No... No me molesta, en realidad. —Ella fijó la vista en su propia taza de café—. Chad...

—¿Sí?

Ella se volvió y lo miró a los ojos.

—Siento lo que te dije anoche... No quise ofenderte.

Él asintió, esbozando una ligera sonrisa.

—No te preocupes por eso. Supongo que realmente debes haber pasado por mucho siendo la hija única de un rancho y siendo, ya sabes...

—¿Qué? —Ella sonrió, frunciendo el ceño, curiosa.

—Tan bonita... —La sonrisa se esfumó del rostro de Lupita—. A veces eso puede ser una maldición, ¿eh?... Tener que quitarte a los pretendientes de encima...

—La verdadera maldición es que ellos supongan que tienen derecho a acercarse a mí solo por encontrarme atractiva, como si fuera mi deber tener que casarme, elegir entre uno de ellos, cuando lo único que quiero estar sola. —Sus ojos se encendieron como carbones ardientes—. No quiero a

nadie a mi lado y mucho menos que me usen como excusa para hacerse de un rancho, ¿es acaso eso un crimen?

—No, claro que no. —Ella apartó la vista, fijándola en el horizonte delante de ellos—. Lupita, nunca quise ponerte en una situación incómoda... —Él posó una mano sobre la de ella—. Si de algo sirve, nunca ha sido mi intención apoderarme del rancho de tu padre a través de ti ni de ninguna forma. Mis intenciones las he dejado claras desde un principio. Poseo los medios para hacerme de mi propia tierra. Les brindaré toda la ayuda que esté en mi mano para sacar a El Janto adelante y, a cambio, aprenderé de ustedes. Eso es todo cuanto pretendo obtener de mi estancia en este lugar. Te lo aseguro.

Ella lo miró fijamente por un largo rato. Un momento que a él le pareció eterno. Entonces ella sonrió y, de algún modo, creyó ver cierta tristeza en su sonrisa.

—En ese caso, me siento contenta de tenerte en nuestro rancho, Chad Collin.

—Igualmente —contestó él, esbozando una media sonrisa.

Lupita se inclinó hacia la improvisada mesa de piedra y tomó uno de los rollos envueltos en hoja de maíz.

—¿Has comido tamales?

—No lo sé... ¿Qué fue lo que desayunamos ayer?

—Huevos revueltos —contestó ella, simulando una risita.

—Ah, sí... Entonces no.

—Bueno, creo que te gustarán. —Ella le ofreció lo que él supuso debía ser el tamal. Tenía el tamaño de un ladrillo pequeño y estaba envuelto en hojas de planta de maíz.

Notó que Lupita desenvolvía el suyo y tomaba un bocado del interior.

Él hizo lo mismo y le dio una buena mordida al contenido. El sabor del maíz envolvió sus papilas gustativas, entregándole un deleite instantáneo.

—¡Delicioso! —murmuró, dando otro bocado. Hasta ese momento no se había dado cuenta de lo hambriento que se sentía.

Ella rio, contenta con su deleite.

—Y bien, ¿qué es lo que tenías pensado para mejorar la plantación del rancho? —le preguntó Lupita, bebiendo de su café.

—Podríamos hacer placas de metal que se pongan en el techo, para que den directamente los rayos del sol —explicó Chad, concentrándose al instante en todas las ideas que le habían venido al ver la plantación—. Así secaríamos una mayor cantidad de grano a la vez.

—Es una excelente idea —convino ella, imaginando lo que él iba diciendo.

—Podríamos hacer lo necesario para crear nuestro propio molino, con un tostado único, podríamos vender un café preparado y listo para el consumo y así obtener mayores ganancias.

—Sin duda sería magnífico, pero necesitaríamos más tierras, más gente y, claro, más dinero.

—Lo conseguiremos, Lupita. —Él tomó su mano—. No dejes que el dinero sea un obstáculo, lo conseguiremos si nos lo proponemos.

—Se necesitan tres años para que una planta sea productiva. Pero bien cuidada, vivirá treinta años... Bien podría ser una idea factible.

—Lo será, ya lo verás. He investigado mucho al respecto —continuó él—. He leído que sembrar cítricos ayuda a mantener la humedad que la planta necesita.

—Conseguremos naranjos y limoneros. Tendremos más fruta en caso de que no nos alcance para comer —bromeó.

—Nos convertiremos en una de las mejores plantaciones de café. Produciremos el mejor grano del mundo. Un café con aroma a cacao, a especias, delicioso. Con una acidez y cuerpo excelente.

—Bien, me parece estupendo que seas tan positivo, pero si queremos conseguir algo, será mejor que nos pongamos manos a la obra. Hablando no se construyen sueños.

—Eso seguro, debemos ir a la casa grande, necesito hablar con tu padre enseguida.

—Pues pongámonos en marcha... —Se puso de pie.

—Espera, no hemos terminado los tamales. —Él la tomó por el brazo y la obligó a volver a sentarse.

—Qué bien que te guste. —Ella sonrió, bebiendo un sorbo de su café—. Mi abuela hizo toda una olla, así que podrás comer los que quieras en cuanto volvamos a casa.

Richard notó que no podía apartar la mirada de su rostro, le fascinaban sus ojos, tan oscuros y llenos de luz como un cielo nocturno colmado de estrellas. Era sencillamente incapaz de dejar de sentirse fascinado por ella.

—Creo que ya debemos volver a casa... —dijo Lupita, poniéndose de pie.

Richard notó su consternación y una ligera sonrisa asomó en sus labios. Quizá él no le fuera tan indiferente como ella aparentaba. Se puso de pie y comenzó a guardar las cosas en las alforjas. Richard hizo lo mismo, aunque sentía un deseo tremendo de permanecer allí con ella, para alargar ese momento de intimidad al máximo.

—Lupita... ¿crees que esta noche podrías impartirme unas clases extra de español?

Ella se volvió, extrañada.

—Pero creí que tenías que hablar con mi padre.

—Terminaré pronto, y necesito con urgencia las clases si he de disponerme a hablar con los trabajadores para impartir las nuevas ideas.

—Muy bien, creo que es una buena idea —ella asintió, subiendo a su montura—. Vamos a casa, entonces.

—Vamos a casa —contestó él, sonriendo de oreja a oreja.

Emocionada con todas las nuevas ideas, Lupita lo guio de vuelta al rancho. Quizá, tener a Chad Collin en el rancho no fuera tan malo, después de todo. Si conseguían sacar adelante la cosecha de café, podrían salvar a El Janto y tal vez convertirlo en la mejor plantación de café algún día...Y todo gracias a él.

Capítulo 11

—Me encargaré de revisar las inmediaciones del este de la propiedad —le dijo Lee esa mañana, mientras caminaban hacia la casa grande—. Me aseguraré de que las cercas estén alzadas, como me has explicado.

—Tal vez debería ir contigo.

—Nada de eso, ya vamos bastante tarde. No recorreremos todo el terreno, a menos que nos dividamos.

No había reproche en el tono de Lee, pero Richard se sintió molesto. Esa mañana se despertó bastante más tarde de lo que había esperado. Había quedado agotado después del día que había tenido al lado de Lupita. Tenía que admitir que estar cerca de ella lo llenaba de la energía suficiente para atravesar el Himalaya, sin embargo, una vez en su cabaña, en la tranquilidad que su familia le otorgaba, el cansancio lo había sumido en un sueño profundo. «Una piedra», así le había dicho Lee cuando lo despertó con un cubetazo de agua fría, tras varios intentos infructuosos. Se había dormido como una piedra. Y llegaba tarde a trabajar a esa mañana.

Habían acordado con Zalo terminar de hablar sobre las mejoras que le había planteado la noche anterior respecto a las plantaciones. El hombre se había mostrado sumamente interesado, sin embargo habían hablado hasta avanzadas horas de la noche y ambos se encontraban agotados, por lo que habían pospuesto la conversación para la mañana siguiente.

Esa mañana. En la que él llegaba tarde al desayuno.

—Deja de hacer una tormenta en un vaso de agua. Te quedaste dormido, no es el fin del mundo —le dijo Lee, adivinando su preocupación.

—No sé cómo podré ayudar a esta gente si me paso la mitad del día en la cama.

—No han sido más que unos minutos, y los necesitabas. —Lee posó una mano sobre su hombro en un gesto paternal—. Tu cuerpo está cansado, no estás acostumbrado a esta clase de trabajo.

—¿Debo recordarte que me ganaba la vida a golpes? Entrenaba duro para triunfar, sin mencionar que, por años, cargué mercancía en un barco, muchas veces más pesada que yo. ¿Y me agoto por un trabajo que es capaz de hacer una mujer?

—Lupita no es cualquier mujer, ella está acostumbrada. Golpear a otro ser humano por unos minutos no se compara a una jornada de sol a sol en el campo.

—Ahora hablas como ella. —Bufó—. Como sea, estará furiosa. A ella no le va a gustar nada

que no me presente a primera hora, como acordamos.

—¿Por qué comienzo a pensar que realmente te importa quedar bien ante ella?

—¡Qué va! Claro que no. —Él frunció el ceño—. Es mi trabajo. Intento que no me despidan.

—En ese caso, no tienes de qué preocuparte. Ayer Zalo me dijo que está muy contento con tu llegada. Y te tiene confianza, de eso no tengas duda. Adora a su hija y, por lo que me dio a entender, no permite que muchos hombres se le acerquen. Es casi un milagro que te permita estar cerca de ella.

—Sí, como su guardaespaldas, supongo.

—Sin duda. —Lee sonrió—. Con una muchachita tan linda correteando por el campo, sin duda más de uno ha de sentirse tentado a hacer algo más allá de lo que marca la decencia. Entiendo perfectamente la preocupación de Zalo por evitar que su hija se meta en problemas.

—Pues déjame decirte que ella es bastante querida entre la gente, la respetan y la tratan con sumo afecto. Es increíble la cercanía que tiene con las personas del rancho, dudo que nadie se atreva a hacerle daño. Además, no te dejes engañar por su dulce apariencia. —Puso los brazos en jarra, sin notar la sonrisa que aparecía en su rostro al hablar de Lupita—. Esa chica es una fiera capaz de sacar las garras cuando la oportunidad lo amerita. Hubieras visto la forma en que se defendió del hombre que intentó propasarse con ella en el restaurante del puerto. Le puso una navaja en el cuello y entonces... ¿Por qué me miras con esa sonrisa?

—No es nada. —Lee rio bajito, palmeando su hombro en un gesto paternal—. Me da gusto verte tan emocionado con una chica. Creo que de verdad te gusta.

—¡Yo no he dicho eso!

—No tienes que hacerlo. No te pongas a la defensiva, ni intentes negar lo obvio.

—Yo solo te estoy relatando lo que sucedió en el restaurante...

—Richard... Chad —se corrigió—, no intentes engañarme. No a mí. Te conozco mejor que nadie y déjame decirte, hijo, me alegra profundamente saber que al fin te has fijado en una chica de un modo serio...

—Lee, por favor, detente —Chad lo interrumpió—. Yo no he dicho nada de eso. Estoy aquí para ayudar a esta familia, sabes que no soporto que se cometan la clase de abusos que... —Richard se quedó boquiabierto.

Lee se giró en redondo para ver aquello que había dejado sin palabras al elocuente Richard. Lupita, riendo a carcajadas, jugaba con Alex en el jardín, divirtiéndose como un par de niños. Lupita sostenía el balón de rugby que Richard le había regalado a Alex en su cumpleaños, mientras corría a campo traviesa. Su hermano gritó de júbilo cuando ella traspasó una línea imaginaria marcada con un par de troncos de árbol y apoyó las manos con el balón en el césped, y entre los dos comenzaron a reír alegremente, felicitándose por la supuesta anotación.

Lee miró a Richard con expectación y se conmovió al notar que él sonreía, maravillado con la escena que se suscitaba ante sus ojos.

—Debo ayudar a esta gente, Lee —le dijo Richard con convicción renovada, poniéndose el

sombrero.

—¿A dónde vas?

—A la oficina de Zalo. Tenemos mucho de qué hablar.

—¿Pero es que no vas a desayunar algo antes?

—No, es tarde ya. Partiré directamente a recorrer los campos una vez que termine de hablar con Zalo. Por favor, dile a Alex que lo veré esta noche y pídele que le haga caso a doña Cala en todo lo que le diga.

—Alex siempre se porta bien con doña Cala. La adora, y tu hermano es un ángel la mayor parte del tiempo, lo sabes.

—Sí, lo sé. —Richard sonrió, contento con saber que su hermano se estaba adaptando bien. Había temido que esos días sin estar a su lado, Alex se sintiera incómodo, en especial teniendo que pasar la mayor parte del día al cuidado de las mujeres de la casa. Sin embargo, había entablado una relación estupenda con ellas y, al parecer, al igual que él, sentía una especial devoción por Lupita...

—Le pediré a un peón que te lleve algo de comer a la hora del almuerzo —le informó Lee—. Ve con Dios, hijo.

Richard sonrió y se alejó a paso veloz hacia las caballerizas, dispuesto a hablar con Zalo y dejar zanjado el asunto de las mejoras del rancho para comenzar cuando antes con el trabajo.

Richard había trabajado muy duro esa mañana. Ya era casi mediodía y comenzaba a sentir los estragos del hambre, quizá hubiese sido buena idea llevarse algo con él para comer.

—¡Chad! —escuchó un grito familiar a lo lejos.

Richard detuvo su montura y se volvió para ver a Lupita acercarse al galope.

—Lupita, qué agradable sorpresa. —Se encontró sonriendo—. ¿Hay algo que pueda hacer por ti?

—Al contrario, Chad, soy yo quien viene a hacer algo por ti. —Ella se volvió y sacó una bolsa de la alforja—. Toma, debes comer algo. No es bueno para ti hacer una faena completa sin nada en el estómago.

—Te lo agradezco, Lupita. —Le sonrió, cogiendo la bolsa de tela que ella le tendía, teniendo cuidado de posar su mano sobre la de ella al hacerlo.

Lupita sintió que el corazón le dio un vuelco al contacto y debió apartar la mirada antes de que él notara el rubor que comenzaba a encender sus mejillas. ¿Por qué él tenía que perturbarla tanto? No recordaba haberse sentido tan abrumada por una sencilla sonrisa jamás, ni siquiera con Ahanu...

—No es nada —dijo ella secamente—. Debo irme ya.

—Por supuesto, no debes alejarte tanto de tu casa, preocuparás a tus padres. —Lupita frunció el ceño, le estaba hablando como si fuera una niña.

—Dentro de los terrenos del rancho estoy perfectamente a salvo, ni mis padres ni nadie debería preocuparse por mí —contestó ella, en tono mordaz—. Soy capaz de cuidar de mí misma, donde sea.

—No lo dudo, Lupita. Aunque eso no quita el hecho de que tu seguridad preocupa a tus padres. Y no lo digo con la intención de ofenderte —aclaró él, sin darle tiempo de replicar—, debes sentirte afortunada por tener una familia que vela y se preocupa por ti. No es un privilegio con el que todos los hijos han sido dotados.

—Lo sé... —Ella apartó la mirada por una fracción de segundo antes de fijarla sobre sus ojos—. ¿Es por eso que tienes esas cicatrices? ¿Tu familia te hizo eso?

La sonrisa de Richard se esfumó de sus labios.

—Ese no es un tema que desee hablar hoy, si no te importa, Lupita. Quiero tomar mi almuerzo en paz, sin malos recuerdos. ¿Te gustaría acompañarme? —Bajó del caballo y se acercó a la sombra de un árbol.

—Debo volver a casa —contestó ella, sus ojos fijos sobre su rostro, y él supo que estaba intentando estudiarlo, como su padre había hecho con él cuando lo conoció.

—En ese caso, que tengas un buen viaje de vuelta a tu hogar —la despidió. Dudaba de que tuviera la habilidad de su padre, que ni siquiera alcanzaba a comprender de qué iba exactamente todavía, pero se sentía incómodo al ser estudiado de esa forma, vulnerable de alguna manera.

Ella frunció el ceño y alzó la nariz, obviamente molesta por ser echada.

—Papá me ha pedido que te pregunte si necesitas algo del pueblo. Él y Lee partirán en unos minutos.

—Nada en particular, gracias —respondió Chad, sin alzar la vista de su comida, lo que a ella le resultó todavía más molesto.

—Bien, adiós.

—Que tengas lindo día, Lupita. —Él le sonrió, dejando en claro que se sentía encantado por haberla molestado—. Y una vez más, gracias por la comida. Es agradable saber que te preocupas por mi bienestar —añadió jactancioso.

—Es por el bienestar del rancho por el que me preocupo, si te desmayas de hambre no nos sirves de nada.

Richard sonrió, observándola partir al galope de vuelta a la casa grande.

Esa tarde, al volver a la casa para cenar, Richard fue a buscar a Alex al lago, donde Lee le había dicho que lo encontraría. Al acercarse, escuchó unas cuerdas de guitarra acompañadas por una melodiosa voz femenina y otra que reconoció enseguida.

—Alex... —musitó sorprendido, suavizando su andar para no hacer ruido. No quería interrumpir el canto de su hermano.

Era la primera vez que lo escuchaba cantar. Lupita, con la guitarra en su regazo, cantaba una canción en español cuya letra Alex repetía con bastante presteza. Era una canción sencilla y alegre, una canción infantil.

—¡Lo has hecho excelente, Alex! —lo felicitó Lupita al terminar de tocar la melodía—. Eres tan listo, muy pronto estarás hablando español mejor que yo.

Alex se ruborizó visiblemente por el cumplido, pero sonreía de oreja a oreja.

—¿Tienes hambre? —lo increpó Lupita, con una sonrisa sincera en los labios, una que pocas veces Richard le había visto iluminar su semblante—. La cena debe estar lista ya, si quieres podemos volver a casa o bien podríamos intentar otra canción, ¿te gustaría volver a intentar tocar la guitarra?

Alex negó con la cabeza, mirando en dirección a la casa grande.

—Me duelen los *dedod* con las *cuerdad*. Hoy ya no quiero tocar y tengo hambre.

—Bien, vayamos a comer entonces. —Lupita sonrió, tomándolo de la mano y poniéndose de pie con él—. ¿Te gusta el pollo? La abuela lo prepara estupendamente y habrá esta noche.

—Me gusta el pastel de manzana —la interrumpió Alex.

—¿De verdad? Yo hago un pastel de manzana delicioso, si quieres puedo hacerte un poco.

—¿Ahora?

Lupita sonrió, abrazándolo por los hombros.

—Para mi mejor amigo, por supuesto.

—¡Chad, Lupita va a hacerme pastel de manzana! —gritó Alex, corriendo hacia donde estaba oculto Richard, bajo el cobijo de la sombra de un árbol.

Richard sonrió, había pensado que se mantenía oculto, pero su hermano era demasiado listo, no había forma de engañarlo.

—Me parece una buena idea, Alex, siempre y cuando te termines el pollo primero —le dijo Richard, adoptando el aire paternal que solía emerger en él cuando estaba cerca de Alex—. Ve a lavarte para cenar, por favor.

—Sí, Chad. ¡Te veo en la casa, Lupita! —Alex se despidió de la joven, quien en ese momento se acercaba al árbol donde permanecía Richard, llevando con ella la guitarra.

Por la expresión de su rostro, Richard comprendió que ella no había notado su presencia y parecía molesta al haberse visto sorprendida por él.

—Te agradezco que te tomes el tiempo de estar en compañía de mi hermano —le dijo Richard, antes de que cualquier cosa que ella fuera a decir nublara su necesidad de expresar lo que sentía. Eran muy pocas las personas que se tomaban la molestia de ser amables con Alex, y mucho menos de pasar tiempo con él.

—Es mi amigo, no tienes nada que agradecerme, lo hago con mucho gusto. —Ella le dirigió una mirada molesta—. Y no tienes que estar espiándonos, nunca le haría daño.

—Eso lo sé, jamás se me ha pasado por la cabeza algo como eso —él le aseguró, poniendo énfasis en sus palabras.

—Solo quería aclarar las cosas. Alex me contó que sueles ser bastante sobreprotector con él y con las personas que se le acercan —explicó Lupita—. Dice que es un príncipe, pero nadie lo sabe porque es un secreto, y por eso tú jamás le permites hablar con nadie. No vaya a ser que se

descubra su identidad.

Richard soltó una carcajada, entre fingida y real.

Era un tanto hilarante la conclusión que Alex había sacado de toda la situación con su pasado, aunque no estaba tan lejos de la realidad. Alex era un conde. Un conde que sería asesinado por su hermano si llegaba a encontrarlo...

—Alex tiene una imaginación excepcional, sin duda —Richard le dijo con una sonrisa que a ella le provocó que las mariposas en su estómago volvieran a cobrar vida.

Richard notó con cierta fascinación la turbación en los ojos de Lupita, así como el rubor encendido en sus mejillas, y se sintió tentado a continuar, buscando acercarse más a ella...

—¿Hubo algo más que Alex te contara sobre mí? —le cuestionó, bajando el tono de voz al tiempo que daba un par de pasos hacia delante, quedando a menos de un palmo de su rostro.

Lupita frunció el ceño. No era tan ingenua como él creía como para dejarse amedrentar por él.

—Sí, me dijo algunas cosas interesantes sobre ti... y tu pasado —añadió con una sonrisa mordaz, fijando la vista en su camisa, en el sitio donde estaba oculta la marca cicatrizada en su pecho.

Richard se tensó y retrocedió un paso.

—¿Qué fue lo que te dijo?

La sonrisa de Lupita se ensanchó, satisfecha por haberlo puesto en su sitio con una sola insinuación de su mirada.

—Me ha dicho que eres un mujeriego empedernido. No con esas palabras, por supuesto —aclaró antes de que él pudiera rebatir sus palabras—, pero lo ha dejado muy claro. En el sitio donde solían vivir, tú eras bastante famoso y asediado por las mujeres y tú, como me dijo Alex, no te hacías mucho del rogar para obtener sus favores.

Una sonrisa lobuna apareció en el rostro de Richard.

—¿Es que acaso eso te provoca un poco de celos, mi Morenita?

—¡No me llames así! Y por supuesto que no —espetó ella, alzando la nariz—. Yo nunca sentiría celos por ti.

—Me alegra saber eso, porque no tienes ningún motivo por el que encelarte. —Abrió los brazos en cruz—. Este ejemplar masculino es todo tuyo, si así lo quieres.

—Ni en tus sueños—masculló ella, sus ojos sacando chispas por el enojo.

—Lupita, espera, espera... —Él se adelantó, interrumpiendo su camino—. No te enojas, solo intentaba hacerte reír.

—Pues eres muy malo para eso.

—Está bien, te doy la razón. —Él sonrió, poniendo las manos con las palmas hacia fuera, en señal de paz—. Mi actuar no fue el adecuado, pero mi intención era buena, solo quería agradecerte por lo que has hecho por Alex. Es un buen gesto de tu parte.

—Ya te he dicho que no tienes que darme las gracias por eso, Alex es mi amigo. Lo hago porque así lo quiero. Además, si le enseño a él español, Alex podrá enseñarte a ti y ya no tendré

que darte lecciones personalmente. —Lo miró con una sonrisa desdeñosa.

—Lo siento, Morenita, no te librarás de mí —Él se acercó un paso más, dirigiéndole una mirada tan intensa que sus mejillas se encendieron—. El trato es que tú debes darme esas lecciones, y las estoy deseando con todo mi corazón. —Se llevó una mano al pecho, en un gesto bastante dramático—. No puedo esperar a estar nuevamente a solas contigo.

—Pues debo decirte que no comparto tu sentir. Es claro que eres tan listo como una tapia. —Ella se cruzó de brazos, arqueando una ceja de forma desdeñosa—. Me tomará años conseguir que aprendas algo.

—Tu pesar por mi compañía se convertirá en mi deleite al estar a tu lado. —Él se arrodilló ante ella, abriendo los brazos en cruz en un gesto teatral que a ella la hizo reír, a su pesar.

—Estás loco, Chad Collin.

—Mientras consiga poner una sonrisa en esos hermosos labios, sin duda seré feliz de considerarme loco de atar.

Lupita rio, negando con la cabeza.

—Te sugiero que no entres en casa diciendo tales cosas, mi abuela se toma esas palabras muy en serio.

—¿Y qué crees que me hará? ¿Encerrarme? —preguntó, todavía jocoso.

—No, te atará —dijo ella con convicción—. Y luego intentará sacarte el chamuco.

—¿El qué...?

—El demonio —le explicó Lupita—. Mi abuela está segura de que los demonios son capaces de entrar en los cuerpos de las personas y hacerlos cometer calamidades que no harían en su sano juicio.

—¿Y tú también piensas así?

La sonrisa se esfumó de sus labios así como la alegría de sus ojos.

—No. Yo creo que cada quien actúa libremente, y los actos despreciables que deberían achacarse a un demonio son puramente consecuencia de la crueldad humana que habita en los hombres.

—La gente actúa mal porque así quiere hacerlo. —Richard se puso de pie, sin dejar de mirarla a los ojos—. ¿Es eso lo que quieres decir?

—Sí, la gente es mala porque así lo ha decidido. —Ella asintió con convicción—. Tienen la opción de actuar bien o mal, como todos. Y si se han decidido a ir por el mal camino, es solo culpa de ellos mismos. —Su voz estaba teñida de rabia—. No se debe culpar a demonios u otros seres sobrenaturales por actos bestiales, como segar la vida de una persona...

Richard la estudió detenidamente, aproximándose un paso a ella.

—¿Segar la vida de una persona? —Sus ojos la escrutaron, provocando que ella se sintiera desnuda bajo su intensa mirada.

—Es un ejemplo, nada más. —Ella se apartó, dándole la espalda para que él no notara su turbación—. El peor de los ejemplos de un crimen que puede ocasionar una persona.

—A veces se mata porque se tiene que hacer... —Él pensó en su propio hermano. Lo mataría para defender a Alex, si era necesario—. A veces la vida no nos deja otra opción. Matamos para evitar que nos maten o a nuestros seres queridos. Para defender aquello que amamos... —Sus ojos se posaron sobre ella de manera tan ferviente que Lupita se vio obligada a apartar la mirada, sintiendo que el calor volvía a subir por su cuello.

Richard la miró fijamente. Él mataría por ella. Estaba seguro. Mataría para mantenerla a salvo. Aunque se condenara toda la eternidad por ello. Haría lo que fuera por mantener a Lupita a salvo.

—No estoy hablando de esas ocasiones, sino cuando alguien, de forma deliberada, decide quitarle la vida a otro ser humano solo porque ha decidido que tiene el derecho de hacerlo —explicó ella—. Un ladrón y asesino de caminos, por ejemplo, no tiene ningún derecho a pedir clemencia cuando su actuar ha sido intencional y preconcebido.

—Estoy de acuerdo en ello —Richard asintió—, siempre y cuando no queden otros recursos.

—¿A qué te refieres?

—Un juicio.

Lupita soltó un bufido, negando vivamente con la cabeza.

—Aquí no existe la justicia. Al menos, no para todos... Uno debe hacer justicia por su propia mano.

—Sin embargo, eso suele conducir a errores. No todos los acusados de un crimen son realmente culpables. —La voz de Richard sonó apasionada—. Es totalmente injusto considerar que esas personas serían tratadas con clemencia bajo la mano de los cazarrecompensas que solo se guían por el dictamen de quien ha emitido la orden de captura, sin detenerse a considerar si la persona es realmente culpable o no del crimen del que se la acusa.

Lupita lo estudió con la mirada, lo que provocó que la preocupación lo hiciera ponerse en alerta. Podía haberse descubierto sin querer, aunque fuera parcialmente.

—Aunque claro, esa es solo una suposición de mi parte —añadió Richard, apoyándose en el tronco de un árbol.

—Creo que tienes bastante razón —admitió ella tras unos minutos de silencio—. Sin duda, toda persona merece la oportunidad de declarar su versión de la historia, en especial si es inocente. Aunque me temo que, por estos lugares, un juicio justo sería bastante difícil de conseguir. —Suspiró, fijando la vista en el horizonte.

—Quizá con el tiempo, podamos ayudar a cambiar eso —propuso él, encogiéndose de hombros—. Lee suele decir que el cambio del mundo empieza por cada uno.

—Es una buena idea. —Ella sonrió—. Y si no funciona, mi abuela tiene un suero de la verdad a base de orina de rata que seguro hace confesar hasta al más adusto.

Richard soltó una carcajada.

—No sabía que la orina de rata tuviera esos efectos.

—Si los tiene o no, no lo sé. Solo sé que la gente confesará lo que sea antes de tener que beberse esa cosa.

Richard rio con más ganas y Lupita se sorprendió riendo con él antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo. De pronto ella adoptó una expresión adusta y se apartó, incómoda por ese momento de acercamiento entre ambos.

Richard, incapaz de dejarla apartarse una vez más, buscó el modo de mantener esa conversación. No quería que ella se alejara...

—Lupita, escuché algo extraño mientras me despedía de la gente en los cafetales hoy... Estoy seguro de que no lo dijeron con mala intención; sin embargo, no pude evitar sentirme ofendido y pensé que tal vez tú podrías ayudarme a mejorar mi español, para, de ese modo, poder rebatir de forma decente la próxima vez que surja la oportunidad.

—¿Ah, sí? —inquirió ella, sin mucho interés—. ¿Y qué fue lo que escuchaste?

—No pude captar mucho, solo la palabra «bruja» —pronunció en un mal español—salió a relucir.

—Sí, eso no es nada nuevo. —Lupita se volvió hacia él—. ¿Fue bruja lo que escuchaste? ¿Me llamaron a mí bruja? ¿O fue a mi abuela? «Lupita es una bruja», «la familia Lobos es de brujos» —sugirió en español.

—No lo puedo afirmar con exactitud, pero fue algo bastante similar. Y no puedo decir con certeza a quién se referían, pudo haber sido incluso a tu padre ahora que lo pienso...

—No te sientas ofendido por ello. Yo no lo hago. —Ella hizo un gesto con la mano, quitándole importancia.

—Pero si te han llamado bruja y a tu familia... —Richard sintió un fuerte escozor en la pantorrilla, pero lo pasó por alto.

—No lo dicen como insulto, o no lo hace la mayoría de la gente, al menos. Como sea, no nos importa, así que no te hagas mayor problema por ello.

—Para mí resulta sumamente ofensivo que cualquier persona haga mención de ti o de tu familia con una palabra peyorativa... —Richard se rascó el estómago, que comenzaba a picarle y arderle terriblemente, como la mayor parte del cuerpo.

—Chad, es que es verdad.

—¿Qué?

—Te lo dije, mi abuela descende de las antiguas hechiceras mayas. Mi padre y yo hemos heredado su talento. —Lupita se volvió hacia él, la gravedad misma reflejada en su rostro—. No hacemos limpias o cosas como esas, pero poseemos el don. Y lo utilizamos cuando lo consideramos necesario.

—¿Qué don...? —Richard, incapaz de soportar más, se rascó el cuello con fuerza.

—¿Te sucede algo? —preguntó Lupita, frunciendo el ceño cuando él comenzó a rascarse con fiereza varias partes del cuerpo.

—No... —Richard comenzó a rascarse la pierna y el brazo al mismo tiempo.

—¡Por Dios, si te has parado en un hormiguero! —Lupita exclamó, señalando los insectos que reptaban por todo su cuerpo—. ¿Pero por qué no has dicho nada?

—Estoy bien...

—No, no lo estás, ¡muévete de allí enseguida! —Lupita tomó la cantimplora que había mantenido colgada del cinto y le echó el agua encima—. Eso no bastará, ¡tendrás que echarte al lago!

—¿Dónde?

—¡Por allí! —Señaló hacia un montón de arbustos.

—Demonios... —Richard gruñó, adelantándose hacia los matorrales equivocados, medio cegado por el constante picor que se extendía a su cara.

—¡Vamos, dame la mano! —Lupita lo tomó de la mano, sin importarle los bichos, y lo llevó a la carrera con ella entre los matorrales. Sin detenerse ni para quitarse los zapatos, se lanzó al agua, llevando a Richard con ella.

Richard sintió el fresco del agua como un bálsamo bendito que apagó el ardor que quemaba como fuego por todo su cuerpo.

—Sumérgete, tienes que hacer que el agua llegue a todas partes. —Lupita lo ayudó a acomodarse de espaldas en el agua, para pasarle las manos por todo el cuerpo y apartarle los malditos bichos.

Hasta que vio la camisa y una bota en sus manos, se percató de que lo estaba desnudando.

—Temo que la ponzoña de estos bichos te ha provocado una reacción severa en tu piel. —Richard se tensó al percibir el calor de su mano sobre su muslo, examinando las ronchas en su piel—. No creo que mueras. Si fuera muy grave, a estas alturas estarías asfixiándote.

Richard sintió que otra parte de su cuerpo cobraba vida al sentir el tacto de su mano cerca de su entrepierna.

—Estoy bien, perfecto. —Richard se puso de pie, incapaz de soportar su cercanía por más tiempo. Sus manos estaban ocasionando que partes de su cuerpo tomaran vida propia y dudaba que ella intentara seducirlo—. Dame mis pantalones, por favor.

—Chad, no seas tímido. He visto a centenares de hombres desnudos mientras estuve en el convento —le explicó, sin notar la sorpresa en el rostro de Chad al escuchar esa confesión—. Recogíamos a los vagabundos de las calles y con las monjas los curábamos.

—No soy un vagabundo —Richard siseó, ofendido.

—Lo sé... —Y vaya que lo sabía. Aún cubierto de ronchas, Chad poseía un cuerpo monumental, digno de ser expuesto en un museo de historia griega.

Él se enderezó, buscando soporte en el fondo lodoso del lago. Lupita, en su intento de ayudarlo, lo sostenía por ambos brazos, buscando otorgarle el apoyo que necesitaba. Richard goteaba por todas partes, el pelo se le había pegado al rostro y apenas le permitía ver, por lo que cuando consiguió desenmarañarse los cabellos de la cara y abrir los ojos, se encontró con el rostro de Lupita a menos de un palmo del suyo. Y la respiración se le cortó...

Sabía que ella era hermosa, pero al tenerla tan cerca, sencillamente no pudo evitar que el corazón se le paralizara. Los ojos negros de Lupita eran grandes y profundos, sentía como si

pudiera lanzarse en ellos y hundirse en su totalidad, perdiéndose de algún modo en ella para no volver a emerger jamás.

Había algo en esa mujer que lo atraía de una forma que era incapaz de explicarse a sí mismo. Igual que las polillas que se lanzan al fuego y se queman, él se sentía atraído de forma fatal por esos hermosos ojos tan luminosos como las estrellas en el cielo nocturno.

—Debo irme ya... —Lupita se apartó y, al hacerlo, resbaló. Richard intentó sujetarla, pero al hacerlo perdió el equilibrio y ambos cayeron al agua.

Lupita boqueó, buscando aire, enredada entre sus faldas y los brazos de Chad, quien parecía empeñado en ayudarla a salir del problema.

—¿Te hiciste daño? —Richard intentó buscar su rostro bajo la maraña de pelos en lo que su peinado se había transformado.

Lupita apartó con las manos la cortina azabache de su cara y le dirigió una mirada fulminante.

—Lo siento... Ha sido un accidente... —Pero él se quedó sin palabras cuando Lupita comenzó a reír a carcajadas.

—Debiste haber visto tu cara —le dijo en tono de mofa, lanzándole un poco de agua.

—¡No te burles de mí, Morenita! —Richard le lanzó un poco de agua también, siguiéndole el juego—. Me he preocupado por ti.

—Si serás bobo, ¿qué va a pasarme en un estanque que no me llega ni a la cintura? ¡No soy una muñeca de porcelana para romperme en pedazos por una sola caída! —Rio ella, lanzándole un buen chorro de agua con la boca.

Richard rio a carcajadas como ella.

—¡Ahora verás lo que te...! Oh, señor Lobos. —Richard se quedó de piedra al ver de pie a la orilla del lago a Zalo, observándolos muy serio.

La sonrisa en el rostro de Lupita se borró al instante. Se irguió enseguida, dispuesta a salir del agua. Richard la tomó por el brazo, ayudándola a caminar, a pesar de que no era necesario.

—Hola, papá —Lupita lo saludó, caminando hacia la orilla, acompañada por Richard.

—¿Se puede saber qué están haciendo? —La voz de Zalo era neutra, y eso provocó que Richard se tensara más que si el hombre hubiera hablado lleno de furia.

—A Chad lo han picado las hormigas y lo he traído al agua para que se le baje la urticaria. Solo mira al pobre, lo han dejado que da pena. —Richard no supo si sentirse ofendido o enfadado con tal declaración, pero cuando vio que la mano de ella apuntaba justo (y no con intención) directamente al sitio donde yacía su masculinidad, se decidió por sentirse severamente insultado.

Zalo no dijo nada, ni siquiera se tomó la molestia de posar sus oscuros ojos en el sitio que Lupita señalaba. «Gracias a Dios», pensó Richard.

—Lupita, ve a casa y cámbiate de ropa para cenar —le ordenó su padre, manteniendo la mirada fija sobre Chad—. Y de paso, pídele a tu abuela que envíe un plato a la casa del señor Collin. Seguramente él querrá cenar a solas, en su cabaña, después de lo acontecido.

—Sí, papá —contestó Lupita, todo rastro de alegría o pulla borrado de su rostro. Le dirigió a

Chad una mirada de preocupación acompañada por las palabras «lo siento» pronunciadas únicamente con los labios.

Chad hizo un gesto prácticamente imperceptible con la cabeza que ella interpretó como un vago intento de sonrisa, antes de alejarse en dirección a la casa.

—Señor Lobos, por favor, no vaya a malinterpretar...

—Chad, hablaremos mañana —Zalo lo interrumpió—. Será mejor que te cambies de ropa. No querrás pescar un resfriado, además de la urticaria de las hormigas.

Y sin darle tiempo para una respuesta, el hombre se dio la media vuelta y se alejó.

Esa noche, sentado en una silla frente al fuego, Richard con dificultad soportaba las carcajadas de Lee mientras le colocaba una pomada a base de avena triturada en las ampollas que habían dejado las picaduras de las hormigas. Porque sí, las malditas picaban, y dejaban un veneno de mierda, como averiguó al hablar con la anciana Lupe cuando ella le llevó un tónico especial para ayudarle con la irritación, además de la pomada que Lee le colocaba.

—¿Quieres dejar de reírte? —masculló Richard de mala gana—. Vas a despertar a Alex.

—Alex duerme como un tronco, como tú deberías hacerlo y dejar de meterte en problemas por intentar impresionar a esa chica.

—No intentaba impresionar a nadie. Me he parado en un maldito hormiguero, esa es la peor forma de impresionar a alguien, según entiendo yo.

—Pudiste moverte, pero no, el gran Chad Collin es invulnerable a las inclemencias del tiempo y la naturaleza, nada puede afectarlo cuando se pavonea ante una dama, ni siquiera un maldito hormiguero que ha decidido mudarse a vivir a sus partes nobles... —Lee no pudo terminar de hablar, llevado una vez más por la risa.

—Deja de burlarte ya o terminarás con esa porquería como sombrero. —Richard apartó el cuenco de avena y se puso de pie, molesto.

—Yo solo digo que hay maneras más seguras de impresionar a una chica como Lupita. —Lee se puso de pie también y se dirigió a su cama—. Estoy seguro de que ella apreciaría más conocer al buen hombre que hay en ti que al egocéntrico altanero que te gusta aparentar cuando estás con las mujeres.

—Yo no intento aparentar nada.

—Sigue engañándote a ti mismo. Pero cuando vengas a casa con un panal de abejas como sombrero, no te quejes —se burló Lee, dejándose caer en la cama y dándole la espalda, sin dejar de reír—. Es de locos lo que un enamorado hace por parecer fuerte a los ojos de una mujer...

—¡Yo no...! —Alguien tocó a la puerta en ese momento y Richard fue a abrir, maldiciendo todavía en voz baja.

Al abrir la puerta, por poco se le cayó la vela de la mano al ver que se trataba de Lupita.

—Espero no haberte despertado —le dijo ella, sofocando una risita.

Y entonces él se percató de que debía verse bastante ridículo, cubierto de esa porquería blanca por todo el cuerpo.

—No... —Él salió de la cabaña y cuidó de cerrar la puerta tras de sí—. No me has despertado. ¿Necesitas algo, Lupita?

—Solo quería saber si estabas bien... —Sus ojos se tiñeron de preocupación—. ¿Papá fue muy duro contigo?

—En realidad dijo que hablaríamos mañana, así que tendrás que esperar para saberlo, al igual que yo —contestó él, encogiéndose de hombros.

—Lo siento, Chad, no fue mi intención meterte en problemas...

Richard sintió como si le hubieran dado una patada en el estómago. Se había metido en problemas por mujeres en cientos de ocasiones, pero nunca, jamás, ninguna había ido a disculparse por eso.

—No fue tu culpa... —A él le costó bastante coordinar sus ideas para conseguir hablar—. Fui yo quien...

—Hablaré con mi padre. Él no te echará, no te preocupes por eso —Lupita le dijo en voz baja, vigilando sobre el hombro que nadie pasara por allí y los descubriera—. Debo irme, Chad, solo quería que supieras que todo va a estar bien. Me encargaré de esto.

—Lupita, no tienes...

—Ha sido mi culpa. Ni tú ni tu familia tienen que cargar por algo que no les corresponde. Fue un malentendido. Papá lo entenderá. —Sonrió, y tomando un saquito que llevaba en la mano, lo puso frente a su rostro.

—¿Qué es esto?

—Es para Alex. Le pedí a papá que me comprara unos dulces, son para él. Con todo lo sucedido, no tuve oportunidad de dárselos, ¿podrías entregárselos por mí? Sé que le gusta comer uno cada mañana.

Richard tomó el saquito con manos temblorosas, definitivamente no por el frío.

—Gracias, Lupita...

—Es un placer. —Ella sonrió, y en ese mismo segundo, el corazón de Richard se detuvo por el impacto de su sonrisa—. Nos vemos, Chad. Descansa... y cuídate de las hormigas —añadió en tono jocoso, antes de salir corriendo en dirección a la casa.

Y Richard se sorprendió mirando fijamente el sitio por donde ella se había ido mucho después de que su figura hubiera sido tragada por la oscuridad de la noche.

Capítulo 12

—Esta chica es Alitzel —Zalo se acercó a una hermosa yegua de pelaje castaño claro—, significa niña sonriente en mi lengua. Es la madre de Chak, tu caballo.

—Es hermosa, sin duda. —Richard acarició el lomo de la yegua, un ejemplar sumamente dócil y cariñoso—. ¿Está preñada ahora?

—Así es, lo esperamos para la siguiente primavera. Esta chica nos dará otro potrillo precioso. —Zalo inspiró con orgullo, ofreciéndole a la yegua una manzana que llevaba en el bolsillo.

—¿Me está diciendo, entonces, que usted ha dado preferencia a las hembras para la cría? —preguntó Richard, sorprendido por la plática de Zalo.

El hombre sabía muchísimo de caballos, conocimientos que claramente estaban rindiendo frutos. Chak era un caballo magnífico, al igual que las demás potrancas que el hombre mantenía en sus caballerizas.

—La herencia se transmite tanto del padre como de la madre, pero yo he decidido apostar por las hembras.

—¿Por qué hacerlo? Tengo entendido que la mayoría de los criadores solventan toda su cría en los sementales.

—Puede ser, pero no yo. Las hembras son las verdaderas hacedoras de milagros, m'ijo. ¿No es así todo en la vida? —preguntó, palmeándole el brazo.

—Supongo que sí —Richard asintió—. Creo que han hecho una labor magnífica con estos caballos.

—Vamos a ver a los otros ejemplares. Quiero que los conozcas a todos.

—Zalo, aunque sin duda es un placer disfrutar de la vista de los hermosos ejemplares que ha criado en sus establos, tengo el presentimiento de que me ha traído aquí para hablar de otro tema. Y no es que intente presionarlo ni mucho menos, pero me gusta ir al grano con los asuntos... delicados. —Buscó el término correcto.

Zalo permaneció en silencio, observándolo con esos ojos oscuros que Richard estaba seguro de que eran capaces de sondearle el alma.

—No es mi intención ofenderlo ni faltarle al respeto, se lo aseguro. Soy un hombre directo y yo... sencillamente no soporto los rodeos. —Chad se pasó una mano por el pelo, nervioso—. Sé que es mi jefe y estoy fuera de lugar al decirlo, pero si desea hablar sobre lo que sucedió ayer con

Lupita, le aseguro que fue un accidente. Las hormigas me picaron, ella me condujo al lago para ayudarme y luego ella resbaló... —Respiró profundamente, intentando ordenar sus ideas. Estaba seguro de que estaba balbuceando como un niño—. Le aseguro que mis intenciones hacia ella nunca han sido deshonrosas. Yo nunca le haría daño a Lupita...

—Eso es lo que esperaba oír —Zalo interrumpió su diatriba. ¡Al fin!

Richard inhaló y exhaló, sintiéndose ligeramente más tranquilo.

—Le doy mi palabra de honor de que yo nunca intentaría propasarme con su hija, Zalo. Usted y su familia tienen todo mi respeto.

Zalo lo estudió hasta que Richard comenzó a sentir que la piel le picaba y empezó a creer que se había puesto sobre un hormiguero otra vez.

—Chad, no dudo de tu palabra —Zalo habló tras lo que se sintió como una eternidad—. Sin embargo, es mi deber como padre defender los derechos de mi hija. Estoy seguro de que comprendes eso.

—Por supuesto, como le he dicho, yo no haría nada contra usted. Ha sido el hombre que nos ha agraciado con... —Zalo lo interrumpió, alzando una mano para hacerlo callar y él hablar.

—Chad, sé que tal vez para ti mi hija sea solo una muchachita sencilla de campo. Hombres como tú, provenientes de familias importantes, habiendo sido educados de una elegante manera que nosotros no podríamos siquiera imaginar por estos lugares...

—Zalo, yo... ¿Cómo es que usted sabe eso? —se interrumpió, confundido.

—Eso no importa, muchacho. —Zalo le dirigió una mirada que le provocó calosfríos. Ese hombre realmente parecía capaz de leer el pensamiento—. Tu secreto está a salvo conmigo. No me interesa de dónde vengas, sino quién eres en realidad. Aunque si quieres un consejo, la mayoría de la gente por estos lugares no suele utilizar términos como «agraciarnos».

Richard sonrió, siguiendo a Zalo en su andar por las caballerizas.

—Solo intento establecer algunas normas, hijo, ¿comprendes?

—Por supuesto, señor.

—Llámame Zalo, fue lo primero que te pedí. —Zalo sonrió, volviéndose hacia él y le entregó un cepillo de caballo mientras él tomaba otro—. Hijo, no estoy diciendo que no puedas intentar conquistar a mi hija.

A Richard por poco se le cae el cepillo al escuchar aquello.

—Eres un buen hombre, lo sé —Zalo le aseguró, mientras sacaba uno de los caballos de su caballeriza y lo ataba en el poste central del establo—. Tú serías un buen partido para mi hija. Siempre y cuando ella te acepte, por supuesto —aclaró, alzando la vista hacia él—. Lupita no es una chica fácil. No creas que por tu bonita cara va a caer rendida a tus pies.

—Eso lo tengo muy claro... Ella no es esa clase de mujer. Lupita tiene un gran corazón, las apariencias no son nada para ella...

—Veo que la estás conociendo bien. —Zalo sonrió, complacido—. Es por ello que tengo la confianza en mi hija para saber que no corre riesgo si la dejas a solas contigo. Tú no eres la clase

de hombre que abusaría de ella, y Lupita no es la clase de mujer que te lo permitiría.

Richard sonrió, asintiendo con la cabeza mientras cepillaba la crin del caballo.

—Sin embargo, me temo que Lupita es tan ingenua e inocente como una niña, aunque ella no quiera reconocerlo.

Richard alzó la mirada, sorprendido por esa confesión.

—Y Chad, si tú intentas jugar con sus sentimientos, tendré que matarte.

Richard apretó la mandíbula, sorprendido por esa amenaza.

—No es una amenaza, solo es una promesa —confesó Zalo, como si aquello fuera menos malo—. Comprenderás que es mi deber como padre proteger a mi hija. Te tengo estima, pero adoro a mi pequeña, y si tienes la intención de romperle el corazón, será mejor que tomes tus cosas y te largues hoy mismo del rancho. Nadie va a jugar con los sentimientos de mi hija.

Richard tragó antes de levantar la vista y fijarla en el rostro de Zalo. Respetaba a Zalo, por ello, intentó hablar con calma y no responderle como lo habría hecho con cualquier otro hombre que intentara amenazarlo.

—Zalo, comprendo lo que intenta hacer y considero que está en todo su derecho —comenzó a hablar, moderando el enojo que bullía en su interior—. Lupita es su hija y, como su padre, tiene la obligación de velar por ella. No obstante, como ya le he dicho, le aseguro que mi intención no es lastimarla de ninguna manera.

—Eso espero, muchacho —Zalo asintió—. Solo quiero que estés prevenido.

—Lo estoy.

—Bien... —Zalo inspiró hondo—. Lupita es una buena chica, Chad. Mi hija se ha envuelto en una coraza para ayudarse a seguir adelante, aparenta ser dura cuando en realidad es tan tierna como el pan recién horneado. Cuando abre su corazón a alguien, lo hace para siempre... Y por ello ha sido herida.

El ceño de Richard se frunció.

—¿Quiere decir que alguien le rompió el corazón en el pasado? —Eso explicaría muchas cosas...

—Sí, así fue. Pero no del modo que tú estás pensando. —Zalo dejó a un lado el cepillo y tomó las riendas del caballo para regresarlo a su cubil—. Lupita estuvo comprometida hace unos años, pero su prometido murió. Eso le dejó el corazón roto de tal forma que hasta hoy no ha conseguido volver a mirar a otro hombre de esa manera... ¿Me comprendes?

Richard asintió.

—Hasta ayer, cuando los vi en el lago, supuse que eso no llegaría a ser posible...

—¿Quiere decir que Lupita me ve de esa manera? —La esperanza apareció en los ojos de Richard, tiñendo su voz de emoción.

—No, no lo creo... Pero podría suceder —Zalo aclaró, antes de que el brillo desapareciera completamente de los ojos de Chad—. Es por ello que quería hablar contigo, hijo, antes de que las cosas pudieran llegar más lejos. Si mi hija se fijara en ti de esa forma, quisiera asegurarme de que

sea correspondida. Puede que sea una chica sencilla de campo, pero para mí es una reina y merece ser tratada como tal. Si no tienes la intención de llegar a nada formal con ella, no quiero que vuelvas a acercártele. No volveré a ver la desesperanza de un corazón roto en los ojos de mi hija.

—Zalo, yo...

—Creo que debes considerarlo, Chad —Zalo lo interrumpió, dirigiéndole una mirada amable al hablar—. No te estoy despidiendo. No intento hacer de casamentero ni mucho menos amenazarte con que te cases con mi hija, nada estaría más lejos de la verdad. Mi intención es aclarar las cosas, conocer tus intenciones. Eres joven y tienes planes, lo comprendo perfectamente. Sin embargo, si mi hija no entra dentro de esos planes, es mejor que me lo digas de una vez. Conservarás tu trabajo, por supuesto, y todo nuestro trato sigue en pie. Te enviaré a trabajar al lado este del rancho, seré yo quien te acompañe, y Lupita irá con Lee.

—¿Nos separará si yo no acepto que tengo la intención de casarme con ella?

—Sí, por el bien de ambos.

—¿Y qué hay de las clases de español?

—Yo puedo enseñarte perfectamente.

—Creía que dijo que Lupita sería mejor maestra.

—Chad, no voy a permitir que te acerques a mi hija si tus intenciones no son las que ella esperaría de ti. Es así de simple.

—Ha hablado todo este tiempo de mis intenciones, ¿pero qué hay de las de Lupita? ¿Cómo puedo saber que ella no será la que me rompa el corazón a mí? —Sonaba como un quejica, pero las palabras surgieron antes de que pudiera evitarlo, como si Zalo fuera la fuente de la verdad, capaz de arrancarle los pensamientos que ni siquiera él mismo habría admitido poseer—. ¿Cómo puedo estar seguro de que si voy en serio con ella, no terminará rechazándome al final?

—Ese supongo que es un dilema con el que debemos vivir todos los hombres, ¿no es así?

Richard asintió, esbozando una sonrisa triste.

—Supongo que no existe ningún manual que explique cómo adivinar lo que llegarán a sentir las mujeres.

—No me interesan las demás mujeres, solo las de mi familia. Y a ti te debería interesar lo que piensa Lupita, —Lo apuntó con un dedo, como solía hacerlo su hija—. Si la quieres y deseas que ella llegue a sentir lo mismo por ti, tienes que arriesgarte, hijo. No se puede ganar un corazón sin poner en juego el propio. Por ello implica un riesgo tan grande. Pero la recompensa es aún mayor.

Richard exhaló, fijando la vista en el siguiente caballo a cepillar, comenzó a dejarse llevar por sus pensamientos. No tenía idea si quería arriesgar su corazón. Su madre lo había hecho al enamorarse de su padre, pero la recompensa que consiguió fue la de una vida miserable y una muerte prematura, además de un corazón destrozado. El amor era arriesgado, sin duda. Y no sabía si sentía el deseo de poner en riesgo algo tan valioso. Aunque... si existía alguien por quien valdría la pena considerarlo, esa mujer era Lupita.

—Recuerdo que cuando conocí a mi mujer, ella ni siquiera soportaba tenerme en la misma

habitación —comentó Zalo, sacando al siguiente caballo de su caballeriza para cepillarlo—. Era una mujer preciosa, mi Calita. Aún lo es —aclaró, sonriendo de forma soñadora—. El día que me dijo que me amaba, me solté a llorar de gozo —bromeó, riendo por lo bajo.

Richard rio, compartiendo la alegría de Zalo.

—Su familia no me quería, su madre decía que nunca conseguiría nada en la vida, pero aun así Calita me aceptó. Nos fuimos y desde entonces hemos estado juntos. —Suspiró, sus ojos desbordantes de cariño—. Se ha quedado en las buenas y en las malas a mi lado. Esa es una verdadera prueba de amor. Juntos levantamos este rancho... —Miró con tristeza a su alrededor—. Y juntos lo conservaremos o lo perderemos, pero nos mantendremos unidos. Esa es la única certeza que tengo.

Richard meditó las palabras de Zalo. Sin duda ese era amor de verdad. Amor como nunca había visto... ¿Serían así las cosas si llegaba a enamorarse de Lupita?

—Lupita llegó como un milagro a nuestra vida —continuó Zalo—. Habíamos deseado un hijo por mucho tiempo y, cuando ella nació, nuestra alegría fue completa. —Zalo suspiró, esbozando una sonrisa llena de cariño—. Nos hubiera encantado rodearla de hermanos y hermanas, pero Dios solo nos la envió a ella. Lupita creció siendo una niña solitaria, por lo que se propuso que, si un día llegaba a casarse, tendría una familia numerosa, con muchos niños a los que amar... —La sonrisa se borró de su rostro—. Sin embargo, no ha vuelto a hablar de ello desde que su novio murió.

—Ese sueño aún podría realizarse... —comentó Richard, antes de conseguir detener a su lengua.

—Sí, así es. —Zalo sonrió, complacido con el comentario—. Ven conmigo, hay un par de animales más que deseo que veas.

Lo llevó consigo hasta un par de caballerizas, donde yacían dos preciosos caballos negros.

—¿Esos dos de allá son andaluces, no es así? —preguntó Richard, asombrado por la belleza de los animales.

—Veo que sabes de razas.

—Un poco. —Se encogió de hombros—. No mucho, en realidad. Nada que cualquier hombre común no sepa —mintió. Su padre le había enseñado todo de caballos. El amor por los equinos fue uno de los pocos lazos que los unió en el pasado, antes de que todo terminara derrumbándose...

—No debes avergonzarte de tu conocimiento. Es un don que no todos poseen. —Zalo sonrió, acercándose a unas caballerizas laterales—. Ellos son de nuestros primeros ejemplares desde que comenzamos con la cría de caballos en El Janto. Son las abuelas de Chak. Y sus abuelos fueron un par de purasangres provenientes de Inglaterra.

Al escuchar la mención de su país natal, Richard se tensó, mas el hombre a su lado no pareció notar lo, por lo menos, aparentó no hacerlo.

—¿Y esos caballos de allá? —Richard señaló un par de animales que pastaban en un corral

cercano.

—Ellos son el secreto de la fuerza de nuestro pie de cría —contó Zalo con orgullo, acercándose a la cerca.

Richard observó con asombro cómo los dos caballos, que antes había considerado salvajes y hostiles, se acercaban a Zalo como lo harían un par de cachorros bien entrenados. Cada detalle de aquellos hermosos animales era espléndido, desde su poderosa musculatura hasta sus ojos inteligentes y astutos. A pesar de su belleza, Richard no pudo distinguir la raza a la que pertenecían. Nunca había visto otros ejemplares como esos.

—Son mustangs —le explicó Zalo, como si hubiera adivinado la duda que lo acosaba.

—¿Mustangs? —Richard arqueó una ceja, asombrado—. ¿Esos no son los animales de los indios?

—Son animales fabulosos, sin duda. Fuertes como ningún otro caballo y tan resistentes como los mejores. Una raza única surgida de la madre naturaleza, y la madre naturaleza siempre crea lo mejor de lo mejor. —Zalo acarició con sumo cariño las narices de los caballos, quienes, dócilmente, agachaban la cabeza.

—Los ha domado estupendamente —comentó Richard, intentando menguar el daño que pudo provocar con su comentario anterior que, él notaba, había sonado bastante despectivo.

—Pertenecen a mi hija, ha sido ella quien los ha domado.

—¿A Lupita?

—No tengo otra hija. —Zalo sonrió por la broma—. Ahanu, su prometido, que en paz descansa, se los dio como regalo de bodas.

—¿Aha... qué? —Richard se quedó en blanco. Seguro tenía otra vez la boca abierta, pero no podía evitarlo—. ¿No era un nombre indio?

—Joseph Ahanu Hamilton —Zalo dijo con voz teñida de orgullo—. El hijo mayor de mi mejor amigo y hermano, Joe.

Richard abrió los ojos al máximo, recordando la historia que le había contado Lupita.

—¿Fue él quien le dio estos caballos?

—Fue un regalo de bodas adelantado... —Zalo acarició el lomo del caballo, su mirada teñida de nostalgia—. Ahanu y Lupita crecieron juntos desde que nacieron y con el paso de los años se enamoraron. Iban a casarse cuando Lupita cumpliera dieciséis. Es una tradición comanche que el novio dé al padre de la novia un regalo, por lo que Ahanu decidió partir de vuelta a Texas, donde todavía vive parte de su familia, para traer consigo algunos caballos para criar. Él sabía cuánto amaba Lupita a los caballos y conocía su sueño de criar una nueva raza. —Suspiró, al tiempo que su rostro se teñía de tristeza—. En el camino de vuelta a México, se encontró con unos comancheros que atacaban una caravana. Ellos habían matado a los hombres e iban a abusar de las mujeres antes de usarlas como mercancía, vendiéndolas al mejor postor. Ahanu intervino, luchó para evitarlo y murió defendiendo el honor de esas mujeres... Fue un héroe.

Richard apretó la mandíbula. No se esperaba algo así. Supuso que el antiguo novio de Lupita

había muerto por una enfermedad o un accidente, que se trataba solo de un chico de campo, como cualquiera. No que hubiera sido un hombre valeroso ni que hubiera muerto como héroe...

—Los soldados llegaron a tiempo para culminar lo que Ahanu había comenzado —Zalo continuó su relato—. Rescataron a las mujeres y las llevaron con bien a sus hogares. Una de ellas era hija de un rico hombre de negocios y se encargó de hacer llegar las cosas de Ahanu, incluidos sus caballos, al rancho, así como su más sincero agradecimiento.

—Fue un acto noble, sin duda.

—Como comprenderás, Lupita quedó muy afectada y desde entonces no ha vuelto a pensar en el amor.

Richard se quedó pensativo, recordando las palabras teñidas de odio de Lupita del día anterior al hablar de las malas acciones de los hombres, de asesinar a una persona...

Zalo posó una mano en su hombro y llamó su atención con ese gesto.

—Yo he hablado contigo considerándolo mi deber de padre, no obstante, me temo que las cosas no cambiarán jamás. —Su voz estaba oscurecida por la tristeza—. La huella de Ahanu en el corazón de mi hija es demasiado fuerte para que su recuerdo sea borrado y acepte darle su corazón a otro hombre.

—Sin duda debió ser un chico maravilloso —Richard prácticamente masticó las palabras—, pero eso no quiere decir que hayan estado enamorados; si crecieron como hermanos, es apropiado pensar que su cariño debía ser más fraternal que el de una pareja. —¿Y a él qué le importaba eso? ¿Por qué hizo esa pregunta, por un demonio?

A Zalo pareció divertirle su inquietud.

—Estaban muy enamorados —le aseguró Zalo—. Tanto que Lupita todavía no ha podido recobrar del dolor que su muerte dejó en su corazón. Han pasado tres años, pero para ella bien podría pasar toda la vida y seguiría igual de decidida a no borrarlo de su corazón.

Richard se quedó callado, asimilando las palabras del hombre.

—Sin embargo, debo admitir que hace años que no la veía sonreír como lo hace cuando está contigo.

Richard alzó la vista, la ilusión iluminando su mirada.

—Hay algo muy bueno en ti, muchacho. Algo que estás haciendo bien... Haces reír a mi hija, y solo por ello, me caes bien —admitió, y la sonrisa de Richard se acrecentó—. A pesar de lo mucho que haces enojar a Lupita, ella se ríe de tus chistes. Ríe, por primera vez en años, ríe... Y todo gracias a ti.

Richard no notó la sonrisa de oreja a oreja que tenía grabada en el rostro hasta que uno de los empleados entró y se lo quedó mirando como si a él se le hubiera metido un demonio.

—Señor, doña Cala lo manda llamar —se dirigió a Zalo, sin dejar de mirar con temor a Richard, de pie a su lado.

—Será mejor que me ocupe de mi esposa, hijo. —Zalo lo palmeó en el brazo—. Te dejo. Y, por favor, piensa en lo que te he dicho. Cuando tengas una decisión, ven a verme. Te doy hasta esta

noche para considerarlo. Sé que es poco tiempo, pero comprenderás que cuando se trata de mi hija, soy precavido.

Richard sonrió y negó con la cabeza.

—No tengo nada que pensar. Si vale la pena arriesgarse por alguien, ese alguien es su hija. Y si ella me acepta, yo no le fallaré.

Zalo le sonrió y asintió, claramente complacido.

—Me parece bien... Una cosa más, hijo. No vayas a decirle ni una palabra de nuestra conversación a Lupita. Deseo tener nietos, y si se enterara... Digamos que le enseñé muy bien a usar esos cuchillos.

Capítulo 13

Richard observaba disimuladamente a Lupita, quien cantaba junto a otras chicas del coro en la iglesia del pueblo. Ese día era especial, Zalo le había explicado que era el día de la Virgen de Guadalupe y el pueblo se reunía para festejarlo. Además, era el cumpleaños de Lupita, y le habían preparado una pequeña sorpresa en casa de su abuela materna.

Zalo le explicó que la familia de su mujer no solía ser amable con los extraños, en un intento de que Richard no se sintiera ofendido por el trato de su familia, aunque no era necesario. Sin duda, el hombre no conocía a la aristocracia inglesa, gente de modales refinados y corazón de hielo, justo como Zalo le había descrito a la familia de Calita.

No obstante, Richard comprendió pronto que él no estaba exagerando. La familia de Calita era muy diferente de la esposa de Zalo. Incluso él, conocedor del trato frío de la alta sociedad londinense, se sintió fuera de lugar entre esas personas de aspecto elegante y miradas de piedra. Era incluso un tanto espeluznante mirar a los ojos a esa gente, era como si mirara a una estatua, vacía y sin sentimiento alguno.

Desde el mismo instante en que Zalo lo había presentado como el capataz de El Janto, había sido totalmente ignorado por esas personas. Relegado junto a los otros empleados del rancho, incluidos su hermano y Lee, a las bancas traseras de la iglesia, Richard ni siquiera había tenido oportunidad de felicitar a Lupita. A Zalo obviamente le había molestado ese trato, pero había optado por permanecer fuera del templo. Era claro que estaba cansado de intentar ganarse a la familia de su esposa y optaba por mantenerse lo más alejado posible de ellos.

Sin duda él habría hecho lo mismo, de no ser porque era el cumpleaños de Lupita, y desde el momento en que se había enterado de ello, había estado esperando la ocasión de acercarse a ella para darle el regalo especial que le había hecho.

Alex no tenía dificultad en ocultar la emoción que sentía por el cumpleaños de su mejor amiga. Él también tenía un regalo especial, aunque ya se lo había dado. El collar de cuentas que Lupita lucía colgado al cuello, bajo la vista atenta de toda la gente de la iglesia, era el orgullo de Alex. La muchacha lo lucía con el mismo orgullo mientras cantaba el Ave María ante todo el pueblo. Esa chica tenía una voz privilegiada sin duda, la voz de un ángel...

Richard suspiró y apartó la mirada de ella. Desde que había tenido esa conversación con Zalo, hacía dos semanas, no había podido quitarse de la cabeza toda clase de pensamientos con respecto

a Lupita. No sabía qué hacer. Se sentía nervioso como nunca en su vida. Ni siquiera cuando se encontró en las calles frías de Nueva York, solo y sin un centavo, sabiendo que debía sacar adelante a Alex y ayudar a Lee a sostenerse en ese nuevo mundo, se había sentido tan ansioso como en ese momento.

Había hecho una promesa. No sabía exactamente por qué lo había hecho tan pronto, cuando Zalo le había dado un plazo para responder. Y, ciertamente, no sabía si podría cumplirla. Lo único que entendía con certeza es que no jugaría con Lupita. Jamás. Pero ¿entregarle su corazón? Eso era otra cosa... Debía decidirse. No iba a actuar como un mentiroso. No quería perder la confianza de Zalo y mucho menos la de Lupita... Ella era demasiado valiosa para él como para decepcionarla. La misa terminó y la multitud salió de la iglesia tras los pasos del sacerdote, que despedía a los fieles con bendiciones y buenos deseos.

Richard salió de la iglesia, siguiendo a su hermano de cerca, quien moría de ganas por estar al lado de la festejada. En el camino perdió a Lee de vista, pero no se preocupó, su padre podía cuidar de sí mismo, Alex, por el contrario, solía perderse entre las multitudes.

Lupita estaba rodeada por su familia y amigos, la felicitaban por su cumpleaños y por su actuación en el coro. Había tanta gente alrededor de ella que Richard dio por sentado que no podría acercarse, hasta que los ojos de Lupita se posaron sobre él y le dedicó una amplia sonrisa. Richard sintió que el suelo se abría a sus pies y, por una fracción de segundo, estuvo seguro de que caería sin remedio en el abismo que la tierra había abierto solo para él. De alguna manera sentía que caería al Cielo, si es que eso era posible.

Alex consiguió llegar al lado de Lupita y la abrazó. Ella, riendo como una niña, lo rodeó por los hombros y lo llevó consigo hasta su carruaje. Enseguida partirían a casa de su abuela, donde se llevaría a cabo el festejo.

Richard aguardó hasta que Lee se reunió con él, ambos montaron sobre sus caballos para partir en compañía de los invitados. No se sintió extrañado por la enorme comitiva, al notar en dónde se detenían: la casa de la familia Altamirano era gigantesca, una enorme casona de tres pisos que abarcaba media cuadra.

—¿Bonita, no te parece? —le preguntó Zalo, que había llegado a su lado sin que Richard lo notara.

—Demasiado lujo, para mi gusto.

—Gracias al cielo que mi Calita opinaba lo mismo. —Zalo le sonrió, dándole una palmadita en la espalda—. Vamos adentro, hijo. No es el Paraíso, pero allí están las personas que son nuestro Cielo.

Richard asintió y siguió a Zalo al interior de la vivienda, acompañado por Lee. Pronto su padre se alejó en compañía de Zalo hasta un sitio tranquilo donde podían beber café y charlar sin la molestia de la algarabía de la fiesta.

Richard, incómodo entre tanta gente decidida a ignorarlo, se mantuvo al margen. Observó a Alex caminar hasta su lado, sonriendo de oreja a oreja, como solía hacer cuando intentaba ocultar

un secreto. Richard decidió esperar para interrogar a su hermano, no quería alterarlo con preguntas que tal vez a él lo incomodaran. No le gustaban esa clase de situaciones, ese tipo de gente no solía ser amable con personas como Alex. En definitiva, si no fuera porque era el cumpleaños de Lupita, se habría largado de allí enseguida.

—Toma m'ijo, un poco de pastel de cumpleaños. —La abuela Lupe se acercó a ofrecerles unos platitos con pastel de tres leches y duraznos en almíbar—. Te va a encantar, Alex, Pruébalo.

Su hermano no dudó en aceptar la comida, feliz por los dulces.

—Les he traído un poco de café caliente. —Calita se acercó a ellos, llevando un par de tazas humeantes—. Por favor, siéntanse como en su casa. Lo que necesiten, tómenlo con confianza.

—Gracias, doña Calita... —Richard tomó ambas tazas, Alex estaba demasiado ocupado zampándose el pastel como para notar la presencia de alguien que no estuviera envuelto en merengue—. Es muy amable.

—No hay de qué. Y recuerden, es una fiesta, ¡a divertirse! —La mujer le guiñó un ojo y se alejó para atender a otros invitados.

De pronto, entre el mar de gente aglomerada en la pista de baile, Richard vio a Lupita. Parecía algo molesta cuando su abuela prácticamente la empujó a los brazos de un elegante caballero al tiempo que un vals comenzaba a sonar. Lupita se irguió y alzó la nariz, en un gesto altivo al que Richard ya se sentía familiarizado, antes de comenzar a bailar con la elegancia de una reina. El hombre con el que bailaba se hacía notar, sus pasos refinados iban al compás de los de Lupita, sus ojos oscuros fijamente posados sobre el hermoso rostro de la joven, mientras sus manos la mantenían pegada a su cuerpo.

Una ola de celos lo recorrió, Richard necesitó todo su autocontrol para no acercarse y arrancarla de los brazos de ese tipo. A su lado, Alex pareció pensar lo mismo, porque de pronto se puso de pie y se adelantó a la pista de baile, abriéndose paso entre la gente para llegar al lado de su amiga antes de que Richard pudiera detenerlo.

Richard corrió a intervenir antes de que las protestas de esa gente de hielo pasaran a convertirse en algún tipo de reacción más agresiva contra su hermano, pero no hizo falta. Lupita corrió al encuentro de Alex y le dio un abrazo que habría derretido un iceberg.

—Lupita, por favor, ¿me permitiría este baile? —Un hombre de edad madura se acercó a ella, aprovechando la oportunidad de verla libre.

—Lo siento, pero tengo todos mis bailes reservados —contestó Lupita, llevando a Alex al centro de la pista y comenzando a bailar con él.

Richard se quedó boquiabierto al verlos bailar. Alex no era muy buen bailarín, pero sin duda había mejorado bastante... Entonces lo comprendió. Esas dos últimas semanas, Alex había estado muy misterioso, decía que Lupita le estaba enseñando a «practicar sus pasos», pero como lo decía en español, no conseguía comprender con exactitud a qué se refería, hasta ese momento. Lupita y él habían ensayado para bailar en su fiesta de cumpleaños.

Richard fue a tomar asiento en compañía de Lee y Zalo, quienes también observaban a Lupita y

a Alex bailar. Ambos bailarines no dejaban de reír, como un par de niños divirtiéndose, mientras otras parejas se unían a la pista, acompañándolos con sus propias danzas.

—Su hija tiene un corazón de oro —comentó Lee a Zalo, lo suficientemente fuerte para que Richard lo escuchara—. El hombre que se case con ella será sumamente afortunado.

Zalo asintió, sonriendo lleno de orgullo.

—Lo sé.

El sonido de unas trompetas interrumpió el ritmo de la fiesta. Enseguida varios hombres vestidos con trajes de gala y amplios sombreros entraron en la casa. Llevaban varios instrumentos musicales: violines, guitarras, trompetas, entre otros, y todos tocaban al unísono, acompañando a un cantante que poseía unos pulmones descomunales al conseguir cantar por encima de esa melodía. La gente aplaudió satisfecha al terminar la primera canción y enseguida comenzaron a cantar otra.

Richard se distrajo al notar que Alex ya no se hallaba junto a Lupita, quien en ese momento estaba rodeada por la familia de su madre. Lo buscó en derredor, hasta que lo encontró arrinconado en un banquillo, al otro extremo del jardín. Todos los músculos de Richard se tensaron al mismo tiempo al verlo. Su hermano estaba llorando, al notar al círculo de jóvenes a su alrededor, supuso cuál sería el motivo...

—Richard, ten calma. —Lee le posó una mano en el hombro, intentando apaciguar el ímpetu que conocía en él. Richard podía ser un témpano en el *ring*, pero perdía los estribos con facilidad si alguien osaba molestar a su hermano—. Recuerda dónde estamos. No queremos hacer una escena...

—Eso se lo hubieran pensado esos tipos antes de meterse con Alex —gruñó Richard, saliendo disparado al encuentro de su hermano.

Alex, con las manos cubriéndole el rostro, sollozaba en silencio. Un hombre, aquel con el que había estado bailando Lupita cuando fue interrumpido por Alex, lo zarandeaba por los hombros gritándole a todo pulmón, mientras un grupo de invitados lo observaban riendo a carcajadas.

—¡Me tiraste el vino encima, mi camisa está arruinada...! —gritaba el hombre en ese momento, cuando Richard lo cogió por el cuello y lo lanzó hacia atrás, antes de asestarle un puñetazo en la mandíbula que lo arrojó contra la pared.

—¡No te acerques a mi hermano! —rugió Chad, todos sus músculos tensos.

Se silenció la fiesta, algunas mujeres gritaron y otros salieron a la carrera dirigiéndose hacia el lugar de la pelea para rodearlos en un círculo de mirones curiosos.

—¿Quieres pelea, gringo? —El hombre, sobándose discretamente la mandíbula, se acercó a él—. ¡Pues venga, peleemos!

Richard esbozó una sonrisa ladeada mientras se recogía los puños de la camisa, dispuesto a concederle su deseo a ese cerdo. Le estaba dando la excusa perfecta para convertirlo en carne picada, como había querido hacerlo desde el primer instante que lo vio con las manos puestas sobre Lupita...

—¿Qué demonios está pasando? —El grito de Lupita fue lo único que lo detendría en ese momento.

Richard se volvió, ella se estaba acercando a él, llevando a Alex de la mano.

—¡Esto es inaudito! ¡No me puedo creer que seas capaz de esto!

Richard suspiró, asumiendo que sus excusas no bastarían para calmar su enojo.

Por la mirada que los invitados a la fiesta le dedicaban, esa gente estaba a dos segundos de echarlo de la fiesta a patadas. Sin embargo, Lupita pasó de largo a su lado y, para su sorpresa, fue a asestarle un tremendo bofetón al hombre de pie ante él.

—¡Lupita!, ¿pero qué estás haciendo? —Richard notó que una anciana chillaba. La reconoció enseguida, Irene Altamirano, la abuela materna de Lupita—. ¿Por qué golpeas a Fabián?

—Pídele una disculpa inmediatamente, Lupita —rugió una mujer, Lorena, la tía de Lupita y hermana mayor de Calita, por lo que pudo recordar Richard.

—¡Jamás! —Richard no pudo evitar sonreír, orgulloso de la terquedad de Lupita—. ¡Quiero que echen enseguida a este infeliz de mi fiesta!

—¡Es el nieto del gobernador! —Lorena ahogó un grito y, por la palidez de su rostro, parecía al borde del desmayo.

—Podrá ser el hijo del presidente, me da igual. ¡Nadie va a insultar a mi mejor amigo! ¿Me oyes? —Lupita se giró hacia el hombre, quien la miraba con una mezcla de sorpresa y enojo—. ¡Sal de aquí enseguida y nunca te atrevas a volver a dirigirme la palabra!

—¡No puedes hablarme así! No eres nadie...

—¡Lárgate! —rugió Lupita, dándole un empujón y, hasta ese momento, Richard se percató de que ella estaba realmente furiosa. Furiosa por el trato que Alex había recibido.

Fabián, rojo como un tomate por la vergüenza y el enojo, parecía a punto de reventar, como si la sangre se hubiera aglomerado en su cabeza toda a su vez, amenazando con hacerle estallar la tapa de los sesos.

—¡Nadie me va a insultar de ese modo! —exclamó el hombre, alzando una mano con la intención de abofetear a Lupita. Pero un fuerte brazo se interpuso, sujetándolo con tanta fuerza que el hombre perdió el equilibrio y resbaló.

—Ten cuidado con lo que haces, porque si le tocas un pelo a esta mujer, estás muerto —sentenció Richard, en su recién aprendido español.

—Ya lo escuchaste. —La voz de Zalo retumbó en el lugar y, al alzar la vista, Richard lo encontró de pie ante él, sus dos Colt en sus manos, apuntando al tipo—. Lárgate de aquí y no vuelvas a acercarte a mi familia.

Se hizo un silencio general que solo fue roto por el ruido que hizo el hombre al ponerse de pie y salir de la casa, dando zapatazos, furioso.

—¿Es que estás loco? —Lorena se volvió hacia Zalo—. Es el nieto del gobernador, ¿sabes lo que ese hombre puede hacernos?

—Nadie va a amenazar a mi hija y quedarse tan tranquilo.

—¡Ella lo insultó!

—¡Ese desgraciado fue el que insultó a mi amigo! —rugió Lupita, desembarazándose de los brazos de su madre, que intentaban contenerla.

—Querida, él ni cuenta se da...

—¡Como te atrevas a decir una tontería, te juro que te maldigo, tía! —siseó Lupita, fuera de sus casillas.

—Lupita, cálmate. —La voz de Calita sonó serena, a pesar de la tensión que se leía en su rostro.

—¿Has oído lo que me ha dicho? —Lorena se volvió hacia su hermana—. ¡Tu hija me ha amenazado con maldecirme!

—Te lo tienes merecido —sentenció Irene, la abuela materna, para sorpresa de su hija mayor, quien abrió tanto la boca que tapó sus tres papadas.

—No te preocupes, Lorena, tu sobrina no sabe hacer maleficios mortales —intervino la abuela Lupe—. A lo mucho, hará que te crezca más el trasero o se te agrande la verruga de la nariz.

—¿Cómo pueden tomarlo tan a la ligera? ¡Su hija es un monstruo! —Lorena chilló, soltando una sarta de palabrotas impropias para una dama, hasta que Calita le asestó una buena bofetada, silenciándola al fin.

—Monstruo eres tú, que no tienes corazón para ver el sufrimiento en un ser de corazón puro —siseó Calita, fulminando a su hermana con la mirada—. ¿Cómo puedes quedarte allí, defendiendo a ese patán, cuando hay un chico inocente llorando amargamente por lo que él le ha dicho? —Calita le dedicó una mirada de profundo desprecio a Lorena—. Me avergüenzo de llamarme tu hermana —concluyó, dándose la media vuelta para salir de allí, acompañada por la abuela Lupe.

Lupita, abrazando a Alex, las siguió, dedicándole una mirada llena de odio a su tía al pasar por su lado.

—Vámonos, hijo. —Zalo, acompañado por Lee, se situó al lado de Richard—. Nada tenemos que hacer aquí.

Richard siguió al hombre afuera de la casa, sintiéndose extraño como nunca en su vida. Deseaba estar al lado de Alex. Para su hermano, él siempre había sido su consuelo, sin embargo ese día su hermano no había acudido a sus brazos, como siempre, sino que se refugiaba en los brazos de Lupita...

Los vio en la carreta ante él, ella lo abrazaba y hablaba con Alex con el cariño que ni siquiera él habría sabido profesar en ese momento, embargado por la furia que sentía.

La familia Lobos los había defendido. Se habían puesto de su lado, cuando ni siquiera formaban parte de su núcleo. Apenas se conocían hacía unas cuantas semanas. Y los habían defendido. Ni siquiera su verdadera familia había hecho eso por ellos.

Richard se quedó pensativo, observando a su hermano reír al lado de Lupita. Su amor era tan sincero que era incapaz de observarlos con detenimiento. Como si de alguna forma temiera manchar con su presencia esa escena tan pura.

Los Lobos eran eso, personas de corazón puro. Los habrían defendido aunque no los conocieran. Eran la clase de personas que no permitían esa clase de injusticias.

Entonces supo con certeza lo afortunados que eran de compartir su vida con ellos, se sintió profundamente agradecido de poder formar parte de esa familia, de estar allí, porque realmente quería ser parte de esa familia. Cuando sus ojos se posaron sobre Lupita, quien lloraba en silencio, manteniendo a Alex estrechamente abrazado contra su hombro, supo, con toda certeza, que esa mujer debía ser suya.

Se ganaría el corazón de Lupita. Aunque tuviera que pasarse toda la vida en el intento.

Capítulo 14

A Richard le tomó varios minutos dar con Lupita. No la encontró en la casa grande, como había supuesto, por lo que debió recorrer un buen trecho de los alrededores antes de decidirse a ir a buscarla al mismo lugar donde una vez la había hallado: la antigua vivienda de sus abuelos. No se equivocó, el familiar sonido de los cuchillos al clavarse con fuerza contra la madera lo guio hasta ella.

Se acercó con sigilo, intentando no asustarla. Lupita lanzaba los cuchillos contra el blanco con su habitual destreza, absorta en lo que hacía. Enseguida, Richard notó que ella había estado llorando. Y por la forma en que se movía, lanzando los cuchillos entre gruñidos, estaba seguro de que ella seguía furiosa por lo de Alex.

—Buena puntería —dijo con voz firme, pero suave, intentando no alterarla. No fuera a ser que se diera la vuelta, con el cuchillo todavía en la mano, y en una de esas terminara clavado en su pecho.

—¿Qué cosa? —Lupita se volvió, visiblemente alterada. Richard notó que ella no se había percatado de su presencia—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Lupita apartó el rostro, secándose las lágrimas con rapidez con el dorso de la mano.

Él supuso que sería mejor no ir directo al grano, eso haría que ella se cerrara de banda, por lo que optó por una entrada más estratégica.

—Eres una buena lanzadora. Me gustaría saber con certeza si serías capaz de ganarme.

—¿Qué...? —Ella parecía todavía sumida en sus propios pensamientos y no le seguía el hilo de la conversación.

—Una vez dijimos que veríamos quién era el que tenía mejor puntería, ¿no es verdad?

—Oh... Es cierto. Lo había olvidado.

—¿Y bien?

—¿Quieres hacerlo ahora?

—¿Por qué no? Tengo mejor puntería con un rifle, pero creo ser lo suficientemente bueno con los cuchillos para no quedar mal parado. O al menos hacer una buena competencia contigo.

—Eso no basta, ¿para qué quieres competir en algo en lo que no eres diestro?

—¿Me podrías enseñar?

Ella suspiró, dejándose caer en una roca cercana y enterrando el cuchillo en la tierra.

—Chad, no te molestes, pero ahora no tengo ganas de nada.

Richard se aproximó a ella y se sentó a su lado en la roca. Ambos permanecieron en silencio, observando las estrellas sobre sus cabezas.

—He dejado a Alex dormido en mi habitación, el pobre estaba muy cansado y no tuve corazón para despertarlo —dijo ella de pronto, interrumpiendo la calma que los había envuelto en esos minutos—. Espero que no te importe.

—No, por supuesto que no. A él le fascina estar allí, tus juguetes lo enloquecen, en especial ese telescopio. Me ha contado que le has enseñado el nombre de todas las estrellas.

Lupita sonrió y su corazón se estremeció al verla.

—Es muy listo, conoce todas las constelaciones ya —contó ella, sin borrar la sonrisa de su rostro—. El alumno ha superado al maestro, tendré que encargarme un libro a la capital si deseo que me siga respetando como maestra.

—Eres muy amable por interesarte tanto en él. —Richard tomó su mano y la estrechó con suavidad. Ella se tensó, pero no la retiró.

—No soy amable, me gusta su compañía, es mi amigo, mi mejor amigo.

—Gracias, Lupita —le dijo Chad, mirándola a los ojos casi con devoción—. Gracias por ver en él al ser humano y no dejarte llevar por el exterior, como suele hacer toda la gente.

Ella frunció el ceño y se apartó ligeramente.

—Te dije que no tienes nada que agradecer.

—Es un halago, mujer, ¿no puedes aceptar uno de vez en cuando?

—Me resulta ofensivo que me agradezcas por ser amiga de Alex. No me agradecerías por ser amiga de Lee o de cualquier otra persona, ¿no es así? ¿Entonces por qué sí de Alex?

—Bueno... Alex es especial... —Él se encogió de hombros, sin ser capaz de encontrar las palabras adecuadas—. Mucha gente se siente incómoda a su alrededor, la mayoría ni siquiera se toma el tiempo de conocerlo, lo rechazan sin darle una sola oportunidad.

—Ellos se lo pierden —espató Lupita—. Yo no soy como ellos, eso tenlo por seguro.

—Eso lo sé... —Se acercó a ella, pero Lupita se alejó.

—Si más personas fueran como Alex, este mundo sería un sitio mejor —dijo casi con furia—. Y, sin duda, si todos tuvieran su corazón, este mundo no sería la mierda que hoy es.

—Lupita, no te amargues por lo que sucedió.

—¡Es tan injusto! —vociferó, apretando las manos en puños—. ¿Cómo pueden tratarlo así? ¡Él no hace ningún daño, es la persona más dulce y amable que pueda existir! —Las lágrimas corrían por sus mejillas al hablar, al tiempo que se movía de un lado a otro, incapaz de quedarse quieta.

—Es por eso que me siento agradecido contigo —le dijo Chad, tomándola por los hombros en un intento de calmarla—. Has visto en mi hermano más allá de las apariencias. Has visto en su corazón. —Con ternura acarició su rostro—. Nadie ha hecho eso antes, Lupita. Lee y yo somos todo para él, hasta que llegaste tú a nuestras vidas, por ello no puedo dejar de darte las gracias. Alex es una persona más feliz desde que está contigo. —Posó una mano en su mejilla, tocando su

frente con la suya—. Gracias por hacer feliz a mi hermanito.

Lupita se apartó, dirigiéndole una mirada mezcla de indignación y enojo.

—Yo disfruto de la compañía de Alex más de lo que puedo expresar —le dijo, no con rabia, pero sí con pesar—. Es mi mejor amigo. Y que me agradezcas por eso me parece una burla. Es tonto que lo hagas e incluso me ofendes. Soy yo quien se siente afortunada por estar con Alex.

—Lupita, no quise...

—Chad, no tienes idea de lo importante que Alex es para mí —lo cortó, hablando con viva voz—. Me sentía muy sola hasta que él llegó aquí... No sé qué haré si él llegara a marcharse. —Su voz se quebró y debió apartar la mirada de Chad—. Eso me romperá el corazón...

Richard se acercó a ella, posando ambas manos sobre sus mejillas, sin dejarla alejarse.

—¿Es por eso que has desistido en tu plan de echarme de aquí? —le preguntó, medio en broma, medio en serio.

Lupita rio, negando con la cabeza.

—Debo confesar que estaba enojada contigo, no estaba de acuerdo con que manejaras el rancho —admitió—. Sin embargo, nunca habría intentado echarte, eso habría ido contra la decisión de mi padre, y sería una falta de respeto hacia él. Es mi padre quien manda aquí, y es mi deber como su hija acatar sus decisiones. Puedo cuestionarlas, o estar en contra, pero jamás ir contra él. Eso sería deshonesto y ruin, nunca me lo perdonaría.

—Lamento que tengas que soportar mi presencia aquí, Lupita —le dijo él, sinceramente—. Te aseguro que mis intenciones han sido honestas. Todo cuanto deseo es ayudarlos... A ti, a tu padre, al rancho. —Inspiró hondo—. Haré cuanto pueda por sacarlo adelante.

Ella asintió, sonriendo abiertamente.

—Ahora pienso diferente. Creo que eres lo mejor que nos ha podido pasar. Realmente confío en que puedas rescatar a El Janto.

Él se aproximó más, sus narices rozándose antes de que él se inclinara aún más con la intención de tocar sus labios con los suyos, mas Lupita se apartó y se alejó, dándole la espalda.

—¿Te gustaría bailar?

Ella se volvió, dirigiéndole una mirada confundida.

—Pero si no hay música.

—No necesitas música, es tu cumpleaños, ¿no te basta el sonido de los pájaros?

—No seas ridículo —contestó Lupita, soltando una risita divertida.

—Anda, bailaste con el príncipe de tu abuela, ¿no puedes al menos darme a mí un baile?

—Ese engreído no es un príncipe —espetó ella, cruzándose de brazos.

—Lo defendieron como si lo fuera.

—Mi familia está loca. A veces estoy segura de que mi madre es adoptada. —Puso los ojos en blanco—. Ese hombre solo es el hijo del gobernador, pero bien podría serlo del demonio. En nada se parece a un príncipe como los que has de haber visto en tu tierra.

—De nariz alzada y muy engreído. —Chad hizo una mueca bastante divertida—. No veo gran

diferencia.

—La hay, créeme. Para comenzar, en algún momento habrá otro gobernador, pero los príncipes son para siempre.

—No si se convierten en reyes —explicó él, tomándola por la cintura para llevarla en un vals imaginario.

Ella rio, siguiéndole el juego en ese baile silencioso.

—A eso me refiero. La realeza es distinta... grandiosa, legendaria, elegante y sofisticada. No un simple gobernador de un pueblito.

—Veo que tomas muy en cuenta los títulos. —Él la miró fijamente—. Si llegara por estas tierras un hombre con un título de verdad, ¿caerías a sus pies como tus primas lo hacen con el gobernador?

Ella rio con ganas.

—Para empezar, serían mis primas las que caerían a sus pies. Un gobernador no es nada comparado con alguien con un título nobiliario.

—Pero aquí no valen nada.

—Eso no importa, es el renombre que conlleva.

—¿Y qué hay de ti?

—Supongo que sentiría curiosidad por conocerlo, pero nada más.

—¿No querrías casarte con él? ¿Convertirte en su princesa?

—Soy la hija de un hacendado, no soy una princesa.

—La joven de un pueblo remoto del Nuevo Mundo casada con el heredero legítimo de un título nobiliario y una gran fortuna, ¿no sería un cuento ideal?

—Tal vez, pero no para mí.

—¿A qué te refieres?

—Esos hombres poseen muchas responsabilidades, viajan por el mundo y delegan gran parte de sus obligaciones a otros. Alguien así ni siquiera se interesaría por el rancho, como lo haces tú... por ejemplo —añadió, como si temiera haber descubierto sus emociones.

Richard sonrió, inclinándose más a ella, mientras bailaban.

—Si llegara a considerar casarme, me gustaría hacerlo con alguien que se interese por mí y por mi vida —continuó ella—. Y una persona como la que tú mencionas nunca haría eso.

Él la miró, todavía sonreía, pero había cierto pesar en su sonrisa.

—Nunca digas nunca.

De pronto, una explosión rompió la calma de la noche, acompañada por la luz de los fuegos artificiales en el cielo.

—Es el día de la Virgen de Guadalupe —explicó Lupita, sonriendo bajo las luces—. La gente del pueblo debe estar festejando todavía. Suelen lanzar fuegos artificiales.

—Suerte para mí que también sea el festejo de tu llegada al mundo —le dijo él al oído, manteniéndola muy cerca de su cuerpo.

Ella alzó la mirada y sus ojos se toparon de frente, sus rostros estaban tan cercanos que podían sentir el calor del aliento del otro sobre sus labios.

—Feliz cumpleaños, Lupita —le susurró él antes de besarla con la pasión que lo había estado embargando desde el día en que la conoció.

Esta vez Lupita no retrocedió. Lo besó con la misma intensidad, regresándole el beso con idéntica pasión, deseándolo tanto como él. Chad exploró las comisuras de su boca hasta que ella se abrió a él, perdiéndose en ese beso. Él la saboreó con deleite, jugueteando con la lengua en los recovecos de su interior, grabándose su sabor en lo más profundo de su memoria. Las manos de Chad bajaron suavemente por su cuello, recorriendo la tersura de su piel hasta sus hombros, deleitándose con el placer que la cercanía de Lupita le provocaba. Con destreza, bajó la tela del vestido de sus hombros, vagando por su clavícula hasta liberar sus pechos. Lupita se tensó cuando su mano se posó en uno de ellos, masajéandolo con presteza, firmeza y suavidad, una sensación que la hizo derretirse como mantequilla entre sus brazos. Los labios de Chad bajaron por su barbilla hasta su cuello, dejando un camino de besos ardientes hasta apoderarse del pecho. Él metió el pezón en su boca, succionando con fuerza. Lupita lanzó un gemido de placer, se arqueó en sus brazos hacia él, clavó los dedos en su pelo y lo acercó más a su cuerpo.

De algún modo, ambos cayeron sobre la suave hierba del bosque, sumidos en besos y caricias casi desesperadas. Lupita buscó a tientas los botones de su camisa y terminó por tirar de la tela. Quería sentirlo, sentir su piel, sentirlo contra sus pechos desnudos. Chad la ayudó, se quitó la camisa por la cabeza y enseguida ambos estuvieron unidos, piel con piel, deleitándose con el calor del otro.

Chad la besó una vez más, ahuecando una mano en su pecho al tiempo que la otra vagaba por sus piernas, buscando la manera de liberarla de la tela. Y entonces, como si la razón la hubiera golpeado de pronto, Lupita lo apartó y se puso de pie, acomodándose las ropas.

—Esto no está bien —gimió, sus ojos llenos de algo similar a la desesperación—. Yo no... Ahanu.

—Lupita, está bien. —Chad intentó acercarse, pero ella lo rechazó.

—¡No! —Ella sollozó, llevándose una mano al pelo, que caía libre sobre sus hombros—. ¿Qué he hecho?

—Lupita, ¡Lupita! —Pero fue en vano, ella ya corría de vuelta a su hogar.

Al volver a casa esa noche, cabizbajo y con la camisa hecha pedazos, Richard se sentía derrotado. Sin detenerse a mirar a su alrededor, se llevó un enorme sobresalto al hallar a Lee sentado en la mesa del comedor, aguardando por él.

—¿Qué ocurre? —preguntó, poniéndose en alerta enseguida. Lee solía adoptar esa postura solo cuando algo grave pasaba.

Lee le alargó un sobre que había mantenido sobre la mesa.

—Esto ha llegado hoy desde el puerto.

—¿Qué es? —preguntó Chad, frunciendo el ceño al fijar la vista en la letra escrita en el sobre con su nombre falso.

—Te he estado esperando para averiguarlo.

Chad se sentó a su lado y lo abrió. Sus ojos se iluminaron al percatarse de que era una carta de su amigo Jack; sin embargo, la sorpresa mezclada con el asombro aparecieron en su mirada, reemplazando todo rastro de alegría.

—¿Y bien? —preguntó Lee, impaciente—. ¿Qué dice?

—Es de Jack. —Richard carraspeó, aclarándose la garganta—. Dice que un abogado de Londres se ha puesto en contacto con él. Al parecer, fue contratado por la familia de mi madre antes de su muerte. Quiere encontrarnos a Alex y a mí.

—¿Para qué? —La misma turbación apareció en la mirada de Lee.

—Desea protegernos. —Sus ojos estaban completamente abiertos cuando se posaron sobre Lee—. Dice que mi madre nos ha dejado en herencia una fortuna oculta por parte de su familia, desea que nos reunamos para que podamos reclamarla, que volvamos a la vida pública y así conseguir detener las mentiras de Harold.

Lee abrió los ojos tanto como él.

—Eso sería... magnífico, Richard.

—Lo sería, sin duda —asintió—. Pero ¿cómo podré saber si es verdad?

—No lo sé... Supongo que deberás arriesgarte. —Se encogió de hombros—. ¿Dice algo más?

—Sí... —Richard asintió, fijando la vista en el papel en su mano—. Quiere restituirle a Alex su título.

—Bueno... eso supongo que deberían discutirlo en el momento. Pero creo que son excelentes noticias, hijo.

—No lo sé... No quiero arriesgarme, Lee. ¿Y si fuera una trampa de mi hermano?

—Deberás averiguar más, no puedes darlo por sentado. Tu madre provenía de una excelente familia, es completamente posible que ella haya contratado a alguien para ayudarte en un futuro, conociendo a tu padre y el estado de Alex... No lo sé, hijo, tal vez esta sea la oportunidad por la que hemos estado rezando. Quizá realmente pueda restituir a tu hermano como conde, y tú estarías dentro de la alta sociedad londinense una vez más.

—No sé si quiero eso, Lee...

—Deberás pensarlo antes de hacer nada, en ese caso.

—¿A qué te refieres?

—A Lupita, por supuesto.

—No entiendo qué tiene ella que ver en esto...

—Una joven sencilla de un pequeño rancho en México no creo que sea la esposa ideal de un caballero de la alta sociedad de Londres.

—Eso no me interesa.

—¿Pero a ella?

Richard se quedó en silencio, meditando en las palabras de Lee. No sabía qué pensaría ella si llegara a descubrir quién era en realidad... No después de lo que dijo esa noche.

Capítulo 15

—Lupita, tu padre pregunta si quieres acompañarme al pueblo y dice que tú sabes lo que eso significa.

Lupita alzó la vista de las cebollas que cortaba y la fijó sobre Chad. El intenso color carmín apareció en sus mejillas una vez más, como lo había hecho en cada ocasión en que ella se había dignado a verlo en los últimos días. Lo que había ocurrido con bastante poca frecuencia, pues ella había hecho un trabajo magnífico evitándolo.

—Que no es una pregunta —ella refunfuñó, lanzando un último puñado de cebollas picadas a la olla que humeaba en el fogón.

—¿Necesitas que te ayude a terminar con eso?

Ella le dirigió una mirada escéptica.

—No sabía que los boxeadores fueran capaces de picar cebollas sin soltarse a llorar.

—Somos más rudos de lo que la gente supone. —Él sonrió, pero ella no le devolvió la sonrisa.

—Estoy bien, gracias —masculló, dando vueltas a la olla—. Terminaré en un par de minutos.

—Bien, como quieras. —Él apartó una silla de la mesa y se sentó cerca de ella.

—¿Qué estás haciendo?

—Esperar.

—Puedes esperar afuera de la cocina. No tienes que vigilarme, no iré a ninguna parte.

—Entonces lo admites.

—¿Qué cosa?

Él alzó los brazos, dejando en claro lo obvio.

—Me has estado evitando.

—No es verdad —masculló, volviendo a la olla e intentando aparentar que el color que sentía encender sus mejillas era ocasionado por el calor del vapor.

—No tiene caso que mientas, Lupita.

Ella caminó de vuelta a la mesa y comenzó a picar zanahorias, evitando en todo momento su mirada.

—No estoy mintiendo, solo he estado ocupada —dijo en un tono un tanto esquivo, tomando las zanahorias para llevarlas a la olla.

—Lupita, ya basta de esto. —Él se interpuso en su camino—. ¿Qué problema tienes conmigo?

—Ninguno —ella contestó secamente—, salvo que me besaste.

—¿Todo esto es porque te gustó que te besara?

Ella le dirigió una mirada llena de indignación.

—Nada más lejos de la verdad. —Intentó apartarse, pero él volvió a cerrarle el paso.

—¿Vas a decirme que no te gustó ni un poquito?

—Déjame en paz ¿quieres? Se está quemando el guisado. —Lupita lo hizo a un lado, evitando que su voz sonara tan alterada como ella se sentía.

—Lupita, por favor, no intentes apartarme. —Él posó una mano sobre su hombro—. Lo que pasó entre nosotros no fue...

—¿No fue qué cosa, Chad? —Ella lo miró de una forma que lo hizo estremecer—. Alex me contó que has estado con tantas mujeres que ni siquiera es capaz de recordar el número.

—Lupita, tú no eres una de esas mujeres.

—Precisamente por eso estoy enojada... ¿Cómo pude ser tan tonta para permitir que tú...? —Se llevó una mano a la cara, ocultando la vergüenza que sentía.

—Lupita, por favor, escúchame. —Él la agarró por la cintura y la giró hacia él—. Lo que estás pensando no podría estar más lejos de la verdad. Tú eres importante para mí. Lo que pasó entre nosotros fue muy especial...

—¿Eso le decías a todas las mujeres? —Ella se apartó—. ¿Es así como las convencías para que cayeran rendidas en tus brazos?

—¡No! Lupita, no puedes creer eso de mí...

—Es lo que creo. —Ella tomó el cuchillo con demasiada fuerza y él temió por un segundo que fuera a lanzárselo—. Es lo que sucedió. No intentes negarlo.

—Lo niego, porque no es verdad...

—Y yo fui demasiado estúpida para caer en tu jueguito... —continuó, sin escucharlo.

—Ya basta. —Él la tomó por los hombros y la giró hacia él, obligándola a que lo viera a los ojos—. Lupita, te aseguro que lo que sucedió ayer entre nosotros ha sido lo más importante que me ha pasado desde que llegué a este país. No puedo cambiar mi pasado, pero te aseguro que el hombre que era en aquel entonces en nada se parece al que soy ahora. Tú eres especial para mí... Yo... Yo te quiero.

Ella lo miró a los ojos, incapaz de creer completamente en sus palabras, pero algo en su mirada, algo en el brillo de sus ojos le hizo saber que ella deseaba creerle. Y ese algo fue lo que lo impulsó a tomarla por la cintura y besarla.

Ella se sorprendió, pero enseguida lo abrazó, fundiéndose con él en ese beso. Y justo cuando Richard comenzaba a pensar que ella finalmente había dejado caer las barreras y se entregaría a él, Lupita se apartó bruscamente.

—Te dije que no quiero que hagas eso.

—Eso nunca lo dijiste —él debatió, volviendo a abrazarla—. Y por lo que me diste a entender con tu respuesta, quieres que continuemos en donde nos quedamos.

—¡Estoy hablando en serio! —Lo apartó de un empujón—. Mantente lejos de mí, Chad Collin, o te juro que te corto las pelotas.

—Lupita, por favor...

—Lupita, ¿te ha encontrado ya Chad...? —Zalo entró en ese momento en la cocina—. Oh, pero si están aquí. —Sonrió—. Hija, por favor acompaña a Chad al pueblo. Han llegado las cosas que has encargado para la escuela y me gustaría que fueras a dejarlas. Danielle te estará esperando para que juntas las distribuyan entre los niños.

—No hay problema, papá. —Ella ni siquiera apartó la vista de los chiles que cortaba en ese momento.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó Zalo, estudiando a ambos jóvenes, notando la tensión que había entre ellos.

—No, nada. —Lupita sonrió, revolviendo el guiso con cuidado—. Chad me daba su punto de vista del guisado que estoy preparando.

—¿Ah, sí? —Zalo los miró severamente, no convencido del todo.

—Ajá... Anda, Chad, prueba esto. —Lupita llevó la cuchara colmada del espeso caldo a los labios de Chad—. Dime qué te parece.

Él lo saboreó con placer, estaba delicioso... y picante. ¡Muy picante!

—¡Oh, Dios...! —Tosió con fuerza, llevándose una mano a la boca.

—¿Ocurre algo, Chad? —Ella le dedicó una falsa mirada de preocupación—. ¿Es que no te ha gustado lo que he preparado con tanta dedicación toda la mañana?

Chad tosió más fuerte, intentando calmar el ardor que sentía en la boca y la garganta, así como las lágrimas que no dejaban de inundar sus ojos.

—Está muy bueno —alcanzó a comentar—. De verdad... Me encanta...

—Espero que no esté demasiado condimentado para ti. —Lupita esbozó una sonrisa angelical—. Los hombres que no son de aquí suelen dar por sentado que la comida de estas tierras es del todo agradable y fácil de masticar, cuando suelen ser más de lo que su endulzado paladar puede soportar.

Richard le dirigió una mirada fulminante, comprendiendo de lo que ella le hablaba.

—Por el contrario, me ha parecido el más exquisito bocado —contestó, del mismo modo, intentando dominar en lo posible el deseo de toser—. Creo que podría acostumbrarme a comer esto por el resto de mi vida, sin detenerme a pensarlo.

Ella frunció el ceño, apartando el rostro, enojada. Sus mejillas se habían encendido al rojo vivo, aunque él no pudo distinguir si era por el enojo o aquel efecto que él solía ocasionar en ella... Tal vez, ambos.

—Chad, hijo, toma un poco de leche. —Zalo le alcanzó un vaso lleno del líquido—. Esto te ayudará.

Chad no se lo pensó dos veces. Tomó el vaso que Zalo le ofrecía y se lo bebió en dos tragos. Fue magnífico, la leche calmó bastante el picor. Al menos para que dejara de sentir que se había

tragado un carbón ardiente.

—Eso no es nada, espera a que haga el mismo efecto cuando termine su recorrido por el intestino...

—¡Lupita, ya es suficiente! —Zalo la reprendió, hablándole en español—. No sé qué te ha hecho enojar ahora, pero sin duda no resolverás nada intentando matar a este hombre con dosis extra de chiles en su comida. Ahora ve a alistarte, Danielle está esperando la mercancía para la escuela.

Lupita frunció el ceño y salió de la cocina a paso apurado, bastante enojada todavía.

—Eso no ha salido muy bien, ¿no es verdad? —preguntó Chad, bebiendo un segundo vaso de leche.

—Creo que vas bastante bien. —Zalo le dedicó una sonrisa complacida—. Si te contara la de veces que Lupita estuvo cerca de envenenar a Ahanu con la comida.

—¿Es en serio?

—Por supuesto. Ella no actúa así a menos que se sienta amenazada. Y tú debes ser una gran amenaza...

—Yo nunca he querido que ella me vea como una amenaza...

—Pues lo eres, m'ijo, y lo continuarás siendo si deseas ganarte su corazón. Es esa la amenaza que ella ve en ti, te estás acercando demasiado a su punto vulnerable, más allá de los muros que ha construido alrededor de su corazón.

Capítulo 16

Richard se sentía a punto de perder los nervios. Habían hecho el viaje al pueblo, recogido el encargo y ya estaban descargando las cajas frente a la escuela de El Janto, y en todo ese tiempo, Lupita no se había dignado a dirigirle palabra más que para lo esencial.

—¡Hola, Lupita! —Una alegre mujer de cabello azabache y rostro sonrosado y alegre salió a su encuentro—. Me alegra que al fin hayan llegado las cosas para los niños. Nos hacían mucha falta.

—Lo sé. Perdona la demora, hemos tenido algunos problemas para financiar los libros... —Lupita admitió con cierta tristeza en la voz.

—No tienes que decirme más, ya es bastante con que otorguen a la escuela todo lo necesario para los niños. Sin duda, sus padres no podrían costearlo... Oh, hola, disculpe, no lo había visto —la mujer se dirigió a Richard, quien en ese momento se acercaba con una caja en los brazos.

—Lo siento, se me ha ido la cabeza. Danielle, te presento a Chad Collin, es el nuevo capataz del rancho. —Lupita se dio prisa en presentarlos, avergonzada por su falta de educación al no haberlo hecho desde un principio—. Chad, ella es Danielle Hamilton, la maestra de la escuela, mi mejor amiga e hija del socio comercial de mi padre.

—Es un placer conocerla, señorita —Chad dijo en un español bastante forzado pero comprensible.

—Igualmente, señor Collin —contestó ella en inglés.

—¿Habla mi idioma?

—Mi padre me lo enseñó —la mujer asintió—. Conmigo puede hablar con libertad, cualquier cosa que necesite en el rancho, no dude en hacérmela saber.

—Se lo agradezco mucho, señorita. Es usted muy amable —contestó Chad, dirigiéndole una sonrisa que habría sido capaz de derretir un iceberg.

Lupita frunció el ceño, sintiendo una ola de celos quemando en su interior como nunca le había sucedido antes.

—Chad, puedes llevar esas cajas al interior de la escuela —Lupita intervino en la conversación, jalándolo por la manga en un gesto casi infantil—. No querrás agotarte cargando esos libros.

—Estoy bien, no te preocupes. En ocasiones son útiles los músculos de un boxeador descerebrado —dijo en tono mordaz, encogiéndose de hombros.

—¿Era usted boxeador, señor Collin?

—Oh, sí, y bastante bueno, aunque suene mal mi falta de modestia.

—Los seres de la Tierra no fueron dotados con humildad —espetó Lupita, cruzándose de brazos, molesta—. Sin duda podrás contarle a Danielle tus andanzas luego, se hace tarde y debemos descargar la carreta.

—Por supuesto que sí, mil perdones por retrasarlos en su labor —Danielle se disculpó sinceramente—. Henry ha venido conmigo hoy para ayudarme a guardar las cosas en los estantes. Lo llamaré para que lo ayude a cargar las cajas, señor Collin. Sin duda es fuerte, pero no quiero agotar sus energías a tan temprana hora del día, cuando aún debe cumplir sus labores en el rancho.

—Sin duda —contestó Lupita, con una sonrisa mordaz.

—¿Henry? —Chad la cuestionó, arqueando una ceja.

—No te preocupes, Chad, es un anciano ayudante de Joe, no creo que te haga competencia.

Chad sonrió, acercándose a ella para preguntarle:

—¿Estás celosa, de casualidad?

—¿Por qué habría de estarlo? —Ella apartó la mirada—. Henry habla inglés, así que no digas ninguna tontería en su presencia, como hiciste conmigo en el pueblo.

—No pensaba invitar a Henry a salir, si es lo que temes.

—Hablaba de ponerte en ridículo. —Una vez más, la sonrisa socarrona apareció en sus labios y él deseo borrarla de su rostro con un beso.

El sonido de una carreta los distrajo. Ambos se volvieron para ver llegar a Calita y a la abuela Lupe en una carreta, acompañadas por un par de peones y Alex, quien sonreía de oreja a oreja.

—¡Lupita! —gritó, saltando de la carreta antes de que se detuviera.

—¡Alex, ten cuidado o te vas a partir el cuello! —gritó Richard, asustado.

—¡Alex, qué alegría verte! —Lupita corrió a abrazarlo—. Al fin algo bueno en este día.

—Alex, santo Dios, ¿cuántas veces te tengo que repetir que esperes a que la carreta se detenga antes de bajar de ella?

—¿Quieres dejarlo en paz? No es un bebé —lo reprendió Lupita.

—Es mi hermano y yo he cuidado de él desde que tengo memoria, así que haz el favor de no entrometerte.

—Alex es mi amigo y lo que le digas me importa, así que me meteré cuanto me dé la gana...

—¡Ya basta! —Alex gritó, interviniendo entre ambos—. No peleen.

Lupita y Richard se miraron en silencio, las respiraciones de ambos alteradas y sus ojos tan encendidos que sacaban chispas.

—Alex tiene razón —intervino la abuela Lupe, que ya había bajado de la carreta y los observaba con el ceño fruncido, mientras Calita intentaba comprender por qué ambos estaban peleando, otra vez. Últimamente Chad y Lupita peleaban en todo momento, si no es que se estaban ignorando mutuamente—. Ambos deberían hacer las paces y darse un beso como buenos amigos.

—¿Qué? ¡Los amigos no hacen eso! —siseó Lupita, pero Alex ya aplaudía, contento con la

idea.

—¡Sí, beso! ¡Dense un beso y salden la paz!

—¡Yo no voy a...! ¿Qué estás haciendo?—Lupita gritó cuando Chad la tomó por la cintura y le plantó un beso en la mejilla.

—Listo —espetó, soltándola tan rápidamente como la había abrazado—. ¿Contento, Alex? Ya debo volver a trabajar.

—Eso fue muy rápido. Hazlo otra vez, quiero verlo.

—Hablaré con usted cuando llegemos a casa —sentenció Chad, dirigiéndole a su hermano una mirada de advertencia—. Ahora espera con doña Calita y la abuela Lupe mientras yo trabajo —le ordenó antes de alejarse hacia la escuela con la caja de libros que había dejado en el piso antes de besar a Lupita.

—¿Qué ha sido todo eso? —preguntó Calita, aunque por la sonrisa en su rostro, era claro que entendía.

—Nada, mamá. —Lupita frunció el ceño—. Oh, bien, allí vienen Danielle y Henry. Alex, vamos a ayudar adentro de la escuela, ¿quieres?

—¿Podemos jugar a la rayuela? —cuestionó Alex, mirando con ensoñación a unos niños jugando cerca.

—Debemos ayudar, Alex...

—Está bien que vayan a jugar —intervino la abuela Lupe—. Podemos arreglárnoslas entre tu mamá, Danielle y yo. Vayan a jugar, chicos.

Antes de darle oportunidad de responder, Alex saltó de alegría y, tomando de la mano a Lupita, la llevó hasta el sitio donde los niños jugaban.

Richard acababa de descargar la última caja y se pasaba un pañuelo por el cuello sudoroso, mientras observaba a Lupita jugando con los niños. Alex la acompañaba y no dejaba de reír feliz como uno más de los niños. De alguna manera, ella había conseguido que los pequeños los aceptaran en su diversión y compartían la misma algarabía y alegría de ellos.

Si los adultos fuesen así de fáciles de convencer para aceptar a alguien diferente como un igual...

Richard se sorprendió sonriendo. Sin duda, la alegría de Lupita era una de las características que más le encantaban de ella, esa fuerza y voluntad que nunca vio en otra persona, esa alegría por vivir... Todo en ella lo empujaba a querer sentirse más cercano a esa mujer increíble, a compartir cada momento de su vida, esa alegría que era tan contagiosa como el calor del sol del verano.

—No se haga esperanzas con ella, patrón. —Richard se sorprendió al notar a Henry a su lado. No se había dado cuenta de que se había acercado, demasiado fascinado como estaba con Lupita—. Lupita Lobos es sin duda la mujer más hermosa de Veracruz, pero su corazón ya fue dado hace mucho —le dijo el hombre, sin notar el enfado en el rostro de Chad al saberse descubierto.

—Bien podría volver a darlo, si ya se lo han regresado —contestó él, dejándose llevar por la conversación. No iba a venir cualquier hombre desconocido a decirle lo que podía o no podía

hacer. Y menos si tenía que ver con Lupita.

—Otro terco que terminará dándose tumbos contra la pared. —Bufó el hombre, negando con la cabeza.

—¿A qué se refiere?

—Lo he visto en cientos de ocasiones. La gente murmura sobre ella. Dicen que siente tanto dolor que se pasará la vida esperando por el hombre que se llevó su corazón.

Richard frunció el ceño tanto que el hombre a su lado retrocedió un paso, temeroso.

—No debería repetir las habladurías de la gente. No cuando no sabe con certeza de lo que está hablando y cuando puede perjudicar la reputación de una dama.

—Era el hijo de mi patrón —contestó el hombre, con voz firme—. Ahanu, su prometido. Lupita iba a casarse con él, pero el muchacho murió hace tres años y, desde entonces, ella no se ha vuelto a fijar en ningún otro hombre. Hágame caso, joven. —El hombre lo palmeó en el brazo, con un gesto de sincera preocupación—. No pierda su tiempo poniendo en riesgo su corazón. No será el primero ni el último al que ella termine rompiéndoselo en pedazos.

—Usted no tiene idea de lo que habla. —Chad se apartó de él, furioso—. Y más le vale no hablar así de Lupita en mi presencia, si no quiere que le haga pagar caro las consecuencias.

—No es mi intención ofender a la dama, se lo aseguro. Lupita es una muchacha excelente, sin duda. Pero ella no volverá a amar mientras viva. No pierda su tiempo —concluyó el hombre, alejándose de Chad.

Richard volvió a la carreta, sintiendo que la furia lo dominaba. Deseaba darle un puñetazo en la boca a ese hombre y hacerlo arrepentirse de sus palabras.

—Oye, Chad, ¿quieres jugar *rugby*? —Alex le preguntó a gritos—. He traído mi balón.

Chad observó a Lupita de pie, a su lado, ella lo miraba fijamente, aguardando su respuesta. Seguramente por su postura, la nariz altiva y los brazos cruzados en el pecho, estaba convencida de que él se negaría.

—Me encantaría —contestó con decisión, saltó de la carreta y se dirigió al campo de juego, decidido a darle una lección. No iba a actuar como ella esperaba.

—Chad, colócate por allí; Lupita, tú bloquéalo; niños, ustedes ayuden —Alex dio las instrucciones a toda velocidad. Los pequeños no parecían entender una palabra, pero igual se movieron, saliendo a la carrera contra él.

Richard apenas tuvo oportunidad de recoger el balón antes de que Lupita apareciera frente a él con la intención de bloquearlo. Ambos forcejearon, pero él consiguió librarse y anotar, para enfado de ella.

—Al fin ha llegado alguien que te gana en los juegos —dijo un chiquillo de no más de cinco años.

Lupita frunció el ceño, apretando el morro como una niña pequeña.

—¡Otra vez! —rugió Lupita, colocándose en posición para comenzar una nueva jugada.

Alex lanzó el balón y ella lo atrapó en el aire, ganándole a Chad en la jugada. Antes de darle

oportunidad de reaccionar, ella salió a la carrera, esquivando a la horda de chiquillos que la perseguían y anotó un punto a su favor.

—Uno a uno —gritó, dedicándole a Chad una mirada de reto que él respondió del mismo modo—. ¡Otra vez, Alex! El siguiente punto gana la partida.

Alex obedeció y lanzó el balón. Lupita corrió a toda velocidad para cogerlo, al mismo tiempo que Chad, y ambos chocaron en el aire. Lupita lanzó un quejido de dolor al caer sobre el césped, pero apenas notó el dolor en su brazo. Chad había caído con ella y se encontraba encima, su rostro muy pegado al suyo.

—¿Te has hecho daño? —preguntó, apartándose con rapidez para observarla con detenimiento.

—Estoy bien —contestó Lupita, intentando aparentar normalidad, y no la turbación que su cercanía le provocaba. Al sentarse, lanzó un quejido de dolor, llevándose una mano al brazo adolorido.

—Dame tu brazo, quiero examinarlo.

—¿Ahora eres médico?

—¿Alguna vez puedes hacer algo sin quejarte, mujer? —le preguntó en un tono que no alcanzó a ser de enfado por la preocupación.

Lupita accedió, alargándole el brazo adolorido. Chad posó ambas manos sobre su piel, acariciándola con suavidad y cuidado. Ella apretó los labios, apenas consciente de las punzadas de dolor que sentía cuando él la tocaba en ciertos lugares del brazo.

—No está roto, pero creo que deberías descansar, puede que te hayas lastimado un músculo —le dijo él, sin apartar las manos de ella.

Un disparo rompió el encanto del momento. El sonido de cascos los puso en alerta. Los niños salieron corriendo a la escuela, de donde ya se asomaban Danielle, Calita y la abuela Lupe, acompañadas por Henry.

—Ve a la escuela, Lupita —le ordenó Chad, desenfundando sus armas.

—Ni loca —contestó ella, poniéndose de pie a su lado.

—¡Lupita, obedece! —rugió Richard—. Y lleva a Alex contigo.

Lupita observó a Alex, quien miraba a los hombres armados a caballo que corrían hacia ellos con evidente pavor.

—Alex, está bien, tranquilo. Vamos a la escuela, todo va a estar bien. —Lupita lo abrazó, intentando llevarlo con ella, pero Alex no se movió. Los hombres ya estaban allí y Alex no dejaba de observar a su hermano con preocupación.

—Chad... —musitó, incapaz de articular otra palabra.

—Yo veré que no lastimen a Chad, tranquilo —le dijo ella, abrazándolo fuerte en un intento de consolarlo. Alex no dejaba de temblar, observando a los hombres que los rodeaban con ojos agrandados.

—Lupita Lobos, qué bonita estás hoy —uno de los hombres, Fernando García, el hijo mayor de su molesto vecino, se dirigió a ella—. Es una lástima que pierdas tu tiempo con un gringo

desabrido.

—Lo que yo haga con mi tiempo no es de tu incumbencia, García —espetó ella—. Ahora tú y tu gente salgan de mi rancho antes de que los eche de aquí a patadas.

—Me gustaría verte intentarlo —contestó él, socarrón, haciendo reír a sus hermanos y a los peones que lo acompañaban.

—Ya han oído a la dama —Richard intervino, colocándose a su lado, sus dos Colt en las manos—. Lárguense.

—Has aprendido español, gringuito —dijo el hombre en tono jocoso—. Suenas como un ganso aprendiendo a hablar —se burló, haciendo reír a su gente otra vez.

—Él sonará como un ganso, pero tú tienes el cerebro de uno —rugió Lupita, furiosa—. A ver si entiendes, pedazo de imbécil, ¡sal de mi tierra, no te lo volveré a repetir!

El hombre dejó de reír, dedicándole a Lupita una mirada furiosa.

—Tu padre va a perder el rancho, estas tierras no serán por mucho tiempo tuyas, mujer. No deberías alzarte tanto, sabes que tomamos lo que queremos y cuando lo queremos. —Sus ojos destilaban lujuria—. Será mejor que convenzas a tu padre de venderlo de una vez, antes de que un accidente le ocurra a él... o a ti.

—¡No te atrevas a amenazarlo! —La voz de Lupita se vio silenciada por el sonido de un balazo. El sombrero de Fernando García salió disparado de su cabeza.

—El lenguaje de mi arma es más claro que el de mi voz —dijo Chad, a su lado, su arma apuntaba a la cabeza de García—. Vuelve a insultar a la dama y lo siguiente que volará será tu cabeza.

—Gringo estúpido, ¡mi gente te matará antes de que puedas recargar!

—No necesito recargar, ya estoy listo para volarte la tapa de los sesos. Tu gente podrá matarme, pero no dudes de que, antes, te habré matado yo. Y terminaremos esto en el Infierno.

Un músculo saltó en la morena tez de García antes de hacer un gesto a su gente para que bajaran sus armas.

—No vale la pena, larguémonos de aquí. El mensaje que vinimos a dar ha quedado claro, y si eres inteligente, Lupita Lobos, se lo harás llegar a tu padre. Seremos benevolentes con ustedes si aceptan el trato, a la familia se la trata bien, después de todo.

—No somos familia, imbécil.

—Lo seremos cuando te cases conmigo, preciosa.

—Antes muerta, pedazo de escoria mal nacido...

—Has oído la respuesta de la dama, ¡ahora lárgate o cumpliré la promesa de llevarte conmigo a la tumba en este mismo instante! —amenazó Chad, harto de las altanerías de ese tipo.

El hombre dio una orden con la mano, y los caballos salieron al galope. Pero no se alejaron, los rodearon en círculos, levantando nubes de polvo al tiempo que reían a carcajadas, buscando amedrentarlos. Los latigazos se hicieron oír, Lupita vio con horror cómo fustigaban a Chad.

—¡Ya basta! —rugió, apartándose de Alex para ir en su auxilio.

Pero enseguida un fuerte brazo la sujetó por la cintura y la alzó sobre el lomo de su caballo.

—Ahora sí, Lupita Lobos, vas a aprender a obedecer...

Lupita no respondió, ya había sacado el cuchillo de su bota y le rebanó limpiamente la garganta a Fernando García. El hombre no emitió sonido alguno, el único ruido fue el gorgoteo de la sangre manando de su garganta.

Se escucharon balazos y el sonido de cascos de caballos. Zalo, Lee y varios hombres se acercaban al galope, ahuyentando con su llegada a los invasores.

Lupita se desembarazó del brazo de Fernando, que todavía la mantenía sujeta en un rictus mortal, y bajó de un salto del caballo para ver a Román García apuntando su arma contra Chad. Sin detenerse a pensarlo dos veces, tomó el segundo cuchillo que mantenía oculto al cinto y lo lanzó contra el hombre, dándole justo en el centro del pecho.

El rostro de Román se puso blanco al tiempo que una mano temblorosa se dirigía a su pecho, con una mirada de incredulidad.

—¡No! —gritó una voz a todo pulmón. Hugo García, el tercer hermano, el que la había acosado en el restaurante, alzó el rifle, pero una bala le dio en la cabeza en el mismo momento en que se disponía a disparar.

Lupita observó con asombro a Chad, que disparaba contra los otros atacantes, al tiempo que corría hacia ella.

—¡Corre! —le gritó, disparando mientras llevaba a Lupita y a Alex tras un tronco para guarecerse de las balas.

Su padre les dio alcance y ellos se hicieron cargo de ahuyentar a los hombres que quedaban sobre sus monturas.

—¿Estás bien? —preguntó Chad, mirándola de reojo, sin dejar de prestar atención a su alrededor—. ¿Te hicieron algo?

—No, pero tú estás sangrando...

—Estoy bien. —Él se volvió hacia Alex—. Hermano, ¿cómo te encuentras? Alex... ¡Alex!

Lupita se volvió y el corazón se le encogió. Alex, a su lado, lucía sumamente pálido, una mano pegada a su pecho.

—¡Dios, no...! ¿Le han disparado? —preguntó Lupita en un susurro aterrado.

Chad se abalanzó sobre Alex, abrazándolo mientras se desplomaba. Buscó a tientas en el cuerpo crispado de su hermano, pero él no tenía evidencias de haber recibido disparo alguno. Sin embargo, mantenía una mano pegada a su pecho, el dolor retorciendo las facciones de su hermoso rostro. Y entonces Richard recordó. Había visto eso antes. El día en el que su padre sufrió el infarto al corazón.

—¡Traigan un médico, rápido! —rugió, abrazando a su hermano—. Todo va a estar bien, Alex, ¿me escuchas, hermano? ¡Alex! ¡Alex!

Capítulo 17

Lupita, sentada al lado de la cama de Alex, velaba su sueño. Gracias al cielo se veía tranquilo, el dolor se había apaciguado y el dulce joven descansaba en completa calma. Incluso una sonrisa curvaba sus labios, como si disfrutase de la canción de cuna que Lupita le cantaba mientras acariciaba con suma dulzura sus rubios cabellos.

—¿Cómo se encuentra? —Chad entró en la habitación, sus ojos fijos sobre su hermano.

—¡Chad! —Lupita gritó y saltó a sus brazos, envolviéndolo en un fuerte abrazo antes de alcanzar a dominar sus emociones—. Dios santo, estaba tan preocupada... ¿Estás bien?

Chad la abrazó también, hundiendo la cabeza en sus perfumados cabellos negros, aspirando el aroma a lilas que desprendía. Sin embargo, la preocupación por su hermano era mayor que la necesidad de tenerla abrazada contra su cuerpo. Con lentitud se apartó de Lupita y se acercó a la cama de Alex. Notar el vaivén rítmico de su pecho al respirar le dio un poco de tranquilidad, aunque todavía no se sentía seguro. Antes de partir a la comisaría de la policía junto con Lee y Zalo, su corazón se había quedado al lado de su hermano. Confiaba en Lupita y su familia para cuidar de su hermano, de otra forma nunca se habría marchado a atender la necesidad que urgía. Prefería encontrarse prófugo una vez más que separarse de su hermano en sus últimos momentos. De no haber sido porque ellas le aseguraron que su hermano se repondría, no se habría apartado de él de ningún modo. No obstante, la preocupación por él apenas lo mantuvo cuerdo al contestar las preguntas del comisionado de policía del pueblo. Gracias al cielo que Lee, Zalo y el comisionado conocían los planes de los García, si no se habría visto en un aprieto ante los constantes ataques y amenazas del padre de los García, quien estaba furioso por la muerte de sus tres hijos. El hombre había jurado vengarse y no era para menos. Ellos, más que nunca, debían cuidarse las espaldas...

—El médico dijo que fue un principio de infarto, pero que se repondrá —explicó Lupita, hablando con voz queda, temiendo despertar a Alex—. Su corazón está débil y debemos cuidar bien de él, Chad. No debe someterse a sobresaltos, eso podría... alterarlo una vez más. —Buscó las palabras más suaves para referir las trágicas noticias que el médico le había dado.

Chad asintió y se puso de pie.

—Me gustaría hablar contigo a solas, por favor.

Lupita miró a Alex con preocupación, pero asintió.

—Le pediré a la abuela Lupe que lo cuide. Te veré en la biblioteca en cinco minutos.

Cuando Lupita entró en la biblioteca, cinco minutos después, encontró a Chad de espaldas, observando con detenimiento un antiguo retrato colgado sobre la chimenea donde se hallaban las figuras de su madre y ella plasmadas varios años atrás, cuando ella solo contaba con diez años.

—Alex se ha quedado con mi madre, la abuela está preparándole un brebaje especial para darle fuerzas —le explicó Lupita en voz baja, buscando no sobresaltarlo.

—Bien, estoy seguro de que le caerá estupendo —dijo Chad, volviéndose a ella con una sonrisa triste en los labios.

—Él se pondrá bien, Chad. —Lupita se aproximó a él, apoyó una mano en su brazo, en un intento de transmitirle una calma que ella no sentía—. Tiene que...

—Lupita, Alex... Él se ha puesto mal anteriormente... —Chad suspiró, pasándose una mano por el cabello.

Lupita frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

—No es la primera vez que le ocurre algo como esto. Lo han revisado varios médicos con anterioridad... El corazón de Alex está fallando...

—No...

—Es algo con lo que nació, Lupita. No hay nada que podamos hacer para remediarlo. Una de las razones por la que decidí traerlo aquí fue para darle una vida agradable, en paz... durante el tiempo que le quedara.

—¡No! —Los ojos de Lupita se llenaron de lágrimas—. ¡No es cierto! No puede ser...

Chad la envolvió en un abrazo apretado, buscando consolarla, pero también razonar con ella.

—Lupita, es la verdad y tienes que aceptarlo. No tengo tiempo para lidiar con esto ahora y te necesito fuerte para lo que viene...

—¿A qué te refieres? —Lupita se apartó bruscamente, buscando su mirada—. ¿De qué estás hablando?

—De García.

Lupita se secó las lágrimas con el dorso de la mano, intentando controlar el deseo de llorar que sentía. Había olvidado por un momento todo el asunto de su indeseable vecino.

—Como supondrás, la muerte de sus tres hijos... Ha jurado vengarse...

—¡Ellos fueron los que se metieron en nuestras tierras para atacarnos!

—Lo sé, y gracias a las prevenciones que he tomado durante el tiempo que he estado en el rancho, hemos podido probarlo. De otro modo, estaríamos ya condenados tras una celda.

Lupita se dejó caer en un sofá, hundiendo el rostro en sus manos. Había pasado por alto todo aquello, los García solían hacer uso de la ley a su gusto, ¿cómo es que ellos no estaban tras los barrotes de una celda en ese momento?

—¿Qué ha sucedido en la comisaría, Chad?

—Tu padre y Lee siguen hablando con el comisionado de policía. García sigue allí también. A

mí me han permitido una hora para venir a ver a mi hermano. Debo volver en cuanto termine de hablar contigo.

—Chad, si solo tienes una hora para hablar con Alex...

—Lupita, tengo poco tiempo y debo marchar de vuelta a la comisaría, te ruego que no me interrumpas. —Chad se arrodilló ante ella, tomando sus manos entre las suyas al hablarle. Lupita asintió, prestando atención a las palabras de Chad—. Desde que tu padre me contrató para la seguridad del rancho, he estado implementando varias medidas de protección. Lo primero que hice fue hablar con el comisionado respecto a los ataques que han sufrido en el rancho por parte de los vecinos. El hombre es nuevo en su puesto y se sintió dispuesto a ayudar en lo posible, varios vecinos se quejaron de lo mismo, pero nadie tenía prueba de que realmente fueran los García quienes ocasionaban estos daños, por lo que yo debía reunirlos. Contraté a algunos hombres en el puerto que sirvieran como espías en el rancho de García. Ellos estuvieron presentes en varias de las invasiones de su familia en El Janto. Hemos reportado ante el comisionado cada uno de sus ataques, sin embargo, necesitaban algo grande para encerrarlo.

—Espera, espera, ¿has tenido gente espionando a García y no me lo has dicho?

—Lupita, por favor, céntrate...

—No, Chad, ¿cómo es posible? No tenemos para pagarles...

—Yo les he pagado, Lupita, no te preocupes por eso.

—¿Pero de dónde has sacado el dinero para...?

—Lupita, eso no es importante ahora. Era necesario. Necesitaba ponerle un alto a esos tipos y la única manera era usando una estrategia inteligente: acabarlos con el peso de sus propias acciones.

—García es demasiado poderoso, nunca nadie ha podido demostrar nada contra él. Ese hombre siempre encuentra la manera de poner su palabra por encima de la de los demás.

—Lo sé, es por ello que he tomado varias medidas, Lupita. No puedo comentártelas ahora todas, es poco el tiempo que tenemos. Solo confía en mí, he envuelto a García en una telaraña y ahora ese hombre ha caído. Tenemos testigos contra él, personas que hablarán y han dado pruebas de lo que ellos han estado haciendo contra ustedes y contra otros vecinos de la localidad. Los hombres que contraté son personas recomendadas por el comisionado, gente que él conoce y se fía de su palabra. García no tiene forma de desmentir los hechos. Ha quedado atrapado.

Lupita abrió la boca, sorprendida por aquella declaración.

—Eso ha sido muy inteligente, Chad—dijo con voz entrecortada todavía por el asombro—. ¿Y ellos estuvieron hoy durante el ataque?

—Los tomaron desprevenidos, los García solo trajeron a sus personas de confianza, aquellos que llevaban más tiempo con ellos.

—¡Maldición!

—Sin embargo, sirvieron de testigos. Fueron ellos quienes dieron aviso a tu padre y a Lee para venir a ayudarnos. Han hablado a nuestro favor, es por ellos que no han podido culparnos de

homicidio. Ha sido un acto en defensa legítimo.

—¡Bien! ¿Y eso quiere decir que encerrarán a García?

—Me temo que no... Tenemos pruebas contra los hijos de García, que en este momento deben estar pudriéndose en la morgue, pero no contra su padre. Y es por ello que necesito hablar contigo, Lupita. —Chad estrechó con más fuerza sus manos—. García no cesará hasta vengar a sus hijos.

Lupita guardó silencio, mirando a Chad fijamente.

—Sin sus hijos ya no tendrá tanta fuerza... No debemos temerle ni acobardarnos. No ahora que tenemos la ventaja —dijo ella, alzando el mentón, en esa pose orgullosa que él ya tenía grabada en la mente.

—No, tienes razón en cuanto a eso. Sin embargo, debemos andarnos con cuidado, no podemos fiarnos. García aún tiene poder y gente a su cargo, y ahora que no tiene nada que perder, es cuando más debemos preocuparnos de lo que pueda hacer.

—¿A qué te refieres?

—No lo sé, Lupita... No lo sé con exactitud. Me he topado con hombres como él durante muchas ocasiones en mi vida y sus actos pueden ser impredecibles cuando se sienten acorralados. No temo enfrentarlos, eso jamás. Pero temo el daño que puedan hacer a las personas que amo. —Él posó una mano en su mejilla en una suave caricia—. A ti, Lupita.

Ella lo miró a los ojos, sus oscuros iris fijos en los claros de él.

—¿Y qué deseas que haga?

—Creo que debes marcharte.

—¿Qué? —Ella se apartó, incapaz de creer lo que acababa de escuchar—. ¡Jamás abandonaré a mi familia!

—No es abandonarlos, Lupita, es... Es cuidar de ti misma. —Chad la tomó por los hombros, buscando su mirada—. Tu madre tiene parientes en la ciudad de México que podrían recibirte...

—¡No me iré, Chad!

—Lupita, solo será por un tiempo. En lo que resolvemos esto.

—¿Írme cuando las cosas se ponen más difíciles? Ya le dieron un tiro a mi padre, no voy a esconderme esperando noticias de cuando ya todos estén muertos.

—¡Lupita, tienes que ser razonable! Mataste a dos de los García. Esa noticia no tardará en saberse.

—Tú mataste a un tercero y a varios de sus compinches, y no te veo poniendo pies en polvorosa.

—Es diferente.

—¿Por qué? —lo encaró—. ¿Porque eres hombre y yo mujer?

—¡Sí, exactamente! Lo que esos tipos te harían si te... —Chad se interrumpió, mirándola fijamente. Sus ojos se llenaron de preocupación y furia—. Ellos intentaron secuestrarte. Nada los detendrá de volver a intentarlo.

—¿Para desposarme con quién? ¿El viejo? ¿Su hijo menor? No tiene ni catorce años.

—No, Lupita, te harán algo peor. Algo que no quiero que ni siquiera llegues a imaginar. —La abrazó por los hombros—. Lupita, te lo ruego —ella se estremeció, nunca lo había escuchado hablar de ese modo—, debes marcharte de El Janto. Te doy mi palabra de que cuidaré de tus padres y resolveré todo esto lo antes que me sea posible, pero no podré hacerlo sabiendo que tú corres peligro.

—Es decir que si me voy, ¿podrás pensar con claridad y actuar con destreza? —preguntó, la ironía viva en su hablar.

—Sí, a eso me refiero. —Posó una mano en su mejilla—. El saberte a salvo me permitirá actuar con la libertad que el tenerte aquí no me daría.

Ella inspiró hondo, alzando la barbilla al verlo.

—Bien. Me iré.

—Gracias.

—Pero lo haré después de Navidad.

—Lupita.

—Ya me he comprometido con el Padre a ayudar con la pastorela del veinticuatro, y no voy a faltar a mi palabra. Necesitan reunir dinero para los pobres y hemos quedado de pasar la rama.

—Lupita, por favor, debes entender la urgencia de esto.

—Lo entiendo. —Ella se apartó—. Ahora, si me disculpas, deseo ir con Alex.

—Lupita, espera...

Ella se giró lentamente, intentando ocultar la mortificación que sentía por todo lo que estaba sucediendo. No deseaba lucir como una mujer débil ante sus ojos. Era precisamente por eso que él la mandaba lejos.

Chad se acercó a ella y tomó una de sus manos, donde depositó una cajita pequeña.

—¿Qué es esto? —inquirió Lupita, observando la cajita envuelta en un lazo sencillo rosa.

—Desde tu cumpleaños he deseado darte esto... Por una u otra razón, me fue imposible hacerlo antes... —Se encogió de hombros—. Solo no quería dejar pasar otro momento.

—La muerte provoca el sentimiento de que cualquier momento podría ser el último, ¿no es verdad? —Ella sonrió, a pesar del dolor en su comentario.

—Solo ábrelo, Morenita.

Ella frunció el ceño y quitó la tapita. En el interior de la caja se encontraba un hermoso guardapelo de oro, con una gruesa cadena del mismo material.

—Dios santo, Chad, esto debe costar una fortuna...

—Una pequeña, no te preocupes por eso.

—No puedo aceptarlo.

Como respuesta, él tomó el guardapelo de la caja y lo colgó de su cuello.

—Es tuyo —dijo con decisión, antes de tomar su rostro entre sus manos y besarla con una intensidad y profundidad que habrían sido capaces de arrebatarle el alma.

—Prométeme una cosa —musitó ella cuando sus labios se apartaron, aún envuelta entre sus brazos.

—Lo que quieras, Morenita.

—Promete que estarás vivo para cuando regrese.

Él sonrió, acariciando con suma delicadeza cada rincón de su rostro.

—Por ti, haría lo que fuera, Lupita —le dijo con una ligera sonrisa, apoyando la frente contra la de ella—. ¿Podrías tú prometerme algo también?

—Lo intentaré —ella bromeó, posando una mano en su mejilla, en una suave caricia.

—No vayas a enamorarte de otro hombre mientras estés en la capital.

—No temas por eso, no me quedaré tanto tiempo.

—Qué respuesta tan ardiente, creo que me voy a derretir aquí mismo —dijo él, sarcástico.

—No lo haré —ella afirmó con seguridad—. Y espero que tú tampoco lo hagas.

—No te preocupes, nunca me he sentido atraído por los hombres.

Ella soltó una carcajada y él aprovechó para besarla una vez más, esta vez de forma más apasionada y larga, envolviéndola en sus brazos como si no deseara dejarla ir jamás.

—Disculpen.

Richard y Lupita se separaron al escuchar la voz de Lee. Ella se apartó, sintiendo que las mejillas se le coloreaban, pero él mantuvo una mano en sus hombros, como si deseara dejar claro que él estaba allí para ella, para protegerla, incluso de cualquier persona que la incomodara.

—Estoy contigo en un minuto, Lee.

Lee sonrió y se alejó por el pasillo, dejándolos a solas.

—Será mejor que vayas con tu madre y le comuniques lo que hemos decidido.

—¿Qué hay de mi padre?

—Él ya está al tanto, le he pedido ser yo quien te diera la noticia.

—¿Y eso por qué? —Lupita frunció el ceño, extrañada. Por lo general era su padre quien decidía todo lo importante en su vida y, por consiguiente, quien le comunicaba sus decisiones.

—Porque he sido yo el de la idea y le he pedido ser yo quien te comunicara la decisión que he tomado.

Antes de que Lupita pudiera decir nada al respecto, su madre entró en la habitación, acompañada por Zalo.

—Chad, Alex ha despertado y está buscándote —le informó Zalo—. Mi madre le está administrando su medicina. No queremos angustiarlo, eso podría alterar su corazón.

—Enseguida voy. —Chad hizo una venia hacia Lupita y luego hacia su madre en un gesto respetuoso, y abandonó la habitación.

—Lupita, espera arriba —le pidió Zalo—. Será mejor que comiences a hacer las maletas. Tu madre subirá contigo enseguida.

Lupita notó las lágrimas en los ojos de su madre, seguramente su padre ya le habría comunicado su decisión de enviarla lejos. Sin embargo, no se atrevió a decir una palabra de momento, se

sentía agotada y el tono que había usado su padre era el que no admitía réplicas. Ella lo conocía bastante bien.

Se alejaba rumbo a las escaleras cuando recordó unos dulces que había guardado para Alex en la cocina y se decidió a ir a buscarlos para llevarle algunos antes de subir a su habitación. Al cruzar una vez más por el pasillo del salón, escuchó las voces de sus padres discutiendo. Algo extraño para ella, sus padres solían llevarse muy bien y por lo general estaban de acuerdo en todo, y las pocas decisiones en las que diferían las discutían con calma, nunca a gritos ni exaltados como en ese momento.

Lupita no pudo evitar detenerse a escuchar, su madre lloraba al hablar:

—Él no tiene ningún derecho de tomar esa clase de decisiones por nuestra hija, ¿no es su marido! Y de querer serlo, es este momento en el que debió pedir su mano, ¡ahora que Lupita necesita más que nunca un hombre a su lado que la proteja!

—Me tiene a mí, mujer, ¿es que ya no confías en mí?

—Zalo, sabes que te amo y que siempre me he puesto de tu lado en las decisiones que tomas, pero la situación se torna demasiado tormentosa en este momento ¡la vida de nuestra hija corre peligro! García irá tras ella en cuanto se entere que ha sido Lupita quien le quitó la vida a dos de sus hijos...

—García nunca se enterará de ello —Zalo le dijo con voz grave y algo preocupada—. Chad ha declarado haber sido el culpable. Es por ello que Lupita no fue a la comisaría...

—Supuse que era gracias al abogado de mi madre.

—El abogado de tu madre hizo lo que pudo, pero de no haber sido por el plan de Chad y los hilos que ha estado moviendo durante todo el tiempo que ha estado en el rancho, ahora estaríamos todos muertos o refundidos en la cárcel.

—Dios mío... —Lupita escuchó que su madre ahogaba un sollozo.

—Chad ha sido inteligente, sin duda. No obstante, nadie puede cambiar solo el mundo. García aún tiene mucho poder en este pueblo y es seguro que usará sus armas contra nosotros. Y atacará a lo que más amamos.

—Nuestra hija...

—Así es. —Zalo suspiró, su voz se escuchaba llena de cansancio y pesar—. Debemos dejarla ir por su bien, mujer. Lupita no estará a salvo mientras viva García.

—Pero acabas de decir que Chad se ha echado la culpa de la muerte de sus hijos.

—García no es idiota, mujer. Alguien hablará... Además, como te he dicho, buscará hacernos daño. Chad se ha ganado todo nuestro aprecio, pero no es nuestro hijo. García buscará la forma de cobrarse ojo por ojo.

El entendimiento provocó que las lágrimas de su madre estallaran en un doloroso y atormentado llanto.

—¿Cuánto tiempo será...? ¿Cuánto tiempo tendrá que estar lejos?

—No lo sé...

—Si Chad se casara con ella, él podría mantenerla a salvo. Nadie podría intentar robarla si Lupita estuviera casada, si ella lo tuviera a él a su lado para protegerla...

—No te engañes, mujer. Esas son fantasías. Chad corre tanto o más peligro que Lupita, será a él a quien García busque primero para matarlo. Él se ha echado la soga al cuello para proteger a nuestra hija. Sin embargo, su sacrificio será en vano si no mandamos a Lupita lejos de aquí, las garras de García son poderosas, y ni un matrimonio ni el saber a un marido protegiéndola lo detendrán. Por el contrario, le darán la facilidad de hallar en el mismo sitio a los dos blancos que busca y le haremos las cosas más fáciles. Ahora debo preocuparme de ayudar a Chad a mantener a García a raya para que no termine con una bala en el cuerpo, es lo menos que le debo después de lo que ha hecho por nuestra familia y nuestro rancho. Y no podré concentrarme en ello si nuestra hija corre peligro, ¿lo comprendes, amor mío?

—Sí, Zalo... Lo entiendo —Calita suspiró—. Pero no iré con Lupita. Me quedaré a tu lado.

Lupita se quedó sin aire. ¿Su madre la acompañaría?

—Tú eres la persona más importante para mí al lado de mi hija. Si García intenta dañarme, lo conseguirá del mismo modo contigo que con Lupita. Debes ir con ella. —Se escucharon nuevos sollozos. Lupita se asomó y vio a sus padres abrazados, su padre intentando consolar a su madre —. Ya, amor mío. Nos volveremos a ver. Lo prometo.

—¿Cómo puedes prometerlo? García es poderoso y no descansará hasta haberse vengado.

—Yo también soy poderoso y más inteligente que él. Confía en mí.

—Confío en ti, amor mío. Pero no en él, García es un hombre falto de honor y tú... Oh, Zalo, ven conmigo, te lo suplico...

—Mi lugar está aquí. Si me voy y abandono mi tierra, seré un cobarde. Es mi deber defender lo que le pertenece a mi familia.

—Es tu deber proteger a tu familia —le reclamó su madre.

—Es por ello que tú te irás. Tú, Lupita, mi madre y Alex. Todos deben estar lejos de El Janto mañana.

—Zalo, te lo suplico...

—No hay nada más que discutir, amor mío. Ahora sécate las lágrimas y sube al lado de Lupita, que tu hija ha de necesitarte en este momento de angustia. Ha arrebatado la vida a dos hombres y ya le debe estar pesando en su corazón.

Lupita se secó las lágrimas y se dio prisa en subir las escaleras que conducían a su habitación. No sentía pesar alguno por haber matado a esos dos desgraciados, al contrario, se alegraba de haberlo hecho... No sabía si eso la convertía en una mala persona, pero en ese momento no podía pensar en ello. Todo cuanto ocupaba su mente y su corazón era el pesar que había ocasionado a su familia, a sus padres, a Chad. Él y su padre estaban en peligro de muerte.

Y por la forma en que escuchó llorar a su madre, comprendió que ella no creía volver a verlos una vez más.

Capítulo 18

Richard escuchó el trote familiar de un caballo. Sin dudarlo, se levantó de la cama y corrió a los establos, donde pudo divisar la figura de Lupita montada sobre su yegua perdiéndose en el horizonte. Montó en el primer caballo ensillado que encontró y salió al galope tras ella, maldiciendo a esa mujer terca que no entendía de razones. ¿En qué demonios estaba pensando para salir sola en un momento tan peligroso como el que vivían?

La alcanzó hasta que ella se detuvo en las inmediaciones del pueblo y la perdió de vista. Todo cuanto alcanzaba a ver eran las tumbas del cementerio, además de la iglesia sobre el monte, a lo lejos.

El sonido de un violín llegó a sus oídos. Su melodía era singular, una mezcla de un sonido atormentado y colmado de melancolía, que a la vez lo hacía sentir lleno de vida y agitación, como si su mismo espíritu fuera capaz de vibrar al son de esa música.

Sus pasos lo llevaron hasta un sendero oculto en el bosque. No era capaz de pensar, era conducido por el sonido de ese violín.

Estaba oscuro todavía, el follaje era denso y ocultaba la escasa luz de la luna. De no haberse criado desde pequeño entre las sombras del viejo castillo medieval de su familia, en cuyo interior solían habitar más espíritus que seres vivos y donde las sombras eran las compañeras habituales de sus moradores en lugar de la luz, sin duda no habría tenido la vista, casi felina, de la que gozaba, y la que lo dotaba de la capacidad de avanzar con seguridad en medio de ese diminuto camino oscuro y envuelto en brumas.

La música se escuchaba más fuerte allí, y entonces la vio. Bajo un inmenso roble, Lupita tocaba el violín con singular presteza.

Apenas alcanzaba a distinguirla a la distancia. Su cabello negro azabache colgaba sobre sus hombros como delicada seda movida por la brisa nocturna. Ella parecía absorta en la melodía a tal grado que, por una fracción de segundo, Richard dudó que se tratase de un espíritu vagando en el bosque. En especial cuando notó, a los pies de la mujer, una lápida.

Lupita se dejó caer a los pies de la tumba de Ahanu, del interior de la capa extrajo una rosa roja y la dejó sobre la hierba recién cortada, húmeda a causa del rocío.

—He hecho mucho daño a la gente que amo, Ahanu... —dijo soltando un sollozo apagado—. No sabes lo mucho que desearía que estuvieras aquí. Tú sabrías qué hacer... —Con una ternura

infinita, acarició las letras grabadas en la lápida—. Desearía tanto hablar contigo aunque fuera una vez más... ¿Por qué nunca me contestas? ¿Dónde estás? ¿Es que me has olvidado? ¡Te necesito, Ahanu! ¡Dame una señal para saber que me escuchas!

—Lupita.

Lupita se giró conteniendo una exclamación en los labios.

—¡Chad! —gritó en una mezcla de enojo y sorpresa, poniéndose de pie mientras él llegaba a su lado—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Es lo mismo que iba a preguntarte. —Él le dirigió una mirada hosca—. ¿Es que no comprendes el peligro que atraviesas en este momento? No puedes salir sola, mucho menos a esta hora de la noche.

—Estoy bien, nadie viene al cementerio de madrugada. La gente le teme a los espíritus que yo intento encontrar.

—Lupita, estoy hablando en serio. —Él la tomó por un brazo, obligándola a prestarle atención—. Cualquiera podría verte en el camino y aprovechar su oportunidad al encontrarte sola y protegidos por la oscuridad. ¡No vuelvas a salir!

—Tranquilízate, Chad, las cosas no son para tanto. —Ella apartó el brazo, enojada—. Me marcho esta tarde, ¿recuerdas? Solo deseaba despedirme.

Chad dirigió una mirada a la escritura de la lápida.

—¿Es él?

Lupita frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

—El hombre con el que ibas a casarte. Ahanu.

—¿Cómo sabes eso?

—Eso no importa.

—Tienes razón, no te importa. —Ella le dedicó una mirada asesina—. No te entrometas en lo que no te importa, Chad.

—Tú me importas y por eso me entrometo. —Él se adelantó, interponiéndose en su camino—. Vamos, te llevaré a casa. Este no es sitio para ti.

—Tú no decides eso, Chad. Déjame sola, quiero quedarme un rato más.

—No te dejaré sola, Lupita. Eso deberías tenerlo ya claro.

Ella bufó, comenzando a exasperarse.

—Puedo cuidar de mí misma.

—¿Puedes dejar de comportarte como una niña enfurruñada y prestar atención a la realidad? Corres peligro, no debes estar sola, y menos en un lugar como este... ¿Qué pretendes al venir aquí? ¿Crees acaso que los muertos pueden escucharte? ¡Él ya no está contigo! —Chad se arrepintió en cuanto las palabras emergieron de sus labios. Los ojos de Lupita se nublaron por las lágrimas, pero, fuera de eso, ella no hizo ademán de que sus palabras la afectasen.

—Iré a casa cuando esté lista —dijo, dándose la media vuelta.

—No. —Chad la sujetó por un brazo—. Irás ahora.

—Tú no me das órdenes... —Las palabras de Lupita se quedaron a medio pronunciar cuando Chad la sujetó por la cintura y la alzó sobre el hombro—. ¡Chad, bájame!

—Intenté razonar contigo, señorita, pero eres terca como mula —espetó él, de mala gana—. Irás a casa, te guste o no, voy a mantenerte a salvo, Lupita —le dijo, llevándola hacia el sitio donde los caballos aguardaban.

—¡Bájame! ¡Bájame! ¡Ah! —gritó sorprendida cuando él le dio una palmada en el trasero.

—Cállate o recibirás otra más fuerte —le advirtió él.

—No te atrevas —siseó ella, con los dientes apretados.

—No me pongas a prueba en ese caso. Yo, encantado de demostrarte que estoy más que dispuesto a dejarte el trasero colorado a palmadas.

Las mejillas de Lupita se encendieron y dio gracias porque él no pudiera verla a la cara. Chad la cogió por la cintura y la montó sobre su caballo con la facilidad con la que se carga un saco de plumas y enseguida subió a la silla, tras ella, dejándola firmemente sujeta entre sus brazos.

—¿Qué hay de mi yegua?

—La he atado a mi silla. ¿No pensarás que te dejaré montar después del numerito que has hecho? Con tu modo de actuar de mula, seguramente terminarías de vuelta aquí en cuanto estemos llegando ante las puertas de El Janto, y solo para molestarme.

—Me conoces muy bien. —Ella sonrió—. ¿Y no recuerdas lo que le sucedió al último jinete que intentó llevarme a la fuerza con él? —Sus ojos brillaban, amenazantes.

—Por supuesto. —Rio, y para su sorpresa, le enseñó frente al rostro su cuchillo. De alguna manera se lo había arrancado de la bota sin que ella se diera cuenta.

—¿Cómo has hecho eso?

—Tengo más trucos de los que imaginas, señorita. —Él sonrió, complacido con la sorpresa reflejada en su mirada, acompañada de algo similar al respeto—. Quizá si dejaras de pensar tanto en los muertos y prestaras atención a los vivos, podrías darte cuenta de ello.

Lupita no respondió nada en esta ocasión. Ambos se pusieron al galope de vuelta a El Janto. Su yegua corría dócilmente tras la montura de ellos, casi tan dócil como ella se había quedado entre los brazos de Chad.

Chad tenía muchos trucos, sin duda. Era inteligente y más hábil de lo que jamás llegó a suponer, debía admitir. Había salvado a El Janto y a ellos, sin sus ideas habrían perdido el rancho a esas alturas y habrían caído presas de las maquinaciones de García.

Lupita alzó la vista y la fijó en los oscuros ojos azules de Chad, puestos en el camino, y por primera vez algo se encendió en su interior. Respeto y un calor que iba mucho más allá de lo que jamás podría admitir.

Algo que hizo que su corazón latiera con tanta fuerza que, por primera vez en tres años, ella recordó que estaba entre los vivos, y no entre los muertos en los que solía mantenerse pensando la mayor parte del tiempo.

A su lado se sentía viva.

El sol se encontraba en lo alto cuando Lupita subió al carruaje que los llevaría a Alex, a su madre y a ella a la ciudad de México.

Lupita echó una mirada triste atrás. Zalo y Chad, de pie ante la puerta que ella todavía no se atrevía a atravesar, le regresaron la mirada.

Esa mañana, sus padres se habían puesto furiosos al descubrir su partida al cementerio. Su padre le habría dado unas buenas palmadas también, pero se encontraba demasiado afectado con la partida de su familia.

Lupita habría deseado quedarse, del mismo modo que su abuela Lupe había decidido hacerlo. A ella nadie fue capaz de hacerla cambiar de opinión con respecto a dejar a su hijo, y Zalo respetaba demasiado a su madre como para imponerse. No obstante, no había hecho oídos a los reclamos de su hija ni a su deseo de permanecer en casa hasta la Navidad.

—Se marcharán ahora, cuando todavía puedo asegurarme de enviarlas a la ciudad con vida y a salvo.

Ella entendía que la preocupación de su padre estaba bien fundamentada, sin embargo, dejarlos, al rancho, a Chad, le partía el corazón.

Con un suspiro, miró por última vez a ambos hombres y entró al carruaje. Chad cerró la puerta tras ella y metió la mano por la ventanilla para estrechar la de su hermano. Alex lloraba en silencio, aturdido por todos los acontecimientos.

—Todo irá bien, Alex —le dijo con voz afectuosa, intentando calmarlo—. Antes de que te des cuenta, iré por ti y estaremos juntos una vez más.

—Te quiero, Chad... —contestó Alex entre sollozos, ocultando el rostro en el hombro de Lupita.

—No te preocupes, cuidaremos muy bien de él —le prometió Lupita, abrazando a Alex.

Chad la miró a los ojos y asintió, su mano se posó en su mejilla en una caricia suave y lenta, que decía más que las palabras.

—Cuídate mucho, Morenita —le pidió en un susurro bajo.

—Tú también. —Ella se forzó por esbozar una sonrisa, con la intención de tranquilizarlo y para evitar llorar—. Quisiera encontrarte de una pieza cuando regrese.

Chad sonrió también y se alejó de la puerta, dejando espacio a Zalo.

—Nos veremos pronto —les prometió, después de despedirse de cada uno por última vez y, dedicando una última mirada llena de amor a su esposa, musitó un: «Te amo» antes de ordenarle al cochero que se pusiera en marcha.

Chad sintió que el mismo corazón se le dividía con el sonido del látigo, que se llevaba lejos a las dos personas que más importancia en el mundo tenían para él. Uno lo sabía. La otra, todavía no... Él no lo supo hasta ese instante. Porque no fue hasta ese mismo momento en que se dio cuenta de que ella, al partir, se estaba llevando su corazón. Lupita se lo había robado sin que se diera

cuenta.

Capítulo 19

El resto de la tarde, Richard se esforzó por mantenerse ocupado y dejar de pensar en Lupita, pero por más sacos llenos de café que cargó en las carretas o la enorme cantidad de postes que hundió a martillazos en la tierra para reparar los cercos rotos, no consiguió apartar los ojos llenos de lágrimas de ella al mirarlo por última vez al despedirse.

Se preocupaba por Alex, por supuesto que sí. No podía dejar de pensar en su hermano, en su seguridad, en su delicado estado de salud. No obstante, con cada pensamiento sobre su hermano, venía también el de Lupita, a su lado, abrazándolo, confortándolo.

—¡Por un demonio! —rugió Richard, dejando caer el martillo después de darse un doloroso golpe en los dedos, por cuarta vez.

—Chad, deja eso de una vez y vamos a casa —le dijo Lee, tendiéndole una cantimplora con agua—. Si sigues así, terminarás rompiéndote todos los dedos de la mano, y nadie quiere un capataz manco.

—Eso es lo último que me importa en este momento —espetó Richard, sacando el tapón de la cantimplora para beber un largo trago de agua. El líquido le refrescó la garganta y la mente, en cierta manera. Ese día hacía demasiado calor, y el tener la constante preocupación de Lupita y su hermano arriba de ese carruaje en el camino no le hacía ningún bien a su concentración. Ya entendía mucho más los motivos que podía tener Zalo para querer a su familia lejos y a salvo.

—En ese caso, deberías de cuidar tus dedos con la intención de querer conservarlos. ¿Cómo demonios vas a meterle una bala entre ceja y ceja a García si viene a matarte?

Chad cerró la cantimplora y se la devolvió a Lee con un gesto brusco.

—Tienes razón, como siempre, Lee. —Chad se pasó el pañuelo anudado al cuello por la frente sudorosa—. Vamos a casa, muero de hambre.

—Y tal vez ya tengan alguna noticia de Alex y las mujeres Lobos.

—No lo había pensado —mintió Chad, sin querer admitir su preocupación.

Al llegar a la casa grande, se encontraron las luces del porche encendidas, a Zalo hablando con un desconocido en la entrada y a la anciana Lupe sirviéndoles bebidas.

Desde el incidente de García, buena parte de los trabajadores habían abandonado el rancho, temerosos por las amenazas de venganza de sus vecinos y represalias contra aquellos que continuaran fieles a la familia. Habían sido muy pocos los que tuvieron el valor de quedarse. Los

empleados de la casa no habían estado entre ellos, y la pobre anciana debía hacer grandes esfuerzos por mantener la casa limpia, la cena servida y la ropa lavada, a pesar de los constantes intentos de su hijo por evitarle esas tareas.

Chad había puesto un aviso solicitando gente de otras tierras, personas que no conocieran a los García y no tuvieran miedo a sus represalias. Personas así no serían sencillas de encontrar, en especial honradas y de confianza. Sin embargo, Chad no había perdido la esperanza, y contaba que por esos días llegase alguien solicitando trabajo.

Al ver a un hombre hablando con Zalo, supuso que se debía de tratar de alguien que respondía al anuncio, mas al acercarse y notar aquella facha desgarbada y escuchar esa risa atronadora inconfundible, Chad se dijo estúpido por no haber notado de inmediato de quién se trataba.

—¡Jack!

Su amigo se volvió al instante de escuchar su voz.

—¡Chad Collin! —gritó Jack, con excesivo entusiasmo, y Richard forzó una sonrisa en el rostro. Era claro que su amigo había recordado el apodo que él usaba, como le había contado en sus cartas, pero su modo de pronunciar su nombre sugería más una broma que el llamado de un amigo a otro, como si lo estuviese llamando Espantapájaros mercante, Nudillos de oro o cualquier otro mote que se le hubiese ocurrido.

Jack se acercó a él y le dio un fuerte abrazo lleno de alegría.

—Creí que nunca volvería a verte, hermano —le dijo entre carcajadas llenas de regocijo—. Pero mírate, si has engordado. Seguramente esta gente te está alimentando bien.

—Estás loco. —Chad se miró disimuladamente y Jack soltó una carcajada.

—Siempre tan vanidoso, Collin. Sigues cayendo en la broma. —Rio el hombre a viva voz, dándole una palmada en la espalda—. Me alegra verte también, Lee. Tú has crecido al menos dos centímetros desde que partiste.

Lee sonrió, pero era un gesto afable, no porque la broma realmente le hiciera gracia.

—Lee no tiene problemas con su estatura, Jack. Busca por otro lado si lo que buscas es hacerlo sonrojar —le dijo Chad.

—¿Sonrojar? —Bufó Jack—. Intento hacerlo reír, no que me mate.

—Zalo, disculpa la algarabía que hemos ocasionado en el patio de tu casa —le dijo Chad, volviéndose hacia su anfitrión y a la madre de este, quienes aguardaban junto a las escaleras del pórtico.

—Tu patrón ha sido muy amable. Me ha recibido con los brazos abiertos —le hizo saber Jack—. La madre de Zalo me estaba contando del día en el que te picaron las hormigas cuando tú llegaste.

La sonrisa se trabó en la boca de Chad.

—¿Por qué no nos acompañan adentro a cenar? —preguntó Zalo, disimulando una risita por el comentario del recién llegado—. Mi madre ha preparado un delicioso pollo con mole.

—Excelente. En ese caso, vamos a comer. Por favor, abuela Lupe, sírvale a mi amigo la pieza

más grande y picante que tenga. A él le encanta la comida muy picante —le dijo en español, para que su amigo no lo entendiera.

—Será un placer. —La anciana sonrió y le guiñó un ojo, adelantándose al interior de la casa.

Zalo rio con ganas, como si se adelantara a los sucesos, y acompañó a los tres hombres al interior de la vivienda.

Dos horas más tarde, ya en la seguridad de su cabaña, Richard se dispuso a hablar con Jack con seriedad.

—Me alegra infinitamente verte una vez más, hermano mío. Sin embargo, no puedo dejar de preguntar el motivo que te ha traído tan lejos de tus negocios y tu hogar.

—Es de suponer, mi buen amigo. —Jack aceptó el café que Lee le tendía y bebió un largo sorbo antes de continuar—. He venido aquí por el placer de volver a verte, sin duda, además de otros asuntos. —Se levantó, tomó la maleta que había dejado al lado de la cama y la abrió. En su interior se encontraban varias piezas de oro—. Te he traído el dinero que me has pedido.

—Dios santo, Jack, no tenías que traerlo en persona... —Richard se quedó boquiabierto al ver la cantidad de oro en el equipaje—. Ni en metálico.

—El oro vale en todos lados. —Jack se encogió de hombros—. Supuse que sería mejor de este modo, y tanto dinero no se puede enviar sin supervisión. Dijiste que era urgente, así que asumí que lo necesitabas cuanto antes y a salvo, no me iba a arriesgar a enviarlo con nadie más.

—Gracias, amigo mío. —Richard posó una mano sobre el hombro de Jack—. No tengo palabras para agradecerte este gesto.

—Richard —intervino Lee—, ¿para qué es este dinero? —La confusión se leía en sus ojos—. ¿Es que acaso piensas comprar el rancho del que tanto has hablado en este momento? Porque no creo que sería justo que dejaras a Zalo solo ahora que...

—No, padre —Richard lo interrumpió—. Con este dinero haremos producir a El Janto en cantidad, podremos comprar maquinaria, pagar mano de obra extra y comprar más tierras.

—¿Es que estás pensando invertir en el rancho de otro hombre? —Jack parecía contrariado—. Asumí que planeabas hacer algo mejor con esto. De otro modo...

—Es mi dinero y yo asumo los riesgos que corro con él —Richard lo hizo callar con un gesto de la mano—, y como inversión estoy seguro de que dará buenos frutos.

—Si tú lo dices. —Jack se encogió de hombros, antes de acercarse una vez más a la mesa y dejarse caer sobre su silla—. Como sea, no solo he venido por esto. Me temo que no traigo buenas noticias, hermano.

—¿Qué sucede? —Richard tomó asiento a su lado, fijo en las facciones cansadas y preocupadas de su amigo.

—Tu hermano está furioso —le dijo Jack, poniendo una arrugada hoja de papel sobre la vieja mesa de madera de su diminuta casa.

Richard la tomó para estudiarla de cerca antes de entregarla a Lee para que hiciera lo mismo. Solo le bastó un vistazo rápido, ya había visto otras como esas con anterioridad. En ella se veía su

rostro plasmado en un mal dibujo seguido de las letras de «Se busca vivo o muerto» en inglés, además de la suma que su hermano ofrecía como recompensa a quien lo llevara a Chad y al hombre que lo acompañaba ante él.

—No se detendrá hasta dar contigo y con Alex —contó Jack, aunque no era necesario dar más aclaraciones.

El papel, con una dramática historia teatral inventada por Harold, detallaba el lamentable hecho del hermano malvado que había robado al inocente hermano discapacitado mental de su lado, en un intento de arrebatarle su fortuna. En dicho papel, dejaba muy claro lo que Harold Collinwood estaba buscando: culpar a Richard de secuestrar a Alex y con ello condenarlo, para dejarle así el camino abierto con Alex y su fortuna y títulos.

—Ha elevado el precio por tu cabeza —añadió Jack—. Se dice que ha enviado bandoleros con carteles con tu fotografía por todos los barcos. No tardará en dar contigo.

Lee, que se había sentado con una taza de café entre las manos, alzó la vista del líquido oscuro para fijar sus brillantes ojos negros sobre su hijo.

—Es hora de marcharnos de aquí —le dijo a Chad—. Lo que has hecho con los García ha llamado la atención de la gente de los alrededores. Podrían localizarte.

—No. —La voz de Richard resonó en la estancia—. No abandonaré a Zalo. No ahora que más me necesita.

—Tu hermano es peligroso, Richard. Si llega a dar contigo, te matará. No lo dudes —Lee mencionó aquello que ya sabía—. También a Alex.

—Alex está a salvo ahora. —Richard sintió alivio por primera vez al pensar en Alex lejos de él, a salvo en la capital—. En realidad, lo que mi hermano se traiga entre manos es lo último que me importa en este momento. García no tardará en buscar venganza y debo estar preparado para lo que venga.

—Richard, nunca osaría advertirte en vano de algo. Tu hermano está hecho una furia. Ha perdido toda la herencia. Solo le queda el título y su esperanza es casarse con una mujer de inmensa fortuna que va tras su título.

—Espera —Richard frunció el ceño—, creí que ya estaba casado con una rica heredera.

—Ella... al parecer sufrió un trágico accidente y falleció. —Las palabras de Jack cayeron como peso muerto en el estómago de Richard.

—Es decir, que él la mató —espetó, sintiendo lástima por aquella desgraciada.

—Su familia, al enterarse, le ha quitado toda la ayuda que le brindaba a Harold, por supuesto —continuó relatando Jack—. Por ello tu hermano necesita con urgencia una nueva esposa con una dote que lo saque del apuro. Existe el rumor de que ha puesto el ojo en una joven americana cuyo padre es un magnate ferroviario. Harold ha viajado a Estados Unidos con la intención de presionar a la familia para desposar a la chica, y de paso hallar a Alex y a ti. —Sus palabras tomaron a Richard por sorpresa—. Te está siguiendo los pasos, ha contratado inspectores privados y matones... Tienes que escapar.

—¡No!, ya basta. —Richard dio un golpe a la mesa, enojado—. ¡No he hecho nada malo! No voy a huir toda mi vida. He encontrado en este sitio mi hogar. Me quedaré aquí, y si aquí me quiere encontrar Harold, adelante...

—Él no viene a charlar, viene a matarte. Eso no quiero verlo.

—No te estoy pidiendo que te quedes.

—Soy tu amigo, me quedaré a tu lado y te cuidaré las espaldas.

—No tienes que hacer eso. —Richard parecía molesto y agradecido a la vez.

—Sí, sí tengo. Porque, para mí, eres mi único hermano, y a diferencia del que te quiere asesinar, yo pretendo que sigas con vida para que continúes fastidiándome hasta que nos vayamos a la tumba, siendo ya viejos y seniles.

Se rieron con voz ronca, todavía alterada por la discusión, pero Lee no se quedó atrás. Aún estaba preocupado por el destino de su muchacho.

—García es igual a un pollo desplumado al lado del zorro —le dijo Lee, alzando la voz. Una de las pocas veces que Richard lo escuchaba alterado—. Tu hermano es un zorro. No juegues con tu buena fortuna, Richard.

—Puede que tengas razón, pero yo soy un tigre, e incluso el zorro tiembla al lado del tigre —siseó Richard, molesto por la falta de confianza de su padre en sus habilidades.

—¿Alguien podría ponerme al tanto de lo que están hablando? —Jack los interrumpió—. ¿Quién es ese García al que han mencionado?

Richard le contó a su amigo, en pocas palabras, lo que sucedía con su vecino y los eventos ocurridos hacía pocos días.

—Así que la muchachita que mencionas ha tenido que marcharse con su madre y con Alex a la ciudad de México, mientras ustedes se quedan aquí a cuidar el fuerte —concluyó Jack, asintiendo con la cabeza—. Ya se me hacía raro no ver a Alex por aquí. Supongo que tendrás que guardarle los dulces que le he traído. —Le tendió una bolsa de papel llena con los caramelos favoritos de Alex—. Y será mejor que no te los comas, Richard. Alex se enojará mucho si se entera que he venido a verte y no le he traído nada.

—Tranquilo, no me atrevería a hacer eso —contestó Richard, sonriendo agradecido a su amigo, quien siempre había sido gentil con su hermano.

—Oh, antes de que lo olvide, también te he traído esto. —Jack sacó un sobre del bolsillo interior de su abrigo y se lo tendió—. Iba a ponerlo en el correo, pero supuse que sería más rápido si lo traía conmigo; ya que iba a darte una noticia en persona, bien podía dártelas todas juntas.

—¿Qué es?

—Otra carta del abogado que intenta contactarte.

—El abogado de mi madre. —Richard no preguntó, sino que asumió, tomando el sobre y abriéndolo. Pero mientras sacaba la hoja de papel del sobre, se escuchó un estrépito de pasos en la entrada seguido de la puerta abriéndose de golpe.

—¡Dios santo, Zalo, por poco haces que te pegue un tiro! —Richard se había puesto de pie y había desenfundado ambas pistolas, olvidando la carta, que cayó al piso.

—Chad, han secuestrado el carruaje... —Por primera vez Richard notó la preocupación reflejada en los ojos de Zalo—. García tiene a Lupita, a Calita y a Alex.

Capítulo 20

—¿Qué es lo que dices? —Richard saltó de su asiento, haciendo volar la silla tras él por el ímpetu. En dos zancadas se hallaba frente a Zalo—. ¿Cómo lo sabes?

—Mi madre... Chad, debes creerme, mi madre puede ver esta clase de cosas. Ella tiene ciertos dones que... —Zalo inspiró, apartando algo invisible con la mano—. No tengo tiempo de explicarlo, debes creerme. Debemos salir tras el carruaje cuanto antes.

La anciana Lupe entró tras Zalo, lucía más pálida de lo que jamás la había visto y varios cabellos se habían soltado de la trenza que caía por su espalda. Al verlo, la anciana repitió las mismas palabras de su hijo alertándole de aquello que acababan de revelarles los espíritus.

Chad observó los oscuros ojos de la anciana y luego los de Zalo. No sabía qué hacer, pero no iba a arriesgarse. En ese carruaje iban las personas más importantes para él.

—Pongámonos en marcha enseguida —dijo con determinación.

—Yo voy contigo. —Lee se adelantó hacia él.

—Lo que sea que ocurra, cuenta conmigo, hermano. —Jack se había puesto de pie y caminaba hacia la puerta, amarrándose el cinturón con sus armas.

Zalo siempre había sido un excelente rastreador. Su padre le había enseñado, desde que era muy pequeño, todo acerca del arte de seguir huellas en cualquier entorno, ya sea montaña, desierto, bosque, incluso terreno pedregoso. De día o de noche, con lluvia, nieve, granizo o el más intenso calor, nada lo detenía. No obstante, por primera vez, la vida de su familia dependía de la habilidad que su padre le había enseñado. Nunca había sentido la imperiosa necesidad de dar con su presa como en ese momento, siguiendo las huellas del carruaje que transportaba a su hija y a su mujer, además del dulce Alex. El transporte se había desviado del camino principal kilómetros atrás, la preocupación de los apuros que pudieran estar pasando en ese momento resultaba dolorosamente abrumadora. Necesitaba encontrar cuanto antes a su familia. Antes de que algo realmente terrible les sucediera.

En otro momento, habría preferido la soledad, otras personas solían entorpecerlo y demorar su avance. Sin embargo, Chad y Lee resultaron ser una excelente compañía. Ambos hombres eran silenciosos como panteras.

—Dieron vuelta por allí —declaró Zalo, después de detenerse a examinar una encrucijada del camino de tierra por el que habían estado avanzando.

Pusieron los caballos al galope, avanzando entre terreno pedregoso. Pronto notaron la silueta del carruaje subiendo por una colina y apretaron el paso. Ya casi los alcanzaban.

—Los están atacando —Lee gritó, sin perder de vista el carruaje.

Chad apretó los dientes, deseando que a su caballo le salieran alas para poder llegar allí enseguida. Notó que el carruaje se bamboleaba cuando los caballos tomaron de forma improvisada una curva y el corazón prácticamente se le detuvo en el pecho. Las ruedas izquierdas se alzaron en el aire y cayeron estrepitosamente en la tierra, haciéndose añicos. Fue cuando los bandoleros, que los habían estado correteando, aprovecharon para alcanzarlos.

Los cocheros iban armados, por lo que los balazos se hicieron oír conforme los bandidos se aproximaban a los restos del carro destartado.

—¡Deprisa, nos necesitan! —Chad se adelantó, acicateando a su montura. Su caballo apuró el paso, era el mejor semental que había montado jamás, cualquier otro animal se habría quedado atrás, pero este caballo parecía ser capaz de seguir corriendo de forma infinita y sin temor a aumentar la velocidad.

Percibió la silueta de Lupita luchando por abrirse paso entre la madera destartada del carruaje. Al menos, a la distancia parecía ilesa. Se volvió sobre el carro para ayudar a salir a otra persona... Alex. Su hermano se tambaleó fuera del carro, al tiempo que Lupita ayudaba a salir del interior a su madre.

Notó cómo caía uno de los dos cocheros por una bala cuando uno de los bandidos se abalanzó sobre Lupita. Apretando los dientes de rabia, la vio forcejear con su atacante antes de que él la arrastrara lejos de los restos del carruaje. Ya casi estaba allí, pero al mismo tiempo se encontraba tan lejos...

Alex gritó y se abalanzó sobre el atacante de Lupita, pero el hombre lo recibió con una patada que lo lanzó de espaldas hacia atrás.

Lupita luchó contra el hombre, indómita como siempre. Otro de los bandidos se aproximó a ayudar a su compañero, golpeó a Lupita con la culata y la chica cayó inconsciente. Richard vio con rabia impotente cómo el hombre la tomaba por la cintura y la subía sobre su caballo antes de alejarse a toda velocidad.

Alex se levantó en ese momento y el primer hombre, el que le había dado la patada, le apuntó con su arma. Pero Richard ya lo tenía al alcance de su Colt y disparó. El hombre cayó muerto del caballo, que se encabritó y se alejó corriendo al galope, asustado. Los demás bandidos, alertados ya de su presencia, comenzaron a dispararles, pero ellos ya estaban prácticamente encima.

—¡Tú ve por Lupita, Chad! —le gritó Zalo—. ¡No permitas que ese tipo se lleve a Lupita!

Richard miró a Alex, él estaba asustado, pero a salvo. En cambio, Lupita no lo estaría por mucho tiempo si ese tipo conseguía escapar con ella.

—¡Cuiden a Alex! —vociferó con intención de que los tres lo hicieran y salió disparado por un camino lateral, con la esperanza de interceptar al hombre que había secuestrado a Lupita.

No tardó mucho en escuchar los cascos del caballo y pronto distinguió la silueta del atacante

abriéndose camino entre la selva, con la intención de perderse entre la vegetación. Chad apuntó, pero no disparó, temía darle a Lupita. No conseguía verla con claridad, solo su silueta bamboleándose con el galope del caballo. Debía de encontrarse inconsciente todavía. El temor se apoderó de él por una fracción de segundo. Bien podría estar muerta...

«Ella está bien», se dijo a sí mismo, apurando a su caballo. No iba a permitir que pensamientos negativos lo movieran, dejarse dominar por el temor era tan peligroso como dejarse llevar por la furia.

El sonido de un disparo lo puso en alerta. El bandido se había vuelto y le estaba disparando, sin detener su montura.

—Estás loco, maldito —rugió, agachándose cuando rozó una rama. Si seguía así, el tipo terminaría desnucándose o matando a su caballo cuando tropezara con una rama. Lo primero sería magnífico, mas lo segundo sería muy peligroso con Lupita todavía inconsciente sobre el lomo del animal.

Tenía que disparar, detenerlo. Si ese tipo continuaba así terminaría matando a Lupita tarde o temprano.

Apuntó su arma en el momento exacto y disparó.

La bala dio justo entre las cejas del hombre y el bandido cayó del caballo. Pero el animal continuó andando a todo galope y Lupita, sin el agarre del hombre que la sostenía sobre el lomo, cayó inerte contra el suelo.

—¡Lupita! —Chad saltó del caballo y corrió a su lado.

Ella había caído sobre la hierba, no se movía. Chad se abalanzó sobre ella y con manos temblorosas le dio la vuelta.

—Lupita —la llamó, apartando el cabello revuelto que le había caído sobre la cara para verle el rostro.

Un enorme tajo se había abierto en el extremo izquierdo de su frente, llenando de sangre las cejas, los ojos y buena parte del rostro y el cuello.

—Maldito el que te hizo esto—espetó Chad, deseando que el tipo estuviera vivo para volver a matarlo.

Enderezó a Lupita sobre sus brazos, sosteniéndola contra su cuerpo al tiempo que le daba unas suaves palmaditas con una mano sobre el rostro. Tardó varios minutos, pero ella recobró el conocimiento. Poco a poco abrió los ojos y los enfocó en él.

—¿Chad? —preguntó con voz apagada.

—Lupita, gracias al cielo. —Él sonrió, apartándole con una caricia un mechón de pelo de la cara—. Me has dado un susto de muerte.

—¿Qué pasó con el hombre?

—Tranquila, está muerto.

—Qué bien, si no lo hacías tú, lo habría hecho yo —bromeó y miró en derredor—. ¿Dónde estamos?

Chad iba a contestar hasta que se percató de que no tenía ni la más remota idea. Habían cabalgado a toda velocidad por lo que pudo ser una media hora, una hora... No lo sabía. Todo sucedió tan rápido que no había prestado atención. En su opinión, se sintió como una eternidad esa maldita persecución, como una de esas terribles pesadillas en las que corres a todo lo que te dan las piernas y nunca consigues avanzar. Bien podrían estar a unos pocos kilómetros del camino principal o a varios cientos, no tenía idea, ni tampoco de en qué sitio se encontraban.

—Estamos a salvo —dijo al fin, se quitó el pañuelo del cuello y lo apretó contra la herida abierta en su cabeza—. Ahora quédate quieta, tienes un corte bastante feo en la frente que debemos curar, o al menos detener la sangre.

Lupita apretó los labios en un gesto de dolor cuando él puso el pañuelo contra su herida en la frente, pero no se quejó.

—¿Recuerdas algo de lo que sucedió?

Ella asintió suavemente.

—Eso creo... íbamos en el camino cuando esos hombres aparecieron... —Hizo una mueca de dolor.

—Lo siento.

—Está bien, no duele tanto... Espera, ¿dónde están mamá y Alex...?

—Ellos están a salvo. —O eso quería pensar. No iba a conseguir nada con preocuparla ahora—. Tu padre, Lee y... un amigo se quedaron con ellos. Tu padre es excelente disparando con el rifle a la vez que monta un caballo, ¿lo sabías?

—¿Y quién crees que me enseñó a disparar? —contestó ella en tono bromista—. De haber tenido uno conmigo, no habría habido bandido que consiguiera darnos alcance.

—Creo que el golpe te ha quitado la poca humildad que tenías —bromeó él también.

—No es falta de humildad, sino reconocimiento de la grandeza de mi padre. —Sonrió—. Fue él quien también me enseñó a usar los cuchillos... —Intentó levantarse, pero el mundo se le movió y Chad volvió a recostarla contra su pecho.

—Ese tipo te dio un golpe demasiado fuerte, será mejor que descanses unos minutos más. No debes moverte bruscamente.

—Está bien —contestó ella dócilmente, dejando caer la cabeza contra su pecho.

Chad sonrió.

—¿Qué es tan divertido?

—Nada. Es solo que es agradable la sensación de tenerte contra mí, sin que te estés quejando por ello todo el tiempo.

—Supongo que sí. Disfrútalo, vaquero, porque no me volverás a ver noqueada en mucho tiempo... —musitó Lupita en tono jocoso que menguó cuando él volvió a posar el pañuelo contra su herida para secar la sangre que corría de nuevo por su frente.

—Lupita, nadie volverá a ponerte un dedo encima jamás.

—Eso no lo puedes evitar.

—De ser por mí, te pondría dentro de una burbuja de cristal y no dejaría que nadie te tocara un solo cabello.

—Chad, has pasado demasiado tiempo con mi padre. Comienzas a hablar como él —se mofó, riendo contra su pecho.

—Quizá sea que has ganado el mismo grado de importancia en mi corazón.

Ella alzó la vista y se enderezó, clavando sus oscuros ojos en los de él.

—Chad, yo... —Se quedó callada de repente—. Agáchate.

Chad obedeció sin dudarle. Había escuchado pisadas a su espalda.

—¿Qué ocurre?

—Hay alguien por allá. —Lupita señaló el sitio por el que habían llegado. Se escuchaban voces de hombres y cascos de caballos todavía demasiado lejos como para que los recién llegados se percataran de su presencia. Gracias a la gran cantidad de plantas que habitaban la zona, ellos estaban a buen resguardo en su posición, agazapados y ocultos de la vista de quienes fueran, pero también eso impedía que pudieran ver con claridad a los hombres que iban acercándose a caballo.

—Peinen la zona. —Escucharon a los lejos el grito de un hombre—. Deben estar por aquí.

Chad buscó el arma en el cinto. Se escuchaba el ladrido de varios perros. Seguramente los estaban rastreando.

—¡Aquí hay sangre! —Oyeron la voz de un hombre, más cerca de lo que Chad habría deseado—. No deben estar lejos...

Chad sacó una de las Colt de su cinturón, dispuesto a apuntar en cuanto el primer intruso quedara a la vista, pero Lupita lo detuvo posando una mano sobre su brazo.

—No. Son demasiados.

—Nos encontrarán.

—Debemos escapar.

—No tengo idea de dónde estamos, darán con nosotros antes de que llegemos al camino o consigamos ponernos a salvo.

—Debemos escondernos. —Lupita miró hacia arriba y Chad siguió su mirada.

Por encima de sus cabezas, no lejos de allí, se levantaba un risco tan escarpado que incluso a una cabra le habría costado trepar por él.

—Nos romperemos el cuello si pretendes que subamos allí.

—Estaremos muertos si nos encuentran —le contestó Lupita, mirando en derredor y avanzando entre la tupida vegetación—. Vamos, debemos movernos rápido. Cuida de no romper las hojas al pasar, no dejes rastro.

—Eso es imposible... ¿Qué estás haciendo?

—Trepemos por los árboles y llegaremos más alto, será un distractor para los perros. Vamos, Chad, no te quedes atrás. —Le tendió una mano para ayudarlo a subir por el tronco.

Chad hubiera preferido enfrentarse a esos hombres que probar suertes como mono-araña, pero Lupita tenía razón. A cada segundo se acercaban más los hombres de García, quienes los llevarían

si lograban dar con ellos, o algo peor... No iba a arriesgar a Lupita. Que hicieran lo que quisieran con él, pero a Lupita no le tocarían un pelo. Él no se quedaría de brazos cruzados mirando cómo le metían un tiro entre las cejas. Debía permanecer a su lado para protegerla, no tenía idea de cuánto tiempo tendrían que quedarse en ese sitio ni contra qué desventuras tendrían que protegerse. Sin duda, en las cercanías habría toda clase de bestias y animales peligrosos, sin mencionar a los bandidos de García, esos mercenarios que violarían y matarían a Lupita sin pensárselos dos veces.

Con cierta vacilación la siguió por el robusto árbol de pirul que ella estaba escalando. Cuidando cada paso para no hacer ruido ni resbalar y, sobre todo, no mirar abajo. No lo admitiría jamás, pero le tenía pánico a las alturas. Habría preferido que lo molieran a golpes antes de tener que encontrarse en ese lugar, a punto de convertirse en una especie de hombre-cabra suicida, porque no tenía idea de cómo conseguirían llegar hasta la cima de ese risco con vida.

—Vamos, no te caerás. Confía en mí —le susurró Lupita, balanceándose en una rama con la misma facilidad que lo habría hecho un mono.

—¿Es que tienes control sobre la gravedad y no me lo habías dicho? Porque por lo que yo sé, si tropiezo caeré sin remedio —preguntó él, sarcástico.

—Como dice mi abuela, del suelo no pasas. —Ella sonrió, mordaz—. Anda, date prisa. Ya casi llegamos al risco. —Le tendió una mano para ayudarlo, balanceándose con un solo brazo.

—¿Eres pariente de un simio o solo escapaste de un circo? —Chad tomó su mano y avanzó a su lado, escuchando su suave risa, demasiado baja como para que sus persecutores la escucharan pero lo suficientemente alta para que a él se le calentara el corazón.

—Soy hija del viento y de la escarcha, de la brisa que mece las plumas de las alas de las aves cuando emprenden el vuelo y del rocío de las mañanas. Formo parte de la naturaleza; cada árbol, cada rama, cada hoja es parte de mí como yo de ella. Estamos unidas en alma y, algún día, cuando mi carne perezca, mi cuerpo nutrirá sus raíces y pasará a ser uno con todo cuanto me rodea.

Richard se quedó callado, mirándola de una forma que ella no supo interpretar.

—Intentemos que eso no suceda en bastante tiempo, ¿de acuerdo? —Él pasó por su lado y se encaramó al risco—. Vamos, mujer, cuando tengas cien años podrás convertirte en merienda de raíces. Ahora tendrás que guiarme a la cima de este risco.

Lupita sonrió y se adelantó, pasando a su lado ágil como una pantera.

—Sigue cada uno de mis pasos, debes tener mucho cuidado en no pisar en falso o podrías resbalar y caer sin remedio, ¿de acuerdo?

—Absolutamente.

Lupita lo guio de piedra en piedra, subiendo lentamente hasta llegar a uno de los extremos del risco y por allí treparon, treparon y treparon por lo que pareció una eternidad.

No perdía de vista a Lupita subiendo por encima de él, listo para sujetarla en cualquier momento que ella flaqueara, pero la chica parecía una araña humana, trepaba con la habilidad de un insecto. Era más probable que él terminara como puré humano para alimentar a los buitres a

que Lupita perdiera pie en esa pendiente.

—Ya estamos —dijo ella de pronto... y desapareció.

Chad sintió que el alma le abandonaba el cuerpo. De no haber estado tan bien sujeto a las rocas, habría resbalado sin remedio a causa de la impresión.

Estuvo a punto de gritar su nombre cuando la cabeza de Lupita reapareció por encima de él, asomada de una especie de cueva que se encontraba oculta.

—Vamos, no demores. —Ella tendió una mano para ayudarlo a subir.

—Una cueva —Chad dijo lo obvio, subiendo con la ayuda de Lupita hasta donde ella se encontraba—. Casi me matas de un susto.

—¿Por qué?

—Desapareciste de repente. Temí... Asumí —se corrigió—, que alguien te había visto y te dio un encontronazo allá arriba.

—Eso o que realmente era un espíritu del viento y me largué volando y te dejé aquí arriba solo —ella bromeó, sonriendo descaradamente—. No temas, no te dejaría jamás. Soy más fiel que un perro.

—Sí, un perro con habilidades de araña —masculló él, enojado, dejándose caer sobre la roca. La cueva era demasiado estrecha y baja para que Richard pudiera mantenerse en pie, no sin encorvarse. Decidió esperar a que se marcharan los bandoleros, tendido sobre la roca. Bien podría aprovechar el momento para descansar... y relajarse un poco. No dejaba de notar el corazón acelerado a causa de la travesía, y no precisamente a causa del esfuerzo.

—Intenta dormir un poco, yo vigilaré —le dijo Lupita, sentándose a su lado. La cueva era diminuta, tan estrecha y baja que incluso ella era incapaz de permanecer de pie sin golpearse la cabeza.

—No hace falta, no estoy cansado.

—Tal vez, pero debes relajarte. Escucho el atropellado palpitar de tu corazón hasta aquí. —Ella posó una mano sobre su pecho—. Siento que tuvieras que subir hasta aquí, de haber sabido que le temes tanto a las alturas...

—No les temo.

—Por supuesto —ella sonrió, mordaz, y apartó la mano—, sencillamente el corazón se te desboca así a causa de la hermosa vista que tienes por delante.

—Tal vez sea precisamente por eso —contestó él, fijando sus ojos azules en ella, dedicándole una mirada que le atravesó el alma.

Lupita apartó la cabeza.

—Escucha... —dijo Chad de pronto, rompiendo el silencio que cayó sobre ellos.

Se aproximó más a ella, observando en la penumbra. Y entonces ella escuchó pisadas. Abajo alguien se acercaba.

Se apretujaron juntos en el interior de la cueva, ocupando la oscuridad de esta como disfraz para permanecer invisibles. Las ramas de los arbustos se movieron abajo y fue cuando al fin

vieron a los hombres pasar justo por debajo de la cueva donde ellos se hallaban. Debían ser treinta o cuarenta.

Lupita notó que Chad se movía, sacando sus armas del cinto. Se quedaron en silencio, el corazón les latía a toda velocidad. Los hombres no se movieron, por algún motivo permanecieron allí de pie, buscando algo que no conseguían ver. Los perros ladraron al primer árbol por el que treparon, por un momento temieron que los hubieran visto, pero no fue así.

—No es nada, solo una ardilla muerta —declaró al fin uno de los hombres, volviendo a subir a su montura—. Larguémonos de aquí, todavía falta mucho terreno por recorrer y está anocheciendo.

Escucharon alejarse a los caballos hasta que el último sonido de cascos quedó perdido en la penumbra que se abría paso entre los últimos rayos de sol de ese día. A pesar de que tenía un buen rato que los hombres se habían perdido de vista, ninguno de ellos se movió, demasiado tensos siquiera para soltar el aire de los pulmones con libertad.

—¿Crees que regresen? —preguntó Lupita, demasiado cansada del silencio.

—En ese vasto campo cubierto de selva hay toda clase de escondrijos para un par de seres humanos. Sin duda tendrán muchos lugares en los que buscar antes de decidir dar la vuelta, no creo que regresen en un buen rato, si es que llegan a hacerlo. Y para entonces, ya nos habremos marchado y tú estarás una vez más a salvo en tu hacienda, entre los brazos amorosos de tus padres. —La miró a los ojos—. Es una promesa.

—No es como si ahora mismo no me sintiera ya a salvo.

Sus palabras fueron como un relámpago de luz en esa oscuridad. Él notó el brillo en su mirada, ese brillo que antes aseguraba haber visto, pero que allí era capaz de ver con toda claridad, el brillo del amor. Ella lo quería. Estaba seguro.

Se quedaron inmóviles y en silencio varios minutos, escuchando la noche, atentos a cualquier sonido diferente que pudiera significar un peligro potencial. Pero en todo lo que Chad podía concentrarse era en la tibieza del cuerpo de Lupita, apretado junto al suyo en esa diminuta cueva, sus ojos luminosos como estrellas en el firmamento, brillando para él.

Lupita apartó la mirada, incapaz de seguir observando a Chad de frente. Su cercanía le provocaba emociones que desconocía hasta entonces, sensaciones que antes había experimentado al lado de Ahanu, aunque nunca en ese grado... Ese calor vibrante en su bajo vientre, la urgente necesidad de que él la mirara, de que sus ojos se toparan de frente, la dulzura de cada roce de su piel, el tacto de sus manos sobre su rostro, la aterciopelada piel de sus labios sobre los suyos antes de apretarlos contra su boca en un beso apasionado.

Se descubrió lamiéndose los labios al tiempo que sus ojos, sordos a sus órdenes, se fijaban con necesidad en la perfecta curva de sus sensuales labios, despertando el deseo en ella de probarlos una vez más.

—Creo que se han ido —escuchó a Chad susurrar sobre su oído—. No nos movamos todavía en caso de que no se hayan alejado lo suficiente.

Ella asintió, alzando la vista hasta dar con sus ojos. Estaba prácticamente acostada contra su

cuerpo. La cueva era tan estrecha que no les permitía estar a más de dos palmos de distancia el uno del otro, y con el peligro de ser descubiertos, se habían mantenido tan juntos que prácticamente estaban abrazados en la oscuridad de ese piso de piedra.

Con un movimiento inesperado, más allá de todo su autocontrol, Lupita rompió la distancia que los separaba y lo besó.

No supo si ella se sorprendió más que él. Todo cuanto supo fue que en un momento se encontraba a su lado, y al siguiente debajo de él, besándolo vorazmente, como una completa descarada. Y no le importaba.

Su mano yacía contra el pecho de Chad, sudoroso bajo la tela de la camisa. Chad la estrechaba con fuerza contra su cuerpo, apresándola contra el suelo de piedra de la cueva, pero manteniendo los brazos bajo su espalda, como si intentara protegerla de todo daño.

—Tócame, Chad... —le suplicó con una voz que no parecía suya.

Él la miró a los ojos, tan brillantes bajo la luz de las estrellas que comenzaban a brillar en lo alto del cielo, tan oscuros por la pasión que los nublaba. Sus manos vagaron por su rostro, apartando el cabello de las mejillas y la frente.

—Eres tan hermosa —le dijo en un susurro ronco, inclinándose para besar la punta de su nariz.

Lupita estiró una mano, palpando la piel cálida y sudorosa de la mejilla de Chad, perdiéndose en el tacto de su caricia, en el peso de su cuerpo caliente encima de ella, de esa palpitante necesidad entre las piernas...

Posó ambas manos en el rostro de Chad y se inclinó para unir sus labios con los suyos una vez más. Chad la besó con la misma pasión que ella había visto en sus ojos, apretando sus labios con los dientes en un ligero mordisco que la hizo estremecer y reír a la vez. Él aprovechó para ahondar ese beso, saboreándola con deleite en todo su esplendor, jugueteando con su lengua. Lupita al principio se sintió un tanto cohibida, pero no dudó en seguirle el juego, respondiendo a las caricias lentas de su lengua con otras igual de entusiastas.

—Espera... —Él se detuvo de repente, manteniendo los ojos nublados al verla—. Esto no es correcto...

Lupita sonrió, acariciando su rostro.

—¿En qué posición me deja esto? ¿Estás diciendo que estoy intentando seducirte?

—No... Claro que no, he sido yo... —Chad calló cuando ella posó un dedo sobre sus labios, silenciándolo.

—No tienes que salvarme siempre, Chad. Incluso de mi propia lujuria.

—No es lujuria. Es amor.

La sonrisa en el rostro de ella desapareció.

—Está anocheciendo —musitó ella, observando con preocupación la oscuridad cernirse sobre la cueva.

—Tu padre seguirá en el camino, probablemente acampe cerca. Estás herida, lo mejor será que nos quedemos aquí hasta que amanezca, no ganaremos nada saliendo a la oscuridad del bosque en

medio de la noche, podríamos encontrarnos cualquier alimaña o alguno de esos tipos. A la luz del día decidiremos qué hacer.

—Tienes razón —ella convino, moviéndose incómoda en el apretado espacio.

—Espera, toma mi abrigo.

—Hace demasiado calor.

—Es para que lo pongas bajo tu espalda. —Él se lo quitó y lo colocó bajo ella.

Lupita se tensó al sentir el calor de su cuerpo tan pegado al suyo, no se podían mover sin tocar al otro.

—Gracias, Chad. —Ella se acomodó sobre la tela, aliviada al sentir la protección bajo ellos.

Chad se acomodó a su lado, intentando no perturbarla, pero estaban tan pegados que era imposible moverse sin tocarse.

—Esto es un poco penoso... pero ¿te molestaría que me quitara la camisa? —le preguntó él tras un rato de incómodo silencio—. No soporto este calor.

—Adelante —contestó Lupita, sin perder de vista a Chad. Gracias a la luz de la luna que ya alumbraba en lo alto, podía distinguir el contorno de su silueta, su rostro, el brillo intenso de sus ojos al mirarla...—. Ojalá yo pudiera hacer lo mismo —se le escapó decir.

—Es una buena idea. —Escuchó la risa de Chad, su rostro se había perdido en el revoltijo de tela que él intentaba quitarse por encima de la cabeza—. Yo no me opongo en absoluto, así que adelante, ¡con confianza, quítate todo lo que quieras!

—Te estás ganando un buen puntapié en la espinilla. ¿Qué pasó con el caballero que hace un momento me salvó de mi misma?

—Se está dando la arrepentida de su vida —masculló él, cruzando los brazos tras la cabeza y fijando los ojos en el cielo que alcanzaba a ver desde la cueva, decidido a contar cada una de las estrellas y volver a contarlas. Lo que fuera por quitarse de la cabeza la tentación del hermoso cuerpo semidesnudo y sudoroso de Lupita a su lado—. Lo digo en serio, el calor aquí es insoportable.

—Niño blanco de las nieves. —Bufó ella—. No soportas nada.

—Nadie puede soportar vivir en un horno vestido con prendas de lana —contestó él, acomodándose sobre la tela de la camisa a modo de almohada—. Anda, quítate la ropa. No voy a verte, lo prometo.

—No te creo.

—¿Prefieres terminar como un cerdo rostizado en el horno?

—Sí que eres caballeroso —dijo ella irónica, pero le hizo caso. Comenzó a quitarse la chaquetita elegante que llevaba puesta. No podía ver mucho en ese lugar, pero seguramente la tela estaba hecha un asco. De por sí ya no quedaba gran parte de su cuerpo a resguardo, la mayoría de la tela estaba rota y hecha jirones. Su madre pondría el grito en el cielo al verla.

Notó que Chad apartaba el rostro, fiel a su palabra, y fijaba la vista en el cielo oscuro sobre sus cabezas.

—¿Mejor? —le preguntó cuando ella se acomodó una vez más a su lado.

—Tenías razón —admitió, tendiéndole la chaqueta—, habría terminado como un cerdo.

—¿Qué quieres que haga con eso?

—Ponerlo bajo tu cuerpo, ¿es que te gusta que se te encarnen las piedras en la piel? —Bufó con una sonrisita mordaz que ya empezaba a ser bastante familiar en su rostro.

—Se va a estropear.

—No me importa.

A él le costó decidirse, pero terminó por aceptar.

—Gracias —dijo, volviéndose de espaldas a ella para acomodar la tela bajo su cuerpo.

Bajo la luz de la luna, las marcas de cientos de cicatrices brillaron en la piel de su espalda. Los dedos de Lupita volaron antes de que ella fuera consciente de su acto, trazaron las líneas blancas, algunas finas, otras gruesas, de heridas que debieron ser profundas y dolorosas... Heridas de antiguos azotes. Lo sabía bien. Las había visto en la espalda de su padre.

Chad se tensó al sentir el tacto de sus dedos sobre su piel, pero no se movió, permitiéndole hacer libremente.

—¿Qué fue lo que te sucedió, Chad? —Lupita le hizo la misma pregunta que antaño.

Él se quedó en silencio, lentamente se giró hasta quedar recostado a su lado, sus ojos frente a los suyos.

—Mi padre tenía una mano muy dura en ocasiones—contestó al fin, en un tono que intentaba no mostrar emoción alguna. Sin embargo, Lupita vio algo en él, en la tristeza de su mirada, el matiz atormentado de su voz, que le hizo saber que había mucho más de lo que él revelaba con esas simples palabras.

—Lo siento... —musitó, estirando una mano y trazando la curva de su rostro en una delicada caricia.

—Sucedió hace mucho tiempo —respondió él, sin moverse—. No tiene importancia ya.

Se giró para quedar de cara a ella, apoyando la cabeza en un codo e inspeccionó la noche.

—Duerme, Morenita. Mañana te despertaré temprano para que volvamos al camino donde debe estar aguardando tu padre.

—¿Es que no piensas dormir?

—Me quedaré vigilando.

—No creo que nos encuentren aquí, Chad... —Lupita se quedó callada al notar una marca en el pecho de Chad.

Él se había movido, dejando al descubierto la enorme cicatriz en su pecho, una marca similar a la que ponían en el ganado o los caballos con fierros al rojo. Un blasón conformado por un par de letras, de apariencia elegante.

Al notar a lo que ella le estaba prestando atención, Chad se cubrió con una mano, en un gesto casi violento.

—Anda, no repliques y duerme —le ordenó él en un tono más brusco, moviéndose contra el

suelo para dejar oculta la cicatriz, como si su atenta mirada le resultara molesta.

—No quería hacerte enojar.

—No lo haces. Es solo que... es vergonzoso.

—¿Qué cosa? ¿Tener marcas en la piel?

—Haber sido marcado como un animal. —Sus ojos brillaron, llenos de ira—. Y por mi propio padre.

—No debes sentirte de ese modo. No es como si fuera tu culpa... Eras solo un niño y lo hiciste para defender a Alex.

Los ojos de Chad se encendieron al volverse a mirarla, y Lupita por primera vez sintió temor de él.

—¿Cómo es que sabes eso...? Espera, es lógico. Mi hermano se fue de lengua larga otra vez... —musitó, furioso.

—No fue culpa de Alex, ese día que te vi en el lago... —Se encogió de hombros—. Sentí curiosidad y le pregunté al respecto. No fue sencillo, Alex no quiso contarme nada y de hecho lo que me dijo fue algo que se le escapó contra su voluntad...

—¿Y eso qué fue?

—Que tú lo salvaste. —Lo miró a los ojos—. Que siempre lo has hecho. Tu padre solía castigarlos duramente y eras tú quien siempre lo defendía...

Chad apartó la mirada y la fijó en la luna, intentando moderar su enojo.

—¿Es por eso que llamas padre a Lee? —preguntó ella, buscando decir algo amable que la reconciliara con él y que apagara su enojo—. Y antes de que culpes a Alex, eso lo he sabido desde antes... No es que sean muy parecidos físicamente.

—Lee es mi padre, él me educó, me enseñó todo cuanto es importante. El hombre que me engendró no fue más que un pedazo de escoria que escapó del Infierno. Gracias al cielo ya ha vuelto al agujero de donde salió y no podrá hacer más daño en este mundo.

Lupita notó el resentimiento y el dolor en sus palabras. Con un gesto lento, se acercó a él y posó los labios sobre su cicatriz en un beso suave y tierno.

—Siento tanto que hayas tenido que conocer ese tipo de crueldad siendo un niño —musitó, pasando los dedos sobre las letras—. Pero lo que veo aquí no es causa de vergüenza, sino de orgullo. Tú defendiste a tu hermano, fuiste valiente al proteger a otro ser humano, a un ser indefenso... Es igual a lo que hizo Ahanu al salvar a esas mujeres, solo que tú eras un pequeño indefenso... —Sonrió, dedicándole una expresión que le traspasó el corazón, una llena de orgullo y de amor—. Eso, en mi humilde opinión, tiene todavía más valor.

Él sonrió por primera vez. Tomó su mano con delicadeza y la besó.

—No me gusta hablar de mi pasado —dijo él, ahuecando una mano contra su mejilla—. Ahora solo me importa mi futuro —musitó, inclinándose sobre sus labios para besarla—. Y mi futuro eres tú, mi amor.

Lupita se tensó al darse cuenta de lo que él iba a hacer, pero no se movió. No deseaba hacerlo...

y, a la vez, lo deseaba con todas sus fuerzas. Y cuando sus labios tocaron los suyos, sintió perderse definitivamente.

Capítulo 21

Él la miró a los ojos y leyó con claridad el deseo en estos. Con suavidad, como si temiera lastimarla, se inclinó sobre su rostro y la besó. Ella no lo apartó, le regresó el beso con pasión, abriendo los brazos para dejar libre toda barrera que existía entre ellos.

Las manos de Lupita sondearon los músculos de la espalda de Chad hasta llegar a su nuca, con una necesidad que nunca se había apoderado de ella antes, enterró los dedos en su pelo y lo atrajo más contra su rostro.

Chad había mantenido la barrera del deber por encima del deseo hasta entonces, pero ese fue su quiebre. Sencillamente no resistió más y se dejó llevar por aquello que llevaba tanto tiempo reprimiendo, ese deseo incontrolable que había nacido en él desde el primer instante que vio a Lupita.

Era algo que jamás había experimentado con otra persona antes, una urgencia que rayaba en la desesperación. La necesitaba más que sus pulmones al aire. Deseaba sentirla contra su cuerpo, acariciar esa piel de cobre capaz de volverlo loco de deseo, conocer hasta el último rincón de ella jamás explorado y hacerlo suyo. Estar dentro de ella y hacerle el amor como nunca antes lo había hecho.

Con manos trémulas, como si fuera un chiquillo inexperto, buscó a tientas los botones de su blusa. Con paciencia los fue abriendo, dándole tiempo de echarse para atrás. Pero ella no lo hizo, gracias al cielo, o no sabría cómo habría conseguido detenerse. Seguramente habría tenido que lanzarse del risco de cabeza, porque una cosa sabía muy bien, y era que jamás dañaría a Lupita.

Ella sonrió, como si adivinara aquel pensamiento que cruzaba por su mente.

Con paciencia, Lupita aguardó, observándolo con ojos fervorosos mientras sus dedos tanteaban su torso desnudo. Tocó con dedos trémulos sus músculos. Exploró cada parte de sus pectorales, deleitándose con cada rincón de su piel tersa, marcada en diferentes sitios por las cicatrices hechas por la mano cruel de su padre.

Él habría deseado que con ella hubiera sido tan fácil entregarse al deleite de su cuerpo. Bajo la blusa, Lupita llevaba, como toda dama, una combinación y un corsé que dejaban bien cubiertos sus encantos de mujer. Temió que ella deseara detenerlo, pero, en lugar de ello, comenzó a desatar el corsé. Chad se le unió y entre ambos consiguieron deshacer los complicados nudos y liberarla de su acalorado peso.

—¿Cómo soportas llevar esto sin sofocarte? —le preguntó con una risita nerviosa.

—¿Quién dice que lo soporto? —contestó Lupita, alzando un hombro con una sonrisita pícaro—. Me lo quito siempre que puedo, y cuando mamá no está viendo, por supuesto.

—Morenita traviesa. —Chad se inclinó y la besó, feliz de poder sentir el calor de su piel a través de la fina tela de la combinación. La tela estaba húmeda por el sudor, podía percibir la calidez de su cuerpo contra sus manos, sus pezones duros contra su pecho cuando la estrechó.

Trazó la curva de su espalda hasta llegar a su cintura y subió por su vientre hasta la cima de sus pechos. Ella gimió cuando su palma se cerró en la cumbre de uno, masajeando con suavidad la sensible piel bajo la tela.

Pero necesitaba sentirla por completo. Tocarla al natural, piel contra piel, sin ninguna barrera entre ellos. Las manos de Chad descendieron hasta dar con la base de la camisola y se la quitó por encima de la cabeza. Lupita se apretó los pechos con los brazos en un ramalazo de timidez.

—Eres hermosa —le dijo él, inclinándose para besarla una vez más.

Lupita se dejó llevar, incluso cuando él apartó sus brazos de su cuerpo, uno a uno con una paciencia infinita, sin dejar de devorarla con la mirada al tiempo que depositaba suaves besos sobre los dedos de sus manos, sus codos, sus hombros, hasta llegar a su clavícula, desde donde comenzó a descender trazando un camino de besos hasta llegar al lugar donde nacían sus senos. Trazó la curva de uno con la lengua hasta alcanzar el pezón.

Lupita se estremeció al sentirlo, lanzando un gemido de placer cuando él se lo metió a la boca y succionó.

—Esto no puede ser real —musitó, enterrando los dedos en el pelo dorado de Chad y atrayéndolo más.

—Y se va a poner mejor. —Él rio, apretando el pezón entre los dientes y tirando con suavidad.

Lupita chilló, arqueándose contra su boca en una urgente necesidad de él. Chad respondió al instante, deleitándose con sus atenciones, se metió el pecho a la boca, chupó y masajeó con frenesí antes de dedicarle la misma atención al otro.

Una urgente necesidad nació entre sus piernas, latiendo con una fiereza cada vez más fuerte cuando él rozaba el duro bulto de su entrepierna contra ella.

Las manos de Chad estaban por todas partes, acariciaban sus pechos, su cintura, su ombligo, buscando tocarla en sitios donde nunca nadie había tocado antes. Lupita se sentía hermosa, viva, devorada por los ardientes ojos de Chad que no dejaban de observarla con una devoción que no parecía posible. Ella trazó los músculos de sus brazos con los dedos, deleitándose con la piel cálida y sudorosa de terciopelo, ardiente y tensa por el deseo. Bajó por sus hombros y su pecho, sus pectorales duros y marcados hasta llegar al sitio donde iniciaba su sexo.

Lupita ni siquiera notó el momento en que la mano de Chad subió por su pierna hasta llegar al centro de su feminidad, perdida como estaba en el gozo de ese momento. Fue hasta que Chad tocó el sensible punto entre sus pliegues que lanzó un grito, mezcla de sorpresa y de placer.

—¿Qué estás haciendo...? —Él la besó, silenciando sus palabras. Lupita no insistió, se dejó

llevar de vuelta al cielo con ese beso.

Lupita emitió un gemido de placer, arqueando la espalda contra él, pegando más su cuerpo contra el suyo, uniéndose piel con piel, ambos desnudos del torso hacia arriba.

Chad volvió a prestar atención a su parte íntima, masajeadando con devoción entre sus pliegues antes de introducir un dedo en el centro de su feminidad.

Lupita gritó, pero él aún la besaba y su voz quedó ahogada en su boca. Aquello era lo más placentero que había experimentado en su vida, deseaba que nunca acabara y a la vez que culminara, de algún modo sabía que vendría algo mejor... ¿pero qué era?

—Por favor... —gimió, aunque sin saber exactamente qué estaba pidiendo.

—Lupita, eres tan hermosa —él dijo su nombre antes de meter el lóbulo de su oreja en su boca y morderlo. Ella gritó.

No se percató de que la mano de Chad había abierto las ataduras de su pantalón hasta que notó su virilidad erguida y rígida contra su entrepierna. No buscaba penetrarla, solo darle placer. Ella aún llevaba puestos los largos calzones, y la tela los separaba, aunque no evitaba que sintiera la calidez de la dureza de su sexo contra su entrepierna.

La curiosidad pudo más que ella y se abrió ligeramente a él. El miembro, como si supiera por sí mismo lo que ella deseaba, se enterró contra su entrada, provocando en ella un estallido de placer inmediato. Estaba tan duro y caliente, húmedo contra la fina piel de su feminidad. Una humedad suave y caliente emergió de su interior, provocando que su deseo se intensificara.

Chad la besó con fiereza y ella abrió la boca permitiendo deleitarse con su sabor, los envites de su lengua contra la suya, las caricias de sus manos en sus caderas, meciéndola suavemente contra su sexo.

Ella abrió las piernas y las enredó contra sus caderas, deseando sentirlo dentro de ella, unirse a él por completo. La dureza de su miembro golpeó la tela de la entrada de su feminidad, pero ella deseaba más. Más...

—Por favor... —gimió contra su boca, arqueando las caderas contra las de él.

—Si lo hago, ya no habrá vuelta atrás...

—Hazlo —lo cortó ella, llevando su mano hacia su prenda íntima.

Él la estudió con la mirada por una fracción de segundo. Lo honorable sería detenerse... Pero no tenía las fuerzas. La deseaba. La amaba.

No era un acto desesperado de una sola vez, era un acto de amor. Solo sería la primera de muchas veces, porque se casaría con ella. Guadalupe Lobos sería su esposa.

Y con esa convicción, bajó la prenda íntima de Lupita con un movimiento casi desesperado hasta liberarla de ella y se situó sobre su cuerpo desnudo.

Lupita lo miraba a los ojos con la necesidad febril en esa oscuridad profunda e intensa que eran sus iris.

Con lentitud abrumadora, Chad se posó sobre su cuerpo y abrió sus piernas con una de sus rodillas, colocando su miembro contra su entrada. Con un movimiento lento y suave empujó hacia

su entrada. La suave humedad de su interior lo golpeó, se hubiera vaciado en ese mismo instante, pero quería que esa vez, la primera de ellos dos juntos, fuera especial. Quería darle placer, que fuera una unión que ella jamás olvidara, porque bien sabía él que nunca la olvidaría.

Empujó lentamente un poco más y ella se tensó. Había llegado al punto sin retorno, donde el velo de su virginidad se rompería para siempre y no habría vuelta atrás.

Buscó su mirada y vio temor en esos ojos negros, pero también determinación y deseo.

Tomó su rostro entre sus manos y la besó profundamente, tan profundamente que ella estaba sin aliento cuando él apartó los labios de los suyos para mirarla a los ojos.

—Te amo —le dijo.

Lupita sonrió antes de que él la besara una vez más, abrumándola con ese beso al tiempo que empujaba con fuerza, penetrándola de lleno.

Ella gritó, arqueándose fuera de él. Sus ojos se bañaron de lágrimas al tiempo que una mueca se tensaba en su hermoso rostro, en un gesto de dolor.

Chad se inclinó y la besó en los párpados cerrados y húmedos, en sus mejillas, en la punta de su nariz, antes de apoderarse una vez más de sus labios. Con la lengua buscó que ella se abriera a él hasta que sintió que se relajaba nuevamente. Sus manos, antes tensas, acariciaron con suavidad su espalda, atrayéndola más y más contra su cuerpo, a medida que el beso se intensificaba.

Y fue cuando él la volvió a penetrar. La segunda vez no dolió tanto, ella se tensó ligeramente pero no se apartó esta vez. Él salió un poco y volvió a entrar, comenzando un baile lento y pausado que bañaba de placer su cuerpo en cada embestida.

Lupita, poco a poco, fue agarrando ritmo, balanceando las caderas para unirse a él más profundamente hasta que la necesidad de sentirlo en plenitud la hizo envolverlo por las caderas, atrayéndolo contra su cuerpo con piernas y manos en un movimiento casi desenfrenado.

Los envites se habían hecho más y más rápidos, y con cada uno, el placer aumentaba en cada embestida. Lupita gimió y gritó, sintiendo cada oleada de placer como la cumbre que le abriría la puerta a un paraíso que estaba por divisar. Estaba cada vez más y más cerca, prometiendo inundarla de esa sensación mágica que jamás había experimentado antes. Chad gruñó contra su oído y se enterró en ella con una embestida profunda y se derramó en su interior, entonces sucedió...

—¡Ah...! —gritó cuando el clímax la invadió, transportándola a un mundo de placer que nunca antes había conocido.

Permanecieron unidos, sus cuerpos pegados el uno contra el otro, sus rápidas respiraciones subiendo y bajando en sus pechos, tan pegados que podían sentir el frenético latir del corazón del otro.

Chad buscó sus ojos y se inclinó para besarla.

—¿Te hice daño? —le preguntó en un murmullo, hablando contra sus labios.

—No —ella sonrió, enterrando los dedos en los rizos suaves de ese cabello dorado que había aprendido a adorar en tan poco tiempo—, fue maravilloso. ¿Crees que...?

—¿Qué cosa? —Unas arruguitas aparecieron en la comisura de sus ojos cuando le sonrió. Nunca ella lo había visto sonreír de manera más dulce—. No te detengas, pregúntame lo que quieras, no quiero que haya secretos ni tabúes entre nosotros.

Ella se mordió el labio y lo miró a los ojos, ese brillo pícaro que aparecía en ciertas ocasiones, como cuando él le robaba un beso, iluminó su mirada.

—¿Crees que podríamos intentarlo otra vez?

Chad rio ligeramente y se inclinó para besarla una vez más.

—Todas las veces que quieras, mi Morenita —le dijo en tono juguetón, posando una mano sobre la cima de uno de sus pechos y apretando con suavidad—. Tenemos toda la vida para hacerlo todas las veces que desees.

Capítulo 22

A la mañana siguiente, Richard despertó al alba. Las estrellas aún titilaban en lo alto del cielo, no obstante, a su lado ya no se encontraba Lupita. Sobresaltado, se desperezó y se vistió a toda prisa. Las ropas de ella tampoco estaban, por lo que supuso que no podían haberla raptado mientras él dormía. Ningún bandido se detendría a vestir a la dama con riesgo de despertar a su guardián.

Bajó a trompicones por la roca y, cuando estaba a unos dos metros del suelo, se dejó caer sobre la hierba, comenzando a preocuparse en serio al no ver a Lupita por los alrededores.

«Cálmate, Richard», se dijo a sí mismo, caminando entre la vegetación con los oídos y los ojos muy atentos a cualquier sonido. «Lupita está bien, seguramente fue a vaciar la vejiga. Aparecerá en cualquier momento delante de tus ojos y tú te maldecirás por haberte preocupado tanto por ella».

Escuchó el sonido de un chapoteo, siguió sobre sus pasos, apartando la hierba de los pastizales crecidos, ramas de arbustos y árboles que le entorpecían el camino hasta llegar a un riachuelo. Y allí la vio.

Su piel brillaba bajo la luz de los primeros rayos del sol que venían a clarear el día. Su cabellera negra caía sólida y espesa sobre su espalda, enmarcando su hermoso rostro. Sintió el deseo arder en su entrepierna a medida que se aproximaba a ella y las sedosas curvas de su cuerpo quedaban expuestas a la vista.

—Lupita —la llamó, aproximándose a ella. Si él la había encontrado, bien podría hacerlo cualquier otra persona, y no deseaba que nadie la viera desnuda. Nadie que no fuera él.

Porque de ser por él, la habría inmortalizado en ese preciso momento para deleitarse con esa imagen por el resto de su vida. La imagen más hermosa donde sus ojos jamás se hubieran posaron.

Ella alzó la vista y fijó sus oscuros ojos en su rostro. Fue hasta ese momento que notó que ella lloraba. Lupita se cubrió los pechos con las manos y se sumergió en el agua, de modo que él no pudiera ver su desnudez.

—¿Qué sucede? —le preguntó, y entonces notó las prendas que ella tenía en las manos. Su camisola y sus calzones manchados de sangre.

Ella intentaba lavarlos, así como la suciedad de su cuerpo...

—Lupita, no es momento...

—Déjame sola, Chad —le dijo con voz ronca a causa del llanto. Debía de haber estado llorando por horas—. No tardaré.

—Lupita, no tienes...

—No, sí tengo. —Le dio la espalda—. Por favor, vete.

—Lupita, ¿qué es lo que ocurre? —Richard se acercó a ella a pesar de su negativa a aceptar su cercanía—. Mírame a los ojos, ¿por qué estás llorando?

Ella negó con la cabeza, manteniendo los ojos bajos. Richard se puso delante de ella y posó una mano sobre su hombro, de modo que ella no pudiera alejarse, al tiempo que con la otra levantaba suavemente su barbilla.

—¿Qué está pasando?

Los ojos de ella se nublaron a causa de las lágrimas, pero contestó al fin.

—Ahanu... —musitó con la voz quebrada.

—¿Ahanu? —Los ojos de Richard se convirtieron en dos rendijas—. ¿Te refieres a tu antiguo prometido?

—Yo lo he traicionado. —Lupita se limpió las lágrimas con el dorso de la mano—. Le juré serle fiel hasta el último de mis días, y ahora que tú y yo hemos hecho...

—Estás bromeando, ¿no es así? —Su voz sonó tan enfadada que ella dio un paso atrás, sobresaltada—. ¿Estás diciéndome que te arrepientes de lo que hicimos por un hombre que está muerto?

—¡No! Eso es lo grave de todo esto, no me arrepiento... —Ella sorbió por la nariz—. Por más que intento hacerlo, no puedo sentirme arrepentida por lo que sucedió entre nosotros.

Richard se regocijó, el oxígeno volvió a sus pulmones.

—¿Entonces qué hay de malo en todo esto? —Una mirada de ternura se reflejó en sus ojos cuando él la abrazó.

—Que debería sentirme arrepentida, Chad. —Ella se apartó y lo miró a los ojos, cubriendo su desnudez con la tela húmeda de su enagua—. Le hice una promesa a Ahanu, me la hice a mí misma; nunca amaría a nadie más que a él. Y ahora...

—¿Me amas? —Una sonrisa jugueteó en sus labios.

—¡No! —Ella se apartó, inconsciente del dolor que sus palabras provocaron en Chad—. No te amo... —prosiguió, hablando más para sí misma que para él—. No amo a nadie que no sea Ahanu.

Chad permaneció en silencio, observándola ponerse la ropa húmeda a toda prisa, dándole la espalda en todo momento.

—Es ridículo que hagas esto —comentó, incapaz de permanecer en silencio más tiempo—. Ahanu está muerto, y aunque no lo estuviera, dudo mucho que hayas sentido amor real por él.

Lupita se giró hacia él, su rostro crispado por el enojo.

—Lo amé con todo mi corazón.

—Tal vez eso hayas creído, pero la verdad es que solo eras una niña. —Él se aproximó, buscando sus ojos en todo momento a la caza de cualquier atisbo de duda—. Al igual que él solo

era un niño incapaz de demostrar cualquier signo de amor real.

—¡Él era un hombre! Y muy valiente, dio su vida para salvar a otros...

—Los niños también son capaces de hacer sacrificios.

—Ni siquiera lo conociste, no puedes hablar de él como si lo hubieras hecho. Ahanu era mucho más hombre que cualquier otro de esta región. Todas las mujeres estaban enamoradas de él, pero él solo tenía ojos para mí, me respetaba y me fue fiel... —Sus palabras se quebraron, como si la mortificación por no haberlo correspondido del mismo modo la matara por dentro. Eso hizo enfurecer a Richard.

—Cualquier hombre de este país, cualquier hombre de cualquier lugar del mundo —se corrigió—, daría lo que fuera por tenerte como su mujer. Ahanu no hizo gran mérito al posar sus ojos sobre ti, Morenita. Eres preciosa, tú lo sabes. Tu belleza haría postrarse de rodillas a reyes de todos los rincones del mundo.

Ella lo miró con incredulidad, negando vivamente con la cabeza.

—¿Es que no lo sabes? ¿No estás consciente de lo hermosa que eres?

—Lo sé... pero no siempre fui así. Y es precisamente eso lo que me mata, que el único hombre que me amó de verdad, el único hombre que me conoció siendo yo un escuálido ratón de dos patas, y me amó de todos modos, ahora está muerto.

Richard negó con la cabeza, confundido por sus palabras.

—Lupita, tú eres hermosa, no tienes que decir eso. Ahanu te conoció siendo niña, los dos fueron niños, a esa edad nadie es hermoso, pero no por ello quiere decir que nadie te va a amar por quien eres en realidad.

—Mientes. Los hombres solo ven la cubierta, un cuerpo atractivo, un rostro armonioso, la belleza del exterior. Ahanu era diferente... —Suspiró, y sus ojos se humedecieron una vez más—. Ahanu me conoció desde siempre, desde que era una niña escuálida con las rodillas raspadas y el pecho plano... —Sus cejas se juntaron, molestas, cuando Chad soltó una risita burlona.

—Eso es imposible... —La señaló con una mano—. Si eres hermosa.

—Me decían *Ratón de campo*, ese era mi apodo, Chad, y no porque fuera bonita precisamente. —El tono mordaz de su voz estaba teñido de dolor—. Era tan fea que nadie se fijaba en mí, tenía la nariz puntiaguda y las orejas demasiado grandes para mi cabeza; para colmo, hubo una plaga de piojos, y la única manera en que mi madre consiguió quitármelos fue cortándome todo el pelo hasta el cráneo. Me compró una peluca, pero no soportaba llevarla por el calor, así que parecía un ratón. Un ratón flaco, feo y sin ningún chiste. Las curvas llegaron demasiado tarde para mi edad, las otras chicas tenían filas de pretendientes cuando yo solo tenía amigos, chicos que no me miraban más que como un muchacho igual a ellos. Todos excepto Ahanu... —Su voz se llenó de orgullo—. Él fue el primero que me invitó a bailar, el primero que me dio un beso. Fue el primero que me vio como a una mujer, y no como a un ratón, el amiguito de todos.

Chad se quedó sin palabras, nunca hubiera imaginado aquello. La mujer que tenía delante era preciosa, ¿cómo pudo un día ser fea? No... Eso era imposible.

—Las curvas llegaron, tarde, pero llegaron —prosiguió ella—. Me creció el pelo, más fuerte y brillante que antes gracias a los menjurjes que mi abuela ponía en él, mi cabeza se hizo más grande que mis orejas y mi nariz tomó una forma bella, muy similar a la de mi madre. Me llamaron bonita cuando ya no me importaba mirarme al espejo, porque para él, para el hombre al que amaba, mi Ahanu, siempre fui bella. —Sus ojos se llenaron de lágrimas, aunque una sonrisa llena de afecto apareció en su rostro—. Él me amó de verdad, me amó por quien era, sin importarle mi exterior ni mis modos de muchacho, me amó tanto que perdió la vida en el intento de hacer realidad mi sueño... —Su voz se tiñó de amarga tristeza y Chad no pudo hacer menos que acercarse, en un intento de abrazarla, consolarla.

Pero ella retrocedió y lo miró a los ojos, ya secos y sin lágrimas.

—Yo quería criar la mejor raza de caballos del mundo y él sabía que los mejores eran los mustangs, los hermosos animales que cabalgan por la que alguna vez fue su tierra. Esos caballos que nacieron de la mezcla de tantas razas, fuertes y poderosos gracias a las dotes de la naturaleza en la que se habían criado por sí mismos, lejos de las manos de los hombres. Me dijo que me traería los primeros que formarían el inicio de nuestra nueva raza, que sería mi regalo de bodas... Y él murió en su intento de traerme ese regalo. —Se soltó a llorar con el dolor que tantos años había llevado guardado—. Fue mi culpa.

—No lo fue.

—¡Lo fue! Él murió tratando de hacerme feliz. Me amaba tanto que murió por ver realizado mi sueño, y yo, que juré amarlo hasta el último de mis días y guardarle fidelidad, he...

—No hicimos nada malo —la cortó con voz firme, severa.

—Lo traicioné. —Ella se soltó, mirándolo con sincero tormento reflejado en cada parte de su rostro—. Lo traicioné...

Richard no soportó más aquello, la abrazó con fuerza a pesar de su reticencia y la obligó a hundir la cabeza en su pecho, buscando consolarla. Consolarla por otro hombre. El hombre al que ella amaba, a pesar de todo.

Si tan solo consiguiera que ella lo amase la mitad de lo que amó a Ahanu, se sentiría satisfecho. Era un amor tan grande, un amor tan sincero, tan puro, como no había conocido otro antes. Lo deseaba. Lo deseaba con todo el corazón.

Lupita sollozó largo rato hasta que las lágrimas se secaron en sus ojos. Chad la abrazó en todo momento, incapaz de renunciar a ella, de permitirle alejarse.

—No lo traicionaste —le dijo en un susurro, acariciando con suma ternura su cabello negro, revuelto sobre sus hombros—. Nunca lo has traicionado. El amar a otro hombre no te impide continuar amándolo a él.

Lupita permaneció en silencio, su cabeza muy pegada a su pecho, de modo que él no podía ver su rostro, solo le quedaba imaginar lo que podría pasar por su mente. Al menos no había negado la parte en la que él dijo «amar a otro», y eso le daba un atisbo de esperanza.

—Y jamás repitas que fue tu culpa, eso no es verdad y lo sabes muy bien. Si Ahanu tomó una

decisión, lo hizo sabiendo los riesgos que corría. Tú no pusiste un arma en su cabeza, él partió con la esperanza de verte feliz y esa, querida mía, es una motivación que llevaría a cualquiera hasta el mismo fin del mundo. Yo lo haría por ti, y si algún día llegaras a amarme de ese modo y yo no pudiera volver a tu lado porque las garras de la muerte me hubiesen arrancado de este mundo, te aseguro que no te culparía. Así como sé, con certeza, que Ahanu no te culpa a ti.

Sus ojos brillaban por las lágrimas, pero no contestó, como si sopesara la posibilidad de creer en sus palabras. De confiar que las cosas eran así.

Se tomaron tiempo para salir del agua y vestirse, sin intercambiar más que las palabras necesarias.

Escucharon el ruido de caballos acercándose. Richard se dio prisa en sacar una de las Colt de su cartuchera, al tiempo que con una mano llevaba a Lupita tras él, de modo que su cuerpo sirviera de escudo ante ella.

El sonido de los cascos se detuvo de repente y la quietud inundó el lugar. El ulular de un búho rompió el silencio que cayó de repente y Lupita asomó la cabeza tras su brazo.

—Es papá —aseguró, intentando avanzar un paso, pero él se lo impidió.

—¿Cómo lo sabes? —No tuvo oportunidad de terminar su pregunta. Zalo apareció en ese momento de entre los matorrales, acompañado por Lee.

—¡Hija mía! —exclamó, corriendo hacia ella con los brazos abiertos. Lupita se abalanzó a los brazos de su padre y se colgó de su cuello, de un modo bastante similar al de una niña.

Chad se encontró sonriendo hasta que sus ojos se toparon con los de Lee, y antes de que su supuesto padre pudiera poner objeciones, le dio un apretado abrazo, alzándolo del suelo llevado por la emoción del momento.

—Veo que me has extrañado, hijo mío —Lee sonrió, palmeándole el brazo una vez que sus botas volvieron a tocar el suelo—, ¿o es que tienes otros motivos para estar tan contento? —preguntó como quien no quiere la cosa, aunque en sus ojos se reflejaban curiosidad y alegría. Lee era el único que estaba al tanto del verdadero sentir de Richard hacia Lupita.

Moría por contarle que muy pronto se convertiría en suegro, que él lo acompañaría en su boda con Lupita. Porque muy pronto, él tendría que estar a su lado para pedir la mano de la mujer a la que amaba más que a cualquiera en el mundo.

—Padre, ¿dónde están Alex y mamá? —escuchó a Lupita preguntarle a su padre y se giró hacia ellos, olvidando la pregunta de Lee. Estaba preocupado por Alex y por Calita, fue una descortesía no preguntar por ellos a la primera oportunidad. A veces, los sentimientos eran capaces de ofuscar la mente de maneras que eres incapaz de conocer, recordó que le había dicho Lee. No le había dado crédito hasta entonces.

—Están bien, aunque un poco alterados. Jack, el amigo de Chad que acaba de llegar al rancho, los ha llevado a casa en lo que Lee y yo veníamos a buscarlos.

—Supusimos que debieron quedarse atorados por estos rumbos y decidieron pasar la noche —añadió Lee, con una sonrisa ligera—. Nos alegra encontrarlos con bien.

—Sí, muy bien, gracias. —Lupita dirigió una mirada a Chad antes de fijarla una vez más sobre Lee y luego en su padre—. No puedo esperar para volver a casa... ¿Papá? —Se quedó muda cuando Zalo le dirigió una mirada rara, fija, especulativa... —. ¿Qué pasa, papá...?

—Tú... —Zalo apuntó un dedo acusador sobre Chad—. ¡Tú, maldito bribón malnacido...! —Sin más, le asestó un poderoso puñetazo a Chad en la mandíbula.

—¡Papá! —chilló Lupita, observando con ojos desorbitados a Zalo abalanzarse sobre Chad, asestándole una paliza.

—¡Papá, detente! —Ella intentó detenerlo, pero Lee la sujetó por los brazos.

—¿Qué estás haciendo? —lo interrogó, al borde de la histeria—. ¡Haz algo para detenerlo, va a matar a tu hijo!

—Chad y Zalo tienen que arreglar sus asuntos por sí mismos —le dijo Lee—. Y no te preocupes, niña. A Chad le han dado palizas más duras, nadie lo va a matar.

El estómago se le revolvió a Lupita al recordar lo que su padre le había hecho, las cicatrices marcadas en su piel... Sintió dolor, mucho dolor, porque lo quería. Sí, lo quería, aunque deseara con todo el corazón no hacerlo.

—¡Papá, basta! —chilló la chica, forcejeando hasta soltarse de los brazos de Lee. Se arrojó sobre ellos y luchó hasta hacerse un hueco sobre Chad, formando un muro humano contra los puños de su padre—. Papá, ¿qué estás haciendo? ¿Por qué lo golpeas así?

—¡Él...! ¡Él te...! —Las palabras no consiguieron salir de la boca de su padre, incapaz de pronunciar las ideas que atravesaban por su mente, claramente atormentándolo. Y Lupita lo comprendió. Él lo sabía.

De algún modo, lo había descubierto al mirarla. Qué tonta había sido al suponer que podría ocultar algo así de su padre. Nunca le pudo guardar secretos. No con la extraña habilidad que tenía para descubrir los secretos más hondos de un ser humano con solo estudiar su mirada.

—¿Cómo pudiste atreverte a tocarla? —continuó Zalo, dirigiéndose a Chad en un tono mezcla de furia, tristeza y decepción—. ¡Confíe en ti!

—Zalo, no es lo que piensas. —Chad se puso de pie trabajosamente con ayuda de Lupita. Le sangraba un labio y tenía un ojo muy golpeado, seguramente se pondría morado—. Sé que no fue lo más correcto, pero esto no fue un acto sin sentido. Zalo, con su bendición, quiero casarme con Lupita. Yo la amo.

El rostro de Zalo mudó de la furia a la duda.

—¿Vas a casarte con ella?

—Sí. Por supuesto que sí. —Chad se giró hacia Lupita y, tomando una mano entre las suyas, miró a Zalo—. Zalo, este no es el momento idílico que cualquier padre sueña, pero le aseguro que amo a su hija más que a mi vida y me haría el hombre más feliz del mundo si me concediera el honor de convertirme en su marido.

—¿Me estás pidiendo la mano de mi hija? —Zalo aún parecía incapaz de coordinar las ideas.

—Con mi padre aquí presente —Chad miró a Lee, quien parecía tan estupefacto como Zalo—,

es lo que le pido, Zalo. Prometo que cuidaré de Lupita y que la amaré con todo el corazón, hasta el último de mis días.

—Bien... —Zalo sonrió por primera vez, borrando cualquier atisbo de duda de su rostro— supongo que ante esas palabras no me queda más que decir que sí.

—No —dijo Lupita al mismo tiempo.

Los tres hombres se volvieron hacia Lupita, dedicándole una mirada sorprendida.

—Lupita, vamos a casarnos... —Chad intentó razonar con ella, pero Lupita negó vivamente con la cabeza.

—No, Chad. Ya te lo dije antes, solo he de amar a uno y no eres tú. Lo siento, pero no me casaré contigo.

Capítulo 23

Richard todavía no podía comprender las palabras de Lupita. Había pasado la noche en vela junto a la cama de su hermano, observándolo dormir mientras su mente divagaba en el momento en que ella había pronunciado esas palabras: «No me casaré contigo».

Se había quedado tan sorprendido que no pudo evitar que un gruñido emanara de lo más hondo de su ser.

—¿Por qué no? —le había preguntado—. Si hemos acordado...

—No hemos acordado nada. Lo siento, Chad, no me casaré contigo ni con nadie.

No hubo manera de razonar con ella y tampoco era el lugar. Zalo parecía tan decepcionado como él, pero no dijo nada. Miró a Chad, y este interpretó esa mirada como un «hablaremos más tarde».

Lee había encontrado al caballo de Chad pastando en las cercanías, le explicó que de ese modo es como Zalo había conseguido rastrear sus huellas hasta dar con ellos. Richard montó sobre su caballo, mientras Lee y Zalo hacían lo mismo en sus respectivas monturas. Lupita montó atrás de su padre, y todos partieron de vuelta a El Janto.

Richard no recordaba nada del camino de regreso. Tampoco el momento en que llegó a casa, lo único que recordaba habían sido los brazos regordetes de Alex al abrazarlo.

—¿Estás bien, hermanito? —le preguntó Richard, abrazándolo con fuerza, como si temiera que el hombre con alma de niño al que tanto amaba se fuera a esfumar entre sus brazos—. ¿Te han hecho daño?

—Estoy bien, Jack me ha dado muchos dulces —le contó su hermano, muy contento—. ¿Sabías que llegó de Nueva York?

—Sí, sí sabía. —Richard sonrió contento de ver a su hermano bien. Estaba preocupado de que el incidente hubiera tenido repercusiones en la salud de su corazón. Sin embargo, Alex lucía bastante bien. Se había quedado dormido nada más tocar la almohada, y aunque a Richard le preocupaban más las caries a que pudiera tener un problema cardíaco esa noche, se quedó a su lado, velando su sueño.

No volvería a separarse de él. No importaba qué ocurriera, Alex estaría seguro si él se mantenía a su lado. Ya no podía confiarse en dejarlo en manos de otra persona, eso había sido una estupidez.

Observó la muñeca de trapo que Alex mantenía bien sujeta entre sus brazos. Lupita se la había dado antes de partir, para calmarlo. Le dijo que esa muñeca había sido suya desde siempre, su abuela se la había hecho antes de nacer y tenía poderes mágicos, y mientras la mantuviera a su lado, ella lo cuidaría de todo mal.

No tenía idea de si era verdad o no, pero se sentía agradecido de que Alex hubiera salido con bien del ataque, donde pudo perder la vida. Su hermano no quería separarse de la muñeca, ignorante de lo mucho que ese objeto alteraba a Richard.

Solo verla le hacía pensar en la mujer que amaba. La mujer que lo había rechazado...

Esa noche, antes de marcharse a su casa con Alex, buscó a Lupita y le solicitó hablar a solas. Tenía la esperanza de hacerla reaccionar, de convencerla de que casarse con él sería lo mejor para ambos y sus familias. Para él, que no veía la forma de conseguir continuar una vida sin ella a su lado.

Sin embargo, su respuesta continuó siendo una rotunda negativa a pesar de las amables palabras con que intentaba endulzar lo amargo que le resultaban sus términos .

—Es lo mejor para ambos, confía en mí. No quieres casarte conmigo.

—Eso es algo que debería decidir yo, ¿no te parece? Lupita, por favor, no permitas que una promesa que ya no tiene valor alguno nos separe por el resto de nuestra vida. —Tomó sus manos y la miró a los ojos—. Una vida que podría estar llena de alegrías y risas, la alegría y las risas que nos darían nuestros hijos, la familia que ambos formaríamos, la vida que nos llenaría de dicha si tú te decidieras a dar el paso... Te amo, Lupita. ¿Es que no sientes nada por mí?

Ella pareció dudar, pero terminó negando con la cabeza, dedicándole una mirada llena de pesar.

—Lo siento, Chad. Estoy decidida. No eres tú, no quiero casarme con nadie. —Posó una mano en su hombro—. Jamás.

—¿Por qué no? ¿Qué es lo que pretendes hacer de tu vida? ¿Esperar hasta que la muerte llegue por ti para llevarte con aquel que amaste y yace en otra vida? —No podía ni siquiera pronunciar el nombre de Ahanu, del enojo que sentía.

—Es mi decisión, no tuya —ella le contestó del mismo modo que él lo había hecho anteriormente.

—Es mi deber cumplir contigo —le dijo, con lo que suponía era su última carta, después de haberle abierto de lleno su corazón y ser rechazado por ella—. Debemos casarnos. Yo te... te... —No sabía cómo decirlo sin sonar como un patán—. Ahora que nos hemos unido en cuerpo y alma, es mi deber cumplir contigo, con tu familia... Mi honor depende de ello.

Ella sonrió, visiblemente divertida por el apuro por el que él estaba pasando.

—No me casaré contigo, no me debes nada, no tienes que preocuparte por eso.

Eso no hizo más que aumentar el enojo que Chad ya comenzaba a sentir bullir en su interior.

—Podrías llevar un hijo mío ahora mismo en tu vientre.

—Si es así, lo criaré sola. No te necesito.

—¿Cómo puedes decir eso? ¡Soy su padre! Tengo todo el derecho de estar a su lado, de

criarlo...

Lupita suspiró y asintió.

—Lo siento, tienes razón... Bien, si eso llegase a pasar, supongo que consideraría casarnos.

—Pero...

—Lo prometo, Chad. Hasta entonces, lo mejor será que continuemos con nuestras vidas como si esto no hubiera pasado jamás.

Pero había pasado. Le había hecho el amor y le había abierto el corazón, y ella pretendía actuar como si nada importase.

Se había humillado ante ella, prácticamente le había suplicado, ¿y para qué? Ella había pisoteado su corazón.

—Bien —masculló con lo último que le quedaba de orgullo—. Estaré al pendiente de tus noticias —dijo en el tono más hiriente antes de salir a zancadas de la habitación.

Tras él escuchó a Calita suplicarle a su hija que tomara en cuenta sus palabras, también a Zalo hablar con ella, intentando razonar con Lupita. Por lo que Zalo dijo sobre él, Chad tuvo la certeza de que su patrón le tenía en bastante estima. Mucho más de lo que demostró con la paliza que le había dado al descubrir lo que había sucedido esa noche entre él y su hija.

A Richard le dolían la cara y el cuerpo, pero no tanto como el corazón. Era la primera vez que lo entregaba completamente y la primera vez que sabía lo que era ser rechazado. Y dolía. Por Dios que dolía. Lo peor de todo era que, a pesar de lo mucho que lo intentaba, no podía odiarla, ni siquiera detestarla. Entendía su sentir, incluso, en cierta forma, la admiraba.

Y sentía celos de Ahanu. Deseaba saber qué era amar de tal modo que alguien no se permitiera dejarte atrás. Que ni siquiera la muerte fuera capaz de borrar el recuerdo de la promesa hecha en el pasado. Anhelaba llegar a tener a una persona así en su vida. Y si esa persona fuera Lupita, no cabría en sí de felicidad.

Al alba, escuchó un sonido familiar, el sonido de cuchillas ser clavadas a toda velocidad en la madera. Se puso de pie y salió de la cabaña, dejando en el interior a Alex, Lee y Jack completamente dormidos.

La encontró a unos metros del río, lanzando, como había supuesto, los cuchillos a un improvisado blanco en un viejo tronco enmohecido.

—¿Cómo está Alex? —le preguntó Lupita, sin sorprenderse al verlo.

—¿Has venido a despertarme?

—Algo así... —Se encogió de hombros—. Quería hablar contigo, pero cuando llegué era todavía muy temprano y decidí esperar. —Le dirigió una mirada afectada—. No quería molestarte.

—Luces como si no hubieses dormido en toda la noche.

Ella negó con la cabeza, emitiendo un suspiro bajo.

—No podía dejar de pensar en lo que sucedió ayer... Chad, no quiero lastimarte, te lo aseguro. —Lo miró a los ojos—. Por favor, no asumas que es esa mi intención, aunque lo parezca. Es lo que yo creería si las cosas hubiesen sido al revés, y... —Él posó un par de dedos sobre sus labios,

silenciando su diatriba.

—¿Por qué has venido? —le preguntó en voz baja, envolviéndola entre sus brazos.

Buscaba una respuesta, deseaba que ella le confesara lo que sentía, aquello que leía con toda facilidad en sus ojos, pero que ella se negaba a expresar con palabras.

—Yo... te... —Cerró los ojos cuando él se inclinó para besarla. Sus labios rozaron los de ella, pero antes de darle oportunidad de profundizar aquel beso, Lupita retrocedió. Lo hizo tan abruptamente que cerca estuvo de tropezar con una piedra y caer de nalgas contra el suelo enlodado del bosque. Chad la sostuvo por el brazo, manteniéndola cerca de él. Ella no se negó, pero no se atrevía a mirarlo a los ojos.

—¿A qué has venido? —le cuestionó Chad una vez más, esbozando una ligera sonrisa que a ella le hizo fruncir el entrecejo.

—He venido a ver a Alex —contestó ella, sin titubeos—. Quería saber si se encontraba bien. Esos hombres fueron muy crueles con él. Esos bastardos hijos de...

—Entiendo —Chad la interrumpió al notar el enojo en su mirada—. Alex está bien, no tienes que preocuparte tanto por él, es más fuerte de lo que piensas. No es la primera vez que tiene que escuchar insultos de la gente.

—No es justo que lo traten así. —La voz de Lupita destilaba rabia—. Lo ven diferente y lo atacan, como si ellos fueran gran cosa. Se creen superiores y no son más que escoria, malditos buitres oportunistas que buscan hacerse más al pisotear al que no puede defenderse.

—No es la primera vez, y seguramente no será la última.

—Tal vez, pero esta vez no les resultó tan fácil, puede que ellos lo hayan tomado como un blanco fácil, pero les salió el tiro por la culata, ¡Alex no se dejó amedrentar! Nos defendió como todo un valiente, Chad. Eso debes decírselo, fue tan valiente. —Sus ojos se habían iluminado, llenos de orgullo—. Ellos lo golpearon, pero Alex no desistió, intentó protegernos a mi madre y a mí, ¿estás seguro de que está bien? Podría tener algún hueso roto o...

—Está bien, te lo aseguro. —Chad sonrió, complacido de que ella estimara tanto a su hermano y notara su valía—. Tu abuela lo revisó y mañana lo llevaré al consultorio del médico por si acaso, ¿de acuerdo?

—Querrás decir en unas horas. —Ella sonrió, pero apenas fue un atisbo de su sonrisa habitual. Seguía preocupada, lo sabía. Ya la conocía tan bien que podía leer cada una de las facciones de su rostro.

—¿No crees que deberías dormir un poco? Como dices, pronto amanecerá.

—No tengo sueño. Cada vez que cierro los ojos, te veo... —Lo miró a los ojos.

Chad sabía a qué se refería, a él le ocurría igual.

—Si nos casáramos mañana, no tendríamos que atormentarnos por más tiempo por la ausencia del otro. —Posó una mano en su mejilla y se inclinó sobre su rostro—. Tendríamos cada noche de nuestras vidas para deleitarnos en la mutua compañía.

Lupita se estremeció.

—No... No puedo...

—Sí que puedes. Solo debes decidirte a dejar el pasado atrás y continuar con tu vida.

Ella negó lentamente, dedicándole una mirada llena de tristeza... y de anhelo.

—Debo marcharme ya. Si mi padre descubre que me he salido, me dará una azotaina —intentó bromear, aunque él solo podía ver dolor en su rostro, en su voz, en su mirada.

—Nos veremos más tarde, Lupita.

Ella se apartó ligeramente, parecía dudar de algo que no se atrevió a decir.

—¿Sucedo algo, Morenita? —le preguntó Chad, animándola a hablar.

—¿Te molesta si voy contigo al pueblo? —Ella lo miró, nerviosa en cada uno de sus movimientos—. Quisiera ver al médico también.

—¿Te sientes mal? —La mirada de Chad se tiñó de preocupación—. ¿Es que te has hecho daño y no me lo has dicho?

—No, no... —Sonrió, esta vez de manera más relajada—. Quiero asegurarme de que Alex está bien, eso es todo.

—Oh... está bien, no creo que él tenga problema —asintió, estirando una mano para tomar la de ella, pero al hacerlo dio con el filo de la navaja que ella había quitado de la madera para guardarla en su funda.

—Chad, ¿estás bien?—le preguntó Lupita, abriendo los ojos de forma desmesurada, muy asustada.

Él, a modo de respuesta, lanzó un gruñido y se llevó la mano a la boca para chupar la herida. Un hilo de sangre le corría entre los dedos, la abertura había sido más grande de lo que había pensado.

—¿Qué tan afilados tienes esos cuchillos?

—Lo suficiente... Dios, lo siento tanto, Chad. Ese corte se ve muy feo, ¡espera! —Ella tomó su mano antes de que él pudiera llevársela a la boca una vez más—. No hagas eso, vas a infectar la herida. —Estiró la palma para ver con detenimiento el corte—. Vamos a casa, te voy a curar esto antes de que las moscas pongan sus huevos allí y tengan que cortarte la mano.

—No es nada —dijo él no sin cierta aprensión.

—Vamos, no seas niño ¿o es que quieres que te corten el brazo?

—Creí que solo era la mano.

—Si sigues hablando tendrán que cortarlo hasta el hombro.

—Y ahora exageramos. —Chad puso los ojos en blanco—. No es nada, le pondré un poco de agua enjabonada y un trapo, estará como nuevo para mañana.

—Estarás como muerto para mañana —replicó ella—. No bromeo, Chad. Las infecciones en las heridas mal tratadas en esta zona son cosa de todos los días. Anda, vamos —insistió, lo tomó por el brazo y lo llevó con ella de vuelta a su hogar.

—Bien, vamos, Morenita —consintió, sonriendo al notar la preocupación en su rostro, la forma tan delicada y llena de cariño con la que ella lo tomaba por el brazo, como si temiera que fuera a

lastimarlo. Le encantaba volver a sentir la proximidad de su cuerpo al suyo, el calor emanando de ella cuando se acercaba, sus mejillas arrojadas y el brillo en esos ojos negros, ese brillo que se encendía cada vez que ella posaba sus hermosos ojos en su mirada.

Caminaron hasta llegar a la casa grande. Entraron en la cocina, intentando hacer el menor ruido posible, no querían despertar a nadie.

—Voy a hervir agua, siéntate allí por favor —le pidió Lupita, jalando una silla para él.

—Solo es un rasguño, no me he convertido en una dama para que tengas que moverme la silla —dijo él, con el orgullo dolido.

—Solo siéntate —ella le ordenó, desapareciendo tras la puerta que conducía a una de las despensas, donde la abuela Lupe solía guardar las pociones y cremas que preparaba, además de la vasta cantidad de ingredientes extraños que conseguía de forma misteriosa de los mercados y los bosques selváticos locales.

—¿Crees que esto tarde mucho, Morenita? —Chad le preguntó cuando ella regresó, llevando consigo toda clase de frascos y bolsas repletos de hojas y polvos de colores—. Debo ir a los campos a revisar el ganado antes de partir al pueblo con Alex, y tú deberías volver a la cama antes de que tus padres te encuentren fuera de esta.

—Estaré bien, no temas. —Ella espolvoreó unas hojas con un menjurje extraño y comenzó a moler todo en una vasija de piedra—. El agua hervirá en un minuto, podrás marcharte a los campos en cuanto haya terminado. Ahora guarda silencio y quédate quieto, tu voz en esta casa es lo único que podría alarmar a mis padres.

—Como ordenes, mi hermosa Morenita.

—No me llames así.

—Lo siento, güerita.

—No seas tonto, eso es todo lo contrario. —Ella rio, dedicándole una rápida mirada antes de dirigirse a la estufa por el agua, que ya hervía.

—Lo escuché en el mercado, me dio curiosidad, iba a preguntarte qué significaba —comentó Chad, mientras ella vaciaba el agua en un plato hondo.

—Digamos que tú eres un güerito —contestó ella, llevando el plato humeante hasta la mesa donde él se encontraba sentado—. Bien, es hora de comenzar. —Ella sonrió, tomando su mano y acercándola al agua caliente en la que ella había mezclado el contenido de lo que había estado moliendo, para darle la apariencia de una sopa verdosa de consistencia pastosa y de olor nauseabundo.

—Creo que mejor esperaré a ver al médico. —Chad le echó una mirada llena de desconfianza.

—No te portes así. —Lupita tomó su mano a pesar de su negativa y la llevó hasta el agua. Lentamente y cuidando de no hacerle daño, empezó a limpiar la herida.

Al principio no fue tan malo, pero cuando ella untó una crema amarillenta que le ardió como el mismo infierno, todo fue diferente.

—¡Auch, para!

—Debo desinfectarte la herida.

—Me haces más daño.

—Toma —le dijo ella, colocando una botella de tequila ante él—. Sírvete un poco, te ayudará con el dolor.

—No, gracias.

Ella le dirigió una mirada de extrañeza mientras comenzaba a vendar la herida.

—Mi abuela siempre da de beber un trago de tequila a sus pacientes para aminorar el dolor —le explicó ella—. Anda, te has ganado un trago. Has sido un buen chico. —Lo premió con una palmadita en la cabeza, pero él no sonrió.

Su rostro había adoptado un semblante adusto, casi molesto.

—Era una broma... No quise...

—Está bien, fue gracioso. —Chad forzó una sonrisa, aunque no le llegó a los ojos—. Es solo que no bebo, Lupita. Pero puedes agradecerme de otro modo. —Alzó el morro, juntando los labios en un beso.

Ella sonrió y, para su sorpresa, lo besó. Un beso fugaz que le supo a gloria.

—¿Por qué no bebes? —preguntó Lupita, poniéndose de pie y comenzando a guardar las cosas en sus respectivos lugares.

Él permaneció en silencio tanto tiempo que ella pensó que no iba a contestar.

—Mi padre solía golpearnos cuando bebía.

—Oh... —Lupita dejó lo que estaba haciendo y se volvió a mirarlo con ojos llenos de tristeza—. Yo no sabía...Lo siento...

—¿Sabes por qué me interesé tanto en los cafetales en un principio? —le preguntó Richard, poniéndose de pie y acercándose a ella—. El alcohol destruye, pero el hecho de que exista una bebida que provoque el efecto contrario en una persona, que sea capaz de quitar una borrachera, de despertar a alguien, de darle energía y hacerlo incluso más inteligente es como crear una bebida mágica. —Sonrió—. Al menos, así lo veía de niño. La poción maldita en la botella oscura, y la bendita en el brebaje oscuro...

—Entiendo a qué te refieres. —Lupita lo miró a los ojos—. Siento mucho que tu padre haya sido tan cruel contigo.

—Está bien —él se encogió de hombros, simulando que aquello no le importaba, aunque ella sabía que no era cierto—, me hizo más fuerte, me hizo quien soy ahora. Y puso un sueño en mi mente. —Palpó el saco de café que había junto a la estufa y sacó un puñado para colocarlo en la cafetera—. Desde que era niño me sentí intrigado por todo lo que tuviera que ver con el café. Odio el alcohol... No sé cómo era mi padre en un principio, pero sé con certeza que esa cosa lo convirtió en un monstruo. Mi madre solía decir que él era distinto cuando lo conoció, pero él cambió. Cambió por el alcohol y el vicio del juego. Destruyó su vida y la de su familia. —Observó con ojos fijos la cafetera de vacío donde el café se hacía. Ese hermoso aparato que pronto le daría el brebaje que tanto apreciaba—. Yo me juré que nunca sería como él, y nunca

permitiría que mis hijos se convirtiesen en alguien como lo fue él. Sembraría esa semilla mágica, esa semilla que era capaz de hacer a los hombres más inteligentes y despertar a los borrachos de su delirio. Trabajaría duro y haría a mis hijos trabajar duro conmigo, les enseñaría a valorar...

—¿A valorar? —Ella parecía confundida.

—A veces las personas creen nacer con privilegios, en lugar de comprender que deben esforzarse y trabajar para obtener esos privilegios. Mi hermano... —Se detuvo antes de revelar más de lo que deseaba—. Mi padre nunca supo valorar nada, gastó lo que no tenía y trató a la gente como si fuera basura. Él asumía que ese era su derecho. Quizá fue algo que le enseñaron o lo aprendió a lo largo de su vida, no lo sé. Solo sé que mis hijos no serán de ese modo, el vicio no se arraigará en ellos y trabajarán para ganar aquello que un día será suyo. Aprenderán el valor del dinero, el valor de las personas, serán respetuosos y justos, y así, se darán a respetar y ganarán justicia para ellos. —Pensó en Harold, su hermano mayor, destruido por el vicio del alcohol y el juego, al igual que su padre, arruinado hasta el punto de desear matar a sus propios hermanos con tal de mantener aquella vida que lo había destruido.

—La justicia que no pudiste tener, ¿no es verdad?

Chad se giró hacia ella, sorprendido por sus palabras.

—Alex me contó algo acerca de tu padre y el hecho de que tuvieras que huir, pues te culpaban de algo muy grave... —Ella se encogió de hombros—. No me dijo nada más, no te preocupes. Sé que no deseas que nadie se entere y no he dicho nada, solo pretendía decirte que te entiendo. —Lupita apoyó una mano sobre su brazo—. Lo siento tanto, siento tanto que tuvieras esa familia, Chad. Que tuvieras que vivir todo aquello.

Chad suspiró, Alex y su lengua larga... Tendría que tener otra charla con él.

—No lo sientas, te lo dije, eso me hizo más fuerte. —Intentó sonreír, mostrarse despreocupado, pero no lo consiguió.

—¿Y qué hay de tu madre? —quiso saber Lupita—. Siempre hablas de tu padre, pero nunca la has mencionado a ella.

—Murió cuando yo tenía ocho —contestó él, fijando una vez más sus ojos claros en el café—. Me hubiera gustado tenerla más tiempo.

El rostro de Lupita se llenó de tristeza.

—Chad, mi pobrecito. —Lo abrazó tan fuerte y de forma tan repentina que Richard estuvo a punto de caer de espaldas.

—¿Es un abrazo de lástima?

—No, es uno de cariño —contestó, intentando separarse, pero él se lo impidió, abrazándola a su vez—. De un amigo a otro —aclaró, al notar sus intenciones—. Una muestra de afecto para demostrar la empatía de un amigo por el dolor de su compañero.

—En ese caso, déjame decirte que este amigo está notablemente complacido con esta muestra de afecto —susurró, inclinándose para besarla.

Lupita se apartó, pero él la mantenía todavía envuelta entre sus brazos y la besó a la fuerza. Al

principio ella se resistió, pero finalmente terminó cediendo, dejándose llevar por aquellos sentimientos que no permitía aflorar más que en aquellos momentos.

Sus labios se abrieron a él, permitiéndole explorar a su antojo a medida que sus manos subían por su cuello hasta su cabello, jugueteando entre los mechones rubios de Chad con una pasión que la desbordaba.

—Disculpen si interrumpo...

Ambos se apartaron de un salto, observando con ojos agrandados a la abuela Lupe que había entrado en la cocina sin que la notaran.

—Quisiera una taza de ese café, y antes de que se queme completamente, si no es molestia —dijo, señalando la cafetera que humeaba con el café ya listo.

—Por supuesto, abuela. —Lupita se acercó a la cafetera, tenía las mejillas arrojadas y los labios hinchados a causa de los besos.

—Lupita, buenos días... —Su madre apareció en ese momento, y Lupita miró a su abuela de forma agradecida. Seguramente esa había sido la manera de la anciana para prevenirlos de su llegada—. Dios santo, niña, mírate, estás muy roja y acalorada. —Puso una mano en su frente—. Espero que no hayas agarrado una enfermedad allá afuera.

—Estoy bien, mamá. —Lupita le dirigió a Chad una mirada de socorro, pero el muy valiente solo sonreía, satisfecho por lo que acababa de ocurrir entre ellos.

Pronto se las pagaría el muy...

—Ve a tomar un baño tibio de todas maneras, querida. El clima en estos tiempos puede ser muy traicionero y no quiero que agarres unas fiebres —le ordenó Calita—. Yo me encargo del desayuno. Ah, hola, Chad, no te había visto de pie allí.

—Buenos días, doña Calita.

—Veo que estás muy contento, ¿ya has convencido a mi hija de casarse contigo? —preguntó. Lupita estuvo a punto de gritar. Su madre no había dejado de molestarla repitiéndole todo el tiempo que debía aceptar la proposición de Chad.

En cuanto se supiera lo que había ocurrido, la forma en que había sido secuestrada y quedado varada una noche a mitad del campo, comenzarían las habladurías y su reputación quedaría arruinada.

Pero a Lupita aquello no le importaba y para malestar de su madre, había decidido pasar toda su vida soltera.

—Sigo trabajando en ello —contestó Chad, dirigiéndole una sonrisa traviesa a Lupita.

Ella apretó los labios y se alejó a paso rápido de la cocina, cavilando en todas las maneras en las que haría pagar a Chad por aquello.

Aunque en lo único que podía pensar era sobre cómo la había tomado entre sus brazos antes de besarla y lo mucho que anhelaba volver a encontrarse en esa posición.

Capítulo 24

El trayecto fue bastante ajetreado. Alex no dejaba de reír, encantado con la visita al pueblo, mientras Chad y Lupita mantenían una incómoda sonrisa en el rostro. Cualquier roce entre ambos parecía alterarlos de forma idéntica, por lo que optaron por mantener distancia.

Una vez en el consultorio, Chad y Lupita se sentaron a esperar a que el médico revisara a Alex, pero por las risas del muchacho, audibles desde el otro lado de la puerta, era claro que no iba a ser una consulta rápida.

Alex tenía cosquillas en cada parte de su cuerpo, y el anciano doctor una paciencia infinita. Ambos estarían un buen rato allí dentro.

Lupita observó con falso interés algunos folletos de artículos femeninos colocados en el mostrador, mientras Chad afilaba un cuchillo, sin prestarle atención. Finalmente Lupita, cansada de observar los nuevos artículos, como corsés prácticamente mágicos que ocultaban la barriga y las cremas que prevenían las manchas de sol en la piel, se sentó a su lado. Pero ni siquiera así alzó la vista de su labor.

—Cuéntame de tu madre —le pidió de pronto Lupita, rompiendo el incómodo silencio que había caído sobre ambos.

Chad observó en derredor. En realidad no estaban solos, la anciana secretaria del médico aguardaba sentada tras un enorme escritorio que la hacía ver aún más diminuta, pero era claro que ella no les prestaba atención, demasiado absorta en el último catálogo de faldas que revisaba con detenimiento. Además, aunque no hubiera sido así, era claro que no hablaba inglés. Había sonreído cortés cuando él la saludó al llegar, pero Lupita tuvo que traducir cada una de sus palabras al español. No entendía cómo el médico comprendía a Alex, pero parecían llevarse bien, y Lupita le había explicado de forma fugaz que el médico podría entenderlo. Al parecer, el hombre había estudiado en la ciudad con un médico inglés que le enseñó algo del idioma.

—¿Y bien? —insistió ella, inclinándose sobre la silla para verlo a los ojos—. ¿No vas a decirme nada?

—¿Estás aburrida o sencillamente sientes curiosidad?

—¿Es que no puedo interesarme en ti?

—Es solo que no me explico el repentino interés.

—Quiero saber de tu madre. Me interesé después de escucharte decir lo de esta mañana. Por

favor, Chad. —Posó una mano sobre la del muchacho—. Cuéntame sobre ella.

Él miró la mano de Lupita sobre la suya.

—Estás consciente de que no puedo negarte nada, ¿no es así? —le preguntó, intentando hacerse el duro, aunque había tomado su mano entre sus dedos y acariciaba con suavidad sus nudillos.

Ella sonrió y se encogió de hombros.

—Te contaré algo también a cambio, si así lo quieres.

—¿Algo así como un intercambio de recuerdos? —A él pareció gustarle la idea.

—Sí, algo así —ella asintió—. ¿Y bien?

Chad estrechó su mano con más fuerza.

—Era una gran mujer, me recuerda un poco a ti. —Sonrió, al tiempo que sus ojos se volvían soñadores, como si pudieran ver algo muy lejos de allí, algo que solo él era capaz de divisar—. Ella adoraba a Alex, decía que era su pequeño querubín. Antes de morir, me encargó que lo cuidara. Que lo protegiera de mi padre y de Harold...

—¿Harold?

—Mi hermano, es el de en medio —contestó Chad, esquivando su mirada interrogante. Sabía que había hablado de más—. Él nunca quiso a Alex.

Lupita lo miró de una forma que dejaba claro el enojo que aquellas palabras le provocaron.

—Si ella murió cuando tú tenías ocho años, eras solo un niño. Es una carga enorme para un pequeño de esa edad.

—Tenía que hacerlo, no había nadie más a quién recurrir. Mi padre la aisló de su familia, no le permitía salir a ningún lado, prácticamente era una rehén en su propia casa. Harold era mayor, pero él siempre fue muy parecido a mi padre y nunca se interesó en Alex. Mi madre sabía que no podría contar con él cuando ya no estuviera. Por el contrario... —Se quedó callado, no debía decir más. No debía mencionar que probablemente su madre supondría que su hermano, con un carácter tan violento como el de su padre, terminaría dañando a Alex.

Harold siempre había anhelado ser el mayor, poseer los títulos y la fortuna de su familia. Como segundo hijo nunca tendría acceso a nada de aquello y su padre se había negado rotundamente a desheredar a Alex. No por amor, por supuesto, sino por orgullo. Nunca admitiría que la suya podría ser una mala semilla. Un hijo suyo jamás sería reconocido por él como un retardado, y dejar en actas la situación de su hijo mayor sería una humillación demasiado grande para él y el nombre de su familia. Un legado que él jamás mancillaría.

—Debió ser muy difícil para tu madre tener que pedirte aquello —comentó Lupita, estrechando su mano con ternura—, tener que reconocer que uno de sus hijos no cuidaría del que más lo necesitaba y poner en tus manos esa misión tan grande.

Él permaneció en silencio por un rato antes de hablar y, cuando lo hizo, fue con una voz muy suave, colmada de emoción.

—Mi madre solía decir que hay gente que nace con un corazón más grande que otros, pero que no hay gente mala. Ella no creía en la gente mala. —Sonrió, a pesar de que el dolor se reflejaba en

su mirada—. A pesar de todo, no creía en la gente mala. —No creía que su hijo pudiese ser malo.

—Debió ser una persona muy buena —comentó Lupita—. Solo una persona buena puede pensar que los otros también son buenos.

—Ella decía que la capacidad de amar de cada persona los hace distintos los unos a los otros, pero no menos buenos. Harold, para ella, era un chiquillo que nació con un corazón más pequeño que los demás, por ello era incapaz de amar a Alex. Se necesita un corazón grande para amar a una persona con un corazón tan gigantesco como el de Alex, porque para los corazones pequeños puede llegar a ser incluso intimidante.

—Es un modo de ver la realidad. —Lupita le dirigió una mirada que dejaba en claro que no opinaba igual, pero se guardó sus palabras y él lo agradeció.

Hace mucho que Richard no pensaba en su madre ni en sus palabras. Palabras valiosas que habían quedado guardadas en lo más profundo de su corazón, donde era incapaz de encontrarlas. No por no desearlo, sino por temor. Recordar a su madre era una experiencia que siempre iba acompañada de dolor. Hace muchos años que Richard no se permitía experimentar esa clase de emociones. Las lágrimas eran para los niños y él debió madurar hace muchos, muchos años. Alex necesitaba a un hermano fuerte a su lado, no a un chiquillo sentimental que se soltara a llorar cada vez que recordaba a su madre.

Sin embargo, volver a hablar de ella le resultaba de cierta forma hermoso, una sensación agrídulce que se asentaba en el alma, mezcla del dolor del pasado con el dulce recuerdo del cariño que su madre había transmitido en cada una de sus palabras. Del amor que ella le había prodigado.

Un día, su madre lo llamó a su lado, poco antes de su muerte, y le dijo:

—Es cierto que tu hermano es cruel en ocasiones, no lo niego, pero tú, Richard, has nacido con un corazón grande y una mente aún más grande. Es por eso que confío en ti para que cuides de Alex. Tú no permitirás que nada malo le ocurra. No permitirás que tu padre lo acabe a golpes, ni tu hermano.

—Pero ellos son más grandes que yo —había exclamado Richard, temeroso de su padre y su hermano. Ya no podía distinguir quién era el más cruel de ambos.

—Tal vez, por ahora. Sin embargo, ya mismo eres mucho más inteligente que ellos dos juntos. Y no hay nada más poderoso que una mente ingeniosa .

—Creí que lo mejor era tener un corazón grande.

—Un corazón grande es lo más valioso que posee una persona. Alex tiene uno muy grande; y, por ello, tú debes proteger a tu hermano. Usa tu mente, Richard. Usa tu ingenio y tu enorme capacidad de amar, porque tú también tienes un corazón grande, hijo mío. El ingenio y la inteligencia que posees son tus espadas, las que usarás como un caballero valiente para proteger al indefenso contra aquellos que osen dañarlo.

—Por más inteligente que sea, ellos siguen siendo más grandes que yo.

—Los dragones fueron bestias gigantescas, sin embargo los caballeros las vencieron. Y lo hicieron porque fueron valientes y supieron usar sus mentes, más inteligentes que las de las bestias —le explicó su madre, dedicándole una mirada llena de cariño—. No obstante, incluso el mejor caballero debía saber usar su espada y, por ello, tuvieron maestros que los ayudaron a hacerse fuertes y enfrentarse a tal tarea. —Su madre miró hacia un rincón de la habitación. Una persona se encontraba allí, Richard no lo había notado antes, demasiado absorto en su madre, en la palidez de su rostro, la débil voz con la que se dirigía a él cada vez que hablaba.

—¿Lee? —preguntó Richard al ver al hombre acercarse al lecho de su madre—. Pero si tú eres el guardaespaldas de mi padre.

—Lee es un buen hombre, con un gran corazón —lo corrigió su madre—. Él cuidará de ti, para que tú puedas cuidar de Alex. Le he pedido que te enseñe todo cuanto sabe para que puedas defenderte de las bestias que nos acechan, hijo mío.

—¿No sería mejor que él nos defendiera directamente? —preguntó Richard, dedicándole al hombre una mirada con cierto temor. Lee siempre le había resultado intimidante, y el que estuviera la mayor parte del tiempo al lado de su padre no le hacía digno de su confianza precisamente.

—Lee es un empleado de tu padre, no puede tocarlo o podría despedirlo, y entonces no habría nadie que velara por tu seguridad ni la de Alex. En cambio tú, Richard, puedes defenderte. Tu padre es una bestia en ocasiones, pero no te matará. Eres su hijo, su sangre, y eso es más fuerte que cualquier borrachera. Incluso para él. —Richard tragó saliva, era la primera vez que su madre le hablaba de forma tan severa—. En cuanto a Harold... Me temo que no hay arrepentimiento en las malas acciones de tu hermano, por más que intento ver un corazón en él, no veo más que un hueco oscuro y vacío. —Los ojos de su madre se llenaron de pesar al posarlos sobre el rostro de Richard—. Por lo mismo, debes tener a tu lado a alguien que los proteja, a ti y a Alex, y que les enseñe a protegerse entre ustedes. De lo contrario, temo que mi segundo hijo termine siendo el único que me quede con vida.

—¿Chad? —La voz de Lupita lo trajo de vuelta a la realidad—. ¿Estás bien...? Te has quedado muy serio...

Chad suspiró, de pronto se había olvidado incluso de respirar.

—Lo siento, recordaba algo que me dijo mi madre poco antes de morir.

—¿Y puedo saber qué era?

Richard la miró a los ojos y, de pronto, las palabras que su madre le dedicó un día en que lloraba después de que Harold le dio una paliza al intentar defender a Alex vinieron a su mente.

—Tenemos que luchar por las personas que amamos, defenderlas de aquellas que las dañan, pero sin permitirnos dejarnos llevar por la amargura que acompañan las malas acciones que nos hacen esas personas. —Chad sonrió ligeramente al posar su mano en la de ella y estrecharla con

fuerza—. Si vivimos enojados todo el tiempo por el mal que otros nos han hecho, no tendremos oportunidad de ser felices ni de amar a quienes merecen ser amados. Hay otra vida más allá del enojo, la oportunidad de demostrar el amor que somos capaces de dar y de recibir. No hay recompensa más grande para quien te intenta hacer daño, más que mantenerlo presente en tu mente y en tu vida recordando el mal que te hizo. Así como no hay mejor castigo para ese ser que dejarlo en el olvido y seguir viviendo tu vida con la alegría que esa persona no es capaz de imaginar ni para sí mismo —continuó contándole Chad—. La vida está llena de momentos tristes, pero también de momentos alegres. Si comienzas a buscar cosas por las que lamentarte, seguro las hallarás, como también hallarás infinidad de momentos por los que vale la pena sonreír y vivir la vida.

—Chad, si lo dices por lo de la boda...

—Solo te he repetido las palabras de mi madre. De ti depende cómo interpretarlas.

—Tu madre debió ser maravillosa —comentó Lupita, tras varios minutos de silencio en los que ambos permanecieron pensativos—. Solo una mujer muy sabia sería capaz de tener un pensamiento tan profundo.

—Lo era. —El rostro de Chad reflejaba una infinita tristeza a pesar de la sonrisa con la que intentaba ocultar su sentir—. A veces quisiera que siguiera conmigo. Tal vez, de ese modo no habría cometido tantos errores en mi vida. Tal vez, sería un mejor hombre del que soy ahora. —La miró a los ojos—. Un hombre al que tú pudieras amar.

—Chad...

—Lo sé, lo sé. —Alzó las manos en gesto de paz—. No diré nada. Ya me he humillado bastante.

—No, Chad, no digas eso, sabes que te quiero. Es solo que no me casaré contigo.

—Oh, bien, eso resulta bastante consolador.

—Chad...

—No tienes que decir nada, Lupita. Lo entiendo. No soy lo suficientemente bueno para ti.

—No digas tonterías ni te pongas en un papel autocompasivo que no te queda, Chad. No he dicho eso. Es solo que tú... Eres maravilloso, Chad, y te quiero, de verdad lo hago. Pero no podemos casarnos. Yo hice una promesa.

Chad puso los ojos en blanco, tenía las manos apretadas en puños como si deseara golpear algo.

—Bien, ya hemos hablado bastante de mí, te toca a ti —le dijo, con la clara intención de cambiar de tema.

—¿Qué quieres saber?

—No lo sé. —Se encogió de hombros—. Cuéntame lo que quieras... Excepto sobre Ahanu. Creo que si escucho más sobre él, romperé algo.

Ella rio por lo bajo y se llevó un dedo a la barbilla, decidiendo qué iba a contarle. Entonces Alex rio a carcajadas al otro lado de la puerta y la alegría de su amigo hizo que sus labios se curvaran.

—Una vez —comenzó con timidez—, tuve una amiga estupenda, la mejor amiga que cualquiera hubiera deseado tener en la vida. —Lupita sonrió, volviéndose a mirar a Chad, quien la escuchaba atentamente—. Ella era como tu hermano.

Los ojos de Chad se agrandaron al comprender a lo que ella se refería.

—Nos conocimos en el colegio de la capital. Sus padres prácticamente la abandonaron en el convento siendo niña, nunca iban a visitarla y ella creció como una más de las alumnas del colegio hasta que se graduó y continuó viviendo allí, como una exalumna permanente. Hacía toda clase de dulces en las cocinas de las monjas y por las noches arropaba a las niñas más pequeñas. Era alegre, amable y muy graciosa, una persona estupenda... y mi mejor amiga. —La voz de Lupita se tiñó de tristeza—. Creo que era la única persona en ese lugar con la que me llevaba bien. Ella no me juzgaba por mi comportamiento poco femenino ni me llamaba marimacha... La quería muchísimo —concluyó, soltando un ligero suspiro.

—¿Y qué fue de ella? —preguntó Chad, con sincera curiosidad.

Lupita apartó la mirada y él se dio cuenta de que el tema le era sumamente doloroso.

—Caty... Su nombre era Catalina, pero todos la llamábamos Caty... —Richard notó que sus ojos se humedecieron ligeramente, pero ella parpadeó varias veces, ocultándolo—, era bastante mayor que yo... y tenía una afección al corazón. —Su voz se apagó—. Las hermanas no me explicaron lo que sucedía con ella hasta que estuvo muy mal. Cuando el final se acercaba, su familia fue a verla. Y ellos... no me permitieron quedarme a su lado para despedirme. —Su voz se quebró y Lupita carraspeó, intentando disimularlo.

Chad ahuecó con suavidad una mano en su mejilla y secó con el pulgar una lágrima que corría sobre su barbilla.

Ella apartó el rostro, molesta. Ni siquiera se había dado cuenta de que lloraba. Odiaba llorar y más enfrente de la gente. Con un gesto brusco se secó el rostro con el pañuelo que llevaba guardado en el bolsillo, aprovechando la tela para ocultar el dolor que sentía.

—Lo siento mucho —dijo Chad con voz queda, sin dejar de observarla.

Ella asintió, su rostro había mudado del dolor al enojo.

—No fue justo, yo era una niña, pero tenía derecho a decirle adiós. Caty era mi mejor amiga y a ellos no les importó en toda su vida. —Sorbió por la nariz y se secó las lágrimas con el pañuelo—. Se sentían muy bien por haber estado allí en su hora final. Vaya forma de enmendar el abandonarla toda su vida.

—Ojalá toda la gente tuviera un corazón tan grande como tú, Morenita —le dijo Chad atrayéndola con delicadeza contra su pecho para consolarla.

—No lo tengo. De tenerlo, los habría perdonado, como me pidió la madre superiora después de enterarse de lo sucedido. Pero nunca lo he hecho y nunca lo haré. Ellos no me permitieron despedirme de mi mejor amiga. Habrá sido su hija, pero Caty era todo cuanto yo tenía en ese lugar. Ellos nunca la valoraron, nunca fueron a verla a pesar de sus súplicas. Yo la ayudaba a escribir las cartas a su familia, rogándoles que fueran a verla. Nunca lo hicieron. ¡Nunca! Excepto

en ese momento y sí, cumplieron su ruego, se la llevaron del convento, solo que lo hicieron dentro de un ataúd, y no la llevaron a casa, sino al cementerio.

Chad la abrazó con más fuerza, sin decir nada. La entendía muy bien, él estaría tan enojado como ella de haberle ocurrido aquello con Alex.

—Después de eso no quise quedarme más tiempo en el colegio. Le escribí a mis padres y ellos, a diferencia de los de Caty, atendieron a mi ruego y me trajeron de vuelta a casa.

—Lo siento mucho, Lupita. —Chad acarició su cabello con suma ternura—. Creo que ahora te entiendo un poco más, tu preocupación por Alex... ¿Temes que él muera, como le sucedió a Caty? —Le dolía con solo decirlo en voz alta, pero ahora comprendía más el arranque de furia de Lupita al enterarse de que Alex estaba enfermo.

—Alex no morirá. —Ella se apartó de forma un tanto brusca—. Él vivirá por muchos años, ya verás.

—Lupita, el médico ha dicho...

—No importa lo que él diga, sino lo que Alex sienta. Y Alex se siente bien. —Lo miró con unos ojos centelleantes—. Él es feliz, está con su familia, en su casa. A Caty se le rompió el corazón, por eso murió. A Alex no le va a suceder lo mismo, él está con su familia, te tiene a ti y a mí. Él no morirá, ya lo verás.

Chad apretó los labios, no estaba tan seguro como ella, pero no quería contradecirla. Él deseaba tanto como Lupita que Alex se quedara con ellos por muchos años más.

—Es mi mejor amigo, Chad —musitó ella con la voz quebrada y los ojos fijos en la puerta del consultorio—. Lo quiero muchísimo.

Chad volvió a abrazarla y ella no se apartó, apoyando la cabeza en su pecho.

—Tienes razón —le dijo en voz baja, acariciando su cabello con suma ternura—. Alex vivirá muchos años y, en todo momento, tú estarás a su lado. Ya no habrá amargura en tu vida, Lupita. Deja eso atrás.

Ella negó con la cabeza.

—No debes temer por eso, Chad. Nunca perdonaré a esas personas por lo que hicieron, pero no estoy amargada. Ya no más. —Una sonrisa apareció en sus labios—. Ahanu me enseñó a reír, a confiar en la gente otra vez.

—¿Ahanu? —El rostro de Chad se crispó a pesar de su intento de disimularlo.

—Ahanu fue quien me consoló, Chad —le explicó ella con delicadeza—. Fue el amigo que tanto necesitaba en ese momento. Lo conocí desde que nací, había crecido con él, lo veía cada Navidad y cada verano en casa, sin embargo, no fue hasta que volví del colegio cuando realmente lo conocí. Pasamos juntos todos los días desde entonces. Él me enseñó a ver la vida de otro modo. A dejar el pasado atrás y a llevar en el corazón solo los buenos momentos. —Se llevó una mano al pecho, palpando el sitio donde latía su corazón—. Gracias a él es que puedo recordar a Caty como era, rememorando los momentos alegres que compartimos y dejando fuera el odio que empañaba esos recuerdos. Caty era un ángel. Ella no merece que la recuerde con nada menos que

con una sonrisa.

—¿Y qué hay de Ahanu?

—¿Qué pasa con él? —preguntó ella, confundida por la intención de su pregunta.

—¿No deberías aplicar la misma teoría para él?

—Lo hago, por supuesto que lo hago. De lo contrario, sería deshonorar su memoria.

—Tu padre me ha dicho que te has amargado desde su muerte. Y tú has dicho que no te casarás jamás.

—Hacerlo sería traicionarlo.

—Él está muerto, Lupita.

—Pero no lo que yo siento por él.

—Han sido tres años.

—Eso no importa.

—¿No crees que él querría que tú siguieras con tu vida? ¿Qué habría hecho él?

—¡No me vengas a decir lo mismo que vengo escuchando de toda mi familia hasta ahora! Y no quiero que salgas con lo que él haría si las cosas hubieran sido al revés, porque él jamás me habría olvidado.

—Una cosa es olvidarlo, lo que no te estoy sugiriendo que hagas, y otra muy distinta es que te decidas a seguir con tu vida y volver a amar. A casarte, formar una familia, abrir tu corazón a otra persona. —Apretó su mano, pero ella la apartó.

—Para mí es exactamente lo mismo.

—Estás siendo intransigente, pensé que eras una persona sensata, Lupita.

—Pues te equivocaste completamente. —Ella se puso de pie y se marchó del consultorio, prácticamente sacando chispas.

Chad notó la mirada curiosa de la secretaria por encima de sus gafas, pero la ignoró. Se sentía demasiado enojado como para decir nada y estaba seguro de que si intentaba disculparse por haber armado una escena en ese lugar, terminaría empeorando las cosas.

Por lo que, molesto, volvió a fijar la vista en su navaja y en la labor que había dejado de lado tras la interrupción de Lupita, musitando para sus adentros: «No sé quién es más imbécil, si ella por continuar siéndole fiel a un muerto, o yo por seguir amándola a pesar de todo».

Capítulo 25

Lupita aguardó afuera del consultorio lo que pareció una eternidad. Se sentía terrible, sabía que se estaba comportando como una niña berrinchuda y odiaba a las chicas así. Pero ¿qué podía hacer? Chad era importante para ella, sin duda, sin embargo no podía hacer a un lado a Ahanu. Le hizo una promesa el día en que se comprometieron, una promesa que volvió a repetir ante su tumba el día de su sepelio. No, no podía romper su juramento.

Por más fuerte que su corazón latiera cada vez que se encontraba cerca de Chad, por muy tentadores que fueran sus besos y por placenteras que fueran sus caricias. ¡Dios, deseaba tanto estar a su lado en ese momento, entregarse a él en cuerpo y alma, tal como él le pedía que lo hiciera! Ansiaba estar a su lado, escuchar su risa, notar que la miraba cuando él creía que ella no se daba cuenta.

Hubiera estado a su lado cada segundo de haber podido, pasaba las noches en vela deseando volver a encontrarse con él, volver a ver ese rostro marcado por el dolor, pero risueño y que reflejaba amor a pesar de todo. Porque él era así, un hombre rudo que había sido marcado por su pasado, pero que amaba a las personas que lo rodeaban de una forma sincera que casi ya no existía en el mundo. Había protegido a su hermano y en ese momento protegía a su familia, la protegía a ella que no lo merecía.

—Si tan solo pudiera amarte —susurró, alzando los ojos al cielo—. Pero no puedo, lo hago y a la vez no puedo hacerlo. ¿Cómo se puede amar a dos hombres a la vez? Uno está muerto y el otro terminará odiándome. Odiándome por el desprecio al que debo someterlo, y terminaré odiándome a mí misma, como lo hago ahora por actuar así.

—Ahanu te daría una buena regañina si te escuchara hablar de ese modo.

Lupita se sobresaltó y se volvió hacia la voz de Danielle. Su amiga había llegado a su lado sin que la notara, tan silenciosa como solía serlo su hermano. A su lado caminaba un perro enorme con hocico largo y dientes protuberantes y afilados. Un perro sin raza de ojos tan claros que parecían blancos y cuya mirada provocaba pavor en los lugareños. Para Joe, ese perro era invaluable; después de haber perdido a su hijo a manos de bandidos, luchaba por mantener a su única hija a salvo de los pormenores del mundo, y ese perro sin duda le prestaba una gran ayuda para conseguir ese objetivo.

—Danielle, buenos días. —Lupita esbozó una sonrisa que no le llegó a los ojos—. No te vi

llegar, ¿qué tal te ha ido?

—No te hagas la tonta conmigo ni intentes cambiar el tema. —Danielle le dirigió una mirada llena de afecto—. ¿Te has enamorado de Chad, no es verdad?

—¡No! ¿De dónde sacas eso?

—No me mientas. No a mí, que prácticamente soy tu hermana. —Ella posó una mano en su brazo—. Te conozco desde que eras un bebé en pañales, Lupita. ¿Por qué no se lo has dicho? Es obvio que él te quiere.

—No puedo. Es decir, no es cierto, yo no lo quiero. —Se mordió el labio y miró a Danielle, quien negaba lentamente con la cabeza.

—Ahanu está muerto, Lupita. No hay nada de malo en que le entregues a otro tu corazón. Estoy segura de que él sería el más encantado con la noticia.

—Es que no lo he hecho, Danielle, mi corazón se lo entregué a Ahanu y solo tenemos un corazón. —Su voz estaba teñida de sincera aflicción—. Él se lo llevó consigo el día en que murió.

—Lupita, qué milagro. —Lupita se volvió para ver quién la saludaba y la respiración se le atragantó al notar que se trataba de su prima Marcia, hija de Inés, la hermana mayor de su madre—. Hace mucho que no venías al pueblo, la abuela estará encantada de verte.

—He venido a una visita rápida al médico —le dijo Lupita, forzando una sonrisa—. Oh, Dora, no te había visto allí atrás. ¿Cómo te va? —saludó a la mejor amiga de Marcia, una chica de buena familia, pero sumamente tímida, solía esconderse todo el tiempo tras su prima.

—Bien, Lupita, gracias —contestó la chica manteniendo los ojos fijos en el suelo.

Lupita se entristeció por ella, habría deseado encontrar la manera de confortarla de forma que se sintiera cómoda entre ellos, más confiada. Pero en ese momento ella misma se sentía fatal y dudaba que en ese estado pudiera ayudar a nadie.

La puerta del consultorio se abrió y por ella salió Chad acompañando a un Alex sumamente alegre.

—¡Lupita, he escuchado mi corazón! —le gritó Alex, corriendo a abrazarla—. ¡Bum, bum, bum!

—Me alegro mucho por ti, Alex. —Lupita sonrió sinceramente por primera vez desde que había salido del consultorio—. Tienes un corazón muy fuerte.

—¡Así es!

—Buenas tardes, damas... —Chad saludó a las mujeres en español, sacándose el sombrero en un gesto caballeroso—. Disculpen la interrupción, mi hermano se encuentra eufórico en este momento y no mide el volumen de sus palabras.

Lupita frunció el ceño al notar que Marcia suspiraba audiblemente al verlo y Dora abrió tanto los ojos que parecía que iban a salirsele de las órbitas.

—¿Nos conocemos, mi señor? —preguntó su prima, abanicando las pestañas de forma exagerada.

—Soy Chad Collin, el capataz de El Janto, señorita Marcia —se presentó Chad, tomando la mano que la chica le tendía para besarla en los nudillos.

—¿Conoce mi nombre? —El rostro de ella se iluminó.

—Nos conocimos durante el festejo de cumpleaños de Lupita.

—Oh, sí, lo recuerdo. —Ella pestañeó con más viveza—. Es usted muy amable por someterse a trabajar para el esposo de mi tía. Es tan obvio que El Janto está perdido...

—El Janto está en excelentes condiciones y estoy seguro de que dentro de poco saldrá completamente de deudas —contestó Chad, la confianza pura irradiando en su voz—. He aprendido mucho de Zalo Lobos, soy yo quien se siente agradecido con él por todo lo que me ha enseñado durante estos meses.

—Es usted tan magnánimo —musitó ella, parpadeando todavía más.

—¿Se te metió una piedra en el ojo? —Lupita la interrogó en tono mordaz.

Las mejillas de su prima se encendieron, sin embargo no desistió.

—Creo que sí, alguna basura me está molestando —Marcia dijo al mirar a su prima antes de dirigirse una vez más a Chad—. Señor Collin, ¿sería tan amable de revisar mi ojo? —Se inclinó hacia él y Lupita no pudo soportarlo más.

Tomó a Chad por un brazo y lo apartó de su prima, dirigiéndose a Dora, quien observaba todo aquello con ojos desorbitados.

—Chad, ¿conoces a la señorita Dora Pérez? Su familia es amiga de la familia de mi madre.

—Mucho gusto, señorita —dijo Chad, en tono cortés.

—Y ya conoces a Danielle —finalizó los saludos—. Será mejor que nos vayamos, ya pasa de mediodía y mi padre se preocupará. Alex, vamos.

Richard se encontró sonriendo, Lupita estaba celosa. De no verlo con sus propios ojos, jamás lo hubiera creído. Y justo en ese momento, que comenzaba a creer que no tenía esperanzas.

—Señorita Lobos, no tenemos ninguna prisa —la contradujo Chad, adoptando su sonrisa más radiante al fijar sus ojos azules sobre Marcia—. No debemos ser groseros con sus encantadoras amigas.

Lupita frunció tanto el ceño como las dos chicas sonrieron, encantadas con sus palabras.

—Dígame, señor Collin. —Marcia se le acercó y posó una mano enguantada en su brazo—. ¿Asistirá usted al baile de Año Nuevo del pueblo?

—¿Estará usted presente? —Chad esbozó una sonrisa encantadora que habría derretido un iceberg.

Marcia se movió, seguramente las piernas se le habían hecho de mantequilla, porque Chad la debió sujetar por la cintura para evitar que ella cayera. La chica sonrió aún más al encontrarse entre sus brazos, batiendo las pestañas al tiempo que trazaba pequeños círculos en la piel desnuda del brazo de Chad.

—Es usted tan galante —musitó con la voz ronroneante como la de una gata—, y acerca de su pregunta, estaré allí, siempre y cuando usted asista. —Sus ojos se entornaron, al tiempo que ella sonreía, coqueta.

—En ese caso, no podría perdérmelo.

Su prima dio saltos aplaudiendo con alegría.

—Le reservaré un baile, señor Collin —le dijo, arrimando el cuerpo al de él una vez más.

—Será todo un deleite bailar con usted, señorita. Y espero que usted también me reserve una pieza, señorita Dora. —Chad se apartó lo más discretamente que pudo sin herir los sentimientos de la joven, y se dirigió a la muchacha que observaba aquella escena como si fuera una espectadora de una obra de teatro.

—Gracias —contestó Dora, agachando la mirada y poniéndose muy colorada.

—Y si usted me lo permite, me encantaría bailar con usted también, señorita Hamilton —se dirigió a la joven que sonreía de oreja a oreja, de pie al lado de Lupita.

—Llámame Danielle, Chad, y será un placer bailar contigo. Es más, me encantaría que me invitaras a bailar durante la fiesta de Navidad, mi padre y yo iremos a El Janto a festejar con ustedes. Tal vez Marcia y Dora quieran unírseos, ¿les gustaría, chicas?

Lupita le dirigió una mirada airada a su amiga.

—Ten cuidado, estás sacando tanto humo por las orejas que bien podrían confundirte con una locomotora —le dijo Danielle, mirándola con una sonrisa burlona en el rostro.

—Muy graciosa —refunfuñó Lupita, dirigiéndole a Danielle una mirada hosca.

—Tenemos planes para Nochebuena, pero tal vez el día siguiente podamos vernos, Chad. —Marcia intentó acercarse una vez más a Chad, pero Lupita, incapaz de mantenerse al margen por más tiempo, se interpuso entre ellos.

—Señor Collin, ¿no tiene otros asuntos que atender? —Lupita lo cogió del brazo y lo llevó aparte, prácticamente sacando humo por las orejas—. No queremos hacerle perder el tiempo con chismes de mujeres.

—No tengo nada que hacer —contestó él, sin volverse a ella, sus ojos completamente atentos a Marcia.

—Alex quería que lo llevaras a la tienda, ¿no es así? —insistió Lupita.

—No —contestó el muchacho con sinceridad, antes de que su hermano pudiera hacerlo.

Lupita lo miró, hablando solo con los labios, pero Alex no comprendió qué era lo que intentaba hacer.

—¿Por qué hablas tan raro? —le preguntó, sin comprender los gestos que ella hacía.

—Alex, querías ir a comprar unos dulces ¿ya no te acuerdas? —insistió ella, sonriendo de forma forzada.

—No.

—¡Alex!

Chad rio por lo bajo y tomó a su hermano de la mano.

—Acabo de recordar un encargo de doña Lupe, Alex. ¿Querías acompañarme un momento, por favor?

—Pero quiero quedarme a ver a Lupita ponerse roja —replicó Alex, señalando descaradamente el semblante adusto de Lupita, que se había vuelto escarlata.

—La verás ponerse roja cuando vayamos de camino a casa —le dijo Chad—. Te lo prometo.

—¿Es que piensas hacerla enojar allí también?

—Oh, sí —contestó Chad, alejándose con su hermano.

Lupita le dirigió una mirada llena de odio a la espalda de Chad. «Nada más espera a que te tenga a solas y verás», pensó, furiosa.

—¿Qué fue todo eso? —preguntó Marcia, dirigiéndole a Lupita una mirada llena de curiosidad.

—Nada —contestó su prima de manera hosca, cruzándose de brazos sobre el pecho.

—Marcia, ¿por qué no le cuentas a Lupita lo que me dijiste esta mañana? —intervino Danielle, buscando hacer las paces con Lupita—. Sobre el conde...

—Oh, sí. —El rostro de Marcia se iluminó como lo hacía cada vez que tenía conocimiento de un buen chisme—. Lupita, no vas a imaginar quién ha llegado al pueblo.

—¿Un conde? —preguntó la joven con desgano.

—En realidad es el nieto de un conde —aclaró Dora.

—Da igual, es prácticamente de la realeza. —Marcia sonrió con altivez, como si fuese ella el miembro de la realeza—. Y lo mejor de todo es que se ha hecho amigo de mi abuela, va a visitarla prácticamente todos los días, y estoy segura de que es porque yo estoy allí.

—Qué modesta —masculló Lupita, de mal humor.

—Es sorprendente que haya gente tan fina aquí —comentó Danielle antes de que Marcia pudiera molestarse con Lupita.

—Lo es. —Marcia sonrió de forma soñadora—. Es un hombre tan galante, tan apuesto y tan fino... —suspiró—. Mi padre dice que es heredero a una enorme fortuna, por ello se ha decidido a viajar y conocer el mundo. La gente como él nunca se ensucia las manos trabajando, no tienen otra cosa que hacer más que gastar su tiempo en fiestas y viajes. Somos tan afortunadas de que él haya decidido venir aquí.

—¿Cómo dices que se llama? —preguntó Lupita, incapaz de continuar escuchando tantas sandeces.

—Donald Walter —contestó Marcia, alzando la nariz—. Pero a ti no debería interesarte saberlo.

—¿Por qué no? —preguntó Lupita, alzando también la nariz—. ¿Temes que se fije en mí? —Era una venganza estúpida descargar su enojo contra ella cuando se sentía furiosa con Chad, pero no podía evitar sentirse molesta con Marcia y sus coqueteos estúpidos.

—Dudo que lo haga, de todos modos tú no tendrías motivos para fijarte en él. Es amigo de los García, de hecho se hospeda en su hacienda, y por lo que el pobre don García debe haberle contado acerca de ti y tu familia, y lo que le hicieron a sus pobres hijos, ten por seguro que no querrán saber nada de ti.

—Eso es tan vil, incluso viniendo de ti. —Lupita estaba que sacaba chispas—. ¡Ellos nos atacaron! ¡Entraron en nuestras tierras y nos habrían matado de no haberlos detenido!

—Eso dices tú —replicó Marcia, alzando la nariz—. Don García cuenta algo completamente

distinto, y en su relato tú no quedas para nada bien parada.

—¿A qué te refieres?

—Ha mencionado en más de una ocasión que sus hijos intentaron cortejarte y tú siempre los trataste muy mal. Ellos solo iban a intentar hablar contigo el día que fueron a El Janto, pero tú los recibiste de forma salvaje, como siempre. Incluso se dice que los embrujaste para hacerlos perder la cabeza por ti.

—¡Esas son estupideces! ¡Mentiras sin sentido!

—¿Es que vas a negar que te encanta ser el centro de atención? Te ves idolatrada por cada hombre de esta ciudad y no haces más que volverlos locos, negándoles a todos hasta la palabra. Eres una altiva presumida y te tenías bien merecido que los hijos de don García intentaran darte una lección.

—¿¡Cómo puedes ponerte de su lado, cuando soy tu prima!?

—Lupita, ya hemos terminado. —La voz de Chad la interrumpió, llegando justo a tiempo para evitar que Lupita se ensartara en una enorme discusión con su prima—. Si nos disculpan, damas, tenemos que marcharnos. Que pasen buen día —se despidió con un gesto del sombrero, llevando a Lupita casi a rastras con él.

—¿Por qué has hecho eso? —le escupió Lupita, subiendo de mala gana a la carreta—. Ha insultado a mi familia y a mí, y para colmo...

—Lo sé —él la interrumpió, tomando asiento a su lado después de asegurar a Alex en la parte trasera de la carreta—, pero no ganarás nada discutiendo en la calle con ella. ¿No te das cuenta de que es lo que Marcia quería? Sacarte de tus casillas para hacerte quedar en vergüenza delante de la gente. Una dama no se pelea a gritos a mitad de la calle.

—No soy una dama —replicó Lupita apretando los dientes, pero no dijo nada más. Sabía que él tenía razón. La habían educado como a una dama. Su madre, las monjas del convento, sus tutores. Todos se habían esforzado en convertirla en una dama de pies a cabeza. Su madre pondría el grito en el cielo si se enteraba de que ella había armado un escándalo en la calle. Chad tenía razón. Aunque odiara admitirlo.

El camino de regreso fue en silencio, por excepción de Alex que no dejaba de parlotear sobre su experiencia en el consultorio del médico. Finalmente, el muchacho se durmió y el silencio cayó sobre ellos.

—Me parecieron interesantes tus amigas —comentó Chad sin mirarla directamente.

Ella apretó los labios, odiaba esa sonrisa socarrona en su rostro. Él sabía lo mucho que su encuentro con sus amigas le había molestado.

—¿Ah sí? Me parece muy bien —dijo con fingido desinterés—. Estoy segura de que estarán más que encantadas de bailar contigo en el baile de Año Nuevo. Tal vez yo haga lo mismo con el conde recién llegado, será una buena manera de darle la bienvenida, y ya que tú estarás tan ocupado con las chicas, supongo que no te importará. —Dejó la frase en el aire, gozando con el enfado que relampagueó en sus ojos.

—No es un conde —replicó él—, y aunque lo fuera, es amigo de los García, ¿no es así? Te lo dijo Marcia.

—Es cierto, pero eso no implica que sea una mala persona. No me gusta juzgar a nadie hasta conocerlo. —Lupita lo miró, esbozando su sonrisa más angelical.

—O quizá lo haces porque te interesan los mozos adinerados y lechuguinos como él.

Ella se rio.

—¿Es que vas a negar que te interesan los hombres como él?

—¿Con olor a perfume?

—No. —Se rio—. Con título, ricos.

—Te aseguro que no. —Lupita hizo una mueca de asco—. Ni aunque ostentara el título de rey me resultaría más interesante que mi adorado Ahanu, que en paz descansa.

Chad revoleó los ojos.

—¿Y qué hay de un simple capataz?

—Sí, claro que me interesaría.

—¿En serio? —Chad sonrió vagamente, asumiendo que se trataba de él.

—Ahanu era eso, ¿sabes? Un capataz.

Él soltó un bufido.

—Si te molestan mis respuestas, no deberías hacerme preguntas.

—Eres increíble —masculló él, deteniendo las riendas para mirarla a los ojos—, me dices que no puedes quererme porque aún amas a ese hombre muerto, pero en cuanto alguien más posa sus ojos en mí, actúas como si fueras mi dueña, para luego venir a restregarme el nombre de tu prometido muerto.

—Yo no he hecho eso —dijo ella con los dientes apretados.

—No eres tonta, Lupita. No actúes como una niña para negar la verdad.

Ella desvió la vista.

—Puede que... haya cierta verdad en eso —admitió tras unos minutos de tenso silencio—, pero no por ello te he dado alguna esperanza. Te he dejado claro lo que siento.

—Las palabras que salen de tu boca son contrarias a la verdad que veo en tus ojos —replicó él, posando una mano en su mejilla.

—Si tan solo pudiera amarte—musitó ella, cerrando los ojos y dejándose llevar por el tacto de sus manos sobre la piel de su rostro, embriagándose con la tibieza de su aliento sobre sus labios.

—Sí puedes —musitó él contra su boca—. Claro que puedes.

—No, no puedo. —Ella se apartó ligeramente—. Hice una promesa a...

—Ahanu —terminó él por ella, irritado—. ¿Qué hizo para que lo idolatres de esa manera? ¡Está muerto, Lupita! Y tú estás viva.

Ella apartó la mirada, herida por sus palabras.

—Lo siento, pero es la verdad, cariño...

—No me llames así.

—Lupita, el primer amor no tiene que ser el único amor de una persona, y mucho menos si esa persona ya no se encuentra en este mundo. —Él posó una mano sobre su brazo, intentando razonar con ella—. Entiendo que lo hayas amado, que él haya sido el primero que se fijó en ti... Pero yo también me he fijado en ti y te amo, ¿eso no cuenta para ti?

Ella sonrió y lo miró a los ojos.

—Tú lo has dicho ya antes, fijarse en mí ahora no tiene ningún mérito. Sé lo que veo en el espejo, sé lo que ven los hombres, lo que ves tú en mí.

—Eso no es cierto. Eres bella, muy hermosa, no lo niego —aclaró al notar la consternación en su rostro—. Pero he conocido mujeres tan bellas como tú a lo largo de mi vida y ninguna de ellas despertó en mí los sentimientos que tú has hecho nacer en mi corazón. No fue la mujer hermosa que vi por primera vez en el puerto la que me maravilló, sino la joven astuta, fuerte, alegre y maravillosa que he ido conociendo a lo largo de estas semanas. —Posó una mano sobre la suya—. Eres hermosa, de eso no hay duda, pero aunque fueras la mujer menos agraciada de este planeta te seguiría adorando.

Ella se rio.

—Eso es algo muy difícil de creer. En especial viniendo de alguien como tú. He escuchado las historias de Alex, las mujeres con las que solías rodearte. Él no reparó en los detalles al momento de describirlas, eran preciosas. Todas ellas. Te gustan las mujeres hermosas, ¿qué diferencia hay ahora? ¿Cómo puedes venir a decirme que has cambiado de repente?

—Porque es la verdad —le aseguró con vehemencia en la voz—. Te amo. ¿Es tan difícil de creer? —Él ocultó el dolor que sus palabras le provocaron.

—Dejemos una idea clara, si tú me hubieras conocido siendo yo el Ratón de campo, como solían llamarme, jamás te habrías fijado en mí. No lo niegues.

—Lo niego. Tal vez al principio no... Pero luego... —Se pasó una mano por el cabello, nervioso—. Lupita, debes creer que veo en ti mucho más que a una mujer hermosa.

—Sí, claro. —Bufó, irónica.

—¿Es cierto! —él exclamó, comenzando a perder la paciencia—. Mira, entiendo lo que me dices, el temor que puedes sentir. Yo conocí a muchas mujeres hermosas en el pasado, pero ninguna se parecía a ti, ninguna hizo que yo me fijara en ella como lo hice contigo. Tienes algo especial, algo que no puedo explicar. —Ahuecó una mano en su mejilla, aumentando la intensidad de sus palabras—. Eres única, Lupita.

Las mejillas de ella se encendieron.

—Te amo. —Posó la otra mano en su mejilla—. ¿Es eso tan difícil de creer?

—Chad, yo no puedo darte lo que tú quieres. —Lupita se apartó con suavidad—. No puedo amarte. Mereces tener a tu lado a una mujer que te ame tanto como tú a ella.

—Me amarás —le aseguró—. Con el tiempo, llegarás a hacerlo.

—No, Chad. Di mi corazón hace mucho tiempo y ya no me queda nada que dar. Ahanu se lo llevó a la tumba con él.

—Eso no es cierto. Tu corazón está aquí y late por mí aunque no quieras creer lo obvio. — Tomó su mano y la obligó a posarla sobre su pecho, donde su corazón latía a toda velocidad—. Date cuenta de la verdad, Lupita. Me quieres, quizá no como quisiste a Ahanu, pero tú me quieres.

Ella negó, incapaz de encontrarle sentido a ninguna frase que pudiera refutar sus palabras.

—Y si Ahanu te amaba tanto como dices, tanto como tú lo sigues amando a él, estoy seguro de que él querría que fueras feliz, que siguieras con tu vida, que encontraras un nuevo amor.

—No puedes decir eso, no puedes hablar en su nombre, ¡tú nunca lo conociste!

—No —admitió él, hablando con voz grave—. Pero es lo que yo desearía de haber estado en su lugar. Es lo que desearía si tú llegases a amarme y alguien me arrebatara la vida. Te amo y, porque te amo, no deseo nada más que felicidad para ti.

Una lágrima asomó por los ojos de Lupita, pero ella se dio prisa en secarla.

—¿Por qué nos detuvimos? —Alex había despertado y se asomaba desde atrás—. ¿Ha pasado algo malo? —preguntó al notar los rostros ceñudos de Lupita y Chad.

—Todo está bien, Alex —dijo Chad, azuzando a los caballos para que se volvieran a poner en marcha—. Duérmete, llegaremos dentro de poco.

Lupita apartó la mirada y la fijó en el cielo azul ante ellos, deseando más que nunca oír la voz de Ahanu. Si él le hablase, si él le dijese que era correcto...

Le dolía en el alma lastimar los sentimientos del hombre que tenía al lado. Lo amaba. Sí, lo amaba, aunque tuviera que admitirlo solo para sí misma. Nunca lo admitiría abiertamente, ni mucho menos a Chad. Él jamás retrocedería si llegase a saberlo, y lo último que deseaba era que se hiciese falsas ilusiones. Chad merecía una mujer a su lado, tener una familia, hijos, y ella nunca le daría eso. Su corazón la traicionaba allí donde la razón ya no tenía cabida. Había dado su palabra, ella había hecho una promesa y se iría a la tumba cumpliendo con ella.

Capítulo 26

—¿Quieres un dulce de tamarindo? —le preguntó Chad, ofreciéndole uno de los redondos dulces marrones de la bolsita que había comprado para Alex.

Ella negó, manteniendo la vista fija en el camino.

—Alguna vez tendrás que hablarme, ¿por qué no hacerlo ahora? Tenemos un largo camino por delante.

Lupita maldijo entre dientes. Era cierto, el pueblo todavía era visible a sus espaldas, el camino a El Janto era largo y ese día lluvioso no les ayudaría a llegar antes.

Su madre, empeñada en obligarla a pasar más tiempo al lado de Chad, le había ordenado acompañarlo esa mañana al pueblo por los dulces y regalos para los niños de la hacienda.

Cada Navidad, su madre y abuela preparaban algo especial para los trabajadores del rancho y sus familias. El encargo de ir por las provisiones necesarias para la Nochebuena por lo general les era otorgado a su padre y al capataz en turno. Sin embargo, su madre había decidido que sería ella quien iría a buscar las cosas, acompañada del capataz, por supuesto.

Y de ese modo dio en el traste a su plan de mantenerse lo más alejada posible de Chad, como planeaba hacer.

Durante el viaje, Lupita intentó mantener al muchacho a raya, apenas le dirigió la palabra. No obstante, él no parecía entender la indirecta o sencillamente no quería entenderla, seguía hablándole, obstinado en obtener toda su atención.

—He estado pensando en comprar unas tierras vecinas a El Janto —comentó él, haciendo caso omiso de su silencio—. Es tierra muy buena, un campo espléndido, lo suficientemente amplio para sembrar café y tener ganado. Espero que, para cuando llegue junio, conseguiré reunir lo necesario para tener mi propio rancho. Pronto se convertirá en hacienda, la más grande de México.

Ella mantuvo el rostro impasible, forzándose por no decir una palabra.

—Sé que le he dicho a tu padre que me quedará hasta que El Janto salga adelante, pero ya que tú no quieres que esté allí, bien podría marcharme mañana y nadie me extrañaría, ¿no es así? Al menos no tú.

Lupita se mordió el labio.

—Tu padre me ha enseñado mucho, eso no lo niego. Siempre le estaré agradecido, quizá algún día podamos convertirnos en socios. Hasta entonces, aplicaré todas sus estrategias en mis campos,

ranas en las cosechas de café y ciempiés entre los granos que se secan al sol; eso sí, con mucha agua estancada para conseguir la mejor coloración.

—¿Pero qué demonios estás diciendo? —estalló Lupita—. ¿De dónde has sacado esas sandeces? ¡Estás loco...! —Se mordió la lengua demasiado tarde al notar la sonrisa emergiendo en el rostro de Chad.

—Te hice hablar —le dijo en tono victorioso, comenzando a reír a carcajadas.

Ella no pudo menos que reír también, había caído redondita en su trampa.

—Estás como una cabra. —Bufó ella, aunque sonreía—. Loco sin remedio.

—Sí, pero por ti. —La sonrisa de ella menguó, pero no del todo cuando fijó la vista en el camino.

Lupita intentó mantenerse en silencio durante el resto del viaje, pero como Chad descubrió enseguida, ella era incapaz de quedarse sin dar su opinión demasiado tiempo, por lo que se mantuvo parlotando durante todo el camino y ella terminó discutiendo acaloradamente con él acerca de lo mejor para el rancho, las cosechas, los caballos y otros temas. Era algo que a Chad le encantaba de ella, ese fuego que Lupita parecía mantener en cada cosa que hacía, la pasión sobre el rancho y las tierras de su familia, y aunque ella no quisiera admitirlo, también sobre él.

Lo notaba cada vez que Lupita lo miraba a los ojos, y esos iris negros se encendían como un cielo colmado de estrellas, el calor inundaba sus mejillas y su respiración se volvía rápida y superficial. Ella lo deseaba, pero jamás lo admitiría abiertamente. Bien, tenía tiempo. Todo el tiempo del mundo si era necesario. Llegaron a El Janto antes de lo que hubiera esperado. Bajaron de la carreta y llevaron la mercancía a la cocina, donde doña Calita y la abuela Lupe los esperaban con el almuerzo listo.

—Lupita, sírvele de comer a nuestro invitado y hazle compañía —le ordenó su madre nada más que ella atravesó la puerta, por delante de Chad.

—Tu madre y yo tenemos mucho que hacer —intervino su abuela, secundado la orden de su madre—. Chad, muchas gracias por traer las compras. Los niños estarán encantados con los dulces. No, allí no, m'ijo, por favor ¿podrías poner esos sacos en la terraza? Me gusta trabajar al aire libre cuando cocino.

—¿Desde cuándo? —preguntó Lupita con el ceño fruncido—. Has preparado los dulces en la mesa de la cocina desde que tengo memoria.

—La memoria falla con la edad.

—¿Me estás llamando vieja? —Lupita frunció el ceño—. ¿Tú...?

—Si te queda la bota... —Su abuela la palmeó en el hombro antes de salir de la cocina, precediendo a Chad—. Por aquí, m'ijo, te diré dónde poner los sacos. No tardes, debes estar muriendo de hambre, mientras antes terminemos con esto podrás regresar a la cocina con Lupita y comer algo.

Calita sonrió al poner un plato de guisado de pollo con papas entre las manos de Lupita.

—Recuerda tus modales, m'ija. Sé una buena anfitriona con nuestro invitado, y amable. No te

olvides de ser amable.

—Él es nuestro capataz, no un invitado.

—Modales —repitió su madre entre dientes, saliendo de la cocina al mismo tiempo que Chad volvía acompañado de su abuela.

—Espero que mi hija no haya sido demasiado... insensible contigo durante el trayecto. —Calita le sonrió a Chad al tiempo que la abuela Lupe repetía cada una de sus palabras al inglés.

Desde que su madre se había enterado de que Lupita rechazó la propuesta de matrimonio de Chad, Calita actuaba como si ella fuese el mismo demonio y Chad el ángel al que ella negaba su mano salvadora. Y no dejaba de demostrarlo en cada oportunidad.

—Por favor, siéntate a comer algo, m'ijo. Debes estar desfalleciendo de hambre.

—Nos marchamos por una mañana, no una semana, madre —masculló Lupita—. Y yo iba con él, ¿por qué no me has preguntado si tengo hambre, también?

—Lo haré cuando recuperes la cordura —replicó Calita—. Cualquiera otra madre estaría horrorizada con lo que has hecho, te mandaría a un convento hasta que recapitaras. Da las gracias de que soy paciente contigo. Sé que querías a Ahanu, pero él está muerto y ahora debes casarte con Chad.

—Mamá, ¿podemos hablar de esto cuando estemos a solas?

—Como quieras. —Calita puso los ojos en blanco y se volvió a Chad—. Por favor, siéntate a comer, m'ijo, que no quiero que sufras hambre por culpa de nuestras peleas.

Lupita apretó los puños mientras su abuela se encargaba de repetir en inglés las palabras de Chad.

—Está bien, doña Calita. En realidad los bocadillos que Lupita llevó para el camino estuvieron estupendos y sirvieron para aplacar el hambre durante el viaje.

—Mi hija, siempre tan detallista. Es una buena chica, con un gran corazón... a pesar de su testarudez en algunos temas... —añadió entre dientes, dirigiéndole a Lupita una mirada airada—. No desistas con ella, m'ijo. Tarde o temprano se dará cuenta de que eres su mejor opción, y que el vivir como una solterona toda la vida no la conducirá a ninguna parte.

—¡Madre! —chilló Lupita, enfadada.

—No pierdo la esperanza, doña Calita —Chad intervino antes de que los fuegos de combate estallaran entre las mujeres, como había estado sucediendo desde el «incidente», como Calita llamaba al encuentro amoroso entre él y Lupita, y la negativa de su hija a aceptar convertirse en su esposa—. Yo nunca abandono lo que en realidad me interesa. Y mi esfuerzo está teniendo resultados, Lupita ha aceptado pasar las tardes conmigo enseñándome a tocar el violín.

—¿Qué? —Lupita preguntó alarmada y enfadada, pero nadie le hizo caso.

—¿Es en serio? ¡Eso es maravilloso! —Calita lucía tan feliz que parecía que comenzaría a flotar en cualquier momento.

—Ella me ha comentado lo mucho que desea aprender a tocar el piano, por lo que yo me he ofrecido a enseñarle a cambio.

—Eso sería magnífico, Lupita apenas consigue tocar dos notas juntas en el piano, pero a mí me encanta su melodía.

—Y a mí también, aunque me enloquecen las guitarras —añadió su abuela tras traducir las palabras de Calita, guiñándole un ojo a Chad—. Mi Zalo la toca de manera excepcional, él le enseñó a Lupita, tal vez ella podría darte lecciones también.

—Es una chica impresionante, sin duda. —Chad arqueó las cejas, dirigiéndole una mirada llena de fascinación a Lupita.

Ella sintió que las mejillas se le encendían y apartó el rostro, intentando dominar sus emociones.

—Mi hija te adora, Chad, solo debes verla para notarlo —Calita dijo en un suspiro, y su abuela no dudó en repetir cada una de sus palabras en inglés antes de que Lupita pudiera detenerla.

—Madre —Lupita apretó los dientes—, es suficiente.

—Tienes razón, los dejaré a solas para que almuercen. Chad, eres un encanto. —Calita le palmeó una mejilla como si fuera un niño pequeño—. Espero que consigas avances con las lecciones de mi hija, a veces Lupita puede ser un poco cerrada de mente. —Miró a su hija de manera significativa antes de salir de la cocina.

—Voy a matarte —siseó Lupita, acercándose a Chad a paso pesado—. Y lo haré lentamente, de manera que sufras y supliques. —No pudo decir nada más. Él se inclinó y la besó en los labios, callándola.

—Muero de hambre, ¿por qué no comemos? —le preguntó él, tomándola de la mano y llevándola hasta la mesa.

—¿Es que te has vuelto loco? —Ella se soltó—. ¿No has escuchado lo que te dije?

—Sí, lo he hecho. —Chad movió una silla para ella, pero al notar que Lupita no tomaba asiento, se sentó en su lugar y comenzó a comer—. Está muy bueno.

—¿Y bien?

—¿Y bien, qué? —preguntó él, tras limpiarse la boca con una servilleta.

Lupita frunció el ceño, notando una vez más la extraña forma de actuar de Chad. No es que fuese un hombre raro, sino que sus actos, sus palabras, sus modales... Todo él llamaba su atención por la elegancia que tenía en cada uno de sus movimientos. Era un hombre demasiado refinado. Ningún boxeador común sería tan elegante como él. ¿Quién era Chad en realidad? Se lo había preguntado en tantas ocasiones que ya había perdido la cuenta, pero él nunca iba más allá de respuestas superficiales a sus interrogantes. Con excepción de la vez que le habló de las cicatrices y sobre su madre. Fuera de eso, no conocía nada de su pasado. Tal vez acercarse a él no sería tan mala idea. Quizá él podría darle las respuestas que ella tanto anhelaba, aprovechando el desenfadado interés que él a su vez tenía por acercarse a ella.

—¿Qué está pasando por esa mentecita? —le preguntó Chad, dejando de comer y centrando toda su atención en ella.

—Nada. —Lupita se sentó en la silla a su lado, que él había movido para ella, y comenzó a

comer también.

—Entonces... ¿Te parece bien a las cinco? —la cuestionó Chad, tras detenerse a observarla por un par de minutos.

—¿A las cinco? —repitió, sin comprender.

—Nuestra lección de música —aclaró Chad.

Lupita se quedó en silencio por una fracción de minuto, meditando su respuesta.

—A las seis —contestó ella, sin mirarlo—. Y sé puntual. No me gusta la gente que llega tarde.

Chad sonrió y continuó comiendo, aunque la mirada que ella le dirigió, esa intensa mirada que se encendía en ella cada vez que intentaba tramar algo, no le pasó desapercibida.

Esa tarde, Chad llegó puntual a la lección de violín. Lupita lo esperaba en el salón, prácticamente contando los segundos con la vista fija en el reloj del salón.

—Llegas a tiempo —le dijo a modo de saludo.

—Como siempre.

—Eso no es habitual en la gente común.

—Si es un halago, puedes solo referirte a mí como un ser extraordinario —sentenció él, sonriéndole antes de inclinarse y robarle un beso.

Ella sonrió, pero se alejó de inmediato.

—Vas a pagar por esto, zopenco —le dijo en español.

—Ya lo veremos, majadera.

Ella abrió los ojos como platos, sorprendida de que la hubiera entendido.

—Oh, sí, yo también puedo hablar español.

Le tomó casi un minuto a Lupita reponerse de la impresión.

—Como un neandertal —replicó al fin, en español.

—¿Qué has dicho?

Ella sonrió, mordaz.

—Creía que ya podías entenderme.

—Pronto no podrás salvarte con esas palabras educadas pero afiladas, señorita. Hablaré en español tan bien como tú.

—Pero si te he dicho un cumplido. Neandertal es justamente lo que eres.

—Mentirosa.

—No miento, y si lo hiciera, no podrías saberlo, ¿o sí?

—Podría llamar a tu madre y preguntarle, y de paso añadir que es el modo como tú la has llamado a ella. —Él sonrió al notar el espanto en su mirada.

—Comencemos de una vez antes de que amanezca —refunfuñó Lupita, dirigiéndose al piano.

—Asumí que iniciaríamos con el violín.

—No, odio ese violín. —Lupita dirigió una mirada mezcla de tristeza y enojo al estuche depositado sobre la mesita de café—. Es el de mi padre, es muy bueno, pero no es el mío.

—¿Qué le pasó al tuyo?

—Quedó inservible tras el ataque al carro durante el «incidente» —suspiró, antes de dirigir su atención al piano—. Bien, ¿qué es lo que debo hacer primero?

—¿Qué tal abrir la tapa que cubre las teclas?

—Muy gracioso —musitó ella de mala gana, aunque sonrió.

Chad se sentó a su lado y abrió la tapa por ella.

—Como asumo que ya debes conocer las notas, te enseñaré unas melodías de práctica para aflojar los dedos. —Tomó su mano y la posó sobre las teclas, llevándola sobre los cuadros blancos y negros con esmerado detenimiento.

Lupita se sentía tensa ante la cercanía, pero poco a poco comenzó a tomar confianza y a sentirse relajada. El calor de su cuerpo, sus brazos alrededor de ella mientras conducía sus manos entre las teclas del piano y su propia cercanía le resultaban embriagadores. Nunca habría pensado que tocar ese instrumento pudiera ser tan... sensual.

Sentía que el aire le faltaba cada vez que él pronunciaba una palabra contra su oído, aunque solo fuese el sonido de una nota musical.

—Lo haces muy bien —la felicitó después de haber estado cerca de una hora practicando escalas. Aunque ella apenas podía recordar algo. Era como si hubiese estado en otro mundo, un sitio paralelo donde las horas se convertían en segundos.

—Gracias... —musitó, intentando concentrarse en tomar aire, respirar con normalidad y no de la manera agitada y superficial como lo había estado haciendo hasta entonces.

—¿Te gustaría intentar algo nuevo? —Chad le preguntó al oído, apoyando la nariz contra su cuello y aspirando su aroma.

Lupita cerró los ojos, aspirando a su vez su fragancia embriagadora, ese olor a jabón y a hombre, el aroma de Chad que tan bien conocía ya y que tanto la fascinaba.

—Haremos una escala con todas las notas del piano —le explicó él, pasando un brazo tras su espalda y llevando sus manos por todas las teclas.

El sonido rápido de las notas del piano repiqueteó en el aire.

—Bien, ahora inténtalo tú.

—No puedo, es demasiado difícil. —Lupita lo miró como si acabara de salir de un sueño. No tenía idea de qué era lo que se suponía que acababa de aprender.

—Vamos, tú puedes —él la animó, volviendo a tomar asiento a su lado, en el banquillo.

Lupita miró las teclas con desconfianza e intentó imitar lo que él había hecho, solo que abarcando las escalas de su lado del piano, sin atreverse a entrar en los terrenos de él.

—Todo el piano, no seas floja —la reprendió Chad.

—No soy floja.

—Demuéstralo, vamos, estírate. —Chad sonrió, tomando una de sus manos y conduciéndola a las teclas frente a él.

—No puedo hacerlo bien si me estorbas. Quítate. Muévete.

—Anda, flojilla, muévete. Buscas excusas para no tener que estirarte. Eres tan floja como un

molusco.

—Solo apártate. —Ella rio, intentando apartarlo con una mano, pero solo consiguió que él la tomara por ambas manos y la besara con una pasión que le devoró el alma. Y ella le devolvió el beso, incapaz de apartarse de sus caricias.

—Es bien sabido que todo esfuerzo es bien recompensado —musitó él sobre sus labios con una sonrisita traviesa.

—Lupita, querida... ¡Oh, lo siento! —Calita se interrumpió, al tiempo que una sonrisa de oreja a oreja emergía en sus labios—. Por favor, continúen —les gritó, alejándose a toda carrera de vuelta a la terraza.

—Con mucho gusto. —Chad le dedicó una sonrisa triunfal a Lupita, que a ella la hizo enfurecer, al tiempo que colocaba ambas manos sobre las teclas del piano una vez más.

Lupita, de un rápido movimiento, cerró la tapa del piano, atrapando con ella sus manos.

—¡Ah!

—Lo siento tanto —mintió Lupita, poniéndose de pie.

—¡Seguiremos mañana! —le anunció Chad cuando ella se iba a zancadas rápidas, riendo y sobando la mano herida con la magullada. Decidió que el dolor bien había valido la pena al verla alejarse tan alterada.

Si no sintiera nada, Lupita nunca habría reaccionado de ese modo y, sin duda, era un gran triunfo.

Capítulo 27

A la mañana siguiente, Chad se encontraba sentado junto al gallinero, impaciente por ver salir a Lupita.

—¿Qué estás haciendo allí parado? —le preguntó ella, tomándolo por sorpresa al llegar por el camino que conducía al lago, tras él.

—Esperarte. —Él sonrió, obligándose a no mirar el sombrero colgado sobre el perchero, junto a la puerta. El sombrero en el que había ocultado una lagartija para ella.

La jugada del piano no iba a quedar olvidada así como así. Además, una buena broma les ayudaría a romper el hielo y retomar las cosas donde las habían dejado.

—Debemos ir a revisar los cafetaleros del sur —le informó—. Pensé que querías acompañarme.

—Está bien. —Ella se encogió de hombros, aparentando desinterés, a pesar de que sentía que el corazón le iba a estallar cada vez que se encontraba cerca de él—. Dame un segundo para ponerme el sombrero y las botas.

Solo entonces él notó que iba descalza, los bajos de sus faldas chorreaban y buena parte de su cuerpo estaba mojada.

Percibió como una parte de su cuerpo cobraba vida propia y se obligó a pensar en Lee vomitando por la proa del barco, la imagen que solía llevar a la mente cada vez que el calor de la cercanía de Lupita lo encendía demasiado.

Lupita tardó unos pocos minutos en entrar a la casa y cambiarse de ropa, antes de salir una vez más a su encuentro, ya vestida con pantalones, botas y el sombrero de vaquero.

Chad intentó disimular la risita que subió por su garganta, impaciente por notar su reacción cuando ella advirtiera al animalito oculto en el sombrero.

—¿Qué te pasa? —Lupita frunció el ceño—. ¿Por qué te estás riendo?

—Me acordé de un chiste.

—¿De cuál? —Ella no se creyó ni una palabra, pero antes de que él pudiera contestar, la expresión de su rostro mudó.

Lupita notó algo caminando sobre su cabeza. Con cautela se quitó el sombrero y vio una lagartija caminando asustada por el borde interior del forro de tela.

—Oh, pequeña, ¿te perdiste? —Ella sonrió, tomando a la lagartija con cuidado antes de

liberarla entre la vegetación.

Chad se quedó boquiabierto. Esperaba que ella gritara y corriera a sus brazos, quedar él como el salvador, reír juntos y terminar besándose y tal vez en una escena un poco más... romántica. No que Lupita jugara con ese animal como si fuera su maldita mascota antes de dejarla libre. Al verlo, Lupita sonrió y pasó por su lado con la nariz alzada antes de montar sobre su caballo, que ya la esperaba ensillado y listo para salir a los campos.

—Gracias, Remi —Lupita agradeció al chico de los establos que sostenía su montura antes de dirigirse a Chad—. ¿Vas a quedarte allí parado con la boca abierta todo el día? Porque te aseguro que te tragarás más de una mosca.

Él se obligó a cerrar la boca antes de marchar hacia donde lo esperaba su propio caballo.

—Solo para que lo sepas —le informó Lupita cuando él la hubo alcanzado en el camino—, a una chica de campo nada la espanta. —Le sonrió antes de salir al galope.

—Nada que no tenga que ver con el matrimonio —masculló él de mala gana, azuzando a su montura para ponerlo también al galope.

Pasaron la mañana revisando los cafetaleros, vigilando las plantas y la cosecha que se iba recolectando en sacos después de haber sido secada al sol.

Pronto, los sacos saldrían al pueblo y de allí al puerto, desde donde se dirigirían a su destino final en varios países de Europa. Clientes con los que Chad había comerciado y gracias a los cuales muy pronto El Janto sería conocido mundialmente. Y no solo eso, las ventas conseguirían el dinero necesario para salir de deudas y salvar el rancho. Y todo gracias a Chad.

Lupita no podía dejar de sentirse agradecida con él. Todo lo que había hecho desde su llegada les había cambiado la vida en tantas maneras.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Chad de repente, mientras revisaba una de las plantas donde un trabajador aseguraba haber visto hongos creciendo entre las hojas.

—Nada... ¿a qué te refieres?, ¿por qué preguntas? —Lupita sintió el color subiendo a sus mejillas.

—Me miras como si el sol estuviera saliendo de mi tra... cabeza —se corrigió.

—No es cierto.

—Entonces me ves como si me fuera a morir o algo así. —Él sonrió—. ¿O es que sabes algo que yo no sé? ¿Me has puesto algo en el sombrero y no me he dado cuenta?

—Eres tú el que hace esas cosas, no yo. —Ella alzó la nariz, cruzándose de brazos—. Además, es una broma demasiado infantil, algo que yo nunca haría.

—Eso es porque no tienes la imaginación para hacerlo.

—No, si eso significa comportarme como una cría de dos años... ¡Santa madre de...! ¡Ah! —gritó, señalando una de sus botas.

—No voy a caer en ese truco, es muy viejo. —Chad rio, y revoleó los ojos.

—¡No es un truco, mira tu bota!

Chad bajó la vista y se topó con una enorme tarántula que le subía por la pantorrilla. Solo que

no era una tarántula en sí, tenía un cuerpo más bien alargado y una especie de cola al final... Horrible, eso sí era, ¡un bicho horrible y bastante aterrador!

—¡No te muevas! —gritó Lupita.

—¿Qué demonios es eso?—preguntó Chad, intentando dominar las ganas que tenía de sacudirse esa cosa—. ¿Un alacrán?

—¡No! No tiene aguijón, pero lanza una especie de ácido por la cola. —Ella se movió con un palo que había cogido del suelo—. No es letal, tranquilo.

—Oh, sí, me siento en la gloria sabiendo que están a punto de rociar ácido en mi entrepierna —espetó él, sarcástico.

—¡Solo no te muevas!

—¡Tú ten cuidado con ese palo, quiero tener hijos algún día!

—¡No seas bobo y deja de gritar!

—¡Tú deja de gritar! ¡Ah...! —Chad chilló cuando ella le asestó un golpe con el palo en el muslo, muy cerca de la parte más noble de su cuerpo. Pero no le dio al maldito bicho, el dolor había sido en vano y para colmo la maldita cosa debió asustarse, porque decidió atacar en ese momento. Chad percibió cómo de la cola del animal comenzó a fluir un chorro líquido y no pudo esperar más y se lo sacudió de la pierna.

Lupita gritó cuando el animal aterrizó entre las hojas, un segundo antes de enderezarse sobre sus horribles patas. El bicho comenzó a correr hacia ellos, envalentonado de alguna manera por su cola lanza-ácido.

—¡Mátala!—gritó Lupita.

—¡Hazlo tú! ¡Tú tienes el palo! —gritó Chad a su vez, sacudiendo la tela del pantalón donde el bicho había rociado el líquido, temeroso de que fuera venenoso.

—¡Tú eres el hombre! —Lupita comenzó a gritar y a dar palazos por doquier. Chad se lo arrebató de las manos antes de que fuera a darle un golpe en sus partes nobles y le asestó un buen golpe al bicho.

Ambos se callaron al mismo tiempo, observando con ojos desorbitados y respiración agitada. Chad levantó el palo lentamente...

Y el bicho emergió de la tierra y hojas podridas, intacto. Y enseguida se abalanzó sobre ellos, lanzando ácido por doquier con su condenada cola.

—¡Corre! —gritó Chad, sin saber qué más hacer, cogiendo a Lupita por la mano y saliendo a la carrera con ella colina abajo.

Corrieron hasta que las piernas les dolieron y se dejaron caer en la tierra, entre gritos y carcajadas.

—¡Dios mío, pero qué cosa tan horrorosa! —chilló Lupita, llevándose una mano al costado que había comenzado a dolerle de manera terrible—. No puedo dar otro paso o desfalleceré.

—Ahora sé qué debí poner en tu sombrero —se burló él, dejándose caer bajo la sombra de un árbol.

Ella frunció el ceño y se sentó a su lado.

—Sí, claro, como si te atrevieras a tocar a esas cosas —se mofó—. Nunca creí ver un hombre tan «valiente» ante el ataque de un bicho —dijo entre risitas sarcásticas.

—¿Y tú qué me dices, «señorita de campo no le temo a nada»? —masculló Chad, quitándole el sombrero de un movimiento ágil para molestarla—. Creo que hoy le hiciste frente a tu némesis.

Ella se rio al mismo tiempo que intentaba arrebatarse su sombrero de las manos, pero fue en vano. Él era bastante ágil, mucho más de lo que habría supuesto, y apartaba la mano justo una fracción de segundo antes de que ella pudiera tomarlo.

—Era una cosa horrible, no me culpes por ello —replicó Lupita—. No soy perfecta.

—De cualquier manera, eres más valiente que cualquier mujer que conozca —admitió él, devolviéndole el sombrero al fin—, ¿de qué planeta vienes? Eres la primera mujer a la que no veo salir despavorida al ver una lagartija.

—De uno muy diferente al tuyo, eso es seguro.

—Donde no existen las tarántulas con colas lanza-ácido.

—Ningún tipo de araña —ella admitió con una mueca de disgusto—. Las odio, de todas las formas. No importa el tamaño, son horribles. —Sacó la lengua, haciendo una mueca de asco.

—¿Y qué te gusta?

—¿No es obvio? Los caballos, aunque la mayoría de los animales. Oh, pero me fascinan los gatos. Tuve uno de niña y lo adoraba. Y matan arañas —añadió, mirándolo con una ceja arqueada de forma pícaro.

Él se rio y le quitó el sombrero una vez más, solo que en esta ocasión se inclinó y le robó un beso antes de que ella pudiera apartarse.

—Eres un completo rufián. —Lupita sonrió a pesar de todo, recuperando su sombrero y encasquetándose hasta las cejas.

—Bien, me tranquiliza saber que mantienes esa idea en mente. Temía que mi carrera de huida hubiese mermado la opinión que tienes de mí.

Ella rio.

—No, en absoluto. Fueron los gritos los que lo hicieron.

Él rio, dedicándole una mirada traviesa mientras se acercaba a ella.

—Chad, espera... ¿Chad, qué vas a hacer? ¡No! ¡Espera, no! —Lupita rio a carcajadas cuando él comenzó a hacerle cosquillas bajo las axilas hasta que ella se tumbó sobre las hojas, riendo a más no poder, y entonces se apoderó de sus labios y fue la pasión lo que vino a ocupar el lugar de las risas.

Lupita se apartó ligeramente de él, incapaz de dejarse llevar por los besos, a pesar del intenso deseo que tenía de hacerlo.

—No puedo...

—Ya lo hemos hecho antes —le recordó él, besando cada uno de los dedos de sus manos, de las que todavía la mantenía sujeta.

—No es eso... —Ella suspiró y lo miró a los ojos—. No puedo amarte, Chad. Sabes que no puedo.

—Sí puedes. Lo haces ahora mismo, lo veo. Tú eres la única que no parece ser capaz de hacerlo.

Ella negó con la cabeza, posando una mano sobre su mejilla. Él se inclinó y besó su palma.

—No quiero herirte.

—Tú nunca harías eso.

—El amor duele...

—El dolor vale la pena en ocasiones.

—A veces el dolor es demasiado grande como para superarlo. Te da miedo volver a amar si eres consciente de lo mucho que te dolerá el volver a sentirte sola.

—Yo no voy a dejarte, Lupita.

—Ahanu me dejó. La muerte se lo llevó y no hubo nada que él pudiera hacer para evitarlo. —Acarició su rostro con suma ternura—. Ni tú tampoco.

—Yo nunca te dejaré —le aseguró Chad, tomando su rostro entre sus dos manos y obligándola a verlo a la cara—. No importa lo que pase, grábatelo bien en la cabeza: yo nunca te dejaré, ¿me has entendido?

Lupita sonrió, negando lentamente con la cabeza.

—No existe una sola persona en el mundo que sea capaz de hacer esa promesa, Chad.

—Tal vez no, pero es claro que es miedo lo que tienes. Ahanu se fue, pero yo no lo haré, Lupita. No moriré. No me iré de tu lado. No tienes nada que temer. Ábreme tu corazón, amor mío.

—¿No lo entiendes, Chad?

Hubiera deseado decirle: «El problema es que ya estás dentro de él y no puedo sacarte», pero no pudo pronunciar esas palabras. En su lugar, solo dijo:

—Yo no puedo amar a nadie. —«Pero te amo a pesar de todo», pensó.

Chad le dirigió una sonrisa triste.

—Algún día te darás cuenta de que eres capaz. —Él acarició su rostro—. De que ya lo haces, y no me detendré hasta haber conseguido que llegue ese día, Lupita.

Ella se puso de pie con la intención de mantener distancia con él. De no hacerlo, estaba segura de que terminaría en sus brazos una vez más.

—No pierdas tu tiempo conmigo, Chad. No cambiaré de opinión.

—Es mi tiempo, al fin y al cabo yo decido qué hacer con él. —Chad le dirigió una mirada tan intensa que, por un momento, Lupita se sintió desnuda ante él. Como si Chad fuese capaz de ver hasta el último rincón de su alma y saber con certeza lo que ella intentaba ocultar—. Y centrarlo en ti puede ser muchas cosas, pero nunca una forma de perderlo.

Capítulo 28

—Lupita, trae la canela de la despensa —le pidió la abuela Lupe dando vueltas a una olla que hervía en el fogón.

—Te he dejado un puñado molido en el platito a tu lado, abuela.

—Ya se acabó, necesito más.

—Bien, ya voy. —Lupita bajó el cuchillo con el que picaba los rábanos y se dirigió a la despensa, limpiándose las manos en el delantal.

La Navidad había llegado demasiado rápido ese año, al menos eso le había parecido. Tenían la Nochebuena encima, Danielle y su padre vendrían a cenar con ellos en unas pocas horas, además de Chad y su familia. La cocina era un caos y, como iban las cosas, apenas tendría tiempo de tomar un baño y lavarse el cabello. Esa noche quería lucir hermosa para... Para ella misma —se recordó, apartando la imagen de Chad de su mente—. En la Nochebuena una mujer debía lucir de la mejor forma posible, no como un espantapájaros cubierto de sudor y harina.

La puerta trasera de la cocina se abrió en ese momento, y Chad entró por esta, igual que una aparición invocada por su traicionera mente.

—Buenos días, Lupita —la saludó cortésmente, quitándose el sombrero de vaquero.

—Buenos días —contestó ella, actuando lo más cortante que pudo.

Desde el percance con el vinagrillo, como nombró su abuela a aquel infernal bicho horrible que los hizo huir como locos atolondrados, Lupita había intentado mantenerse apartada de Chad. Se dirigió a la despensa sin siquiera voltear a verlo, pero Chad se encargó de que lo mirara, tal como había estado haciendo todo ese tiempo.

Se colocó delante de ella, estorbándola a cada paso que ella intentaba dar.

—¿Bailamos? —le preguntó él con una media sonrisa al notar la exasperación en su rostro.

—Chad, ya tienes bastantes parejas de baile. No te hace falta otra chica. —Bufó ella, posando una palma sobre su brazo para dejarlo quieto mientras lo rodeaba para pasar. Pero él estrechó su mano, impidiéndole marchar, acariciando sus nudillos con una suavidad abrumadora que la hizo estremecer.

—Si aceptas ser mi pareja de baile, te dedicaré toda la noche, Morenita. Solo a ti. —Apretó sus labios contra su mano en un suave beso. Lupita sintió como si una corriente eléctrica corriera desde sus dedos hasta expandirse por todo su cuerpo—. Si me aceptas, te dedicaré toda la vida.

—Nadie puede bailar toda la vida. —Ella se apartó—. Es ridículo.

—Podríamos hacer otras cosas. —Sonrió, arqueando las cejas de forma pícaro.

—Mi abuela está a unos pocos pasos de ti, ¿no te preocupa que pueda oír tus tonterías lisonjeras? —Ella lo apartó de un empujón cuando se interpuso en su paso una vez más, y se dirigió a la despensa.

—Buena idea, aquí podremos estar a solas. —Él la siguió y Lupita le dedicó una mirada hosca.

—¿Es que no tienes trabajo que hacer?

—He terminado con todo, pensé que podría darte una mano. Se ve que tienen mucho por delante aquí.

—¿Pretendes ayudarme a cocinar? —Ella se rio.

—No soy tan buen cocinero como tú o tu abuela, pero puedo hacer algo. Tal vez pelar patatas o limpiar verduras. —Se encogió de hombros—. Incluso fregar ollas, se me da bien.

—En ese caso, quizá nos puedas ayudar. —Ella sonrió, alzándose de puntitas para coger el frasco de canela arriba de la alacena—. Siempre hacen falta buenos lavaplatos.

Lupita lanzó un bufido cuando no consiguió alcanzar el frasco, demasiado alto para ella, y se volvió con la intención de coger el banquillo guardado en una esquina de la habitación.

—Excelente, me encanta poder ayudar a mis anfitriones. —Chad se acercó y tomó el frasco con la misma facilidad con la que cogería su sombrero del perchero—. Sin mencionar que puedo pasar más tiempo a tu lado. —Se inclinó y la besó fugazmente en los labios antes de colocar el frasco con canela entre sus manos.

Lupita no tuvo tiempo de replicar, él ya había salido de la alacena sin darle la oportunidad de decir nada al respecto. Una vez más se encontró sonriendo como una completa idiota.

—Ya basta, Guadalupe, no seas estúpida. No puedes amarlo, ¡no puedes amarlo! —se reprendió, dándose una pequeña bofetada en la mejilla, al mismo tiempo que respiraba hondo con la intención de desaparecer el rubor que sentía arder en sus mejillas. Aunque sabía que sería inútil, como siempre.

Lupita había intentado mantener distancia con Chad, lo ignoraba en lo posible, y en lo demás intentaba mostrarse enfadada con él. Sin embargo, Chad no parecía desistir, al menos no abiertamente. Se mostraba cortés con ella frente a sus padres, pero no perdía oportunidad para buscar algún acercamiento cuando se quedaban a solas: un roce, una caricia, un beso robado...

Lupita encontraba ramos de flores silvestres al pie de su ventana cada noche y uno nuevo al amanecer. Ella aparentaba que aquello le molestaba, pero una vez que cerraba las cortinas y se quedaba a solas en su habitación, sonreía con las flores entre sus manos y las ponía en agua, de manera que pudiera verlas durante el resto del día y sonreír completamente embelesada cada vez que él la veía de pasada.

Porque era así como se sentía cuando pensaba en Chad Collin, como si ya hubiera perdido el corazón, y poco le faltaba para perder la cordura.

Pero no se podía permitir aquello. ¿Qué hacer cuando el corazón es enemigo de la razón?

Se había propuesto no darle esperanzas a Chad, hacerlo desistir, obligarlo a dejar de quererla y buscar a otra mujer. Sin embargo era él quien iba ganando la batalla; era él quien le robaba suspiros y besos. Anhelaba el siguiente encuentro tanto como deseaba evitarlo.

Su madre la descubrió, en una ocasión, olisqueando una hermosa rosa que Chad había dejado esa mañana en su ventana, y volvió al ataque. No había dejado de insistir con respecto a su matrimonio con Chad, pero, a partir de ese momento, se convirtió en un tormento. No le daba descanso, sus chácharas comenzaban a sacarla de quicio y, de no haber sido tan terca ni tan cristiana, habría terminado cediendo o haciéndole algo realmente malo a su madre. No matarla, pero sí callarla. Sabía que su abuela tenía una pócima que podía silenciar a una persona por días enteros. A pesar de lo tentadora que era la idea, decidió dejarla de lado y soportar el martirio de Calita. Entendía que ella deseara que se desposara, había sido desflorada, como ella lo llamaba, y era el deber de Chad cumplir con su obligación como caballero y tomarla como esposa, pues ningún otro hombre la querría. Ya que su madre no podía enojarse con él, pues Chad estaba más que dispuesto a cumplir, Calita descargaba toda su furia contra ella, la hija mal encaminada que no cedía al deber de una buena dama de familia respetable, que anteponía su orgullo a la honra de la familia y a la que no le importaba llevarse por el lodo el buen nombre de su padre.

Una hora más tarde, Lupita apartó la última olla del fogón y sonrió de gusto. Habían terminado con los guisados. Tenía que admitir que lo consiguieron gracias a la ayuda de Chad, quien, para su sorpresa, demostró ser un cocinero bastante hábil.

Él no paró en toda la mañana, manteniendo el ritmo de ella y de su abuela sin quejarse. Picó varias cebollas derramando menos lágrimas de las que había visto en cualquier otro hombre, ayudó a la abuela Lupe a machacar las nueces y batió las claras hasta conseguir el punto de nieve.

Después de que Chad se marchó de vuelta a los campos para guardar el ganado, Lupita corrió a tomar un baño rápido y untarse las cremas que su abuela le dio para el cabello.

Una vez listo su peinado, Lupita se vistió con un hermoso traje rojo, regalo de su madre, y se calzó unas elegantes zapatillas adornada con rosas rojas bordadas.

Al dar el visto bueno frente al espejo, corrió a buscar el violín de su padre, pues le había prometido a su madre tocar durante la velada. No tenía forma de reponer su antiguo violín. Una lástima, realmente le tenía mucho cariño a ese viejo violín y tocar uno diferente no sería lo mismo.

Escuchó ruido proveniente del piso inferior y se dio prisa en salir de la habitación de sus padres; los invitados deberían estar llegando y había prometido a su madre ayudarle a servir los aperitivos.

Se dirigió a toda velocidad hacia las escaleras y a poco estuvo de darse de bruces con Chad, quien iba subiendo en ese momento. Él, de pie tres escalones más abajo, no desaprovechó el momento de tener su rostro a su misma altura y la besó.

—Feliz Navidad para ti también. —Ella se encontró riendo entre sus brazos, tomada por sorpresa en ese repentino abrazo, manteniendo el estuche con el violín en una mano mientras que con la otra se aferraba al cuello de Chad.

—Te ves hermosa esta noche —le dijo, antes de volver a besarla—. Aunque en ti no es una novedad, mi agraciada Morenita. Eres la mujer más hermosa que ha pisado esta tierra.

—Creía haber entendido que conocías otras mujeres tan bellas como yo.

—Bellas, sin duda —asintió—, mas ninguna tan hermosa como tú.

Ella sonrió, embriagada por el calor de su cuerpo, su aroma se mezclaba con las fragancias de las flores con las que ella se había adornado el cabello, la tibia humedad de sus labios al posarlos sobre los suyos.

Y entonces la voz de la razón hizo mella entre los latidos apurados de su corazón, rogándole que se dejara llevar por esos brazos fuertes y musculosos que con tanta ansia y delicadeza la estrechaban contra su cuerpo.

—No... —musitó, recordando su decisión. Debía dejarle a Chad el camino libre, permitirle amar a otra—, no es correcto.

—Entonces cástate conmigo y hagamos esto de forma correcta.

—No. —Ella se apartó, dirigiéndole una mirada que intentaba ser dura, pero que estaba llena de tristeza—. Sabes que no puedo, que no lo haré —se corrigió.

—Lupita...

—Es mejor que bajemos de una vez. —Ella se esforzó por esbozar una sonrisa, a pesar de que se sentía a punto de desfallecer de dolor al notar la expresión de Chad.

—Como desees. —Él se apartó para dejarla pasar.

Lupita bajó las escaleras evitando mirarlo a la cara. No podría afrontar su mirada una vez más, no poseía las fuerzas necesarias para hacerlo.

«Si tan solo pudiera amarte...», pensó una vez más, tragándose el nudo que sentía en la garganta que le impedía hablar. Prácticamente le impedía respirar.

Alex la recibió al pie de las escaleras sonriendo de oreja a oreja, contento de verla. Su sonrisa hizo desaparecer una parte de la nube oscura que se había cernido sobre ella.

Chad bajó tras ella y se reunió con su familia e invitados en el salón principal. Todos estaban muy entusiasmados y contentos; todos excepto Lupita y Chad, quienes, sentados en extremos opuestos del salón, se evitaban mutuamente.

Un hueco punzó hondo en el pecho de Lupita cuando notó que Chad no sonreía, como era habitual en él. Ni siquiera los alegres comentarios de su abuela, que siempre conseguían sacarle sonrisas, lograron hacerlo cambiar de humor.

Cenaron los tradicionales platillos que se había pasado la mañana entera preparando con ayuda de su abuela, su madre y Chad. Los invitados alabaron su comida, incluso su padre, que solía ser bastante exigente, mencionó que el mole con pollo que ella había hecho era el mejor que había probado en su vida. Sin embargo, a pesar de que agradeció con sonrisas y comentarios agradables, a Lupita la comida le sabía a cenizas en la boca.

Chad apenas había probado bocado y su plato estaba prácticamente intacto cuando ella lo retiró de la mesa.

Al terminar de comer, se dirigieron al patio trasero de la casa, aquel que comunicaba con los terrenos de El Janto. Habían abierto las puertas de la terraza para permitir entrar el fresco, y su madre había colocado mesas con manteles decorados con flores rojas y motivos navideños donde varios platones repletos de dulces caseros reposaban, alumbrados bajo la luz de las linternas.

Las familias del rancho tenían por tradición pasar a la casa grande cantando villancicos al acercarse la medianoche, y su madre solía recibirlos con esos regalos. Juntos tocaban varias melodías navideñas y, al sonar las doce, rezaban una plegaria y arrullaban al niño Jesús.

Su madre había armado un hermoso nacimiento con figuras de cerámica que ella misma había hecho y pintado, un trabajo laborioso y bellísimo cuyo detalle no pasaba desapercibido ni para el visitante menos observador.

La gente se fue agrupando alrededor del nacimiento, deseándose felices fiestas a medida que iban llegando.

Pronto, las familias del rancho estuvieron juntas en torno a la terraza para recibir los dulces de parte de doña Calita y la abuela Lupe, y se pusieron a cantar.

Lupita se sentó en una silla junto a Alex, y comenzó a tocar el violín. Danielle, a su lado, tocaba la guitarra y Joe, su padre, un arpa. Sus amigos Juan y Luis habían acudido también, uno hacía sonar las matracas y el otro una marimba.

Uno de los niños del pueblo, Pablito, fue el encargado de colocar la figurita del niño Jesús en el nacimiento. La gente aplaudió, contenta, y la voz se Lupita se alzó entre la gente que se unió a ella en un cántico religioso muy hermoso. Una vez terminados los rezos y arrullado el niño Jesús, la fiesta comenzó.

El grupo se reunió a bailar, y pronto el silencio de la noche fue bañado de risas y conversaciones alegres acompañadas de la música festiva. La comida se distribuyó entre los presentes, y pronto el ambiente estuvo colmado de pláticas alegres y correteos de niños.

Realizaron varias danzas típicas del lugar, hombres y mujeres ataviados de blanco se movían con habilidad sobre una tabla. Lupita observaba entretenida el zapateo de los bailarines, las mujeres ondulaban sus hermosas faldas blancas y los hombres, galantes, se movían en torno a ellas.

—¿Quieres bailar? —Escuchó la familiar voz de Chad a su lado.

Ni siquiera se sobresaltó, ya estaba acostumbrada a que él apareciera de la nada.

Sin embargo, soltó una exclamación al notar que no era a ella a quien le pedía un baile, sino a Danielle, sentada a su lado.

—Qué galante, no has olvidado tu promesa de invitarme a bailar este día —contestó Danielle, antes de volverse hacia su madre, para entregarle la guitarra.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Chad a Lupita con toda caballerosidad, notando que se había puesto muy pálida.

Ella se volvió y se sorprendió cuando se topó con unos ojos fríos como el hielo que le regresaban la mirada, sin dejar entrever ni una pizca del calor que se solía encontrar en ellos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Danielle, quien volvía en ese momento.

—Creo que Lupita se ha puesto enferma —contestó Chad.

—¿Es en serio? —Danielle arqueó una ceja—. Pero si estabas bien hace un minuto.

—Sí... yo, este... Creo que me picó una abeja —contestó Lupita, algo molesta por verse acorralada.

—Si es medianoche... —Danielle frunció el ceño—. No hay abejas a esta hora.

—Pues debió ser una fugitiva —refunfuñó Lupita, poniéndose de pie, ya muy molesta.

—En ese caso, sería mejor que te fueras a poner una de las pomadas de tu abuela —Danielle le contestó, levantándose a su vez y tomando la mano de Chad—. Vamos, me encantará bailar contigo.

Lupita no se quedó a ver cómo ambos se unían al grupo de bailarines, del que ya formaban parte Alex, su madre y su padre, y varias de las chicas del pueblo.

Chad tenía muchas mujeres entre las que escoger, pero tuvo que sacar precisamente a la que tenía a su lado, a su mejor amiga. No, no debía molestarse. Eso era lo que ella quería. Chad debía amar a otra, dejarla ir, olvidarse de ella.

¿Entonces por qué le dolía tanto? ¿Por qué los ojos se le llenaron de lágrimas cuando lo vio riendo al lado de Danielle, abrazándola como solo solía abrazarla a ella?

Sintió un ramalazo de rabia y corrió dentro de la casa, lejos de los ojos de cualquiera que pudiera verla llorar. Ella no lloraba. Era fuerte. Pero, entonces, ¿por qué se sentía tan idiota, tan débil, tan destrozada?

Se secó las lágrimas con rabia, con el pañuelo que llevaba oculto bajo la manga, y se dejó caer en uno de los sofás del salón, observando el pequeño árbol navideño de la estancia.

Chad se había empeinado en colocar uno, al parecer era tradición de donde él venía y Alex los adoraba. Habían armado uno en su cabaña, pero él quiso darle uno a ella también.

Un detalle hermoso, como tantos que él le había dado desde que se conocieron. Sintió el sabor de las lágrimas en los labios y se obligó a apartar la mirada. No quería llorar. No debía llorar. Eso era lo mejor, lo que ella había esperado que él hiciera, lo que ella deseaba que sucediera. Lo contrario habría sido egoísta. Y ella podría ser muchas cosas, pero no egoísta. Era lo que Ahanu siempre le decía.

«Ahanu, concéntrate en Ahanu», se obligó a pensar, cerrando los ojos con fuerza en un intento de centrar sus ideas en un solo objetivo. «Lo haces por él. Es a él a quien amas. Solo a él». Sin embargo, era el rostro de Chad el que veía bajo sus párpados.

Escuchó la puerta abrirse y voces en el corredor. Su abuela había entrado en busca de más bebidas para los invitados y Lee le ayudaba a llevar las bandejas.

Intentó parecer serena, pero ninguno notó su presencia al pasar por el pasillo.

—Tenías razón —la voz de Chad a su lado la sobresaltó. Ni siquiera lo había visto llegar, atenta a las personas del pasillo—, ese violín no es el adecuado para ti.

Lupita tragó saliva, observándolo rodear el sofá para acercarse a ella. Esa misma mañana había

discutido con su madre, pues se negaba a tocar en la fiesta sin su antiguo violín, su madre había insistido en que utilizara el de su padre y no pudo negarse.

Al parecer, el único que no había hecho oídos sordos a sus palabras había sido Chad. Una sonrisa ligera curvó sus labios. Chad parecía ser el único que la escuchaba últimamente. El único con el que podía abrirse completamente y compartir sus confidencias, el único que le prestaba oídos para lo que fuera, incluso si se trataba de una queja estúpida de chiquilla sobre las cuerdas y el cariño que sentía por un viejo y desgastado violín.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó, observándolo tomar asiento en la mesita de café frente a ella—. Suponía que te estabas divirtiendo bailando con Danielle.

Se calló al notar que había hablado de más. Con quien él bailara no era de su incumbencia, o al menos es lo que él debía creer.

Chad hizo caso omiso de sus palabras y se acercó al árbol de Navidad que ella había estado observando hacía un momento. Sacó una caja envuelta que ella no había visto hasta ese momento.

—De donde vengo, los obsequios suelen abrirse durante la mañana de Navidad, pero supongo que esto te será más útil ahora —le dijo, abriendo la tapa de la caja y extrayendo del interior un precioso violín nuevo.

—¿Es para mí? —Lupita se había quedado sin palabras cuando él lo puso sobre su regazo, después de haber intentado en vano que ella lo cogiera con las manos. Lupita estaba tan estupefacta que ni siquiera podía moverse.

—¿Para quién, si no? —Chad sonrió, contento de verla tan sorprendida.

—Pero... esto debió costarte una fortuna.

—Ninguna fortuna es equiparable al valor que tiene para mí ver tu sonrisa.

Lupita lo miró, sintiendo que los ojos se le llenaban de lágrimas, esta vez de alegría.

—Chad, no puedo aceptarlo... Tú necesitas este dinero, es demasiado...

—Eso no importa, sabía cuánto te gustaba tu violín y pensé que necesitarías uno nuevo. —Él tomó su mano y la posó sobre la madera fina, rozando la tensión de las cuerdas hasta llegar a las manivelas—. Sé cuán apegados llegan a ser algunos músicos a sus instrumentos.

—Pero... pero... —Lupita tartamudeó, sin saber qué decir.

—Es un regalo, Lupita, un regalo de Navidad. Así que ni siquiera se te ocurra pensar en rechazarlo. Los regalos de Navidad se deben aceptar, es obligatorio.

—¿Quién lo dice? —Ella sonrió al fin.

—Está escrito en letra pequeña en el contrato de la Navidad. No tengo una copia ahora mismo, así que deberás fiarte de mi palabra.

Ella rio con ganas y, antes de detenerse a pensarlo, lo estaba abrazando.

—Gracias, Chad... Esto es lo más maravilloso que nadie ha hecho por mí. Yo no sé cómo... No tengo nada para ti. —Se volvió hacia el árbol, ruborizada.

—No esperaba nada a cambio, amor mío... Es decir, Lupita —se corrigió, y por primera vez ella sintió que la angustia le robaba el aire al notar que él tomaba ese camino. ¿Es que se rendiría

al fin? Si era así, sería lo mejor. ¿O no?

—Este es un regalo demasiado grande como para aceptarlo sin retribución alguna. ¿Dónde quedaría mi orgullo de Lobos si no diera a mi gran benefactor aunque sea una muestra de mi gratitud?

Por un momento pensó que volvería a pedirle matrimonio, mas no fue así. Sus palabras sonaron casi frías cuando él habló en un tono caballeroso y cortés, sin ningún atisbo de calidez.

—Me honraría recibir un beso, si es que eso no te molesta.

—¿Un beso? —preguntó ella, casi con decepción—. ¿Solo un beso?

—No hay tesoro máspreciado o valioso que pudiera recibir de ti. A menos...

—¿A menos qué? —Ella se inclinó, las puntas de sus pies rozaron las de sus botas, pero no se movió, ni él.

Él la miró con un anhelo casi palpable, extendió la mano y acarició su cabello, acunando sus mechones azabaches entre sus dedos.

—Nada. —Sonrió de esa forma desenfadada que a ella tanto le molestaba. Sintió ganas de gritar.

—Bien, un beso será —contestó, siguiéndole la corriente. No quería dejarse ver, ni demostrar lo que realmente sentía, el mar embravecido que eran sus emociones en ese mismo instante.

Se inclinó hacia delante y cerró los ojos. Percibió los labios de él sobre los suyos casi al instante, tan fugaces que debió abrir los ojos para asegurarse de que no se lo había imaginado.

—La deuda ha quedado saldada, no me debe nada ahora, señorita Lobos. —Chad le hizo una elegante inclinación de cabeza antes de alejarse de ella—. Por favor, no tarde en acompañarnos al festejo. La gente adora el sonido de las cuerdas de su violín y su maestría.

Lupita se quedó sin habla al verlo desaparecer tras la puerta que conducía a la terraza. Observó sin ánimo el violín que había quedado rezagado en un lado del sofá, todavía envuelto en su elegante estuche de terciopelo.

¿Qué es lo que había hecho...?

—Él realmente te ama.

Lupita se sobresaltó tanto que por poco tropieza con la mesita de café, a su espalda.

—¡Joe! —gritó, sorprendida al encontrarlo de pie junto a la puerta, tras el sofá donde ella había estado sentada—. ¿Qué estás...? ¿Cuánto tiempo llevas allí?

—Ahanu era mi hijo, lo conocí bien —dijo él, sin contestar a ninguna de sus preguntas—, él hubiera preferido que nunca lo amaras de haber sabido que te condenarías a una vida de infelicidad.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando?

—Sé lo que estás haciendo, Lupita. Tienes a tu familia preocupada, Danielle está furiosa contigo por intentar hacer que ese chico se fije en otra, e incluso se ha impuesto la tarea de bailar toda la noche con él con tal de evitar que otras chicas le pongan el ojo encima.

—¿Ah sí? —Lupita abrió los ojos como platos. Nunca hubiera considerado eso de Danielle.

—Deja de hacerlo —le ordenó él con voz rotunda—. Vas a perderlo para siempre, ¿es eso lo que quieres? Porque te aseguro que mi hijo se mataría de nuevo antes de permitir que tú le hicieras un templo construido a base de lágrimas amargas y soledad.

—Ahanu... —Ella tragó, sintiendo un nudo en la garganta—. Tú no puedes saber lo que él habría pensado. Yo lo conocí bien, lo amaba e íbamos a casarnos. Le juré...

—Ahanu adoraba verte reír, no llorar. —Joe se acercó a ella y posó ambas manos en sus hombros, obligándola a verlo a los ojos. Él tenía ojos tan negros como los de Ahanu y, por un momento, fue como ver al muchacho una vez más, era como si él le estuviera hablando otra vez—. Nunca llorar, y mucho menos por él.

Lupita agachó la cabeza, incapaz de continuar viendo esos ojos por más tiempo.

—Mi hijo no podrá descansar en paz hasta saber que tú eres feliz, Lupita —continuó Joe, hablando en un tono un poco más suave—. Hasta que hayas dejado el dolor atrás y decidas volver a ser feliz. —Posó una mano sobre su rostro, secando una lágrima escurridiza que ella no había notado antes—. Si quieres honrar a mi hijo, sé feliz el resto de tu vida con el hombre al que ames.

Notó por el rabillo del ojo que Chad se dirigía hacia los campos. Solo y pensativo.

Sintió el impulso de seguirlo, abrazarlo y rogarle que la perdonara por ser tan cabezota, por ser una idiota al rechazar sus promesas de amor, pero se contuvo. No podía romper sus votos, no podía faltar a la promesa de amor que le había hecho a Ahanu. Era a él a quien amaba. A quien regresaría cuando dejara su cuerpo terrenal y sus almas se volvieran a reunir en otro mundo. ¿Qué explicación le daría si llegaba a él después de haber pasado una vida amando a otro hombre? Porque amaba a Chad, era cierto... Pero antes amó a Ahanu.

No era necesario que los dos pasaran la vida con el corazón roto. Chad apenas la conocía, podía amar a otra. ¡No! No quería eso. No quería dejarlo ir para siempre. No quería pasarse la vida amargada y sola, no quería... No quería perder a Chad.

—Hazlo —le dijo Joe, adivinando lo que pasaba por su mente cuando sus ojos se alzaron y se fijaron en los suyos.

Lupita sonrió, las lágrimas corrían por sus mejillas, pero esta vez no sabían a sal, sino a esperanza.

Lo besó fugazmente en la mejilla y partió a la carrera rumbo a los jardines, siguiendo la huella del paso de Chad.

Lo encontró a orillas del lago, cerca de la cabaña que antaño había pertenecido a sus abuelos.

—¡Chad! —gritó, corriendo tan rápido como le permitieron las piernas.

Él se volvió, sorprendido de verla allí. Sus ojos resplandecían de forma casi antinatural reflejados por la luz de la luna cuando se posaron en ella.

Lupita no se detuvo cuando él lo hizo, en lugar de eso, se lanzó a sus brazos y lo besó. Chad no dudó en responder, la estrechó contra su cuerpo y le devolvió el beso con pasión.

—¿Qué... qué estás haciendo aquí? —le preguntó casi sin aliento, cuando al fin consiguió apartar lo suficiente los labios de los de ella para hablar.

—No podía dejarte ir. Tengo que decirte algo.

—Ya me diste las gracias por el violín y si sigues besándome tendré que comprarte un chelo, un piano y tal vez un acordeón.

Ella rio, y su risa le sonó como melodía de ángeles sobre sus labios, coreada por los susurros de las hojas de los oscuros árboles de ese bosque solitario.

—Sin embargo, por más que me sienta extasiado por tus obsequios de Navidad, querida mía, me temo que la noche es fría y no llevas abrigo alguno. Debemos volver a la casa.

—Te amo —dijo ella en un susurro tan bajo que él apenas lo escuchó.

La sonrisa se desvaneció de sus labios, y el azul de sus ojos, casi negro en la penumbra del bosque, se llenó de luz.

—Te amo, Chad —repitió Lupita, esta vez lo suficientemente fuerte como para que él la escuchara con claridad.

—Y yo te amo a ti, mi hermosa Morenita. —Chad se inclinó y la besó. Y ella se entregó completamente.

Capítulo 29

—Deberíamos regresar a la fiesta —comentó Chad, temiendo que ella pudiera enfermarse. No hacía frío precisamente, al menos no para él, acostumbrado a climas de temperatura más baja, pero ella había crecido en esa zona cálida y no llevaba ningún abrigo por encima del vestido.

—No quiero regresar, quiero quedarme contigo. —Sus ojos brillantes de pasión se fijaron en los suyos—. Quiero que estemos juntos, como en la cueva.

Entraron a la cabaña entre besos y caricias. Lupita lo abrazaba por el cuello mientras él luchaba por encontrar el camino hasta la cama, ladeándose de paso en paso, luchando contra la maleza crecida entre los tablones viejos del piso. Lanzó un grito cuando se toparon con un armadillo escondido entre la maleza al que por poco termina pisando en su carrera desenfrenada, pero el animal lo esquivó a tiempo y Lupita recuperó una vez más sus labios, deseosa de no perder ni un instante de ese momento de entrega.

—¿No te asustan los armadillos, verdad, mi valiente vaquero? —le preguntó ella, ayudándolo a desabotonarse la camisa.

—En absoluto, y aunque ahora nos viniera a atormentar con una cola venenosa, lo echaría a palos. Nadie evitará que te haga el amor aquí esta noche, amada mía. —La besó con pasión, tumbándola sobre la cama.

La mullida cama era vieja, pero todavía servía. Lupita rio cuando una nube de polvo los cubrió, pero ni siquiera entonces detuvo el licencioso movimiento de sus manos al quitarle de encima la camisa.

—Te amo —le dijo ella, pasando los dedos por sus pectorales con tanta lentitud que él no se decidía si aquello era placentero o una tortura.

—Dilo otra vez. —Chad se acercó más a ella, recostándose sobre su cuerpo, de modo que ella no tuviera ningún tipo de escapatoria.

—Te amo —repitió Lupita, enredando los dedos en sus rizos dorados y atrayéndolo hacia sus labios.

Él la besó con pasión al mismo tiempo que sus manos trazaban las curvas de su cuerpo con avidez, desnudándola tan rápido como le permitían sus hábiles dedos.

Lupita gimió cuando él se recostó encima de ella, deleitándose con el tacto del cuerpo de Chad. Su calor la envolvía, al igual que su aroma, el olor de Chad la volvía loca.

—Te amo —dijo con voz suave, como si no se cansara de decirlo.

—Y yo a ti, mi hermosa Morenita. —Chad se apoderó de sus labios en un beso desbordado de pasión y la penetró con avidez, deseoso de sentir la húmeda calidez de su interior rodeando su miembro.

Lupita se estremeció bajo su abrazo, envolviéndole las caderas con las piernas al tiempo que se arqueaba contra su cuerpo.

—¿Te casarás conmigo? —le preguntó él contra los labios, besándola entre cada palabra, moviéndose en su interior con una lentitud abrumadora.

—Chad... —Lupita no era capaz de pensar, estremeciéndose en cada movimiento de él en su interior.

—Es solo una palabra lo que necesitas. —Se movió con vehemencia en su interior, haciéndola gemir.

—Lo pensaré —chilló cuando él la embistió con fuerza, arrancándole una oleada de placer.

Y entonces, sencillamente salió de ella.

—No te daré satisfacción hasta que digas que sí.

—Oh, Chad... —Lupita se sentía muy vacía de pronto.

—Solo dilo, Lupita, di que sí... —Él la penetró de nuevo y se movió en su interior, arrancándole gemidos de placer con cada embestida.

—Me estás volviendo loca —Lupita le reclamó, sintiendo que las oleadas de gozo inundaban su cuerpo. Entonces Chad se salió de su cuerpo una vez más.

—¿Qué vas a contestar a mi pregunta, amor mío? —le preguntó con una sonrisa sesgada, sabiendo lo que aquello estaba provocando.

—¿Deseas torturarme?

—Sí, y no cejaré hasta que contestes a lo que te estoy preguntando. —Chad la penetró una vez más, con tanto ímpetu que ella lanzó un grito.

—¡Chad!

—¿Tienes algo que decirme, mi amor? —Chad se movió con avidez en su interior, liberando un torrente de placer que ella no creía posible.

—¡Sí! —gritó Lupita, aferrándose a él con brazos y piernas cuando el clímax la alcanzó con una fuerza descomunal de goce que jamás creyó fuera posible—. ¡Sí! ¡Sí! ¡Me casaré contigo!

Chad se liberó en su interior, soltando un gruñido sordo al tiempo que él también alcanzaba el punto máximo de placer, enterrándose en lo más hondo de su ser.

Chad se dejó caer a un lado de la cama y la abrazó, al tiempo que una lánguida sonrisa curvaba sus labios.

—Esta, sin duda, es la mejor Navidad de mi vida, amor —le dijo en un susurro, acariciando con suma ternura su cabello—. Me has dado el mejor regalo.

Lupita se inclinó para mirarlo a los ojos, mientras jugueteaba con los vellos rubios de su pecho con los dedos.

—No, has sido tú quien me lo ha dado. Me has abierto los ojos a una nueva vida que ni siquiera esperaba que pudiera llegar. Te amo, Chad, y no puedo esperar para ser tu esposa.

—En ese caso, no esperemos, mi Morenita. Mañana mismo nos casaremos. —Él ahuecó una mano en su mejilla, en un gesto lleno de amor—. No puedo esperar a llamarte «mi amada esposa» ante el mundo entero.

—Ni yo tampoco —contestó Lupita con una sonrisa sincera en los labios.

Porque era verdad, lo deseaba con todo su corazón.

—Y ya que estamos aquí, ¿te gustaría disfrutar de este momento con mayor entrega? —Él arqueó una ceja de forma pícaro, inclinándose sobre ella y posando una mano sobre uno de sus pechos.

Lupita sonrió, rodeándole la cadera con las piernas y atrayéndolo hacia ella.

—Esperaba que lo sugirieras. —Sonrió, enredó los dedos en esos rizos que tanto amaba y se inclinó para besarlos una vez más. Chad no se hizo esperar y se entregó una vez más con la pasión que tiene una pareja al descubrir el placer que el amor sincero puede otorgar.

Capítulo 30

Lupita, sentada en la cama, observaba los rayos de luna que entraban por la ventana con una sonrisa. Se sentía feliz, como no había estado en mucho tiempo.

—Lo amo, Ahanu —dijo en voz baja, observando fijamente la luna—. Lo amo con todo mi corazón.

A su lado Chad se movió en sueños. Su ceño se encontraba fruncido y murmuraba sílabas incoherentes.

—Chad... —Ella lo meció por el hombro con suavidad—. Chad, despierta...

Él abrió con lentitud los ojos y los enfocó en ella, algo desorientado.

—Tenías una pesadilla. —Lupita le sonrió y se inclinó para besarle en los labios.

—Lo siento. —Él se sentó a su lado y se pasó ambas manos por el rostro, despabilándose—. No sé cómo pude quedarme dormido.

—Está bien. —Lupita sonrió de forma pícaro y le acarició el cabello—. Al parecer, te dejo agotado.

—Eso no quiere decir que no tenga fuerza para una ronda más. —Él la abrazó y la atrajo contra su cuerpo para besarla.

—Aunque me encantaría quedarme aquí contigo toda la noche, creo que debo volver a casa antes de que alguien note que me he marchado.

—¿Cómo no pude pensar en eso antes? —Chad se puso de pie de un salto—. Han de estar pensando que te secuestraron de nuevo o...

—Está bien, tranquilo. Aún hay gente en la fiesta, y por la manera alegre en que se escuchan las voces, estoy segura de que no han notado nuestra ausencia. —Ella se acercó y lo abrazó—. Y mi padre debe ser el anfitrión más contento esta noche.

—¿Cómo lo sabes?

—De lo contrario, ya habría enviado a la caballería a matarte —bromeó, pero al notar la palidez que adoptaba su rostro, añadió—. Era una broma, Chad. No debe sospechar nada.

—No quisiera decirlo, pero sería una buena idea regresar ya —le dijo él, inclinándose para apoyar su frente contra la suya—. Tu padre es un gran hombre, y sin duda lo aprecio, por lo que no me gustaría que me rebanara el cuello antes de haber tenido la oportunidad de pedirle formalmente tu mano. —Él sonrió y la besó.

—Sobre eso...

—¿Qué ocurre? —Retrocedió ligeramente para estudiar su rostro—. ¿Te estás arrepintiendo?

—¡No! No es eso. —Ella lo tomó por los hombros y lo besó una vez más, conmovida por la aflicción que leyó en sus ojos—. No pongas esa cara, me rompes el corazón cada vez que lo haces.

—¿Qué cara? Que yo sepa, esta es la única que tengo —él bromeó, a pesar de que se sentía un tanto bajo de ánimo.

—Me refiero a tu expresión. —Lupita acarició su rostro con suma ternura—. No voy a echarme para atrás, lo prometo. No debes mortificarte.

—¿Es una expresión de mortificación lo que ves en mí? —Él parecía preocupado—. Y yo que asumía que era tan bueno en el póker gracias a mi rostro inexpresivo.

Lupita rio, aunque era claro que él no bromeaba por completo.

—Nadie más podría notar lo —le aseguró, besándolo en la punta de la nariz—. Alguien que te ama de verdad y reconoce tu verdadero sentir, tras los muros que has levantado.

Él posó una mano en su mejilla y sonrió ligeramente, acariciando con suma suavidad su rostro.

—Es increíble que seas real, Lupita —musitó, hablaba en voz tan baja que a ella le costó entenderle—. Soñé tantas veces con encontrar a alguien como tú, que fuera capaz de amarme y conocerme como nadie lo ha hecho jamás.

—¿Eso soñabas? —ella sonrió, encantada.

—Sí, pero nunca se lo he confesado a nadie.

—¿Y si lo menciono alguna vez, tendrás que matarme? —preguntó, juguetona.

—Nunca te haría daño, mi amor. —Él la miró de una forma que borró toda sonrisa de su rostro, nunca nadie la había mirado así, ni siquiera Ahanu. Esa mirada era capaz de encenderle el alma y hacerla vivir para siempre al calor de una llama que hasta entonces le era desconocida: la llama del verdadero amor.

Lupita tomó entre sus manos su mano y besó su palma.

—Gracias.

—¿Por qué me agradeces? —Él sonrió, pero parecía sinceramente confundido.

—Por amarme a pesar de todo. —Se encogió de hombros—. No he sido una mujer fácil, por así decirlo.

—Uno lucha por lo que ama. —Chad esbozó una sonrisa encantadora—. No me pondría una falda por nadie más en este mundo, amor mío.

Ella soltó una carcajada que él coreó, antes de besarla una vez más. Ambos cayeron sobre el colchón y él la miró, extasiado con el millar de estrellas titilantes que eran sus ojos.

—Ahora dime, amor mío, ¿por qué has decidido esperar para dar la noticia a tus padres? Porque es eso lo que me ibas a decir, ¿no es verdad?

—Me conoces demasiado bien —ella asintió y tragó saliva, preocupada por lo que iba a decir a continuación.

—Morenita, no debes preocuparte por lo que tengas que decir. Mientras mantengas tu palabra de convertirte en mi esposa, no habrá nada en este mundo que puedas decirme que me moleste.

Ella sonrió, pasando una mano cariñosa por sus cabellos en una caricia llena de amor.

—No quiero que te molestes, es todo... ni que pienses que te quiero menos.

—Es sobre Ahanu. —Un músculo se tensó en su mandíbula, pero fuera de eso, su rostro no mudó de expresión.

Ella asintió.

—Quiero ir a verlo a su tumba... hablar con él. Quiero ser yo quien se lo diga antes de que... todos se enteren —contó, titubeando como si temiera que cada palabra fuera una puñalada para Chad.

—Suponía que los espíritus se encuentran en todas partes. ¿Tu abuela no habla con ellos en todo momento?

—Ahanu nunca se ha mostrado a mí... Él no me habla —dijo, no sin cierta aspereza y dolor—, pero yo puedo acudir a hablarle. Y el único sitio certero donde sé que podría llegar a oírme es en su tumba... Es algo un tanto estúpido, lo sé, debes creer que estoy loca, pero es importante para mí, Chad.

—Lo entiendo. —Él posó una mano sobre su mejilla y se inclinó para besarla—. Siempre que regreses a mí, no tengo ningún problema en que vayas a rezarle a él o a quien quieras.

—No es necesario que regrese a ti. Siempre que me voy, una parte de mí se queda contigo. — Posó una mano en su pecho—. Y no estoy completa hasta que vuelvo a estar entre tus brazos.

Él sonrió y la besó. Ese beso se transformó en una pasión desbordada y ambos terminaron haciendo el amor una vez más, protegidos por la luz de la luna que bañaba la habitación en penumbras.

Más tarde, Chad acompañó a Lupita hasta el alfeizar de su ventana y la ayudó a entrar en su habitación.

Del otro lado de la casa, la fiesta de Nochebuena continuaba, pero ellos dos habían tenido la mejor Navidad de sus vidas a solas.

A la mañana siguiente, después de que Lupita hiciera su visita a la tumba de Ahanu, ambos anunciarían su matrimonio a sus familias y toda su vida cambiaría para siempre.

Por primera vez, Richard se marchó con una sonrisa en los labios.

Capítulo 31

Lupita miró el cielo oscuro de esa mañana de Navidad. Había partido muy temprano para visitar a Ahanu en su tumba. No quería despertar a nadie, más por temor a que no le permitieran ir sola que por miedo a perturbar su sueño. Gracias al cielo se habían acostado todos en El Janto de madrugada, y por ello no tuvo problema en escabullirse sin ser notada.

Allí, frente a la tumba del hombre al que había amado con todo su corazón, sonreía con lágrimas en los ojos mientras alzaba su nuevo violín.

—Feliz Navidad, amor mío —musitó, comenzando a tocar una lenta y hermosa melodía que ella había compuesto muchos años atrás para Ahanu, el día en el que él le pidió matrimonio.

Había sido una melodía llena de esperanza, pero era una melodía de despedida. Estaba allí para decirle adiós. Poner punto final a su relación y comenzar una nueva vida. Las lágrimas se volvieron tan violentas con este pensamiento, que le fue imposible continuar tocando. Se derrumbó frente a la tumba y se soltó a llorar.

—Siempre voy a amarte —le dijo entre sollozos, acariciando el cuidado césped que crecía en la tumba, sintiendo que, de algún modo, era a él a quien acariciaba—. Lo sabes, ¿no es verdad?

No hubo respuesta, como siempre. Nada que no fuera el sonido de las hojas moviéndose por la brisa de esa mañana.

—Él te agradecería —continuó, sonriendo ligeramente al imaginar el rostro de Ahanu mirándola. Fue muy claro por un momento, como si lo viera sentado frente a ella, escuchando cada una de sus palabras con una sonrisa—. Es un hombre excelente, Ahanu. Un caballero como los de los cuentos que tanto me gustaban de niña. Es amable, tierno, un buen hermano y el mejor amigo que he tenido. Siento que puedo contarle lo que sea y él va a escucharme. Escucharme de verdad, no pretender que lo hace mientras está pensando en otra cosa. Es muy considerado con todos y le agrada a mi familia, incluso a papá, ¿puedes creerlo? —Sonrió—. Nunca imaginé que llegaría a existir otro hombre en la Tierra al que mi padre llamara hijo además de a ti... Pero lo hay, Ahanu. Lo hay... y voy a casarme con él.

A través de las lágrimas que bañaban sus ojos, Lupita vio con claridad el rostro de Ahanu. Sus dientes blancos y perfectos enmarcados por una hermosa sonrisa, contrastando con su piel morena. Bajo los primeros rayos de sol, su cabello azabache brillaba como si poseyera luz propia, alborotado por la brisa matinal.

—Lo amo, Ahanu. —Lupita dijo con una sonrisa suave, sin dejar de mirarlo. Era fruto de su imaginación, lo sabía, pero aun así resultaba fascinante. Nunca desde que se había marchado con la promesa de regresar con su regalo de bodas, lo había visto con tanta claridad—. Deseo convertirme en su esposa más que nada en el mundo y ser feliz a su lado por el resto de mi vida. —Suspiró, estirando una mano hacia la imagen de Ahanu, frente a ella—. Siempre voy a llevarte en mi corazón, Ahanu. Te voy a amar por el resto de mi vida, de eso no tengo duda. Pero tú estás muerto, y a pesar de la promesa que te hice, yo... yo sigo viva, y deseo ser feliz. —La voz se le quebró y ya no pudo pronunciar palabra.

Percibió la calidez de una caricia en la mejilla y abrió los ojos.

La imagen de Ahanu destellaba como si él mismo fuera el sol subiendo por el horizonte. Él la miraba a los ojos, reflejando en su sonrisa una expresión llena de amor.

—¿Ahanu?

El viento sopló con fuerza, levantando las hojas caídas de los árboles. Lupita se protegió el rostro, cerrando los ojos con fuerza para evitar que la tierra se le metiera.

Cuando al fin la brisa cesó, miró en derredor, pero no vio a nadie frente a ella. Un rayo de sol le dio de lleno en el rostro y, al alzar la cabeza, vio una vez más a Ahanu, brillando como el sol, de pie a varios metros de ella, junto al viejo ciprés que custodiaba la entrada del cementerio del pueblo.

Lupita dio un paso hacia él, y entonces el sol brilló con mayor intensidad, deslumbrándola.

El sol era intenso, pero alcanzaba a notar el contorno de una figura que avanzaba hacia ella.

—¿Lupita? —reconoció la voz de Chad.

Y lo vio claramente, de pie frente a ella.

El sol al fin subió más alto, permitiéndole ver con claridad. No era a Ahanu al que había visto de pie junto al árbol, sino a Chad.

¿O no...?

—¿Estás bien, mi amor? —Chad la estrechó entre sus brazos, preocupado—. Te ves sumamente pálida y estás muy fría —Se quitó la chaqueta con rapidez y la colocó sobre sus hombros—. Espero que no estés enferma, vamos a casa, Morenita, te prepararé un poco de café caliente.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —le preguntó Lupita, sin moverse.

—Te conozco—él le dirigió una mirada de disculpa—. Te escuché ensillando tu caballo y supuse que vendrías aquí, así que decidí seguirte. —Se rascó la coronilla nervioso—. No quería molestarte, solo asegurarme de que ibas a estar bien.

Lupita se inclinó y lo besó largamente en los labios.

—Te amo, Chad —le dijo en un susurro bajo.

—Y yo a ti —contestó él, aliviado.

Lupita suspiró y miró en derredor. No había nadie allí más que ellos.

—¿Te encuentras bien, mi amor? —le preguntó Chad, buscando con la mirada aquello que parecía intrigarle tanto a ella.

—Lo estaré. —Lupita sonrió y lo miró a los ojos—. Aunque podría necesitar un par de bolas de algodón.

Chad arqueó una ceja, confundido.

—¿Y eso para qué?

—Para protegerme los oídos de los gritos que pondrá mi madre cuando le diga que al fin voy a casarme. ¿O ya no vas a pedirle mi mano a mi padre?

—¡Por supuesto que sí! —Chad sonrió de oreja a oreja y la cargó en brazos para besarla—. Ahora mismo nos vamos al rancho y despertamos a tus padres con la noticia.

—Conociendo a mi abuela, ya debe saberlo. Los espíritus no son buenos para guardar secretos —bromeó—. Aunque ella lo es, y seguramente aguardará el momento en que llegemos para escuchar la noticia con los demás y fingir sorpresa. Es lo que hace una buena abuela.

Chad soltó una carcajada, dudaba que cualquier abuela del mundo cumpliera con esas características, pero le agradaba que la que pronto formaría parte de su familia las tuviera.

Capítulo 32

Chad terminaba de marcar las reses cuando un montón de niños pasaron a su lado riendo y gritando, llevando con ellos un viejo de paja vestido con ropa usada.

Jack, a su lado, concentrado en mantener quieta a la res mientras uno de los peones la marcaba con un hierro ardiente, apenas les prestó atención.

—Es para el festejo de Año Nuevo —le explicó Zalo, quien sentado en un tronco caído a escasos pasos de ellos se había fijado en lo que llamó la atención de Richard.

—Parece interesante —comentó él—. ¿Es algún tipo de ritual?

—Es algo más sencillo que eso, queman al año viejo. —Zalo rio—. Nada del otro mundo, y no es ningún tipo de hechicería, no debes poner esa cara de susto —le dijo a Jack.

—No estoy asustado, es solo que me pareció extraño —replicó el hombre, enderezándose después de soltar la res, que ya estaba lista.

El animal salió disparado hacia el corral donde esperaban las otras reses, deseoso de apartarse de los hombres.

—Iré llevando las reses al otro corral, Chad —le dijo Zalo—. Ya no falta mucho para terminar el trabajo, nos veremos en la casa para cenar y continuar escuchando la cháchara del vestido de novia que nos tenga Calita hoy para deleitarnos mientras comemos.

—Como usted diga, Zalo —Chad se despidió con un gesto del sombrero.

—Lo dijo como si en realidad quisiera decir «indigestarnos» —replicó Jack, quitándose los guantes.

Chad rio, negando con la cabeza. Los últimos días habían sido discusiones interminables acerca de invitados, vestidos de damas, trajes elegantes y el fascinante vestido de novia que Calita estaba haciéndole a su hija, con sus propias manos. Chad no podía estar más impresionado.

Aunque él nunca había sido aficionado a las fiestas y los preparativos, no podía dejar de sentirse feliz por saber que aquellos arreglos serían para la boda con la mujer que adoraba. Pronto todo terminaría y él podría llamar a Lupita su esposa.

No podía sentirse más entusiasmado. Ni siquiera la cháchara sin fin sobre arreglos, flores, invitados y tantos asuntos triviales que no le interesaban podía borrar la sonrisa de su rostro ante la perspectiva de pronto tener para siempre a Lupita a su lado.

Tal como Lupita había predicho, la mañana en la que les anunciaron a sus padres la noticia de

su matrimonio, Calita no dejó de gritar, mientras los llenaba de besos y abrazos. Ni siquiera todo el algodón de Veracruz habría conseguido proteger sus oídos.

Zalo aceptó con solemnidad la petición de mano de Chad y, del mismo modo, le ordenó cuidar de su hija o él lo mataría.

Chad aceptó sus amenazas con una sonrisa. Sabía que él hablaba en serio tanto como sabía que le tenía aprecio. Por lo que le había dicho Lupita esa misma mañana, a ningún otro hombre le habría concedido su mano.

En cuanto a la abuela Lupe, tenía preparado el viejo vestido de novia que una vez usó Calita, así como su velo y las arras que le habían pertenecido. No dio ninguna explicación, mas nadie se sorprendió de que tuviera todo aquello dispuesto cuando recién se venía a enterar de la noticia.

Fijaron la fecha para un mes después, aunque los días se le estaban haciendo eternos. Lupita no dejaba de hacer viajes al pueblo con su madre para realizar encargos a los tenderos de la localidad y pedidos al extranjero. Al enterarse de la noticia de la boda, su abuela había decidido pagar el coste del festejo y parecía determinada a convertir la fiesta en el evento del año. Aunque estaba decidida a que Lupita usara el vestido de su madre, buscó la manera de traer materiales de lujo para darle nueva vida a la prenda: perlas reales, hilo de plata y alguna que otra gema.

A pesar de que a Lupita no parecía agradaarle una boda tan ostentosa, al ver a su madre tan entusiasmada no podía hacer más que ceder a lo que ella quería. Chad notaba que deseaba tanto como él tener tiempo para pasar juntos, sin embargo, entre los viajes, las tareas del rancho y la familia, era escaso el tiempo que habían tenido para estar a solas.

—Chad, ¿estás aquí? —le preguntó Jack, pasando una mano frente a su rostro.

—¿Qué? —Chad le apartó la mano—. ¿Qué pasa?

—Que otra vez estás en la luna. —Bufó su amigo, lanzándole una mirada airada—. ¿Has escuchado una palabra de lo que te he dicho o solo te has detenido a pensar en Lupita?

—Lo siento, yo...

—Ya, otra vez te perdiste en el mundo del amor. —Él puso los ojos en blanco—. Como sea, así debe sentirse alguien que está a punto de echarse la soga al cuello, supongo.

—Deja de decir tonterías, ¿de qué me querías hablar?

—Te estaba diciendo que deberías prestar atención a tus problemas y dejar de pensar en qué tipo de encaje llevarán las enaguas del vestido de novia de Lupita.

—No he olvidado mis problemas, Jack. Te lo aseguro.

—¿Es eso cierto? —Su amigo le dirigió una mirada de incredulidad—. ¿Qué vas a hacer con García? Ese tipo podría mandarte a matar cualquier día, o a cualquiera en este rancho, y no podrás hacer nada para detenerlo.

Richard apretó la mandíbula, sabía que él tenía razón. El rostro de Jack era de pocos amigos cuando llegó esa mañana a buscarlo, llevando consigo la última respuesta del comisionado de policía. García no sería aprehendido pues no se habían encontrado pruebas que lo vincularan con los asaltantes del carro de Lupita.

El muchacho estaba furioso. Zalo, al enterarse, se quedó impasible, aunque Richard notaba la furia en su mirada, esos ojos negros eran capaces de arder como carbones cuando se encendían y estaba seguro de que su patrón no se quedaría sin hacer nada. Aunque Richard no sabía si él compartiría lo que haría con él.

—Debes matarlo, Chad —le dijo Jack—. No tienes otra opción.

—Si lo mato, iré a la cárcel.

—Él no ha tenido ningún problema matando a tanta gente, ¿por qué tú sí los tendrías? Aquí todo lo compra el dinero, y tú tienes de sobra. Bien podrías ser el hombre más rico de los alrededores, además del más astuto. —Lo señaló con un dedo—. Solo tienes que decirlo y te ayudaré en el plan que quieras para deshacerte de ese tipo.

—No es tan sencillo... No soy un asesino, Jack.

—No, pero amas a Lupita y quieres proteger a su familia, a Alex, a Danielle...

—¿Danielle? —Chad arqueó una ceja.

—Sí, eh, bueno... —Jack se puso muy nervioso de pronto—. Ella está trabajando como maestra en el rancho. Si algo sucediera, ella también se vería afectada. Como todos los demás.

—Estás muy interesado en esa muchacha al haberla mencionado. —Richard esbozó una sonrisa ladeada que hizo enojar a su amigo.

—Solo estoy intentando ser razonable contigo. Antes, si teníamos un problema con alguien, lo solucionábamos, y creo que deberíamos hacer lo mismo aquí. —Se quedó callado al escuchar el trote de los cascos de un caballo.

Richard se volvió y se sorprendió al ver a Lupita.

—Hola, Chad. —Ella le sonrió antes de bajar de un ágil salto del caballo—. Jack, ¿cómo te va?

—Muy bien, Lupita, qué gusto verte. ¿Nos has traído el almuerzo? —preguntó, notando la bolsa de lona que ella sacaba de la alforja.

—Por supuesto, no quiero tener un capataz flaco y mucho menos a un esposo escuálido —dijo en broma, sacando una bolsa más y lanzándosela a él—. Y esto es para ti, aunque estoy segura de que Danielle te tiene algo preparado en la escuela. Dijo que hoy irías a verla.

Jack enrojeció hasta las orejas.

Lupita sonrió, contenta. Danielle sería su dama de honor, últimamente la veía más que nunca, compartía los detalles de todo. Cada vez que había venido al rancho, notaba las miradas furtivas que compartía con Jack. Richard bromeaba con él al respecto, aunque Jack no admitía nada abiertamente, ni Danielle. Pero ella sabía que algo se estaba cocinando en esa olla y no desistiría hasta averiguar qué era exactamente.

—¿Así que irás a visitar a la maestra? —Chad arqueó las cejas de forma exagerada, provocando que el color del rostro de su amigo aumentara todavía más.

—Estoy segura de que ella estará encantada de verte —intervino Lupita—. Ahora come tu almuerzo, Jack. No quiero que se te enfríe la comida, caliente sabe mucho mejor.

—Sí, este... Gracias, Lupita. —Jack le dedicó un asomo de sonrisa y se alejó a la sombra de un

árbol para inspeccionar el contenido de la bolsa, aunque Lupita sospechaba que realmente lo que intentaba era ocultar el color rojo de su rostro.

Chad rio al ver a su amigo tan apurado, y se giró hacia Lupita, negando con la cabeza.

—Debiste verlo cuando Danielle pasó a saludar esta mañana —le comentó Chad—, parecía un tomate maduro.

—No te burles de tu amigo. —Lupita le dio un golpe juguetón con el puño—. Es tierno, y Danielle parece contenta con él. Pienso que harían una estupenda pareja. Si hubiera un modo de darles un empujón...

—Tal vez podríamos dejarlos encerrados en el colegio, tendrían que quedarse a solas hasta que los liberemos. No podrían hacer otra cosa más que charlar... Bueno, en realidad sí podrían hacer otra cosa, si actúan de manera similar a nosotros cuando nos quedamos a solas. —Arqueó las cejas una vez más, provocando que Lupita se sonrojara.

—Toma, Chad, debes comer. —Lupita le alargó a su futuro marido la otra bolsa, pero él, en lugar de tomarla, la abrazó y la besó largamente en los labios.

Lupita sonrió entre sus brazos antes de notar la mirada de varios hombres fija sobre ellos.

—Chad, nos están mirando —le dijo, incómoda, apartándose de él.

—Que miren lo que quieran, que se enteren de una vez de que eres mía. —Chad le dedicó a los hombres una mirada hosca.

Los trabajadores apartaron la vista y continuaron con sus labores, entendiendo la indirecta.

—¿Has notado que hay más guardias de lo habitual? —preguntó Lupita. La cantidad de hombres no había pasado desapercibida, eran demasiados y todos iban armados.

—Sí, es para tu protección —contestó Chad, tomándola de una mano—. Si García llegara a atacar otra vez, no nos tomará por sorpresa. Esta vez él será quien se lleve la peor parte.

—Chad, no tenemos el dinero para pagar sus salarios.

—Lo tenemos.

Lupita frunció el ceño, escrutando su rostro y abrió la boca, sorprendida.

—¿Estás pagándolo de tu dinero, no es verdad?

—Eso no importa.

—Chad, no debes...

—Es lo que hay que hacer. —Él la miró a los ojos, ceñudo—. Haré lo que sea para protegerte.

—Chad, no debes gastar tus ahorros en mí, yo estoy a salvo.

—Son nuestros ahorros ahora. Y gastaría hasta el último centavo si con ello te mantendré con bien.

Ella sonrió, enternecida por sus palabras y lo besó en los labios. Chad la estrechó entre sus brazos, prolongando ese beso.

—Debo volver ya a casa, mi padre me espera. —Lupita se apartó un poco, mirándolo a los ojos con una sonrisa lánguida en los labios—. Le he prometido ir a dar una vuelta a caballo por los linderos del lado norte del rancho.

—Sobre eso... —Él se pasó la mano por el cabello, sin saber cómo abordar el tema que deseaba tratar con ella—. Lupita, no deberías montar a caballo.

Ella frunció el ceño.

—¿Por qué no?

—Ahora que nosotros... —carraspeó, nervioso, poniéndose tan rojo como Jack hace un momento—, tú podrías estar embarazada —explicó al fin.

Lupita abrió la boca.

—Si llegas a caerte del caballo, pondrías en riesgo al bebé.

—¿Qué bebé?

—El que podrías llevar ahora mismo.

Su boca se agrandó antes de adoptar un gesto de enfado.

—No seas tonto, no estoy preñada.

—Eso no podrías saberlo.

—Claro que sí, mi abuela es capaz de darse cuenta de eso con solo ver a una mujer a los ojos. Y yo también, hasta ahora no me ha fallado —declaró, orgullosa—. Así que no temas, no vi nada esta mañana cuando me vi en el espejo. Además, si estuviera esperando un hijo, seguiría montando. Mis hijos serán grandes jinetes, como mi padre y yo, y deberán aprender a montar desde un inicio.

Chad sonrió, sabía que no podía discutir con ella en ese momento y prefería dejar esos temas para después, cuando ya estuvieran casados y cuando realmente un niño viniera en camino. No iba a pelear una batalla que todavía no había sido declarada.

—Bien, pero ten cuidado ¿de acuerdo?

—Lo prometo. —Ella se inclinó para besarlo en la mejilla, pero él se volvió y la atrapó por la cintura y la besó en los labios con una pasión desbordante que provocó que el corazón de Lupita latiera a toda velocidad.

—¡Oye, Chad, tienes tu almuerzo en la bolsa, no tienes que comértela a ella! —le gritó Jack desde su árbol, riendo en voz baja.

—¡Cállate! —rugió Chad, dedicándole a su amigo una mirada airada.

—Aún no puedo creer que alguien haya conseguido atarte —dijo Jack, aproximándose a ellos—. Y no es por desmerecerte, Lupita. Eres una chica estupenda, sin duda. Sin embargo, no creí que existiera una mujer en la Tierra que fuese capaz de conseguir que este hombre pusiera los pies sobre esta y sentara cabeza. —Palmeó el hombro de Chad, sonriendo de oreja a oreja—. En casa, todas las mujeres casaderas de la ciudad estaban prendadas de él, y a pesar de que Chad permitía que le demostraran su devoción, él nunca dio muestra alguna de corresponder a los sentimientos de las desafortunadas jovencitas que le entregaban su corazón.

—No me digas. —Lupita arqueó una ceja, cruzándose de brazos al fijar una hosca mirada en Chad.

Ya Alex le había contado un poco al respecto, pero escuchar las mismas palabras de otra

persona le otorgaba una perspectiva diferente.

Era un tanto irritante saber que Chad había sido todo un rompecorazones en el pasado, ¿por qué habría cambiado con ella? ¿Es que realmente la amaría, como decía hacerlo? ¿O sería un engaño, un juego, el reto de tener el corazón de la mujer que se negó entregárselo al principio? La duda comenzaba a atormentarla...

—Tenía el apodo de Reloj de arena. —Jack continuó hablando, sin notar el enojo de su amigo ni la incomodidad de Lupita ante sus palabras—. En Nueva York, solíamos rozarnos con todas las damas de la alta sociedad, pero ni siquiera ellas podían atarlo. Por ello, lo apodaron el Reloj de arena, pues decían que Chad era igual que la arena que se escapa por el diminuto agujero de vidrio, por más que intentes evitar que se fugue, terminará yéndose antes de que te des cuenta y tu tiempo con él habrá terminado.

—No me digas. —Lupita le dedicó una mirada de enojo a Chad.

—Eso fue en el pasado —declaró Chad, silenciando a su amigo con su voz airada—. Es cierto lo que él dice, Lupita. No de forma literal, pero no conocí mujer alguna que pudiera robarme el corazón. A esa mujer la conocí en México y la estoy mirando ahora. —Él le dedicó una mirada llena de devoción antes de tomarla entre sus brazos—. La única mujer que me ha podido robar el corazón. La única que ahora es mi dueña.

Lupita no pudo menos que sonreír.

—Bien dicho, vaquero —le dijo, antes de inclinarse para besarlo.

Varios niños pasaron corriendo, llevaban con ellos otro viejo hecho de paja y papel, vestido con trapos sucios.

—¿Cuántos de esos han de quemar? —preguntó Jack, nervioso.

—Son para el festejo de Año Nuevo del pueblo —le explicó Lupita—. Deberías venir a verlo con nosotros, iremos a casa de mi abuela Irene.

—Es una buena idea, podrás bailar con las encantadoras amigas de Lupita, estarán ellas en la fiesta, ¿no es así, Lupita? —Chad le preguntó con la intención de ponerla celosa.

—Seguramente. —Lupita borró todo rastro de sonrisa del rostro—. Les encanta bailar, y sin duda estarán más que encantadas de contar contigo, Reloj de arena.

—¿Es que a ti no te gusta bailar?

—Por supuesto, aunque no contigo. —Bufó dándose la media vuelta para marcharse.

Él la abrazó y la besó en el cuello, riendo contra su piel.

—Sabes que bromeo, Morenita —le dijo al oído—. Bailaré contigo y solo contigo.

—Eso tendremos que verlo. No estoy dispuesta a compartirte con la mitad de las chicas del pueblo.

—¿Qué le sucede a la otra mitad?

—¡Chad!

—Es una broma, solo una broma —le aclaró él, besándola antes de darle la oportunidad de protestar.

Richard se maravilló con la cantidad de gente reunida en el pueblo. Seguramente todas las personas se habían reunido allí para celebrar el fin del año.

—Chad, vamos a bailar —le pidió Lupita, nada más llegaron al centro de la plaza, donde las parejas se reunían en torno a la música de un grupo de artistas arrimados en un kiosco.

Chad no la hizo esperar, la tomó de la mano y la condujo consigo entre el gentío, hasta llegar al centro de la improvisada pista de baile.

Alex, tan contento como pocas veces, reía sin parar mientras la abuela Lupe le intentaba enseñar unos pasos de baile. Jack y Danielle hacían lo propio, bailando a escasa distancia de ellos, mientras Zalo y Calita intentaban hacer probar a Lee uno de los platillos tradicionales de la región. Uno de aquellos que tenían tanto picante como para formar un infierno en la lengua.

Un hombre elegante se acercó a ellos. Chad no lo había notado por estar centrado en su padre, sin embargo, no le costó imaginar de quién se trataba, esas ropas finas lo delataban, así como el color claro de su tez, raro en esas tierras. Debía de tratarse del conde, o mejor dicho el familiar lejano de uno, como lo había descrito Marcia, la prima de Lupita.

—Señorita, me han dicho que usted es tan buena bailarina como exuberante es su belleza —se dirigió a Lupita, sin tomarlo a él en cuenta para nada—. Permítame el atrevimiento de invitarla a bailar conmigo, hermosa dama. Mis ojos la han devorado toda la noche, desde el primer instante en que posé mi mirada sobre usted y no podría vivir si usted me rechazase.

—Si quiere seguir viviendo será mejor que cierre la boca y se aparte —intervino Chad, poniéndose delante de Lupita, de modo que el hombre tuviera que hablar con él y no con ella—. Es mi prometida con quien está hablando.

El hombre abrió los ojos como platos, en un gesto de sorpresa, antes de reponer la compostura y fruncir el ceño.

—No es con usted con quien hablaba —le espetó, arrugando la nariz como si la presencia de Chad le fuera repulsiva.

—Pero yo sí me estoy dirigiendo a usted. Lupita es mi novia y nada tiene que hacer usted dirigiéndole la palabra ni las miradas. —Chad le enterró un dedo en el pecho—. Dé media vuelta y márchese de inmediato, si no quiere que lo saque a rastras de aquí.

—Chad, ya basta. —Lupita lo aferró del brazo y lo hizo a un lado—. Yo puedo hablar por mí misma.

—Estoy en mi derecho de protegerte. —Él le dirigió una mirada hosca.

—¿De él? —Lupita dirigió una mirada al hombre, que en ese momento sobaba el sitio donde Chad le había enterrado el dedo—. A ese lechuguino le va a salir un moretón donde lo tocaste, ¿de verdad crees que él me tentaría? ¿Lo ves como una amenaza? —Bufó, cruzándose de brazos—. Te creía con más sentido común.

—Lupita, no... Lo que pasa es que... —Chad tartamudeó, pasándose una mano por la cabeza, nervioso.

Ella sonrió y se alzó de puntillas para rodearle el cuello con los brazos y besarlo.

—Eres tan adorable cuando te pones nervioso —le dijo, antes de unir sus labios a los suyos en un beso.

—Me haces sentir como un niño siendo reprendido por su madre. —Él frunció el ceño, a pesar de que sonreía.

—Eres mi niño, eso sin duda. Deja de pasar la mano por tus rizos, vas a quedarte calvo —lo reprendió, pasándole una mano por el pelo—. Adoro estos ricitos de oro, ojalá que todos nuestros hijos los tengan, que sean iguales a ti.

—¿Entonces quieres tener hijos? —Los ojos de Chad se iluminaron, encantados.

—Siempre he querido tener hijos, muchos hijos. Quiero una familia numerosa y ruidosa, llena de amor por todas partes. —Ella sonrió, encantada de verlo tan feliz al escuchar sus palabras—. Aprenderán a montar a caballo y a cocinar.

—¿Y si son chicos?

—Todos lo harán, no importa si son chicos o chicas, todos harán su parte en la casa y el rancho. No quiero hijos que no sepan ni prepararse un plato de frijoles. Sé de un hombre que murió de hambre porque su mujer falleció y él no sabía ni prepararse la comida.

Chad soltó una carcajada.

—Es en serio, Chad. Es increíble lo estúpidos que pueden llegar a ser algunos hombres, prefieren morir de hambre antes de tocar una cacerola por temor a perder la hombría. Sin duda eso no lo aprenderán mis hijos —dijo con toda seguridad—, ellos serán autosuficientes, valientes, honrados y grandes personas. Chicos y chicas por igual.

—Estoy completamente de acuerdo contigo, amor mío —convino él, inclinándose para besarla en los labios—. Y no puedo esperar a que al fin seas mi esposa y comencemos a intentar traer a esos pequeños al mundo.

Ella sonrió, sonrojándose ligeramente.

—Muy pronto, mi amor. Muy pronto. —Sonrió, acariciando su rostro con suma ternura—. Aunque yo ya me siento tu esposa.

Él sonrió, estrechando la mano que ella tenía sobre su mejilla. La llevó a sus labios y la besó en la palma.

—Así lo siento yo también, amor mío.

Fuegos artificiales comenzaron a brillar sobre sus cabezas cuando dieron las doce de la noche. La gente reía, felicitándose unos a otros, pero ellos dos no lo notaron, perdidos por completo el uno en el otro.

—Te amo —le dijo Chad, su voz llena de emoción.

—Y yo a ti. —Ella lo miró a los ojos, sus pupilas negras convertidas en un cielo nocturno infinito y estrellado—. Con todo mi corazón.

Él se inclinó para besarla y todo el mundo desapareció a su alrededor.

Fue por eso que no oyó la voz del niño pregonando a todo pulmón en el pueblo, llamándolo.

—Chad, algo sucede —le dijo Jack, posando una mano en su hombro.

Richard se volvió, sobresaltado. No se había percatado del momento en que la gente se había dispersado ni cuando Zalo había traído los caballos.

—¿Qué está pasando? —preguntó enseguida, sintiendo que cada fibra de su cuerpo se ponía en alerta.

—Fuego —alertó Jack, señalando con un gesto de la cabeza hacia el chico sucio, cubierto de hollín de la cabeza a los pies, a quien, en ese momento, atendían entre Calita y la abuela Lupe—. El Janto está en llamas.

Capítulo 33

—¿Cómo que el rancho está en llamas? —preguntó Lupita antes que él, poniéndose muy pálida.

—Lupita, debo ir a ver qué pasa, por favor quédate aquí con tu madre y tu abuela, cuida de Alex —le pidió Richard, tomándola por los hombros para obligarla a que le prestara atención.

Ella estaba tan alterada que apenas oía lo que Chad le decía.

—Tenemos que ir cuanto antes al rancho —balbuceaba—, muchas familias se quedaron en sus casas, las que tienen niños pequeños, ¿no podemos dejarlos morir!

—Iremos enseguida, Lupita, calma. —Richard intentó tranquilizarla, pero parecía que sus palabras solo conseguían alterarla más—. Debes mantener la calma, pero por favor...

—¿Calma? ¡Cómo quieres que me calme, cuando ese desgraciado de García no hace más que buscar la manera de destruirnos! —gritó, a punto de perder los nervios—. ¡Esto ha sido obra de él, como todo lo demás!

—Lupita, García está allí. —Danielle, que había llegado a su lado sin que ella la notara, posó una mano sobre su hombro—. Ese desalmado seguramente ha planeado todo esto, pero él está a la vista de toda la gente. Nadie podrá culparlo.

—¡Eso no importa! ¡Tú eres culpable! —le gritó Lupita, sabiendo que él les prestaba atención.

El hombre se volvió hacia ella, manteniendo una sonrisa sesgada bajo el espeso bigote.

—¡Si alguien muere, será por tu culpa, maldonado! —vociferó Lupita, señalándolo con un dedo, la única parte de su cuerpo que tenía libre, pues tanto Richard como Danielle impedían que ella se abalanzara contra el hombre.

García rio a viva voz, provocando que su enorme barriga subiera y bajara.

—¡Ríete, cobarde, ríe ahora que tienes voz, porque pronto no la tendrás! —Lupita le dirigió una mirada airada que le borró la sonrisa del rostro—. Yo te maldigo, ¿me oyes? ¡Te maldigo a ti y a tu familia!

El hombre rio, aunque ya no con tantas ganas. Miró en derredor, visiblemente nervioso. Varios de sus hombres se aproximaron a él y Richard supo que era momento de sacar a Lupita de allí.

—Lupita, ya basta —le habló de forma severa, obligándola a centrarse en lo importante—. Por más amenazas que hagas a ese hombre, no sacaremos nada. Debo marcharme enseguida y no puedo hacerlo si no tengo la seguridad de que no te abalanzarás contra ese tipo en cuanto te dé la

espalda. ¡Por favor, necesito saber que estarás a salvo!

Ella le dirigió una mirada llena de decisión.

—Puedes asegurarte tú mismo porque iré contigo.

—No, te quedarás aquí con tu abuela.

—No, iré al rancho.

—¡Lupita, quédate aquí! —Chad subió el tono de voz.

—De eso ni hablar, debo ir.

—No, quiero que te quedes. Cuida a Alex, a tu madre y a la abuela.

—Quiero ir contigo, debo ayudar a los que lo necesiten, no puedo quedarme aquí mientras El Janto se quema y los trabajadores están desamparados. —Había desesperación en su voz—. Chad, no perdamos más tiempo, no vas a hacerme cambiar de opinión. O me llevas contigo o me voy sola, pero no voy a abandonar a la gente del rancho ahora.

Chad apretó los labios, tenso como pocas veces en su vida, pero no pudo sino aceptar. Estaba seguro de que Lupita iría tras él aunque fuera a pie si no la llevaba consigo, y no podía perder más tiempo preocupándose por su bienestar. Además, seguramente estaría más a salvo en el rancho, lejos de García. Zalo ya había partido.

Varias personas del pueblo montaban en sus caballos y carretas, dispuestos a ir a socorrerlos. Un acto de solidaridad que a Richard no le pasó desapercibido.

Cuando partieron, no dejaron a nadie atrás. Calita, la abuela Lupe e incluso Alex, decidieron ir con ellos, deseaban ayudar a los heridos como todos los demás.

Danielle montaba a caballo, al igual que Lupita y, junto con Richard, fueron los primeros en llegar al rancho.

Al asomarse por la primera curva en la que se divisaban las tierras de El Janto, los tres detuvieron sus monturas, paralizados por lo que veían ante sus ojos.

El Janto estaba completamente en llamas, los campos, las casas de los trabajadores, las cosechas... Todo ardía bajo el fuego.

—Dios mío... —musitó Lupita, sintiendo que los ojos se le llenaban de lágrimas, no por el humo.

—Lo siento tanto. —Danielle parecía sobrecogida ante lo que veía.

—Debes ser fuerte —le dijo Richard a Lupita, dirigiéndole una mirada llena de afecto—. No puedes derrumbarte ahora.

—Estoy bien. —Lupita sorbió por la nariz y alzó la cabeza—. Vamos, démonos prisa. —Azuzó a su montura y los tres salieron al galope.

El Janto era un desastre, la gente corría de un lado al otro, asustada e incapaz de pensar con sensatez. Lupita miró en derredor. No tenía idea de dónde estaban su padre ni los trabajadores que partieron con él. La gente llegaba al mismo tiempo que otros corrían fuera de las murallas, aterrorizados por las llamas que amenazaban con tragárselo todo.

—¿Qué hacemos? —preguntó Danielle, su voz era un gemido apagado.

Lupita la vio por primera vez temerosa y supo que debía ser fuerte, o todo se derrumbaría a su alrededor.

—Debemos organizarnos —dijo con presteza—. Chad, tú ve a buscar a mi padre y ayúdalo. La casa grande no ha sido alcanzada por las llamas, hay que evitar que eso suceda. Armaremos un campamento a su alrededor, manden allí a los heridos que necesiten atención urgente. A los demás, deberemos enviarlos al pueblo.

—Bien pensado —le dijo Chad—. Ten cuidado, Morenita.

—Tú también, güerito. —La broma lo hizo sonreír por una fracción de segundo, antes de volver a adoptar un semblante serio una vez más—. Nos veremos pronto.

—Más te vale.

Chad azuzó a su montura y se marchó al galope entre el humo y la masa humana que huía del rancho y que se apartó para abrirle camino.

—Démonos prisa, Danielle. —Lupita bajó de su caballo—. Hay que decirle a la gente lo que debe hacer para ayudar, no podremos hacer todo nosotras solas.

Ambas llevaron a sus monturas a un sitio seguro mientras gritaban pidiéndole a la gente que se acercara. Por suerte, pronto la carreta en la que iban su madre, Jack, su abuela y Alex llegó tras ellas. Mientras Jack desenganchaba uno de los caballos y partía rumbo a los campos en busca de Chad, los demás se organizaron para ayudar a la gente herida.

Hicieron pasar la voz y pronto tuvieron gente a su alrededor, ayudando. Varias mujeres y niños se les unieron al poco tiempo, algunos llevaban heridos y otros socorrían a quien lo necesitara. Mientras, los ancianos y los pocos hombres que no habían partido a apagar el fuego mojaban los terrenos continuos a la casa grande y dispersaban los sacos de arena que solían usar durante la crecida de los ríos, para evitar que el fuego alcanzase terrenos cercanos a la casa grande.

A pesar de que varias mujeres se unieron, cada vez llegaban más personas dañadas por el fuego y faltaban manos para atenderlos. Las llamas se habían extendido a los ranchos continuos, incluido el de García, y por todas partes había humo y gente mal herida.

—Lupita, necesitamos más vendas y ya no tenemos tela —le dijo su madre. Su rostro estaba negro a causa del hollín y parecía muy cansada—. Tu abuela ha ido al pueblo en busca del médico, pero cada vez llega más gente. No sé qué hacer.

—Tranquila, mamá, podemos cortar la tela de los vestidos y hacer vendas.

Ella pareció escandalizarse en un principio con la idea, pero asintió.

—Muy bien, hagamos eso —convino, tomándola por el brazo.

—Alex, por favor, ven a ayudarnos —le pidió Lupita—. Necesitaremos esos brazos jóvenes y fuertes para cargar con vendajes.

Alex, que parecía bastante asustado, corrió a acompañarlas al interior de la casa. Lupita miró a su alrededor con impaciencia y desesperación. Había personas por todas partes, heridos en el piso, en la mesa de la cocina se preparaban toda clase de brebajes y la del comedor era usada como una improvisada mesa de operaciones por un estudiante de medicina que llegó a ayudarlos.

Lupita lo reconoció, era hijo de un rancharo vecino, también reconoció otros rostros, más vecinos pululaban de un lado a otro de la casa brindando su ayuda.

—Ve por los vestidos, hija. —Su madre la apuró, dirigiéndose a su habitación en compañía de Alex.

Lupita subió a su habitación a la carrera, sintiéndose mal por no poder cuidar a Alex en ese momento. Deseaba abrazarlo, brindarle consuelo, pero había demasiada gente herida y no podía perder tiempo. Al llegar a su habitación corrió hasta el armario y lo abrió. Tiró todo su contenido sobre la cama y se dirigió a su tocador en busca de tijeras. Fue entonces cuando vio la luz afuera, los terrenos del rancho encendidos por completo, las llamas tragándose todo aquello por lo que una vez había luchado. Al ver el trabajo de toda una vida hecho añicos, Lupita debió armarse de todo su valor para no soltarse a llorar. Lloraría mañana, pues la necesitaban abajo. Debía ayudar a su gente, tenía que ser fuerte por su madre, por Alex, por todos aquellos que la necesitaban. Lloraría mañana...

Corrió escaleras abajo y se perdió en el trabajo, que esa noche parecía interminable. La sequía había vuelto los campos alimento fácil del fuego, y cada vez más ranchos caían víctimas de las llamas.

Haciendo acopio de una fuerza que no sabía que tenía, Lupita lideró esa noche a las mujeres para ayudar a los heridos. Armaron refugios alrededor de la casa grande para dar cobijo a más lesionados, instalaron camillas improvisadas y organizaron a la mayor cantidad de gente que pudieron para brindar ayuda a los desprotegidos. Necesitaban medicinas, comida, agua y transporte para trasladar al pueblo a aquellos que lo necesitaran.

La iglesia se había abierto para acoger a los que se habían quedado sin techo, por lo que, al avanzar la noche, la cantidad de personas reunidas en torno a la casa grande de El Janto fue disminuyendo. Sin embargo, aún el sitio era un caos.

—¿Te encuentras bien? —Lupita se dirigió a Alex.

El muchacho se había sentado en un banquillo a su lado gran parte de la noche y le pasaba las medicinas y vendajes que ella le pedía.

—Estoy cansado —le dijo con voz queda, alargándole un frasquito de pomada.

—Deberías ir a dormir un poco.

—Ni hablar, me quedo contigo.

—Te has portado como todo un valiente, Alex. No te has quejado ni una sola vez y has ayudado en todo lo que has podido, pero tú también debes cuidarte, recuerda lo que dijo el médico. —Posó una mano en su mejilla—. Anda, ve a descansar un poco, yo te llamo cuando Chad vuelva.

Él pareció dudar por una fracción de segundo, pero enseguida negó con la cabeza.

—Eres un hombre muy testarudo y muy bueno, Alex —le aseguró Lupita—. Bien, si no quieres ir a dormir, está bien. Pero trata de descansar sentado allí, aunque sea.

Lupita no pudo decir nada más porque alguien la sujetó y le cubrió la boca con una manaza. Captó el fuerte aroma de una sustancia en la nariz y pronto el mundo a su alrededor comenzó a

hacerse negro. La estaban drogando.

Con sus últimas fuerzas, notó que Alex gritaba y luchaba. Se intentó zafar de su captor dándole un buen golpe en la entrepierna, pero entonces sintió un fuerte garrotazo en la nuca que la hizo ver chispas y todo se volvió oscuridad.

Capítulo 34

Richard lideraba a un grupo de hombres que cargaban costales llenos de arena con la intención de evitar que el fuego se continuara propagando, cuando escuchó el grito de Zalo.

Al alzar la vista vio a su caballo galopando a toda velocidad hacia él. Richard se llevó una mano a los ojos para verlo con claridad.

—Se la han llevado —le dijo nada más bajar del caballo—, y también a Alex.

—¿Qué? —Richard no sabía qué preguntar con exactitud. El alma había abandonado su cuerpo tan súbitamente como había recibido esa noticia.

—Han dejado una nota —le explicó el hombre, dándole un papel muy arrugado.

Seguramente para entonces, Zalo debió leerlo y releerlo varias veces antes de arrugarlo en una bola, furioso.

La nota era sencilla, escrita con letra torpe:

Tenemos a tu hija y al chico.

Entrega el rancho si los quieres volver a ver con vida.

Tienes tres días para responder. Cascada del Sur, junto al rancho de Reinoso.

Ven solo y trae los papeles de El Janto o ellos morirán.

G.

—¡Maldito bastardo! —rugió Richard, arrugando el papel en la mano.

—¿Qué dice? —Jack se había acercado a él y le arrebató la carta de la mano.

—Quiere que le ceda El Janto a cambio de liberar a Lupita y a Alex —le contó Zalo—. Han dejado la carta con un chico del rancho —continuó explicando—. Lo he interrogado, pero no ha servido de nada. El niño no deja de llorar y, entre sollozos, jura no saber nada sobre los secuestradores ni quién le dio la carta.

—Una jugada muy acertada —comentó Lee, entre dientes.

Richard no pudo menos que asentir. Ni Zalo ni Chad se habrían atrevido a ponerle una mano encima a un pequeño, eso García debía de saberlo, una jugada sucia que iba contra el honor que movía a esos hombres a los que deseaba despojar de todo cuanto poseían en el mundo.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Jack.

—No tengo opción, debo ceder —contestó Zalo.

—No lo hagas —Richard habló con voz seca, llena de preocupación y temor—. En cuanto cedas las tierras, él los matará.

—No tengo alternativa. —Zalo se mostró nervioso, algo raro en él. Richard nunca lo había visto perder la compostura que parecía ser tan habitual en él como el sol al día—. No voy a arriesgarme a que le haga daño a mi familia. —El hombre suspiró, negando con la cabeza, por primera vez Chad notó que tenía los ojos bañados de lágrimas—. García ha sido muy listo en esta ocasión. Se ha aprovechado del alboroto del fuego para tomarnos por sorpresa —comentó Zalo, apesadumbrado.

—El fuego lo ha provocado él solo con la intención de distraernos —Lee habló con voz colmada de ira, algo raro en él—, y lo ha conseguido. Él no nos devolverá a Alex ni a Lupita. —Miró a Chad y luego a Zalo. El hombre asintió, como si estuviera pensando exactamente lo mismo que él.

—Busca venganza, no tierras. Los matará y se llevará también el rancho, ahora que está arruinado. Solo me ha llamado para verme sufrir mientras me arrebatara todo, y luego me matará. —La voz de Zalo estaba teñida de seguridad, pero también de preocupación—. Es la clase de hombre que no olvida y no cesará hasta ver hundido a sus enemigos.

—En ese caso, tendremos que hundirlo a él primero —dijo Chad, con furia.

—De eso nada, García lo ha planeado todo muy bien al mostrarse en el pueblo durante el ataque. Si le haces algo, la ley se irá contra ti. Esto no será ninguna prueba ante un juez comprado. —Jack movió la carta frente a sus narices.

—¿Y qué pretendes que hagamos? —Richard sentía la ira fluir por todo su cuerpo—. ¿Quedarnos sentados mientras ese hombre mata a Lupita y a Alex?

—Por supuesto que no. —Su amigo frunció el ceño—. Pero sí te digo que tengas lista la maleta para huir en cuanto lo matemos. No podrás quedarte aquí después.

Richard apretó los puños, había trabajado tanto por esas tierras, las tierras que Lupita amaba. Ella no quería dejar a su familia. Pero Jack tenía razón. Tendría que convencerla de partir con ellos.

—Si es lo que debemos hacer —los ojos de Richard brillaron al hablar, decidido—, lo haré. García no vivirá otro día si es una amenaza para mi familia.

—Chad, hijo mío, te he enseñado a actuar con la mente fría y me temo que ahora no lo estás haciendo —intervino Lee.

—Padre, no voy... —Lee alzó una mano y Chad tuvo que callar para escucharlo. Su padre no había terminado de hablar.

—El león es más fuerte que el hombre, sin embargo, el hombre puede matar al león cuando este se lo propone. Lo consigue usando esto —señaló su mente—, porque un hombre sabio sabe que si se enfrenta cuerpo a cuerpo con un león, terminará perdiendo. No obstante, si usa su inteligencia, podrá hacer del león lo que él quiera: una presa, una alfombra, una mascota... Las posibilidades son infinitas.

Richard sonrió con una mueca sesgada que por un momento provocó un escalofrío en Jack.

—Zalo, necesitare que montes una obra de teatro.

El hombre lo miró con confusión.

—¿Qué cosa?

—Irás por los papeles al pueblo —explicó Chad—, al menos, eso debes hacerle creer a García. Él sabe que no tienes los documentos del rancho aquí. Nadie sería tan idiota para hacerlo, después de todos los ataques que ese hombre ha hecho contra tus tierras. De haber incendiado la casa con los documentos, habrías perdido todo.

—Lo haré, pero ¿con qué intención?

—Tenemos que ganar tiempo... pero no entregará el rancho, Zalo.

—¿Qué pretendes hacer, R... Chad? —le preguntó Jack.

—Tendrás que ayudarme, amigo —le dijo Richard, pensando a toda velocidad—. Y también necesitaremos a algunos peones, los de más confianza. Debo hablar con la abuela Lupe. Por favor, Jack, asegúrate de que nadie deje ir al muchacho, necesito hablar con él. No se preocupe, Zalo, no le haré daño —añadió antes de que el hombre hablara, notando la preocupación en su rostro—. Solo necesitamos retenerlo para evitar que se comunique con algún hombre de García. Hablando de eso, debemos enviar hombres a recorrer las inmediaciones de la casa y el rancho, seguramente García ha apostado vigilantes en torno a la propiedad para estar al tanto de nuestros movimientos. Debemos detenerlos antes de que puedan alertar a su patrón de lo que vamos a hacer.

—¿Pretendes llevar a cabo un rescate? —le preguntó Lee, aunque ya conocía la respuesta.

—No tenemos otra opción. García se lavará las manos si algo llega a sucederles a Lupita y a Alex, como siempre lo ha hecho. Seguramente, en este momento tiene el culo en uno de los bares del pueblo, a la vista de todos. Cuando el comisionado de policía llegue a interrogarlo, tendrá cientos de testigos que declararán haberlo visto mientras todo esto acontecía, al mismo tiempo que Lupita y Alex sufren quién sabe qué calamidades. —Se detuvo, incapaz de seguir por ese hilo de pensamientos—. Zalo, su consejo es importante para mí, cuento con su talento en este momento.

El hombre lo miró a los ojos y asintió. Zalo había rastreado a un par de bandidos en compañía de Richard unos días antes, su habilidad había dejado boquiabierto al hombre. Debían rastrear a los secuestradores y tomarlos por sorpresa.

—Tienes mi confianza, muchacho —le dijo Zalo—. Haré lo que tú me pidas con tal de rescatar a mi hija y a Alex.

—Yo también. —Lee se aproximó a ellos—. Cuenta conmigo, hijo.

—Y conmigo, por supuesto. —Jack sonrió—. No me quedará fuera de esto.

Se habían organizado lo más rápido posible, mientras antes actuaran podrían tomar a García y a su gente desprevenidos.

Chad había trazado el plan con rapidez esa misma noche, ayudado por Zalo y Lee. Recordaba lo

que Lupita le había contado en una ocasión sobre las habilidades de su abuela para preparar extrañas pócimas mágicas, entre ellas una capaz de revelar la verdad. La anciana se la administró al pequeño mensajero mezclado en un licuado de chocolate que el niño tomó con entusiasmo, y mientras se zampaba una enorme rebanada de pastel de manzana, les había revelado al detalle todo cuanto sabía del plan de García.

Como Chad había supuesto, el hombre se encontraba en el pueblo en compañía de su hijo menor y varios de sus hombres, los que servían como escolta en caso de que alguien quisiera arremeter contra su vida o la de su último vástago. Mientras tanto, su propiedad había sido rodeada por una gran cantidad de peones contratados hacía poco.

El capataz y mano derecha de García se había hecho cargo del secuestro, junto a varios matones empleados por él, mantenían a Lupita y a Alex ocultos en una caverna en medio de la selva. Un sitio inaccesible y apartado donde nunca podrían hallarlos sin que alguien los condujera allí.

«Ya veremos», pensó Chad, poniendo toda su confianza en la habilidad de Zalo.

Dejaron al pequeño al cuidado de un par de peones, quienes se encargarían de tratarlo bien, pero lo mantendrían encerrado para evitar que pudiera avisar a García. Como Chad había supuesto, varios hombres invadían los terrenos de El Janto para avisar a su patrón sobre cualquiera de sus movimientos. Para Lee y Jack fue cosa de niños atraparlos y encerrarlos en el sótano, donde los dejaron atados.

Se dispusieron a partir cuanto antes. Habían convenido que lo mejor sería actuar rápido y protegidos por la oscuridad que todavía reinaba. Además, mientras más tiempo pasaba, aumentaba la posibilidad de que aquellos rufianes pudieran dañar a Alex o a Lupita.

Richard se obligó a continuar con su plan. Estaba terminando de ensillar a toda velocidad a su caballo cuando vio llegar a un par de corceles. Se adelantó para recibir a los recién llegados armas en mano, pero enseguida un par de enormes perros le salieron al paso. Eran gigantes, unos animales que con facilidad superaban la altura de cualquier perro que antes hubiera visto, con ojos amarillos y brillantes, y mandíbulas de dientes afilados, claramente capaces de desgarrar la carne. Algo en ellos, en ese color grisáceo y esas patas enormes con garras afiladas, le hizo saber que no eran simples perros. Esos animales tenían sangre de lobos... Unos lobos enormes.

—Chaki, Laudal, aquí —dijo una profunda voz tras ellos.

Los animales obedecieron al instante, se alejaron de Richard y se colocaron al lado del hombre que ya había bajado del caballo.

Chad notó entonces la presencia de una segunda persona, una mujer.

Y fue cuando Chad los reconoció, Danielle, la amiga de Lupita, y su padre, Joe Hamilton, el padre de Ahanu.

—Joe, amigo mío. —Zalo se adelantó para recibirlos.

Como siempre, Richard se sorprendió al verlo. Ese hombre era capaz de moverse silenciosamente, resultaba tan sorpresivo como una aparición fantasmal.

—Me alegra verte aquí —continuó hablando Zalo, sin notar la mirada de Chad sobre ellos.

—Mis manos están a tu servicio, amigo mío —le dijo Joe, estrechando la mano que Zalo le tendía.

Chad había visto antes a Joe en la fiesta de Navidad y en algunas otras ocasiones, sin embargo nunca le había ocasionado un sentimiento de estupor como en ese momento.

El hombre, de no haberlo conocido, le habría provocado pavor. Sus ropas eran completamente negras y sus ojos, Dios, algo había en ellos que a Richard le daban escalofríos. Como si ese sujeto hubiera visto demasiadas tragedias en su vida y mantuviera el dolor de cada una viva en su interior, así como la furia que ellas traían a su vida.

—Zalo, he traído a Herena, como me has pedido. —Danielle, quien iba vestida con unos sencillos pantalones negros y camisa del mismo color, se adelantó. Llevaba una muñequera de cuero atada al brazo y, al alzarlo, una enorme lechuza planeó hasta posarse sobre él.

A Richard le faltó poco para lanzar una exclamación. Había visto antes hombres usando halcones, pero nunca una lechuza.

—Nos dará la visión en la noche que nos hace falta. Te lo agradezco, Danielle —le dijo Zalo, aceptando la muñequera que ella le ofrecía. El ave voló a su brazo, obediente, y esperó en silencio.

—Yo también iré con ustedes —dijo la chica—. Lupita es mi mejor amiga y se habría convertido en mi hermana de haberse casado con Ahanu. Es mi deber protegerla.

—De eso ni hablar —saltó Jack.

—Nadie te está pidiendo permiso. —Danielle le dirigió una mirada hosca.

—Demasiadas mujeres no es bueno para una misión —se quejó Jack—. La abuela Lupe también insiste en ir y no sé por qué nadie la detiene, pero no permitiré que tú salgas herida, Danielle.

—Eso no depende de ti. —Danielle se irguió, molesta, aunque su voz se suavizó ligeramente al notar la preocupación en la voz de Jack—. Puedo ayudar y haré lo que sea necesario para traer a Alex y a Lupita a casa.

—Podemos arreglarnos nosotros solos, estarás mejor aquí, Danielle, no harás más que estorbar cuando tengamos que cuidar de ti.

—Soy una mujer y mis habilidades podrían ser mucho más útiles que las tuyas, ojos blancos —replicó la chica, dedicándole a Jack una mirada asesina, bastante similar a las que Lupita solía darle a Richard cuando se enfadaba.

—No tenemos tiempo para discutir —Zalo intervino—. Vendrás, Danielle, si así lo deseas, pero ten cuidado. Te quiero como a una hija y no quiero perderte.

—Eso tenlo por seguro —añadió Joe, quien le dirigía a Jack una mirada fija que consiguió hacer sonrojar al hombre.

—Recuperaré a mi hermana. —Danielle alzó la barbilla en un gesto orgulloso—. Me mantendré al lado de mi padre, seré útil para la misión y, si mis habilidades no son requeridas, no estorbaré a nadie. Lo prometo.

Joe le dedicó a su hija una mirada llena de orgullo y asintió.

—Sé que así será.

La abuela Lupe llegó en ese momento llevando con ella varios frascos con una sustancia verdosa en su interior. Era la última parte del plan, aquello que estaban esperando para decidirse a partir.

Montaron a sus caballos. Joe tomó uno de los trozos de tela que una vez fueron parte de la ropa de cama de Lupita y se lo dio a olisquear a los perros mientras Zalo se alejaba rumbo a los establos. Él era el único que todavía no tenía una montura y Chad comprendió el motivo hasta ese momento.

Zalo se acercó a un hermoso garañón negro, uno de los mustangs de Lupita. Le acarició el cuello y el animal se acercó dócilmente a él, agachando la cabeza y rozándola contra su cuerpo. Por un segundo fue como si animal y hombre compartieran una conversación silenciosa. Entonces, Zalo sacó un trozo de tela que había mantenido en el bolsillo, un pañuelo de Lupita y lo colocó sobre el morro del animal. El caballo relinchó unos segundos después, irguiendo el cuello y pateando con fuerza el suelo con los cascos, deseoso de salir al galope. Richard se quedó con la boca abierta, estaba seguro de que el animal comprendía lo que Zalo esperaba de él.

—¿No sería mejor un perro para rastrear el aroma de la chica? —Jack le preguntó al oído—. He visto que tienen varios en el rancho, ¿por qué no los llevan?

Richard negó con la cabeza, observaba fijamente al hombre montar en el lomo del garañón. Había aprendido durante esos meses a no cuestionar las acciones de Zalo ni mucho menos a contradecirlo. Ese hombre siempre parecía saber muy bien lo que hacía.

—Los perros ladran, son ruidosos y advertirían de nuestra llegada —le dijo Danielle desde arriba de su caballo—. El garañón nos guiará a ella, él la conoce. Los lobos rastrearán su aroma sin hacer ruido. Los lobos no ladran.

Jack se volvió hacia ella sorprendido de que lo hubiera escuchado.

—¿Estas personas son humanas? —le preguntó a Richard ya en voz alta, era claro que hablar en susurros no servía.

—Te lee los labios —Chad sonrió. Lupita podía hacerlo también, era una habilidad más que su padre le había enseñado—. Y tiene razón.

—¿Quieres decir que esas cosas son lobos de verdad? —Jack le preguntó a Danielle.

La chica se limitó a sonreír como respuesta.

—¿Y cómo puedes leer los labios con tan poca luz?

—Es una habilidad que solo algunos afortunados poseemos —contestó la mujer, esbozando una sonrisa socarrona.

—Cierra la boca antes de que se convierta en un atrapamoscas y monta ya, Jack —le dijo Chad en broma—. Los caballos se ponen nerviosos cerca de esos animales, no te necesitan asustado para incrementar su malestar —continuó, subiendo a su propio caballo.

—Vámonos ya. —Zalo se acercó a ellos, montando a pelo sobre el mustang negro.

Lee había montado ya a su caballo, un animal que, si no era totalmente negro, se acercaba

bastante, y la anciana Lupe en una yegua joven de pelaje oscuro. Todos iban vestidos de negro, manteniendo la oscuridad en sus monturas y en sus cuerpos. Serían sombras asesinas esa noche.

Todos subieron a sus caballos y partieron al galope. Zalo los guio por las inmediaciones del terreno hasta adentrarse a la selva, tenían como guía a los lobos y al garañón, quien parecía ser capaz de olfatear tan bien como los canes. A Chad nunca se le hubiera ocurrido utilizar un caballo para seguir un rastro, pero Zalo no era un hombre al que había que poner en duda. Él nunca dejaría de sorprenderle.

Zalo se detuvo bruscamente, y, con una señal, los demás hicieron lo mismo. Continuarían el trayecto a pie, de modo que nada pudiera alertar a sus enemigos de su presencia.

Subieron sobre un recodo, de cuando en cuando Zalo se detenía y buscaba algo invisible a ojos de Richard, bajo las hojas secas, y continuaba. Los perros parecían haber perdido el rastro, pero no él. El paso vivo del anciano los llevaría directamente hasta el lugar donde Lupita y Alex permanecían prisioneros. Estaba seguro.

Rodearon el vado de una cascada y continuaron entre la espesa selva.

En otro momento, a Richard le habría gustado apartar la espesa vegetación a hachazos, pero no podían hacerlo allí, se movían silenciosamente, tal como Lee le había enseñado y como Zalo y los otros parecían saber hacerlo tan bien. Los únicos que hacían ruido eran Jack y el par de peones que los acompañaban, cuyos pasos lentos y torpes prácticamente resonaban contra las rocas, en comparación con los suyos.

—Ustedes esperen aquí —les dijo Joe, deteniendo a su amigo y a los dos peones bruscamente.

Jack parecía a punto de replicar, pero Richard lo detuvo con un gesto de la mano y continuaron unos pasos más. Entonces, Zalo les ordenó detenerse y siguió solo. Lo perdieron de vista entre la espesura de la selva y la oscuridad de la noche.

Pasaron varios minutos que a Richard le parecieron una eternidad antes de que Zalo regresara. Su rostro estaba crispado en una mueca entre la preocupación y la furia.

—Están en una cueva pasando un recodo por delante. Había un centinela a unos veinte metros de aquí, no tardarán en notar su ausencia, así que será mejor que nos movamos deprisa. —Miró a Chad, quien ya había comprendido que el término «había» se refería a que Zalo había matado al hombre. Tendrían que matar a muchos otros más esa noche—. Chad, es el momento.

Chad asintió. Habían acordado separarse, dos frentes les darían ventaja contra sus enemigos; unos se encargarían de distraerlos mientras los otros atacaban por la retaguardia y rescataban a los prisioneros.

—Buena suerte —le dijo Chad, estrechando la mano del hombre al despedirse.

—Regresaremos a casa con todos a salvo —le prometió Zalo, hablando en un tono solemne y firme—. Buena suerte —le dijo antes de alejarse a toda velocidad en un silencio abrumador, seguido de cerca por Lee y la abuela Lupe, que se movía como una joven de quince años.

Richard se detuvo a observar a su padre con sumo cariño; él había esbozado una sonrisa tenue antes de alejarse. Richard notó la promesa en sus ojos, Lee siempre había sido un hombre de

honor, moriría antes de regresar sin Alex y Lupita. Pero quien más lo sorprendió esa noche fue la anciana Lupe. Vestida con pantalones y camisa de hombre, el pelo recogido en un apretado moño y un pañuelo negro sobre la cabeza que cubría los pocos hilos de plata de su melena, lucía como una guerrera. Se había pintado el rostro de negro y también armado con un arco y flechas, además de una escopeta, varias navajas y una pistola. Al verla, fue claro el origen de la afición por las armas de Lupita. Lupita...

Richard sacudió la cabeza para apartar esos pensamientos llenos de temor. Sabía que no podía desconcentrarse, la vida de ella y de Alex dependían de que el plan saliera bien. No obstante, el temor de no conocer el destino de la mujer a la que amaba lo quemaba por dentro igual que un ácido capaz de corroerlo hasta las entrañas.

—Estarás bien —le prometió al silencio de la noche—. Estarás bien, amor mío.

—¿Estás listo? —le preguntó Joe Hamilton.

—Vamos —Richard asintió, adelantándose con los demás.

Llegaron a la cima de un monte. Había una hoguera en el exterior de una caverna, varios hombres sentados a su alrededor y otros dispersos por las proximidades, vigilando la noche.

—Ahora —Chad se dirigió a Danielle. La chica había vuelto a llevar con ella a la lechuza en cuanto bajaron de los caballos y en ese momento alzó el brazo, haciendo desplegar las alas del animal que alzó el vuelo al instante.

La oscuridad de sus plumas y el silencioso batir de sus alas no alertaron a sus enemigos, quienes aún permanecían ignorantes de su presencia. El animal se perdió en la noche unos segundos antes de lanzarse en picada.

—¿Cómo va a saber esa cosa dónde se encuentran los otros? —preguntó Jack en un susurro, incapaz de dominar al curiosidad que lo caracterizaba.

—Las lechuzas tienen un oído excelente, aún mejor que su visión nocturna, es así como cazan de noche —explicó Danielle en voz baja—. Zalo hará un sonido de animal que mi lechuza seguirá para encontrarlo. Es así como la he entrenado.

—Qué lista eres —reconoció Jack, sinceramente sorprendido—. Nunca lo hubiera imaginado.

—Eso pensé. —Bufó la chica, aunque una sonrisa asomó en sus labios.

—Silencio, ya viene de regreso. —Chad los hizo callar al divisar la sombra del animal sobre sus cabezas.

Danielle alzó el brazo a tiempo para que su lechuza se posara sobre la protección de cuero. Con dedos ágiles, tomó un pequeño rollo de papel enrollado a su pata y leyó:

—Se han encargado de otros dos guardias tras la loma. Están ubicados a un costado de la cueva. Es momento de actuar.

Jack se asomó al papel. No vio más que un par de garabatos.

—Es un código. Vamos —explicó ella antes de darle tiempo de preguntar, tomando una cerbatana de su espalda y uno de los frascos con la extraña sustancia que la anciana Lupe había repartido entre ellos al bajar de sus caballos.

—Vamos —Chad susurró, haciendo que Jack, Joe y los dos peones que los acompañaban lo siguieran.

Se encontraron de frente en el camino con un hombre que vigilaba la zona, pero antes de que Chad alzara la mano en la que mantenía una daga para atacar, un proyectil del tamaño de una aguja se le clavó en el cuello a su contrincante.

El hombre no emitió sonido alguno, cayó en el acto, sus ojos vidriosos perdidos en la nada.

—¿Está muerto? —preguntó Chad en un susurro.

—Deseará estarlo —le contestó Joe, pasando por encima del hombre—. Nunca volverá a despertar.

Chad tragó saliva, sopesando las palabras de ese hombre. No había preguntado qué efecto tendría la sustancia cuando la anciana Lupe le dio la botella con aquella cosa verde, suponía que sería algún veneno, no algo así. Sin embargo, después de lo visto en las últimas horas, las decenas de personas heridas, sin hogar, el rapto de Lupita y de Alex, estaba seguro de que esos hombres se lo tenían más que merecido.

Avanzaron en silencio entre la hierba hasta que llegaron a un punto donde el claro se extendía y no tendrían más remedio que dejarse ver. Pero no sin antes llevarse a la tumba a la mayor cantidad de hombres.

Joe tensó la cuerda del arco y disparó. La primera flecha dio de lleno en el pecho de uno de los sujetos sentado en torno a la hoguera. Los demás se pusieron de pie enseguida, llevándose las manos a las cartucheras para desenfundar sus pistolas. Chad corrió y disparó sus dos Colt antes de ponerse a resguardo tras un árbol, mandando al otro mundo a dos hombres.

Los peones hicieron lo propio disparando sus rifles contra los hombres que comenzaban a correr y alertarse entre ellos del ataque, buscando resguardo al tiempo que lanzaban contra ellos una lluvia de balas.

Varias flechas volaron tras las cabezas de sus atacantes, tomándolos por sorpresa. Chad no desperdició la oportunidad, corrió tras una piedra, disparando en el camino contra un hombre alto y barbudo que yacía pecho tierra y que despedía su carga contra ellos.

Una flecha cayó en picada sobre su espalda y el hombre se retorció de dolor antes de quedarse quieto. Las flechas no solo estaban impregnadas del veneno, sino que podían describir ángulos en una parábola imposible para una bala, algo que resultaba muy útil en ese momento.

Escuchó un alarido a sus espaldas y por el rabillo del ojo vio a uno de los peones caer a causa de un balazo. No se detuvo a sopesar aquello, continuó disparando, buscando cualquier oportunidad para acabar con sus enemigos.

El sonido de un gruñido a su lado lo alertó. Vio a Jack caer bajo la bala de un hombre que lo había tomado por sorpresa. El hombre se abalanzó contra el caído, llevando un enorme cuchillo en la mano para terminarlo. Chad alzó su pistola para ayudar a su amigo cuando una flecha le dio en la mano a su atacante, antes de que una segunda le llegara al cuello. El hombre miró con curiosidad el trozo de madera insertado en su piel antes de caer de bruces sobre Jack.

Danielle, arco en mano, miró con preocupación a Jack

—Estoy bien —gritó él, alzando la mano para que ella lo viera—. Tú quédate allí arriba, ni se te ocurra bajar.

—Creo que ella lo hace realmente mejor que tú —le dijo Richard, llegando a su lado para ayudarlo.

Su amigo le dedicó una mirada hosca.

—¿Por qué no sigues haciendo lo tuyo, ya que no tienes una bala en la pierna? —gruñó su compañero, haciendo a su atacante a un lado—. Sigue avanzando.

Chad asintió y avanzó más. Joe lo seguía de cerca, disparando su rifle. Escuchó un alarido y vio al segundo peón caer bajo el ataque de uno de los hombres. Chad alzó la pistola y apuntó. Un agujero teñido de negro se dibujó en la espalda del hombre que había atacado al peón, antes de caer muerto.

—Detente, Richard.

Un escalofrío recorrió por completo el cuerpo de Chad al escuchar esa voz. Una sombra apareció entre la penumbra que rodeaba la cueva, justo cuando varios hombres a caballo se abrían paso entre los muertos para llegar hasta ellos.

Y fue cuando lo vio, alto, imponente, gallardo y aterrador, erguido sobre un regio alazán oscuro: Harold Collinwood.

—Hola, hermanito —lo saludó el hombre con un gesto de puro desprecio al fijar sus ojos claros sobre Richard—, al fin te encuentro.

Capítulo 35

Richard sintió que el cuerpo se le convertía en una cosa pastosa y fría que no le obedecía en absoluto. Apenas podía coordinar los movimientos de las piernas al avanzar hacia su hermano, demasiado incrédulo de lo que estaba ocurriendo como para pensar con sensatez sobre lo que hacía.

—¿Harold? —repitió en voz baja, sintiendo una mezcla de furia y miedo. Deseó con toda su alma saltarle encima a su hermano y matarlo en ese mismo instante, pero temía por Alex y por Lupita. Si ese desgraciado les había puesto las manos encima...

—Será mejor que te quedes allí, Richard, si no quieres que te vuele la cabeza. —Su hermano mayor sonrió de oreja a oreja, apuntando una pistola hacia él—. Suelta el arma.

—No lo haré —dijo Richard, intentando pensar con cordura. Le costaba creer todavía que ante él se encontrara Harold. Después de todo cuanto había hecho para mantenerse escondido de él, había conseguido hallarlo—. En cuanto suelte mis armas, me matarás, y a todos los que vienen conmigo.

Harold soltó una carcajada.

—Sin duda me conoces, bien, hermanito. —Se acercó a él un par de pasos más, manteniendo su pistola erguida, apuntando a su cabeza—. Y porque me conoces bien, sabes que no vacilaré en matarte. No me interesa tu vida, solo la de Alex. Tú no me sirves para nada.

Richard apretó los dientes, pero se mantuvo firme, no iba a permitir que Harold le hiciera perder los estribos. Si dejaba que sus palabras le calentaran la cabeza, estaría muerto.

—¿Qué has hecho con él? —preguntó, intentando mantener una voz neutral.

—Él está bien, no le haría daño a mi propio hermano. —Sonrió de una manera que a Richard le provocó escalofríos—. Por otro lado, esa mujer tan guapa que estaba con él...

Richard apretó los puños.

—¿Dónde está ella? —gritó, incapaz de moderar el tono de su voz—. ¿Dónde está Lupita? —La voz de Richard fue un ronco gruñido que no hizo más que despertar el deleite de su hermano—. ¿Y Alex? ¿Qué has hecho con ellos?

—Tranquilízate, hermano. Los dos están aquí mismo, en esta cueva. —Señaló con un gesto de la cabeza el sitio a sus espaldas—. No iba a matarlos antes de que tú llegaras. Esto es algo que quiero que veas.

—¿Qué quieres? —La expresión de Richard sonó mortecina en su intento de moderar la furia que bullía en su interior—. Tu problema ha sido siempre conmigo, no los metas en esto.

—Tienes razón en eso, hermanito. Sin embargo, ellos también tienen parte en este asunto. A Alex lo necesito con vida, pero no dudes que lo mataré en cuanto llegue su momento. En cuanto a ti, te daré aquí mismo lo que por tantos años te has estado ganando al haberme despojado de la llave que me abriría la puerta a mis riquezas.

—Alex no es ninguna llave a nada, él es tu hermano y deberías protegerlo en lugar de intentar asesinarlo.

—Lo protegeré... Hasta que llegue a Londres y firme los papeles para cederme el título y la fortuna que le dejó nuestra madre. Después, lo que pase con él no es de mi interés.

—No permitiré que le hagas daño.

—Eso ya lo sé —Harold vociferó, cambiando su sonrisa para adoptar una expresión llena de furia—. Te has entrometido en mi camino por demasiado tiempo, Richard. Pudiste dejarme hacer lo que debía, pero no, tenías que hacerte el héroe y salvar al pobre Alex, el dulce Alex, como mamá lo llamaba. ¿Y qué hay de mí? ¿Quién se preocupaba por mí? ¡Nadie! —Tembló de rabia, apuntando con ira el arma contra su rostro—. Yo debí velar por mí, porque a nadie más le interesaba lo que me pasara. Tenía todo planeado, papá moriría y luego Alex, pero tú tuviste que meterte en lo que no te importaba.

—Alex me importaba. —Richard le mantuvo la mirada, sintiendo un poco de lástima por ese hombre loco que gritaba sandeces ante él—. No iba a permitir que lo mataras, como lo hiciste con nuestro padre. Porque tú lo mataste, ¿no es verdad?

—Debió morir esa noche, con ese infarto, pero era demasiado fuerte. Después se volvió demasiado celoso para permitirme intentarlo de nuevo. No se fiaba de nadie, ni siquiera de su hijo. Tardé años en acabar con él y, para cuando lo conseguí, no pude hacer nada, porque Alex continuaba interponiéndose en mi destino. Y tú... —Lo apuntó con un dedo acusador—. Tú no querías entregármelo.

—Jamás te habría permitido matarlo. Habría ido hasta el fin del mundo con tal de evitar que le pusieras un dedo encima.

—Siempre tuviste que arruinar todo lo que yo quería. Por eso mismo, te haré sufrir en carne viva hasta que no puedas soportar más y me supliques para que te mate.

—Puedes matarme, pero no te suplicaré por mi vida —espetó Richard.

—Quizá no por la tuya, pero dudo que no lo hagas por la de tu futura mujercita.

Richard palideció y eso provocó que Harold riera de gozo.

—¿Sabes? Cuando me enteré de que estabas por casarte no pude dejar de venir a ver a mi futura cuñada con mis propios ojos, para después despellejarla viva y que tú vieras cada instante antes de matarte. Lo que nunca imaginé fue que se tratara de una criatura tan hermosa, me tienta a ejercer el derecho de la primera noche.

—Estás demente, esa ley ha sido retirada hace siglos, además no eres el conde y ni siquiera nos

hemos casado —contestó Richard, intentando ganar tiempo al seguirle sus desvaríos.

—Hermano, creo que no te has enterado todavía. —La sonrisa se borró de su rostro al fijar sus claros ojos en él—. Yo siempre hago lo que quiero.

—No te saldrás con la tuya esta vez, Harold. —La voz de Richard estaba teñida de amenaza—. Esta vez no...

—Richard, ya lo hago. —Él soltó una risotada que le provocó ganas de lanzarle un puñetazo, pero se controló. Todavía no era el momento de atacar...

—Déjalos ir, Harold. Haz lo que quieras conmigo, pero a ellos no les hagas daño.

—¿Lo ves? Ya estás suplicando. —Su hermano le dedicó una mirada llena de ira—. Pero todavía te falta sufrir. —Harold sonrió triunfal, iba a darse media vuelta cuando Richard se enderezó y se abalanzó sobre él.

Harold le pegó un tiro que Richard esquivó por los pelos, para enfrentarse a tres matones que le salieron al paso.

Vio luces cuando uno de ellos le asestó un puñetazo en la mandíbula, al mismo tiempo que otro le daba una patada en el estómago. Cuando estuvo tirado en el piso, inmóvil, su hermano volvió a tomar la palabra, no sin antes asestarle un buen golpe por su cuenta.

—Será mejor que cooperes, Richard, si quieres volver a ver a Alex y a tu mujer con bien... —Su sonrisa se ensanchó—. Por última vez.

—Si les haces algo, te juro que te mato.

—Las amenazas las hago yo, Richard. Ahora cállate y escucha, no he venido a negociar, sino a terminar con lo que tú iniciaste. —Hizo un gesto con la cabeza y varios hombres se aproximaron, apuntando sus rifles contra él—. Ahora, dile a tus hombres que bajen sus armas y se rindan, o estarás muerto antes de que...

Una fuerte explosión provino desde el interior de la cueva, haciendo volar todo a su alrededor. Harold salió disparado por los aires, al igual que la mayoría de los hombres que lo acompañaban. Richard sonrió al notar el desconcierto en el rostro de su hermano.

Las cosas habían salido tal como las había planeado, consiguió distraer a su hermano lo suficiente como para que Zalo y Lee se colaran en el interior de la cueva y rescataran a Alex y a Lupita, antes de volar el interior del lugar con dinamita.

—¡Tú! —Su hermano lo señaló con un dedo tembloroso—. ¡Ha sido culpa tuya!

Richard se enderezó, irguiéndose en toda su altura y, por primera vez, el miedo se reflejó en los ojos de su hermano mayor.

—Oh, sí, ha sido todo culpa mía. —Richard sonrió de oreja a oreja—. ¿Por qué no vienes aquí y tratas de castigarme, como cuando era un niño?

El rostro de su hermano dejaba en claro que notaba que el pequeño niño se había convertido en un hombre, más alto y más fuerte que él.

Un hombre se abalanzó sobre Richard en ese momento y Harold aprovechó la distracción para coger su rifle. Pero otra persona le impidió disparar, una sombra oscura que le arrebató el arma

de las manos antes de darle tiempo para usarla.

—Lee... —musitó Harold, tan sorprendido como si hubiese visto un fantasma.

—Hay algo que quería darte hace mucho tiempo, mi señor —le dijo Lee antes de asestarle un fuerte golpe en las costillas que lo hizo doblarse en dos.

Entonces el caos se desató. Los hombres de García que deambulaban por la zona, vigilando el perímetro, aparecieron en ese momento atraídos por el alboroto y se unieron a los que ya estaban allí.

—¡Deténganse! ¡Detengan los disparos o la mato! —gritó alguien delante de él. Chad se volvió, maldiciendo por ser tomado por sorpresa. Uno de los hombres, un viejo de pelo canoso y panza enorme, al que Chad reconoció enseguida como el capataz de García, se asomó, llevando a Danielle a rastras bajo el brazo. Mantenía el filo de su cuchillo pegado contra la garganta de la mujer.

Chad tragó saliva. Ella permanecía con la vista fija en la nada y el rostro impassible, manteniendo una serenidad que habría enorgullecido al más duro de los hombres.

—Salgan de sus escondites y tiren las armas —gritó el hombre con voz imperiosa.

Chad dudó. Si tiraban las armas, estarían perdidos. Pero si no lo hacían, ese hombre mataría a Danielle...

Una sombra se irguió sobre el hombre y apartó el brazo del cuello de la mujer. Chad casi pegó un grito al ver que se trataba de Lupita, quien de alguna forma había surgido de las sombras y se abalanzaba contra el capataz para defender a su amiga.

Alex salió de la oscuridad tras ella y le asestó al atacante un golpe con una enorme roca que llevaba entre las manos. El hombre gritó y gruñó, deshaciéndose de Lupita de un empujón antes de arremeter contra Alex.

La bala de Chad le dio justo en el centro del pecho y el hombre cayó sobre las rodillas, llevándose las manos al sitio de donde comenzaba a manar una gran cantidad de sangre.

—Maldición... —masculló escupiendo sangre antes de caer de bruces contra la tierra.

Uno de los hombres se dio prisa en lanzarse contra Alex al ver lo que creía que había hecho contra su compañero, pero un enorme perro le salió al paso y se le lanzó al cuello. Fue en ese momento cuando Zalo surgió de la oscuridad, blandiendo pistolas y cuchillos contra sus atacantes.

Tras ellos, oculta tras una roca sobre una cima cercana, la anciana Lupe disparaba contra sus enemigos con el rifle, acertando con una puntería envidiable.

Chad no se había quedado atrás, y tampoco Joe, siguieron avanzando, tomando terreno contra sus enemigos.

Richard no tenía idea de con quién estaba peleando, solo daba puñetazos y hachazos con el arma que había encontrado clavada en la espalda de uno de los caídos, a diestra y siniestra, sin perder de vista a su hermano mayor. Harold no se iba a escapar de su furia esa noche. Lo halló en medio de la multitud, disparando oculto tras unos matorrales.

Harold lo vio justo cuando se acercaba y salió corriendo, huyendo de él.

—No tienes oportunidad, Richard —le gritó Harold, apuntándole con un arma—. ¡Diles que tiren sus armas!

—No nos rendiremos, Harold —Richard habló antes de que su hermano le disparara.

—Tu puntería es tan grande como tu estupidez —se burló Richard, escondiéndose tras una roca para esquivar una nueva bala.

—¡Sal y pelea como los hombres! —Su hermano le disparó una vez más.

—Con gusto lo haré. —Richard se abalanzó sobre él y Harold disparó otra vez.

Pero nada sucedió.

—Te dije que eres imbécil, ni siquiera llevas la cuenta de las balas que has disparado —le dijo Richard y le asestó un golpe en la mandíbula con todas sus fuerzas para desquitar en ese golpe años de abuso y rencor.

Harold se tambaleó y cayó de culo contra el barro antes de que Richard se abalanzara sobre él y lo levantara por el cuello.

—Anda, pelea —gruñó, poniéndolo sobre sus pies—, llevo mucho tiempo deseando verte frente a frente, hermano —le dijo antes de darle otro golpe que hizo recular una vez más a su hermano.

—¡Espera, no más! —chilló Harold, cubriéndose el rostro con las manos cuando Richard se acercó a él para levantarlo una vez más—. ¡Me rindo! ¡No me pegues!

—¡Levántate!

—Me rindo —gimió en un sollozo—. Piedad, por favor, piedad...

—¿Tuviste alguna vez piedad de Alex? —Richard lo sostuvo por las solapas de la camisa—. ¿Tuviste piedad de mí, cuando era un niño y tú un hombre? ¿Habrías tenido piedad de los que secuestraste en esta cueva? —Su voz estaba teñida de odio.

—Chad, ya es suficiente... —Richard sintió la mano de Lupita sobre su espalda—. Se ha rendido.

Solo entonces notó que todo había terminado. Zalo y Lee tenían detenidos a sus atacantes y en ese momento los estaban atando y amordazando. Joe arrastraba a los muertos en un rincón aparte y, mientras Danielle atendía a Jack, la abuela Lupe ayudaba a Alex a calmarse. El chico todavía parecía bastante alterado por lo ocurrido.

—Chad, Alex te necesita. No puede verte tan... enfadado. —Lupita buscó la palabra adecuada—. Deja que mi padre se haga cargo de este. —Miró a Harold con el ceño fruncido.

Richard sabía que ella tenía razón, pero le costaba mucho ceder.

Tantos años teniendo que huir del hombre que amenazaba la vida de su hermano y la suya, quien en ese instante había atentado contra la mujer que amaba. Ese hombre que no habría tenido compasión.

Miró a Alex. Sus ojos claros estaban llenos de lágrimas. Lo necesitaba. Y necesitaba a un hermano cariñoso, alegre y decidido, a su Chad de siempre. No al Chad lleno de odio en el que se había convertido en ese momento.

—Tienes suerte de que en este mundo no todos sean un pedazo de mierda, como tú —le espetó a Harold antes de soltarlo.

Lupita sonrió y lo abrazó, agradecida de que él no fuera más lejos en su venganza.

—¿Estás bien? —Chad la apartó para examinarla con detenimiento—. ¿Te han hecho daño?

Lupita sonrió, negando con la cabeza.

—Mi amor, si te hubiera pasado algo... —La voz de Chad estaba teñida de preocupación—. Me hace tan feliz verte con bien, amor mío.

—Estoy bien, Chad. Alex me defendió como un valiente, le debo tanto. —Ella miró al muchacho, sentado junto a la abuela Lupe, Danielle y Jack—. Me siento muy orgullosa de él. Por favor, vamos a verlo ahora. Él tiene muchas ganas de hablar contigo.

—Bien, vamos.

—Ve, yo cuidaré de él.

Richard dudó, pero asintió. Necesitaba alejarse de Harold o terminaría metiéndole un plumazo entre las cejas o matándolo a golpes.

—¡Chad! —Alex corrió hacia él al verlo, abriendo los brazos con la intención de abrazarlo. Pero entonces se detuvo a medio camino, su sonrisa mudó a un gesto de pavor.

Richard se volvió enseguida, desenfundando su arma, pero ya era tarde.

Lupita estaba empapada en un líquido que Harold acababa de echarle encima.

—Te dije que pagarías —gritó su hermano antes de que Richard le metiera una bala en la cabeza.

El cuerpo de su hermano cayó al suelo, inerte. Pero ya era tarde. Una cerilla escapó de los dedos de su hermano y cayó sobre ella. Ante sus ojos, Lupita ardió, convertida en una antorcha humana sin que él pudiera hacer nada para evitarlo.

Capítulo 36

Richard corrió hacia ella y la tumbó al suelo golpeando las llamas con las palmas de las manos. Enseguida estuvo sobre él Zalo y cubrió a su hija con una manta, entre ambos continuaron dándole palmadas para sofocar las llamas, hasta que finalmente no quedó más que ropa chamuscada y piel quemada.

Lupita gimió ligeramente, intentando ser valiente mientras Chad la cargaba en brazos. Zalo gritaba algo, pero él no lo oía. Todo cuanto quería era llevarla a un lugar donde pudiera ser atendida por un médico.

La abuela Lupe lo alcanzó en el camino y forcejeó con él. Fue en ese momento en el que se percató de que Zalo también intentaba detenerlo. Sintió un fuerte bofetón y se sorprendió al notar que había sido la anciana quien se lo dio.

—Debemos limpiar sus heridas ahora —le gritó la abuela Lupe—. Más tarde podrían infectarse, debemos ver el daño que su piel ha sufrido.

—Debe verla un médico.

—Chad, suéltala ahora. —Zalo le arrebató a su hija de las manos y la llevó en brazos hasta una manta que la anciana disponía para ella.

Con ojos colmados de lágrimas, notó que Zalo comenzaba a cortar las ropas chamuscadas de su hija al tiempo que la anciana vertía agua sobre las heridas de Lupita.

Ella gritó, el dolor que debía sentir en ese momento era demasiado abrumador.

—¡Alto! —chilló, intentando acercarse para detenerlos, pero Joe lo sujetó antes de que pudiera dar un paso—. ¡Le están haciendo daño, por favor!

—La abuela Lupe sabe lo que hace —le dijo Joe, hablando en un tono firme, pero amable—. Déjala trabajar si deseas lo mejor para Lupita, ella debe actuar cuanto antes si quiere salvar la vida de la chica, y no necesitan que tú les estorbes.

—Pero...

—Chad, déjame ver tus manos. —Danielle se había aproximado a él y tomaba con delicadeza una de sus manos—. Tienes quemaduras graves, debemos curarte enseguida o podría infectarse.

—No me importa, ¡no te preocupes por mí, hay que salvarla a ella! —gimió, sintiendo un nudo en la garganta.

—Si quieres ayudar a Lupita, cállate y presta atención. —Joe se paró frente a él, bloqueando la

vista que tenía de Lupita gritando de dolor ante las curaciones que le hacía su abuela—. Debemos trasladar a la chica al pueblo, pero para ello necesitaremos los caballos. Tu amigo también está herido, también uno de los peones que nos acompañó. Te necesitamos sereno, Chad, en especial Alex, el pobre muchacho está muy asustado y verte así no hará más que empeorar su estado. Deja que Danielle vende tus heridas, a nadie le sirve que pierdas las manos. Después iremos por los caballos y llevaremos a todos al pueblo.

Chad asintió, siguió a Danielle hasta un sitio apartado donde ella pudiera curarle las heridas de las manos, aunque todo lo que deseaba en ese momento era correr al lado de Lupita.

—Se ha desmayado —le dijo la chica al notar su preocupación cuando advirtió que Lupita ya no gritaba—. Es por el dolor... Es mejor así.

—Sus heridas... ¿La abuela Lupe podrá salvarla? —Chad le preguntó en voz baja—. ¿No sería mejor llevarla enseguida al médico?

—Ningún médico podrá ayudarla como lo hace ahora mismo esa anciana. —Danielle le dirigió una mirada llena de significado—. Puede que de donde vengas no creas en las cosas que nosotros creemos, pero eso no significa que no exista un poder superior al que cualquier médico puede acceder con medicinas corrientes.

—¿De qué estás hablando?

Danielle sonrió ligeramente.

—Creo que sabes de qué hablo —y acercándose más a él, añadió en un susurro—: magia.

—Eso... Eso no...

—No tienes que creerlo, solo ten fe. —Danielle suspiró—. Después de todo, la abuela Lupe dice que la magia, la magia pura y verdadera, viene de nuestro creador.

—¿De verdad crees que ella podrá salvar a Lupita?

—No solo salvarla, la ayudará mucho más que cualquier médico. Ya lo verás, solo ten fe y reza por ella. —Apretó el vendaje con delicadeza y lo miró—. Estás listo, ahora ve por los caballos. Iré a ayudar a la abuela.

Chad miró a Alex, permanecía sentado junto a Jack y Lee, llorando en silencio con la vista fija en Lupita.

—¿Estás listo? —Joe se aproximó a él.

—Sí, lo estoy. —Miró una vez más a Lupita. En ese momento comenzaba a despertar, el dolor se reflejaba en su mirada.

Y decidió que nadie, jamás, volvería a hacerle daño a la muchacha.

—Joe, hagamos esto cuanto antes —le dijo con voz áspera—. Tengo algo importante que hacer.

—¿Y eso qué es? —preguntó el hombre, mirándolo con el ceño fruncido.

Chad le dirigió una mirada que le provocó escalofríos.

—Voy a terminar con esto de una vez por todas.

Richard estaba tan furioso como nunca lo había estado. Lupita yacía en cama, muy mal herida, las curaciones de la abuela Lupe la habían ayudado en gran manera, incluso el médico estuvo de acuerdo cuando la revisó ese día. No obstante, al verla, Richard no pudo contener las lágrimas.

La chica se encontraba sedada, sin embargo se notaba el dolor en su rostro dormido. Un rostro antes hermoso, pero que en ese momento lucía rojo e inflamado, desfigurado por completo. Eso no era lo peor. La mayor parte de las quemaduras graves las había recibido en el cuerpo; un vendaje cruzaba por su hombro, brazo y buena parte de su vientre, allí donde el fuego había quemado más profundamente la carne.

Se sentó a su lado en la cama y tomó su mano envuelta en vendajes aromáticos impregnados con la medicina que la abuela Lupe había puesto en ellos. La anciana no se separaba de su lado, embebía las vendas y medicinas de su nieta con sus propias pociones medicinales, que aunque hasta ese momento no habían surtido gran efecto, parecían ayudar a menguar el dolor, pues cuando Chad tomó su mano, ella no se quejó.

Sentía tanta rabia como preocupación. Lupita estaba mal herida y Alex también, pero de forma diferente. Su hermano apenas hablaba y no paraba de llorar, temeroso de que los hombres malos regresasen por él y por Lupita.

Richard sabía que era tiempo de cambiar la estratagema de sus actos. No iba a permitir que García volviera a herir a la gente que amaba. Apegarse a la ley no le había funcionado. Ya comprendía que la justicia jamás haría pagar a ese hombre. Por desgracia, en este mundo, hombres corruptos como él, con el poder y el dinero para comprar a la ley, estaban acostumbrados a salir bien librados de sus crímenes y a actuar con la libertad que les diera la gana, sin sentir el menor remordimiento por las personas que herían en el camino.

García no solo había actuado contra el rancho y la familia de Lupita, se había mofado de lo acontecido públicamente. Al llegar al pueblo la mañana del incidente de Lupita, se burló de ella ante todos los presentes. Richard perdió los estribos al oírlo y prácticamente lo molió a golpes, antes de que sus guardaespaldas lo detuvieran y le dieran una paliza. Y mientras los puños de esos gorilas lo golpeaban, García se reía, gritando a todo pulmón que no pararía hasta verlo a él y a toda la familia de Zalo completamente destruidos.

El comisionado de policía no hizo nada contra ese desalmado, ni siquiera cuando el desgraciado confesó públicamente haber sido el causante del secuestro de Lupita y Alex, y del desastre en las tierras de El Janto y de los ranchos vecinos. Ese funcionario fue impuesto por el mismo García, quien había movido sus influencias y poder para destituir al anterior, aquel buen hombre que se había puesto los pantalones para ayudar a Richard y detener los abusos de la gente del matón sobre el rancho El Janto. El nuevo comisionado era un títere más en el pueblo. No haría nada contra el terrateniente, ni por ayudar a la familia de Zalo y a la demás gente del pueblo.

Pero ya había sido suficiente. Richard había aguantado demasiado manteniéndose al margen, con la esperanza de que la ley hiciera justicia. Todo en vano. No más. ¡No más! García no volvería a dañar a la gente que amaba. Él se encargaría de implantar justicia con su propia mano.

—Nadie volverá a dañarte, mi amor —le dijo en voz baja—. Haré justicia con mi propia mano y ya nadie, nadie, volverá a intentar siquiera pensar en actuar contra ti o tu familia. Te lo prometo.

Se inclinó y besó su frente, cubierta de vendajes. Su hermosa caballera negra había desaparecido, así como el color dorado de su piel. Lupita estaba muy débil, dejarla en ese estado era una tortura, pero no permitiría que ella despertara en el mismo mundo que la había sumido en ese atormentado sueño.

Cuando Lupita volviera a despertar, lo haría en un mundo mejor. Un mundo donde ya nadie pudiera dañarla.

Él se encargaría de ello.

Capítulo 37

El brillo de las llamas iluminaba los rostros de los guardias en torno a las hogueras, dispersas aquí y allá en las inmediaciones de la enorme casa de los García. Sin duda, el viejo había tomado precauciones después de su venganza.

Zalo aulló como un lobo y Chad se movió con rapidez, corriendo alrededor de la casa. Era la señal para entrar.

Chad había tenido la intención de ir solo esa noche, no quería que nadie más cargara con las consecuencias de sus actos ni tampoco con el peso que conllevaban. Sin embargo, esa noche, cuando fue por su caballo dispuesto a emprender el plan que había tramado, se encontró con Zalo.

—He de acompañarte —le dijo el hombre, sin más—. Es a mi hija a quien atacaron, sus lágrimas no quedarán sin ser vengadas por su padre.

Chad sabía que no tendría forma de oponerse. Tal como Zalo le había dicho antes, estaba en su derecho. García se había pavoneado, contento de ver a su rival caído. El Janto, el rancho por el que tanto habían luchado, estaba destruido, así como la mayoría de los ranchos vecinos. Una obra más de García y su avaricia.

Decenas de hombres, mujeres y niños quedaron sin hogar. Había tantos heridos como nunca había visto en su vida. Gente inocente muerta, personas que solo intentaban seguir con sus vidas de forma pacífica, que nada de culpa tenían, pero de algún modo sus caminos terminaron interponiéndose en el de un ser sin corazón, sediento de poder, un ser sin conciencia que jamás se detendría en su afán de reclamar riquezas materiales para sí mismo.

Y entre aquel océano de maldad y devastación, para aquel monstruo, su mayor trofeo había sido desfigurar a la preciosa hija de su vecino, aquella muchachita que los había humillado continuamente rechazando las propuestas de matrimonio de sus hijos.

Entre risas, esa tarde el hombre les había gritado en sus propios términos cuál había sido el mayor trofeo de su victoria:

—Lupita Lobos ya nunca volverá a mirar en menos a nadie, ahora serán todos los que posen los ojos sobre ella quienes se horrorizarán al verla, como se lo tenía merecido —declaró entre risas de satisfacción.

Zalo no consiguió controlarse al escuchar aquello y le pegó un buen puñetazo. El arrebato le costó la cárcel, no estaría más que unos días, pero fue un recordatorio del poder que continuaba

teniendo García.

Nada había cambiado. Él seguía siendo poderoso e, incluso sin sus hijos, había vencido en su deseo de acabar con su vecino. Ese hombre había destruido la vida de tanta gente que ni siquiera él podía llevar la cuenta, y había salido impune.

Se sabía a salvo, pues nadie le pondría cara, sus crímenes nunca recibirían castigo. O eso creía...

La noche caía en la hacienda de García. Habían dejado a los caballos atrás para no llamar la atención. Se aproximaron a las inmediaciones de la casa del terrateniente a pie, sigilosamente, del mismo modo como lo habían hecho en la cueva. Richard avanzó entre las sombras, protegido por la oscuridad. Caminaba sin hacer el menor sonido, tal como Lee le había enseñado. Llevaba ambas pistolas al cinto, cargadas y a punto para usarlas. No obstante, era una larga y delgada espada la que empuñaba en su mano.

Entró en la estancia a oscuras, un ronquido le dio aviso con anticipación de que era el sitio que buscaba, la habitación donde García dormía.

Richard alzó la espada, regalo de Lee hacía tantos años, y puso la afilada punta contra la garganta del hombre. La respiración acompasada se detuvo bruscamente al tiempo que los ojos de García se abrían de par en par, sorprendido por la invasión.

—¿Qué? —Carraspeó, atragantándose ligeramente con su saliva—. ¡Tú! —gruñó al reconocerlo—. ¡Vas a morir por esto, gringo! —Una mano cubrió su boca, silenciándolo en el acto.

—Él no está solo aquí. —Zalo había emergido de entre las tinieblas, rápido y silencioso como un fantasma—. No te olvides de mí al recordar quién te hizo esto.

—Y en realidad, soy inglés —siseó Richard, hundiendo ligeramente el filo en la carne trémula del cuello del hombre. Un hilillo de sangre bajó por la barba oscura, salpicada de canas, y manchó el camión blanco del hombre—. Ponte de pie —ordenó con voz seca, apartando de un manotazo las sábanas que todavía cubrían el cuerpo de García.

—¿Qué es lo que quieren? —preguntó cuando recuperó el habla, mirando a ambos hombres, uno a la vez.

—Sabes muy bien a qué hemos venido —contestó Richard, enterrando un poco más el filo en el cuello de su enemigo.

El hombre gruñó, apretando los dientes para amortiguar el grito de dolor que deseaba escapar por su garganta.

—De prisa, ponte de pie y ve al escritorio de tu estudio. Haz lo que te ordenemos, a menos que quieras que te rebane el cuello aquí mismo.

Su español no era muy bueno, pero el hombre lo comprendió. García se movió lentamente, con el cuerpo trémulo bajo el acero afilado que Richard no apartaba de su cuello. Con disimulo introdujo la mano bajo la almohada, pero enseguida, los movimientos suaves se volvieron frenéticos al no hallar lo que buscaba.

—¿Crees que sería tan idiota como para dejarte esto al alcance? —Richard sonrió, alzando el arma que antes García había tenido oculta bajo su almohada—. Anda, haz lo que te digo. Al siguiente movimiento que hagas sin que te lo ordene, te rebano el cuello. Es una promesa.

El hombre supo que no bromeaba. Se puso de pie y miró a su alrededor, buscando algo en la oscuridad.

—Tu puta está a salvo, si eso es lo que te preocupa —Richard prácticamente le escupió—. Fue bastante cooperativa cuando la sacamos de aquí bajo la amenaza de morir si hacía un solo ruido para alertarte. Y si lo que buscas es a alguno de tus hombres, me temo que ya no nos acompañan en este mundo. Tendrás que hacerles rendir cuenta cuando te reúnas con ellos en el más allá.

—Desgraciado... No te saldrás con la tuya. —García apretó la mandíbula, haciendo rechinar los dientes.

—En realidad, ya lo he hecho. —Richard sonrió al clavar la espada en su carne, provocando que el hombre soltara un tremendo grito de dolor.

Por un instante, la crueldad de los momentos vividos al lado de su padre se reavivó. Sin embargo, al recordar lo que ese desgraciado le había hecho a Lupita, a Alex y a toda la gente inocente fue suficiente para hacerlo continuar.

Salieron por la puerta y caminaron por el pasillo hasta una habitación elegante, ubicada en el piso inferior. El estudio de García era imponente, todo en acabados de lujo de maderas finas, cuero y terciopelo. Sin buen gusto, como si un primate hubiera elegido un montón de cosas brillantes y bonitas y las hubiera mezclado en una sola habitación.

Zalo condujo a García a punta de pistola hasta la silla frente a su escritorio, una de las sillas de invitados, no la enorme butaca forrada en terciopelo rojo que era su lugar habitual.

El hombre notó que alguien más estaba sentado en la otra silla, a su lado, y por poco pegó un grito al darse cuenta de que se trataba de su hijo. Su último hijo vivo.

—¿Qué es esto? —espetó al ver al muchacho atado y amordazado a su lado. Y junto a él, un hombre alto y fuerte, apuntando su arma a las sienes del chico —. Es mi hijo, ¡no lo metan en esto!

—¡Cállate o le vuelo los sesos! —El arma de Jack apuntaba firme sobre la sien del muchacho, provocando que los ojos del chico, abiertos de par en par, reflejaran terror.

—Tú decidiste meter a nuestra familia, ahora paga las consecuencias. —La voz de Richard sonó seca, sin vida.

—Por favor... —el hombre suplicó—. Es mi único hijo. El único que me queda.

Un ramalazo de piedad pasó por Richard, pero no fue suficiente para hacerlo desistir.

—A él no le pasará nada mientras tú cooperes —le dijo Richard, tomándolo por el cuello del camión y acercándolo al escritorio.

Zalo le aproximó un montón de papeles que depositó frente a él.

—Fírmalos y pon en ellos tu marca —siseó Zalo—. Y no dejes ni uno sin hacerlo, o será tu hijo quien se lleve el pago por tu desobediencia.

Una luz se encendió en la estancia, una lamparilla que iluminó el rostro de Lee, oculto entre las

sombras hasta entonces.

García parecía tan sorprendido de verlo, pero optó por no decir nada y prestar atención a los documentos en los que debía plasmar su firma.

—¿Esto...? —musitó entre dientes, furioso—. ¿Pretendes que ceda mi fortuna y propiedades entre las personas de esta comunidad? ¡Jamás!

—Lo harás, si no quieres morir. —Zalo le apuntó con su arma—. Pero antes, verás morir a tu hijo. De eso me encargo yo.

—Esto no te servirá de nada, en cuanto salgan por esa puerta daré cuenta a la policía de lo que han hecho y anularé todo esto —gruñó, lanzando la pluma y la tinta que le ofrecían contra la pared.

—Eso no podrá ser —Richard se acercó a él, sus ojos brillantes eran aterradores al mirarlo—, ya que nunca saldrás de esta habitación con la capacidad de hablar...

—Mátame si quieres, y a mi hijo también —espetó García—. ¡Mis hombres te matarán nada más verte y también a tu familia! —amenazó el hombre, recobrando un poco del valor que parecía haber perdido.

—Sin duda eso sucedería si las cosas fueran como tú las planeas. —Richard sonrió, socarrón—. Por desgracia, ya no queda nadie para vengarte.

—¿Qué? —García tembló, provocando que su enorme papada se moviera como la de un pavo asustado—. Eso es imposible.

—No, en realidad no. —Richard sonrió—. Todos pueden morir, García. A todos les llega el momento de pagar por sus crímenes, incluso a ti.

—Si eso fuera cierto... nada impediría que me mataras cuando termine de firmar esos papeles. —Miró la montaña en el escritorio ante él—. ¿Por qué habría de hacerlo?

—¿Intentas negociar? —preguntó Zalo, frunciendo el ceño—. Porque no lo conseguirás. No saldrás de aquí en dos piernas.

—En ese caso, no lo haré. Mátenme, pero nadie tendrá nada que no merece.

—Estos terrenos pertenecían a la gente a la que tú se los arrebataste. La fortuna que guardas no es tuya; el fruto del robo a los más pobres jamás será tuyo —Zalo habló, destilando rabia en cada palabra—. Este, por otro lado, es un acto de justicia y lo que vas a recibir es lo único que mereces.

—Y me lo llevaré a la tumba. —Sonrió, socarrón—. Adelante, mátenme. No obtendrán nada de mí.

—En realidad, te estábamos dando una última oportunidad de redimirte —le explicó Richard—. De limpiar en parte tu nombre... Verás, no necesitamos tu firma. En cuanto tú mueras, tu hijo será el dueño de todo y él se ha mostrado mucho más cooperativo que tú con nosotros.

—¡Imbécil! —García miró a su hijo—. ¿Qué les has dado?

El joven meneó la cabeza de un lado al otro. Jack le arrancó la mordaza para que pudiera hablar.

—He firmado padre, les he dado lo que querían —se explicó el chico—. Dijeron que así no me

matarían. Solo a ti...

—¡Desgraciado!

—La lealtad que te has ganado con tus actos, lo que te mereces, nada más —le dijo Richard—. Pero no te preocupes, dentro de poco él no te recordará. Ni tampoco quién es. Saldrá de viaje en un barco rumbo a África, lo que siempre ha sido su sueño. Y nunca más volverás a verlo, ni él tendrá que verte.

—¿Qué has dicho? —La voz de García se había teñido de terror—. ¿No recordará?

—La familia de tu vecino está acompañada por la magia, ¿no lo sabías? —Richard se acercó a él solo lo suficiente para que el hombre pudiera ver la satisfacción que su terror le provocaba.

—Tonterías. No son más que creencias absurdas, supersticiones. Es ridículo pensar que sea cierto... —el hombre tartamudeó.

—Harías bien en saber que, a veces, lo que la gente cuenta es real... —Richard se acercó aún más a su rostro, aumentando el terror en el hombre postrado ante él—. Y tú te has condenado al tocar a la gente que yo amo. Has liberado al demonio que llevo dentro y te llevaré de vuelta al infierno de donde saliste.

—No te atreverías... ¡Soy el hombre más poderoso de la región! —gritó García hasta que Richard le asestó un golpe en la mandíbula que lo hizo chillar de dolor.

—Me he hartado de escucharte, escoria —siseó Richard—. Ahora haz lo que te diga y dejaremos vivir a tu hijo. Niégate y morirán ambos. Y cuenta con que, de todos modos, conseguiré lo que deseo.

—¿Qué gano entonces yo?

—La vida de tu hijo, miserable. Algo ha de valer para ti, si es verdad que te importa un poco este chico.

—Mátalo. Mátalo, pero déjame vivir —suplicó el hombre.

El rostro de Richard se colmó de repulsión mientras el del muchacho se tornaba violáceo por el terror y la ira.

—¡No me maten! ¡No me maten, he hecho lo que me han pedido! —chilló el muchacho igual que un cerdo, retorciéndose a los pies de Jack.

—¡Cállate! Demuestra un poco de dignidad. —Jack lo zarandeó con fuerza, hablando en inglés.

—Déjame vivir. —García retomó la palabra—. Haré lo que quieras, te daré lo quieras, lo juro por mi vida, pero déjame vivir.

—No confío en tu palabra —dijo Richard—. Pagarás, te has ganado tu castigo y ahora lo tendrás. ¡Ya nunca más podrás dañar a nadie!

—¡No! —gritó García, intentando liberarse, pero en cuanto intentó ponerse de pie, Zalo le dio un golpe con la culata de la pistola y el hombre cayó una vez más sobre el asiento—. No me maten, no me maten por favor. Haré lo que quieran.

—Queremos que pagues por tus crímenes —le dijo Zalo, sus ojos negros eran dos pozos profundos que hicieron estremecer de terror a García.

—¿Quieren que me entregue al comisionado de policía?

—Eso no, ya has estado en ese lugar antes, pero el dinero compra casi todo en este país, incluida la justicia. Y yo quiero que pagues. —Zalo se inclinó ante él y depositó un frasco diminuto de color oscuro.

—¿Qué? —García tragó saliva, de pronto tenía la boca muy seca—. ¿Qué es eso?

—Tu cárcel. —Zalo destapó el frasco y se lo alargó—. Por el resto de tu vida.

—¿Veneno? —García palideció—. ¿Van a matarme, a pesar de todo?

—No, oh, no. No morirás. —Zalo lo miró a los ojos, llevando la boca de la botella a los labios del hombre—. Vivirás para pagar por tus crímenes, encerrado en un lugar donde ya nunca más podrás dañar a nadie.

El hombre intentó apartarse, pero Richard lo sostuvo por el pelo y lo obligó a abrir la boca mientras Zalo vertía todo el contenido en su interior.

—¿Qué me han hecho? —chilló García, estremeciéndose en su asiento.

—Tu cuerpo es ahora tu prisión. —Zalo se puso de pie y se dirigió a la puerta llevando consigo los papeles—. Nunca podrás escapar de ella.

Jack lo siguió, llevando, con ayuda de Richard, al muchacho todavía atado y amordazado. Lee apagó la lámpara antes de acompañarlos.

—Hasta pronto, García —le dijo Zalo, mirando los ojos vidriosos de su enemigo—. Te deseo una larga vida.

Afuera, la luz de las hogueras iluminaba los rostros de cientos de hombres que yacían sobre el césped, rígidos como muertos. Solo que no estaban muertos.

Sus ojos abiertos se movían de un lado al otro, era el único signo de vida en aquellos cuerpos catatónicos. Sus bocas estaban abiertas e inmóviles, se habían petrificado en un grito de socorro silencioso que jamás nadie oiría. Su voz, así como sus almas, yacían encerradas en el interior de sus cuerpos agarrotados en posturas de terror que habrían hecho temblar de miedo hasta al más valiente de los hombres.

Capítulo 38

—Han sido maldecidos —le contó Danielle a Lupita esa mañana, más animada que preocupada. A su pesar, una sonrisa se dibujaba en sus labios, el placer de saber que aquellos que habían hecho daño a la gente que amaba estaban pagando su mal. Un sentimiento por encima del deber de la compasión que una dama noble y cristiana debe demostrar por el dolor ajeno—. Todo el pueblo habla de ello. Se dice que encontraron a García casi muerto. Estaba tendido sobre su escritorio, tieso como una estatua. Creen que lleva así varios días, no se sabe cuántos porque nadie puede decirlo, ni siquiera él. No habla, no se mueve, no responde a nada. Es como si estuviera muerto, pero no lo está. Respira, pero nada más, ni siquiera mueve los ojos como los otros, ni siquiera puede cerrar los párpados.

—¿Los otros? —la voz de Lupita sonaba hueca, casi vacía.

—Sí, la gente dice que la maldición no solo cayó sobre García, sino también sobre todos los hombres que trabajaban para él. —Intentó buscar las palabras que menos afectaran a su amiga—. Se dice que los encontraron a todos inmóviles y rígidos como estatuas. ¡Todos! Incluso los que estaban en los establos y en los campos. Todos los que servían a García... Excepto a su hijo —aclaró—, nadie sabe qué sucedió con Gregorio, pero se dice que los fantasmas de sus hermanos debieron de llevárselo con ellos antes de que la maldición también cayera sobre el chico.

—Qué tontería —musitó Lupita, con desgano.

—La gente dice que los García han sido maldecidos por tu familia, como venganza por lo que les hicieron...Y en verdad no sé si sea cierto, pero si es así, me alegro mucho. Está mal que lo diga, pero me alegra que les pasara eso —musitó Danielle, y Lupita vio en sus ojos la rabia que destilaba por ese hombre—. No tenían ningún derecho.

—Entiendo —Lupita dijo para evitar que su amiga tuviera que seguir explicando lo que ya era obvio. Le bastaba con verse en el espejo para saber que su cara le recordaba el mal que García había hecho.

—Ahora los hombres no se atreven ni a acercarse a las tierras de los García —continuó hablando su amiga—. Todos aquellos que no estuvieron ese día en el rancho, los han abandonado. Temen que les pase lo mismo si apoyan a García nuevamente y se dice que miran a tu padre con miedo y con respeto. Nadie volverá a hacerles daño a los Lobos, Lupita. —Danielle tomó su mano y la estrechó con sumo cariño—. Nadie.

Lupita abrió mucho los ojos, sorprendida por aquella declaración. Pero incluso ese gesto tan simple le provocó mucho dolor.

—Y eso no es todo, han encontrado unos documentos, Lupita —le explicó Danielle, sonriendo—. Los terrenos de García han sido distribuidos entre sus dueños originales y toda su fortuna fue donada a la iglesia. Se dice que es una redención divina, que un ángel vengador bajó del cielo para hacerle pagar por sus crímenes antes de encerrarlo en su cuerpo, donde jamás dañará a nadie.

De haber podido, Lupita habría sonreído por aquella noticia, pero la verdad era que no tenía fuerzas ni ánimos, ni la capacidad de hacerlo. El dolor todavía era terrible y con dificultad conseguía hablar.

—Mírame, hablando como un perico y tú haciendo esfuerzos por contestarme, discúlpame, querida amiga. Soy tan torpe... —Danielle se puso de pie y tomó una jarra con agua y un vaso de la mesita de noche—. ¿Deseas beber algo?

Lupita asintió y su amiga colocó el vaso sobre sus labios. El agua que no pudo tragar resbaló por su barbilla y Danielle se dio prisa en limpiar su cuello húmedo.

—¿Te apetece algo de comer? Cuando llegué, tu abuela me dijo que el caldo ya estaba casi listo.

Lupita negó con la cabeza. Últimamente nunca tenía hambre. Se sentía devastada, todo el cuerpo le dolía muchísimo y no tenía ánimos para nada. Ni siquiera esa hermosa habitación con vista a la plaza principal del pueblo, la habitación de su abuela en su hermosa mansión, que antaño siempre le había provocado alegría, ya no conseguía animarla.

Danielle acarició su rostro con suma ternura, cuidando de tocar la piel sana para no lastimarla.

—Debes comer, amiga mía. Estás muy delgada y morir de hambre no ayudará en nada. Ahora mismo puedo ir a buscar un plato de caldo para ti.

—No.

—Solo un poco...

—He dicho que no —Lupita la interrumpió—. El fuego no me hizo idiota, Danielle. Sé lo que quiero y lo que no, y ahora no quiero comer.

—Lo siento, yo...

—Déjame sola, por favor. —Lupita volvió la cabeza hacia la ventana, fijando la vista en el cielo cubierto de nubes.

—Lupita...

—Déjame sola —repitió, sin verla.

—Lupita, por favor, solo intento ayudarte...

—¡Déjame sola! —gritó lanzándole lo primero que encontró, que por suerte resultó ser un cojín que no le hizo daño a la joven. Al menos físicamente, pero los ojos de la muchacha se llenaron de lágrimas.

—Lo siento, Lupita, lo siento tanto... —Danielle sollozaba, alejándose con pasos torpes hacia la puerta.

—¿Qué está sucediendo aquí? —Zalo entró en la habitación, su rostro crispado por la preocupación.

Lupita lo observó a través del velo de lágrimas que cubría sus ojos.

—Nada —contestó Danielle—. Si me disculpa, debo marcharme. Mi padre me necesita.

—Por supuesto... Dale mis saludos, por favor, querida. —Zalo observó a la joven desaparecer por el pasillo antes de dirigirse una vez más hacia su hija.

—El médico ha venido a verte, querida —le informó su padre, avanzando hasta la cama donde Lupita yacía. Las lágrimas le escocían y Zalo se preocupó al verla.

Antes de lo ocurrido, a Lupita le había costado tanto reconocer las emociones en el rostro inalterable de su padre que a veces se desesperaba al grado de querer gritarle. Pero, en ese momento, las emociones eran tan traslúcidas en la sonrisa demacrada de Zalo, que Lupita se sentía arder de rabia y de dolor. Solo una pena tan intensa podría ser capaz de quebrantar la máscara de su padre, antaño tan firme y fuerte como el acero.

—¿Cómo te encuentras hoy, Lupita? —El médico, un anciano de tez morena y cabeza calva entró en la habitación. Llevaba un maletín en la mano y su sombrero en la otra.

La abuela Lupe lo acompañó al interior de la habitación y cerró la puerta tras ellos. La anciana solía hacer de enfermera para el médico, además de darle uno que otro consejito que el hombre ya había aprendido a aceptar sin replicar.

En realidad, los remedios de la abuela Lupe eran los que mejor le hacían, estaban obrando milagros sobre su piel chamuscada. Incluso el doctor lo reconocía; de no ser por su abuela, habría muerto.

Pero solo el tiempo diría qué grado de curación tendría su cuerpo. Las quemaduras eran difíciles de tratar, muchas veces las cicatrices que quedaban eran tan dolorosas como repulsivas. Los que tenían la suerte de sobrevivir a accidentes como el de Lupita se enfrentaban a un destino tan cruel como doloroso, teniendo que vivir con el estigma de haberse convertido en seres desfigurados y con los movimientos entorpecidos.

Gracias a las medicinas de la abuela Lupe, la mayoría de la gente que había sufrido quemaduras durante el incendio del rancho mejoraba bastante bien. Pero ninguno de ellos había sido herido al grado de Lupita. Ninguno de ellos había sido convertido en una antorcha humana...

—Estoy mejor, gracias doctor —contestó Lupita en un tono cortés, pero sin vida—. Ansío volver a casa.

Su madre había insistido en que todos se quedaran en casa de su abuela, en el pueblo. Con las comodidades que el lugar otorgaba, además de acceso al médico local día y noche. Zalo estuvo de acuerdo.

Sin mencionar que el rancho estaba destruido, y verlo en ese estado era lo último que Lupita quería en esos momentos.

—Si todo va mejor, estoy seguro de que dentro de unos días podrás hacerlo —le hizo saber el hombre. El médico dejó el maletín y el sombrero sobre una silla y comenzó a lavarse en la jofaina

que la abuela Lupe le tendía.

—Yo esperaré afuera. —Zalo se dio prisa en salir de la habitación.

—Bien, vamos a revisar esos vendajes —dijo el médico, tras secarse bien las manos y aproximarse a ella.

Lupita se sentó erguida en la cama, permitiéndole al médico retirar los vendajes de su rostro y torso. El último fue el de su brazo, el que más dolor le provocaba.

Apretó los dientes y aguantó. El dolor era terrible, pero se había prometido ser valiente. No derramaría más lágrimas por el daño que un desalmado le había provocado. Ni siquiera a través del velo de la muerte le otorgaría el placer de verla derrotada.

Ante ella, reflejado en el espejo colgado del tocador frente a la cama, vio su propio rostro.

Mas, tal como le había sucedido las últimas veces, no pudo reconocerse en la cara que le regresaba la mirada.

La piel enrojecida e hinchada cubría la mayor parte de su frente y mejilla derecha, allí donde las llamas habían ardido. Pero el daño no era nada comparado con el de su cuerpo y su brazo, rojo y en carne viva.

El dolor se extendió a medida que las manos del médico soltaban los vendajes de su piel y sus dedos tocaban la sensible piel de su vientre y el brazo, los lugares donde las llamas habían sido más crueles.

Con ayuda de su abuela, el doctor limpió las heridas y las untó con el ungüento de Lupe. Gran parte de la piel ya se estaba regenerando gracias a esas propiedades mágicas, pero aún tenía mucho por delante.

Después de terminar de hacer las curaciones, el médico se despidió y dejó una dosis de morfina para el dolor.

Su padre entró en la habitación tras entablar unas palabras con el médico en el pasillo. Le dirigió una sonrisa, aunque Lupita sabía que era una forma más de ocultar el dolor que su padre sentía al verla.

—¿Quieres comer?

—No. Ya le dije a Danielle que no tengo hambre y seguramente ella te lo dijo a ti, así que si lo que intentas es convencerme, no pierdas tu tiempo.

—No tienes que ser tan grosera con la gente que te ama.

—No lo soy.

—¿Entonces tu arrebató con Danielle hace un momento fue solo un desliz?

—No quiero hablar de eso.

—Tendrás que hacerlo. —El tono de su padre no aceptaba negativas—. No tenías que ser tan ruda con ella. Es claro que Danielle solo intenta ayudar.

—Lo sé... Y de veras lo siento. —Lupita tragó, intentando moderar el nudo que sentía en la garganta. No quería soltarse a llorar delante de su padre—. Me disculparé con ella cuando vuelva.

—Si es que vuelve.

—Lo hará. —Lupita le dirigió una mirada dura—. Ahora me tiene lástima, no va a abandonarme. Ella es mi amiga, una real. No como...

—¿Como quién?

Lupita tragó saliva y miró hacia la ventana.

—¿Como Chad, querías decir? —Su padre se aproximó a ella, escrutando su rostro. Una lágrima rodó por la mejilla de Lupita—. Te dije que él...

—¿Está ocupado? —Lupita sonrió de forma amarga—. Sí, lo dijiste para justificar su ausencia aquí, pero yo sé la verdad. —Su sonrisa se transformó en una mueca llena de dolor—. No quiere verme. No soportaría hacerlo ahora que soy... un monstruo.

—No eres un monstruo, no digas eso. —Su padre se sentó a su lado, en la cama y tomó su mano—. Chad te ama, él ha estado a tu lado. Estuvo junto a tu cama cada día mientras convalecías entre la vida y la muerte, y solo se separó de ti cuando el médico aseguró que estabas fuera de peligro.

—Bien por él, se marchó cuando ya la muerte no pudo apartarlo de su condena al haberme pedido formalmente matrimonio. —Su voz estaba colmada de dolor, a pesar de su intento de fingirse furiosa—. Nadie querrá casarse conmigo ahora, ni siquiera él.

—Chad tuvo que marcharse para cumplir con un asunto...

—Oh, sí, la extraña maldición que cayó sobre García y su gente —dijo de forma sarcástica—. Danielle me contó al respecto. La gente puede ser tan inocente a veces.

—Hicimos lo que era necesario.

—No estoy diciendo que no sea así. Me alegro por lo que pasó, aunque yo lo hubiera matado. —Su voz destilaba rabia—. ¿Por qué dejarlo con vida? Él jamás perdonó a nadie.

—Él está encerrado en un lugar donde ya nunca podrá dañar a nadie, pero sí redimir el daño que ha hecho. Esperemos que el tiempo le haga arrepentirse del mal que ha traído sobre sus semejantes —le explicó su padre con voz calmada—. No hay peor prisión que ser esclavo de tu cuerpo.

—Dímelo a mí—musitó Lupita, frunciendo el ceño.

—Ya basta. —La voz de su padre fue dura, una explosión repentina que la tomó por sorpresa—. Puede que Danielle sienta lástima de ti, pero yo no. No voy a dejar que te sumas en ese pozo oscuro que estás cavando para ti. Mi hija no será una esclava de su propia autocompasión.

—Es fácil para ti decirlo, ¡no es a ti a quien le arruinaron la vida! —Lupita se soltó a llorar mientras gritaba, incapaz de retener más tiempo el dolor que la atormentaba—. ¡No fue tu cuerpo el que se convirtió en una antorcha humana y no fuiste tú al que el amor de su vida lo abandonó cuando te convertiste en un monstruo!

—Yo no te he abandonado. —La voz de Chad desde la puerta retumbó en la habitación.

Lupita se quedó muda al verlo, sorprendida de encontrarlo de pie en el umbral de su habitación.

—Nunca te abandonaré, amor mío —continuó hablando Chad, acercándose a su lado—. Tuve que hacer un viaje, tenía que traer algo de un sitio lejano que requería mi presencia. De lo contrario, nunca habría dejado de estar tu lado, Lupita.

Lupita abrió la boca y la movió como un pez antes de recuperar la voz.

—¿Qué fue eso?

—Ya lo sabrás. Lo importante es que te he traído algo que creo que te gustará recibir ahora. — Sacó una cajita del interior de su chaqueta y se la tendió.

—¿Qué es eso?

Chad sonrió y se sentó a su lado en la cama. Abrió la caja y sacó una preciosa sortija de oro, con varios diamantes engastados.

—Dios mío, eso vale una fortuna —Zalo exclamó, incapaz de quedarse callado al ver aquella joya.

—Una sortija digna de una reina. —Chad tomó la mano de Lupita y, con sumo cuidado, puso el anillo en su dedo anular—. De la reina de mi vida y de mi corazón.

—Chad... Yo... No puedo aceptarlo. —Los ojos de Lupita se llenaron de lágrimas—. Lo que yo dije...

—Estabas dolida y al despertar no me encontraste a tu lado. —Una pequeña sonrisa curvó los labios de Chad, al tiempo que extendía una mano para acariciar su rostro—. Me encontré con Danielle abajo, me explicó que estabas bastante deprimida desde que despertaste y no aceptabas explicaciones sobre mi ausencia. Lo entiendo, amor mío. Yo me habría puesto hecho una furia también si despertara y no te encontrara a mi lado —bromeó, acariciando su rostro con sumo cariño y cuidado, para no lastimarla—. Mi única justificación, mi corazón, es que necesitaba hacer ese viaje de forma urgente. De lo contrario, jamás me habría marchado. Lamento haberme ido, pero ya estoy aquí, y te prometo que no volveremos a separarnos.

—Pero ¿todavía te quieres casar conmigo? —Lupita tartamudeó, negando lentamente con la cabeza—. ¿Te has vuelto loco?

—Amor mío, ¿el fuego te ha afectado la cabeza? ¿El humo todavía nubla tus sentidos? Por supuesto que me quiero casar contigo.

—Soy un monstruo, Chad...

—Eres la mujer que amo, mi Lupita. —Él besó su mano con sumo cariño—. La mujer más hermosa que he conocido en mi vida.

—Eso es ridículo, yo...

—Creo que debo dejarlos tener esta conversación a solas. —Zalo se puso de pie y le dio una palmada cariñosa en el hombro a Chad—. Me alegra verte, hijo. Mandaré que te preparen un plato de caldo, el viaje debe haberte agotado.

—Ese caldo vendría bien ahora, Zalo, pero para Lupita. —Él le dirigió una mirada severa a la chica, todavía muda por la sorpresa—. Danielle me comentó que no has querido comer como es debido y quiero solucionar eso ahora, junto con los demás inconvenientes. —El muchacho le dirigió una expresión severa que a ella le hizo sonreír. Sabía que era falsa, solo pretendía convencerla.

—Bendito seas, hijo. Es la primera sonrisa sincera que veo en su rostro desde que... esto

sucedió. —Zalo palmeó una vez más el hombro de Chad antes de mirar a su hija—. Cuida de él, mi niña. Y más te vale tratarlo bien.

Lupita sonrió una vez más, permitiéndole a su padre darle un beso en la frente.

Desde que despertó con el rostro cubierto de vendajes, no había dejado que nadie la besara en la cara.

La puerta se cerró cuando Zalo abandonó la habitación, y una vez más Lupita y Chad se miraron. Pero antes de que ella pudiera decir nada, Chad se inclinó y la besó en los labios.

—Chad...

—Discúlpame, fue un impulso... ¿Te he hecho daño?

—No, pero... —Él se inclinó una vez más y volvió a besarla.

—Te he echado tanto de menos, amor mío. —Richard sonrió, tomando su rostro entre sus manos con sumo cuidado—. Nunca más volveremos a separarnos.

—Chad, estás loco... ¿De verdad quieres casarte conmigo, a pesar de...? —Ella no pudo terminar la frase. Sus ojos se desviaron al espejo, donde un rostro cubierto de vendas le regresó la mirada.

—¿Por esto lo preguntas? —Él también miró el espejo—. Cariño, eso no importa.

—Chad, quedaré desfigurada para siempre. Mi rostro jamás será lo que una vez fue. —Sus ojos se humedecieron—. No puedes casarte con un monstruo.

—No eres un monstruo. Eres la mujer que amo.

—¿No me estás viendo?

—Te veo. —El muchacho posó una mano en su mejilla—. Y te veo a ti, a la mujer que amo. A la que siempre amaré.

—Yo... No puedo creerlo, Chad. Tú te enamoraste de mí al verme y yo... —Tragó saliva—. Yo ya no soy esa mujer.

—Claro que lo eres.

—¡Chad, despierta y abre los ojos! Mis heridas sanarán, pero yo nunca seré...

Él se inclinó y la besó, silenciando sus palabras con ese beso.

—Una vez me preguntaste si te amaría a pesar de todo. Te dije que sí y tú no me creíste, pero era verdad —le dijo mirándola a los ojos con su frente pegada a la de ella—. Lupita, te amo a pesar de todo y de todos. Quiero casarme contigo.

—Chad, no puedes...

—Sí puedo y lo haremos. —Sonrió—. Esta misma tarde.

—Pero...

—El médico ha dicho que no corre peligro tu vida y he venido con el propósito de hacerte mi esposa este mismo día. Mañana partiremos de vuelta a El Janto y, cuando lo hagamos, quiero que llegues siendo mi esposa.

—¿De qué estás hablando? El Janto ha sido destruido...

—Todo lo que ha sido destruido puede volver a construirse.

—Pero se necesita dinero, gente, recursos...

—Lo sé y tenemos todo eso. Solo necesitamos ponernos al frente para dirigir correctamente la construcción.

—Chad, El Janto estaba endeudado... Sin la cosecha no podremos evitar que el banco nos quite el rancho. La cosecha se quemó, igual que todo.

—Lo sé, cariño. Pero no debes preocuparte por eso, la deuda del rancho ha sido saldada. Nadie les quitará el rancho nunca más. Ahora solo queda poner en marcha nuestros planes.

—Chad, ¿qué es lo que fuiste a hacer? —Lupita lo miró a los ojos, escrutando su rostro—. Tú querías comprar un rancho cuando llegaste. Fuiste tú, ¿no es así? ¿Ocupaste tu dinero para salvar el rancho? ¿Para ayudar a mi familia?

Chad sonrió y besó su mano, allí donde tenía el anillo.

—Ahora es mi familia.

—Chad, no debiste...

—Lo que hice lo he hecho con gusto. Ahora tenemos que sacar el rancho adelante y para ello te necesito a mi lado, amor. —Él se quedó callado de repente y la miró a los ojos.

—¿Qué sucede?

—Que antes de que te cases conmigo, hay algo que debes saber.

Lupita sonrió.

—¿Te refieres a que en realidad te llamas Richard Collinwood? No te sorprendas tanto, Chad, tu hermano dijo bastantes cosas en esa cueva antes de que ustedes llegaran a rescatarnos.

—Amor, lo siento, no quería mentirte, pero debía...

—Proteger a Alex, lo sé. —Lupita sonrió y acarició su rostro—. Pero me gustaría saber toda la verdad, si no te importa.

—Es una historia muy larga.

—Tengo tiempo.

—Y espero que después de que la conozcas, aún quieras casarte conmigo.

Lupita lo miró a los ojos, y en esta ocasión ella fue la que lo besó.

—Chad, mi adorado Chad, hiciste todo lo que estuvo en tus manos para salvar a Alex. ¿Crees que no podría amarte, sabiendo aquello? ¿Crees que no podría amarte, cuando tú estás aquí a pesar de todo? —Miró con tristeza sus vendajes.

—No hay «a pesar de todo». —Él levantó su mentón, obligándola a verlo a los ojos—. Estoy aquí porque te amo, y porque no tendría vida sin ti, mi amor.

—En ese caso, no tienes nada de qué preocuparte —ella acarició su mejilla y hundió los dedos en sus rizos dorados, atrayéndolo hacia ella—, porque yo tampoco puedo vivir sin ti.

Él sonrió y la besó, un beso colmado de amor y de pasión.

—Ahora, mi amor, comienza a hablar —le dijo Lupita, con los ojos llenos de luz como cientos de estrellas en un cielo nocturno—. Quiero conocer todo el pasado del hombre al que amo antes de convertirlo en mi esposo esta tarde. Ah, eso sí, tengo una advertencia que añadir, como vuelvas

a mentirme, te haré pagar —amenazó, aunque sonreía.

—No tienes que preocuparte por ello, amor mío. En adelante, no habrá más secretos entre nosotros. —Se acercó y la besó una vez más, antes de iniciar el relato que ella tanto ansiaba escuchar.

Capítulo 39

Las campanas redoblaron, invadieron con su canto a la comunidad del pueblo de Santo Tomás. Lupita miró hacia la ventana, la sorpresa reflejada en sus grandes ojos negros.

—¿Pero cómo?

—He pedido que las campanas suenen por nosotros —le explicó Chad—, en honor a nuestra boda.

—Intentó sobornar a un monaguillo, pero le expliqué al señor Collinwood que tal acto no era necesario. Con pedirlo bastaba —aclaró el párroco, muy sonriente mientras sostenía una copa de buen vino en su mano, en honor a la boda que acababa de officiar—. Después de todo, una boda es una boda. No importa si no se realiza en la iglesia, merece ser festejada como tal por toda la comunidad que, les aseguro, se alegran por su unión. —El sacerdote alzó su copa y todos imitaron el gesto.

—¡Salud por la nueva pareja de casados! —exclamó Zalo.

—¡Salud! —respondieron todos al unísono, llevándose sus copas a los labios.

Lupita no cabía en sí de alegría. No había tenido la boda soñada por toda mujer, pero sin duda había sido mucho más emotiva. Sus seres queridos se habían esforzado al máximo en realizar una improvisada ceremonia en casa de su abuela, donde ella se había quedado hasta entonces, recuperándose de sus heridas. Y en vista de la gravedad de estas, el sacerdote del pueblo estuvo más que dispuesto en casarla en la cama de su habitación, de ser necesario, en lugar de la iglesia, como se hacía tradicionalmente.

Como todavía no se había repuesto de las quemaduras, debieron arreglarse con lo que tenían. Su vestido consistió en un sencillo manto blanco, bordado con flores y perlas por su abuela Lupe. No obstante, lo que Lupita más lució fueron los propios vendajes que seguían cubriendo buena parte de su cuerpo. Su cabello no era más que una pelusa sobre su cráneo, sin embargo, entre su madre y su abuela lo habían decorado con infinidad de diminutas flores silvestres, dejándole una corona natural bellísima adornando su cabeza.

Chad le había conseguido una silla de ruedas, y entre su familia la habían decorado con más flores. Al igual que al salón de la casa, donde se llevó a cabo la sencilla ceremonia. Realmente lucía de forma magnífica. La habitación parecía una pradera en primavera, cada rincón rebosaba de flores y adornos.

Fue allí mismo donde llevaron a cabo la pequeña recepción, solo con su familia, además de Danielle, Joe y Jack como compañía.

Ya que Lupita no podía llevar joyas, su familia, en un modo de demostrar su apoyo hacia ella, se había vestido de forma sencilla, luciendo solo flores como adornos en las solapas de sus chaquetas, en el caso de los hombres, o en el cabello, en el caso de las mujeres.

—Es un detalle magnífico, Richard —le dijo Lupita, mirando a su nuevo marido con los ojos llenos de luz, iluminados por la inmensa alegría que sentía—. Sin duda, no habría sido lo mismo casarnos sin escuchar las campanas de la iglesia. Te agradezco que me dieras este regalo de bodas, es maravilloso.

Él sonrió, le encantaba que ella lo llamara por su verdadero nombre.

—Amor mío, me hace muy feliz saber que te ha agradado, mas debo confesar que lo he hecho motivado por un sentimiento un tanto egoísta. Quería que todos escucharan esas campanas y se enterasen de que, de hoy en adelante, tú eres mía —le dijo su nuevo marido, tomando su mano para besarla en los nudillos—. Mía para siempre.

Lupita rio y negó con la cabeza.

—Eres un bandido egoísta, sin duda. Pero eres mío, Richard Collinwood. —Ella estrechó la mano con la que él sostenía la suya, en un gesto lleno de amor—. Y te amo tal como eres.

—Me alegra saber eso, esposa mía, porque no te librarás de mí jamás. —Él se inclinó y la besó en los labios.

Lupita respondió a su beso con singular alegría, ese día se sentía tan contenta como no recordaba haberlo estado en años. Quizá nunca antes.

Deseaba quedarse a solas con Chad... Richard. Debía recordar llamarlo Richard, aunque todavía le costaba trabajo llamarlo por su verdadero nombre.

Sin duda, la verdad sobre su pasado la había impactado, pero no de una forma negativa. Se sentía más enamorada de él que nunca antes. La forma como Richard había salvado a Alex de la muerte y lo había protegido de todo mal, cuando él mismo no era más que un niño, era increíble. Admiraba cómo había dejado atrás toda esa vida de lujos sin arrepentirse jamás por su decisión. Eso hablaba de un hombre con pantalones. El hombre que ella amaba. Porque lo amaba. Lo amaba con todo su corazón.

A Lupita no le importaba no tener una boda ideal, como su madre había planeado; saberse casada con un hombre tan maravilloso era regocijo suficiente. Tampoco le preocupaba el estrago acontecido en El Janto y la cosecha perdida, ni siquiera las secuelas de sus heridas. Porque sabía que todo saldría bien, tenía a Richard a su lado, y con su amor, podrían sortear cualquier obstáculo.

No existía mejor hombre con el que compartir su vida, con quien disfrutar los años que le quedaran, que esperaba, fueran muchos. Formar una familia al lado de Richard se había convertido en su más grande sueño. Envejecer al lado de un hombre tan bondadoso y noble de corazón era el mejor regalo que pudo darle la vida. Juntos podrían vencer lo que fuera, sobre

todo, juntos disfrutarían de la gran aventura que la vida les deparara.

Más tarde, esa noche, ambos se prepararon para ir a la cama. Richard dormiría en un camastro al lado del lecho de Lupita. Como sus heridas todavía no estaban completamente curadas, la intimidad tendría que esperar. Y a pesar de que la cama era tan grande como para dar cobijo a los dos en ella, Richard temía lastimar sin querer a Lupita mientras dormía y prefirió acostarse en el suelo antes de correr el riesgo de hacerle daño. No obstante, al enterarse, la abuela salió al rescate del muchacho e hizo llevar ese camastro para que el nuevo esposo de su nieta no durmiera de forma tan «degradante».

Lupita no estaba segura de si el cambio de Irene, su abuela materna, se debía a su estado delicado o por conocer el verdadero origen de alta cuna de Richard, o una mezcla de ambos. Sin embargo, Lupita prefirió no pensar en ello y solo mostrarse agradecida.

Haber estado al borde de la muerte le había enseñado muchas cosas, entre ellas, dejar de preocuparse por lo que no tenía importancia y decidirse a disfrutar de su vida. La vida es un regalo. Y ella no había sabido apreciarlo, decidida a mantener el dolor de la tragedia y la muerte en su día a día. Un error que no volvería a cometer jamás.

—¿Te encuentras bien? —cuestionó Richard, mirándola fijamente desde su cama, a un lado de la suya—. Tienes ese gesto pensativo que adoptas a veces.

Ella sonrió, Chad la conocía más que ninguna otra persona y, saberlo, colmaba su corazón de dicha.

—Estaba pensando en lo que será nuestra vida cuando volvamos a El Janto —le comentó—. Aún no puedo creer que hayas gastado todos tus ahorros en salvar el rancho.

—Fueron nuestros ahorros; ahora que eres mi esposa, todo lo mío es tuyo —aclaró—. Y yo sabía que es lo que tú habrías querido que hiciera.

—Chad, ese dinero era tuyo. No estabas casado conmigo cuando...

—Te amaba ya —él la interrumpió—, te amaba con todo mi ser y no iba a permitir que algo te hiciera infeliz si estaba en mi mano evitarlo. El rancho significa mucho para ti y tu familia, que ahora es mi familia también. Y a la familia se la protege y ayuda, amor mío.

—Gracias, Chad... —Sus ojos se humedecieron, y antes de que pudiera continuar hablando, Richard ya se encontraba a su lado, acunando su rostro entre sus manos.

—No tienes que hacerlo, amor. No me agradezcas más algo que no tiene importancia. Agradece a Dios por estar viva, porque es lo que yo hago cada día. Dar ese dinero no significó nada para mí, si con ello podía verte sonreír una vez más. El dinero se gana, se pierde y se puede volver a ganar. Pero perderte a ti, amor mío, habría significado el final de todo mi mundo, Lupita. —Él acarició su rostro con ternura, secando una lágrima de su mejilla con un movimiento lento del pulgar—. Tú eres mi vida, amor. Me siento completamente dedicado a ti. Verte feliz es mi propia felicidad. ¿Cómo no iba a hacer algo tan sencillo, como dar todo lo que tenía, si con ello iba a verte sonreír una vez más?

—Richard, no digas eso... —Lupita sollozó, sintiéndose tan conmovida y agradecida como

nunca en su vida—. Verte feliz me importa tanto como a ti, y nunca te habría hecho perder todo lo que tenías solo para salvar el rancho. Ese dinero te lo ganaste con el sudor de tu trabajo, de tus puños, recibiendo golpes... —tartamudeó, sin saber exactamente qué decir.

Richard rio y se inclinó sobre su rostro para besarla.

—Mi amor, uno da para agradecer a la vida. Y yo estoy agradecido con Dios, con la vida, con todo lo bueno y puro, por tenerte todavía a mi lado. Tenía la posibilidad de agradecerlo con oro y esa es una acción de la que no me arrepiento. Además, es una acción de la que no debiste enterarte, iba a ser una sorpresa —sonrió, guiñándole un ojo—, pero ya la revelé con anticipación, ahora no puedo esperar para que veas el rancho mañana. La gente está haciendo grandes progresos, las casas de los trabajadores prácticamente están terminadas y los campos ya están siendo labrados para la nueva siembra. Los cafetaleros... —Lupita lo interrumpió, besándolo con fuerza en los labios.

—No me importa el rancho, todo lo que me importa eres tú, Richard Collinwood. —Ella lo miró a los ojos y Chad se perdió una vez más en la profundidad de sus iris—. Te amo con todo mi corazón y te juro que siempre te amaré.

—En ese caso, amor mío, no podría depararme mejor futuro —le dijo él con voz suave, llena de emoción.

—Ahora ven, acuéstate a mi lado, esposo. —Ella se movió, haciéndole espacio a su lado en la cama.

—¿Pero qué haces? Lupita, no...

—No me lastimarás —le dijo ella, hablando con total seguridad—. Solo vamos a dormir, no pongas esa cara. Lo demás tendrá que esperar, pero no pasaré la primera noche viendo a mi esposo dormir en otra cama.

—Amor, si llegara a rozar tus heridas...

—Tengo tantas vendas y algodón, entre mis ropas y mis costillas, que podría caer por esa ventana dos pisos hasta el suelo y no me pasaría absolutamente nada. Uno de tus abrazos no me hará ni cosquillas —le aseguró—. Ahora ven, mi amor. Vamos a dormir.

—Como ordene, esposa mía. —Richard sonrió, acomodándose a su lado en la cama.

Movió los brazos con tanto cuidado que Lupita comenzó a reír.

—Richard, no voy a romperme. Por favor, solo abrázame y olvídate de lo demás. Abrázame como en nuestra primera noche juntos.

—Amor mío, te lo ruego, no pongas esos recuerdos en mi mente o no podré contenerme.

—Muy bien, porque así me abrazarás más fuerte. —Ella rio, acomodando la cabeza sobre su hombro y obligándolo a llevar uno de sus brazos en torno a ella—. Eso es, ¿lo ves? No fue el fin del mundo.

—Sin duda... Aunque tenerte tan cerca de mí no es algo sencillo. Tendré que levantarme muy temprano mañana. Necesitaré con urgencia un baño de agua fría, muy fría...

Lupita rio y lo abrazó con más fuerzas.

—Solo duérmete, Richard.

—Es fácil para ti decirlo.

—No, no lo es. —Ella alzó la cabeza y lo miró a los ojos—. Te deseo tanto como tú a mí.

Él notó el fuego en sus ojos y supo que no mentía.

—Pero sé también que tendremos toda la vida para desquitar este momento.

Él sonrió y acunó su rostro para besarla lentamente en los labios.

—Te amo, Lupita.

—Y yo a ti, Richard. Te amo absoluta, completa y hasta atolondradamente, con todo mi corazón.

Él sonrió, acariciando su rostro con ternura.

—Entonces no necesito nada más en la vida.

Capítulo 40

Varios meses después.

Lupita, desnuda después del baño, se miraba en el espejo detenidamente, examinando las zonas donde debía aplicar la pomada curativa de su abuela. Su rostro ya tenía un aspecto normal, gracias al cielo no había sufrido quemaduras serias que tuviera que lamentar. Sin embargo, las cicatrices en su brazo y torso, allí donde el fuego había quemado más gravemente su carne, eran profundas y grotescas a la vista.

—Ojalá se desvanecieran para siempre —musitó, esparciendo una buena parte de la crema curativa sobre la piel sonrosada y arrugada.

Gracias a su abuela, que no había cejado en su tratamiento ni de día ni de noche, Lupita no había perdido movilidad del brazo, no obstante no tenía la misma facilidad que antes. Su abuela decía que el tiempo diría qué tanto recuperaría de su anterior estado físico, aunque Lupita nunca había sido muy paciente y verse imposibilitada, de cualquier manera, la sacaba de quicio.

—Vamos, maldición, muévete completamente hasta arriba o...

—¿Otra vez estás peleando con tu brazo? —Richard entró en ese momento en la habitación. Llevaba una bandeja con el desayuno, que dejó sobre una mesita junto a la ventana—. Mi amor, ¿hasta cuándo te he de decir que te tengas paciencia? No fuerces tu recuperación, agradece lo curada que estás y que no haya sido más grave.

Lupita se cubrió con la toalla y lo miró con una sonrisa ligera en los labios.

—Lo sé, Chad, es solo que a veces me cuesta verme al espejo y recordar cómo era antes.

Él se aproximó a ella y, con delicadeza, tiró de la toalla hasta dejarla desnuda ante él.

—Eres preciosa —le aseguró, mirándola con ojos encendidos por la pasión—. Hermosa, divina, maravillosa.

—Chad, ya basta. —Ella rio cuando Richard se inclinó y comenzó a besarla en el brazo, trazando un camino húmedo y cálido hasta su vientre. Allí se detuvo, plantando varios besos cuidadosos y diminutos en la zona más sensible, donde se hallaba la cicatriz de mayor tamaño. La que Lupita odiaba más por su aspecto.

—Eres tan hermosa, amor —le dijo Chad, alzando el rostro para mirarla a los ojos—, ¿cómo es que no puedes ver aquello que yo veo? Eres el ser más hermoso que puede existir en este mundo.

—Solo lo dices porque me amas.

—Y el amor me da los ojos más poderosos para verte preciosa, tal como eres, mi dulce Morenita.

Lupita sonrió, enternecida por el fervor que leía en sus ojos. Él hablaba con la verdad.

—Te amo, Richard. —Ella lo rodeó con los brazos y se inclinó para besarlo.

Pero él fue más allá, cargándola para llevarla a la cama, mientras la besaba de forma apasionada. Lupita sintió la presión de su erección entre las piernas y una sonrisa traviesa curvó sus labios.

—¿Chad, es que no te sacias nunca? Acabamos de...

—Amor mío, te he dicho que eres la mujer más hermosa de la tierra —le comentó, dedicándole una mirada ardiente—. De ser por mí, te tendría en la cama día y noche sin parar, porque nunca me cansaré de ti.

Ella rio por lo bajo, uniendo sus labios a los suyos en un nuevo beso lleno de amor.

Se dejó llevar por Richard hasta la cama, sin apartar los brazos de su cuello, besándolo con pasión. Era como si llevaran meses de no haberse visto, a pesar de que hacía un par de horas los dos habían estado retozando en la cama, observando entre besos y caricias de placer el amanecer colándose por las cortinas de las ventanas.

Así era la vida con Richard, no había lujos ni detalles suntuosos, pero nada de eso se equiparaba al amor que ambos compartían.

No había noche que no hicieran el amor, no existía mañana en la que no se alegraran de amanecer juntos, unidos una vez más en cuerpo y alma. Cada día, Richard le llevaba una flor a la vuelta de su jornada en el campo, un detalle delicado y sencillo que Lupita adoraba.

Chad había restaurado la vieja cabaña que un día perteneció a sus abuelos, para que ambos pudieran pasar allí sus primeros años de casados. Cada noche, ambos caminaban desde la casa grande, después de compartir la cena con sus padres. No iban a un palacio, pero iban a su propio paraíso de amor, el sitio donde ambos construían, día a día, su vida.

Con el tiempo, el rancho había ido mejorando. Los campos volvían a lucir verdes, los cafetales se alzaban una vez más en el horizonte, bajo el cobijo de naranjos y limoneros. El ganado pastaba con tranquilidad y seguridad, creciendo en número poco a poco, libres de la amenaza de cualquier vecino que pudiera intentar contra ellos.

García había sido trasladado a un hospital psiquiátrico en la ciudad de México, y no habían vuelto a saber de él. Un familiar lejano suyo había llegado de la ciudad para ocupar su lugar en su rancho, o lo que había quedado de él. La propiedad original de García era un diminuto trozo de tierra comparado con lo que llegó a ser, gracias al abuso contra sus vecinos, a los que arrebató sus tierras. A pesar de eso, el tener un nuevo García en la localidad puso nerviosos a todos. No obstante, todos comprendieron muy pronto que el hombre recién llegado, también de apellido García, no era una amenaza para nadie. Carecía de fortuna y contactos, y aunque los hubiera tenido, ya toda la comunidad se encontraba unida y atenta contra nuevas amenazas. En especial Richard, a quien la gente respetaba. El pueblo, así como toda la comunidad, estaba al tanto de que

ni Zalo ni Richard permitirían que las cosas volvieran a ir mal allí.

Poco a poco, El Janto iba creciendo. Richard o Chad, como a veces Lupita continuaba llamándolo de cariño, ganaba fama con los cafetaleros, lo que los llevaba a tener más clientes y, con ello, mayores ganancias que el muchacho invertía en más terrenos y productos.

Zalo había cedido el completo control del rancho a su yerno, a excepción de la parte de la crianza de caballos que él manejaba personalmente con ayuda de Lupita.

Todo iba saliendo bien, las cosas mejoraban; y tanto ellos, como la comunidad que los rodeaba, iban beneficiándose poco a poco de la prosperidad que crecía día a día.

Nunca la vida había sido tan buena como en ese momento, pensó Lupita con singular alegría, entregándose en cuerpo y alma una vez más a su marido.

Richard se había convertido en todo su mundo, en su sol de día, en su luna y estrellas de noche. Él era el comienzo de esa nueva aventura, el sentido de su andar, la canción de su ser. Lo amaba, lo amaba con todo su alma. Y se sentía tan feliz de saber que él le correspondía del mismo modo.

Alguien tocó a la puerta, rompiendo ese momento de pasión entre ambos.

Lupita abrió los ojos de forma desmesurada, llevándose una sábana para cubrirse el cuerpo desnudo.

—Espera aquí, amor —le pidió Richard, vistiéndose a toda prisa.

—¿Quién crees que sea?

—Probablemente algún trabajador. —Él se inclinó y la besó en los labios—. Come algo, mi amor. No demoraré mucho, pero no quiero que se te enfríe el desayuno —le pidió, dejando a su lado la bandeja que había traído con él, antes de salir de la habitación.

En cuanto cerró la puerta, Lupita le dio una mordida a una tostada y se atragantó al intentar beber a toda prisa el té. A Richard le encantaban los desayunos ingleses y ella apenas comenzaba a tomarles gusto, pero esa mañana no tenía mucho apetito. Estaba más interesada en saber qué era lo que ocurría del otro lado de la puerta.

Se vistió a toda prisa y se acomodó los pelos alborotados que tenía en la cabeza. Apenas habían crecido un poco y lucía como un muchachito al que le hubieran hecho un mal corte de cabello.

Le echó un vistazo a la peluca que su madre le había regalado y bufó en forma despectiva antes de colocarse un sombrero de tela en la cabeza y salir a toda prisa de la habitación. Pero Chad no se encontraba en el salón.

Siguió su voz hasta la diminuta terraza y enseguida reconoció con quién estaba hablando. Jack. Su amigo parecía un tanto preocupado, hablaba con rapidez, como si intentara excusarse con Richard y a la vez convencerlo de algo.

—... no tardará mucho. Él te está esperando en la casa grande. Zalo lo está atendiendo en este momento.

—¿Pero quién es?

—Lee me ha prevenido, no debo decirte su nombre sino hasta que lo tengas enfrente, para que

no puedas negarte a hablar con él. Alex opina lo mismo —añadió—. Por cierto, tu hermano quiso hablar a solas con él, no me dijo de qué, así que si fuera tú, me daría prisa en venir conmigo...

—¿Lo has dejado solo? —Richard comenzó a alterarse.

—Tranquilo, Lee y Zalo lo acompañan, por supuesto. Pero de todos modos, tú deberías estar allí presente. Y no, no te diré quién es hasta que vengas conmigo y lo veas.

—Jack, ya basta de rodeos —Richard lo interrumpió—. ¿Vas a decirme de quién se trata?

—Te dije que no puedo.

—Entonces no me moveré de aquí. Estaba muy ocupado con mi esposa cuando llegaste, y a menos que se trate de un asunto de importancia...

—John Goldbridge —soltó Jack, tras un suspiro.

—¿Quién?

—El abogado de tu madre.

—¿Qué abogado? —Lupita salió por la puerta, incapaz de quedarse más tiempo escuchando tras ella.

Richard la miró con una sonrisa sesgada en los labios.

—¿Te gustaría venir a la casa de tus padres conmigo para averiguarlo juntos, amor mío? —preguntó Chad.

—Por supuesto. —Lupita sonrió—. Buen día, Jack.

—Hola, Lupita, qué bien luces esta mañana.

—Gracias, igual tú —saludó a su amigo, antes de volver a dirigirse a su marido—. Dame un minuto, Chad, debo ponerme la peluca.

—Deja esa maraña de pelos para otro día, así estás hermosa. —Chad la tomó de la mano y la atrajo a su lado, y pasando una mano por su cintura, añadió—: Y sin ese gorro, lo estarías más.

—Eres demasiado considerado, pero un mentiroso. Sabes que sin mi gorro, las orejas se me ven demasiado grandes.

—Y pareces un ratón —él terminó la frase—, pero sin duda, un hermoso ratón.

Lupita soltó una carcajada que Chad silenció con un beso.

—Siento interrumpirlos, pero...

—Sí, vamos a la casa grande —le dijo Lupita, con una sonrisa—. Averigüemos qué quiere ese abogado.

Sentados en la mesa del comedor, Richard observaba fijamente al hombre que tenía delante de él. John Goldbridge era un caballero de mediana edad, de cabello castaño claro y ojos vivaces e inteligentes. Saludó a Richard cortésmente cuando fueron presentados, sin dejar de estudiarlo en ningún momento. Mientras tanto, Alex le explicaba al recién llegado las travesías que habían vivido juntos hasta llegar a México.

Se sentaron en la enorme mesa del comedor, dispuestos a entablar la conversación que había traído al hombre hasta allí. Sin embargo, Alex continuó hablando sobre su vida. Al parecer es lo que estuvo haciendo en la oficina de Zalo con el abogado, y no hubo modo de callar a su hermano.

Alex estaba decidido a revelarlo todo y Richard no pudo hacer más que guardar silencio y esperar a que su hermano terminara de relatar la historia para poder comenzar a interrogar al recién llegado.

Lee, sentado al lado derecho del abogado, le dirigía una mirada a Richard que dejaba en claro que deseaba que él se mantuviera tranquilo. Zalo, por otro lado, sentado a la izquierda del hombre, sonreía ligeramente, como si no se preocupara en absoluto. Eso le dio una idea a Richard de que ese hombre no debía ser malo, Zalo solía ver esas cosas en la gente.

Jack era quien más nervioso lucía. Acomodado en una silla alejada, se zampaba un plato de galletas de maíz, sin dejar de observar a Richard, a Alex y al abogado, en intervalos iguales.

La abuela Lupe y Calita observaban a los demás, cuchicheando en voz baja entre ellas, la abuela traduciéndole a su nuera todo lo que decían en inglés.

—... y entonces, mi padre Lee le escribió a usted para que viniera y ahora está aquí —concluyó al fin Alex, dejando a Richard más confuso que antes.

—No entiendo... —dijo Chad, volviéndose hacia Alex, sentado a su lado—. ¿Quieres decir que fue Lee quien le escribió a este hombre para que viniera aquí? —Los ojos de Richard se posaron sobre Lee.

—Hijo, hace varios meses atrás, encontré una carta tirada en el piso. Era la carta del abogado que Jack te había traído —le explicó Lee—. Me atreví a leerla, y al comprender que el señor Goldbridge estaba dispuesto a ayudarte, supuse que lo mejor para ti y para Alex sería contactarlo.

—Pero ¿por qué hiciste algo como eso? —Richard no dejaba de negar con la cabeza, como si le costara comprender—. Dejé muy claro que no quería relacionarme con él ni me interesaba lo que tuviera que decirme.

—Eso era porque asumiste que era una trampa de Harold, hijo. Hice varias averiguaciones antes, no asumas que actué a la ligera. Este hombre —señaló al abogado— es un gran ser humano y, además, es tu tío. Por parte de tu madre —añadió antes de que Chad pudiera replicar—, y está más que dispuesto a ayudarlos a ti y a Alex.

—Escúchalo, hijo —intervino Zalo—. No pierdes nada en oír lo que este hombre tenga que decirte. Ha hecho un largo viaje para dar contigo y ayudarte, es lo menos que le debes.

Richard apretó los labios y asintió.

—Discúlpeme, no era mi intención ser descortés con usted, señor Goldbridge. Solo intentaba proteger a mi familia, y habiendo vivido la persecución a la que nos sometió mi hermano Harold...

—Comprendo perfectamente, señor Collinwood. —El abogado le dedicó una afable sonrisa.

—Llámeme Richard, por favor.

—En ese caso, usted puede llamarme John. Después de todo, somos familia y, espero que muy pronto, buenos amigos.

Richard esbozó un amago de sonrisa, todavía demasiado nervioso para poder sonreír.

—Richard, he venido aquí a buscarte, después de largos años de intentarlo en vano —comenzó a decir John—. Tu madre era mi prima, ella me dejó encargado un fideicomiso para ti y otro para

Alex.

—¿Es por eso que está aquí?

—Por ello y por otros asuntos, estimado muchacho. Verás, tu hermano Harold...

—Que el infierno lo guarde —añadió, Jack, en tono molesto.

—Fue un total imbécil, además de un desalmado, no hay duda —convino John—. Lo seguí por mucho tiempo, Richard. Necesitaba dar contigo y con Alex, y no podía hacerlo sin toparme con él. Ese hombre estaba empeñado en hallarlos, mi gente se lo encontraba por todas partes, fue sencillo comprender que no iba a darse por vencido hasta dar con ustedes.

Richard asintió, no tenía que decirle aquello para saberlo. Había pasado casi la mitad de su vida huyendo de su hermano.

—Como supongo ya sabrás, Harold estaba interesado en hacerse con el título de la familia, así como con las casas familiares y propiedades, pero no era el legítimo heredero. Es por ello que debía dar con Alex; mientras tu hermano se mantuviera con vida, él no podría declararse como tal.

—Lo sé —Richard dijo secamente—. Me costó bastante trabajo esquivar a su gente a lo largo de los años.

—Y con ello, también eludiste a la gente que te buscaba para ayudarte. —John le dedicó una sonrisa—. Sí, no pongas esa cara, hay gente que desea ayudarte, Richard, a ti y a Alex.

—¿Pero quién?

—La familia de tu madre.

Richard abrió la boca, sin saber qué decir.

—Tu familia los ha estado buscando durante años, Richard. No creyeron las mentiras que Harold declaró sobre ustedes, y fue gracias a ellos que tu hermano no consiguió darlos legalmente por muertos para hacerse con el resto de la herencia familiar.

—Pero, es imposible, ¿cómo...?

—Harold fue un imbécil en muchas cosas, pero especialmente por hacerse de grandes enemigos, entre ellos tu abuelo materno —explicó John—. Tu madre, mi querida prima, que en paz descansa, fue una gran mujer cuyo único error fue enamorarse del hombre equivocado. Tu abuelo no aprobó la boda, y tu madre y tu padre se fugaron. Desde entonces, toda comunicación entre Ana y tu abuelo, el conde Frederick McLaughlin, se rompió.

—No sabía nada de eso —dijo Richard, sinceramente sorprendido—. ¿Es por eso que nunca supe nada de mi abuelo?

—Me temo que así es, hijo. Tu abuelo vive en Escocia y, para él, perder a Ana fue como perder una parte de su corazón. Dolido por su acto, no buscó saber nada de ella, asumiendo que su hija debía dar el primer paso para un acercamiento. Un acto de orgullo que lamentó toda su vida, pues nunca la volvió a ver ni a saber de ella hasta que una carta que Ana me pidió entregarle llegó a sus manos. Fue entonces que tu abuelo se enteró de lo que tu madre había vivido al lado de tu padre, y asumió la tarea que ella le encargó: velar por sus tres hijos.

—Yo... Yo no tenía idea de eso —dijo Richard en voz muy baja. Lupita apoyó una mano en su

brazo, intentando otorgarle cierto consuelo tras esas palabras—. Entonces, ¿mi abuelo nos buscó?

—Lo sigue haciendo, hijo, es por ello que estoy aquí. No quiere fallarles a ustedes, como siente que lo hizo con su hija. Sin embargo, para cuando recibió la noticia de lo sucedido, tú y Alex ya habían desaparecido —le explicó el abogado—. A Harold lo cobijó bajo su techo y fue allí donde él le relató las historias sobre ti y Alex. Decía que tú habías intentado asesinar a toda tu familia y habías huido, y que para entonces ambos debían encontrarse muertos. Mentiras que tu abuelo no creyó. Rápidamente el conde se dio cuenta de la clase de basura que era tu hermano. Ese hombre estaba hecho de la misma calaña que tu padre, y después de que lo encontró robándole, el conde lo echó de su casa. Harold volvió a su residencia en Londres, con tu padre, quien continuaba postrado en una cama tras el infarto. Se dedicó a gastar lo que quedaba de la fortuna de tu padre, hasta que Ronald murió. Es un secreto a voces que Harold lo mató para hacerse de una vez con toda la herencia. No obstante, asesinar a tu padre fue lo más estúpido que pudo hacer. Por años, se aprovechó de la condición de tu progenitor para firmar pagarés y usar sus propiedades a su libre antojo. Sin embargo, con la muerte de Ronald, todo esto le fue imposible. Él no era el primogénito y no podía tocar la herencia; y sin hallar al legítimo heredero muerto, como él afirmaba, jamás sería declarado el dueño del título y de las propiedades de la familia.

—Idiota, le salió el tiro por la culata. —Rio Jack, golpeando la mesa con el puño.

—Así, Harold emprendió la travesía de dar con ustedes dos —continuó explicando el abogado—, una carrera contra tu abuelo, el conde McLaughlin, quien también seguía intentando encontrarlos para cumplir la promesa hecha a tu madre. Por desgracia, Harold se había hecho de amigos de gran influencia en el mundo que no dudaron en tenderle la mano a cambio de una gran recompensa. Fue de ese modo como consiguió dar con ustedes, a través de un soplo que lo condujo hasta García. La alianza entre ellos es un pacto que no me concierne, a excepción de que fue subyugado.

—Gracias a Dios —comentó la abuela Lupe.

—Y ahora, comenzaré a realizar la labor que tu madre me encomendó antes de morir. —John sacó dos sobres sellados de su maletín.

—¿Qué es eso? —preguntó Richard.

—Tu madre debió imaginar el futuro que tendrían sus tres hijos, pues dejó un fideicomiso para ti y para Alex, en caso de que las circunstancias les fueran menos benignas en el futuro. Y he aquí lo que es tuyo, Richard. —Alargó hacia él una carta sellada—. Y lo que es de Alex. —Alargó una segunda carta sellada en dirección a Alex.

El joven la miró un momento antes de entregarla a su hermano.

—Es tuyo, Chad.

—Alex, no...

—Ya discutimos al respecto con el abogado —lo cortó Alex, adoptando por primera vez un tono autoritario de hermano mayor—. Quiero que tú lo tengas, por favor —añadió como si le estuviera pidiendo un favor—. Y otra cosa... —Alex miró al abogado, quien asintió con la cabeza.

—Alex y yo estuvimos hablando hace un momento. Le expliqué a tu hermano las circunstancias en la que él se encuentra como hijo mayor del conde de Hendingham —explicó John—. Alex es ahora el propietario de los bienes ligados al título de tu padre, aquellos que no perdió tu hermano Harold, así como del título nobiliario. Sin embargo, dadas sus circunstancias, Alex comprende las dificultades que afrontaría siendo el portador de las obligaciones que tal nombre conlleva, por lo que ha decidido otorgarte el título, así como la completa herencia ligada a él.

Richard abrió la boca y miró al abogado con ojos entornados.

—¿Qué?

—Richard, ahora eres el nuevo conde de Hendingham.

Capítulo 41

—¿Qué? —Richard repitió la pregunta, incapaz de asimilar la información que acababan de darle.

—Usted es el nuevo conde, Richard —le repitió John, dedicándole una sonrisa gentil.

—¿Qué? —Richard espetó una vez más, provocando que los demás comenzaran a preocuparse.

John miró a Alex, luego a Lee y a Zalo, para finalmente posar sus ojos sobre Lupita, en busca de alguna respuesta, antes de decidirse a contestar una vez más.

—Usted es el nuevo...

—Él ya lo comprendió —lo interrumpió Lupita, posando una mano sobre el brazo de Richard—. Es solo que está algo... abrumado por la noticia.

—¿Chad, te encuentras bien? —Alex le preguntó a su hermano, posando una mano sobre su otro brazo. Por un momento, Richard se sintió como un niño pequeño al que tuvieran que apoyar. Y eso lo hizo enojar. Él era el protector, no a quien debieran proteger.

—Alex, no puedes hacer eso. —Richard miró a Alex y luego a John—. Usted no debió convencerlo de hacer tal cosa. No es justo que le meta ideas a una persona ingenua como él...

—He sido yo el que le pidió hablar, Chad —Alex lo interrumpió, hablando en un tono grave, raro en él—. No quiero ser conde, quiero que tú lo seas. Te lo mereces. Tú mereces todo lo mejor, y también Lupita. Ambos serán los condes de Hendingham.

—No quiero saber nada de eso. Alex, tú eres el primogénito, tienes todo el derecho de heredar el título y lo que sea que quede de la fortuna de...

—¡No! —Alex golpeó la mesa, comenzando a desesperarse. Lupita se puso de pie y se sentó a su lado, en un intento de tranquilizarlo, pero Alex no aceptaba razones—. Hablé con John Goldbridge y ya todo está listo. Firmé los papeles, ahora tú debes hacerlo también, y entonces Lupita y tú serán los condes.

—Muchacho, es lo que Alex quiere —intervino Lee—. Yo estuve presente durante toda la charla con el señor Goldbridge, también Zalo. Es cierto que Alex fue el de la idea, él desea darte esto, hijo. No lo desaires.

—No puedo hacerlo. —Richard miró a su hermano—. Alex, no entiendes lo que me estás entregando... No puedo aceptarlo.

—Richard, entiendo tu modo de reaccionar, pero no es lo que piensas —intervino John—. No

estarás haciendo esto por avaricia o poder, como tu hermano Harold, sino para proteger a Alex, que es precisamente lo que has hecho hasta ahora.

—No, no es lo mismo. No necesito quitarle a Alex su título para protegerlo, puede conservarlo y tenerme a su lado. No es algo que debas elegir, Alex —concluyó, mirando a su hermano a los ojos.

—Ser el conde de Hendingham no es un privilegio, Richard. El título conlleva muchas obligaciones que a tu hermano se le hará difícil encarar —le explicó John—. Alex lo comprende y él...

—No, no y no —repitió Richard, sin aceptar razones.

—Sí, sí y sí —gritó Alex, poniéndose de pie, tan enojado como nunca lo había visto nadie—. Es lo que yo quiero, Chad. ¡Yo lo quiero! —repitió, tan alterado que Richard temió por su corazón.

—Alex, cálmate por favor...

—Lo haré cuando aceptes lo que quiero darte —Alex lo interrumpió, hablando de forma atropellada, muy nervioso—. ¿Crees que deseo que la gente me continúe atacando, igual que Harold? Ya no quiero eso en mi vida. Y es lo que tendré si soy conde.

—Alex, no voy a dejar que nadie...

—Tu hermano no puede cuidarse solo, Richard —convino John—. Alex tiene mucha razón al decir que será el centro de ataques. Harold solo fue la punta del iceberg que enfrentará. Mujeres, como la viuda de tu hermano, lo acosarán, además de tantas personas que no dudarán hacer lo que sea para quitarlo de en medio y así hacerse de su título y dinero.

—¿La viuda de mi hermano...? —Richard miró a John, confundido.

—Lo siento, no he te he informado de todo. Harold desposó a una mujer antes de morir, una americana de gran fortuna, hija de una familia que subió de la nada. —John dio a entender que se dedicaban a negocios turbios con una rápida explicación—. Esta chica se casó por el título, obviamente, pero cuando Harold reveló que no era el verdadero poseedor del título de conde, la familia de ella pidió el divorcio. Es por ello que tu hermano vino a Veracruz, siguiendo una pista que consiguió rastreando el dinero de tu banco, por lo que pude enterarme de mis últimos contactos en Nueva York —explicó John—. Como sabes ya, tu hermano Harold llegó dispuesto a lo que fuera para matar a Alex y quitarlo así de en medio para hacerse con el título y así conseguir el dinero de su esposa, que no le sería entregado hasta que él presentase los documentos legales que lo nombraran conde.

—Ese desgraciado... —Richard apretó los dientes, sintiendo deseos de rematar a su hermano si estuviera vivo. Él pensaba que no se habían casado.

—Que su alma arda en el Infierno —masculló Jack una vez más, y esta vez Richard asintió.

—La fortuna se ha ido... —comenzó a decir Richard, retomando el tema—. Sin ella, Alex no correrá ningún riesgo.

—Tienen las propiedades todavía, y tu madre dejó un fondo lo suficientemente lucrativo

también para Alex, sin mencionar el título. La viuda negra desposó a Harold únicamente por eso —explicó John.

—Viuda negra, buen nombre. —Jack sonrió, antes de mirar a su amigo—. Él tiene razón, Richard. Es por el bien de Alex que aceptes el título.

—Es cierto, es por su bien, Richard. Para protegerlo —convino Lupita—, y lo más importante es que así Alex lo quiere. Piénsalo.

—No...

—¡Richard, ya deja de ser tan necio! —Todos se sobresaltaron al escuchar a Alex gritar. Muy molesto, el muchacho miró a su hermano y continuó hablando, adoptando una solemnidad que nunca antes habían visto en él. —No soy tonto, a pesar de lo que todos creen. Sé lo que estoy haciendo.

—Alex, lo sé, yo no quería...

—¡Escucha! —gritó Alex, haciéndolo callar—. Chad, tú me has cuidado toda mi vida, ahora quiero hacer algo por ti. Soy tu hermano mayor, pero tú siempre me has cuidado, me has protegido... —Alex posó una mano sobre el hombro de Chad, en un gesto fraternal lleno de cariño—. Quiero que seas el conde, tú y Lupita. Es mi regalo para ti, hermanito. No lo rechaces, por favor.

Richard se quedó sin palabras. Miró a John, sentado frente a él y luego a Lee, buscando una respuesta. Finalmente posó los ojos sobre Lupita, quien abrazaba a Alex, con lágrimas en los ojos.

—Solo di que sí, Chad —le dijo ella, secándose una lágrima de la mejilla—. Alex se merece que le digas que sí.

Richard asintió y miró a Alex, incapaz de articular palabra.

—Es un sí, entonces —Alex sonrió y abrazó a su hermano y a Lupita a la vez—, ahora todo será perfecto.

Lupita rio y besó a Alex en cada mejilla, observando con sobrecogimiento a Chad, quien en ese momento abrazaba a su hermano firmemente, con lágrimas cayendo por su rostro.

Sabía lo difícil que debía ser para él aceptar algo como aquello, para él que siempre había vivido para proteger a Alex.

Su hermano deseaba eso, y lo mejor que Chad podía hacer era complacerlo

Entendía a Alex. Era su oportunidad de retribuirle algo. Lupita sabía lo importante que era ese sentimiento; hacer algo por la persona que amas, sin duda, es el más maravilloso regalo. Y Alex se merecía ese regalo.

Capítulo 42

Londres, Gran Bretaña.

Cuatro meses después.

—¿Estás lista ya, amor? —le preguntó Richard.

—Solo un segundo, cariño. —Lupita se sentía muy emocionada, Chad la llevaría a dar un paseo por todo Londres con Danielle, Jack y Joe.

Sus amigos acababan de llegar de Veracruz, y Lupita se moría de ganas de enseñarles las maravillas de su nuevo hogar. Sin duda, Inglaterra era un sitio magnífico. Una tierra mística, a rebosar de edificios que dejaban con la boca abierta por su estructura y una historia capaz de abrumar hasta el más sabio. Pero, seguramente, para Lupita lo más hermoso era la campiña, a donde Chad la había llevado de visita en un par de ocasiones. Esos páramos vastos y verdes, siempre húmedos y rodeados de bosques centenarios, le parecían como estar dentro de un cuento de hadas. Y era así como Lupita se sentía en su nueva vida al lado de Chad, como una princesa en un cuento de hadas.

Y no había día en el que no diera gracias por estar a su lado. Pobre o convertido en conde, Richard Collinwood era el hombre más maravilloso que existía.

Danielle y Jack habían contraído matrimonio hacía poco y eligieron Londres como destino para su viaje de bodas. Joe había venido con ellos, pues Danielle no deseaba dejar a su padre atrás. A Richard aquello le vino de maravilla, ya que deseaba pedirle a Joe que se hiciera cargo de la administración de algunas de sus tierras en Inglaterra, y de ese modo tener libertad para viajar. Ambos habían decidido establecerse tanto en México como en Inglaterra, y sin duda necesitarían gente de confianza que administrara sus tierras y bienes durante su ausencia.

—¿Y esto que traes en la cabeza, qué es? —la interrogó Chad, sacándola de sus pensamientos mientras la observaba con una sonrisa radiante.

Lupita se volvió hacia él, poniendo los brazos en jarra.

—Sabes perfectamente lo que es esto, Richard —contestó ella, arreglándose la peluca.

—No necesitas esto, mi amor. —Él se la arrebató antes de que pudiera impedirlo, dejando al descubierto unos mechones cortos de cabello tan negro como la noche—. Perfecto, ahora puedo verte. —Se inclinó y la besó—. Ahí está mi hermosa mujercita.

—Richard, parezco un ratón.

—Sin duda un ratón estaría agradecido de ser comparado con tanta belleza.

—¡Richard, hablo en serio! —Lupita intentó en vano alcanzar su peluca, él era demasiado alto para ella y la mantenía alzada sobre su cabeza—. Sabes que debo usarla, todas las mujeres de Londres son muy refinadas y le prometí a mamá que me comportaría a la altura de la circunstancia.

—Tú eres hermosa sin necesidad de esto. —Richard lanzó la peluca por la ventana, para consternación de Lupita, quien dio un grito ahogado.

—Mi peluca... —masculló ella entre dientes, dándole un golpe juguetón en las costillas—. ¿Cómo conseguiré otra ahora? Saldremos en cinco minutos.

—Amor mío, confía en mí cuando te digo que luces preciosa. —Él tomó su rostro entre sus manos y la besó.

Alguien llamó a la puerta en ese momento. El rostro sonriente de Alex asomó por ella.

—¿Se les perdió esto...? —Alex entró, alzando en alto la peluca—, ¿otra vez?

Lupita rio y fue a abrazarlo.

—Mi héroe —le dijo, besándolo en la mejilla.

—Lupita, no deberías usar esa cosa. Te ves linda así como eres.

—Muchas gracias, Alex. —Richard aplaudió, contento—. No puedes ignorar la sabiduría de mi hermano, Lupita. Tendrás que salir sin esa maraña de pelos puesta en la cabeza.

Lupita suspiró y puso los ojos en blanco.

—Bien, ustedes ganan. Pero usaré el sombrero y más te vale que no lo lances por la ventana también. Le costó una fortuna a mi madre. —Señaló a Richard con un dedo de forma amenazante.

—Como quieras, amor. —Chad la cogió por la cintura, atrayéndola hacia él.

—Si van a besarse otra vez, me voy. —Alex puso los ojos en blanco, en un gesto bastante similar al de Lupita—. Por cierto, Chad, Lee me pidió que te dijera que John nos espera en su oficina a las seis, para firmar los papeles y tomar el té.

—Muy bien, no faltaremos a la cita.

—Bien, pero yo no tomaré té. —Alex se cruzó de brazos, molesto—. Estoy cansado de tanto té, me gusta el café.

La visita por la ciudad fue muy enriquecedora. Richard los llevó a conocer el Palacio de Cristal, en Upper Norwood, al sur de Londres. Lupita estaba encantada al ver a Jack, Danielle y Joe tan maravillados por la recorrida.

Caminaron hasta cansarse, y se sentaron a tomar el almuerzo en la pequeña cafetería del lugar. Después de terminar la comida, dieron un pequeño paseo por la ciudad.

Cuando Alex se sintió extenuado, decidieron regresar a casa y descansar un poco. Danielle y Jack partirían al día siguiente hacia París, necesitaban empacar y reponer fuerzas. Lee deseaba quedarse a cuidar de Alex, como siempre, por lo que Joe fue el único que decidió acompañarlos a

ver al abogado, argumentando que tenía algunos asuntos que tratar con él.

—Es un placer volver a verlos —les dijo John, después de saludarlos a su llegada—. Por favor, tomen asiento. El té está listo.

—Antes de comenzar, me gustaría entregarle esto —le dijo Joe, alargándole una carta al abogado—. Zalo me ha pedido que se lo diera. Aparentemente todo está en orden, pero si usted desea redactar los papeles una vez más, Zalo me ha dado un poder para firmar en su nombre.

—Disculpa, Joe, ¿qué es? —preguntó Lupita.

—Son las escrituras de El Janto —contestó por él John, alzando las cejas a causa de la sorpresa al leer el contenido de los papeles que Joe acababa de entregarle—. Estos documentos nombran a Richard como dueño del rancho.

—¿Qué cosa? —Richard frunció el ceño.

—Es el deseo de Zalo que El Janto sea tuyo, Richard —le explicó Joe—. Eres el marido de Lupita, su única hija y heredera, después de todo. Además tú has pagado para salvarlo, te lo mereces, hijo.

—De ningún modo. Es un regalo, se lo dije claramente a Zalo antes...

—Mi padre es un hombre orgulloso, Chad. Igual que tú. —Lupita sonrió—. Si has de enfrentarte a él, tendrás que hacerlo en persona. No pongas a Joe de por medio.

—Es muy cierto eso. —Joe rio de buena gana—. Habrás de enfrentarte a tu suegro en persona. Yo solo soy su vocero.

—Guardaré estos papeles, para lo que ustedes decidan hacer —intervino John—. Ahora, por favor, amigos, permítanme servirles una taza de té para acompañar el momento. Richard, finalmente puedo presentarte los papeles que te nombran oficialmente conde de Hendingham y heredero de tu padre.

Richard aceptó la taza de té, pero le entregó los papeles a Lupita.

—Cariño, guarda esto. Suelo perder las cosas que no me interesan.

—No seas tan orgulloso, Richard. Y no digas esas cosas frente a John, ofenderás a nuestro amigo.

—En absoluto, yo también tengo un título nobiliario, sin embargo rara vez lo uso —les confesó John—. Me fue otorgado por el rey regente, hace muchos años. No nací en una buena familia como tú, Richard. Por lo tanto, no me siento merecedor de él.

—Por el contrario, creo que tú lo mereces mucho más que yo y que muchas otras personas —replicó Richard—. Y ya he dicho que ese título solo es un problema.

—¿Por qué no guardas por nosotros estos papeles, querido amigo? —le preguntó Lupita a John, devolviéndole los documentos que acababa de entregarle.

—Tengo copias guardadas en mi caja fuerte, por supuesto. Eso es para ustedes, para que lo usen como mejor les parezca.

—Para encender la chimenea...

—Lo guardaremos bien, gracias John —lo cortó Lupita antes de que Richard pudiera ofender a

John, que si bien no tenía la intención de herir al abogado, dejaba en claro lo que su marido opinaba de los títulos de nobleza.

Esa noche, después de llevar a Joe a casa para descansar, Richard y Lupita decidieron salir a dar un paseo. Necesitaban hablar y estar un momento a solas, decidir qué harían con su vida.

—¿Guardaste los papeles del título? —la interrogó Chad, abriendo el paraguas cuando las primeras gotas de lluvia comenzaron a caer sobre sus cabezas.

—Por supuesto, los puse en la caja fuerte, junto a las copias de las escrituras de El Janto que te envié mi padre —le contestó Lupita, acurrucándose a su lado, para protegerse del agua.

—Bien hecho, y allí se quedarán hasta que se los devuelva a tu padre.

—Chad, no creo que él acepte.

—Lupita, es mi deseo que esos papeles regresen a sus manos —le dijo él, deteniéndose para mirarla a la cara al hablar—. Tú y yo construiremos nuestro propio rancho. El Janto es de tu padre y así permanecerá. ¿Estás de acuerdo?

Lupita sonrió de oreja a oreja y asintió, antes de rodearle el cuello con los brazos y darle un prolongado beso en los labios.

—Por supuesto que sí, mi amor. Eres el mejor marido del mundo, ¿te lo he dicho?

—No lo suficiente este día —bromeó, haciéndola reír.

—¿Y cuándo crees que podremos regresar a México? —cuestionó Lupita, mientras retomaban la caminata—. Ya que los papeles del título y la herencia están arreglados, nada nos retiene aquí.

—En realidad, quiero dejar zanjados todos los asuntos que sean convenientes antes de viajar, Lupita. Y no solo eso, deseo enseñarte toda la grandeza de mi país, que conozcas las propiedades que ahora nos pertenecen, no solo la casa de Londres. —Su voz sonaba llena de emoción al hablar—. No puedo esperar a que conozcas Collinwood Hall, es un castillo medieval, Lupita. Un castillo real, como los que tú tanto adoras —le dijo él, muy animado—. Es enorme, un castillo centenario tan viejo que te juro que puedes ver a los muertos de la Edad Media vagando por él. Es un mausoleo terrorífico.

—En ese caso no puedo esperar —contestó ella, sarcástica, haciéndolo reír.

Lupita sonrió, pero su sonrisa estaba sesgada por cierto pesar.

—¿Qué ocurre, amor mío? —preguntó Chad, deteniéndose una vez más.

—Richard, es solo que... a veces siento que me quieres consentir demasiado. No has dejado de darme regalos desde que recibiste la herencia.

—¿Te estás quejando de los regalos? —Él rio—. Solo quiero hacerte feliz, amor.

—Lo sé, Chad, pero a veces... me abrumas. —Ella buscó las palabras correctas, intentando no herirlo—. Creo que debes centrarte en lo importante, yo no necesito tantos lujos. No quiero que desperdicies el dinero, que tanto te ha costado obtener, en cosas vanas. Ya has hecho demasiado por mí, primero fue el rancho y ahora...

—Mi Morenita, hacerte feliz es la mejor inversión —él la interrumpió.

—Quiero que te concentres en lo importante, y no solo en mí. Chad, no necesitas ganarte mi

amor comprándome cosas. —Ella posó ambas manos en su rostro—. Ya te amo, Richard Collinwood.

—¿No me quieres más ahora que soy rico? —preguntó él, en broma—. Y yo que me sentía tan esperanzado...

Ella rio, negando con la cabeza.

—Creo que eres mejor persona por no haber sido rico toda tu vida. Tu madre hizo bien al alejarte del dinero fácil hasta que tuvieras la madurez necesaria para saber utilizarlo con sabiduría.

—Tienes razón, probablemente, de no haber sido así, lo habría despilfarrado en tonterías, como... —Pensó en su hermano mayor, gastando toda la fortuna en mujeres y juegos.

—Lo sé, siempre tengo razón —Lupita bromeó, haciéndolo reír.

—¿Qué haría yo sin una mujer tan inteligente a mi lado? —Él rio y la abrazó también.

—Probablemente morir en la pobreza.

—Sin duda, eres la mejor inversión de mi vida. —Él le siguió la broma. Notó que había dejado de llover, por lo que cerró el paraguas—. ¿Qué te parece si te invito a cenar para celebrar el tener a una mujer tan estupenda como mi esposa?

—Me parece que es una idea genial, pero nada de sardinas por favor. —Ella arrugó la nariz—. Me dan náuseas.

—¿Desde cuándo? Creía que te gustaban.

—Sí, me gustaban... antes —dijo de forma misteriosa.

—¿Las sardinas de Inglaterra son diferentes a las de México para que no te agraden ahora?

—En realidad, es el hecho de estar esperando a tu hijo lo que provoca que no me gusten muchas cosas que antes solía comer.

Chad se detuvo y se volvió hacia ella, mirándola con la boca abierta.

—¿Mi qué...?

—Tu hijo. —Ella sonrió de oreja a oreja, contenta de ver la sorpresa grabada en su rostro.

—¿Qué cosa?

—Dije...

—¡Te he escuchado! —La tomó por la cintura—. ¿Estás segura?

—Por supuesto, te dije que soy infalible cuando se trata de eso, pero fui a ver al médico para que tú estuvieras seguro y confirmó lo que yo ya sabía. Serás padre, Richard.

—¡Dios mío! Dios mío... Dios mío...

—¿Vas a desmayarte? Porque francamente no creo tener la fuerza para sostenerte, amor, ¿podríamos sentarnos?

—¡Lupita, te amo! —Richard la abrazó con todas sus fuerzas.

—Y yo a ti, Richard —le dijo entre risas—, y te amaré más si me das un poco de aire.

—Lo siento, lo siento... —Él rio con ella—. Tenemos que contarles a todos, ¡tus padres se pondrán tan contentos! ¡Y la abuela Lupe! ¡Y Alex se irá de espaldas, siempre ha querido ser tío!

Lupita no dejaba de reír con él, contenta de verlo tan entusiasmado.

—Haremos una fiesta y le diremos a todos, traeremos a tus padres y a la abuela Lupe, será grandioso. Mandaré reformar completamente Collinwood Hall, lo convertiré en un palacio para ti y el bebé. Es allí donde nacerá, será nuestro hogar. Es precioso Lupita, viviremos en el campo, en Kent, te encantará.

—Será mejor que olviden esos planes —dijo una voz de mujer a sus espaldas—, porque ninguno podrá realizarse.

Lupita se llevó una mano a la boca para ahogar un grito. Una mujer apuntaba un arma hacia ellos; y con el dedo firme sobre el gatillo, era obvio que lo que intentaba era dispararles y no asustarlos.

Richard se volvió, poniéndose delante de Lupita en un acto reflejo instantáneo.

—¿Qué quieres? —preguntó, hablando con voz clara y firme—. No traemos dinero, pero te puedo dar lo que traigo encima. Solo no le hagas daño a ella.

La mujer soltó una carcajada, y con ella el revólver se movió arriba y abajo.

Lupita la observó sintiendo los nervios de punta. Ella iba vestida de forma elegante, aunque muy sucia. Y su abultado vientre dejaba en claro un avanzado estado de gestación.

—No quiero su dinero —dijo la mujer al fin, dejando de reír—. Solo sus vidas. —Ella miró a cada uno, acercándose un paso más con el arma en alto—. Ustedes me lo arrebataron todo, a mí y a mi hijo. Y ahora yo les quitaré todo cuanto aman. Les arrebataré el uno al otro, y al fin mi hijo tendrá lo que él merece: el título por el que su padre murió luchando.

—¿Qué has dicho? —Richard frunció el ceño, mirando a la mujer fijamente, atento a cada uno de sus movimientos.

—Yo soy la viuda de tu hermano —ella espetó, alzando el arma contra su cabeza—. Pudimos conocernos más amigablemente, pero ya que tú asesinaste a mi marido para quitarle el título que se merecía, yo te asesinaré a ti... y a ti. —Miró a Lupita, observándola tras el hombro de Richard. Él no le permitía moverse, protegiéndola con su propio cuerpo a capa y espada—. Lo siento, querida, no tenía nada contra ti, pero ya que has dicho que tendrás un hijo de él —señaló a Richard con un gesto de la cabeza—, será mejor que también me libre de ese bastardo de una vez por todas. Nadie se opondrá en el futuro de mi hijo nonato. —Ella posó una mano sobre su vientre, mostrando una sonrisa sucia y con varios agujeros donde antes se hallaban los dientes.

—¿De qué estás hablando? —Lupita se adelantó, prácticamente empujando a Richard para abrirse paso—. Harold murió hace más de un año, es imposible que tú estés esperando a su hijo.

—¡Es su hijo! —gritó la mujer, al borde de la histeria.

—Cálmese, señora. —Richard se puso delante de Lupita, cubriéndola con su cuerpo—. Podemos hablar de forma civilizada, sin alterarnos. Solo cálmese...

—¡No me digas que me calme! —chilló ella—. ¡Lo he perdido todo por culpa tuya, Richard Collinwood! Harold prometió hacerme condesa, ¡lo prometió! ¡Pero tú lo mataste antes de que lo consiguiera! ¡Ahora soy la burla de todo el mundo! Por tu culpa. —Lo apuntó a Richard una vez

más.

—Es suficiente. —Lupita se adelantó, harta de esa mujer—. Deme el arma.

—¡No! —gritó ella, lanzando un alarido histérico.

Richard supo lo que ella iba a hacer un segundo antes. Lanzó a Lupita a un lado, interponiéndose entre su esposa y la bala, justo cuando la mujer apretó el gatillo. El sonido de la pistola retumbó en la noche. Y todo cuanto Lupita pudo ver fue el rostro de Richard palideciendo al tiempo que una mancha oscura aparecía en su costado

Capítulo 43

—¡No! —Lupita gritó, asustada como nunca en su vida, cuando vio el costado de Richard teñirse de negro—. ¡Richard, no por favor! ¡No!

Escuchó chillidos de la gente, ahuyentada por el sonido de la bala. Lupita apenas lo notó. Todo cuanto le importaba era el hombre ante ella, sangrando. Sostuvo la cabeza de Richard sobre su regazo cuando él cayó al suelo, derramando lágrimas amargas, colmadas de miedo y angustia.

—Ahora te toca a ti —dijo la mujer, alzando una vez más el arma, esta vez contra Lupita.

Ella levantó la cabeza, acunando con cariño el cuerpo de Richard, en un intento de protegerlo contra lo que vendría.

—Detente —dijo la voz de un hombre, hablando de una forma profunda, casi sobrenatural.

Lupita escuchó esa voz familiar y el cuerpo se le paralizó. Cada uno de sus vellos se erizó al tiempo que ella alzaba la vista, incapaz de creer lo que veían sus ojos.

Caminando sobre el adoquín de la calle, un hombre vestido de vaquero se aproximaba. Su larga melena azabache enmarcaba su rostro moreno, oculto parcialmente por el ala de su sombrero negro.

—¿Ahanu? —la voz de Lupita fue un susurro apenas audible. ¡No! Era imposible. Él estaba muerto.

—¡Alto! —exclamó la mujer, apuntando el arma contra el hombre aproximándose a ella—. ¡Alto, he dicho! ¡Te mataré!

Pero Ahanu no se detuvo.

Se escuchó el sonido del arma retumbar en la noche cuando la mujer disparó una vez, otra y otra, hasta que se terminaron las balas.

Pero Ahanu continuó caminando, inmune al ataque de la desquiciada mujer ante él.

—¡Es un demonio! —gritó la mujer, intentando atacarlo con la culata del arma, pero solo le dio al aire.

Ahanu se encontraba tras ella. Un parpadeo y había vuelto a situarse frente a ella. De un manotazo rápido, él le arrebató el arma y la lanzó lejos, calle abajo.

La mujer gritó con toda la fuerza de sus pulmones y salió corriendo, aterrada. En su ataque de histeria, tropezó y se desgarró el vestido, en un tiempo muy fino y allí convertido en harapos a causa del uso excesivo y la suciedad. Con movimientos torpes, ella intentó enderezarse, dejando a

la vista buena parte de su ropa interior y del cojín que llevaba oculto bajo sus ropas, simulando una abultada barriga.

Lupita frunció el ceño al notarlo. Ella nunca había estado embarazada. Se escucharon gritos y la policía llegó corriendo de todas partes.

Solo entonces, Lupita se percató de que no se encontraban solos. La gente se había asomado desde las casas al escuchar los gritos y los balazos y corrían en su ayuda. Sin embargo, ella solo tenía ojos para Richard, sangrando entre sus brazos.

—Richard, por favor, no me dejes. —Sollozó sobre su rostro, besando sus párpados cerrados.

Su esposo abrió los ojos en ese momento y la miró a la cara.

—Tranquila amor, no llores —le dijo él, pasando una mano por su rostro, en una caricia suave y llena de ternura—. Estoy bien, solo ha sido un rasguño.

—No te muevas, no puedes saber eso hasta que te vea un médico.

—Él estará bien. —Lupita alzó la vista y observó a Ahanu de pie ante ellos. Pero apenas había fijado los ojos sobre él cuando Ahanu se desvaneció en la nada, tan rápido como había aparecido.

La ayuda llegó, y Lupita se vio apartada de Richard para que fuera atendido por el personal médico. Joe, Lee y Jack arribaron en ese momento, habían oído el escándalo desde su casa y habían corrido en su busca, temerosos de que algo malo les sucediera. Al encontrar a Richard en ese estado, desplomado sobre los brazos de Lupita y cubierto de sangre, se preocuparon, pero supieron mantener la calma mejor que la joven, quien no dejaba de llorar, angustiada.

Los tres hombres la acompañaron en todo momento, consolándola y brindándole palabras de aliento, mientras la ayudaban a acomodarse en el asiento del carruaje que los conduciría al hospital, al lado de su marido, recostado en una hamaca.

Lupita, manteniendo una mano firmemente agarrada a la de Richard, miró la calle tras ellos por última vez, mientras se alejaban. El sitio donde hacía unos minutos había estado Ahanu yacía desierto. Ningún rastro de él a la vista. ¿Había sido real o lo había imaginado?

Esa misma noche, ya en casa, Lupita no podía dejar de sonreír, sentada a un lado de su marido. Se sentía profundamente agradecida por tenerlo sano y salvo.

Alex, sentado al otro lado de Richard, no dejaba de reír, contento con la noticia de que pronto iba a ser tío. No habían querido asustar a Alex con lo acontecido, por lo que se habían limitado a contarle que Richard se había desmayado a causa del impacto de la noticia de que iba a convertirse en padre, y se había hecho una herida con el golpe.

—En serio, Chad, deberías comenzar a usar cojines cuando salgas. De ese modo no te lastimarás la próxima vez —le dijo Alex, muy serio.

—Lo tendré en consideración, Alex. Lo prometo. —Sonrió Richard—. Quizá me haga un traje, me veré muy musculoso bajo la ropa, ¿no te parece?

—Como si lo necesitaras. —Bufó Lupita, y enseguida el rubor encendió sus mejillas al notar

que había expresado su pensamiento en voz alta.

—Creo que debemos dejar a estos dos solos, para que Lupita y Richard puedan... descansar — comentó Danielle, mirando a su amiga con una sonrisita traviesa.

—No es necesario —comenzó a decir Lupita, pero su marido la interrumpió.

—Es cierto, mi mujercita debe descansar. Tanto estrés podría ocasionarle problemas a nuestro pequeño —él le dijo con voz sumamente dulce, posando una mano sobre su vientre.

—No puedo creer que voy a ser tío. Estoy tan contento que creo que podría volar —anunció Alex, aplaudiendo.

—No puedo esperar para conocer a ese pequeñín o pequeñita —dijo Danielle—. Y Richard tiene razón, Lupita, deberías descansar —lo dijo muy seria, pero la sonrisa traviesa en su rostro daba a entender que tenía otra idea en mente.

—Es tarde y debemos ir a dormir —aclaró Lupita—. Mañana ustedes dos viajarán a París y deben estar frescos para el viaje.

—¿Bromeas? No nos iremos —anunció Danielle—. No mañana, al menos.

—Es cierto, ahora que Chad casi muere... por ese tropezón —aclaró Jack—, y mi sobrino viene en camino, no podemos marcharnos así como si nada —convino Jack—. Pero mañana hablaremos de eso. Ahora a dormir, y, Lupita, cuida bien de este neandertal por favor. Es contra balas... malas pulgas —se corrigió—, pero seguro que está agotado y, siendo tan orgulloso como es, nunca lo admitirá.

—Descansa, hijo —le pidió Lee—, y no molestes a tu esposa. Ya tiene bastante con que lidiar. —Lee le dedicó una mirada llena de afecto a Lupita. Ella lo abrazó y permitió que él la besara en la frente antes de abandonar la habitación, luciendo sumamente alegre.

—No puedo expresar lo feliz que me haces —le dijo Joe, abrazándola antes de salir—. Cuida de ese muchacho que llevas dentro y del otro en la cama. Los dos te necesitan fuerte, Lupita.

—Lo haré —contestó ella con una sonrisa, soltando una ligera exhalación al cerrar la puerta.

—Buena idea, asegúrate de que nadie entre. Necesitamos privacidad para lo que planeo hacer contigo ahora —le dijo Chad, cuando ella echó la llave en la puerta.

—Muy gracioso, Chad. —Ella puso los brazos en jarra al ver que Richard se había puesto de pie—. Quiero que te acuestes enseguida.

—No puedes mantenerme lejos de la cama, ¿no es verdad?

—¡Acuéstate!

—A sus órdenes, esposa mía —Él arqueó una ceja, dedicándole una sonrisa pícaro.

—Basta, Chad, el médico dijo que debías dormir y reponerte. —Lupita se acercó y comenzó a ayudarlo a acomodarse sobre las sábanas. Sin embargo, la conmoción de lo sucedido esa noche la embargó de golpe en ese momento, sentirlo tan cerca cuando estuvo a punto de perderlo para siempre era una emoción demasiado intensa para solo dejarla pasar.

—Mi amor, estoy bien, te lo aseguro... ¿Por qué lloras? —Él acunó su rostro entre sus manos y la besó en los párpados, secando sus lágrimas con cada beso—. Lupita, estoy bien, te lo aseguro.

No llores por algo que no tiene importancia, amor mío.

—¿Por nada? —Ella se crispó, apartándose de él lo suficiente para mirarlo a la cara—. ¿Cómo puedes decir que no tiene importancia? ¡Por poco te matan!

—No fue nada.

—¡Fue algo serio, Chad! —le gritó, sin dejar de llorar—. ¿Por qué hiciste esa locura poniéndote frente a la bala? ¿Es que no puedes dejar de hacerte el héroe?

Chad sonrió, alcanzando su cintura para acercarla a él.

—Tenía dos buenas razones para hacerlo —le dijo, posando una mano sobre su vientre.

Las lágrimas que Lupita había estado intentando contener se derramaron sin remedio al escucharlo decir esas palabras.

—Por favor, Chad, no vuelvas a hacer eso —le pidió—. Te amo demasiado y perderte me mataría... ¡No puedo vivir sin ti, Richard Collinwood!

—Lupita, debes saber que yo nunca dejaré de defender a la gente que amo —le dijo Richard, abrazándola fuertemente contra su pecho—. Puedes odiarme por eso, pero nunca impedirás que pare una bala con mi cuerpo si he de evitar que te hieran.

—Eres tan arrogante. —Ella le dio un golpecito en el brazo—. Pero te amo, así como eres.

—Y yo te amo a ti, mi dulce Morenita.

—Ahora ve a la cama, amor. No fue broma cuando dije que debías descansar.

—Por cierto, ¿qué pasó con el hombre que nos ayudó? —le preguntó Richard.

Lupita palideció, pero él no lo notó. Continuó hablándole, mientras tomaba asiento en la cama. Realmente estaba agotado, había perdido mucha sangre y el mantenerse de pie solo lo hacía sentirse mareado.

—Ya sabes, aquel que nos vino a ayudar, el que le arrebató el arma a la mujer desquiciada —le explicó Richard, atrayendo a Lupita a su lado—. Lo reconocí cuando lo vi, fue muy valiente en ayudarnos. Quería verlo para agradecerle... ¿Te dijo su nombre o te dio su dirección?

Lupita lo miraba con los ojos abiertos como platos.

—¿Cómo que lo reconociste? —le preguntó, confundida.

—Conocí a ese hombre durante nuestro viaje a Veracruz. Hablé con él en el barco.

—Pudo ser cualquier otro —Lupita lo interrumpió.

—No olvidaría su rostro, es peculiar. —Chad sonrió al añadir—: Aunque en realidad, lo recuerdo porque él me dio el mejor consejo que he tenido en mi vida.

—¿Y cuál fue? —Lupita le preguntó, sus ojos tan abiertos que Richard veía en ellos reflejado todo el universo en diminutos puntitos de luz.

—Quedarme en Veracruz —contestó Richard con una sonrisa sesgada—. Dijo que allí encontraría lo que había estado buscando toda mi vida.

Lupita miró a Richard, asimilando las palabras que acababa de escuchar. Aquellas palabras que habían sido pronunciadas por el hombre que en el pasado había amado con todo su corazón. Enseguida, una sonrisa se formó en su rostro al comprenderlo todo.

—¿A dónde fue, Lupita? —cuestionó Richard—. No pudimos agradecerle su ayuda, ni siquiera nos dijo su nombre.

Lupita sonrió y, mirando al hombre delante de ella, contestó:

—Sé su nombre, amor. Su nombre era Ahanu, y ha vuelto a donde debe estar.

Las cejas de Richard se juntaron, en una expresión mezcla de desconcierto y enojo.

—¿Me estás tomando el pelo? ¿Te refieres a Ahanu, tu... tu...?

—Él era mi prometido —Lupita asintió. A pesar de seguir muy pálida, sonreía. Sonreía porque sabía que Richard estaba bien y seguiría a su lado. Sonreía porque Ahanu aún permanecía en su vida, cuidando de ella a pesar de todo. Sonreía porque la vida era buena y al fin los iluminaba con el ser que llevaba en su vientre—. Ahanu... El que nos cuida desde el cielo.

Richard abrió los ojos como platos.

—Creo que nunca dejaré de sorprenderme de las cosas que veré estando a tu lado —le dijo, observándola con devoción.

—¿Te refieres a la magia, los espíritus y las tradiciones que llevo en la sangre?

—A eso y mucho más. Como el hecho de tener que hablar con tu antiguo prometido, aun cuando él está muerto.

—¿Te molesta eso?

—¿Molestarme? —Bufó—. Nunca podré dejar de sentirme agradecido con él. Tenía toda la razón. —Richard posó la mano en su rostro, en un gesto lleno de amor—. En Veracruz encontré a la persona que estuve buscando toda mi vida.

Ella sonrió, estrechando la mano que él mantenía sobre su mejilla.

—Te amo, Richard. Te amo más que a nada en el mundo. No sé qué haría sin ti...

—No llores, amor mío. Este inglés no se separará de tu lado, aunque todas las balas del mundo intenten interponerse entre nosotros, Morenita. Antes me muero que alejarme de tu lado.

Ella rio, negando con la cabeza.

—Estás loco, Richard Collinwood.

—Solo por ti, amor mío. —Sonrió, inclinándose para besarla—. Solo por ti.

Fin

Agradecimientos

Son muchas las personas a las que quiero agradecer, empezando por ti, querida Lola Gude, que me has apoyado en todo momento. Tu amistad es un regalo sumamente valioso que agradezco cada día a Dios. Gracias, muchas gracias, querida amiga, por tu gran corazón, por ser esa persona tan increíble que eres, por siempre estar ahí. Eres extraordinaria.

Gracias a mi familia, en especial a mis angelitas, a mi querida mamá, a mi dulce hermana, mis guapos hermanos, mi fuerte Nonna, mis tíos y primos, los amo con todo el corazón.

Gracias a todas mis amigas y queridas lectoras, ustedes son un gran apoyo y motivación para continuar luchando por este sueño.

Gracias a Dios por darme la fuerza, la determinación y la imaginación para concluir cada libro. Cada historia viene de TI.

Nota de la autora

En cada novela que escribo, intento hacer conciencia acerca de la importancia de la integración y respeto que merecen las personas con capacidades diferentes. Esas personas extraordinarias que afortunadamente comparten el mundo con nosotros, enseñándonos día a día nuevas formas de ver la vida, de amar a nuestro prójimo y de entender el mundo.

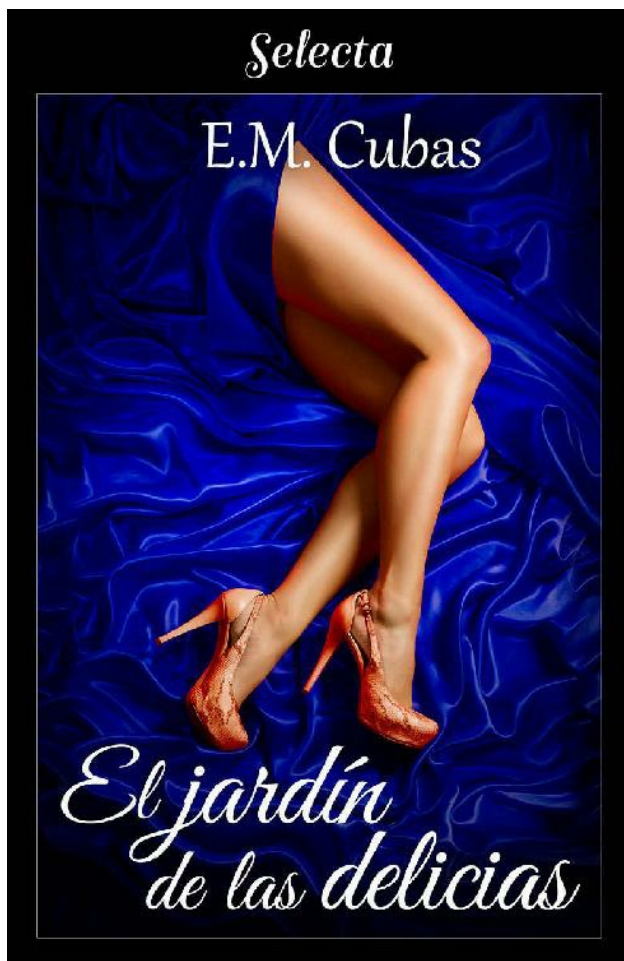
Por lo regular, mi intención es hablar sobre el autismo, como defensora de la causa por la que luchamos día a día en mi familia. Mi hija con autismo es mi ángel especial, mi musa y mi motivación para mantenerme firme en la lucha por la integración y la batalla diaria contra la discriminación y la ignorancia.

No obstante, en esta novela he querido hablar de otras personas especiales, las personas con síndrome de Down. El reflejo de esta motivación está centrado en el personaje de Alex.

Mi petición para las personas que están leyendo estas palabras es la de abrir sus corazones y permitir que estas personas especiales entren a sus vidas. No todos tienen la suerte de tener a una persona extraordinaria en su vida, sin embargo, todos tienen la opción de apoyarlos, de integrarlos, de brindarles la ayuda que ellos, o la causa que los defiende, necesitan.

Por favor, luchen contra la ignorancia, contra la discriminación, contra la oscuridad que a veces inunda nuestro día a día. Estas personas son la luz que nos enseña la bondad pura de la raza humana. Defendámoslas y luchemos por ellos.

Si te ha gustado
El día que me quieras
te recomendamos comenzar a leer
El jardín de las delicias
de E. M. Cubas



Capítulo 1

Carlos se arregló la pajarita con las manos temblorosas mientras en su mente daba vueltas la misma pregunta que llevaba en su cabeza desde que salió de su casa: ¿qué hago aquí? La sensación de estar totalmente fuera de lugar lo embargaba desde ese mismo momento, pero debía ser fuerte. Si quería cambiar su vida y continuar adelante, esa era la única solución viable que tenía; días de reflexiones y autocompasión lo habían llevado hasta allí. Sin embargo, sintió miedo a lo que iba a encontrar, algo opuesto a lo que siempre había querido en su vida, a sus principios, sintió miedo de lo que iba a pedir o a suplicar si fuera el caso. Respiró hondo, se giró y dio un paso atrás observando la calle a su espalda, el caminar cansino de los transeúntes que disfrutaban de la noche con calma, volvió a dudar y cerró los ojos para mentalizarse otra vez, extrajo del bolsillo de la chaqueta de su traje la tarjeta que su distinguido cliente le había dado con su nombre, la manoseó con nerviosismo y, por fin, girando de nuevo, se dirigió hacia el local que tenía enfrente. El taxi en el que llegó se había marchado hacía ya rato y él seguía parado, pronto la gente lo miraría con curiosidad y eso era lo último que deseaba. Estaba hecho, sus decisiones siempre eran acertadas y rotundas, sin sitio para la duda, así era él, por lo menos hasta ese fatídico momento que lo cambió todo.

Solo debía cruzar la calle, avanzar unos metros.

El edificio de su destino en cuestión era del siglo XIX, uno de los pocos que quedaban sin restaurar en ese céntrico barrio, pero la fachada apenas dejaba hueco para el arte, ya que las luces que la decoraban atraían todas las miradas; Carlos pensó que era de todo menos discreto y que decía a gritos cuáles eran sus intenciones, un hotel de lujo para clientes de lujo y con un enorme ego aferrado a sus paredes que brillaban en la noche de la ciudad: EL JARDÍN DE LAS DELICIAS; ¿esos lugares no tenían por ley o algo pasar desapercibidos? Él bufó ante el cartel y ante el plagio del cuadro de El Bosco en vinilo luminoso, se pasó las manos por el pelo engominado demasiado repeinado para su gusto y caminó deprisa a través de la calle que lo separaba del edificio.

Carlos mantuvo su escrutinio. La puerta, en la misma línea que el edificio, era dorada y decorada como si fueran las *Puertas de Paraíso* de Ghiberti y, como si de un club americano de los años 50 se tratara, estaba parapetada por dos gorilas con gafas oscuras que ni se molestaron en mirarlo, pero sí en detenerlo cuando se disponía a entrar. Carlos paró en seco contra el robusto brazo de hierro del hombre sin entender su reacción; venía perfectamente vestido, con un traje de gala, como le había dicho su cliente, ¿qué problema había entonces?

—Disculpe, desearía entrar —afirmó Carlos con el ceño ligeramente fruncido.

—Por supuesto que desearía entrar, caballero, pero me temo que no está usted invitado.

—¿Invitado? ¿Tenéis una lista de asistentes o algo así?

—Es un lugar exclusivo. —El portero lo miró de arriba abajo—. Y no creo haberlo visto antes.

—Nunca había estado aquí, pero...

—Entonces le rogaría que se marchara.

—Ya, pero... —insistió Carlos.

—Estoy siendo amable.

El otro portero por fin se movió y fue para juntar los puños y apretarlos en señal de amenaza hacia su persona, pero él no se dejó amedrentar, tenía un propósito y no iba a irse de allí sin intentarlo y dos hombres tan grandes y musculosos como esos no lo iban a detener. Tragó saliva mientras se le ocurría una solución.

—¿Qué necesitaría entonces?

—Una tarjeta de socio o una muy buena recomendación.

«Perfecto», pensó Carlos, solo le pedían eso.

—¿Esto serviría?

Carlos le entregó, al que parecía ser el jefe de los dos, el que había hablado primero, la tarjeta de su cliente y observó al hombre leer lo que en ella decía. Sin embargo, el portero no dijo nada, le devolvió la tarjeta, retiró el brazo y le indicó que pasara, ni disculpas ni más comentarios, los dos hombres *armario* regresaron a su posición de brazos cruzados sobre el pecho como si fueran unos robots entrenados y no hubieran estado a punto de echarlo a patadas.

Por fin atravesó la puerta, no había marcha atrás.

Lo primero que notó fue un aroma dulzón que embotaba los sentidos, un olor que invitaba al placer, que prometía horas de deseos satisfechos y de fantasías sexuales cumplidas, su cerebro así lo registró, sabía dónde estaba. Retiró la pesada cortina de terciopelo morado que lo separaba del interior y accedió al gran salón del hotel. Lo que vio allí lo dejó sin aliento, nunca había contemplado algo así, nunca había visto tanta claridad en un lugar de esas características; no era que hubiera ido a muchos, solo recordaba unas copas con unos amigos una noche de verano que perdió una apuesta, el cubata más caro de su vida. Los espaciosos suelos estaban repletos de alfombras y de almohadones de todos los tamaños y colores; la decoración, más propia de una domus romana, alternaba también con pequeñas piscinas de aguas poco profundas donde algunos daban rienda suelta a sus instintos más húmedos sin prestar atención a lo que los rodeaba; las bandejas repletas de frescas y variadas frutas que los clientes degustaban y daban a probar de forma seductora a sus parejas; las guirnaldas, las cintas y los tules se cruzaban de columna en columna creando una floresta paradisíaca. Se quedó paralizado mientras veía cómo muchos eran los que paseaban, comían, charlaban en ese *jardín* y todos vestidos para la ocasión con togas, túnicas y laureles. Nunca había estado en un lugar así, él pensaba que iba a una especie de club de lujo, pero eso era otro nivel, otro mundo, como si hubiera atravesado un umbral a otra dimensión, a otra época, una de simposios griegos; le gustó al instante. Cuando le hablaron de El Jardín de las Delicias, de su moral relajada, de sus mujeres y hombres, de su discreción y su belleza, de su edén del placer fuera cual fuera tu fantasía, no se imaginaba que sería así: tan claro, tan inocente en su aspecto, tan sosegado, tan clásico.

Seguía embelesado cuando un joven se acercó a él y le ofreció una copa de vino.

—¿Encuentra algo de su agrado? —le dijo el chico rubio con una ligera reverencia. Carlos solo

carraspeó—. ¿Puedo ofrecerle algo más íntimo o quizás solo quiere mirar?

Una leve sonrisa se dibujó en los labios de Carlos, ¿había sitio para la intimidad en aquel lugar? Posiblemente habría un rincón para cada necesidad, el edificio era suficientemente grande para ello. Por fin salió de su letargo.

—Busco a La Dama.

Esa vez le tocó al joven y rubio querubín sorprenderse, ¿cómo sabía ese desconocido...?

—Perdone, señor, creo que se equivoca, nadie puede verla si no es ella quien lo decide y no tengo constancia de ninguna cita.

—Entrégale esto... —Carlos le dio la tarjeta de visita que le habían cedido exclusivamente para esa noche—... y que ella lo decida.

Carlos se dio cuenta de que había sido demasiado directo y de que rozó la grosería, pero era necesario llegar ya hasta ella. Él contaba con que su cliente hubiera hablado con la mujer, la hubiera informado de su visita y, si no era así, contaba con despertarle un cierto interés. El joven tomó la tarjeta y se marchó hasta un ascensor que había a su derecha. Cuando el elevador se cerró, Carlos observó los números de los pisos cambiar hasta llegar a la parte más alta del edificio, eso solo podía significar que ella vivía allí, sobre todo aquello, controlando su imperio del placer.

Recordó lo que su cliente le había dicho sobre la dueña del hotel, sobre la *madame*: que la llamaban La Dama y nadie conocía su verdadero nombre, que había levantado un negocio sublime con el único esfuerzo de su propia persona, que estaba por encima de todos los hombres y mujeres que entraban allí, por muy poderosos que fueran, que muy pocos eran los que tenían acceso a ella y siempre era ella la que lo decidía y, sobre todo, que era una maestra en lo relativo al sexo; joven, hermosa, excitante, deseable... fueron unos de los adjetivos que utilizó para describirla y Carlos esperaba poder comprobarlo pronto, la necesitaba. Aunque también le advirtió de que La Dama llevaba mucho tiempo sin ejercer y últimamente solo disfrutaban de tertulias juntos, pero, aun así, su fama la precedía.

Mientras esperaba no pudo evitar la tentación de pasearse por el gran pasillo central recorrido por flores, hojas y hierbas aromáticas, sintiendo las miradas de unos, observando las caricias de otros y oyendo los gemidos de placer; más de una vez tuvo que rechazar unos gestos de invitación para unirse a la fiesta, no era esa su idea, pero sí probó el vino que le ofrecieron, el dulzor del licor estaba en consonancia con todo el lugar. Se apoyó en una de las columnas de mármol y esperó, muchos caminaban a su alrededor y, viéndolos, pensó que no era una mala forma de acabar la noche, vestido con una toga y disfrutando de las caricias de una preciosa joven beldad rubia; y frente a él, en la inmensa pared del fondo, un impresionante fresco representando *El jardín de las delicias* de El Bosco que mostraba el *leitmotiv* de ese templo del placer, solo haberlo visto ya merecía la pena, aunque no consiguiera nada más. Recordaba sus paseos por el Museo del Prado en ese quinto centenario de la muerte de El Bosco, iba con Emma, y las horas que había pasado ante el famoso tríptico, sin escuchar sus quejas y sus prisas, admirando la exposición especial que el museo organizó ese año. Fue entonces cuando más aprendió de los

detalles tan macabros y espectaculares de la pintura, allí estaba, en ese hotel, como representación de los deseos carnales, de la libertad sexual, pero ¿conocerían lo que ese cuadro mostraba más allá? Desde luego que sí, claro que sabían de la secuenciación de las partes del tríptico, de la forma en la que el pintor retrató la lujuria extrema, la decadencia del ser humano, de su alma, la pérdida de la pureza, los pecados capitales bajo todo tipo de simbología, animales fantásticos e imaginados por el pintor que metaforizaban todo. Carlos se acordaba de las imágenes que más le impactaron y mientras esperaba intentó visualizarlas, no tardó en ver, en la tabla de la derecha, la dedicada al infierno, lo que buscaba. Allí, el cerdo vestido de monja se afanaba en sus placeres, el hombre árbol mantenía en su interior una taberna y más abajo, la parte trasera de un hombre aparecía aplastada por un laúd o arpa con el culo cubierto por una partitura mientras un hombre sapo y varios más lo contemplaban; Carlos sonrió, recordando cómo una chica hacía poco extrajo la partitura y la colgó en internet, haciendo que esa melodía, llamada por ella *La canción del trasero del infierno*, mitad música mitad canto gregoriano que adaptó a la notación moderna, se hiciera viral. La obra maestra no dejaba de sorprender pasasen los años que pasasen. ¿Cómo tuvo que ser para ese hombre de 1500 darse de bruces con semejante pintura? ¿Qué tuvo que sentir realmente al ver aquello? ¿Lo considerarían una ofensa, una muestra de moralidad, una herejía, les infundía miedo? ¿Por qué decidieron que fuera el rey el que lo tuviera?

Perdido en ese mundo no se dio cuenta de que su emisario había regresado hasta que el joven querubín lo aferró del brazo para llamar su atención.

—Sígame. La Dama lo atenderá.

Carlos sonrió ante la posibilidad de hablar con ella, sin embargo, los nervios empezaron a recorrer su cuerpo.

—Gracias.

—Entienda que esto es de lo más inusual. Espero que comprenda que ella no se compromete a nada con usted.

—Por supuesto, si ella quiere que me vaya después de hablar, yo me marcharé.

—No tengo que avisarle de que también esperamos una absoluta discreción.

—Desde luego.

Carlos lo siguió al ascensor, él introdujo una contraseña y subieron al ático. El joven se mantuvo con la cabeza baja evitando cualquier tipo de conversación más y, cuando sonó el pitido de llegada, solo le indicó que saliera y él cerró de nuevo y descendió.

La entrada a la residencia privada mantenía el aspecto del resto del hotel y sendos tules se movían por doquier al ritmo de una ligera brisa que pasaba por uno de los ventanales. Carlos se introdujo en la guarida privada de La Dama, la suerte estaba echada, o, como sería más apropiado: *alea jacta est*.

—Adelante.

Una voz aterciopelada llegó a sus oídos dándole a sus piernas permiso para moverse y entrar a través de las gasas, como marchando por un laberinto de paredes transparentes. Al fondo, sobre un

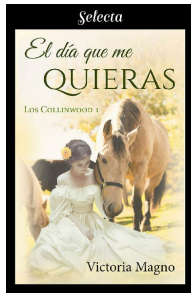
gran diván color crema había una impresionante mujer, era mucho más joven de lo que había imaginado, posiblemente rondaría la treintena igual que él. Una larga trenza color chocolate caía por su hombro y una toga negra casi gaseosa dejaba muy poco a la imaginación, se había preparado para generar admiración y, por Dios, que lo había conseguido.

—Vengo a...

Carlos apenas podía hablar por la impresión y era algo que solo le pasaba desde que había atravesado las puertas de El Jardín de las Delicias.

—Toma asiento... —Ella le indicó un pequeño *triclinium* que había delante de su diván, él obedeció... Y hablemos.

Sus palabras fueron como un relámpago de luz en esa oscuridad. Él notó el brillo de su mirada, ese brillo que antes creía haber visto, pero ahora era capaz de ver con toda claridad; el brillo del amor. Ella lo quería.



El día que me quieras cuenta la historia de amor de dos personas de mundos diferentes, Lupita y Richard cuyos pasados están llenos de tristeza y dolor. Él es un noble inglés que huyó de su casa siendo muy joven. Durante años soportó los golpes de su padre para defender a su hermano. Sin embargo, los dos tienen que huir cuando su vida se ve amenazada por Harold, su otro hermano, que quiere apoderarse de la herencia. Después de buscar un lugar para establecerse, llegan a Veracruz, donde conocerán a Lupita, una hermosa mujer morena, que lleva en su corazón una profunda pérdida y que está resignada a vivir con esa tristeza hasta el fin de sus días. Una preciosa novela de amor, superación y esperanza escrita con la sencillez y dulzura con la que escribe todas sus historias Victoria Magno.

Victoria Magno nació en Santiago de Chile. A los nueve años se mudó junto con su familia a México, donde reside con su esposo e hijas. Desde pequeña sintió el impulso por leer, dibujar y escribir, esto último es su más grande pasión. Como madre de una niña con autismo, una de sus más importantes metas es difundir información sobre este trastorno. Con el fin de crear conciencia e integrar a las personas con “capacidades extraordinarias”, la autora incorpora en cada una de sus historias un personaje especial. Su idea es que esto ayude a la lucha contra la discriminación y la ignorancia con la que deben enfrentarse su familia todos los días, así como otras familias de niños especiales. También escribe bajo el nombre de Estrella Rubilar.

Edición en formato digital: octubre de 2019

© 2019, Victoria Magno

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17616-82-3

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

El día que me quieras

Nota editorial

Prefacio

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Agradecimientos
Nota de la autora

Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Victoria Magno
Créditos